



Scrutinium

Scrutinium Castitatis

Scrutinium Castitatis

"El motivo verdadero y profundo del sagrado celibato es,
como ya hemos dicho, la elección de una relación personal
más íntima y completa con el misterio de Cristo y de la Iglesia,
a beneficio de toda la humanidad".

(Pablo VI, Sac.Cael. 54)

Don Bosco vivió la castidad
como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes.
Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana:
"Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados"
debe, sin duda, poner el máximo empeño
en enriquecerse de todas las virtudes,
pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero
[...] es la virtud de la castidad ..
(C. 81)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios ". (Mto. 5, 8)

"En efecto, algunos no se casan, porque nacieron impotentes del seno de su madre; otros, porque fueron castrados por los hombres; y hay otros que decidieron no casarse a causa del Reino de los Cielos. ¡El que pueda entender, que entienda!". (Mto. 19, 12)

"Yo quiero que ustedes vivan sin inquietudes. El que no tiene mujer se preocupa de las cosas del Señor, buscando cómo agradar al Señor. En cambio, el que tiene mujer se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su mujer, y así su corazón está dividido. También la mujer soltera, lo mismo que la virgen, se preocupa de las cosas del Señor, tratando de ser santa en el cuerpo y en el espíritu. La mujer casada, en cambio, se preocupa de las cosas de este mundo, buscando cómo agradar a su marido. Les he dicho estas cosas para el bien de ustedes, no para ponerles un obstáculo, sino para que ustedes hagan lo que es más conveniente y se entreguen totalmente al Señor". (1 Cor. 7, 32-35)

"Al oírlo, Jesús le dijo: "Una cosa te falta todavía: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme". (Lc. 18, 22)

"Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades". (Hech. 4, 34-35)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae Caritatis

12. "La castidad "por el Reino de los cielos", que profesan los religiosos, debe ser estimada como un singular don de la gracia. Ella libera de modo especial el corazón del hombre para que se inflame más en el amor a Dios y a todos los hombres, y es, por lo mismo, signo peculiar de los bienes celestiales y medio aptísimo para que los religiosos se dediquen con alegría al servicio divino y a las obras de apostolado. Evocan así ellos ante todos los cristianos aquel maravilloso connubio instituido por Dios y que habrá de tener en el siglo futuro su plena manifestación, por el que la Iglesia tiene a Cristo como único Esposo.

Es, pues, necesario que los religiosos, celosos por guardar fielmente su profesión, se fíen de la palabra del Señor y sin presumir de sus propias fuerzas pongan su confianza en el auxilio divino y practiquen la mortificación y la guarda de los sentidos. No omitan tampoco los medios naturales, que favorecen la salud del alma y del cuerpo. Así, los religiosos no se dejarán impresionar por las falsas doctrinas, que presentan la continencia perfecta como imposible o como algo perjudicial al perfeccionamiento del hombre, y rechazarán, como por

instinto espiritual, cuanto pone en peligro la castidad. Tengan, además, presenta todos, principalmente los Superiores, que habrá mayor seguridad en la guarda de la castidad cuando reine en la vida común un verdadero amor fraterno.

Mas porque la guarda de la continencia perfecta toca íntimamente las más profundas inclinaciones de la naturaleza humana, no se presenten los candidatos a ella sino después de haber sido suficientemente probados y de haber logrado la debida madurez psicológica y afectiva. Y no sólo han de ser advertidos de los peligros que acechan contra la castidad, sino de tal manera instruidos, que abracen el celibato consagrado a Dios incluso como un bien de toda la persona".

Sacerdotalis caelibatus (Pablo VI)

24. La respuesta a la vocación divina es una respuesta de amor al amor que Cristo nos ha demostrado de manera sublime (Jn 15, 13; 3, 16); ella se cubre de misterio en el particular amor por las almas, a las cuales él ha hecho sentir sus llamadas más comprometedoras (cf. Mc 1, 21). La gracia multiplica con fuerza divina las exigencias del amor que, cuando es auténtico, es total, exclusivo, estable y perenne, estímulo irresistible para todos los heroísmos. Por eso la elección del sagrado celibato ha sido considerada siempre en la Iglesia «como señal y estímulo de caridad»; señal de un amor sin reservas, estímulo de una caridad abierta a todos. Quién jamás puede ver en una vida entregada tan enteramente y por las razones que hemos expuesto, señales de pobreza espiritual, de egoísmo, mientras que por el contrario es, y debe ser, un raro y por demás significativo ejemplo de vida, que tiene como motor y fuerza el amor, en el que el hombre expresa su exclusiva grandeza? Quién jamás podrá dudar de la plenitud moral y espiritual de una vida de tal manera consagrada, no ya a un ideal aunque sea el más sublime, sino a Cristo y a su obra en favor de una humanidad nueva, en todos los lugares y en todos los tiempos?

26. «Apresado por Cristo Jesús» (Fil 3, 12) hasta el abandono total de sí mismo en él, el sacerdote se configura más perfectamente a Cristo también en el amor, con que el eterno sacerdote ha amado a su cuerpo, la Iglesia, ofreciéndose a sí mismo todo por ella, para hacer de ella una esposa gloriosa, santa e inmaculada (cf. Ef 5, 26-27). Efectivamente, la virginidad consagrada de los sagrados ministros manifiesta el amor virginal de Cristo a su Iglesia y la virginal y sobrenatural fecundidad de esta unión, por la cual los hijos de Dios no son engendrados ni por la carne, ni por la sangre (Jn 1, 13).

32. La consagración a Cristo, en virtud de un título nuevo y excelso cual es el celibato, permite además al sacerdote, como es evidente también en el campo práctico, la mayor eficiencia y la mejor actitud psicológica y afectiva para el ejercicio continuo de la caridad perfecta, que le permitirá, de manera más amplia y concreta, darse todo para utilidad de todos (2Cor 12, 15) y le garantiza claramente una mayor libertad y disponibilidad en el ministerio pastoral, en su activa y amorosa presencia en medio del mundo al que Cristo lo ha enviado (Jn 17, 18), a fin de que pague enteramente a todos los hijos de Dios la deuda que se les debe (Rom 1, 14)

Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal (SCEC. 1974)

48. Dinamismo interior en la vida de celibato

Las "motivaciones" del celibato tienen dimensiones particulares para cada persona. Por otra parte, en la vida del célibe consagrado tiene lugar una evolución, mediante un aprendizaje de relaciones con Dios y con los demás. Y aquí es donde se plantea el verdadero problema, más que en el valor de las motivaciones iniciales.

No hay que olvidar la importancia de la actitud psicológica del seminarista frente a la vida célibe. El ideal del equilibrio humano, tanto en el celibato como en el matrimonio, no se realiza completamente de una vez para siempre.

No hay tampoco que considerar como contradictoria la inclinación del joven al matrimonio o a la familia, incluso el que le resulte dolorosa la renuncia. El sacrificio puede hacerse sentir por toda la vida y, sin embargo, no constituye prejuicio para el estado virginal, si la exclusividad de la dedicación a Dios se vive con pleno consentimiento. El celibato es una invitación de Dios, que puede costar incluso el sacrificio de una fuerte propensión al matrimonio.

49. En un contexto de relaciones y de soledad

El celibato voluntario tiene sentido en un contexto de "relaciones"; se debe vivir en el seno de una comunidad fraterna que supone intercambio y permite llegar a los demás al margen de la necesidad que se pueda tener de ellos: aprendizaje de la "no-posesión". Señal de un celibato bien abrazado es la capacidad de crear y mantener relaciones interpersonales válidas; es la presencia de los amigos en su ausencia, el rehusar imponerse a ellos, la prueba de no tener demasiada necesidad de ellos. Por esto el celibato es también una aceptación de la "soledad". Hay una soledad constitutiva, misteriosa, que forma parte de nuestra condición humana. En una situación de soledad es donde siempre se descubre mejor la propia identidad y las propias posibilidades, y se maduran las grandes elecciones de la vida. La soledad del celibato sacerdotal está llena de estos valores.

El sacerdote está destinado a conducir a los hombres a Dios a través de Cristo y lo conseguirá cuando la bondad y el amor de Dios irradian a través de su persona. En coherencia con su estado, el sacerdote debe saber poner en un segundo plano los intereses personales y subordinar la satisfacción de sus propias tendencias al amor del prójimo, al que se ha entregado con su sacerdocio.

50. Condiciones de la educación para el celibato

Teniendo en cuenta el principio, ya enunciado, según el cual la educación sexual se integra en la educación total de la persona, y queriendo educar para el celibato, es indispensable inducir a los seminaristas a cultivar cada vez más las virtudes naturales y sobrenaturales. Se les haga ver la conexión y la unión de las virtudes con la caridad, que es la norma de toda

conducta virtuosa; se les persuade de la necesidad de dedicarse constante y enteramente a la perfección de la caridad, "vínculo de la perfección" (Col 3, 14).

A medida que los seminaristas crezcan en convicciones y en sentido de responsabilidad para la elección vocacional debe estimulárseles a amar activamente el ideal y a querer vivir la castidad perfecta sin indulgentes concesiones o compromisos, conscientes de que, incluso desde el punto de vista humano, no son inferiores a los demás.

Cada aspirante debe conocerse a sí mismo, sus propias condiciones físicas, psíquicas, morales, religiosas y afectivas, y valorar plenamente su capacidad de responder a la llamada divina con una decisión ponderada, madura y responsable. Debe tener la plena y libre voluntad de ofrecerse totalmente y de forma continua a Cristo, sumo y eterno Sacerdote, y a su Iglesia. Debe poder y querer cumplir los mandamientos de Dios y la disciplina de la Iglesia.

51. Educación al verdadero amor del celibato

La integración de la renuncia al matrimonio no sólo excluye la ignorancia de la sexualidad, sino que exige que los jóvenes sean educados a tomar conciencia de ella y a valorarla en toda su importancia en el conjunto de los demás valores de la personalidad. Todo esto implica una educación del corazón, de los afectos, de los sentimientos, de la apertura a los demás, en una palabra, un progresivo y controlado desarrollo de la propia sexualidad y afectividad.

No basta vivir materialmente el celibato, hay que amarlo sacerdotalmente. Sería una grave contraindicación para la vocación eclesial si un joven fuese egoísta, cerrado al afecto y preocupado exclusivamente de sí mismo y de sus propias conveniencias. Pero es también verdad que un joven dotado de un temperamento excesivamente afectuoso, fácil a simpatías y aficiones morbosas, no es muy apto para la vida célibe.

El celibato es vocación a una forma de amor; hay que vivirlo en un clima de amistad, ante todo con Dios en Cristo⁶⁸. El sacerdote debe vivir de aquel amor de caridad que se remonta hasta Dios como a su más elevado manantial y que se ejercita a imitación de Cristo, extendiéndose a todos y dilatando aquel sentido de responsabilidad que es índice de la personalidad madura.

52. Relación entre religiosidad y castidad

A la hora de hacer su elección de vida y para ser fieles a la misma -ya que debe renovarse día a día- guíese a los seminaristas a fundarse en los motivos que sean más válidos, y se les persuade a querer vivir una castidad auténtica, si no quieren consumirse en la mediocridad, sin las alegrías humanas ni las divinas.

Dada la profunda relación existente entre religiosidad y castidad, y por el significado específicamente sagrado y cristiano del celibato, es indispensable que la formación religiosa de seminaristas se perfeccione más y más y alcance hasta lo más hondo del alma⁶⁹, que se les ponga en contacto con las fuentes de una auténtica vida espiritual, la única que puede dar sólido fundamento a la observancia de la sagrada virginidad.

El celibato, abrazado para toda la vida, ofrece la posibilidad de sacrificar nuevas situaciones al Señor, de enriquecerse con renovadas dimensiones eclesiales, de verificar la generosidad sincera del primer ofrecimiento, además de ir conformándose lenta y progresivamente con

Cristo Jesús en lo más hondo del propio yo, de perpetuar un constante abandono confiado en la asistencia del Espíritu del Señor y de simbolizar y testimoniar ante el Pueblo de Dios el "sacerdocio eterno" de Jesucristo.

53. Exigencia de la realización del proceso ascético

La formación al sacerdocio, y especialmente al celibato sacerdotal, requiere una ascesis; y no una ascesis genérica, sino "una ascesis singular, superior a la exigida a los demás fieles y propia de los aspirantes al sacerdocio. Una ascesis severa, pero no sofocante, que sea ejercicio meditado y asiduo de aquellas virtudes que hacen del hombre un sacerdote". Además, la vida sacerdotal exige una ascética "interior y exterior verdaderamente viril", a fin de que pueda mantenerse la plena fidelidad a los compromisos adquiridos y tener la garantía de un feliz éxito".

La conquista de la santidad cristiana exige una ascesis de abnegación que, al mismo tiempo, es ascesis de liberación. La abnegación, según la doctrina del Concilio Vaticano II, es el ejercicio de un poder real y es necesaria para ejercer el dominio de la caridad. Caridad y abnegación son complementarias entre sí; la abnegación libera al hombre, dando paso a la caridad, y la caridad promueve la abnegación.

El aspirante a la vida sacerdotal está prevenido por la gracia vocacional que le hace el don precioso de una vida casta; tomando conciencia de ella será estimulado a recibir este don o regalo con mucha gratitud y a corresponderle libre y generosamente. La ascesis es la respuesta decidida que el aspirante quiere dar con toda su vida.

54. Característica de la ascesis sacerdotal

Esta mortificación vivificante, necesaria en toda vida humana y cristiana, lo es con mayor razón en la vida sacerdotal. En efecto, la actividad sacerdotal de Cristo no se entiende en su pleno sentido bíblico sino teniendo presente, ante todo, que Cristo es "sacerdote y víctima", y que se sacrifica a sí mismo en el altar de la Cruz por el bien de la humanidad, anticipando y luego renovando de manera incruenta en los altares esta donación de sí mismo.

Siendo este el punto capital de la misión sacerdotal del Redentor, no se puede pensar diversamente respecto a la vida de los que son llamados a participar de tal misión y que, obrando en su persona, continúan su tarea. Está claro, pues, que la santidad sacerdotal, y por esto mismo la espiritualidad de los sacerdotes, debe estar enteramente centrada en el hecho de que también ellos deben ser sacerdotes y víctimas, unidos a Cristo, sumo sacerdote y víctima inmolada.

Esta verdad, mientras evidencia la necesidad de una fuerte ascesis encaminada a evitar todo lo que podría obstaculizar el ministerio sacerdotal, constituye también más positivamente una invitación a seguir el camino de la cruz, llevando siempre la mortificación de Cristo en el cuerpo para que la vida de Jesús se manifieste en nosotros (2 Cor 4, 10). Es una invitación positiva a aceptar totalmente las consecuencias de la consagración sacerdotal.

Así se explica la conexión, puesta bien de relieve por el Concilio, que existe entre la función principal de los sacerdotes y su obligación de imitar lo que tratan.

Esta acentuación de la ascesis, propia del sacerdocio célibe no ignora que también el matrimonio es un estado de sacrificio que implica mortificación de sí mismo.

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

88. "La primera provocación proviene de una cultura edonística que deslinda la sexualidad de cualquier norma moral objetiva, reduciéndola frecuentemente a mero juego y objeto de consumo, transigiendo, con la complicidad de los medios de comunicación social, con una especie de idolatría del instinto. Sus consecuencias están a la vista de todos: prevaricaciones de todo tipo, a las que siguen innumerables daños psíquicos y morales para los individuos y las familias. La respuesta de la vida consagrada consiste ante todo en la práctica gozosa de la castidad perfecta, como testimonio de la fuerza del amor de Dios en la fragilidad de la condición humana. La persona consagrada manifiesta que lo que muchos creen imposible es posible y verdaderamente liberador con la gracia del Señor Jesús. Sí, ¡en Cristo es posible amar a Dios con todo el corazón, poniéndolo por encima de cualquier otro amor, y amar así con la libertad de Dios a todas las criaturas! Este testimonio es necesario hoy más que nunca, precisamente porque es algo casi incomprensible en nuestro mundo. Es un testimonio que se ofrece a cada persona —a los jóvenes, a los novios, a los esposos y a las familias cristianas— para manifestar que la fuerza del amor de Dios puede obrar grandes cosas precisamente en las vicisitudes del amor humano, que trata de satisfacer una creciente necesidad de transparencia interior en las relaciones humanas. Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva. Gracias a este testimonio se ofrece al amor humano un punto de referencia seguro, que la persona consagrada encuentra en la contemplación del amor trinitario, que nos ha sido revelado en Cristo. Precisamente porque está inmersa en este misterio, la persona consagrada se siente capaz de un amor radical y universal, que le da la fuerza del autodomínio y de la disciplina necesarios para no caer en la esclavitud de los sentidos y de los instintos. La castidad consagrada aparece de este modo como una experiencia de alegría y de libertad. Iluminada por la fe en el Señor resucitado y por la esperanza en los nuevos cielos y la nueva tierra (cf. Ap 21, 1), ofrece también estímulos valiosos para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

Redemptionis donum (Juan Pablo II)

11. El perfil pascual de esta llamada se reconoce bajo diversos puntos de vista, en relación con cada consejo.
- Es, en efecto, según la medida de la economía de la Redención como hay que juzgar y practicar aquella castidad que cada uno de vosotros ha prometido mediante el voto, junto con la pobreza y la obediencia. En esto se contiene la respuesta a las palabras de Cristo, que son a la vez una invitación: "Y hay eunucos que a sí mismos se han hecho tales por amor del reino de los cielos. El que pueda entender, que entienda". Precedentemente Cristo había

subrayado: "No todos entienden esto, sino aquellos a quienes ha sido dado". Estas últimas palabras ponen en evidencia que esta invitación es un consejo. El Apóstol Pablo ha dedicado también a este tema una apropiada reflexión en la primera Carta a los Corintios. Este consejo está dirigido de modo especial al amor del corazón humano. Pone más de relieve el carácter esponsal de este amor. Mientras la pobreza y más aún la obediencia parecen poner de relieve ante todo el aspecto del amor redentor contenido en la consagración religiosa. Se trata aquí, como se sabe, de la castidad en el sentido de "hacerse eunucos por el reino de los cielos"; es decir, se trata de la virginidad como expresión del amor esponsal por el Redentor mismo. En este sentido el Apóstol enseña que "hace bien" quien elige el matrimonio, y "hace mejor" quien elige la virginidad. "El célibe se cuida de las cosas del Señor, de cómo agradar al Señor", y "la mujer no casada y la doncella sólo tienen que preocuparse de las cosas del Señor, de ser santas en cuerpo y en espíritu".

No se da —en las palabras de Cristo ni en las de Pablo— desestimación alguna del matrimonio. El consejo evangélico de la castidad es sólo una indicación de aquella particular posibilidad que para el corazón humano, tanto del hombre como de la mujer, constituye el amor esponsal del mismo Cristo, de Jesús "Señor". El "hacerse eunucos por el reino de los cielos", en efecto, no es sólo una libre renuncia al matrimonio y a la vida de familia, sino que es una elección carismática de Cristo como Esposo exclusivo. Esta elección no sólo permite "preocuparse" específicamente de las cosas del Señor, sino que —hecha "por el reino de los cielos"— acerca de este reino escatológico de Dios a la vida de todos los hombres en la condición de la temporalidad y lo hace, en cierto modo, presente al mundo.

Mediante ello las personas consagradas realizan la finalidad interior de toda la economía de la Redención. En efecto, esta finalidad se expresa en acercar el Reino de Dios a su definitiva dimensión escatológica. A través del voto de castidad las personas consagradas participan en la economía de la Redención mediante la libre renuncia a los gozos temporales de la vida matrimonial y familiar; por otra parte, precisamente en su "hacerse eunucos por el reino de los cielos" llevan en medio del mundo que pasa el anuncio de la futura resurrección y de la vida eterna; de la vida en unión con Dios mismo mediante la visión beatífica y el amor que contiene en sí e invade íntimamente todos los demás amores del corazón humano.

La vida fraterna en comunidad

37. "La vida fraterna en común exige, por parte de todos, un buen equilibrio psicológico sobre cuya base pueda madurar la vida afectiva de cada uno. Componente fundamental de esta madurez, como hemos recordado antes, es la libertad afectiva, gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación. Sólo esta libertad y madurez consienten precisamente vivir bien la afectividad, tanto dentro como fuera de la comunidad.

Amar la propia vocación, sentir la llamada como una razón válida para vivir y acoger la consagración como una realidad verdadera, bella y buena que comunica verdad, belleza y bondad a la propia existencia: todo esto hace a la persona fuerte y autónoma, segura de la propia identidad, no necesitada de apoyaturas ni de distintas compensaciones, incluso de tipo afectivo; y refuerza el vínculo que une al consagrado con aquellos que comparten con él la

misma llamada. Con ellos, ante todo, se siente llamado a vivir relaciones de fraternidad y de amistad.

Amar la vocación es amar a la Iglesia, es amar al propio instituto y sentir la comunidad como la verdadera familia propia.

Amar según la propia vocación es amar con el estilo de quien, en toda relación humana, desea ser signo claro del amor de Dios, no avasalla a nadie ni trata de poseerle, sino que quiere bien al otro y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios.

Es necesaria, por tanto, una formación específica de la afectividad, que integre la dimensión humana con la dimensión más propiamente espiritual. A este propósito, el documento *Potissimum Institutioni* ofrece amplias y oportunas directrices acerca del discernimiento «sobre el equilibrio de la afectividad, particularmente del equilibrio sexual» y sobre la «capacidad de vivir en comunidad».

Sin embargo, las dificultades en este campo son, con frecuencia, la caja de resonancia de problemas que proceden de otra parte; por ejemplo, una afectividad-sexualidad vivida en actitud narcisístico-adolescente, o rígidamente reprimida, puede ser consecuencia de experiencias negativas anteriores al ingreso en la comunidad, o también consecuencia de malestares comunitarios o apostólicos. Por eso es tan importante que exista una rica y cálida vida fraterna, que «lleve la carga» del hermano herido y necesitado de ayuda.

Si se necesita una cierta madurez para vivir en comunidad, se necesita igualmente una cordial vida fraterna para la madurez del religioso. Cuando se advierte una falta de autonomía afectiva en el hermano o en la hermana, la respuesta debería venir de la misma comunidad en términos de un amor rico y humano como el del Señor Jesús y el de tantos santos religiosos, un amor que comparte los temores y las alegrías, las dificultades y las esperanzas con ese calor que es propio de un corazón nuevo, que sabe acoger a la persona en su totalidad. Este amor solícito y respetuoso, no posesivo sino gratuito, debería llevar a experimentar de cerca el amor del Señor, ese amor que llevó al Hijo de Dios a proclamar, a través de la cruz, que no se puede dudar de ser amados por el Amor".

44. En la dimensión comunitaria la castidad consagrada, que implica también una gran pureza de mente, de corazón y de cuerpo, expresa una gran libertad para amar a Dios y todo lo que es suyo con amor indiviso, y por lo mismo una total disponibilidad de amar y servir a todos los hombres haciendo presente el amor de Cristo. Este amor no egoísta ni exclusivo, no posesivo ni esclavo de la pasión, sino universal y desinteresado, libre y liberador, tan necesario para la misión, se cultiva y crece en la vida fraterna. Así los que viven el celibato consagrado «evocan aquel maravilloso connubio, fundado por Dios y que ha de revelarse plenamente en el siglo futuro, por el que la Iglesia tiene por esposo único a Cristo».

Caminar desde Cristo

22. Los votos con que los consagrados se comprometen a vivir los consejos evangélicos confieren toda su radicalidad a la respuesta de amor. La virginidad ensancha el corazón en la medida

del amor de Cristo y les hace capaces de amar como Él ha amado. La pobreza les hace libres de la esclavitud de las cosas y necesidades artificiales a las que empuja la sociedad de consumo, y les hace descubrir a Cristo, único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios y haga una obra maestra. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre.

Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (Francisco)

198. Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia»[163]. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia»[164]. Esta opción — enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»[165]. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.
8. Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?

Encíclica *Laudato Si* (Francisco)

93. Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. Para los creyentes, esto se convierte en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Por consiguiente, todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados. El principio de la subordinación

de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada. San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». Son palabras densas y fuertes. Remarcó que «no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos». Con toda claridad explicó que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan sólo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad.

203. Dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico. Ocurre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano «acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado». Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero. En esta confusión, la humanidad posmoderna no encontró una nueva comprensión de sí misma que pueda orientarla, y esta falta de identidad se vive con angustia. Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines.
208. Siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. La actitud básica de autotrascenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad".
223. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben

gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida.

224. La sobriedad y la humildad no han gozado de una valoración positiva en el último siglo. Pero cuando se debilita de manera generalizada el ejercicio de alguna virtud en la vida personal y social, ello termina provocando múltiples desequilibrios, también ambientales. Por eso, ya no basta hablar sólo de la integridad de los ecosistemas. Hay que atreverse a hablar de la integridad de la vida humana, de la necesidad de alentar y conjugar todos los grandes valores. La desaparición de la humildad, en un ser humano desafortadamente entusiasmado con la posibilidad de dominarlo todo sin límite alguno, sólo puede terminar dañando a la sociedad y al ambiente. No es fácil desarrollar esta sana humildad y una feliz sobriedad si nos volvemos autónomos, si excluimos de nuestra vida a Dios y nuestro yo ocupa su lugar, si creemos que es nuestra propia subjetividad la que determina lo que está bien o lo que está mal.
225. Por otro lado, ninguna persona puede madurar en una feliz sobriedad si no está en paz consigo mismo. Parte de una adecuada comprensión de la espiritualidad consiste en ampliar lo que entendemos por paz, que es mucho más que la ausencia de guerra. La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor. Esto tiene un impacto en el modo como se trata al ambiente. Una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, develada» [155].
226. Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido. Jesús nos enseñaba esta actitud cuando nos invitaba a mirar los lirios del campo y las aves del cielo, o cuando, ante la presencia de un hombre inquieto, «detuvo en él su mirada, y lo amó» (Mc 10,21). Él sí que estaba plenamente presente ante cada ser humano y ante cada criatura, y así

nos mostró un camino para superar la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados.

227. Una expresión de esta actitud es detenerse a dar gracias a Dios antes y después de las comidas. Propongo a los creyentes que retomem este valioso hábito y lo vivan con profundidad. Ese momento de la bendición, aunque sea muy breve, nos recuerda nuestra dependencia de Dios para la vida, fortalece nuestro sentido de gratitud por los dones de la creación, reconoce a aquellos que con su trabajo proporcionan estos bienes y refuerza la solidaridad con los más necesitados.

3. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Propósitos al recibir la sotana

Después de aquella jornada debía ocuparme de mi mismo. La vida llevada hasta entonces había que reformarla radicalmente. No había sido en los años anteriores un malvado, pero sí disipado, vanidoso, muy metido en partidas, en juegos, pasatiempos y cosas semejantes, que alegran por el momento, pero que no llenan el corazón.

Para trazarme un tenor de vida estable y no olvidarlo, escribí los siguientes propósitos:

- 1.° En lo venidero nunca tomaré parte en espectáculos públicos, en ferias, mercados; ni iré a ver bailes y teatros; y en cuanto me sea posible, no iré a las comidas que se suelen dar en tales ocasiones.
- 2.° No haré más juegos de manos, de prestidigitador, de saltimbanqui, de destreza, de cuerda; no tocaré más el violín, ni iré más de caza. Considero todas estas cosas contrarias a la gravedad y al espíritu eclesiástico.
- 3.° Amaré y practicaré el retiro, la templanza en el comer y beber, y no tomaré más descanso que las horas estrictamente necesarias para la salud.
- 4.° Así como en el pasado serví al mundo con lecturas profanas, así en lo porvenir procuraré servir a Dios dándome a la lectura de libros religiosos.
- 5.° Combatiré con todas mis fuerzas toda lectura, pensamiento, conversación, palabras y obras contrarias a la virtud de la castidad. Por el contrario; practicaré todo lo que, aunque sea insignificante, pueda contribuir a conservar esta virtud.
- 6.° Además de las prácticas ordinarias de piedad, no dejaré de hacer todos los días un poco de meditación y un poco de lectura espiritual.
- 7.° Contaré cada día algún ejemplo o máxima edificante para el alma del prójimo. Esto lo haré con mis compañeros, con los amigos, con los parientes, y cuando no pueda con otros, lo haré con mi madre.

Constituciones 1858

1. Quien trata con la juventud abandonada debe sin duda alguna procurar enriquecerse con toda virtud. Pero la virtud angélica, virtud querida al Hijo de Dios, la virtud de la castidad, debe ser cultivada en grado eminente.
2. Quien no esté seguro de conservar esta virtud en las obras, palabras, en los pensamientos, no se inscriba en esta Congregación, porque en todo momento se verá expuesto a peligros. Las palabras, las miradas, incluso indiferentes, son a veces mal interpretadas por los jóvenes que ya han sido - víctimas de las pasiones humanas.
3. Por ello máxima cautela en conversar y tratar con los jóvenes de cualquier edad o condición.
4. Huir de las conversaciones con personas de sexo diverso y hasta de los mismos seculares, cuando se prevé peligro para esta virtud.
5. Nadie vaya a casa de amigos o conocidos sin permiso expreso del superior, el cual le asignará siempre un compañero.
6. Medios eficaces para conservar esta virtud son la práctica exacta de los consejos del confesor, mortificación y modestia de todos los sentidos del cuerpo; frecuentes visitas a Jesús sacramentado, frecuentes jaculatorias a María Sma., a san Francisco de Sales, a san Luis Gonzaga, que son los principales protectores de esta Congregación.

Constituciones 1874

Castidad. La virtud sumamente necesaria, la virtud grande, la virtud angélica, a la cual forman corona todas las demás, es la virtud de la castidad. El que la posee puede aplicarse las palabras del Espíritu Santo: «Me vinieron todos los bienes juntamente con ella» (Sap 1, 11). El Salvador asegura que los que poseen este tesoro inestimable se hacen semejantes a los ángeles de Dios aun en esta vida mortal (cfr Mí 22, 30).

Pero este cándido lirio, esta rosa delicada, esta perla inapreciable, es muy acechada por el enemigo de nuestras almas, porque sabe que, si logra arrebatárnosla, puede darse por arruinado el negocio de nuestra santificación. La luz se cambia en tinieblas, la llama en negro carbón, el ángel del cielo se convierte en Satanás, y no queda ya virtud alguna. Aquí, amados míos, creo que será de mucha utilidad para vuestras almas el haceros notar algunas cosas que, si las ponéis en práctica, os reportarán grandes ventajas y hasta creo poderos asegurar qué conservaréis en vosotros ésta y todas las demás virtudes. Recordadlo, pues:

- 1." No entréis en la Sociedad Salesiana sino después de haberos aconsejado con persona prudente, que os considere capaces de conservar esta virtud.
- 2.a Evitad la familiaridad con personas de otro sexo, y nunca contraigáis amistades particulares con los jóvenes que la divina Providencia confía a vuestros cuidados. Caridad y buenas maneras con todos, pero nunca jamás apego sensible hacia alguno. «O no amar a ninguno, o amar a todos igualmente», dice san Jerónimo.
- 3.* Refrenad los sentidos del cuerpo. El Espíritu Santo dice claramente que el cuerpo es el opresor del alma: «El cuerpo corruptible entorpece la alma» (Sap 9, 15). Por esto san Pablo se esforzaba en domarlo con severos castigos, aunque estuviese rendido por las fatigas: «Castigo

mi cuerpo y lo sujeto a servidumbre » (1 Cor 9, 27). Os recomiendo una especial templanza en el comer y beber: el vino y la castidad no pueden estar juntos.

4. Son escollos terribles de la castidad los lugares, las personas y las cosas del siglo. Yo no recuerdo haber leído ni oído narrar que un religioso haya ido a su casa y reportado ventaja alguna espiritual. Por el contrario, se cuentan por millares los que, no dándose por entendidos y queriendo experimentar esta verdad por sí mismos, encontraron un amargo desengaño, y no pocos fueron infelices víctimas de su imprudencia y temeridad.
- 5." Vencedora de todo vicio y guarda fiel de la castidad, es la exacta observancia de nuestras reglas, y especialmente de las prácticas de piedad. Las Congregaciones religiosas son como pequeños fuertes avanzados: «Sion es la ciudad de nuestra fortaleza, hay en ella muro y baluarte» (Is 26, 1). La muralla, o sea, los baluartes de la religión, son los preceptos de Dios y de su Iglesia.

El demonio, para hacerlos violar, pone por obra toda clase de industrias y de engaños; pero para inducir a los religiosos a quebrantarlos, procura antes derribar el parapeto y fuerte avanzado, es decir: las reglas y constituciones del propio instituto. Cuando el enemigo del alma quiere seducir a un religioso y lanzarlo a violar los divinos preceptos, comienza por hacerle descuidar las cosas más pequeñas, después las de mayor importancia; y así, fácilmente le conduce a la violación de las leyes del Señor, verificándose lo que dice el Espíritu Santo: «El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá» (Sir 19, 1). Pues bien, hijos queridos, seamos fieles en la exacta observancia de nuestras reglas, si queremos ser fieles a los divinos preceptos, especialmente al sexto y al noveno. Que nuestros cuidados vayan constantemente dirigidos con especial diligencia a la perfecta observancia de las prácticas de piedad, que son el fundamento y sostén de todos los institutos religiosos.

Capítulos Generales

Capítulo General 21

La experiencia resalta, en las palabras del Rector Mayor, el propósito de la mayor parte de los salesianos que, en las situaciones nuevas y en los cambios que han tenido lugar en el ambiente social, viven su castidad consagrada con «dignidad, estilo del todo salesianos» para ser portadores del particular mensaje de castidad a los jóvenes. El ambiente de fraternidad y de familia que ellos crean constituye una condición indispensable para madurar en esa castidad consagrada y para fortalecerles ante las dificultades. La comprensión y la corrección fraterna, acompañadas del esfuerzo personal y del recurso a los medios sobrenaturales, psicológicos y de prudencia, hacen más seguro y más alegre este testimonio profundamente salesiano y evangélico. Por otra parte, se constata que «la práctica y la misma imagen e idea de este distintivo tan salesiano está oscurecido, deformado y desafiado en varias partes de la Congregación. Ideas, actitudes, permisividad, formas de mundanidad, justificadas muchas veces de diversos modos, el rechazo de las normas ascéticas

indicadas por las Constituciones y la tradición salesiana, desfiguran su fuerza, su riqueza personal y su significado de testimonio. Es, pues, necesario en este contexto reafirmar la importancia específica del testimonio y del anuncio de la castidad para nosotros, Salesianos, en el mundo juvenil, teniendo presente la actual situación cultural a este respecto. Sólo el amor de Dios llama de forma decisiva a la castidad religiosa y, por tanto, también a la vigilancia. La profundidad espiritual ayudara a entender y vivir la castidad consagrada como voluntad de vincularnos realmente con los demás, con amor purificado y cualificado, como reestructurado por la caridad de Cristo; un amor que sea intensamente virginal, o sea, desinteresado, disponible hasta el sacrificio, libre, universal, dominado por la misericordia y la esperanza. Nuestro esfuerzo es una respuesta de fe al don de la gracia que recibimos del Padre: anuncia este amor al mundo de los jóvenes, que anhelan la solidaridad y la unidad entre los hombres, y, al mismo tiempo, es testimonio de que todo esfuerzo de fraternidad halla su fuente y su cumplimiento en el don gratuito del Padre.

Capítulo General 25

93. Respuesta salesiana: el afecto ("amorevolezza")

El haber escuchado a los seculares y a los jóvenes nos ha convencido de que tienen grandes deseos de relación y de que en nuestra Congregación abundan experiencias que nos hacen confiar en la posibilidad de crecer en esa dirección, manifestando en plenitud —junto con los seculares y, en primer lugar, para con ellos— las riquezas del afecto salesiano y del espíritu de familia a que da origen.

Dicho afecto podría reducirse a un simple instrumento técnico, de captación y manipulación de la personalidad ajena, sea joven o adulta. Por ello, debe estar lleno de caridad y ser expresión de una auténtica espiritualidad relacional. Su fruto y signo es una castidad serena —tan estimada por san Juan Bosco—, que mantiene el equilibrio afectivo y la fidelidad oblativa. Robustecida y purificada así, la relación educativa se manifiesta en el encuentro personal, construye un ambiente formativo estimulante, anima a caminar en grupo y acompaña la maduración vocacional.

152. La castidad es su testimonio específico; anuncia y educa el amor dentro de una sociedad amenazada por el consumismo sexual, donde las relaciones de fidelidad en la familia y en la amistad son frágiles, donde a menudo el amor sólo se vive como satisfacción personal y donde la gratuidad de quien da su vida por los otros cada vez se comprende menos.

La castidad vivida como dinamismo evangélico indica un itinerario para el crecimiento de los valores humanos y cristianos: equilibrio, dominio de sí, libertad, alegría, madurez, estímulo valioso para la educación en la castidad propia de otros estados de vida.

Capítulo General 25

36. Esplendor de la castidad

La comunidad irradia su testimonio de castidad y lo ofrece a los jóvenes de hoy como un signo profético del Reino de Dios y proclamación de la dignidad de toda persona:

- creando un ambiente de fraternidad sereno y gozoso, que estimula el crecimiento de la verdadera amistad entre los hermanos y que llega a ser signo de la felicidad de la entrega por el Reino;
- apuntando hacia un estilo de vida sobrio y trabajador, nutrido de ascesis y de prontitud en el servicio, como expresión concreta del amor ilimitado a Dios y a los jóvenes;
- proponiendo a los jóvenes programas de educación para el amor y de valorización de la castidad;
- estableciendo, tanto en el ámbito de la Congregación como en el de la Inspectoría, normas de comportamiento a las que todos los hermanos deben conformarse, con el fin de prevenir escándalos por abusos sexuales, sirviéndose incluso de los oportunos asesoramientos legales y científicos;
- ofreciendo a los hermanos, especialmente a los que se encuentran en dificultad, acompañamiento, espacio de recuperación y aquellas intervenciones, incluso de ámbito inspectorial, que sean necesarias;
- comprometiéndose en la protección de los menores, colaborando también con personas y organismos que trabajan en la defensa los derechos de los niños y jóvenes que son víctimas de explotación sexual.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

Seguir a Cristo casto

96. “Unión con Dios”, “predilección por los jóvenes”, “amorevolezza”, “espíritu de familia”, son características del espíritu salesiano que hablan de la forma salesiana de amar.

El salesiano hace cotidianamente experiencia del amor de Dios que colma su vida y vive una castidad feliz como «signo que señala a Cristo: vivo, resucitado, presente en su Iglesia, capaz de enamorar los corazones» .

Él está convencido de que la castidad consagrada imprime un original estilo a su capacidad de amar, de que lo hace generoso y alegre en el donarse sin reserva, libre de corazón para amar sólo a Dios y sobre todas las cosas, y capaz de vivir la afable bondad salesiana.

Él aprende a ser testigo de la predilección de Dios por los jóvenes, educador capaz de encarnar la paternidad de Dios hacia ellos, de modo que ellos “se den cuenta de que son amados”. A través de la caridad que sabe hacerse amar los educa en el amor verdadero y en la pureza.

En el contexto de una cultura que realza la importancia del cuerpo, y, no pocas veces, exaspera la sexualidad, el compromiso por la castidad y el testimonio de una humanidad equilibrada y feliz son el signo de la potencia de la gracia de Dios en la fragilidad de la

condición humana. El salesiano comunica con su vida que, con la ayuda del Señor, es posible una orientación del corazón, una educación de los afectos y un dominio de sí, que llevan a una experiencia auténticamente humana de amor a Dios y al prójimo.

97. La formación de la castidad requiere algunas condiciones particulares:

- educarse y educar para la madurez afectiva y para el amor, a partir del reconocimiento de que el amor ocupa el puesto central en la vida, de que no se reduce a una sola dimensión - la física, sino que implica toda la persona en todos sus aspectos, comprendidos el psíquico y el espiritual; madurar en la convicción de que el verdadero amor está siempre orientado al otro, es oblativo, y constituye a la persona capaz de renuncia;
- amar a Dios con todas las fuerzas y en Él especialmente a los jóvenes a quienes es enviado: por esto el salesiano acepta una forma de vida y un estilo de amor educativo y pastoral, que comportan la renuncia a la vida matrimonial y a todo lo que le es propio;
- integrar la necesidad de amar y ser amado en la capacidad de amistad y de compartir fraternalmente, en la “amorevolezza” del Sistema Preventivo que es la capacidad de amar y de hacerse amar;
- educarse en un amor hacia los demás hecho de respeto, de sinceridad, de calor humano, de fidelidad y de comprensión, superando las barreras que aíslan y las actitudes que llevan a instrumentalizar a las personas;
- tomar conciencia de la propia fragilidad y cultivar la ascesis y la templanza, manteniendo el equilibrio ante las propias emociones y dominando las pulsiones sexuales; ser prudente en los contactos interpersonales, en el lenguaje habitual, y en el uso de los medios de comunicación social;
- invocar la ayuda de Dios y vivir en su presencia; cultivar la amistad con Cristo, vivir el sacramento de la Reconciliación como fuente de purificación; confiarse con simplicidad a un guía espiritual; recurrir con filial confianza a María Inmaculada que ayuda a amar como Don Bosco amaba.

112. Desde los primeros años de la formación se asegure, a través del diálogo personal y el acompañamiento de toda la experiencia formativa, una educación personalizada de la sexualidad. Esta educación contribuya a hacer conocer la naturaleza verdaderamente humana y cristiana de la sexualidad, de modo especial su finalidad en el matrimonio y en la vida consagrada, conduzca a la estima y amor por la consagración, y haga crecer en «una actitud serena y madura frente a la feminidad».

113. Los hermanos, oportunamente ayudados, asuman conscientemente la ascesis que la castidad consagrada supone, en particular:

- verifiquen si las actitudes y los comportamientos hacia los demás, hombres y mujeres, y hacia los jóvenes son coherentes con las opciones de la vida religiosa salesiana y el testimonio que le es propio;
- acojan las eventuales correcciones fraternas;
- sepan hacer un uso equilibrado del tiempo libre, de los medios de comunicación social y de las lecturas; y sean prudentes en las visitas y en la participación a espectáculos.

Para favorecer el don de la castidad salesiana la comunidad cultive un clima de fraternidad y de familia entre los hermanos y en las relaciones con los jóvenes.

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Un amor ilimitado a Dios y a los jóvenes (ACS 366 1998)

Al servicio del amor educativo

Cuando buscamos los motivos profundos de la insistencia que se registra en nuestra tradición, nos vienen a la mente expresiones con las que Don Bosco expresa su amor a los jóvenes y que tal vez nosotros hoy no nos atrevemos a repetir: “¡Os amo, queridos jóvenes y por vosotros estoy dispuesto a dar la vida!”. O las que hemos leído en el prólogo del Joven Instruido: “Queridos jóvenes: os amo con todo mi corazón. (...) Os puedo asegurar que hallaréis escritores mucho más virtuosos y doctos que yo, pero difícilmente encontraréis quien os ame en Jesucristo más que yo y que desee más vuestra felicidad” .

“El celibato...es un estado de amor” , que nos hace “signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes” . Para amar evangélica y educativamente, con mayor libertad y eficacia, se profesan los votos. Es cosa de todos conocida que la castidad no se puede separar de la caridad. San Francisco de Sales lo dice con su habitual sencillez y elegancia: “Nosotros conocemos que nuestra oración es buena y que progresamos en ella si, al salir de ella, nuestro rostro resplandece de caridad y nuestro cuerpo de castidad” .

Es sabido que la caridad pastoral, que constituye el corazón de la misión salesiana en el ámbito educativo, se expresa de forma “sensible”. “Trata de hacerte amar”, “Que los jóvenes vean que los amáis”. En consecuencia, no sólo cercanía y profesionalidad, sino amistad, afecto paterno y materno que levanta, alivia y muchas veces suple lo que les ha faltado a los muchachos. Y todo esto mirando a su bien y no a nuestra satisfacción, sin mecanismos cautivadores ni posesivos, sin ambigüedad ni cansancio en las inevitables pruebas de falta de correspondencia o incompreensión. Quien tiene ya experiencia de ello comprende la importancia de las palabras de Don Bosco: “Quien consagra su vida al bien de los jovencitos abandonados, debe tener gran empeño en adornarse de todas las virtudes. Pero la virtud que con el mayor esmero se ha de cultivar...es la virtud de la castidad .

También en este ámbito central de nuestro ministerio educativo se nos da una “gracia de unidad”, por la que la caridad produce pureza, y la delicadeza, comunicación suprema de afecto.

“La clave de la castidad salesiana -nota don Ricceri - es la caridad salesiana” . El estilo de la caridad salesiana está profundamente marcado por la castidad. Ésta libera y expresa, templea y protege, confiere originalidad al amor del educador - pastor.

Ante todo, lo hace capaz de una profunda gratuidad. Su gozo está en ver crecer a cada joven y para eso “da la vida” en el acompañamiento paciente de cada día. Desea la correspondencia y se alegra, porque ve en ella la prueba de que el joven ha acogido cuanto el educador le va proponiendo; pero, frente a la resistencia, es también capaz de esperar y de ofrecer nuevas oportunidades de salvación.

La castidad inspira, además, una amabilidad transparente y clara según el modelo de Don Bosco, por quien cada uno se sentía preferido, a juzgar por los signos de un amor que se hace legible con inagotable creatividad: “un amor, sin el mínimo movimiento de retorno sobre sí mismo”, que no se mancha ni sugiere, ni siquiera de lejos, ninguna clase de ambigüedad.

Este tipo de amor educativo da origen al espíritu de familia, auténtica fragua de la casa y de la obra salesiana. La caridad mantiene encendido el fuego; pero la castidad realza su luz y su calor. Ella estimula la acogida pronta de los hermanos y de los jóvenes, cultiva el gusto por el servicio de la casa, abre el corazón a amistades auténticas y profundas y en el encuentro de corazones sosegados se hace escudo y apoyo de la perseverancia y de la alegría de Salesianos y de jóvenes. “Aquellos que Dios conduce a separarse de sus parientes próximos por Su amor – hace notar J. H. Newman – encuentran hermanos en el espíritu a su lado. Los que permanecen solos por Su amor tienen hijos en el espíritu criados para ellos”.

Don Bosco “nos advierte que su método exige que debemos amar a la juventud, no sólo santamente, sobrenaturalmente, sino también sensiblemente, y que este amor debe tener todo el perfume de la vida de familia y las santas expansiones de la amabilidad”. Don Ricaldone duda en hablar de “caridad sensible”, y no es el único; pero comprende que es la palabra justa para expresar la intención de Don Bosco, el cual “quería que el alumno no sólo se dé cuenta de que el educador le ama, sino que éste se lo haga sentir”.

Esta dimensión es tan central que el CG24 vuelve a tomarla bajo el título Espiritualidad de la relación: el espíritu de familia. Para librar la relación educativa de posibles intenciones de captación o manipulación, el afecto “debe estar lleno de caridad y ser expresión de una auténtica espiritualidad. Su fruto y señal es una castidad serena –tan estimada por san Juan Bosco -, que mantiene el equilibrio afectivo y la fidelidad oblativa”.

Situaciones graves, que ponen en peligro la vocación salesiana, pueden tener su origen en la dificultad de conjugar juntas la caridad generosa y la castidad prudente, la audacia apostólica y la regularidad comunitaria. La parábola de ciertos caminos, comenzados con deseo sincero de servicio, pero progresivamente fracasados, invita a cada uno a sentirse responsable de la gozosa perseverancia del hermano, dándole el calor de la amistad, el gozo de la familia, la ayuda de la corrección fraterna.

Signo de la donación total

“Por vosotros estoy dispuesto a dar mi vida”, “quien gasta la vida por los jóvenes...” son expresiones de Don Bosco para definir el propósito interior que garantiza la práctica del Sistema Preventivo.

La virginidad de Jesús, de Su madre, de José su esposo, es el signo de su autoentrega incondicional al proyecto del Padre para la salvación de los hombres. Ellos no tuvieron un proyecto propio o, si lo tuvieron, lo abandonaron en el acto mismo en que recibieron su vocación

especial. Hicieron propio el designio de Dios. No tuvieron una familia propia, sino sólo la Familia de Dios; no una descendencia propia, sino sólo la que iba incluida en la Promesa de Dios.

María “Tota pulchra” se entrega radicalmente a Dios. “No sólo participa en la forma de vida que consiste en la donación de sí, sino que queda implantada en ella como su alma” . Es el modelo, el motor, la fuerza y el punto de atracción.

El “Totus Tuus” – repetido por Juan Pablo II – es la actitud interior de Cristo, venido para hacer la voluntad del Padre hasta la muerte, y la muerte de cruz.

Confrontándonos con estos parámetros nos sentimos pequeños y nos hacemos cada vez más conscientes de nuestra pobreza. Por eso, Jesús nos ama, con amor de predilección. Lo esencial es que, en respuesta a Su eterno amor, le entreguemos todo, tal vez sólo un par de monedas pequeñas, siguiendo el ejemplo de la viuda del Evangelio . Con tal de que sea todo lo que somos, todo lo que tenemos. Nos es difícil comprender por completo los votos religiosos, si no es en el interior de este horizonte, dentro del cual se coloca nuestra paciente navegación hacia la totalidad de la donación a Dios en la misión.

Los votos constituyen tres signos de la actitud total y única con la que nos abandonamos a la fidelidad del Señor, y que transfigura evangélicamente todos los valores de nuestra existencia.

“Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes” . Éstos constituyeron – por la fuerza y el don del Espíritu – su familia. Se consumió, por encontrarlos, recogerlos y educarlos. Quemó su tiempo para alcanzarlos, donde estuvieran, en las cárceles y en las calles, a través de las “Lecturas Católicas” y las colecciones de libros escolásticos. Construyó para ellos una casa, para darles alimento y vestido, una familia y una escuela, no obstante la exigüidad de sus medios.

Hay en la tradición espiritual de Occidente un significado de la locución pureza angélica, que merece ser redescubierto . Se refiere, por un lado, a la profundidad con la que los ángeles contemplan a Dios; y, por otro lado, a la prontitud con que se hacen mensajeros de salvación junto a los hombres y se transforman en custodios de los que Él ama, acompañándolos en medio de las dramáticas vicisitudes del mundo. Es un valor misionero que debe ser recuperado y explicativo, por analogía, a propósito de la vocación de los Salesianos, llamados a ser custodios y educadores de los jóvenes. La castidad nos vuelve totalmente “disponibles”: para estar aquí o para acudir allá, para conducir una recogida vida de estudio y de educación, o para atreverse cuando y donde se pone en peligro la vida; para entregarse a la “obediencia” religiosa (virtud misionera, por excelencia), como nos abandonamos en los brazos de la Providencia de Dios.

La alegría expresada por muchas poblaciones hacia quien “se queda” – incluso en los momentos más difíciles – para compartir y arriesgar todo con ellas; la resonancia enorme que, en todas partes, ha tenido la muerte de Madre Teresa de Calcutta nos muestra los frutos maduros de aquella “entrega total” a la causa del Reino, del que la castidad es signo.

Quien miraba a Don Bosco o a Madre Teresa no se preguntaba sobre la vida de castidad de ellos, pero la descubría y la apreciaba como un fuego, que encendía cada día una vida totalmente entregada.

A quien, durante la jornada mundial de la juventud de París 1997, les preguntaba qué fascinación habían encontrado en Juan Pablo II, anciano y decrepito, dos muchachos respondieron: “Hemos venido porque comprendemos que él da su vida por nosotros”.

Poner la vida totalmente a disposición no es un movimiento espontáneo. Y, sin embargo, no resultaba difícil, a los mejores muchachos de Valdocco (entre los cuales había muchos pilluelos), decir: “Yo quiero quedarme con Don Bosco”. Se quedaban no sólo para “estar con él”, sino también para “hacer como él”, lo que comportaba inevitablemente el “vivir como él”.

Estoy convencido de que, para aquellos muchachos, la castidad de Don Bosco no era percibida como un problema, una dificultad, o un sacrificio - y a veces lo habrá sido, aún para el santo de los jóvenes -, sino siempre como un don del Señor, una alegría de amar, una plenitud de vida, una entrega gozosa, que le permitía ser “todo” para ellos. Por eso, aún tratándose de una virtud exigente, ellos la abrazaban, juntamente con todo lo que hace hermosa, pero también comprometida, la vida salesiana.

“Como un postulado de la educación”.

La expresión es de don Alberto Caviglia que define así la función de la pureza en el proyecto educativo pensado por Don Bosco.

Nuestra castidad, ya lo hemos dicho, es fecunda para inspirar un amor paterno hacia los jóvenes, particularmente hacia aquellos que tienen mayor necesidad de él, y para sugerir los gestos que lo pueden hacer inmediatamente comprensible.

Es igualmente fecunda en cuanto a los objetivos y los contenidos de la educación, por la visión de la vida, de la persona y de la cultura que supone, testimonia y comunica.

La sexualidad comprende ciertamente una constelación de manifestaciones específicas: el sentido justo del cuerpo, la relación, la imagen de uno mismo y de los demás, el dominio y la orientación del placer, valores como el amor, la amistad, la entrega. Pero madura y se expresa en el contexto de toda la persona y nunca como función separada. Actúa juntamente con todos los demás aspectos de la personalidad. Educar la totalidad de la persona en conformidad con una cierta visión es, pues, indispensable.

Esto hace ver el influjo cotidiano que la presencia, las palabras, la amistad, los actos de educadores y educadoras pueden tener sobre los jóvenes que frecuentan nuestros ambientes. Educamos más por lo que somos que por lo que decimos.

Hoy se siente una gran necesidad de individuar caminos adecuados, para ayudar a los jóvenes a hacerse capaces de vivir e integrar la sexualidad en el proyecto de vida, al que se sientan llamados. Esto comporta procesos delicados y comprometedores muchas veces destinados a ir contra corriente; no podemos hacernos la ilusión de que ellos irán madurando solos, sin iluminaciones, propuestas y esfuerzo.

Si - como ha sido dicho con razón - “castidad es libertad” en el amar y en el ser amados, entonces hace falta individuar las etapas sucesivas de un “proceso de liberación”, que conduce progresivamente a orientar los recursos afectivos de la persona, poniéndolos al servicio de la amistad y del amor, en un proyecto estable de vida.

Para realizar un proyecto así, hace falta, ante todo, colocar en el centro de la acción educativa a la persona con sus múltiples posibilidades y, en particular, su destinación a Dios. Esto llevará a esclarecer el justo valor del cuerpo y de aquella virtud, hoy no común, que se llama pudor. Con él, el hombre y la mujer reconocen que son mucho más que el propio cuerpo y se habitúan a descubrir la riqueza inédita de los demás.

La presencia, en muchos ambientes nuestros, de muchachos y muchachas, nos compromete a tomar muy en serio el camino de la coeducación, en el que cada persona acoge la propia sexualidad como una vocación, descubre y aprecia la originalidad del otro sin transformarlo en objeto del deseo, aprende a entablar diálogos libres y maduros, en una dinámica relacional, en la que crece la amistad serena y el intercambio de los dones.

Los jóvenes están hoy metidos a la fuerza en campos de alta tensión emocional (media, grupos de amigos, discotecas, cultura ambiental...). Esto pide un “surplus” de esfuerzo para educar la castidad del corazón, enseñando sobriedad y regularidad de vida, control y orientación de los deseos, reflexión permanente sobre las propias opciones y actitudes afectivas, fuerte y serena capacidad de espera, a la que está llamado un joven cristiano, en preparación a los compromisos vocacionales y matrimoniales.

A partir de los primeros años, acompañemos a nuestros jóvenes a comprender cómo se realiza la persona en la experiencia de amor: de un amor que es encuentro y proyecto, oferta y don, alegría y sacrificio, voluntad de hacer felices más que de serlo, a veces a costa de los demás.

Sólo el amor oblativo puede ser la meta serena del impulso sexual. El joven debe comprender que cuanto más gira la sexualidad sobre sí misma, tanto más queda insaciada y enloquece en busca de evasiones, a las que en vano pedirá que satisfagan el anhelo del corazón. Nuestra sociedad nos ofrece, aún sin quererlo, mil pruebas del drama que envuelve a quien no acierta a dar con el justo camino del amor. Un amor que ignore el sacrificio, que no dé espacio a la cruz de Cristo, corre el peligro de transformarse continuamente en un amor posesivo, que subyuga e instrumentaliza

Pero aprender a amar es aprender a vivir, es comenzar a ser cristianos. Don Bosco lo sabía y lo enseñaba a sus muchachos. Por esto, a sus propuestas e invitaciones que no admitían dudas, añadía indicaciones sabias de custodia de los propios movimientos y sentidos, de refuerzo interior, de purificación.

El CG23 consideró que influye particularmente en la conservación o en el decaimiento de la fe esta educación del amor y nos invitaba a asumirla con decisión y en forma actualizada mediante algunos itinerarios: clima educativo rico de amistad, atención integral a la persona, cualidad humana en la presencia simultánea de muchachos y muchachas, educación de la sexualidad, testimonio de Salesianos y laicos que viven serenamente la entrega, catequesis que oriente hacia el Señor y forme la conciencia, vida espiritual que acentúe la fuerza transformadora de los Sacramentos .

Complementariedad enriquecedora

El CG24 ha sancionado un tipo de ambiente educativo que se venía formando desde hace tiempo, pero cuyas características no se habían aún expresado plenamente, ni se habían explicitado las consecuencias sobre nuestras actitudes y posibilidades. Una de esas características es la complementariedad entre educadores y padres que se traduce en diálogo, colaboración, iluminación e intercambio de experiencias. “Intensifíquese la colaboración con la familia, primera educadora de sus hijos e hijas. Para ello en nuestras obras debemos ofrecer un clima educativo rico en valores familiares y, particularmente, un equipo de educación en el que sea armónica la distribución de presencias masculinas y femeninas” .

El amor entre los esposos, así como da origen a la vida, constituye la primera y principal energía educativa de la familia. Ahora bien, los esposos, protagonistas de la familia cristiana, y los célibes, protagonistas de la vida consagrada, expresan el don de Cristo a su Iglesia en la fidelidad valiente y en el ofrecimiento total a una misión típica. El matrimonio cristiano y la castidad consagrada manifiestan en dos formas excelentes, aunque diversas, el mismo misterio de totalidad, expresado en el “pacto de amor”, animado por el mismo Espíritu Santo . “El sí de la promesa matrimonial y el sí del voto religioso corresponden a lo que Dios espera del hombre: la entrega de sí sin condiciones, así como el Señor en la cruz ofreció todo, alma y cuerpo, para el Padre y para el mundo” .

En el intercambio de dones entre vocaciones y estados de vida, la fidelidad de los esposos anima a los consagrados, y la fecunda virginidad de éstos sostiene el camino de los esposos, hoy bastante más insidiado y expuesto que ayer. Ellos se testimonian recíprocamente la fuerza que no viene de la carne ni de la sangre, sino del Espíritu de Cristo, que anima a Su Iglesia. Una única fidelidad al Señor los une, abriendo entre ellos diálogos profundos de comunión.

En el encuentro y en la colaboración diaria, este diálogo se vuelve para los jóvenes comunicación de valores y ejemplo de vida cristiana. “En este contexto - afirma el CG24 - hay que subrayar el significado y la fuerza profética del salesiano, quien no sólo contribuye a la educación mediante sus valores masculinos, sino que, viviendo el celibato con gozo y fidelidad, da testimonio de una calidad especial del amor y de la paternidad” .

En los ambientes educativos, además, estamos hoy llamados a expresar la riqueza educativa de la complementariedad masculina - femenina. Religiosos y educadores proyectan, actúan y verifican juntos. El recorrido de la coeducación nos interpela a nosotros junto y acaso antes que a los jóvenes. Miedo, distancia, timidez, incomunicación deben quedar superados; como también las ligerezas, la superficialidad, la ofuscación del sentido pastoral y del testimonio consagrado.

La exigencia de la coeducación toca el corazón, los pensamientos, las actitudes profundas, mucho más que solo los modales.

La mirada de Jesús y la persona de María nos dan los parámetros para orientar y modelar pensamientos, sentimientos y actitudes. Es claro que las relaciones humanas y la colaboración educativa fundada y expresada de acuerdo con tales parámetros da un toque de calidad humana y de testimonio cristiano al ambiente y a toda intervención educativa.

El CG24 nos lo recuerda en muchos pasajes. Escojo uno: “La presencia de la mujer ayuda a los salesianos, no sólo a entender el universo femenino, sino también a vivir una relación educativa más plena: el hombre y la mujer hacen que el joven - él y ella - descubra su identidad personal y acepte como enriquecedor lo que tiene de específico para ofrecerlo como don en la reciprocidad” .

La caridad virginal uniéndose al amor conyugal, la originalidad masculina en diálogo con el genio femenino, confluyen con fecundidad inédita en la “caridad educativa”, que se hace capaz de estructurar unitariamente los caminos de crecimiento humano y cristiano de jóvenes y adultos.

El camino hacia la madurez

Una emergencia que desafía e interpela

No puedo pasar en silencio una experiencia dolorosa, que está poniendo a dura prueba a algunas Iglesias locales e Institutos religiosos, en diversas partes del mundo. Se han dado casos – aquí y allá – de sacerdotes y religiosos que han sido acusados de “abusos y molestias sexuales” en menores o mujeres indefensas. Es conocida la devastación – a veces irremediable – que tales traumas producen en una vida joven. Esto explica la severidad de muchas legislaciones en relación con tales reprobados episodios y la severidad de los tribunales con los culpables. A veces, los hechos en cuestión se remontaban a decenas de años atrás: aún así, han sido objeto de procedimientos penales, con grave daño para la misión de la Iglesia, repercusiones dolorosas sobre el acusado y sobre su comunidad, y también enormes costos de naturaleza económica.

Estos sucesos adquieren importancia – además de por la gravedad objetiva de los hechos – también por los problemas colaterales que crean preocupación en las Iglesias y en las instituciones religiosas. A veces está por medio un anómalo ensanchamiento del concepto de “abuso y molestia sexual”, bajo el cual pueden caer también actos sólo imprudentes. No faltan ejemplos conocidos por todos.

No se puede ignorar el relieve que los media dan a las faltas de sacerdotes y consagrados, las más de las veces por una legítima denuncia y por una obvia exigencia de coherencia, pero, con frecuencia, también con fines especulativos y difamatorios en relación con la Iglesia católica y otras Instituciones. Todo ello se agrava aún más por la instrumentalización de los hechos en vista del desembolso de ingentes sumas de dinero por daños y gastos procesales.

Todo esto despierta en nosotros el eco de las palabras dramáticas que Don Bosco escribía desde Roma el 5 de febrero de 1873: “Con frecuencia se denuncian públicamente hechos inmorales y escándalos tremendos contra las costumbres. Es un mal enorme, un verdadero desastre, y yo pido al Señor que disponga sean cerradas todas nuestras Casas, antes que en ellas ocurran desgracias semejantes” .

Los hechos que caen bajos nuestros ojos, por una parte nos comprometen, de todas las formas posibles, a intervenir en defensa de los menores y contra la explotación de las mujeres. Y doy gracias de corazón a los hermanos comprometidos en estas fronteras.

Nos empujan también a redescubrir elementos del sistema preventivo, que Don Bosco había evidenciado o sugerido, y que, tal vez, en algún lugar, han sido parcialmente descuidados.

Es necesario recuperar algunas normas pedagógicas y prudenciales – propias de la tradición salesiana – que merecen volver a ser propuestas y que, a su tiempo, han sido recordadas a los superiores responsables, a los cuales, incluso a través de estas páginas, suplico una colaboración firme y serena. Es ésta una parte no insignificante de aquella preventividad, que estructura ambientes y costumbres, de modo que se ayude a que florezca toda virtud humana y cristiana.

Pero, sobre todo, nos solicita a comprender, a la luz de conocimientos adecuados y de la Palabra de Dios, el camino de crecimiento permanente que estamos llamados a recorrer. La búsqueda incontrolada de satisfacciones, aún siendo la más grave, no es la única manifestación de una sexualidad inmadura y reprimida. Hay también la incapacidad de amistad, la cerrazón a la fraternidad, la dureza de corazón, el apego incomprensible a pareceres, cosas o ventajas, la aridez en las relaciones. Necesitamos, pues, mantener la tensión hacia la plenitud de nuestra donación y de nuestra capacidad educativa.

Un recorrido que hay que asumir

La energía y la identidad sexual – que la castidad reconoce con gozo, acoge sin vacilaciones y valoriza en el propio proyecto de vida – estructura la personalidad a los niveles más profundos, teniendo en cuenta toda dimensión: el pensamiento, los afectos, la expresividad, la proyectación, la relación. Queda marcada por las experiencias de vida más significativas. La estación prenatal, los primeros meses y las relaciones con la madre, el clima y las relaciones familiares, los elementos de hereditariadad, la precocidad o los retrasos en la educación y en la autoeducación, las experiencias traumáticas de no fácil elaboración y otras influyen en el proceso de maduración de la afectividad y de la sexualidad.

La castidad serena se encuentra al término de un largo camino, por la simple razón de que la personalidad madura es también el punto de llegada de un largo recorrido. Se trata, pues, de acoger – para nosotros mismos y para los que han sido confiados a nuestro cuidado educativo – los procesos necesarios para alcanzar aquella madurez que engendra la alegría y la paz y que se traduce en fuerza de testimonio.

Al mismo tiempo, estamos llamados a tomar conciencia de que en este decisivo campo del crecimiento humano, la vida religiosa, y aún más una Congregación de educadores, está puesta, por decirlo así, a la prueba no sólo en lo que se refiere a la moral sexual, sino sobre todo a la riqueza afectiva. “Es necesario que la vida consagrada presente al mundo de hoy ejemplos de una castidad vivida por hombres y mujeres que demuestren equilibrio, dominio de sí mismos, iniciativa, madurez psicológica y afectiva” . Esto comporta el control y la orientación de las tendencias espontáneas, pero más aún el desarrollo de la capacidad de amar.

Las Constituciones nos advierten que “la castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad”

“Quiere decir – dice paternalmente don Ricceri – que no hay que maravillarse ni asustarse, si en ciertas horas de depresión, de inactividad o de aislamiento, sufrimos en la carne y en el corazón. Es un aspecto de nuestra cruz. Y alguna vez, acaso, una forma de participación en la angustia de Cristo en el huerto de Getsemani” . Dificultades en las relaciones, frustraciones apostólicas, incomprensiones comunitarias, ansia por la propia salud y por la de los propios seres queridos, momentos de estrés: todo influye puntualmente en nuestra esfera afectiva, con contragolpes, que hay que sopesar y superar con la ayuda de la gracia y de la oración, del espíritu de mortificación, de una serena determinación, de una comunidad que acoge y acompaña. No hay que excluir que se deban también seguir pacientes itinerarios para recuperar motivaciones y para cambiar costumbres arraigadas. Las diversas etapas de la vida requieren ulteriores procesos de recuperación del compromiso asumido.

Recordemos algunas indicaciones sustanciales para ese camino.

Nuestro ministerio debe ser ejercido con espíritu de humildad y de prudencia, liberándolo de toda forma de presunción, en todo lo puede herir a la castidad: Recordad que os mando a pescar, y que no debéis ser pescados”, decía Don Bosco a los suyos, con una pizca de humorismo y, sabiendo que habrían de empeñarse en ambientes de algún peligro, les recomendaba que “dejasen los ojos en casa” . Tales palabras proponen, más allá de las alusiones materiales, la atención que se debe

mantener en cuestión de amistades y familiaridades en nuestros ambientes educativos y pastorales, marcados por el encuentro diario con colaboradoras y jóvenes de ambos sexos.

El camino hacia la serena madurez está sellado con la Cruz. Con la autoridad de testigo ocular, don Albera escribe: “No se crea que Don Bosco haya dado poca importancia al espíritu de mortificación; estúdiense bien su vida y se encontrará que toda circunstancia es una invitación y una lección para la práctica de la mortificación” . Puede parecer una palabra inactual; en cambio, está unida a la fecundidad de la cruz. Tal vez, la insidia más peligrosa del espíritu burgués no sólo para la vida religiosa, sino aún antes para las raíces cristianas, es el rechazo de la cruz: tácito, práctico, sistemático. El confort es considerado como un valor deseable y un status que alcanzar; los analgésicos han pasado del mundo de la medicina al de la vida cotidiana, deseosa de aliviar todo sufrimiento. Se han producido así actitudes y hábitos para los que la satisfacción del deseo se convierte en un imperativo, la supresión de los riesgos de sufrimiento, sea físico como moral y espiritual, en un estilo de vida. Lo que en el campo físico es lícito, y a veces deseable, tiende a transferirse al campo moral, anulando o reduciendo el precio de obligada fatiga que cada uno está llamado a pagar en defensa de los valores, de la fidelidad, de la autenticidad de la vida cristiana. Ésta, desde los orígenes, se ha visto obligada a medirse con la cruz, la persecución, el martirio. La palabra de Pablo a los cristianos de Filipos sigue gozando de plena actualidad para nosotros, hombres de hoy, inmersos, a veces, en un clima de desempeño moral: “No pocos se comportan como enemigos de la cruz de Cristo. Os lo he dicho ya varias veces y os lo repito con lágrimas en los ojos” .

Cuando se discutió el lema a colocar en el escudo de la Congregación, hubo quien propuso Trabajo y templanza. Es conocida la insistencia de Don Bosco en este binomio, que invita a gastarse con generosidad, sin olvidar, al mismo tiempo, la medida. En este sentido, los dos elementos no deben ser leídos separadamente, sino unidos, para significar que el mismo trabajo debe ser regulado por la templanza, de modo que pueda continuar expresando caridad hacia Dios y hacia el hombre, evitando los excesos que pueden llevar al estrés, al “burn out” y a la confusión afectiva.

Es preciso saber mantener una razonable dosificación de tiempos de trabajo y de tiempos de recuperación, de espacios de acción y de formación, de inmersión entre la gente y de emersión espiritual a la búsqueda de nosotros mismos y de las motivaciones más profundas de nuestro vivir y de nuestro obrar. Hay que superar el activismo y el desorden de la vida y reconquistar el dominio sobre el tiempo, sobre las actividades y sobre nosotros mismos. Por esto, hace falta dar la importancia necesaria a los ejercicios espirituales anuales, al retiro mensual, al día semanal del Señor, a los momentos de comunidad y de oración diarios (¡comprendida la meditación!). El recogimiento personal debe, de nuevo, encontrar espacio en la programación de nuestra jornada. “El aislamiento es negativo, pero la soledad es otra cosa: se puede decir que es su contrario. Es como el silencio, que precede y fecunda la palabra” .

Las ayudas más decisivas, sin embargo, nos vienen de la gracia del Señor, que tiene en los sacramentos y en el amor a María Auxiliadora elementos que nuestra tradición ha reconocido siempre de gran eficacia.

La Eucaristía, que nos alimenta del Cuerpo y Sangre del Señor, renueva continuamente nuestra conciencia de ser Sus miembros, nos da fuerzas para vivir como cristianos, evitando todo lo que es contrario a este nombre.

La escucha cotidiana de la Palabra de Dios contesta y deshace los sofismas, con que estamos tentados de justificar eventuales hundimientos o de abandonarnos a costumbres menos positivas.

El amor a María y la contemplación de su incomparable existencia mantienen altas y castas las intenciones del corazón y animan a una mayor docilidad a las mociones de la gracia.

Don Pablo Albera subrayaba la importancia de la confianza en un director espiritual cuando recomendaba “abrir de par en par la propia conciencia al confesor” . Es una insistencia en fase de recuperación. Para mantener la conciencia sensible y vigilante, capaz de reconocer desde lejos el bien y el mal y para defender la propia libertad espiritual, ayuda poner la propia existencia bajo los ojos de los hermanos, saber confiar y valorar las mediaciones que el Señor pone en nuestro camino.

Discernimiento vocacional y formación inicial

El camino al que nos hemos referido requiere una actitud fundamental de partida, que es signo de la llamada a la vida salesiana y el aprendizaje interiorizado de las actitudes, hábitos y prácticas propios de la castidad. No se puede, pues, hablando del camino hacia la madurez, descuidar el discurso sobre el discernimiento vocacional y sobre la formación inicial. Nuestros documentos ofrecen criterios carismáticos de discernimiento y opciones pedagógicas para el acompañamiento de los candidatos. No es el caso de repetirlos aquí. De todos modos conviene recordar algún punto de particular actualidad.

La experiencia, la reflexión y las orientaciones eclesiales de estos últimos años han dado importancia particular a la madurez afectivo-sexual esencial como condición previa para la admisión a los votos religiosos y al ministerio ordenado y como elemento indispensable para una experiencia vocacional serena y madura .

Una formación específica de la afectividad, que integre el aspecto humano con el aspecto más propiamente espiritual, es particularmente necesaria en el contexto actual, que es al mismo tiempo de gran apertura y de continua exposición a diversos estímulos. “Se hace más difícil, pero también más urgente, - afirma la Pastores Dabo Vobis - una educación a la sexualidad que sea verdadera y plenamente personal y que, por ello, favorezca la estima y el amor a la castidad, como virtud que desarrolla la auténtica madurez de la persona y la hace capaz de respetar y promover el significado esponsal del cuerpo” .

En versión contextualizada en la fase que se va abriendo para nosotros, el CG24 pide que “se preste una atención particular a la madurez afectiva que requiere la colaboración con los seglares y con el mundo femenino” y que se ayude a los hermanos desde la primera formación “a crecer con una actitud serena y madura frente a la feminidad” .

Se trata de llevar a los candidatos a una decisión madura y libre, fundada en el conocimiento de sí y del proyecto vocacional al que son llamados; de asegurar aquella idoneidad “gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación” .

En el proceso de discernimiento y en los momentos de admisión el área afectivo-sexual debe ser objeto de particular atención, evaluada en la globalidad de la persona y de su historia, en relación con las características de la vocación salesiana.

Entre los puntos a tener en cuenta y a clarificar antes del noviciado, en base a un conocimiento adecuado y a una evaluación prudente, está el estado sano de la afectividad, particularmente el equilibrio sexual. El decreto *Perfectae Caritatis* del Vaticano II, recogido por el *Potissimum Institutioni*, pide que los candidatos a la profesión de la castidad no abracen este estado, ni sean admitidos, sino después de una prueba suficiente y después de que se haya alcanzado una conveniente madurez psicológica y afectiva

El discernimiento inicial o el proceso formativo pueden evidenciar serias inconsistencias, experiencias de vida que inducen, al menos, a una extrema prudencia. El artículo 82 de las Constituciones recuerda la palabra de Don Bosco: “Quien no abrigue fundada esperanza de poder guardar, con la ayuda de Dios, la virtud de la castidad en las palabras, en las obras y en los pensamientos, no profese en esta Sociedad, pues con frecuencia se hallaría en peligro”. Es una directriz, que nos compromete a asegurar la seriedad del discernimiento y de las admisiones.

Hay personalidades que muestran, desde el principio, elementos que suscitan seria preocupación: la vida salesiana no es su camino. La “fundada esperanza”, subrayada por las palabras de Don Bosco, no puede coexistir con situaciones que han dejado huellas profundas en la persona, ni con inclinaciones que difícilmente se armonizan con las características de la vocación salesiana y con las exigencias de la misión de educador pastor, ni con una vida precedente gravemente incorrecta.

Conocemos tales situaciones y tendencias; pienso, por ejemplo, en las relaciones precoces, en las experiencias sexuales, en las problemáticas en el ámbito de la homosexualidad, en situaciones de violencia, y otras semejantes. Sobre éstas se discute con abundancia de datos antropológicos, pedagógicos y morales. La variedad de los sujetos, la diversa incidencia de las situaciones y el diferente estado en que se pueden encontrar las susodichas tendencias desaconseja un tratamiento sumario, para no agravar a las personas y no limitarse al hecho del aceptar o no. Es conveniente, sin embargo, saber que nosotros tenemos criterios propios de una Congregación de educadores expresados en nuestros documentos y con posibilidad de que sean ulteriormente especificados para casos particulares.

No es siempre fácil discernir y valorar con delicadeza y prudencia. Es necesario, por eso, recurrir a profesionales serios, para servirnos de todo lo que la ciencia pone a nuestra disposición en este fundamental campo de la madurez humana.

En todo caso no se pueden cerrar los ojos sobre situaciones dudosas. Éstas deben esclarecerse antes de admitir a obligaciones que comprometen seriamente a la persona y a la Congregación. El formador, guía o acompañante, debe estar en grado de no hacerse ilusiones él mismo y de no ilusionar tampoco acerca de la consistencia del candidato.

Ciertos abandonos, en fase de experiencia avanzada, muchas veces consecuencia de admisiones poco prudentes, y otras situaciones dolorosas (ambigüedad de vida, insatisfacción permanente e inexplicable, compensaciones ilegítimas) invitan a la vigilancia en el discernimiento.

Subrayada la atención que se debe prestar a la dimensión afectivo sexual y vista la necesidad de una actitud fundamental para la castidad “salesiana”, hay que recordar que ésta requiere una

formación mental, moral, espiritual y ascética, si se quiere que lleve a la realización de personas maduras y felices. Es, pues, un punto que afrontar de manera serena, abierta y directa.

El conocimiento adecuado, en términos reales, de la sexualidad en sus diversos aspectos, significados y realizaciones es hoy necesario, sin descuidar la información sobre hechos y tendencias presentes en nuestra cultura. En tal sentido, hay que presentar el problema de los “abusos y molestias” y sus implicaciones de naturaleza civil, eclesial, vocacional, subrayando el sentido de justicia hacia aquellos que son objeto de ellos y cultivando una atenta preocupación pastoral, tanto en relación con la víctima como con el culpable.

Simultáneamente será necesario presentar en forma “positiva” el celibato y la castidad por el Reino, ayudando a asumirla como un bien también bajo el punto de vista humano, con la libertad que “se presenta como obediencia convencida y cordial a la verdad del propio ser, al significado de la propia existencia”. La visión que se ofrece, basada siempre en la Palabra de Dios, caracterizada por el realismo, indicará criterios y parámetros de autoevaluación que el sujeto pueda aplicarse sin ansiedades y sin ilusiones.

En esta perspectiva se insertan armónicamente, sin dicotomías y sin ingenuidad, la exigencia de vigilancia espiritual, de prudencia y renuncia, el reclamo a la ascesis y a la disciplina de vida, al indispensable y continuo esfuerzo para dominar e integrar los impulsos sexuales.

La apertura transparente en el diálogo formativo (dirección espiritual) y la práctica frecuente del sacramento de la reconciliación, las relaciones humanas y comunitarias de serena amistad y fraternidad, el sentido de la misión y el amor personal a Jesucristo sostienen un camino de fidelidad no exento de insidias.

La formación a la castidad consagrada constituye un desafío y un empeño para todos los que intervienen por diversos títulos en el proceso vocacional. Y en algunos contextos puede incluir dificultades provenientes del subsuelo cultural. En este sentido, especial atención habrá que reservar a la preparación inicial de los candidatos y a la formación continua, a la renovación pedagógica y a la unidad de criterios, a lo largo de todo el camino formativo.

Las enseñanzas de Don Bosco y la experiencia de la Congregación nos ayudan a unir confianza educativa y exigencia, sensibilidad pedagógica y responsabilidad carismática.

El papel de la comunidad

Cuanto hemos dicho puede producir la impresión de que la castidad tenga relación exclusivamente con la esfera individual. Sería como aceptar la insinuación insistente de la cultura actual que relega ciertos aspectos del comportamiento al intocable “privado”, a la sola conciencia del individuo.

Es verdad que en este ámbito, como en todo el proceso vocacional, cada uno de nosotros tiene una responsabilidad intransferible y única. Y, sin embargo, la comunidad tiene una función nada secundaria.

Cada uno está llamado personalmente a inserirse en la comunidad con madurez y a hacerse disponible para un intercambio fraterno de dones y experiencias. La comunidad, por otra parte, crea el clima, apoya, estimula y sostiene. La calidad de nuestro testimonio de castidad va unida a la calidad de nuestro ser y construir comunidad, de nuestro vivir y trabajar juntos. Podemos explicitar algunos motivos de esta interdependencia.

“En la comunidad – dicen las Constituciones – encontramos respuesta a las aspiraciones profundas del corazón”, es decir, a la necesidad de amar y de ser amados. En el afecto dado y correspondido nos hacemos conscientes de nuestro valor como personas y expresamos las más profundas potencialidades de nuestro ser. La comunidad es nuestra familia. En la comunicación serena y en la amistad adulta crece y se manifiesta nuestra capacidad de donación, construimos relaciones de colaboración eficaz. Cuando más fuerte y más sincero es nuestro vivir juntos, tanto más el sentido de nuestra castidad, incluso en sus aspectos evidentes de renuncia, tonifica nuestra necesidad de amor humano y da testimonio creíble de que el amor de Dios llena nuestra existencia. Resulta evidente entonces, especialmente para los jóvenes y la gente que vive a nuestro lado, que la virginidad que profesamos es una opción de un amor auténtico, sincero, envolvente, rico de humanidad y abierto a todos. Es cosa cierta que el amor fraterno previene, neutraliza, mitiga y reorienta a tiempo eventuales bajones afectivos. La disolución comunitaria, en cambio, que tiene sus manifestaciones en la frialdad, en la fuga hacia lo externo, en el individualismo apostólico, empuja hacia evasiones y satisfacciones alternativas.

Un segundo motivo de la estrecha relación entre responsabilidad personal y experiencia comunitaria está en nuestra misión de educadores. La vida comunitaria es una escuela y una palestra. La comunicación educativa tiene eficacia si se realiza a través de una relación correcta e intensa, capaz de transmitir válidas experiencias y visiones de vida. El compartir comunitario, la capacidad y disponibilidad para integrarnos y completarnos recíprocamente, proporcionan el banco de prueba para relacionarnos de forma equilibrada y eficaz también en lo que respecta a los jóvenes. Tal vez, detrás de muchas tensiones comunitarias se esconde la incapacidad para el diálogo, la renuncia a integrarnos en la misión, la obstinación en querer trazar contra todo y contra todos nuestro camino. La fragilidad del tejido comunitario repercute negativamente en la eficacia de nuestra presencia en medio de los jóvenes, que pueden ser objeto de nuestros desahogos y de nuestras tensiones. Una experiencia de vida comunitaria serena se vuelve educativa por sí misma, sobre todo en la esfera del amor, de la amistad, de la afectividad, para lo que los jóvenes son particularmente sensibles.

Por último, la comunidad nos guía y nos sostiene en nuestro camino de fidelidad, ofreciéndonos un espacio humano de interrelaciones, circunstancias, acontecimientos y contactos que hacen que nos sintamos humanamente realizados, insertos positivamente en la sociedad y en el mundo. Una comunidad bien integrada comunica fuerza, energía a cada uno de sus miembros, motivándolo ulteriormente en el vivir la propia llamada, sosteniéndolo en los momentos de dificultad, concediéndole un amplio espacio de comprensión para afrontar, incluso, situaciones difíciles, momentos de crisis y de extravío. La cercanía amigable y discreta de los hermanos es apoyo para quien vive las tensiones de la juventud y las crisis de la madurez, los afanes de la enfermedad y de la ancianidad.

La comunidad tiene, pues, un papel delicado: asistir y discernir. Asistir en el sentido salesiano significa prevenir, percibir prontamente los signos de un estado de ánimo o de insatisfacción, advertir con una palabra fraterna ambigüedades y riesgos incipientes, dar una franca y valiente iluminación a quien pudiera tener necesidad de ella.

Discernir quiere decir resolver situaciones insostenibles con respeto fraterno, pero con igual firmeza y oportunidad. Es deber del superior, pero no sólo de él. El testimonio de cada uno influye en toda la comunidad y, por tanto, le corresponde. La comunidad debe sentirse investida

del deber de custodiar tal testimonio. A ello nos llama nuestro compromiso religioso y, bajo varios aspectos, también la ley civil..

Don Pascual Chávez

Y Jesús crecía en sabiduría, estatura y gracia (1 de enero de 2006)

Aplicaciones pastorales y pedagógicas

Como es costumbre, el Aguinaldo, y en particular éste de 2006, nos da la oportunidad de ofrecer a toda la Familia Salesiana algunas sugerencias pastorales y aplicaciones pedagógicas.

He visto y apreciado el esfuerzo bien logrado de algunas Inspectorías Salesianas para traducir en programas educativos la Propuesta Pastoral con la que he querido acompañar este Aguinaldo, como había ya hecho en 2004. También la revista *Note di Pastorale Giovanile* ha dedicado un número monográfico para profundizar el tema y ofrecer oportunos y preciosos materiales. Os invito a tener presentes todos estos materiales, que os pueden ser muy útiles, mientras personalmente os vuelvo a proponer las grandes líneas inspiradoras de la propuesta pastoral.

* He aquí, pues, mis indicaciones

Asegurar una atención especial a la familia en nuestra propuesta educativa y evangelizadora requiere, entre otras cosas:

- Garantizar un especial compromiso de educar en el amor en el ámbito de la acción educativa salesiana y en el itinerario de educación en la fe propuesto a los jóvenes. El CG23 presentaba la educación en el amor como uno de los nudos en que se manifiesta la incidencia de la fe en la vida o su irrelevancia práctica. La experiencia típica de Don Bosco y el contenido educativo y espiritual del Sistema Preventivo nos orientan a:

- dar una especial importancia al compromiso de crear alrededor de los jóvenes un clima educativo rico de intercambios comunicativos-afectivos,
- apreciar los valores auténticos de la castidad,
- promover las relaciones entre muchachos y muchachas en el respeto de sí y de los demás, en la reciprocidad y en el enriquecimiento recíproco, en la alegría de una donación gratuita,
- asegurar en el ambiente educativo la presencia de testimonios limpios y gozosos de amor, de modo especial a través de la donación en la castidad.

Da mihi animas, cetera tolle (24 de junio de 2006)

Más que de nuestras presencias, obras y estructuras, la Iglesia tiene necesidad de nuestra presencia, de nuestra vida consagrada, de la radicalidad en el seguimiento de Cristo. Nos lo ha recordado el Papa Benedicto XVI: “Frente al avance del hedonismo, a vosotros se os pide el testimonio valiente de la castidad, como expresión de un corazón que conoce la hermosura y el precio del amor de Dios. Frente a la sed de dinero, vuestra vida sobria y dispuesta al servicio de los más necesitados recuerda que Dios es la riqueza verdadera que no perece. Frente al individualismo y al relativismo, que llevan a las personas a ser única norma para sí mismas, vuestra vida fraterna, capaz de dejarse coordinar y, por lo mismo, capaz de obediencia, confirma que vosotros ponéis en Dios vuestra realización. ¿Cómo no desear que la cultura de los consejos evangélicos, que es la cultura de las Bienaventuranzas, pueda crecer en la Iglesia, para sostener la vida y el testimonio del pueblo cristiano?”.

Hacer la Eucaristía para hacerse Eucaristía (7 de junio de 2007)

La vida consagrada, “sacrificio” a través de la castidad

La segunda gran dimensión de la Eucaristía es el sacrificio. No es éste el momento de entrar en la discusión si la reforma postconciliar ha obscurecido, o incluso marginado, el carácter sacrificial de la celebración eucarística . Los testimonios bíblicos, tanto en la tradición sinóptica como en la paulina, son concordes en afirmar que

- Jesús estableció un paralelo entre el pan partido y el propio cuerpo (Mc 14,22; Mt 26,26; Lc 22,19; 1 Cor 11,24).
- Jesús definió una comparación entre el vino (que debía ser bebido durante la cena pascual) y su sangre, añadiendo que mediante su sangre se realiza la Nueva Alianza (Mc 14,24; Mt 26,28; Lc 22,20; 1 Cor 11,25).
- La presencia de la expresión por en los cinco textos hace poner la atención en “por quien” ha sido entregado el cuerpo y derramada la sangre (Mc 14,24; Mt 26,28; Lc 22,20).

La historia reciente sobre el sentido sacrificial de la Eucaristía - derivado, evidentemente, del Misterio Pascual - nos deja una enseñanza enriquecedora: no es el sufrimiento, sino el amor, el centro de la redención como obra del Padre, por medio de Cristo, en el Espíritu: Jesús puede dar la propia vida, como máxima expresión del propio amor, ¡como su don más grande! “Nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos” (Jn 15,13).

Se suele afirmar que la Eucaristía es “memorial” de la muerte y resurrección del Señor, pero esto no es exacto si se refiere a la primera Eucaristía, la Última Cena. En realidad no fue sólo anámnesis, memoria, sino prolepsis, anticipación: precedió, dándole pleno sentido, lo que habría de suceder en el Gólgota. “Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección,

dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná”.

Sin la celebración de la Última Cena, no tendríamos la prueba más fuerte e inmediata del sentido que Jesús quiso dar a su propia muerte. Dicho con otras palabras: el “sacrificio incruento” (por amor) precede al “sacrificio cruento” (la muerte de Jesús en la cruz). Este aspecto fundamental de la Eucaristía en cuanto sacrificio como expresión suprema del amor de Jesús por nosotros, está en íntima relación con la castidad consagrada.

El ser humano está llamado a realizarse en el amor, y esto, en la expresión plena de la entrega, implica la donación total del cuerpo. La forma usual de esta donación es el “lenguaje” sexual; en ella el cuerpo es protagonista, si bien esté siempre escondido el peligro de no implicar la entrega total de la persona y, en este caso, se trataría de una mentira, visto que por su naturaleza es una entrega exclusiva y excluyente. La entrega sexual no es, con esto, el único modo para entregar el cuerpo como expresión del amor; encontramos en Jesús la entrega eucarística como la más profunda expresión del amor, puesto que aquí el cuerpo es el signo y el instrumento de la entrega de la persona, el verdadero protagonista del amor, y además no tiene límites de extensión: es “por todos”. Jesús no vive su amor y la entrega total de sí mismo en “clave sexual”, los vive en clave eucarística.

He aquí, para nosotros consagrados, el camino especial con que vivimos, en plenitud, nuestro amor y la consiguiente entrega que esto implica: nos abstenemos del entregar el cuerpo y los afectos a una sola persona, para darnos totalmente a todos. Sin duda, también aquí se puede caer en el peligro “simétrico” a la entrega sexual: allí se podía entregar el cuerpo sin entregar la persona; aquí se puede dar la falsa entrega de la persona sin la entrega total del propio cuerpo, sin aquel “consumarse y deteriorarse” incluso físicamente, que es la expresión auténtica e irrenunciable del amor vivido en clave eucarística.

De este modo se realiza, pues, la doble dimensión de la castidad consagrada, la ‘sístole’ de la vida en fraternidad y la ‘diástole’ de la entrega total en la realización de la misión. “La virginidad consagrada encuentra en la Eucaristía inspiración y alimento para su entrega total a Cristo” ; la Eucaristía es, también, fuente y cumbre de la vida y de la misión de la Iglesia, puesto que “no podemos guardar para nosotros el amor que celebramos en el Sacramento. Esto exige por su naturaleza que sea comunicado a todos” . En ambas direcciones, como expresión de un amor de agapé, que no ignora la realización del eros, pero que lo asume de modo que se convierta en un amor perceptible, afectuoso, y no solamente objeto de fe, porque es imposible que se vea.

Figura humana y espiritual del beato Miguel Rúa (8 de septiembre de 2009)

Juan Bautista Francesia, pequeño obrero, entró en el Oratorio de Don Bosco a los 12 años. Encontró allí al estudiante Miguel Rúa, que tenía 13 años. Era 1850. Desde aquel momento fueron compañeros y amigos inseparables durante sesenta años, hasta el día 6 de abril de 1910. La mañana de aquel día Juan Bautista Francesia estaba sentado junto a Miguel Rúa que se estaba muriendo, y le sugirió la primera invocación que, juntos, siendo muchachitos, habían aprendido de Don Bosco: «Madre querida, Virgen María, haced que salve el alma mía». Y Miguel le respondió: «¡Sí, salvar el alma lo es todo!».

Cuando en 1922, a los 82 años, don Juan B. Francesia fue llamado a deponer bajo juramento lo que pensaba de la santidad de Don Rua, con la palabra ‘castidad’ se conmovió, y en voz baja dejó salir de sus labios un testimonio que aún hoy nos conmueve leer y que nos deja encantados: «El esplendor de la virtud angélica se transparentaba de toda la persona de don Miguel Rua. Bastaba mirarlo para comprender el candor de su alma. Parecía que más que en las cosas de este mundo tenía los ojos continuamente puestos en las cosas del cielo. Era Don Rua el retrato verdadero de san Luis, y yo puedo atestiguar que todo el tiempo que lo tuve cerca, nunca encontré una palabra, un gesto, una mirada que no estuviese marcada por esa virtud.

Su modo de ser y portarse, en cualquier tiempo y en cualquier lugar, estaba siempre conforme a la más exquisita delicadeza y modestia. Por eso era siempre edificante, en público, en privado, en el patio, por la calle, en la iglesia, en su habitación. En sus largas audiencias, con cualquiera que hablase, mantenía un actitud tan recogida y al mismo tiempo tan paternal que edificaba y atraía los corazones... Estaba tan lleno de delicadeza y de atención hacia la virtud angélica que, al inculcarla, su palabra tenía un eficacia especial. Eran amables y llenos de sabiduría los consejos que solía dar a los Salesianos para conducirse en medio de los jóvenes: ‘Amad mucho a los jovencitos confiados a vuestros cuidados, pero no apeguéis a ellos vuestro corazón’... Otras veces decía... que se debe tener cuidado de todas las almas, pero que no se debe dejar robar el corazón por ninguna... Al predicar le fluían del corazón las más suaves palabras, y las hermosas y bellas imágenes ganaban de tal modo a los jóvenes para la bella virtud angélica que parecía un verdadero Ángel del Señor... Esta virtud, por el testimonio que puedo dar por conocimiento propio, la cultivó de modo perfecto desde jovencito hasta la muerte».

María Inmaculada Auxiliadora (15 de agosto de 2012)

María, «modelo de caridad pastoral» (Const. 92)

Si de las tres virtudes teologales, «la más grande es la caridad» (1Cor 13,13), a ella conducen indudablemente la fe y la esperanza, y con seguridad María es un eminente ejemplo y modelo de amor. Retomando las palabras de Hans Urs von Balthasar en el título de su famoso libro: Solo el Amor es digno de fe, podemos aplicarlas en primera lugar a la Santísima Virgen: solo el amor de Dios da sentido a su fe y alimenta su esperanza.

Las expresiones de nuestras Constituciones a este respecto, aunque breves, son especialmente significativas. En primer lugar, en relación con Dios: «María Inmaculada y Auxiliadora nos educa para la donación plena al Señor» (Const. 92). Pero esta actitud teologal es inseparable del amor al prójimo: «contemplamos e imitamos [...] la solicitud por los necesitados», «nos alienta en el servicio a los hermanos», «modelo de oración y de caridad pastoral» (Const. 92).

Las referencias evangélicas son conocidas: en primer lugar la íntima relación (no solo porque en el texto lucano viene inmediatamente después) entre la experiencia vivida en la Anunciación y el viaje que María emprende «a toda prisa» para visitar y servir a su pariente Isabel. Más todavía: el «signo» que da el ángel Gabriel a la Virgen no es tanto una confirmación teórica convincente, capaz de atenuar su confianza en Dios, cuanto más bien una invitación a la misión, a «ponerse en camino»,

para llevar a Isabel y a la familia (comprendido el niño, todavía no nacido, Juan Bautista) a Aquel que es portador de alegría, Jesús .

Contemplando «la soledad de los más necesitados» por parte de María, pensamos espontáneamente en las bodas de Caná, en el evangelio de san Juan. Sin quitar nada al valor simbólico y teológico del primer «signo» realizado por Jesús según el cuarto evangelio (subrayado desde los primeros Padres de la Iglesia hasta los últimos exegetas y estudiosos), no debemos ignorar su significado más sencillo e inmediato. En él descubrimos no solo la solicitud y la premura por las necesidades ajenas, sino también la delicadeza de María, tanto respecto a los responsables de la situación como hacia Jesús mismo. Y no está de más subrayar el aspecto «salesiano» de este milagro: el primer «signo» de Jesús está dedicado a la alegría de la fiesta.

Pero sobre todo, refiriéndonos a este aspecto central de la vida de María y de todo cristiano, no podemos limitarnos a citas aisladas o a aspectos fragmentarios: «Efectivamente, ha aparecido la gracia de Dios, que trae salvación a todos los hombres» (Tit 2,11); «Aparecieron la bondad de Dios, nuestro Salvador, y su amor por los hombres (filantropía, en el texto griego)». (Tit 3,4). Si tomamos en serio el hecho de que el plan de salvación de Dios no es otra cosa que la manifestación plena y definitiva de su Amor, y si María ha colaborado de manera singular en nuestra salvación, conviene profundizar esta colaboración en la perspectiva del Amor.

Partiendo del testimonio unánime del Nuevo Testamento, la teología actual insiste con razón en colocar el origen de nuestra salvación en la voluntad del Padre, que por obra del Espíritu Santo nos ha enviado a su Hijo, nacido de María; y da mucho relieve al carácter trinitario del Misterio Pascual. Con estupor y alegría, el anuncio pascual, dirigiéndose al Padre, proclama (evocando Rom 8,32):

¡Oh inmensidad de tu amor por nosotros!

¡Oh inestimable signo de bondad!

¡Para rescatar al esclavo has sacrificado al Hijo!

En este aspecto, a la «kénosis» del Hijo, que se «despoja» de su condición divina, asumiendo la condición humana, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz (cf. Fil 2,5-8), corresponde la «kénosis» del Padre, que se da todo en Él (cf. Rom 8,32).

En el momento crucial de la vida de Jesús, cuando «habiendo amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el final» (Jn 13.1), dado que «nadie tiene un amor más grande que este: dar la vida por sus amigos» (Jn 15,13), encontramos a María a los pies de la cruz; se trata de tres versículos de una densidad sorprendente (Jn 19,25-27).

Justamente, estamos acostumbrados a considerar este texto como el «testamento» de Jesús, que confía a su propia Madre al discípulo amado, símbolo de todos los hombres que creen en Él: «He aquí a tu Madre»; y esto nos llena de una alegría extraordinaria. Pero aquello que no siempre se tiene en cuenta es lo que esto supone. Diciendo a su Madre: «Mujer, he aquí a tu hijo», está invitándola a compartir plenamente su misma renuncia («kénosis»), su total vaciamiento. De hecho, el sacrificio más puro que se puede pedir a una madre, es que acepte a otro en cambio del propio hijo. Aquí llegan a su punto más radical la fe, la esperanza (contra toda esperanza) y el amor de la Santísima Virgen María. Me atrevo a referir a la Madre del Señor la expresión del evangelio

de Juan (Jn 3,16) referida a Dios Padre: «María ha amado tanto al mundo que le ha entregado a su propio Hijo».

De manera semejante a las otras dos virtudes teologales, encontramos aquí el significado más profundo y enriquecedor de nuestra castidad consagrada. Hablar de castidad no significa, en primer lugar, hablar de «renuncia»; sino más bien, como dice el artículo 63 de nuestras Constituciones, «de amor hecho don», siguiendo el ejemplo de nuestro Padre: «Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes» (Const. 81). Quisiera concluir esta sección con una de las expresiones más bellas de nuestra Regla de Vida: el Salesiano «acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco» (Const. 84).

Ángel Fernández

Aguinaldo 2015

Esa predilección de Don Bosco por los jóvenes, por cada joven, fue la que le llevaba a hacer lo que fuese, a romper «todo molde», todo estereotipo con tal de llegar a ellos. Como atestigua don Francisco Dalmazzo al «proceso de santidad» de Don Bosco, bajo juramento en 1892, «Yo vi un día a Don Bosco abandonar a don Rua y a mí, que le acompañábamos, para ayudar a un muchacho albañil a transportar una carretilla muy cargada, que se sentía incapaz de mover y que lo demostraba llorando; y esto sucedía en una de las calles principales de la ciudad».

Esa predilección por los muchachos llevaba a Don Bosco a entregarse del todo en la búsqueda de su bien, de su crecimiento, desarrollo y bienestar humano y de su salvación eterna. Ese era el horizonte de vida de nuestro padre: ¡ser todo para ellos, hasta el último suspiro! Lo expresa muy bien una de nuestras hermanas estudiosa de Don Bosco cuando escribe: «El amor de Don Bosco por estos jóvenes se manifestaba en gestos concretos y oportunos. Se interesaba por toda su vida, enterándose de las necesidades más urgentes e intuyendo las más ocultas. Afirmar que su corazón se entregaba totalmente a los jóvenes significa que toda su persona, inteligencia, corazón, voluntad, fuerza física, todo su ser estaba orientado a hacerles en bien, a promover su crecimiento integral, a desear su salvación eterna. Por tanto, para Don Bosco ser hombre de corazón quiere decir estar totalmente consagrado al bien de sus jóvenes y gastar a favor de ellos todas sus energías ¡hasta el último aliento!».

Cinco frutos del bicentenario (25 de julio de 2015)

Sueño con una congregación de salesianos felices

Os invito desde este primer momento a superar la tentación, tan humana por otra parte, de pensar negativamente, pensar que digo esto porque los salesianos no somos felices.

Todo lo contrario. No se trata de esto. Estoy convencido de que la mayoría de los sdb somos felices, muy felices en la vivencia de nuestra vocación. Me incluyo, porque yo también soy muy feliz. Pero creo que hemos de pretender que sea así en todos, sin que ningún hermano se quede al lado del camino sintiendo que él no puede, o que esta meta no es para él. Esta meta es para todos, puesto que este profundo deseo de felicidad resuena en el corazón de todo hombre o mujer desde que hemos sido llamados a la vida.

Es por eso que me permito comunicaros mi profundo sueño. El de una congregación, la nuestra, en la que cada salesiano pueda decirse a sí mismo, en lo más profundo de su ser, de su corazón, en su verdad más íntima: «soy feliz y me siento muy vivo y muy lleno de alegría, viviendo como Salesiano de Don Bosco».

El Papa, en el Mensaje para la apertura del Año de la Vida Consagrada, nos propone, como religiosos, este programa: «Sed felices. Mostrad a todos que seguir a Cristo y poner en práctica su Evangelio llena vuestro corazón de felicidad. Contagiad con esta alegría a quienes se acercan a vosotros».

Y creo, mis hermanos queridos, que de esto se trata: de vivir muy intensa y gozosamente nuestra vida. Puedo decirlo con mis palabras, pero ya lo dijimos en nuestro último Capítulo General en el que dábamos «gracias a Dios por la fidelidad de tantos hermanos, y por la santidad, reconocida por la Iglesia, en algunos miembros de la Familia Salesiana. Nos relacionamos cada día con adultos y niños; con hermanos, jóvenes y mayores, en plena actividad y enfermos que dan testimonio de la fascinación que supone la búsqueda de Dios, la radicalidad evangélica, vivida con alegría y con viva pasión por Don Bosco». Es el gran don que tenemos en nuestra Congregación: los miles y miles de hermanos que cada día dan vida y dan su vida con maravillosa generosidad. Pero me duele el dolor de los hermanos que no se sienten así. Hay hermanos salesianos que arrastran en su vida y en su corazón heridas, hermanos que se sienten dañados, que manifiestan dolor ¡Cuánto me gustaría que con la fuerza que viene del Señor, y con el afecto y la cercanía de algún hermano, pudieran confiar y esperar nuevamente algo bueno en sus vidas. Hay hermanos que están atravesando situaciones difíciles, o han perdido esa pasión del Amor primero que todos hemos sentido en la llamada del Señor; hay quizá hermanos que están caminando en alguna dirección que no les llevará a nada bueno como Salesianos de Don Bosco ¡Cuánto me gustaría que estos hermanos se dejaran tocar por Dios para «ir más allá»; cuánto me gustaría que se dejaran sorprender por Dios, que sin duda nos lleva siempre a situaciones de vida que están más allá de nuestros cálculos!

Hermanos queridos, independientemente de nuestro mayor o menor conocimiento de Don Bosco, todos tenemos la certeza de cuán importante era para Don Bosco la alegría y felicidad de sus salesianos y de sus jóvenes, no exenta de sacrificios y, ciertamente, con ese punto central y esencial que es el vivir en Dios y desde Dios. Nosotros hemos tomado las más trascendentes e importantes decisiones en nuestra vida, llegando al culmen de la misma con nuestro Sí al Señor. Y puesto que es así, todo lo demás tiene que ser una ayuda para vivir a pleno pulmón, para vivir muy en plenitud, para vivir sintiéndonos muy llenos de sentido y felices.

Aguinaldo 2016

Decir ¡CON JESÚS! desde el inicio del Lema del Aguinaldo nos habla de que Él es la puerta de entrada y el centro de toda nuestra reflexión. El camino que proponemos en estas páginas es

mucho más que una estrategia pastoral; es la afirmación de que sólo con Jesús, en Jesús y desde Jesús, podemos hacer un camino que sea realmente significativo y decisivo para nuestras vidas. Al igual que en las llamadas de Jesús en el Evangelio, hoy como entonces se fija y contempla con atención a cada persona, el fondo de su corazón, y desde ahí hace resonar su invitación a seguirlo. De eso se trata en la vida cristiana: arranca de una vocación, del sentirse llamado por el propio nombre. Ésta es, esencialmente, seguimiento de Jesús. Jesús es quien toma la iniciativa, quien sale a los caminos, quien busca el encuentro con premura. Su mirada de elección y su llamada personal piden una decisión llena de confianza y de abandono en Él. Porque cuando Jesús llama a alguien para que le siga, no le presenta un programa detallado, ni aduce motivos, ni admite condiciones. La llamada de Jesús compromete en una aventura, en un riesgo. Se trata de seguir su mismo destino sin mapa de navegación. Seguir a Jesús significa incomodarse, alzarse y ponerse en pie, no es quedarse a la orilla del camino, como quien ve pasar a alguien que suscita entusiasmo, polémica o disputa. Lo que conocemos de las llamadas de Jesús en el Evangelio se ha ido repitiendo a lo largo de los siglos, y es la misma llamada que nos ha hecho a cada uno de nosotros, Familia Salesiana, y la que hace a cada joven que se encuentra con Él, y que desea y decide ser de los suyos. Una decisión que implica la audacia del discípulo que vence cualquier tipo de miedo y suaviza las dificultades inherentes al seguimiento, como son el rechazo, la exclusión, la incompreensión o los riesgos.

Encontrar a Jesús, o más bien ser encontrado por Él, despierta admiración, atracción, fascinación. Pero no basta. Quizá la experiencia más importante que refleja este seguimiento sea la amistad personal con el Maestro. Una amistad que se comprende y se vive como entrega, fidelidad y confianza. Donde no hay amistad personal, no puede haber seguimiento, aunque haya otras cosas, tales como el entusiasmo o la laboriosidad hasta agotarse. La llamada nos pone frente al hermoso horizonte de la amistad, requiere adhesión cordial a la persona de Jesús y cambio radical de vida. Un seguimiento y un caminar con Jesús que se va convirtiendo en comunión con Él (Jn 1,31-51); un seguimiento y un caminar con Él que es también permanecer con Él, puesto que se llega a una experiencia personal de verdadero encuentro (Jn 15,14-16).

Esto que he expresado de manera breve queriendo ir a lo esencial ha de ser, mis queridos hermanos y hermanas, el punto de partida y de llegada, la prioridad máxime de nuestros empeños como educadores y evangelizadores de los jóvenes, de las jóvenes. Desde este mismo momento la invitación que les hago es la de recorrer personalmente, a veces con otros educadores y educadoras de las miles de presencias de nuestra familia en el mundo, y siempre con los jóvenes - siempre con ellos y siempre para ellos-, un camino de fe donde reavivar nuestra relación con Jesús. Sí, de eso se trata. Dejarnos alcanzar por su persona, dejarnos seducir no solo por un ideal o una misión, sino por el Dios vivo encarnado en él. Dejarnos transformar poco a poco por ese Dios apasionado por una vida más digna y dichosa para todos.

Nosotros mismos, y muy especialmente nuestros jóvenes, tienen deseo de Dios y necesidad de Dios. “Italia, Europa y el mundo en estos dos siglos han cambiado mucho, pero el alma de los jóvenes no ha cambiado: también hoy los muchachos y las muchachas están abiertos a la vida y al encuentro con Dios y con los otros, pero son tantos lo que están en peligro de desánimo, de anemia espiritual, de marginación”, nos dice el Papa Francisco a nosotros, Familia Salesiana.¹ Y deberíamos estar convencidos de que esta apertura al encuentro con Dios, esta necesidad de Dios, se convierte en acontecimiento decisivo para todos nosotros, y muy especialmente para nuestros

jóvenes, cuando el Cristo del Evangelio, sin recortes ni adiciones, es experimentado como quien da pleno sentido a la vida, pasando “de la admiración al conocimiento y del conocimiento a la intimidad, al enamoramiento, al seguimiento, a la imitación”.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones y Reglamentos

80. La castidad consagrada por el Reino es un don precioso de la gracia divina, concedido a algunos por el Padre. Como respuesta de fe, lo acogemos agradecidos y nos comprometemos con voto a vivir la continencia perfecta en el celibato.

Seguimos de cerca a Jesucristo, escogiendo un modo intensamente evangélico de amar a Dios y a los hermanos con corazón indiviso.

Nos incorporamos, así, con una vocación específica al misterio de la Iglesia, íntimamente unida a Cristo y, participando de su fecundidad, nos entregamos a nuestra misión.

- ✧ ¿Estoy convencido que las renunciaciones que implica mi castidad tienen sentido como expresión de mi amor indiviso a Cristo y a la Iglesia?
- ✧ ¿Estoy persuadido de haber renunciado a un bien noble en vista de un bien más precioso aún desde la perspectiva escatológica?
- ✧ ¿Soy serenamente austero y amorosamente vigilante?
- ✧ ¿Renuevo diariamente, en mi vida cotidiana, mi profesión religiosa?
- ✧ ¿Cultivo el amor a mis hermanos y comunidad?

81. Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes. Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana: "Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados" debe, sin duda, poner el máximo empeño en enriquecerse de todas las virtudes, pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero [...] es la virtud de la castidad. Nuestra tradición siempre ha considerado la castidad como virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la educación de la juventud. Ella nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza.

- ✧ ¿Pienso que mi castidad consagrada hace de mí un testimonio y signo vivo de la eficacia de la redención de Cristo?
- ✧ ¿Tengo conciencia de la importancia de mi castidad como expresión de mi amor a Dios y a los jóvenes?
- ✧ ¿Mi castidad es la fuerza que sostiene mi amor a los jóvenes y me permite educarlos en el amor y la pureza?
- ✧ ¿Mi amor es un afecto verdadero como el de un padre y un amigo? ¿busco amar como Cristo?
- ✧ ¿Educo a los jóvenes en el valor de la castidad?

82. Las exigencias educativas y pastorales de nuestra misión y el hecho de que la observancia de la perfecta continencia afecte a inclinaciones de las más profundas de la naturaleza humana, requieren en el salesiano equilibrio psicológico y madurez afectiva.

Don Bosco advertía: Quien no abrigue fundada esperanza de poder guardar, con la ayuda de Dios, la virtud de la castidad en las palabras, en las obras y en los pensamientos, no profese en esta Sociedad, pues con frecuencia se hallaría en peligro.

- ✧ ¿Acepto lealmente la vigilancia y la mortificación que exige la castidad del corazón y de los sentidos?
- ✧ ¿Siento haber llegado a una verdadera madurez afectiva con la victoria del amor oblativo por sobre mi egocentrismo?
- ✧ ¿En la dificultad, pido oportunamente la ayuda necesaria, me confronto con mi guía espiritual?

84. La castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad.

Por eso el salesiano, fiel a las Constituciones, vive en el trabajo y la templanza, practica la mortificación y la guarda de los sentidos, utiliza con discreción y prudencia los instrumentos de comunicación social, y no descuida los medios naturales que favorecen la salud física y mental.

Sobre todo, implora la ayuda de Dios y vive en su presencia, alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía, lo purifica humildemente en el sacramento de la Reconciliación y se confía con sencillez a un guía espiritual.

Acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco.

- ✧ ¿En caso de dificultad, asumo los medios necesarios para ser victorioso: confianza con el confesor, oración más intensa, ascesis más oportuna, confianza en María Auxiliadora?
- ✧ ¿Se mantener el equilibrio entre nostalgia y aversión hacia los bienes a los que he renunciado?
- ✧ ¿Mi actitud es de rompimiento decidido con todo aquello que me impide una entrega generosa y total a Cristo y el servicio a los jóvenes?

R66. El testimonio y el servicio pastoral piden que el salesiano se inserte en el mundo.

Fiel a las opciones de su vocación, evitará las comodidades y seducciones del mundo. Será prudente en hacer visitas o asistir a espectáculos, evitando lo que no esté de acuerdo con la castidad religiosa.

- ✧ ¿Soy coherente evitando las ocasiones de infidelidad a mi entrega al Señor: lecturas, espectáculos, correspondencia...?

✧ ¿Vivo con austeridad y cultivo la ascesis necesaria para vivir coherentemente mi vocación?

R68. En sus relaciones con las personas y en sus amistades, el salesiano sea coherente con los compromisos adquiridos en la profesión. Evite, por tanto, actitudes y comportamientos peligrosos o ambiguos que puedan empañar el testimonio de su castidad.

✧ ¿Me preocupo por vivir el espíritu de lo que me pide los Reglamentos superando todo legalismo?

✧ ¿Discierno con sinceridad y ante el Señor mi fidelidad a mi profesión religiosa, evitando toda ambigüedad?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

56. Los hermanos viven con sencillez su entrega personal y la capacidad de compartir, en la acogida y la hospitalidad. Con sus atenciones y su alegría saben hacer a los demás partícipes del espíritu de familia salesiano.

No obstante, para favorecer el respeto mutuo y las manifestaciones de la comunión fraterna, la comunidad reserva, para uso exclusivo de los hermanos, algunos ambientes de la casa religiosa.

✧ ¿Somos una comunidad acogedora?

✧ ¿Cuidamos el uso prudente de los ambientes de la comunidad?

✧ ¿Tiene nuestra comunidad espacios reservados exclusivamente para la comunidad?

81. Don Bosco vivió la castidad como amor ilimitado a Dios y a los jóvenes. Quiso que fuera signo distintivo de la Sociedad Salesiana: Quien gasta su vida en favor de los jóvenes abandonados" debe, sin duda, poner el máximo empeño en enriquecerse de todas las virtudes, pero la virtud que se debe cultivar con mayor esmero [...] es la virtud de la castidad. Nuestra tradición siempre ha considerado la castidad como virtud radiante y portadora de un mensaje especial para la educación de la juventud. Ella nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza.

✧ ¿Damos testimonio de una comunidad absolutamente entregada en la evangelización de los jóvenes?

✧ ¿Educamos a los jóvenes en el valor de la castidad?

✧ ¿Valoramos la asistencia como característica de nuestro Sistema Educativo hereditario de Don Bosco?

83. La castidad consagrada, signo y estímulo de la caridad, libera y potencia nuestra capacidad de hacernos todo para todos. Desarrolla en nosotros el sentido cristiano de las relaciones personales, favorece amistades auténticas y contribuye a hacer de la comunidad una familia. A su vez, el clima fraterno de la comunidad nos ayuda a vivir con gozo el celibato por el Reino y a superar, sostenidos por la comprensión y el afecto, los momentos difíciles.
- ✧ ¿Soy Sabemos crear en nuestra comunidad un clima de vida espiritual, que anime una ascesis comunitaria?
 - ✧ ¿Reina en nuestra comunidad un ambiente de familia que nos ayuda al sano equilibrio afectivo sin necesidad de buscar expresiones de comunión fuera de casa?
84. La castidad no es conquista que se logra de una vez para siempre: tiene momentos de paz y momentos de prueba. Es un don que, a causa de la debilidad humana, exige esfuerzo diario de fidelidad.
- Por eso el salesiano, fiel a las Constituciones, vive en el trabajo y la templanza, practica la mortificación y la guarda de los sentidos, utiliza con discreción y prudencia los instrumentos de comunicación social, y no descuida los medios naturales que favorecen la salud física y mental.
- Sobre todo, implora la ayuda de Dios y vive en su presencia, alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía, lo purifica humildemente en el sacramento de la Reconciliación y se confía con sencillez a un guía espiritual.
- Acude con filial confianza a María Inmaculada y Auxiliadora, que le ayuda a amar como amaba Don Bosco.
- ✧ ¿En nuestra comunidad existe un testimonio de trabajo y templanza como ayuda indispensable para vivir nuestra castidad?
 - ✧ ¿Somos una comunidad en la que nos ayudamos con el testimonio, la corrección fraterna, el trabajo en equipo, la oración mutua?
 - ✧ ¿Nuestra organización comunitaria nos permite usar los medios que nos ayudan a un sano equilibrio mental y físico: paseos y momentos de distensión, asegurar el sueño necesario de los hermanos, evitar el trabajo excesivo y desordenado?
- R67. El empleo de personal femenino en nuestras casas y obras responda a criterios de necesidad, y tenga en cuenta las exigencias de la vida religiosa..
- ✧ ¿El personal de nuestra comunidad, responde a una auténtica necesidad y tiene presente las exigencias de una comunidad religiosa?
 - ✧ ¿Mantenemos un trato digno y empapado de caridad con el personal contratado en nuestra comunidad?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. CASTIDAD Y CARIDAD

1. Motivación

La motivación profunda de nuestra castidad es la caridad, el amor a Dios y a los hermanos, por quienes entregamos la vida, especialmente los jóvenes más pobres, como hemos aprendido y heredado de Don Bosco.

canto: **Los hermanos unidos**

**¡Qué dulzura, qué delicia,
los hermanos todos unidos! (bis)**

Es unguento perfumado en la cabeza
que desciende por la barba.
Que baja por la barba de Aarón
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición,
la vida para siempre.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha llamado a entregar nuestra vida
por amor a los jóvenes,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmodia

Salmo 15. La vida de Cristo es nuestra herencia

La experiencia de una vida absolutamente confiada en las manos del Señor se expresa en la alegría de tener su amor y amistad como herencia, un amor que colma toda necesidad. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: Magnífica es tu herencia, Señor

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Magnífica es tu herencia, Señor

Salmo 61. Dios, única esperanza del justo

Tener a Dios como la "roca", es decir, gozar del amor de quien es siempre fiel y su misericordia no tiene límites, es una experiencia decisiva para quien está llamado a dirigir toda su vida hacia Dios. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: En el Señor he puesto mi confianza

Sólo en Dios descansa mi alma,
porque de él viene mi salvación;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

¿Hasta cuándo arremeteréis contra un hombre
todos juntos, para derribarlo
como a una pared que cede
o a una tapia ruinososa?

Sólo piensan en derribarme de mi altura,
y se complacen en la mentira:
con la boca bendicen,
con el corazón maldicen.

Descansa sólo en Dios, alma mía,
porque él es mi esperanza;
sólo él es mi roca y mi salvación,
mi alcázar: no vacilaré.

De Dios viene mi salvación y mi gloria,
él es mi roca firme,
Dios es mi refugio.

Pueblo suyo, confiad en él,
desahogad ante él vuestro corazón,
que Dios es nuestro refugio.

Los hombres no son más que un soplo,
los nobles son apariencia:
todos juntos en la balanza subirían
más leves que un soplo.

No confiéis en la opresión,

no pongáis ilusiones en el robo;
y aunque crezcan vuestras riquezas,
no les deis el corazón.

Dios ha dicho una cosa,
y dos cosas que he escuchado:

"Que Dios tiene el poder
y el Señor tiene la gracia;
que tú pagas a cada uno
según sus obras."

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: En el Señor he puesto mi confianza

Salmo 65. Himno de acción de gracias

Demos gracias al Señor por las maravillas que obra en nosotros, tanto en nuestra vida personal como comunitaria, en nuestro seguimiento de Cristo crucificado y resucitado. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: Vengan y vean lo que Dios ha hecho por nosotros

Aclama al Señor, tierra entera;
tocad en honor de su nombre,
cantad himnos a su gloria.

Decid a Dios: «¡Qué terribles son tus obras,
por tu inmenso poder tus enemigos se rinden!»

Que se postre ante ti la tierra entera,
que toquen en tu honor,
que toquen para tu nombre.

Venid a ver las obras de Dios,
sus temibles proezas en favor de los hombres:
transformó el mar en tierra firme,
a pie atravesaron el río.

Alegrémonos con Dios,

que con su poder gobierna eternamente;
sus ojos vigilan a las naciones,
para que no se subleven los rebeldes.

Benedicid, pueblos, a nuestro Dios,
haced resonar sus alabanzas,
porque él nos ha devuelto la vida
y no dejó que tropezaran nuestros pies.

¡Oh Dios!, nos pusiste a prueba,
nos refinaste como refinan la plata;
nos empujaste a la trampa,
nos echaste a cuestras un fardo:

sobre nuestro cuello cabalgaban,
pasamos por fuego y por agua,
pero nos has dado respiro.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Vengan y vean lo que Dios ha hecho por nosotros

4. Palabra de Dios

Lectura de la carta de San Pablo a los romanos (12, 9-13.15-18.21; 13, 8-10)

Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes. No presuman de sabios. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien delante de todos los hombres. En cuanto dependa de ustedes, traten de vivir en paz con todos. No te dejes vencer por el mal. Por el contrario, vence al mal, haciendo el bien. Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro, se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la Ley.

o bien

Lectura de la primera carta de San Pablo a los corintios (11, 1-8a)

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, confesemos nuestra humildad y sencillez ante el Señor, que nos llama a vivir en su amor, entregándonos con un corazón indiviso.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Exhortados por el apóstol Juan, comprometámonos a huir del pecado y cumplir los mandamientos de Dios, que se resumen en el precepto de la caridad genuina y auténtica.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Dios es amor; nosotros sabemos y creemos que Él nos ama: quien vive en el amor está unido a Dios, y Dios está presente en él.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Nosotros sabemos y creemos que Dios nos ama: nosotros nos amamos porque Él nos ha amado primero.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Si nos amamos los unos a los otros, Dios está presente en nosotros, y su amor en nosotros es verdaderamente perfecto.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Amémonos los unos a los otros, porque el amor viene de Dios; quien tiene este amor se ha transformado en hijo de Dios y conoce a Dios.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

P. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la vida si amamos a nuestros hermanos. Amémonos de verdad, no solo con palabras sino con hechos.

T. Quien ama a los hermanos ha pasado de la muerte a la vida.

Padre nuestro

P. Oh Padre, tú nos has llamado a vivir con Don Bosco
para que, con amor indiviso, hagamos siempre tu voluntad.
Nosotros sabemos que la castidad por el reino de los cielos
es un don de tu gracia, que nos hace libres de corazón
para entregarnos a los hermanos, especialmente a los jóvenes, tus predilectos.
Concédenos la coherencia de vida con nuestra consagración;
para ser signos del amor de Cristo a los hermanos,
para alabanza y gloria tuya.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,

la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. LA CASTIDAD, FUENTE DE FECUNDIDAD APOSTOLICA

1. Motivación

El voto de castidad nos hace completamente disponibles a los hermanos. Para nosotros, salesianos, el amor de Dios, sumo bien, nos impulsa a servir a los jóvenes como padres y amigos, que con un corazón puro, les ayudan a encontrarse con Cristo y amarle con todo el corazón.

canto: HAZ CANTAR TU VIDA

**Yo creo en Dios que canta,
que la vida hace cantar. (bis).**

Creo en Dios que canta
y que tu vida hace cantar;
la dicha y el amor son regalos que nos da.
Es como la fuente
que canta en tu interior,
y te impulsa a beber, la vida que Él te da.

Creo en Dios que es Padre y que Él se dice al cantar;
El hizo para ti, cantar la creación.
Nos invita a todos que la vida le cantemos;
sólo pensando en Él, brota sola una canción.

Creo en Jesucristo que es el canto de Dios Padre
y que en el Evangelio, Él nos canta su amor.
Él hace cantar la vida de los hombres
y toda vida es, la gloria del Señor.

Creo en el Espíritu que canta en nuestro ser
haciendo de la vida, un canto celestial.
Creo que la Iglesia reúne nuestras voces
y nos enseña a todos, la música de Dios.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su amor
para ser signos de su amor para los jóvenes,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Antífona: Amo habitar en tu casa, Señor

Salmo 25 Oración confiada del inocente

El Señor Nos eligió para que fuésemos consagrados e irreprochables ante él por el amor. Rezamos este salmo en dos coros

Hazme justicia, Señor, que camino en la inocencia;
confiando en el Señor no me he desviado.

Examíname, Señor, ponme a prueba,
sondea mis entrañas y mi corazón,
porque tengo ante los ojos tu bondad,
y camino en tu verdad.

No me siento con gente falsa,
no me junto con mentirosos;
detesto las bandas de malhechores,
no tomo asiento con los impíos.

Lavo en la inocencia mis manos,
y rodeo tu altar, Señor,
proclamando tu alabanza,
enumerando tus maravillas.

Señor, yo amo la belleza de tu casa,
el lugar donde reside tu gloria.

No arrebatas mi alma con los pecadores,
ni mi vida con los sanguinarios,

que en su izquierda llevan infamias,
y su derecha está llena de sobornos.

Yo, en cambio, camino en la integridad;
sálvame, ten misericordia de mí.
Mi pie se mantiene en el camino llano;
en la asamblea bendeciré al Señor.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Amo habitar en tu casa, Señor

Antífona: Tú nos colmas, Señor, con la abundancia de tus bendiciones

Salmo 64. Solemne acción de gracias

Alabamos al Señor por sus dones, por su permanente benevolencia con nosotros, por habernos elegidos para ser sus testigos en medio de los jóvenes. Rezamos este salmo alternando solista y coro.

¡Oh Dios!, tú mereces un himno en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman,
pero tú los perdonas.

Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciemos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

Tú que afianzas los montes con tu fuerza,

ceñido de poder;
tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;
coronas el año con tus bienes,
las rodadas de tu carro rezuman abundancia;

rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tú nos colmas, Señor, con la abundancia de tus bendiciones

Antífona: el Señor es tierno con sus fieles como lo es un padre con su hijo

Salmo 102. Himno a la misericordia de Dios

El Señor nos libra de todas nuestras angustias, y por eso nuestra vida se vuelve una alabanza a su nombre, porque su amor es eterno, causa de nuestra alegría y gozo pleno. Rezamos este salmo en un solo coro.

Bendice, alma mía, al Señor,
y todo mi ser a su santo nombre.

Bendice, alma mía, al Señor,
y no olvides sus beneficios.

Él perdona todas tus culpas
y cura todas tus enfermedades;
él rescata tu vida de la fosa
y te colma de gracia y de ternura;
él sacia de bienes tus anhelos,
y como un águila se renueva tu juventud.

El Señor hace justicia
y defiende a todos los oprimidos;
enseñó sus caminos a Moisés
y sus hazañas a los hijos de Israel.

El Señor es compasivo y misericordioso,
lento a la ira y rico en clemencia;
no está siempre acusando
ni guarda rencor perpetuo;
no nos trata como merecen nuestros pecados
ni nos paga según nuestras culpas.

Como se levanta el cielo sobre la tierra,
se levanta su bondad sobre sus fieles;
como dista el oriente del ocaso,
así aleja de nosotros nuestros delitos.

Como un padre siente ternura por sus hijos,
siente el Señor ternura por sus fieles;
porque él sabe de que estamos hechos,
se acuerda de que somos barro.

Los días del hombre duran lo que la hierba,
florece como flor del campo,
que el viento la roza, y ya no existe,
su terreno no volverá a verla

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: el Señor es tierno con sus fieles como lo es un padre con su hijo

4. Palabra de Dios

Lectura de la segunda carta de San Pablo a los Corintios (4, 7-12)

Pero nosotros llevamos ese tesoro en recipientes de barro, para que se vea bien que este poder extraordinario no procede de nosotros, sino de Dios. Estamos atribulados por todas partes, pero no abatidos; perplejos, pero no desesperados; perseguidos, pero no abandonados; derribados, pero no aniquilados. Siempre y a todas partes, llevamos en nuestro cuerpo los sufrimientos de la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestro cuerpo. Y así aunque vivimos, estamos siempre enfrentando a la muerte por causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal. De esa manera, la muerte hace su obra en nosotros, y en ustedes, la vida.

o bien

Lectura de la carta de San Pablo a los Colosenses (1, 3-6.9-11)

Damos gracias a Dios, el Padre de nuestro Señor Jesucristo, orando sin cesar por ustedes, desde que nos hemos enterado de la fe que tienen en Cristo Jesús y del amor que demuestran a todos los santos, a causa de la esperanza que les está reservada en el cielo. Ustedes oyeron anunciar esta esperanza por medio de la Palabra de la verdad, de la Buena Noticia que han recibido y que se extiende y fructifica en el mundo entero. Por eso, desde que nos enteramos de esto, oramos y pedimos sin cesar por ustedes, para que Dios les haga conocer perfectamente su voluntad, y les dé con abundancia la sabiduría y el sentido de las cosas espirituales. Así podrán comportarse de una manera digna del Señor, agradándolo en todo, fructificando en toda clase de obras buenas y progresando en el conocimiento de Dios.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, confesemos nuestra humildad y sencillez ante el Señor, que nos llama a vivir en su amor, entregándonos con un corazón indiviso.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Si hemos resucitado con Cristo, caminemos según el Espíritu, llamados a la libertad y destinados a la gloria. Acojamos la exhortación del apóstol Pablo, para que la fe obre en nosotros por medio de la caridad.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

P. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre.

T. Serviremos a los hermanos por amor al Señor

Padre nuestro

P. Oh Dios, Tú nos has llamado a la abnegación y renuncia
para ser signos de tu amor a los hermanos
y a quienes nos has enviado a anunciar el Evangelio.
Ayúdanos a vencer todo egoísmo
para que llenos del celo pastoral
estemos siempre dispuestos a servir
con generosidad y entrega sin límites,
a ejemplo de Don Bosco, nuestro Padre.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	4
Perfectae Caritatis	4
Sacerdotalis caelibatus (Pablo VI)	5
Orientaciones para la educación en el celibato sacerdotal (SCEC. 1974)	6
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	9
Redemptionis donum (Juan Pablo II)	9
La vida fraterna en comunidad	10
Caminar desde Cristo	11
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	12
Encíclica Laudato Si (Francisco)	12
3. MAGISTERIO SALESIANO	15
Don Bosco.....	15
Capítulos Generales.....	17
Capítulo General 21.....	17
Capítulo General 25.....	18
Capítulo General 25.....	18
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	19
Rectores Mayores	21
Don Juan Vecchi.....	21
Don Pascual Chávez	34
Ángel Fernández.....	39
SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA	43
1. Scrutinium personal.....	44
2. Scrutinium Comunitario	46
TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS	50
1. CASTIDAD Y CARIDAD	51
2. LA CASTIDAD, FUENTE DE FECUNDIDAD APOSTOLICA	60

Scrutinium Fraternitatis

Scrutinium Fraternitatis

Amen con sinceridad...
Ámense cordialmente con amor fraterno,
estimando a los otros como más dignos.
Consideren como propias las necesidades de los santos
y practiquen generosamente la hospitalidad.
Vivan en armonía unos con otros,
(Ro. 12, 9.10.13.16)

Cuando en una comunidad
todos los socios se aman mutuamente,
y cada uno goza por el bien del otro como si fuese propio,
entonces esa casa se convierte en un Paraíso.
(Don Bosco)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto. Este es mi mandamiento: Ámense los unos a los otros, como yo los he amado. No hay amor más grande que dar la vida por los amigos. Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando. Ya no los llamo servidores, porque el servidor ignora lo que hace su señor; yo los llamo amigos, porque les he dado a conocer todo lo que oí de mi Padre. No son ustedes los que me eligieron a mí, sino yo el que los elegí a ustedes, y los destiné para que vayan y den fruto, y ese fruto sea duradero. Así todo lo que pidan al Padre en mi Nombre, él se lo concederá. Lo que yo les mando es que se amen los unos a los otros ". (Jn. 15, 9-17)

Les doy un mandamiento nuevo: ámense los unos a los otros. Así como yo los he amado, ámense también ustedes los unos a los otros. En esto todos reconocerán que ustedes son mis discípulos: en el amor que se tengan los unos a los otros". (Jn. 13, 34-35)

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas. Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto. Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí. En una palabra, ahora existen tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor.

(1 Cor. 13, 1-13)

"Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias ". (Col. 3, 12-15)

"La señal de que lo conocemos, es que cumplimos sus mandamientos. El que dice: «Yo lo conozco», y no cumple sus mandamientos, es un mentiroso, y la verdad no está en él. Pero en aquel que cumple su palabra, el amor de Dios ha llegado verdaderamente a su plenitud. Esta es la señal de que vivimos en él. El que dice que permanece en él, debe proceder como él. Queridos míos, no les doy un mandamiento nuevo, sino un mandamiento antiguo, el que aprendieron desde el principio: este mandamiento antiguo es la palabra que ustedes oyeron. Sin embargo, el mandamiento que les doy es nuevo. Y esto es verdad tanto en él como en ustedes, porque se disipan las tinieblas y ya brilla la verdadera luz. El que dice que está en la luz y no ama a su hermano, está todavía en las tinieblas. El que ama a su hermano permanece en la luz y nada lo hace tropezar. Pero el que no ama a su hermano, está en las tinieblas y camina en ellas, sin saber a dónde va, porque las tinieblas lo han enceguecido." (1Jn. 2, 3-11)

"La noticia que oyeron desde el principio es esta: que nos amemos los unos a los otros. No hagamos como Caín, que era del Maligno y mató a su hermano. ¿Y por qué lo mató? Porque sus obras eran malas, y las de su hermano, en cambio, eran justas. No se extrañen, hermanos, si el mundo los aborrece. Nosotros sabemos que hemos pasado de la muerte a la Vida, porque amamos a nuestros hermanos. El que no ama permanece en la muerte. El que odia a su hermano es un homicida, y ustedes saben que ningún homicida posee la Vida eterna.

En esto hemos conocido el amor: en que él entregó su vida por nosotros. Por eso, también nosotros debemos dar la vida por nuestros hermanos. Si alguien vive en la abundancia, y viendo a su hermano en la necesidad, le cierra su corazón, ¿cómo permanecerá en él el amor de Dios?

Hijitos míos, no amemos con la lengua y de palabra, sino con obras y de verdad. En esto conoceremos que somos de la verdad, y estaremos tranquilos delante de Dios aunque nuestra conciencia nos reproche algo, porque Dios es más grande que nuestra conciencia y conoce todas las cosas.

Queridos míos, si nuestro corazón no nos hace ningún reproche, podemos acercarnos a Dios con plena confianza, y él nos concederá todo cuanto le pidamos, porque cumplimos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. Su mandamiento es este: que creamos en el nombre de su Hijo Jesucristo, y nos amemos los unos a los otros como él nos ordenó. el que cumple sus mandamientos permanece en Dios, y Dios permanece en él; y sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado". (1 Jn 3, 11-24)

"Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor procede de Dios, y el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor. Así Dios nos manifestó su amor: envió a su Hijo único al mundo, para que tuviéramos Vida por medio de él. Y este amor no consiste en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó primero, y envió a su Hijo como víctima propiciatoria por nuestros pecados. Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros.

Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros. La señal de que permanecemos en él y él permanece en nosotros, es que nos ha comunicado su Espíritu. Y nosotros hemos visto y atestigüamos que el Padre envió al Hijo como Salvador del mundo. El que confiesa que Jesús es el

Hijo de Dios, permanece en Dios, y Dios permanece en él. Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él.

Dios es amor, y el que permanece en el amor permanece en Dios, y Dios permanece en él. La señal de que el amor ha llegado a su plenitud en nosotros, está en que tenemos plena confianza ante el día del Juicio, porque ya en este mundo somos semejantes a él. En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor, porque el temor supone un castigo, y el que teme no ha llegado a la plenitud del amor.

Nosotros amamos porque Dios nos amó primero. El que dice: «Amo a Dios», y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el que no ama a su hermano, a quien ve? Este es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano " (1 Jn. 4, 7-21)

" Yo, que estoy preso por el Señor, los exhorto a comportarse de una manera digna de la vocación que han recibido. Con mucha humildad, mansedumbre y paciencia, sopórtense mutuamente por amor. Traten de conservar la unidad del Espíritu, mediante el vínculo de la paz. Hay un solo Cuerpo y un solo Espíritu, así como hay una misma esperanza, a la que ustedes han sido llamados, de acuerdo con la vocación recibida. Por eso, renuncien a la mentira y digan siempre la verdad a su prójimo, ya que todos somos miembros, los unos de los otros. Si se enojan, no se dejen arrastrar al pecado ni permitan que la noche los sorprenda enojados, dando así ocasión al demonio. El que robaba, que deje de robar y se ponga a trabajar honestamente con sus manos, para poder ayudar al que está necesitado. No profieran palabras inconvenientes; al contrario, que sus palabras sean siempre buenas, para que resulten edificantes cuando sea necesario y hagan bien a aquellos que las escuchan. No entristezcan al Espíritu Santo de Dios, que los ha marcado con un sello para el día de la redención. Eviten la amargura, los arrebatos, la ira, los gritos, los insultos y toda clase de maldad. Por el contrario, sean mutuamente buenos y compasivos, perdonándose los unos a los otros como Dios los ha perdonado en Cristo ". (Ef. 4, 1-4. 25-32)

"Amen con sinceridad. Tengan horror al mal y pasión por el bien. Ámense cordialmente con amor fraterno, estimando a los otros como más dignos. Con solicitud incansable y fervor de espíritu, sirvan al Señor. Alégrese en la esperanza, sean pacientes en la tribulación y perseverantes en la oración. Consideren como propias las necesidades de los santos y practiquen generosamente la hospitalidad. Bendigan a los que los persiguen, bendigan y no maldigan nunca. Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran. Vivan en armonía unos con otros, no quieran sobresalir, pónganse a la altura de los más humildes. No presuman de sabios. No devuelvan a nadie mal por mal. Procuren hacer el bien delante de todos los hombres. 1En cuanto dependa de ustedes, traten de vivir en paz con todos ". (Rom. 12, 9-18)

"Que la única deuda con los demás sea la del amor mutuo: el que ama al prójimo ya cumplió toda la Ley. Porque los mandamientos: No cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro, se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. El amor no hace mal al prójimo. Por lo tanto, el amor es la plenitud de la Ley". (Rom. 13, 8-10)

"La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades. Y así José, llamado por los Apóstoles Bernabé -que quiere decir hijo del consuelo- un levita nacido en Chipre que poseía un campo, lo vendió, y puso el dinero a disposición de los Apóstoles ". (Hechos 4, 32-37)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae Caritatis

15. "A ejemplo de la primitiva Iglesia, en la cual la multitud de los creyentes eran un corazón y un alma, ha de mantenerse la vida común en la oración y en la comunión del mismo espíritu, nutrida por la doctrina evangélica, por la sagrada Liturgia y principalmente por la Eucaristía. Los religiosos, como miembros de Cristo, han de prevenirse en el trato fraterno con muestras de mutuo respeto, llevando el uno las cargas del otro, ya que la comunidad, como verdadera familia, reunida en nombre de Dios, goza de su divina presencia por la caridad que el Espíritu Santo difundió en los corazones. La caridad es la plenitud de la ley y vínculo de perfección y por ella sabemos que hemos sido traspasados de la muerte a la vida. En fin, la unidad de los hermanos manifiesta el advenimiento de Cristo y de ella dimana una gran fuerza apostólica.

A fin de que el vínculo de hermandad sea más íntimo entre sus miembros, incorpórese estrechamente los llamados conversos o con otros nombres a la vida y actividades de la comunidad. Ha de procurarse que en los Institutos de mujeres haya una sola clase de hermanas, a no ser que las circunstancias aconsejen verdaderamente otra cosa. En este caso, sólo ha de conservarse la distinción de personas que esté exigida por la diversidad de obras a que las hermanas se dedican o por especial vocación de Dios o por sus peculiares aptitudes. Los monasterios e Institutos de varones que no son meramente laicales pueden admitir a tenor de las Constituciones y en conformidad con su propia índole, clérigos y laicos en igualdad de condiciones, derechos y deberes, salvo los que provienen de las órdenes sagradas".

Dimensión contemplativa de la vida religiosa

15. "La comunidad religiosa es en si misma una realidad teológica, objeto de contemplación: como familia unida en el nombre del Señor⁴⁶ es por naturaleza propia, el lugar en donde la

experiencia de Dios debe poder alcanzarse particularmente en su plenitud y comunicarse a los demás.

La acogida fraternal recíproca en la caridad contribuye a crear un ambiente capaz de favorecer el progreso espiritual de cada uno⁴⁷.

Por eso precisamente los religiosos necesitan un "lugar de oración" dentro de sus propias casas, lugar donde la cotidiana tensión hacia el encuentro con Dios, fuente de comunión en la caridad, halle constante aliciente y apoyo.

La presencia real del Señor Jesús en la Eucaristía devotamente custodiada y adorada, será para ellos la señal viviente de una comunión que se construye cada día en la caridad".

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa

18. "La consagración religiosa establece una comunión particular entre el religioso y Dios y, en El, entre los miembros de un mismo instituto. Este es el elemento fundamental en la unidad de un instituto. Tradición compartida, trabajos comunes, estructuras racionales, recursos mancomunados, constituciones comunes y espíritu de cuerpo, son todos elementos que pueden ayudar a construir y a fortalecer la unidad; pero el fundamento de la unidad es la comunión en Cristo, establecida por el único carisma fundacional. Esta comunión está enraizada en la consagración religiosa misma. Esta animada por el espíritu del Evangelio, alimentada por la oración, marcada por una mortificación generosa y caracterizada por el gozo y la esperanza que brotan de la fecundidad de la cruz (cf ET 41)".

19. "Para los religiosos, la comunión en Cristo se expresa de una manera estable y visible en la vida comunitaria. Tan importante es esa vida comunitaria para la consagración religiosa, que cada religioso, cualquiera que sea su trabajo apostólico, está obligado a ella por el mero hecho de la profesión y debe normalmente vivir bajo la autoridad de un superior local, en una comunidad del instituto al que pertenece. Normalmente, también, la vida de comunidad lleva consigo el compartir la vida de cada día según unas estructuras concretas y las prescripciones de las Constituciones. Compartir la oración, el trabajo, las comidas, el descanso, el espíritu de grupo « las relaciones de amistad, la cooperación en el mismo apostolado y el mutuo apoyo en una vida de comunidad, escogida para seguir mejor a Cristo, son todos ellos otros tantos valiosos factores en el diario caminar» (ET 39). Una comunidad reunida como verdadera familia en el nombre del Señor goza de su presencia (cf Mt 18, 25) por el amor de Dios que es infundido por el Espíritu Santo (cf Rm 5, 5). Su unidad es un símbolo de la venida de Cristo y es una fuente de poderosa energía apostólica (cf PC 15). En ella la vida consagrada puede desarrollarse en condiciones ideales (cf ET 38) y queda asegurada la formación permanente de sus miembros. La aptitud para vivir una vida comunitaria, con sus gozos y sus limitaciones, es una cualidad que es índice de vocación religiosa para un determinado instituto y criterio clave para aceptar un candidato".

22. "En vistas de la importancia crucial de la vida de comunidad, es necesario notar que su calidad se ve afectada positiva o negativamente por dos tipos de diferencias dentro del instituto: en sus miembros y en sus obras. Es esta la variedad que encontramos en la imagen paulina del Cuerpo de Cristo o en la imagen conciliar del Pueblo peregrino de Dios. En ambas, la diversidad es, en verdad, abundancia de dones que tienden a enriquecer la única realidad. Por lo mismo, el criterio de aceptación de miembros y obras en un instituto religioso es la construcción de la unidad (cf MR 12). Prácticamente habrá que preguntarse: los dones de Dios en esta persona, o proyecto, o grupo, contribuirán a la unidad y a hacer más profunda la comunión? Si así fuere, sean bienvenidos. Si no, sin que importe lo buenos que tales dones puedan parecer en sí mismos o lo deseables que puedan resultar para algunos miembros, no son buenos para ese instituto en particular. Es un error pretender que el don fundacional de un instituto lo abarque todo. Ni es razonable fomentar un don que, virtualmente, separa un miembro de la comunión con la comunidad. Tampoco es prudente tolerar líneas de desarrollo fuertemente divergentes que carezcan de una recia conexión de unidad en el instituto mismo. La diversidad sin divisiones y la unidad sin uniformismo son una riqueza y un reto que favorecen el crecimiento de la comunidad de oración, de gozo y servicio, como testimonio de la realidad de Cristo. Constituye una responsabilidad peculiar de los superiores y de los maestros de formación, el asegurarse que diferencias que conducen a la desintegración, no sean tomadas equivocadamente por auténticos valores de diversidad".

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

41. "Durante su vida terrena, Jesús llamó a quienes El quiso, para tenerlos junto a sí y para enseñarles a vivir según su ejemplo, para el Padre y para la misión que el Padre le había encomendado (cf. Mc 3, 13-15). Inauguraba de este modo una nueva familia de la cual habrían de formar parte a través de los siglos todos aquellos que estuvieran dispuestos a « cumplir la voluntad de Dios » (cf. Mc 3, 32-35). Después de la Ascensión, gracias al don del Espíritu, se constituyó en torno a los Apóstoles una comunidad fraterna, unida en la alabanza a Dios y en una concreta experiencia de comunión (cf. Hch 2, 42-47; 4, 32-35). La vida de esta comunidad y, sobre todo, la experiencia de la plena participación en el misterio de Cristo vivida por los Doce, han sido el modelo en el que la Iglesia se ha inspirado siempre que ha querido revivir el fervor de los orígenes y reanudar su camino en la historia con un renovado vigor evangélico. En realidad, la Iglesia es esencialmente misterio de comunión, « muchedumbre reunida por la unidad del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo ». La vida fraterna quiere reflejar la hondura y la riqueza de este misterio, configurándose como espacio humano habitado por la Trinidad, la cual derrama así en la historia los dones de la comunión que son propios de las tres Personas divinas. Los ámbitos y las modalidades en que se manifiesta la comunión fraterna en la vida eclesial son muchos. La vida consagrada posee ciertamente el mérito de haber contribuido eficazmente a mantener viva en la Iglesia la exigencia de la fraternidad como confesión de la Trinidad. Con la constante promoción del amor fraterno en la forma de vida común, la vida consagrada pone de manifiesto que la

participación en la comunión trinitaria puede transformar las relaciones humanas, creando un nuevo tipo de solidaridad. Ella indica de este modo a los hombres tanto la belleza de la comunión fraterna, como los caminos concretos que a ésta conducen. Las personas consagradas, en efecto, viven « para » Dios y « de » Dios. Por eso precisamente pueden proclamar el poder reconciliador de la gracia, que destruye las fuerzas disgregadoras que se encuentran en el corazón humano y en las relaciones sociales.

42. "La vida fraterna, entendida como vida compartida en el amor, es un signo elocuente de la comunión eclesial. Es cultivada con especial esmero por los Institutos religiosos y las Sociedades de vida apostólica, en los que la vida de comunidad adquiere un peculiar significado. Pero la dimensión de la comunión fraterna no falta ni en los Institutos seculares ni en las mismas formas individuales de vida consagrada. Los eremitas, en lo recóndito de su soledad, no se apartan de la comunión eclesial, sino que la sirven con su propio y específico carisma contemplativo; las vírgenes consagradas en el mundo realizan su consagración en una especial relación de comunión con la Iglesia particular y universal, como lo hacen, de un modo similar, las viudas y viudos consagrados. Todas estas personas, queriendo poner en práctica la condición evangélica de discípulos, se comprometen a vivir el « mandamiento nuevo » del Señor, amándose unos a otros como El nos ha amado (cf. Jn 13, 34). El amor llevó a Cristo a la entrega de sí mismo hasta el sacrificio supremo de la Cruz. De modo parecido, entre sus discípulos no hay unidad verdadera sin este amor recíproco incondicional, que exige disponibilidad para el servicio sin reservas, prontitud para acoger al otro tal como es sin « juzgarlo » (cf. Mt 7, 1-2), capacidad de perdonar hasta « setenta veces siete » (Mt 18, 22). Para las personas consagradas, que se han hecho « un corazón solo y una sola alma » (Hch 4, 32) por el don del Espíritu Santo derramado en los corazones (cf. Rm 5, 5), resulta una exigencia interior el poner todo en común: bienes materiales y experiencias espirituales, talentos e inspiraciones, ideales apostólicos y servicios de caridad. « En la vida comunitaria, la energía del Espíritu que hay en uno pasa contemporáneamente a todos. Aquí no solamente se disfruta del propio don, sino que se multiplica al hacer a los otros partícipes de él, y se goza del fruto de los dones del otro como si fuera del propio ».n la vida de comunidad, además, debe hacerse tangible de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18, 20). Esto sucede merced al amor recíproco de cuantos forman la comunidad, un amor alimentado por la Palabra y la Eucaristía, purificado en el Sacramento de la Reconciliación, sostenido por la súplica de la unidad, don especial del Espíritu para aquellos que se ponen a la escucha obediente del Evangelio. Es precisamente El, el Espíritu, quien introduce el alma en la comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo (cf. 1 Jn 1, 3), comunión en la que está la fuente de la vida fraterna. El Espíritu es quien guía las comunidades de vida consagrada en el cumplimiento de su misión de servicio a la Iglesia y a la humanidad entera, según la propia inspiración. En esta perspectiva tienen particular importancia los « Capítulos » (o reuniones análogas), sean particulares o generales, en los que cada Instituto debe elegir los Superiores o Superiores según las normas establecidas en las propias Constituciones, y discernir a la luz del Espíritu el

modo adecuado de mantener y actualizar el propio carisma y el propio patrimonio espiritual en las diversas situaciones históricas y culturales".

44. "En la vida fraterna tiene un lugar importante el cuidado de los ancianos y de los enfermos, especialmente en un momento como éste, en el que en ciertas regiones del mundo aumenta el número de las personas consagradas ya entradas en años. Los cuidados solícitos que merecen no se basan únicamente en un deber de caridad y de reconocimiento, sino que manifiestan también la convicción de que su testimonio es de gran ayuda a la Iglesia y a los Institutos, y de que su misión continúa siendo válida y meritoria, aun cuando, por motivos de edad o de enfermedad, se hayan visto obligados a dejar sus propias actividades. Ellos tienen ciertamente mucho que dar en sabiduría y experiencia a la comunidad, si ésta sabe estar cercana a ellos con atención y capacidad de escucha. En realidad la misión apostólica, antes que en la acción, consiste en el testimonio de la propia entrega plena a la voluntad salvífica del Señor, entrega que se alimenta en la oración y la penitencia. Los ancianos, pues, están llamados a vivir su vocación de muchas maneras: la oración asidua, la aceptación paciente de su propia condición, la disponibilidad para el servicio de la dirección espiritual, la confesión y la guía en la oración.

45. "La vida fraterna tiene un papel fundamental en el camino espiritual de las personas consagradas, sea para su renovación constante, sea para el cumplimiento de su misión en el mundo. Esto se deduce de las motivaciones teológicas que la fundamentan, y la misma experiencia lo confirma con creces. Exhorto por tanto a los consagrados y consagradas a cultivarla con tesón, siguiendo el ejemplo de los primeros cristianos de Jerusalén, que eran asiduos en la escucha de las enseñanzas de los Apóstoles, en la oración común, en la participación en la Eucaristía, y en el compartir los bienes de la naturaleza y de la gracia (cf. Hch 2, 42-47). Exhorto sobre todo a los religiosos, a las religiosas y a los miembros de las Sociedades de vida apostólica, a vivir sin reservas el amor mutuo y a manifestarlo de la manera más adecuada a la naturaleza del propio Instituto, para que cada comunidad se muestre como signo luminoso de la nueva Jerusalén, « morada de Dios con los hombres » (Ap 21, 3). En efecto, toda la Iglesia espera mucho del testimonio de comunidades ricas « de gozo y del Espíritu Santo » (Hch 13, 52). Desea poner ante el mundo el ejemplo de comunidades en las que la atención recíproca ayuda a superar la soledad, y la comunicación contribuye a que todos se sientan corresponsables; en las que el perdón cicatriza las heridas, reforzando en cada uno el propósito de la comunión. En comunidades de este tipo la naturaleza del carisma encauza las energías, sostiene la fidelidad y orienta el trabajo apostólico de todos hacia la única misión. Para presentar a la humanidad de hoy su verdadero rostro, la Iglesia tiene urgente necesidad de semejantes comunidades fraternas. Su misma existencia representa una contribución a la nueva evangelización, puesto que muestran de manera fehaciente y concreta los frutos del « mandamiento nuevo ».

La vida fraterna en comunidad

11. "Del don de la comunión proviene la tarea de la construcción de la fraternidad, es decir, de llegar a ser hermanos y hermanas en una determinada comunidad donde han sido llamados a vivir juntos. Aceptando con admiración y gratitud la realidad de la comunión divina, participada por las pobres criaturas, surge la convicción de que es necesario empeñarse en hacerla cada vez más visible por medio de la construcción de comunidades «llenas de gozo y del Espíritu Santo» (Hech 13,52).

También en nuestro tiempo y para nuestro tiempo, es necesario reemprender esta obra «divino-humana» de formar comunidades de hermanos y de hermanas, teniendo en cuenta las condiciones propias de estos años en los que la renovación teológica, canónica, social y estructural ha incidido poderosamente en la fisonomía y en la vida de la comunidad religiosa. Queremos ofrecer, a partir de situaciones concretas, algunas indicaciones útiles para alentar el proceso de una continua renovación evangélica de las comunidades".

12. "En su componente místico primario, toda auténtica comunidad cristiana aparece «en sí misma una realidad teológica objeto de contemplación». De ahí que la comunidad religiosa sea ante todo un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe.

Cuando se olvida esta dimensión mística y teológica, que la pone en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediamente a perder también las razones profundas para «hacer comunidad», para la construcción paciente de la vida fraterna. Ésta, a veces, puede parecer superior a las fuerzas humanas y autojarse como un inútil derroche de energías, sobre todo en personas intensamente comprometidas en la acción y condicionadas por una cultura activista e individualista.

El mismo Cristo que los ha llamado convoca cada día a sus hermanos y hermanas para conversar con ellos y para unirlos a sí y entre ellos en la Eucaristía, para convertirlos progresivamente en su Cuerpo vivo y visible, animado por el Espíritu, en camino hacia el Padre.

La oración en común, que se ha considerado siempre como la base de toda vida comunitaria, parte de la contemplación del Misterio de Dios, grande y sublime, de la admiración de su presencia, operante en los momentos más significativos de nuestras familias religiosas, así como también en la humilde realidad cotidiana de nuestras comunidades.

13. Como una respuesta a la advertencia del Señor «velad y orad» (Lc 21,36), la comunidad religiosa debe ser vigilante y tomar el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida. A veces la jornada de los religiosos y religiosas, que «no tienen tiempo», corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa, y por lo mismo puede terminar por cansar y agotar. En efecto, la comunidad religiosa está ritmada por un horario para dar determinados tiempos a la oración, y especialmente para que se pueda aprender a dar tiempo a Dios (vacare Deo).

La oración hay que entenderla también como tiempo para estar con el Señor para que pueda obrar en nosotros, y entre las distracciones y las fatigas pueda invadir la vida, confortarla y guiarla, para que, al fin, toda la existencia pueda realmente pertenecerle.

14. Una de las adquisiciones más valiosas de estos decenios, reconocida y estimada por todos, ha sido el redescubrimiento de la oración litúrgica por parte de las familias religiosas. La celebración en común de la Liturgia de las Horas, o al menos de alguna de ellas, ha revitalizado la oración de no pocas comunidades, que han alcanzado un contacto más vivo con la Palabra de Dios y con la oración de la Iglesia. En nadie, por tanto, puede debilitarse la convicción de que la comunidad se construye a partir de la Liturgia, sobre todo de la celebración de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Entre éstos merece una renovada atención el sacramento de la reconciliación, a través del cual el Señor aviva la unión con Él y con los hermanos. A imitación de la primera comunidad de Jerusalén (cf Hech 2,42), la Palabra, la Eucaristía, la oración en común, la asiduidad y la fidelidad a la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores, ponen en contacto con las grandes obras de Dios que, en este contexto, se hacen luminosas y generan alabanza, gratitud, alegría, unión de corazones, apoyo en las dificultades comunes de la convivencia diaria y fortalecimiento recíproco en la fe. Desgraciadamente, la disminución de sacerdotes puede hacer imposible en algunos sitios la participación diaria en la santa Misa. A pesar de ello hay que tener la preocupación de adquirir una conciencia, cada vez más profunda, del gran don de la Eucaristía, y de colocar en el centro de la vida el Sagrado Misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor, vivo y presente en la comunidad para sostenerla y animarla en su camino hacia el Padre. De aquí se deduce la necesidad de que cada casa religiosa tenga, como centro de la comunidad, su oratorio, donde sea posible alimentar la propia espiritualidad eucarística, mediante la oración y la adoración. Efectivamente, es en torno a la Eucaristía celebrada o adorada, «vértice y fuente» de toda la actividad de la Iglesia, donde se construye la comunión de los espíritus, premisa para todo crecimiento en la fraternidad. «De aquí debe partir toda forma de educación para el espíritu comunitario».
15. La oración en común alcanza toda su eficacia cuando está íntimamente unida a la oración personal. En efecto, oración común y oración personal están en estrecha relación y son complementarias entre sí. En todas partes, pero especialmente en ciertas regiones y culturas, es necesario subrayar más el momento de la interioridad, de la relación filial con el Padre, del diálogo íntimo y sponsal con Cristo, de la profundización personal de cuanto se ha celebrado y vivido en la oración comunitaria, del silencio interior y exterior, que deja espacio para que la Palabra y el Espíritu puedan regenerar las profundidades más ocultas. La persona consagrada que vive en comunidad alimenta su consagración ya con el constante coloquio personal con Dios, ya con la alabanza y la intercesión comunitaria.
16. La oración en común se ha enriquecido en estos últimos años con diversas formas de expresión y participación. Especialmente fructuosa para muchas comunidades ha sido la participación en la Lectio divina y en las reflexiones sobre la Palabra de Dios, así como la comunicación de las experiencias personales de fe y de las preocupaciones apostólicas. La diferencia de edad, de

formación, de carácter, aconsejan ser prudentes en exigirla indistintamente a toda la comunidad: es bueno recordar que no se pueden precipitar los tiempos de su realización.

Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración.

17. Las palabras del Señor, «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1; cf 1 Tes 5,17), valen tanto para la oración personal como para la comunitaria. La comunidad religiosa, en efecto, vive constantemente ante su Señor, de cuya presencia debe tener continua conciencia. Sin embargo, la oración común tiene sus propios ritmos, cuya frecuencia (diaria, semanal, mensual, anual) es determinada por el derecho propio de cada instituto.

La oración en común, que reclama fidelidad en el horario, exige también y sobre todo perseverancia: «Porque en virtud de la perseverancia y del consuelo que nos vienen de las Escrituras, mantenemos viva nuestra esperanza (...), a fin de que con un solo espíritu y una sola voz demos gloria a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15,4-6).

La fidelidad y la perseverancia ayudarán también a superar creativa y sabiamente las dificultades, propias de algunas comunidades, como la diversidad de tareas y, por tanto, de horarios, la sobrecarga absorbente de trabajo y las diversas formas de cansancio.

18. La oración a la Bienaventurada Virgen María, animada por el amor hacia ella, que nos conduce a imitarla, hace que su presencia ejemplar y maternal sea una gran ayuda en la fidelidad diaria a la oración (cf Hech 1,14), llegando a convertirse en vínculo de comunión para la comunidad religiosa.

La Madre del Señor contribuirá a configurar las comunidades religiosas según el modelo de "su" familia, la Familia de Nazaret, lugar que las comunidades religiosas deben frecuentar espiritualmente, porque allí se vivió de un modo admirable el Evangelio de la comunión y de la fraternidad.

19. También el impulso apostólico es sostenido y alimentado por la oración común. Por un lado, es una fuerza misteriosa transformante que abraza todas las realidades para redimir y ordenar el mundo; y, por otro, encuentra su estímulo en el ministerio apostólico: en las alegrías y en las dificultades cotidianas. Éstas se transforman en ocasión para buscar y descubrir la presencia y la acción del Señor.

20. Las comunidades religiosas más apostólicas y más vivas evangélicamente -contemplativas o activas- son las que poseen una rica experiencia de oración. En un momento como el nuestro, en el que se asiste a un cierto despertar de la búsqueda de la trascendencia, las comunidades religiosas pueden llegar a ser lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen a Dios.

«Como familia unida en el nombre del Señor, (la comunidad religiosa) es, por su misma naturaleza, el lugar donde se ha de poder alcanzar especialmente la experiencia de Dios y comunicársela a los demás»(34); en primer lugar a los propios hermanos de comunidad.

Las personas consagradas a Dios, hombres y mujeres, ¿dejarán de asistir a esta cita con la historia, no respondiendo a la «búsqueda de Dios» que sienten nuestros contemporáneos, induciéndoles, acaso, a buscar en otra parte, por caminos equivocados, cómo saciar su hambre de Absoluto?

21. «Llevad los unos las cargas de los otros, así cumpliréis la ley de Cristo» (Gal 6,2).

En toda la dinámica comunitaria, Cristo, en su misterio pascual, sigue siendo el modelo de cómo se construye la unidad. El mandamiento del amor mutuo tiene precisamente en Él la fuente, el modelo y la medida, ya que debemos amarnos como Él nos ha amado. Y Él nos ha amado hasta dar la vida. Nuestra vida es participación en la caridad de Cristo, en su amor al Padre y a los hermanos, que es un amor que se olvida totalmente de sí mismo.

Pero todo esto no proviene de la naturaleza del «hombre viejo», que desea ciertamente la comunión y la unidad, pero no pretende ni quiere pagar su precio en términos de compromiso y de entrega personal. El camino que va del hombre viejo -que tiende a cerrarse en sí mismo- al hombre nuevo, que se entrega a los demás, es largo y fatigoso. Los santos Fundadores han insistido de una forma realista en las dificultades e insidias de este paso, conscientes de que la comunidad no se improvisa, porque no es algo espontáneo ni una realización que exija poco tiempo.

Para vivir como hermanos y como hermanas, es necesario un verdadero camino de liberación interior. Al igual que Israel, liberado de Egipto, llegó a ser Pueblo de Dios después de haber caminado largo tiempo en el desierto bajo la guía de Moisés, así también la comunidad, dentro de la Iglesia, pueblo de Dios, está constituida por personas a las que Cristo ha liberado y ha hecho capaces de amar como Él, mediante el don de su Amor liberador y la aceptación cordial de aquellos que Él nos ha dado como guías.

El amor de Cristo, derramado en nuestros corazones, nos impulsa a amar a los hermanos y hermanas hasta asumir sus debilidades, sus problemas, sus dificultades; en una palabra, hasta darnos a nosotros mismos.

22. Cristo da a la persona dos certezas fundamentales: la de ser amada infinitamente y la de poder amar sin límites. Nada como la cruz de Cristo puede dar de un modo pleno y definitivo estas certezas y la libertad que deriva de ellas. Gracias a ellas, la persona consagrada se libera progresivamente de la necesidad de colocarse en el centro de todo y de poseer al otro, y del miedo a darse a los hermanos; aprende más bien a amar como Cristo la ha amado, con aquel mismo amor que ahora se ha derramado en su corazón y la hace capaz de olvidarse de sí misma y de darse como ha hecho el Señor.

En virtud de este amor, nace la comunidad como un conjunto de personas libres y liberadas por la cruz de Cristo.

23. Este camino de liberación, que conduce a la plena comunión y a la libertad de los hijos de Dios, exige, sin embargo, el coraje de la renuncia a sí mismos en la aceptación y acogida del otro, a partir de la autoridad.

Se ha hecho notar, desde distintos lugares, que ha sido éste uno de los puntos débiles del período de renovación a lo largo de estos años. Han crecido los conocimientos, se han

estudiado diversos aspectos de la vida común, pero se ha atendido menos al compromiso ascético necesario e insustituible para toda liberación capaz de hacer que un grupo de personas sea una fraternidad cristiana.

La comunión es un don ofrecido que exige al mismo tiempo una respuesta, un paciente entrenamiento y una lucha para superar la simple espontaneidad y la volubilidad de los deseos. El altísimo ideal comunitario implica necesariamente la conversión de toda actitud que obstaculice la comunión.

La comunidad sin mística no tiene alma, pero sin ascesis no tiene cuerpo. Se necesita «sinergia» entre el don de Dios y el compromiso personal para construir una comunión encarnada, es decir, para dar carne y concreción a la gracia y al don de la comunión fraterna.

24. Es preciso admitir que estas afirmaciones suscitan problema hoy, tanto entre los jóvenes como entre los adultos. Con frecuencia los jóvenes provienen de una cultura que aprecia excesivamente la subjetividad y la búsqueda de la realización personal, mientras que a veces las personas adultas, o están ancladas en estructuras del pasado, o viven un cierto desencanto en relación con el «asamblearismo» de los años pasados, que fueron fuente de verbalismo y de incertidumbre.

Si es cierto que la comunión no existe sin la entrega de cada uno, es necesario que, desde el principio, se erradiquen las ilusiones de que todo tiene que venir de los otros y se ayude a descubrir con gratitud todo lo que se ha recibido y se está recibiendo de los demás. Hay que preparar desde el principio para ser constructores y no sólo miembros de la comunidad, para ser responsables los unos del crecimiento de los otros, como también para estar abiertos y disponibles a recibir cada uno el don del otro, siendo capaces de ayudar y de ser ayudados, de sustituir y de ser sustituidos.

Una vida común fraterna y compartida ejerce un natural encanto sobre los jóvenes, pero perseverar después en las reales condiciones de vida se puede convertir en una pesada carga. Por ello la formación inicial ha de llevar también a una toma de conciencia de los sacrificios que exige vivir en comunidad y a una aceptación de los mismos en orden a vivir una relación gozosa y verdaderamente fraterna, y a todas las demás actitudes típicas de un hombre interiormente libre; porque cuando uno se pierde por los hermanos se encuentra a sí mismo.

25. Además, es necesario recordar siempre que la realización de los religiosos y religiosas pasa a través de sus comunidades. Quien pretende vivir una vida independiente, al margen de la comunidad, no ha emprendido ciertamente el camino seguro de la perfección del propio estado.

Mientras la sociedad occidental aplaude a la persona independiente, que sabe realizarse por sí misma, al individualista seguro de sí, el Evangelio requiere personas que, como el grano de trigo, sepan morir a sí mismas para que renazca la vida fraterna.

De este modo, la comunidad se convierte en una «Schola Amoris» (escuela de amor) para jóvenes y adultos; una escuela donde se aprende a amar a Dios y a los hermanos y hermanas con quienes se vive, y a amar a la humanidad necesitada de la misericordia de Dios y de la solidaridad fraterna.

26. El ideal comunitario no debe hacer olvidar que toda realidad cristiana se edifica sobre la debilidad humana. La «comunidad ideal» perfecta no existe todavía. La perfecta comunión de los santos es la meta en la Jerusalén celeste.
- Nuestro tiempo es de edificación y de construcción continuas, ya que siempre es posible mejorar y caminar juntos hacia la comunidad que sabe vivir el perdón y el amor. Las comunidades, por tanto, no pueden evitar todos los conflictos; la unidad que han de construir es una unidad que se establece al precio de la reconciliación. La situación de imperfección de las comunidades no debe descorazonar.
- En efecto, las comunidades reemprenden cada día el camino, sostenidas por la enseñanza de los apóstoles: «Amaos los unos a los otros con afecto fraterno, rivalizando en la estima recíproca» (Rm 12,10); «tened los mismos sentimientos los unos para con los otros» (Rm 12,16); «acogeos los unos a los otros como Cristo os acogió» (Rm 15,7); «corregíos mutuamente» (Rm 15,14). «Respetaos los unos a los otros» (1 Cor 11,33); «por medio de la caridad poneos los unos al servicio de los otros» (Gal 5,13); «confortaos mutuamente» (1 Tes 5,11); «sobrelleaos los unos a los otros con amor» (Ef 4,2); «sed benévolo y misericordioso los unos para con los otros perdonándoos mutuamente» (Ef 4,32); «someteos los unos a los otros en el temor de Cristo» (Ef 5,21); «orad los unos por los otros» (Sant 5,16); «trataos los unos a los otros con humildad» (1 Pe 5,5); «estad en comunión los unos con los otros» (1 Jn 1,7); «no nos cansemos de hacer el bien a todos, principalmente a nuestros hermanos en la fe» (Gal 6,9-10).
27. Para favorecer la comunión de espíritus y de corazones de quienes han sido llamados a vivir juntos en una comunidad, es útil llamar la atención sobre la necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación.
- Los documentos del Magisterio de estos últimos años son ricos en sugerencias e indicaciones útiles para la convivencia comunitaria como: la alegre sencillez, la sinceridad y la confianza mutuas, la capacidad de diálogo, la adhesión sincera a una benéfica disciplina comunitaria.
28. No hay que olvidar, por fin, que la paz y el gozo de estar juntos siguen siendo uno de los signos del Reino de Dios. La alegría de vivir, aun en medio de las dificultades del camino humano y espiritual y de las tristezas cotidianas, forma ya parte del Reino. Esta alegría es fruto del Espíritu y abarca la sencillez de la existencia, el tejido banal de lo cotidiano. Una fraternidad sin alegría es una fraternidad que se apaga. Muy pronto sus miembros se verán tentados de buscar en otra parte lo que no pueden encontrar en su casa. Una fraternidad donde abunda la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu. Se cumplen, de este modo, las palabras del salmo: «Ved qué delicia y qué hermosura es vivir los hermanos unidos...; ahí el Señor da la bendición y la vida para siempre» (Sal 133,1-3), «porque, cuando viven juntos fraternalmente, se reúnen en la asamblea de la Iglesia, se sienten concordes en la caridad y en un solo querer».

Este testimonio de alegría suscita un enorme atractivo hacia la vida religiosa, es una fuente de nuevas vocaciones y un apoyo para la perseverancia. Es muy importante cultivar esta alegría en la comunidad religiosa: el exceso de trabajo la puede apagar, el celo exagerado por algunas causas la puede hacer olvidar, el continuo cuestionarse sobre la propia identidad y sobre el propio futuro puede ensombrecerla.

Pero saber celebrar fiesta juntos, concederse momentos personales y comunitarios de distensión, tomar distancia de vez en cuando del propio trabajo, gozar con las alegrías del hermano, prestar atención solícita a las necesidades de los hermanos y hermanas, entregarse generosamente al trabajo apostólico, afrontar con misericordia las situaciones, salir al encuentro del futuro con la esperanza de hallar siempre y en todas partes al Señor: todo esto alimenta la serenidad, la paz y la alegría, y se convierte en fuerza para la acción apostólica.

La alegría es un espléndido testimonio de la dimensión evangélica de una comunidad religiosa, meta de un camino no exento de tribulación, pero posible, porque está sostenido por la oración: «Alegres en la esperanza, fuertes en la tribulación, perseverantes en la oración» (Rm 12,12).

29. En el proceso de renovación de estos años aparece que la comunicación es uno de los factores humanos que adquieren una creciente relevancia para la vida de la comunidad religiosa. La exigencia más sentida de incrementar la vida fraterna de una comunidad lleva consigo la correspondiente necesidad de una más amplia e intensa comunicación.

Para llegar a ser verdaderamente hermanos y hermanas es necesario conocerse. Para conocerse es muy importante comunicarse cada vez de forma más amplia y profunda. Se da hoy una atención mayor a los distintos aspectos de la comunicación, aunque en medida y en forma diversa según los distintos institutos y las diversas regiones del mundo.

30. La comunicación dentro de los institutos ha alcanzado un notable desarrollo. Han aumentado los encuentros regulares de sus miembros a nivel congregacional, regional y provincial, y los superiores normalmente envían cartas y ofrecen sugerencias y visitan con mayor frecuencia las comunidades, y se ha difundido el uso de boletines y periódicos internos.

Esta amplia comunicación, requerida a distintos niveles, dentro del respeto de la fisonomía propia del instituto, crea normalmente relaciones más estrechas, alimenta el espíritu de familia y la participación en todo lo que atañe al instituto entero, sensibiliza ante los problemas generales y une más a las personas consagradas en torno a la misión común.

31. También a nivel comunitario se ha comprobado que es altamente positivo haber tenido regularmente -con frecuencia, a ritmo semanal- encuentros en los que los religiosos y las religiosas comparten problemas de la comunidad, del instituto y de la Iglesia y dialogan sobre los principales documentos de la misma. Son momentos útiles también para escuchar a los otros, compartir las propias ideas, revisar y evaluar el camino recorrido, pensar y programar juntos.

La vida fraterna, especialmente en las comunidades más numerosas, necesita estos momentos para crecer. Son momentos que han de estar libres de cualquier otra ocupación;

momentos importantes de comunicación también para crear sentido de corresponsabilidad y para situar el propio trabajo en el contexto más amplio de la vida religiosa, eclesial y del mundo -al que se ha sido enviado en misión-, y no sólo en el ámbito de la vida comunitaria. Es éste un camino que han de seguir recorriendo todas las comunidades, adaptando convenientemente sus ritmos y modalidades a las dimensiones de las mismas comunidades y a sus compromisos. En las comunidades contemplativas esto exige respeto del propio estilo de vida.

32. Pero esto no es todo. En muchas partes se siente la necesidad de una comunicación más intensa entre los religiosos de una misma comunidad. La falta y la pobreza de comunicación genera habitualmente un debilitamiento de la fraternidad a causa del desconocimiento de la vida del otro, que convierte en extraño al hermano y en anónima la relación, además de crear verdaderas y propias situaciones de aislamiento y de soledad.

En algunas comunidades se lamenta la escasa calidad de la comunicación fundamental de bienes espirituales: se comunican temas y problemas marginales, pero raramente se comparte lo que es vital y central en la vida consagrada.

Las consecuencias de esto pueden ser dolorosas, porque la experiencia espiritual adquiere insensiblemente connotaciones individualistas. Se favorece, además, la mentalidad de autogestión unida a la insensibilidad por el otro, mientras lentamente se van buscando relaciones significativas fuera de la comunidad.

Hay que afrontar el problema explícitamente: con tacto y atención y sin forzar las cosas; pero también con decisión y creatividad, buscando formas e instrumentos que puedan permitir a todos aprender progresivamente a compartir, en sencillez y fraternidad, los dones del Espíritu, a fin de que lleguen a ser verdaderamente de todos y sirvan para la edificación de todos (cf 1 Cor 12,7).

La comunión nace precisamente de la comunicación de los bienes del Espíritu, una comunicación de la fe y en la fe, donde el vínculo de fraternidad se hace tanto más fuerte cuanto más central y vital es lo que se pone en común. Este ejercicio de comunicación sirve también para aprender a comunicarse de verdad, permitiendo después a cada uno, en el apostolado, «confesar la propia fe» en términos fáciles y sencillos, a fin de que todos la puedan comprender y gustar.

Las formas de comunicar los dones espirituales pueden ser muy diversas. A parte de las ya señaladas -compartir la Palabra y la experiencia de Dios, discernimiento y proyecto comunitario-(43), se pueden recordar también la corrección fraterna, la revisión de vida y otras formas típicas de la tradición. Todos éstos son modos concretos de poner al servicio de los demás y de hacer que reviertan sobre la comunidad los dones que el Espíritu otorga abundantemente para su edificación y misión en el mundo.

Todo ello adquiere mayor importancia en este momento en que pueden convivir en una misma comunidad religiosos no sólo de diversas edades, sino de razas diversas, de distinta formación cultural y teológica, religiosos que han tenido muy diversas experiencias durante estos años tan agitados y de tanto pluralismo.

Sin diálogo y sin escucha se corre el riesgo de crear existencias yuxtapuestas o paralelas, lo que está muy lejos del ideal de la fraternidad.

33. Toda forma de comunicación implica itinerarios y dificultades psicológicas particulares que pueden ser enfrentadas positivamente, incluso con la ayuda de las ciencias humanas. Algunas comunidades se han beneficiado, por ejemplo, de la ayuda de expertos en comunicación y de profesionales en el campo de la psicología o de la sociología.
- Se trata de medios excepcionales que deben ser valorados prudentemente y que pueden ser utilizados con moderación por comunidades deseosas de derribar el muro de separación que a veces se levanta dentro de la misma comunidad. Las técnicas humanas pueden ser útiles, pero no son suficientes. Es necesario para todos querer de verdad el bien del hermano, cultivando la capacidad evangélica de recibir de los otros todo lo que desean dar y comunicar, y, de hecho, comunican con su misma existencia.
- «Tened unos mismos sentimientos y un mismo amor; sed cordiales y unánimes. Con gran humildad, estimad a los otros como superiores. Buscad los intereses de los otros y no sólo los vuestros. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que tuvo Cristo Jesús» (Fil 2,2-5). Sólo en este clima las diversas formas y técnicas de comunicación, compatibles con la vida religiosa, pueden alcanzar resultados que favorezcan el crecimiento de la fraternidad.
34. El considerable influjo que los medios de comunicación social ejercen sobre la vida y la mentalidad de nuestros contemporáneos, afecta también a las comunidades religiosas y no pocas veces condiciona la comunicación dentro de la mismas.
- Así, pues, la comunidad, consciente de su influjo, se educa para utilizarlos en orden al crecimiento personal y comunitario con la claridad evangélica y la libertad interior de quien ha aprendido a conocer a Cristo (cf Gal 4,17-23). Esos medios, en efecto, proponen, y con frecuencia imponen, una mentalidad y un modelo de vida que debe ser confrontado continuamente con el Evangelio. A este propósito desde muchos lugares se pide una profunda formación a la recepción y al uso crítico y fecundo de esos medios. ¿Por qué no hacer de este tema objeto de valoración, de comprobación y de programación en los encuentros comunitarios periódicos?
- En particular cuando la televisión se convierte en la única forma de recreación, obstaculiza y a veces impide la relación entre las personas, limita la comunicación fraterna, e incluso puede dañar la misma vida consagrada.
- Se impone un justo equilibrio: el uso moderado y prudente de los medios de comunicación, acompañado por el discernimiento comunitario, puede ayudar a la comunidad a conocer mejor la complejidad del mundo de la cultura, puede permitir una recepción confrontada y crítica, y ayudar, finalmente, a valorar su impacto en vista de los diversos ministerios al servicio del Evangelio.
- En coherencia con la opción por su específico estado de vida, caracterizado por una más marcada separación del mundo, las comunidades contemplativas deben sentirse mayormente comprometidas en mantener un ambiente de recogimiento, ateniéndose a las normas establecidas en las propias constituciones sobre el uso de los medios de comunicación social.
35. La comunidad religiosa, por el hecho mismo de ser una «Schola Amoris» (escuela de amor), que ayuda a crecer en el amor a Dios y a los hermanos, se convierte también en lugar de

crecimiento humano. El proceso es exigente, ya que comporta la renuncia a bienes ciertamente muy estimables; pero no es imposible, como lo demuestra la lista de santos y santas y las maravillosas figuras de religiosos y religiosas que han demostrado que la consagración a Cristo «no se opone al verdadero progreso de la persona humana, sino que, por su misma naturaleza, lo promueve en gran medida».

El camino hacia la madurez humana, premisa necesaria para una vida de irradiación evangélica, es un proceso que no conoce límites, porque comporta un continuo «enriquecimiento», no sólo en los valores espirituales, sino también en los de orden psicológico, cultural y social.

Los grandes cambios acaecidos en la cultura y en las costumbres, orientados de hecho más hacia las realidades materiales que hacia los valores espirituales, exigen que se preste mayor atención a algunas áreas en las que las personas consagradas parecen hoy particularmente vulnerables.

36. El proceso de madurez se consigue en la propia identificación con la llamada de Dios. Una identidad insegura puede impulsar, especialmente en los momentos de dificultad, hacia una realización malentendida: con una extrema necesidad de resultados positivos y de la aprobación por parte de los otros, con un exagerado miedo al fracaso y la depresión por la falta de éxito.

La identidad de la persona consagrada depende de la madurez espiritual: es obra del Espíritu, que impulsa a configurarse con Cristo, según la particular modalidad que nace del «carisma originario, mediación del Evangelio, para los miembros de un determinado Instituto». Es muy importante, en estos casos, la ayuda de un guía espiritual, que conozca bien y respete la espiritualidad y la misión del instituto, para «discernir la acción de Dios, acompañar al hermano en las vías del Señor, alimentar la vida con sólida doctrina y con la vida de la oración». Este acompañamiento, particularmente necesario en la formación inicial, resulta también útil para todo el resto de la vida, en orden a conseguir el «verdadero crecimiento en Cristo».

También la madurez cultural ayuda a afrontar los retos de la misión, asumiendo los instrumentos necesarios para discernir la marcha de los tiempos y para encontrar respuestas adecuadas, a través de las cuales el Evangelio se convierte en una continua propuesta alternativa a las propuestas mundanas, integrando su fuerza positiva y purificándolas de los fermentos del mal.

En esta dinámica la persona consagrada y la comunidad religiosa son propuesta evangélica que manifiesta la presencia de Cristo en el mundo.

37. La vida fraterna en común exige, por parte de todos, un buen equilibrio psicológico sobre cuya base pueda madurar la vida afectiva de cada uno. Componente fundamental de esta madurez, como hemos recordado antes, es la libertad afectiva, gracias a la cual el consagrado ama su vocación y ama según su vocación. Sólo esta libertad y madurez consienten precisamente vivir bien la afectividad, tanto dentro como fuera de la comunidad.

Amar la propia vocación, sentir la llamada como una razón válida para vivir y acoger la consagración como una realidad verdadera, bella y buena que comunica verdad, belleza y

bondad a la propia existencia: todo esto hace a la persona fuerte y autónoma, segura de la propia identidad, no necesitada de apoyaturas ni de distintas compensaciones, incluso de tipo afectivo; y refuerza el vínculo que une al consagrado con aquellos que comparten con él la misma llamada. Con ellos, ante todo, se siente llamado a vivir relaciones de fraternidad y de amistad.

Amar la vocación es amar a la Iglesia, es amar al propio instituto y sentir la comunidad como la verdadera familia propia.

Amar según la propia vocación es amar con el estilo de quien, en toda relación humana, desea ser signo claro del amor de Dios, no avasalla a nadie ni trata de poseerle, sino que quiere bien al otro y quiere el bien del otro con la misma benevolencia de Dios.

Es necesaria, por tanto, una formación específica de la afectividad, que integre la dimensión humana con la dimensión más propiamente espiritual. A este propósito, el documento *Potissimum Institutioni* ofrece amplias y oportunas directrices acerca del discernimiento «sobre el equilibrio de la afectividad, particularmente del equilibrio sexual» y sobre la «capacidad de vivir en comunidad».

Sin embargo, las dificultades en este campo son, con frecuencia, la caja de resonancia de problemas que proceden de otra parte; por ejemplo, una afectividad-sexualidad vivida en actitud narcisístico-adolescente, o rígidamente reprimida, puede ser consecuencia de experiencias negativas anteriores al ingreso en la comunidad, o también consecuencia de malestares comunitarios o apostólicos. Por eso es tan importante que exista una rica y cálida vida fraterna, que «lleve la carga» del hermano herido y necesitado de ayuda.

Si se necesita una cierta madurez para vivir en comunidad, se necesita igualmente una cordial vida fraterna para la madurez del religioso. Cuando se advierte una falta de autonomía afectiva en el hermano o en la hermana, la respuesta debería venir de la misma comunidad en términos de un amor rico y humano como el del Señor Jesús y el de tantos santos religiosos, un amor que comparte los temores y las alegrías, las dificultades y las esperanzas con ese calor que es propio de un corazón nuevo, que sabe acoger a la persona en su totalidad. Este amor solícito y respetuoso, no posesivo sino gratuito, debería llevar a experimentar de cerca el amor del Señor, ese amor que llevó al Hijo de Dios a proclamar, a través de la cruz, que no se puede dudar de ser amados por el Amor.

38. Una ocasión particular para el crecimiento humano y la madurez cristiana es la convivencia con personas que sufren, que no se encuentran a gusto en la comunidad, que por lo mismo son motivo de sufrimiento para los hermanos y que perturban la vida comunitaria.

Hay que preguntarse, ante todo, de dónde procede ese sufrimiento: de deficiencia de carácter, de trabajos que les resultan demasiado pesados, de graves lagunas en la formación, de los cambios demasiado rápidos de estos últimos años, de formas de gobierno excesivamente autoritarias, de dificultades espirituales.

Pueden darse también situaciones diversas, en las que la autoridad ha de recordar que la vida en común requiere, a veces, sacrificio y puede convertirse en una forma de «maxima poenitentia».

Existen, por otra parte, situaciones y casos en los que es necesario recurrir a las ciencias humanas, sobre todo cuando hay personas claramente incapaces de vivir la vida comunitaria

por problemas de madurez humana y de fragilidad psicológica o por factores prevalentemente patológicos.

El recurso a estas intervenciones ha resultado útil no sólo como terapia, en casos de psicopatología más o menos manifiesta, sino también como prevención para ayudar a una adecuada selección de los candidatos y para acompañar, en algunos casos, al equipo de formadores a afrontar problemas específicos pedagógico-formativos.

En todo caso, en la elección de los especialistas, hay que preferir a una persona creyente y que conozca bien la vida religiosa y sus propios dinamismos. Y tanto mejor si es una persona consagrada.

El uso de estos medios, por último, resultará verdaderamente eficaz si se hace con discreción y no se generaliza, incluso porque no resuelven todos los problemas y, por lo mismo, «no pueden sustituir a una auténtica dirección espiritual».

39. El respeto a la persona, recomendado por el Concilio y por otros documentos, ha tenido un influjo positivo en la praxis comunitaria.

Sin embargo, al mismo tiempo se ha difundido también, con mayor o menor intensidad según las distintas regiones del mundo, el individualismo bajo las más diversas formas, como la necesidad de protagonismo y la exagerada insistencia sobre el propio bienestar físico, psíquico y profesional, la preferencia por un trabajo ejercido por cuenta propia o de prestigio y bien seguro, la prioridad absoluta dada a las propias aspiraciones personales y al propio camino individual, sin preocuparse de los demás y sin verdadera referencia a la comunidad.

Por otra parte, es necesario buscar el justo equilibrio, no siempre fácil de alcanzar, entre el respeto a la persona y el bien común, entre las exigencias y necesidades de cada uno y las de la comunidad, entre los carismas personales y el proyecto apostólico de la misma comunidad. Y esto dista tanto del individualismo disgregante como del comunitarismo nivelador. La comunidad religiosa es el lugar donde se verifica el cotidiano y paciente paso del «yo» al «nosotros», de mi compromiso al compromiso confiado a la comunidad, de la búsqueda de «mis cosas» a la búsqueda de las «cosas de Cristo».

La comunidad religiosa se convierte, entonces, en el lugar donde se aprende cada día a asumir aquella mentalidad renovada que permite vivir día a día la comunión fraterna con la riqueza de los diversos dones, y, al mismo tiempo, hace que estos dones converjan en la fraternidad y la corresponsabilidad en su proyecto apostólico.

40. Para conseguir esta «sinfonía» comunitaria y apostólica es preciso:

a) Celebrar y agradecer juntos el don común de la vocación y misión, don que trascienda en gran medida toda diferencia individual y cultural. Promover una actitud contemplativa ante la sabiduría de Dios, que ha enviado determinados hermanos a la comunidad para que sean un don los unos para los otros. Alabarle por lo que cada hermano transmite de la presencia y de la palabra de Cristo.

b) Cultivar el respeto mutuo, con el que se acepta el ritmo lento de los más débiles y, al mismo tiempo, no se ahoga el nacimiento de personalidades más ricas. Un respeto que favorece la creatividad, pero que es también una llamada a la responsabilidad y al compromiso para con los otros y a la solidaridad.

c) Orientar hacia la misión común, ya que todo instituto tiene su misión en la que cada uno debe colaborar según sus propios dones. El itinerario de la persona consagrada consiste precisamente en consagrar progresivamente al Señor todo lo que tiene y todo lo que es, en orden a la misión de su familia religiosa.

d) Recordar que la misión apostólica está confiada en primer lugar a la comunidad y que esto con frecuencia lleva consigo también la gestión de obras propias del instituto. La dedicación a ese apostolado comunitario hace que la persona consagrada madure y la lleva a crecer en su peculiar camino de santidad.

e) Conviene tener en cuenta que cada religioso, cuando recibe de la obediencia misiones personales, debe considerarse enviado por la comunidad. Ésta, a su vez, debe preocuparse de su actualización regular e integrarlo en la verificación de los compromisos apostólicos y comunitarios.

Durante el tiempo de formación puede suceder que, no obstante la buena voluntad, resulte imposible conseguir la plena integración de los dones personales de una persona consagrada en la fraternidad y en la misión común. Es entonces cuando se debe plantear esta pregunta: «¿Los dones que Dios ha concedido a esa persona (...) son causa de unidad y hacen más profunda la comunión? Si la respuesta es afirmativa, han de ser bien acogidos. En caso contrario, por muy buenos que puedan parecer en sí mismos, y por muy valiosos que puedan parecer a algunos hermanos, no son aptos para este determinado Instituto. No es prudente, en efecto, permitir líneas de desarrollo muy divergentes, que no ofrecen un sólido fundamento de unidad en el Instituto».

41. En estos años han aumentado las comunidades con un pequeño número de miembros, debido sobre todo a exigencias apostólicas. Éstas pueden también favorecer el desarrollo de relaciones más estrechas entre los religiosos, de oración más participada y una recíproca y más fraterna asunción de responsabilidades.

No faltan, sin embargo, también motivos discutibles, como la afinidad de gustos o de mentalidad. En este caso es fácil que la comunidad se cierre y pueda llegar a seleccionar sus componentes, aceptando o no a un hermano enviado por los superiores. Esto contradice la naturaleza misma de la comunidad religiosa y su condición de signo. La homogeneidad en la elección, además de debilitar la movilidad apostólica, hace perder vigor a la realidad pneumática de la comunidad, y vacía de su fuerza testimoniante la realidad espiritual que la rige.

El esfuerzo por aceptarse los unos a los otros y el empeño por superar las dificultades, que es típico de las comunidades heterogéneas, demuestra la trascendencia del motivo que las ha hecho surgir, o sea, «el poder de Dios que se manifiesta en la pobreza del hombre» (2 Cor 12,9-10).

En la comunidad se está juntos no porque nos hemos elegido los unos a los otros, sino porque hemos sido elegidos por el Señor.

42. Si la cultura occidental puede llevar al individualismo, que dificulta la vida fraterna en común, otras culturas pueden, por el contrario, llevar al comunitarismo, que dificulta la valorización de la persona humana. Todas las formas culturales han de ser evangelizadas.

La presencia de comunidades religiosas que, en un proceso de conversión, llegan a vivir una vida fraterna en la que la persona se pone a disposición de los hermanos, o en la que el «grupo» promueve a la persona, es un signo de la fuerza transformante del Evangelio y de la venida del Reino de Dios.

Los institutos internacionales, en los que conviven miembros de distintas culturas, pueden contribuir a un intercambio de dones, mediante el cual las distintas culturas se enriquecen y se corrigen mutuamente, en la tensión común por vivir cada vez más intensamente el Evangelio de la libertad personal y de la comunión fraterna.

43. La renovación comunitaria ha conseguido notables ventajas de la formación permanente. Recomendada y delineada en sus líneas fundamentales por el documento *Potissimum Institutioni*, es considerada de vital importancia para el futuro por todos los responsables de institutos religiosos.

No obstante algunos problemas -dificultad para hacer una síntesis entre sus diversos aspectos y para sensibilizar a todos los miembros de una comunidad, exigencias absorbentes del apostolado y justo equilibrio entre actividad y formación-, la mayor parte de los institutos ha promovido iniciativas a este respecto, tanto a nivel general como a nivel local.

Una de las finalidades de estas iniciativas es formar comunidades maduras, evangélicas, fraternas, capaces de continuar la formación permanente en la vida diaria. La comunidad religiosa, en efecto, es el lugar donde las grandes orientaciones se hacen operativas, gracias a la paciente y tenaz mediación cotidiana. La comunidad religiosa es la sede y el ambiente natural del proceso de crecimiento de todos, donde cada uno se hace corresponsable del crecimiento del otro. La comunidad religiosa es, además, el lugar donde, día a día, se nos ayuda a responder, como personas consagradas portadoras de un carisma común, a las necesidades de los más postergados y a los retos de la nueva sociedad.

No es infrecuente que, ante a los problemas que se deben afrontar, sean diversas las respuestas, con evidentes consecuencias en la vida comunitaria. De ahí la constatación de que uno de los objetivos más sentidos hoy sea el de integrar a personas de diversa formación y de visiones apostólicas distintas en una misma vida comunitaria, donde las diferencias no sean tanto ocasión de contraste cuanto momentos de mutuo enriquecimiento. En este contexto diversificado y en continuo cambio, resulta cada vez más importante la misión de crear comunión propia de los responsables de comunidad, para quienes es oportuno prever ayudas específicas por parte de la formación permanente, en orden a su tarea de animación de la vida fraterna y apostólica.

Partiendo de la experiencia de estos últimos años, dos aspectos merecen aquí una atención particular: la dimensión comunitaria de los consejos evangélicos y el carisma.

Caminar desde Cristo

28. Si «la vida espiritual debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada» deberá ser ante todo una espiritualidad de comunión, como corresponde al

momento presente: «Hacer de la Iglesia la casa y la escuela de la comunión: éste es el gran desafío que tenemos ante nosotros en el milenio que comienza, si queremos ser fieles al designio de Dios y responder también a las profundas esperanzas del mundo.

En este camino de toda la Iglesia se espera la decisiva contribución de la vida consagrada, por su específica vocación a la vida de comunión en el amor. «Se pide a las personas consagradas —se lee en *Vita consecrata*— que sean verdaderamente expertas en comunión, y que vivan la respectiva espiritualidad como testigos y artífices de aquel proyecto de comunión que constituye la cima de la historia del hombre según Dios».

Se recuerda también, que una tarea en el hoy de las comunidades de vida consagrada es la «de fomentar la espiritualidad de la comunión, ante todo en su interior y, además, en la comunidad eclesial misma y más allá aún de sus confines, entablando o restableciendo constantemente el diálogo de la caridad, sobre todo allí donde el mundo de hoy está tan desgarrado por el odio étnico o las locuras homicidas». Una tarea que exige personas espirituales forjadas interiormente por el Dios de la comunión benigna y misericordiosa, y comunidades maduras donde la espiritualidad de comunión es ley de vida.

29. ¿Qué es la espiritualidad de la comunión? Con palabras incisivas, capaces de renovar relaciones y programas, Juan Pablo II enseña: «Espiritualidad de la comunión significa ante todo una mirada del corazón hacia el misterio de la Trinidad que habita en nosotros, y cuya luz ha de ser reconocida también en el rostro de los hermanos que están a nuestro lado». Y además: «Espiritualidad de la comunión significa capacidad de sentir al hermano de fe en la unidad profunda del Cuerpo místico y, por tanto, como “uno que me pertenece”...». De este principio derivan con lógica apremiante algunas consecuencias en el modo de sentir y de obrar: compartir las alegrías y los sufrimientos de los hermanos; intuir sus deseos y atender a sus necesidades; ofrecerles una verdadera y profunda amistad. Espiritualidad de la comunión es también capacidad de ver ante todo lo que hay de positivo en el otro, para acogerlo y valorarlo como regalo de Dios; es saber «dar espacio» al hermano llevando mutuamente los unos las cargas de los otros. Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión.

La espiritualidad de la comunión se presenta como clima espiritual de la Iglesia al comienzo del tercer milenio, tarea activa y ejemplar de la vida consagrada a todos los niveles. Es el camino maestro de un futuro de vida y de testimonio. La santidad y la misión pasan por la comunidad, porque Cristo se hace presente en ella y a través de ella. El hermano y la hermana se convierten en sacramento de Cristo y del encuentro con Dios, posibilidad concreta y, más todavía, necesidad insustituible para poder vivir el mandamiento del amor mutuo y por tanto la comunión trinitaria.

En estos años las comunidades y los diversos tipos de fraternidades de los consagrados se entienden más como lugar de comunión, donde las relaciones aparecen menos formales y donde se facilitan la acogida y la mutua comprensión. Se descubre también el valor divino y humano del estar juntos gratuitamente, como discípulos y discípulas en torno a Cristo Maestro, en amistad, compartiendo también los momentos de distensión y de esparcimiento. Se nota, además, una comunión más intensa entre las diversas comunidades en el interior de los Institutos. Las comunidades multiculturales e internacionales, llamadas a «dar testimonio

del sentido de la comunión entre los pueblos, las razas, las culturas»,⁹⁴ en muchas partes son ya una realidad positiva, donde se experimentan conocimiento mutuo, respeto, estima, enriquecimiento. Se revelan como lugares de entrenamiento a la integración y a la inculturación, y, al mismo tiempo, un testimonio de la universalidad del mensaje cristiano.

La Exhortación *Vita consecrata*, al presentar esta forma de vida como signo de comunión en la Iglesia, ha puesto en evidencia toda la riqueza y las exigencias pedidas por la vida fraterna. Antes nuestro Dicasterio había publicado el documento *Congregavit nos in unum Christi amor*, sobre la vida fraterna en comunidad. Cada comunidad deberá volver periódicamente a estos documentos para confrontar el propio camino de fe y de progreso en la fraternidad.

Deus Caritas Est (Benedicto XVI)

16. Después de haber reflexionado sobre la esencia del amor y su significado en la fe bíblica, queda aún una doble cuestión sobre cómo podemos vivirlo: ¿Es realmente posible amar a Dios aunque no se le vea? Y, por otro lado: ¿Se puede mandar el amor? En estas preguntas se manifiestan dos objeciones contra el doble mandamiento del amor. Nadie ha visto a Dios jamás, ¿cómo podremos amarlo? Y además, el amor no se puede mandar; a fin de cuentas es un sentimiento que puede tenerse o no, pero que no puede ser creado por la voluntad. La Escritura parece respaldar la primera objeción cuando afirma: « Si alguno dice: “amo a Dios”, y aborrece a su hermano, es un mentiroso; pues quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve » (1 Jn 4, 20). Pero este texto en modo alguno excluye el amor a Dios, como si fuera un imposible; por el contrario, en todo el contexto de la Primera carta de Juan apenas citada, el amor a Dios es exigido explícitamente. Lo que se subraya es la inseparable relación entre amor a Dios y amor al prójimo. Ambos están tan estrechamente entrelazados, que la afirmación de amar a Dios es en realidad una mentira si el hombre se cierra al prójimo o incluso lo odia. El versículo de Juan se ha de interpretar más bien en el sentido de que el amor del prójimo es un camino para encontrar también a Dios, y que cerrar los ojos ante el prójimo nos convierte también en ciegos ante Dios.
17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios,

percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por « concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

18. De este modo se ve que es posible el amor al prójimo en el sentido enunciado por la Biblia, por Jesús. Consiste justamente en que, en Dios y con Dios, amo también a la persona que no me agrada o ni siquiera conozco. Esto sólo puede llevarse a cabo a partir del encuentro íntimo con Dios, un encuentro que se ha convertido en comunión de voluntad, llegando a implicar el sentimiento. Entonces aprendo a mirar a esta otra persona no ya sólo con mis ojos y sentimientos, sino desde la perspectiva de Jesucristo. Su amigo es mi amigo. Más allá de la apariencia exterior del otro descubro su anhelo interior de un gesto de amor, de atención, que no le hago llegar solamente a través de las organizaciones encargadas de ello, y aceptándolo tal vez por exigencias políticas. Al verlo con los ojos de Cristo, puedo dar al otro mucho más que cosas externas necesarias: puedo ofrecerle la mirada de amor que él necesita. En esto se manifiesta la imprescindible interacción entre amor a Dios y amor al prójimo, de la que habla con tanta insistencia la Primera carta de Juan. Si en mi vida falta completamente el contacto con Dios, podré ver siempre en el prójimo solamente al otro, sin conseguir reconocer en él la imagen divina. Por el contrario, si en mi vida omito del todo la atención al otro, queriendo ser sólo « piadoso » y cumplir con mis « deberes religiosos », se

marchita también la relación con Dios. Será únicamente una relación « correcta », pero sin amor. Sólo mi disponibilidad para ayudar al prójimo, para manifestarle amor, me hace sensible también ante Dios. Sólo el servicio al prójimo abre mis ojos a lo que Dios hace por mí y a lo mucho que me ama. Los Santos —pensemos por ejemplo en la beata Teresa de Calcuta— han adquirido su capacidad de amar al prójimo de manera siempre renovada gracias a su encuentro con el Señor eucarístico y, viceversa, este encuentro ha adquirido realismo y profundidad precisamente en su servicio a los demás. Amor a Dios y amor al prójimo son inseparables, son un único mandamiento. Pero ambos viven del amor que viene de Dios, que nos ha amado primero. Así, pues, no se trata ya de un « mandamiento » externo que nos impone lo imposible, sino de una experiencia de amor nacida desde dentro, un amor que por su propia naturaleza ha de ser ulteriormente comunicado a otros. El amor crece a través del amor. El amor es « divino » porque proviene de Dios y a Dios nos une y, mediante este proceso unificador, nos transforma en un Nosotros, que supera nuestras divisiones y nos convierte en una sola cosa, hasta que al final Dios sea « todo para todos » (cf. 1 Co 15, 28).

Spes Salvi (Benedicto XVI)

13. A lo largo de su historia, los cristianos han tratado de traducir en figuras representables este saber que no sabe, recurriendo a imágenes del « cielo » que siempre resultan lejanas de lo que, precisamente por eso, sólo conocemos negativamente, a través de un no-conocimiento. En el curso de los siglos, todos estos intentos de representación de la esperanza han impulsado a muchos a vivir basándose en la fe y, como consecuencia, a abandonar sus « hyparchonta », las sustancias materiales para su existencia. El autor de la Carta a los Hebreos, en el capítulo 11, ha trazado una especie de historia de los que viven en la esperanza y de su estar de camino, una historia que desde Abel llega hasta la época del autor. En los tiempos modernos se ha desencadenado una crítica cada vez más dura contra este tipo de esperanza: consistiría en puro individualismo, que habría abandonado el mundo a su miseria y se habría amparado en una salvación eterna exclusivamente privada. Henri de Lubac, en la introducción a su obra fundamental *Catholicisme. Aspects sociaux du dogme*, ha recogido algunos testimonios característicos de esta clase, uno de los cuales es digno de mención: « ¿He encontrado la alegría? No... He encontrado mi alegría. Y esto es algo terriblemente diverso... La alegría de Jesús puede ser personal. Puede pertenecer a una sola persona, y ésta se salva. Está en paz..., ahora y por siempre, pero ella sola. Esta soledad de la alegría no la perturba. Al contrario: ¡Ella es precisamente la elegida! En su bienaventuranza atraviesa felizmente las batallas con una rosa en la mano ».
14. A este respecto, de Lubac ha podido demostrar, basándose en la teología de los Padres en toda su amplitud, que la salvación ha sido considerada siempre como una realidad comunitaria. La misma Carta a los Hebreos habla de una « ciudad » (cf. 11,10.16; 12,22; 13,14) y, por tanto, de una salvación comunitaria. Los Padres, coherentemente, entienden el pecado como la destrucción de la unidad del género humano, como ruptura y división.

Babel, el lugar de la confusión de las lenguas y de la separación, se muestra como expresión de lo que es el pecado en su raíz. Por eso, la « redención » se presenta precisamente como el restablecimiento de la unidad en la que nos encontramos de nuevo juntos en una unión que se refleja en la comunidad mundial de los creyentes. No hace falta que nos ocupemos aquí de todos los textos en los que aparece el aspecto comunitario de la esperanza. Sigamos con la Carta a Proba, en la cual Agustín intenta explicar un poco esta desconocida realidad conocida que vamos buscando. El punto de partida es simplemente la expresión « vida bienaventurada [feliz] ». Después cita el Salmo 144 [143],15: « Dichoso el pueblo cuyo Dios es el Señor ». Y continúa: « Para que podamos formar parte de este pueblo y llegar [...] a vivir con Dios eternamente, “el precepto tiene por objeto el amor, que brota de un corazón limpio, de una buena conciencia y de una fe sincera” (1 Tm 1,5) ». Esta vida verdadera, hacia la cual tratamos de dirigirnos siempre de nuevo, comporta estar unidos existencialmente en un « pueblo » y sólo puede realizarse para cada persona dentro de este « nosotros ». Precisamente por eso presupone dejar de estar encerrados en el propio « yo », porque sólo la apertura a este sujeto universal abre también la mirada hacia la fuente de la alegría, hacia el amor mismo, hacia Dios.

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)

87. Hoy, que las redes y los instrumentos de la comunicación humana han alcanzado desarrollos inauditos, sentimos el desafío de descubrir y transmitir la mística de vivir juntos, de mezclarnos, de encontrarnos, de tomarnos de los brazos, de apoyarnos, de participar de esa marea algo caótica que puede convertirse en una verdadera experiencia de fraternidad, en una caravana solidaria, en una santa peregrinación. De este modo, las mayores posibilidades de comunicación se traducirán en más posibilidades de encuentro y de solidaridad entre todos. Si pudiéramos seguir ese camino, ¡sería algo tan bueno, tan sanador, tan liberador, tan esperanzador! Salir de sí mismo para unirse a otros hace bien. Encerrarse en sí mismo es probar el amargo veneno de la inmanencia, y la humanidad saldrá perdiendo con cada opción egoísta que hagamos.

88. El ideal cristiano siempre invitará a superar la sospecha, la desconfianza permanente, el temor a ser invadidos, las actitudes defensivas que nos impone el mundo actual. Muchos tratan de escapar de los demás hacia la privacidad cómoda o hacia el reducido círculo de los más íntimos, y renuncian al realismo de la dimensión social del Evangelio. Porque, así como algunos quisieran un Cristo puramente espiritual, sin carne y sin cruz, también se pretenden relaciones interpersonales sólo mediadas por aparatos sofisticados, por pantallas y sistemas que se puedan encender y apagar a voluntad. Mientras tanto, el Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo del encuentro con el rostro del otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo. La verdadera fe en el Hijo de Dios hecho carne es inseparable del don de sí, de la pertenencia a

- la comunidad, del servicio, de la reconciliación con la carne de los otros. El Hijo de Dios, en su encarnación, nos invitó a la revolución de la ternura.
89. El aislamiento, que es una traducción del inmanentismo, puede expresarse en una falsa autonomía que excluye a Dios, pero puede también encontrar en lo religioso una forma de consumismo espiritual a la medida de su individualismo enfermizo. La vuelta a lo sagrado y las búsquedas espirituales que caracterizan a nuestra época son fenómenos ambiguos. Más que el ateísmo, hoy se nos plantea el desafío de responder adecuadamente a la sed de Dios de mucha gente, para que no busquen apagarla en propuestas alienantes o en un Jesucristo sin carne y sin compromiso con el otro. Si no encuentran en la Iglesia una espiritualidad que los sane, los libere, los llene de vida y de paz al mismo tiempo que los convoque a la comunión solidaria y a la fecundidad misionera, terminarán engañados por propuestas que no humanizan ni dan gloria a Dios.
 90. Las formas propias de la religiosidad popular son encarnadas, porque han brotado de la encarnación de la fe cristiana en una cultura popular. Por eso mismo incluyen una relación personal, no con energías armonizadoras sino con Dios, Jesucristo, María, un santo. Tienen carne, tienen rostros. Son aptas para alimentar potencialidades relacionales y no tanto fugas individualistas. En otros sectores de nuestras sociedades crece el aprecio por diversas formas de «espiritualidad del bienestar» sin comunidad, por una «teología de la prosperidad» sin compromisos fraternos o por experiencias subjetivas sin rostros, que se reducen a una búsqueda interior inmanentista.
 91. Un desafío importante es mostrar que la solución nunca consistirá en escapar de una relación personal y comprometida con Dios que al mismo tiempo nos comprometa con los otros. Eso es lo que hoy sucede cuando los creyentes procuran esconderse y quitarse de encima a los demás, y cuando sutilmente escapan de un lugar a otro o de una tarea a otra, quedándose sin vínculos profundos y estables: «Imaginatio locorum et mutatio multos fefellit». Es un falso remedio que enferma el corazón, y a veces el cuerpo. Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad.
 92. Allí está la verdadera sanación, ya que el modo de relacionarnos con los demás que realmente nos sana en lugar de enfermarnos es una fraternidad mística, contemplativa, que sabe mirar la grandeza sagrada del prójimo, que sabe descubrir a Dios en cada ser humano, que sabe tolerar las molestias de la convivencia aferrándose al amor de Dios, que sabe abrir el corazón al amor divino para buscar la felicidad de los demás como la busca su Padre bueno. Precisamente en esta época, y también allí donde son un «pequeño rebaño» (Lc 12,32), los discípulos del Señor son llamados a vivir como comunidad que sea sal de la tierra y luz del mundo (cf. Mt 5,13-16). Son llamados a dar testimonio de una pertenencia evangelizadora de manera siempre nueva. ¡No nos dejemos robar la comunidad!.

Misericordiae Vultus (Francisco)

14. La peregrinación es un signo peculiar en el Año Santo, porque es imagen del camino que cada persona realiza en su existencia. La vida es una peregrinación y el ser humano es viator, un peregrino que recorre su camino hasta alcanzar la meta anhelada. También para llegar a la Puerta Santa en Roma y en cualquier otro lugar, cada uno deberá realizar, de acuerdo con las propias fuerzas, una peregrinación. Esto será un signo del hecho que también la misericordia es una meta por alcanzar y que requiere compromiso y sacrificio. La peregrinación, entonces, sea estímulo para la conversión: atravesando la Puerta Santa nos dejaremos abrazar por la misericordia de Dios y nos comprometeremos a ser misericordiosos con los demás como el Padre lo es con nosotros.

El Señor Jesús indica las etapas de la peregrinación mediante la cual es posible alcanzar esta meta: «No juzguéis y no seréis juzgados; no condenéis y no seréis condenados; perdonad y seréis perdonados. Dad y se os dará: una medida buena, apretada, remecida, rebosante pondrán en el halda de vuestros vestidos. Porque seréis medidos con la medida que midáis» (Lc 6,37-38). Dice, ante todo, no juzgar y no condenar. Si no se quiere incurrir en el juicio de Dios, nadie puede convertirse en el juez del propio hermano. Los hombres ciertamente con sus juicios se detienen en la superficie, mientras el Padre mira el interior. ¡Cuánto mal hacen las palabras cuando están motivadas por sentimientos de celos y envidia! Hablar mal del propio hermano en su ausencia equivale a exponerlo al descrédito, a comprometer su reputación y a dejarlo a merced del chisme. No juzgar y no condenar significa, en positivo, saber percibir lo que de bueno hay en cada persona y no permitir que deba sufrir por nuestro juicio parcial y por nuestra presunción de saberlo todo. Sin embargo, esto no es todavía suficiente para manifestar la misericordia. Jesús pide también perdonar y dar. Ser instrumentos del perdón, porque hemos sido los primeros en haberlo recibido de Dios. Ser generosos con todos sabiendo que también Dios dispensa sobre nosotros su benevolencia con magnanimidad.

Así entonces, misericordiosos como el Padre es el “lema” del Año Santo. En la misericordia tenemos la prueba de cómo Dios ama. Él da todo sí mismo, por siempre, gratuitamente y sin pedir nada a cambio. Viene en nuestra ayuda cuando lo invocamos. Es bello que la oración cotidiana de la Iglesia inicie con estas palabras: «Dios mío, ven en mi auxilio; Señor, date prisa en socorrerme» (Sal 70,2). El auxilio que invocamos es ya el primer paso de la misericordia de Dios hacia nosotros. Él viene a salvarnos de la condición de debilidad en la que vivimos. Y su auxilio consiste en permitirnos captar su presencia y cercanía. Día tras día, tocados por su compasión, también nosotros llegaremos a ser compasivos con todos.

3. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Constituciones 1875

"Cinco recuerdos importantes. La experiencia ha dado a conocer cinco defectos, que pueden llamarse las cinco polillas de la observancia religiosa y la ruina de las Congregaciones. Los indicaré brevemente.

1.° Huir del prurito de reforma. Procuremos observar nuestras reglas sin pensar en su mejora o reforma. «Si los Salesianos, dijo nuestro bienhechor Pío IX, sin pretender mejora en sus Constituciones, tratan de observarlas puntualmente, su Congregación será cada vez más floreciente.»

2.° Renunciar al egoísmo individual. Por consiguiente, jamás busquemos la utilidad privada de nosotros mismos, sino trabajemos con gran celo por el bien común de la Congregación. Debemos amarnos, ayudarnos con el consejo y la oración, promover el honor de nuestros hermanos, no como propiedad de uno solo, sino como esencial y rica herencia de todos.

3.° No murmuremos de los superiores ni desaprobemos sus órdenes. Cuando llegue a nuestra noticia algo que nos parezca material o moralmente malo, expongámoslo humildemente a los superiores. Ellos son los encargados por Dios de velar sobre las cosas y sobre las personas, y ellos, y no otros, son los que habrán de dar cuenta de su administración.

4.° Ninguno descuide su parte. Los Salesianos considerados en conjunto forman un solo cuerpo, es decir: la Congregación. Si todos los miembros de este cuerpo cumplen su oficio, todo marchará con orden y a satisfacción; de lo contrario, ocurrirán desórdenes, dislocaciones, roturas, desmembraciones, y, por último, la ruina del cuerpo mismo. Cumpla cada uno, por tanto, el oficio que se le ha confiado; pero cúmplalo con celo, con humildad, y no se acobarde si ha de hacer algún sacrificio penoso para él. Sírvale de consuelo el pensar que sus fatigas redundarán en utilidad de aquella Congregación a la cual todos nos hemos consagrado.

5.° En todo cargo, trabajo, pena o disgusto, no olvidemos jamás que estando consagrados a Dios, por El sólo debemos trabajar, y únicamente de El esperar la recompensa. Dios lleva minuciosa cuenta aun de las cosas más pequeñas hechas por su santo nombre, y es de fe que en su día las recompensará con generosidad. Al fin de nuestra vida, cuando nos presentemos ante su divino tribunal, nos mirará con rostro lleno de amor y nos dirá: «Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho; entra en el gozo de tu Señor» (Mt 25, 21).

Carta a Domingo Tomatis (1876)

Mi querido Don Tomatis,

He tenido noticias tuyas y me alegró mucho saber que hiciste buen viaje y que tienes buena voluntad para trabajar. Sigue. Una carta tuya llegada a Varazze ha dado a conocer que no te entiendes con alguno de tus hermanos. Esto ha causado mala impresión, en especial porque se leyó en público.

Escúchame, querido Don Tomatis: un Misionero debe estar pronto a dar la vida para la mayor gloria de Dios; y ¿no será luego capaz de soportar un poco de antipatía hacia un compañero, aunque tuviese graves defectos? Por tanto oye lo que dice san Pablo: Soportad mutuamente,

vuestras cargas y así cumpliréis la ley de Cristo (Gal. 6, 2). La caridad es benigna, paciente, y todo lo soporta (1 Cor 13, 4). Y si alguien no se cuida de los suyos y en especial de sus domésticos, es peor que un infiel (1 Tim, 5, 8).

Por tanto dame este gran consuelo, mejor aún, hazme este gran placer, es Don Bosco quien te lo pide: en lo porvenir que Molinari sea tu gran amigo, y si no lo puedes amar por sus defectos, ámalo por amor de Dios, ámalo por amor mío. Lo harás ¿no es verdad? Por lo demás estoy contento de ti y cada mañana en la Misa recomiendo al Señor tu alma, tus fatigas.

No te olvides la traducción de la Aritmética, añadiendo los pesos y medidas de la R. Argentina. Dirás al benemérito Dr. Ceccarelli que no he podido recibir el catecismo de esa archidiócesis, y deseo tenerlo, para insertar los actos de Fe en el Joven instruido conforme a los diocesanos.

Dios te bendiga, querido Tomatis; no te olvides de rezar por mí, que siempre te será en J. C.

Afmo, amigo
Sac. JUAN Bosco

Capítulos Generales

Capítulo General 21

El don de la fraternidad y la evangelización

La vida de comunión con Dios y con los hermanos es el fin del anuncio evangélico. Por eso es importantísimo para la evangelización el testimonio de una vida de comunión porque es una experiencia que anticipa, como semilla, la realidad que es el objeto de la esperanza. En un momento en que la sociedad y, en parte, también la Iglesia, en una especial situación de cambio, sufren tensiones, conflictos y divisiones, «los religiosos deben dar testimonio de ese hombre, al cual la adhesión vital al propio fin, es decir al Dios viviente, realmente ha unificado y abierto». Ese hombre nuevo es aquel que nace de Dios y de la fraternidad. Y nosotros los Salesianos, recordamos en relación con esto aquel clima particular de la primera comunidad en torno a Don Bosco.

Al hablar de comunidad, no nos referimos solo a la comunidad local donde las relaciones personales son más inmediatas, sino también a la comunidad inspectorial, que tiene tareas mucho más importantes en función de la fraternidad de las comunidades locales y representa mejor que estas la complejidad de la vocación y misión salesianas; e incluso a la comunidad total de la Congregación, que hace presente nuestra hermandad como comunidad específica dentro de la Iglesia universal.

Se puede, sin duda, afirmar que la vida de nuestras comunidades ha conocido en estos últimos años, respondiendo al movimiento dado por el XX CGE, una discreta madurez humana y religiosa.

Recorriendo las páginas de los CI, se nota con satisfacción que las normas para la acción sobre la Comunidad han dado un resultado muy positivo en la Congregación y ello en modos de vida, de obrar y de organizarse en la corresponsabilidad. En muchas casas ha habido un crecimiento en la aceptación mutua y en la cordialidad de relaciones, habiéndose también superado, con ventaja, tensiones y polarizaciones ideológicas. El desarrollo del espíritu de familia ha sabido dar valor a momentos y circunstancias de alegría y serenidad, expresándose con gestos de caridad muy significativos, particularmente al tratarse del cuidado de los hermanos enfermos. Ha aumentado el sentido de comunidad en la práctica de los instrumentos de corresponsabilidad previstos por nuestras Constituciones, que han facilitado el dialogo, la comunicación y comprensión, incluso entre hermanos de edades y culturas diversas.

No han faltado las sombras.

El CG21 cree conveniente decir una palabra sobre el individualismo. Es un grave y siempre inminente peligro. Su gravedad puede medirse por el hecho de que aleja materialmente a los hermanos de la comunidad, de los momentos y estructuras de encuentro y de comunicación, y también porque está en el origen de fáciles ilusiones que hacen creer a algunos que ello constituye un estilo de vida más apropiado para realizar la «seuela Cristi».

El individualismo se manifiesta:

- en la dificultad de integración e inserción de la persona en la comunidad: la comunidad queda muchas veces instrumentalizada y reducida a una organización que ofrece garantías y seguridades puramente externas;
- en la falta de sentido de pertenencia profunda, que explica la dificultad de un dialogo auténtico: no hay capacidad de escuchar ni de expresarse con libertad, a causa también de la indisponibilidad de algunos hermanos a entender la importancia y el significado religioso de las asambleas comunitarias. No hay corrección fraterna, según la regla evangélica, y se acepta resignados el clima de prejuicio recíproco y desconfianza;
- en no asumir responsabilidades en el proyecto pastoral y educativo comunes, ya que cada individuo toma arbitrariamente sus decisiones y actividades;
- en el fenómeno de las «fugas afectivas» que privan a la comunidad de la cordialidad fraterna, de las típicas manifestaciones salesianas del agradecimiento, de la alegría y de la fiesta;
- en una postura de autosuficiencia frente al magisterio de la Iglesia y las directrices de la Congregación; es una actitud que crea grupos de opinión y de presión;
- en un encerrarse frente a la «comunidad de bienes sobrenaturales»: algunos nunca comunican fraternamente en los momentos de confrontación con la palabra de Dios y en la participación de la experiencia de fe.

Para superar el individualismo se requiere vigilancia y esfuerzo personal. Es necesaria también la ayuda de la comunidad que, animada por la autoridad, busca los medios más adecuados para el desarrollo de cada persona.

En particular:

- la valorización de las cualidades de cada uno;
- la apertura cordial e iluminada que hace apreciar la obra de Dios en la vida de nuestros hermanos;
- la más justa colaboración posible de las personas en la misión comunitaria;

- la corresponsabilidad todos;
- el justo valor que hay que atribuir a los medios humanos para el crecimiento de la fraternidad;
- el reajuste de las comunidades en su número y tipo de trabajo, a fin de favorecer relaciones interpersonales más íntimas y ventajosas.

No hay duda de que todo aquello que hace crecer la persona es bueno para construir la fraternidad y hace posible que se manifieste la caridad. Pero, en definitiva, la fraternidad es don de Dios, es Dios que se da. Es percibir la presencia de Dios en los demás, en todos los demás; es un testimonio de la obra de Dios en el corazón de los hombres. Hoy estamos llamados a dar este testimonio, particularmente a los jóvenes.

Esta finura del amor tiene su fuente en Dios, y su constructor en Jesús. En la EN viene descrita en estos términos: «Supongamos un cristiano o un grupo de cristianos que, dentro de la comunidad humana donde viven, manifiestan su capacidad de comprensión y de aceptación, su comunión de vida y de destino con los demás, su solidaridad en los esfuerzos de todos en cuanto exige de noble y de bueno. Supongamos además que irradian de manera sencilla y espontánea su fe en los valores que van más allá de los valores corrientes, y su esperanza en algo que no se ve ni osaría imaginar. A través de este testimonio sin palabras, estos cristianos hacen plantearse, a quienes contemplan su vida, interrogantes irresistibles: ¿Por qué son así? ¿Por qué viven de esa manera? ¿Qué es o quién es el que los inspira? ¿Por qué están con nosotros?»

Orientaciones operativas sobre la «comunidad evangelizada»

Para renovar las relaciones interpersonales y comunitarias

- a) Estudie la comunidad la programación y revisión de su vida y actividades al menos una vez al año. El empeñar la corresponsabilidad de todos los hermanos en organizar y valorizar la vida de comunidad y el proyecto pastoral, es uno de los más importantes y significativos actos comunitarios.
- b) Para intensificar el clima de vida fraterna y de unidad, que son indispensables para la marcha de nuestras comunidades, cada uno de los salesianos de el justo peso al «coloquio con el superior» del que habla el artículo 96 de nuestras Constituciones y el nuevo artículo 71 bis de los Reglamentos.
- c) A fin de que la Comunidad llegue a ser un ambiente de verdadera comunión entre personas, haya en programa frecuentes reuniones donde se pueda informar y dar comunicaciones sobre la vida de la Comunidad, sirviéndose para ello también de las técnicas de la comunicación.

Capítulo General 25

7. Don Bosco, movido por el Espíritu y asistido por la intervención materna de María, comenzó, en comunión de vida y de acción con los jóvenes, colaboradores y primeros Salesianos, una experiencia de familia, rica en valores humanos y espirituales y claramente encaminada al servicio de la juventud. Notamos que el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el

testimonio de una vida fraterna que se hace respuesta a su necesidad profunda de comunicación, propuesta de humanización, profecía del Reino e invitación a acoger el don de Dios.

8. Somos conscientes de que la comunión fraterna es un don de Dios en Jesucristo y, en consecuencia, tarea y compromiso de cada uno. La hacemos visible y la construimos compartiendo la vida, viviendo la caridad fraterna y participando en la misión común.

9. Por esto nos comprometemos a crecer en la espiritualidad de relación, conscientes de que «Dios nos llama a vivir en comunidad confiándonos hermanos a quienes amar» .

El espíritu de familia, vivido según el Sistema Preventivo, nos pide cultivar un genuino espíritu de fe, vivir relaciones interpersonales de calidad, crecer en el aprecio y en la acogida mutua, en la capacidad de reconciliación y en la participación.

10. Cada hermano educa sus propias capacidades de relación, convencido de la estrecha conexión que existe entre la maduración del individuo y la de la comunidad. Por ello, nos sentimos todos comprometidos a no descuidar nada de cuanto facilite los procesos de crecimiento individual y comunitario.

B. SITUACIÓN

11. Reflexionando sobre la práctica de la vida fraterna, destacamos algunos aspectos positivos, como:

- el crecimiento del respeto a la dignidad de las personas, del aprecio mutuo y de la calidad de las relaciones interpersonales;
- la comunicación más profunda y el compartir la vida de un modo más sentido y deseado por los hermanos;
- la necesidad de un encuentro personal con la Palabra de Dios y el deseo de compartir sus frutos con otros hermanos;
- un mayor contacto con las fuentes del carisma y una conciencia más clara de la espiritualidad salesiana, que alimentan el compromiso de fraternidad;
- el enriquecimiento que proviene de compartir la vida fraterna con jóvenes y seglares;
- el «día de la comunidad» valorizado y vivido con creatividad;
- la comunicación social, en ámbito local, inspectorial y mundial, haciendo más vivo el sentido de pertenencia.

12. Constatamos también algunas dificultades:

- situaciones de conflicto que no se saben resolver de modo positivo, casos de activismo exasperado que alejan de la comunidad y situaciones de debilitamiento del sentido de pertenencia;
- situaciones de hermanos que se refugian en relaciones compensatorias o que buscan experiencias comunitarias y espirituales alternativas a la comunidad salesiana;

- la existencia de comunidades poco consistentes cuantitativa y cualitativamente, en las que resulta difícil organizar la vida fraterna;
- el desánimo y la falta de motivación de algunos hermanos, debido quizás a experiencias negativas del pasado, dificultad de adaptación en el presente, cierta pérdida del sentido de la fe y carencias personales;
- problemas de convivencia entre hermanos distantes por edad, formación, cultura y pertenencia étnica;
- la condición de hermanos ancianos o enfermos, que en algunos casos encuentran dificultad para compartir la vida y la misión comunitarias;
- la invasión de los medios de comunicación social, que quitan tiempo a las relaciones fraternas comunitarias.

C. DESAFÍOS

13. Las dificultades indicadas parece que se pueden concentrar en tres ámbitos, que a veces influyen conjuntamente:

- opciones individuales y estilos de vida que alejan progresivamente de la comunidad;
- un planteamiento de la vida comunitaria que no favorece el crecimiento humano y vocacional de los hermanos, prejuzgando la posibilidad de «vivir y trabajar juntos»;
- la dificultad de la comunicación interpersonal, por una participación insuficiente en la vida y en la misión, que debilita el sentido de pertenencia y la identificación con el proyecto de vida salesiana.

Nos preguntamos por lo tanto:

- ¿Cómo favorecer los procesos de crecimiento humano y vocacional de los hermanos en contextos culturales marcados por la fragmentación, la dispersión, el relativismo y el individualismo?
- ¿Cómo superar la inercia de esquemas relacionales inadecuados, que debilitan el sentido de pertenencia y ponen en peligro el clima fraterno de la comunidad?
- ¿Cómo organizar la vida y la acción comunitarias, para mejorar la comunicación y dar calidad a las relaciones personales?
- ¿Qué procesos hay que poner en marcha para aprender y ejercitar el discernimiento tanto individual como comunitario, de manera que favorezcan el diálogo fraterno y la corresponsabilidad?

D. ORIENTACIONES OPERATIVAS

Interpelados por los desafíos expuestos, indicamos las siguientes orientaciones operativas:

14. El Hermano, como primer responsable de su propia formación, dé valor al «Proyecto personal de vida salesiana», poniendo una especial atención en algunos elementos:

- el examen de la propia maduración humana, espiritual y salesiana, con procesos de autoevaluación, de confrontación con la Palabra de Dios y de aceptación de la corrección fraterna;
- el conocimiento y la práctica de la espiritualidad del Sistema Preventivo, fuente de nuevas relaciones en la vida fraterna;
- la progresiva maduración de la identidad carismática salesiana;
- la presencia, activa y cordial, en los encuentros ordinarios y extraordinarios que marcan el ritmo de la vida comunitaria;
- la apertura al otro y la disponibilidad para compartir.

15. La Comunidad local, como lugar de crecimiento humano y vocacional:

a) Valoriza el discernimiento comunitario a la luz de la Palabra de Dios y de las Constituciones.

Para ello promueve actitudes que favorezcan su ejercicio:

- apertura a la realidad, que hay que vivir con espíritu de fe y capacidad de escucha;
- disponibilidad para el diálogo fraterno, para facilitar y promover la participación de todos;
- búsqueda paciente de la convergencia de la unidad y de la comunión.

b) Cuida los momentos específicos de la vida comunitaria: la oración común, las asambleas, los retiros, la revisión de vida, los escrutinios, los consejos, los tiempos de distensión, el día de la comunidad. En ellos, con metodologías adecuadas, ayuda a los hermanos a:

- manifestar la riqueza de los sentimientos de su propia vivencia interior;
- compartir preocupaciones y problemas, proyectos y actividades educativo-pastorales;
- practicar la escucha, el diálogo, la aceptación de las diferencias y la corrección fraterna.

c) Elabora el Proyecto de vida comunitaria salesiana, teniendo en cuenta la situación existencial de los hermanos y dando importancia a los aspectos de la formación de las personas, de la comunicación y comunión, y de los compromisos establecidos en el proyecto educativo pastoral salesiano.

Capítulo General 27

8. A partir del CG25, ha ido creciendo en nosotros el empeño por vivir de manera más auténtica nuestra vida comunitaria, mejorando la animación de los momentos de oración, esforzándonos en estimular la coparticipación, y con un trabajo apostólico más cualificado y participativo. Se ha incrementado en las comunidades la participación en reuniones sistemáticas y se ha mejorado su calidad. Algunas opciones comunitarias favorecen, en particular, las reuniones de los hermanos para vivir, pensar y trabajar juntos: el día de la comunidad, la programación anual de formación, la lectio divina, y la coparticipación espiritual, la reflexión sobre las actividades salesianas, los momentos de celebración y distensión. Las estructuras comunitarias, los ambientes y su localización, el estilo y los ritmos de vida expresan la idea que tenemos de la comunidad, y nos facilitan su vivencia.

9. Se advierten, también, en nuestras comunidades algunas influencias negativas de la sociedad. Corremos el riesgo de perder nuestras formas de pensar, inspiradas en el Evangelio, para asumir las categorías negativas de la cultura actual. Escondemos, por ejemplo, tras el “respeto” y “tolerancia”, nuestra indiferencia y falta de atenciones a los hermanos o publicamos indebidamente informaciones confidenciales. El aburguesamiento y el activismo terminan por hacernos creer que el tiempo compartido en comunidad, es tiempo “robado” al “ámbito privado” o a la misión.
10. La vida fraterna en comunidad se resiente especialmente de que no valoramos lo suficiente las modalidades de nuestra vida consagrada salesiana; esa deficiencia se manifiesta en la poca atención por la vocación del salesiano coadjutor y su contribución específica a la comunidad y a la misión salesianas, y en el clericalismo excesivo que revelan muchas veces nuestras relaciones comunitarias y pastorales.
11. Constatamos que la oración y la ofrenda sacrificada de la vida por parte de los salesianos ancianos y enfermos son verdadero apostolado con y para los jóvenes; ellos siguen siendo parte “activa” de la comunidad que vive del “da mihi animas”. Las comunidades aceptan el compromiso de no excluirlos de la misión. No obstante, todavía encontramos alguna dificultad para acoger a y cuidar de los hermanos que viven en situaciones de fragilidad, trastornos, senilidad y de enfermedad (11).
12. Se da también entre nosotros, los hermanos, y en nuestras comunidades, una exigencia de paternidad espiritual, en un entramado articulado de dar y recibir; una paternidad, vivida en espíritu armonioso de familia. Reconocemos que, en los últimos años, especialmente en la formación inicial, se han desarrollado propuestas válidas para el crecimiento humano en el ámbito afectivo, relacional y espiritual.
39. Creemos que la comunidad "se propone como una confesión elocuente de la Trinidad" (VC 21; cfr. 16) y nuestro vivir juntos es el resultado de la iniciativa de Dios Padre, que nos llama a ser discípulos de Cristo para una misión de salvación (cfr. Const. 50). Con el fin de no perder este don particular, que se nos ofrece a nosotros y a toda la Iglesia, la visibilidad de la dimensión fraterna de nuestra vida debe ser más consciente, más directa, eficaz y gozosa (cfr. Sal 133, 1).
40. Reconocemos que la vida de comunidad es una forma de realizar la experiencia de Dios". Vivir la “mística de la fraternidad” (cfr. EG, nos. 87, 92) es un elemento esencial de nuestra consagración apostólica y una gran ayuda para ser fiel a ella. Tiene una clara relación con nuestra misión y con el mundo de los jóvenes, sedientos de comunicación auténtica y de relaciones transparentes. En una época de disgregación familiar y social, ofrecemos una alternativa de vida basada en el respeto y en la cooperación con el otro; en un tiempo marcado por la desigualdad y la injusticia, ofrecemos un testimonio de paz y reconciliación (Const. 49). La comunidad se manifiesta a sí misma también en la misión común. La unanimidad en la acción apostólica se hace profecía de la comunidad, y tal testimonio favorece el nacimiento de nuevas vocaciones.

41. Nuestra limitación para comprendernos recíprocamente, la cerrazón en nosotros mismos y nuestras cotidianas fragilidades, provienen de que no aceptamos el amor y la gracia derramados en nuestros corazones por el Espíritu de Cristo (cfr. Rom 5, 5). Reconocemos que la comunión del Cuerpo y la Sangre de Jesús (cfr. 1 Cor 10, 16), con que nos alimentamos todos los días, nos hace "un solo corazón y una sola alma" (Hechos 2, 42; Const 50). La Eucaristía constituye la cumbre y la fuente de nuestra fraternidad, de nuestra consagración y misión (cfr. LG 11). Impulsados por la caridad de Cristo, y partícipes del don de sí de Jesús Buen Pastor, participamos en la experiencia espiritual de Don Bosco y nos prodigamos como él para la salvación de los jóvenes.

42. Las relaciones personales en la comunidad pueden llegar a ser formales, fragmentadas y poco significativas, debido a varios factores: el individualismo y la reticencia personal, una formación de escasa implicación, la preocupación excesiva por el propio trabajo o el temor a estar subempleados, las relaciones meramente funcionales, el repliegue hacia lo privado y el uso no siempre equilibrado de los medios de uso personal. Estos factores pueden ser una fácil excusa para no asumir el compromiso de la vida comunitaria. Las situaciones de conflicto no solo han de ser consideradas una realidad negativa, sino una oportunidad para la maduración: serán así, cuando estén iluminadas por el Evangelio, se aborden y resuelvan con mayor valentía, competencia humana y misericordia (cfr. Mt 5, 20-26, EG, nos. 226-230).

43. Una cierta tendencia al perfeccionismo y, a la inversa, el inmovilismo son la causa de que la comunidad no se renueve. Disminuye la capacidad de ser realistas y, al mismo tiempo, de saber soñar. Nos sentimos provocados por el Papa Francisco: "Prefiero una Iglesia accidentada, herida y manchada por salir a la calle, antes que una Iglesia enferma por el encierro y la comodidad de aferrarse a las propias seguridades [...] Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos, los horarios, el lenguaje y toda la estructura eclesial se conviertan en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual, más que para la auto-preservación". (EG, nos. 49, 27).

68. Para ser PROFETAS de la fraternidad se necesita pasar:

1. de unas relaciones funcionales y formales a relaciones cordiales, solidarias y de comunión profunda;
2. de los prejuicios y cerrazones a la corrección fraterna y a la reconciliación.

69. Para llevar a cabo estos cambios, nos comprometemos a:

1. Crear espacios para la práctica del diálogo con el otro (39) (Cfr. EG 88), poniendo en acción dinámicas positivas de comunicación interpersonal entre los hermanos, los jóvenes, los laicos y los miembros de la Familia Salesiana, valiéndonos incluso, de la ayuda de las ciencias humanas.

2. Vivir relaciones de fraternidad, cercanía y escucha en las reuniones con nuestros empleados y colaboradores, evitando actitudes autoritarias y anti-testimoniales.
3. Animar a todos los hermanos, en unión con el Director y su Consejo, a hacerse responsables de la comunidad.
4. Satisfacer las necesidades de los hermanos enfermos y mayores e involucrarlos en la vida y misión comunes, de acuerdo con sus capacidades reales.
5. Apoyar especialmente a las comunidades que trabajan en las "fronteras".
6. Asegurar la consistencia cualitativa y cuantitativa de las comunidades, por medio del redimensionamiento sabio y valiente de las presencias.
7. Cuidar las dos formas complementarias de la vocación religiosa salesiana, asumiendo las directrices del CG26 (40) y continuando la reflexión, tanto sobre el ámbito de la vida consagrada, como de la especificidad de los Coadjutores, en relación con la vida fraterna y la misión.
8. Fortalecer los itinerarios de maduración humana y espiritual, y proporcionar formas adecuadas de apoyo a los hermanos en dificultad.
9. Garantizar modos adecuados de acompañamiento a las personas involucradas en posibles casos de abuso.
10. Evaluar y relanzar, en el ámbito del próximo sexenio, la propuesta de formación de los Directores (41) (cfr. CG 21,46-57; CG 25, 63-65).
11. Proveer, por parte del Rector Mayor y del Consejo General, la actualización del Manual del Director y del Inspector.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

Experiencia de Dios en la vida comunitaria

89. El salesiano encuentra en su vivir y en su trabajar junto con sus hermanos una exigencia fundamental y un camino seguro para realizar su vocación . La experiencia comunitaria es para él experiencia teologal y profundamente humana. Con y a través de los hermanos, los jóvenes y los colaboradores él encuentra al Señor y experimenta su presencia.

Participando de la misión común, el salesiano discierne con la comunidad las situaciones a la luz del Evangelio, y se siente corresponsable de las intervenciones educativas y pastorales y de su realización.

Ayuda a la comunidad a ser un centro de comunión y de participación, agregando y animando otras fuerzas apostólicas.

Frente a un mundo que tiene tanta necesidad de comunión, «vivir y trabajar juntos» entre hermanos distintos por edad, lengua y cultura, se convierte en un signo de la posibilidad del diálogo y profecía de una comunión que sabe armonizar las diferencias; proclama con la

elocuencia de los hechos la fuerza transformadora de la Buena Noticia . De tal manera, la comunión se hace misión y se convierte en manantial de espiritualidad.

90. Para vivir la experiencia de Dios en la vida comunitaria, el salesiano cultiva en sí mismo estas actitudes:

- considera la comunidad «un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe» . Acoge a los hermanos como un don de Dios, los ama como Cristo nos ha enseñado y hace que el compartir la fe en la escucha de la Palabra y en la celebración eucarística sea la base de la vida comunitaria. Se preocupa porque en la vida cotidiana emerja la opción radical por Jesús y la comunidad sea “signo”, “escuela” y ambiente de fe ;
- consciente de sus propios límites, el salesiano ama su comunidad así como ella es, con sus impulsos y sus mediocridades, con su búsqueda de autenticidad y con sus pobreza;
- vive el espíritu de familia que es afecto intercambiado, red de relaciones fraternas y amigables, comunión de bienes, estilo fraterno de ejercicio de la autoridad y de la obediencia, diálogo y corresponsabilidad en la acción; mantiene con el Director una relación viva, a imitación de la de los primeros salesianos con Don Bosco;
- perfecciona su capacidad de comunicación interpersonal hasta llegar a compartir los sentimientos, la oración y las experiencias espirituales y apostólicas;
- vive según un proyecto comunitario y participa activamente en los momentos significativos tales como “el día de la comunidad”, los encuentros comunitarios, las asambleas y los consejos;
- siente y vive concretamente su pertenencia a la comunidad inspectorial y mundial;
- profundiza el sentido de la misión como la experiencia más estimulante de comunión que lo ayuda constantemente a superar toda forma de egoísmo y de individualismo. Lee y valora junto a los hermanos las situaciones, colabora con los agentes pastorales, vive la corresponsabilidad y la cohesión en el proyecto común, asumiendo su rol y respetando los demás roles;
- vive inserto en la Iglesia particular con sentido de comunión y se muestra dispuesto a colaborar con todos los que en su territorio se comprometen con la juventud.

La vida comunitaria

107. La comunidad cultive un estilo de comunicación fraterna y de intercambio de la experiencia vocacional que estimule el espíritu de familia, la ayuda recíproca y la capacidad de corrección fraterna . Se dé calidad a las diversas modalidades de encuentro e intercambio: el diálogo sobre la misión, el discernimiento comunitario, la oración en común, el “día de la comunidad”, la elaboración del proyecto educativo-pastoral, la programación, la revisión de vida, el estudio de las orientaciones de la Iglesia y de la Congregación, los momentos de evaluación de la fraternidad, de la pobreza , de la oración , de los valores de la espiritualidad salesiana, etc.-.

La comunidad ambiente de la formación

219.«La asimilación del espíritu salesiano es, fundamentalmente, un hecho de comunicación de vida» y esta comunicación tiene como contexto natural la comunidad, local e inspectorial. Don Bosco educador ha cuidado la relación personal, pero aparece sobre todo como formador de un ambiente rico de relaciones y de figuras educativas, de propuestas y de estímulos (momentos, intervenciones, ritmos, celebraciones, etc.), creador de un estilo y de una pedagogía de vida, comunicador de un proyecto para vivir juntos, animador de una comunidad con una clara fisonomía y con puntos de referencia establecidos. La comunidad de Valdocco, impregnada del Sistema Preventivo, ofrece un ambiente que acoge, orienta, acompaña, estimula y exige.

La consistencia comunitaria y la calidad de la comunidad como ambiente de formación salesiana constituyen una exigencia metodológica determinante al servicio de la personalización de la formación. No se trata evidentemente de una formación vista como adaptación o adecuación a un lugar, sino de un ambiente que presenta las condiciones para incidir cualitativamente sobre el camino vocacional y formativo de la persona.

La comunidad local

220.La comunidad local es «el ambiente natural de crecimiento vocacional [donde] el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora» .

Como ambiente y sujeto colectivo de formación, la comunidad:

- promueve una red de auténticas relaciones personales y de trabajo y crea un clima que acompaña el crecimiento de cada uno;
- ofrece una pedagogía de vida, hecha de coparticipación fraterna, impulso apostólico corresponsable, oración común y estilo auténtico de vida evangélica, que se convierte en estímulo vocacional;
- demuestra una atención particular por el crecimiento vocacional de cada hermano;
- favorece la sintonía con la vida de la Iglesia y de la Congregación y la apertura al compromiso con la Familia salesiana y los laicos;
- formula el propio proyecto formativo en línea con el proyecto inspectorial.

221.La comunidad local es el núcleo animador de un ambiente más amplio y diversificado de vida salesiana y de formación a nivel local, que es la comunidad educativo-pastoral, horizonte de participación de la misión y del espíritu salesiano entre los hermanos, laicos y jóvenes.

La misma comunidad educativo-pastoral es formativa en cuanto:

- en el intercambio recíproco entre los diferentes miembros, el salesiano se abre a toda la riqueza de la experiencia vivida, particularmente del contexto y de la cultura juvenil;
- en el acto mismo de comunicar su experiencia de consagrado y de acoger el rico testimonio de vida y de fe de los laicos, él se hace más consciente de su vocación y siente el desafío de vivir con mayor fidelidad, madurez y alegría.

Más allá de los programas de formación recíproca y de conjunto , la comunidad toma conciencia de que el compromiso cotidiano en la comunidad educativo-pastoral, con la red de relaciones entre personas y la sinergia operativa en la elaboración, en la ejecución y en la evaluación del Proyecto educativo-pastoral salesiano (PEPS), es un espacio privilegiado de auténtico crecimiento e intensa formación permanente. Naturalmente tal formación recíproca requiere del salesiano una actitud de apertura y de respeto y la capacidad de dar confianza.

Trabajar juntos

253. La realización de la misión juvenil requiere comunión operativa y capacidad de convergencia. “Trabajando juntos”, el salesiano aprende a actuar con sentido de corresponsabilidad, respetando e integrando los diversos roles, a través de una pedagogía de vida que lo ayuda a superar el individualismo, el activismo y el inmediateísmo. El trabajar juntos es verdaderamente formativo cuando va acompañado por la reflexión, y, más todavía, cuando ésta va impregnada de una actitud de oración. Por ello, la comunidad crea momentos y espacios que favorecen una mirada atenta, una lectura más profunda, un compartir sereno. Y el salesiano está llamado a confrontarse con las propias motivaciones de fondo, con el propio sentido pastoral, con la conciencia de la propia identidad. La reflexión lleva a «aprender de la vida» (acontecimientos, situaciones, experiencias), y madura una mentalidad y una capacidad de descubrimiento comunitario y personal.

La comunicación

254. La comunicación recíproca es formativa en cuanto verdadero intercambio de dones y de experiencias por el mutuo enriquecimiento de las personas y de la comunidad. Ella requiere inteligencia, apertura de espíritu y habilitación práctica para el diálogo, y por ella se recibe iluminación, estímulo y ánimo para el crecimiento personal. Aún más, la comunicación requiere aprendizaje; uno se habilita para ella. Por parte de quien comunica, es necesario tener el valor de la confianza en el otro y superar un cierto temor o timidez al expresar los propios pensamientos y sentimientos. Por parte de quien recibe la comunicación, es necesaria la capacidad de acogerla con estima por la persona, sin juzgarla, y de apreciar la diferencia de opiniones . De ambas partes, es necesaria la disponibilidad para modificar juicios y posiciones y para buscar la convergencia.

Las relaciones interpersonales

255. Las relaciones interpersonales favorecen y revelan el nivel de maduración de una persona, indican hasta qué punto el amor ha tomado posesión de su vida y hasta qué punto ha aprendido a expresarlo. Al contrario, «las malas relaciones, las situaciones difíciles no curadas oportunamente a través de la reconciliación actúan interiormente en la persona bloqueando el proceso de maduración y creando dificultades a la misma donación serena y alegre a la misión y a Dios» .

Las relaciones interpersonales se construyen sobre la base de las cualidades «requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación» . Se inspiran «en la oblatividad y la donación y no se [centran] en la propia persona ni en sus propios fines» ; donde se vive el perdón y el amor, es posible construir buenas relaciones interpersonales.

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Expertos, testigos y artífices de comunión (25 de marzo de 1998)

El momento actual.

En los últimos tiempos se ha reflexionado mucho sobre la comunidad consagrada. Interesaba la calidad de la vida fraterna en relación con las exigencias legítimas que hoy emergen en las comunidades, con las condiciones de vida que estas requieren, con las nuevas posibilidades de relación y comunicación que se descubren como consecuencia de la cultura, de la renovación eclesial y de la actual sensibilidad de las personas.

Interesaba, también mucho, el servicio a la comunidad cristiana y humana que las comunidades consagradas están llamadas a desarrollar en el momento particular de la Iglesia (evangelización, ecumenismo, diálogo interreligioso) y frente a las circunstancias actuales del mundo (paz, comunicación, reconciliación, conflictos étnicos, carácter intercultural de la sociedad, globalización).

Los dos niveles se cruzan, son interdependientes: se llega a ser “expertos” de comunión a través de una experiencia de fraternidad en Cristo. Por esto lo uno arrastra a lo otro; los dos deben ser despertados y renovados en una fase en la cual la comunidad debe tener en cuenta algunas condiciones.

Una es su composición actual: disminuye el número de miembros en las comunidades y en algunos casos se está al límite. Además de encontrarse con un número escaso, los hermanos pertenecen a distintas generaciones; a veces, es preponderante la presencia de personas maduras de edad o ancianas. Esto no supone una desventaja, sobre todo si se vive positivamente, como posibilidad de dar mayor responsabilidad a cada uno, en cuanto al número reducido, y como oportunidad de intercambio y de experiencia carismática entre generaciones, en el caso de que la mayoría sean ancianos. Pero ciertamente tal composición requiere una nueva capacidad de relaciones y adaptaciones varias.

Un segundo elemento que hay que considerar se refiere a la relación que se está creando entre comunidad y obra apostólica. En alguna parte no se tiene ya la responsabilidad exclusiva de la obra; no todos los componentes de la comunidad religiosa están implicados en ella; con frecuencia están distribuidos en los diversos sectores con poca comunicación entre ellos. Se nota la

desproporción entre el personal religioso y la dimensión de la obra. Hay, como consecuencia, abundante intercambio de ideas y participación de responsabilidades entre religiosos todavía activos y los seglares que colaboran, y menos con los miembros de la comunidad religiosa. En muchos casos la sobrecarga de funciones aleja a algunos hermanos del ritmo regular de encuentro con la comunidad.

Un tercer elemento es la mayor inserción de la comunidad en la dinámica de la Iglesia y una mayor apertura al contexto social. La vida consagrada se ve no como un “retirarse” de las cuestiones que interesan al hombre, sino como un meterse dentro de ellas con una aportación original y para una misión específica. Por consiguiente se da una multiplicación de relaciones e intercambios con el exterior. El tiempo para la comunidad es menor y está menos recogida y menos protegida, más empapada por la complejidad de la vida y por los estímulos del ambiente. Complejidad, acontecimientos, tendencias e imágenes penetran a través de los medios de comunicación social cada vez más individualizados y desafían no sólo a la calidad y a la frecuencia de relaciones, sino también a la capacidad de juicio evangélico de la comunidad.

El hecho más importante se refiere no obstante al paso de la insistencia sobre la vida en común a la de la vida fraterna determinado por las circunstancias del trabajo y por las nuevas necesidades de las personas.

Los dos términos, vida común y vida fraterna en comunidad, dan inmediatamente la idea correcta. Se distingue, pues, con facilidad su distinta importancia. “Vida en común” quiere decir “habitar juntos en la propia casa religiosa legítimamente constituida” y realizar juntos los mismos actos (rezar, comer, trabajar, etc.) según las mismas normas. Para la vida común es importante reunirse físicamente.

“Vida fraterna en comunidad” quiere decir sobre todo acogida de la persona, calidad de las relaciones interpersonales, amistad, posibilidad de verdadero afecto, alegría de estar y trabajar juntos, participación activa de todos en la vida del grupo. Hoy miramos más a la unión de las personas, a la profundidad de las relaciones, a la ayuda y apoyo mutuo, a la valoración y papel activo de cada uno, a la convergencia de los objetivos.

Vida común y fraternidad están enlazadas. “Ciertamente la “vida fraterna” no se realiza automáticamente por la observancia de las normas que regulan la vida común, pero es evidente que la vida en común tiene la finalidad de favorecer intensamente la vida fraterna” .

Es necesario encontrar un equilibrio: ni pura comunión de espíritu de tal forma que se minusvaloren las manifestaciones de la vida común; ni tanta insistencia legal sobre la vida común que lleve a poner en segundo lugar los aspectos más sustanciales de la fraternidad en Cristo: “Amaos los unos a los otros, en esto conocerán que sois mis discípulos” .

Nuestras Constituciones ayudan a comprender y a realizar este equilibrio y fusión entre los dos aspectos. Nos dicen que tenemos momentos en común: éstos, caracterizados por el espíritu de familia , tienden a crear entre nosotros una relación madura, a abrirnos a la comunicación, a hacernos capaces de compartir “alegrías y penas (...) experiencias y proyectos apostólicos” .

El buen orden y equilibrio de los dos elementos realiza el deseo y la exigencia de formar verdaderas comunidades, de acuerdo con las condiciones de cada grupo y con las aspiraciones de la persona; comunidades profundamente renovadas tanto si son pequeñas, medianas o grandes, que deban animar obras tradicionales o que estén metidas de una forma más viva entre la gente, pero siempre capaces de ayudar a las personas a crecer humana y religiosamente, a expresar con

más transparencia lo que creen y comunican, aptas para suscitar el deseo de pertenencia, es decir comunidades con capacidad vocacional.

Nuestro modelo comunitario.

Todas las formas de vida religiosa tienen en la comunidad un elemento indispensable pero cada una la realiza con características propias y de diversa forma.

Nuestra vida comunitaria refleja sobre todo la vivida por Jesús con los Apóstoles. Él los eligió “para estar con Él, para mandarlos a predicar con poder de echar los demonios”. Desde entonces, y por la fuerza de esta llamada, formaron un grupo solidario, fiel al Maestro y a su causa. Juntos gozaron de la familiaridad de Jesús y escucharon explicaciones exclusivas sobre el misterio del Reino. Juntos fueron testigos directos de algunos momentos y partícipes de acontecimientos centrales de la vida de Jesús. Juntos aprendieron de Él a rezar en la soledad y en el contacto con los hombres; fueron solidariamente encargados de ordenar a la multitud en la multiplicación de los panes y todos, aunque en distintas aldeas, fueron enviados a preparar la llegada de Jesús y a anunciar el Evangelio. Se reunían en torno al Señor para comentar las peripecias de sus recorridos y hasta tenían disputas pasajeras sobre la naturaleza del Reino y sobre su participación en la causa de Jesús. Jesús les enseñó las aptitudes necesarias para seguirle y para construir la unión entre ellos: el servicio, el perdón, la humildad en las exigencias, el no juzgar, la generosidad desinteresada. Junto a la predicación del Evangelio y “para que el mundo crea”, les mandó que vivieran unidos; rezó por ellos “para que todos sean uno”. Juntos, con María, recibieron el Espíritu Santo y se dedicaron a crear las comunidades, animándolas con la palabra, la Eucaristía y el servicio de la autoridad.

Este modelo apostólico está representado por la experiencia carismática de nuestros comienzos. Don Bosco, siguiendo a Cristo Buen Pastor, reúne en torno a sí discípulos jóvenes que le son amigos para que compartan con él el servicio de los oratorios. Les pide que se queden con Él y ocuparse en favor de los jóvenes totalmente y siempre. Se lanza con ellos hacia regiones que llevan a la expansión de la Congregación y afina los rasgos espirituales que dan una fisonomía típica a su familia.

Es una comunidad no sólo para los jóvenes sino con los jóvenes: comparte la vida con ellos y se adapta a sus exigencias. La presencia de los jóvenes determina los horarios, el estilo de trabajo, las formas de rezar. Permanecer con Don Bosco significa querer estar con los jóvenes, ofrecerles todo lo que uno es y tiene: corazón, mente, voluntad, amistad, trabajo, simpatía y servicio. En esta relación y en este ambiente madura la identidad de la comunidad y de cada uno.

Es una comunidad con fuerte carga espiritual, caracterizada por el “Da mihi animas”. Don Bosco forja sus primeros colaboradores con sencillez y concreción según este programa: trabajo, oración y templanza. Les pide hacer un “ejercicio de caridad” en favor del prójimo. El amor a Jesucristo y la confianza en su gracia inspira la preocupación por los muchachos, a partir de sus necesidades humanas y espirituales. Se ayuda a los más abandonados a tomar contacto con Dios y con la Iglesia y se orienta explícitamente hacia la santidad a los que demuestran especiales disposiciones. Se hace casi sensible la proximidad de Dios y la presencia de María Santísima.

Absolutamente nada extraordinaria, formada por jóvenes ricos de entusiasmo pero con poca experiencia, algunos con notables cualidades y otros normales y hasta modestos, la comunidad está

orientada por Don Bosco con un sentido concreto, según los recursos de cada uno, hacia una “misión” sentida por todos como única y “común”. Existen roles, ocupaciones y trabajos diversos, en espacios muy abiertos, pero el sentido de pertenencia al oratorio y a Don Bosco es general. La variedad de papeles y ocupaciones, la dimensión y la distribución de los espacios y la diversidad de competencias no lo disminuyen ni lo ofuscan.

A pesar de los momentos de tensión y de dificultad que conocemos, la comunidad de Valdocco aparecía unida en torno al proyecto de acción y a la persona del Director, condición que Don Bosco consideraba fundamental para la eficacia apostólica. Él se esforzaba, pues, en favorecer la creatividad, de implicar a todos, mediante formas espontáneas y establecidas de participación, hacia la unidad en la acción, la armonía de las personas y la concordancia de los criterios.

De esta forma la comunidad se convierte en el alma de un ambiente que atrae y conquista el corazón de los jóvenes: produce un clima de familiaridad, que favorece la espontaneidad y lleva a la confianza; expresa juntamente “la caridad pedagógica”, la bondad que hace sentir el afecto y suscita correspondencia. Don Bosco la presenta en la Introducción a las Reglas con estas palabras: “Cuando en una comunidad reina este amor fraterno y todos los hermanos se aman mutuamente y cada uno goza del bien del otro como si fuese un bien propio, entonces aquella Casa se convierte en un Paraíso”.

La comunidad oratoriana y juvenil no está aislada y cerrada. Tiene relaciones con personas significativas, asociaciones diversas, religiosas y civiles, y con el contexto ciudadano. Desde el comienzo Don Bosco la concibe como ligada a la Asociación de Cooperadores, como si fueran dos ramas del mismo árbol. Así escribe en el Reglamento de los Cooperadores: “Esta Congregación, que ha sido definitivamente aprobada por la Iglesia puede servir de vínculo seguro y estable para los Cooperadores salesianos. En efecto tiene como fin primario trabajar en favor de la juventud, en el cual se apoya el porvenir bueno o funesto de la sociedad. No pretendemos afirmar con tal propuesta, que éste sea el único medio para remediar esta necesidad, por que hay mil más, que nosotros recomendamos vivamente sean llevados a cabo. Por nuestra parte proponemos uno que es la obra de los Cooperadores Salesianos”.

En el centro de aquel mundo abierto y en movimiento que era Valdocco, Don Bosco, guiado por el Señor, quiso personas consagradas que fueran las que arrastraran a otras fuerzas apostólicas implicadas en el mismo proyecto, garantía de desarrollo y de continuidad de la misión.

La misión, llevada adelante con el mismo espíritu de Valdocco, ofrece a nuestras comunidades el criterio para resolver eventuales tensiones. Esto no disminuye ningún aspecto de la fraternidad, sino que le da su rostro concreto. Si desapareciera el sentido de la misión juvenil, educativa, nuestra misma fraternidad perdería originalidad y fuerza de comunicación. No sería aquella colmena viva que fue el oratorio, sino solamente una reproducción “fija”.

La misión, por otra parte, no es la inserción individual por la cual se retorna a la comunidad sólo para rezar o descansar, o de vez en cuando: nosotros compartimos la vida y tomamos corresponsablemente el trabajo apostólico: “vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación”.

La misión salesiana es comunitaria por su naturaleza. Las Constituciones lo dicen con mucha claridad y con la fuerza de una definición: la misión se confía a una comunidad, inspectorial y local.

Es misión juvenil: mira al crecimiento de los jóvenes según las energías que Dios ha puesto en cada persona y la gracia que Cristo ha comunicado al mundo. El Sistema Preventivo, que sintetiza sus contenidos, praxis y caminos, requiere un ambiente de familia y, por tanto, un tejido de relaciones. No somos preceptores de individuos, ni educadores “particulares”: trabajamos en y a través de la comunidad y buscamos crear ambientes juveniles amplios. El conjunto de los contenidos y de las experiencias que la praxis educativa reconoce como adecuados al crecimiento humano y de fe de los jóvenes, requiere una sinergia convergente de acciones que no pueden ser realizadas por una persona sola.

Añadimos además que los jóvenes deben ser guiados a la madurez en las relaciones y a la vida social con todo lo que esta implica y que el camino de fe que proponemos tiene como objetivo llevarlos hacia una experiencia de comunidad cristiana vivida según sus dimensiones características. La comunión y la fraternidad, la comunidad y la familia son, pues, condiciones, camino y parte sustancial de la misión. Esto nos invita a hacer de ello una experiencia auténtica y a convertirnos en sus expertos y artífices.

Hacer de la comunidad salesiana una “familia” capaz de suscitar comunión en torno a la misión salesiana.

Se ha resaltado con frecuencia que la comunidad responde, no solamente a propósitos de perfección religiosa y de eficacia en el trabajo, sino también a profundos deseos e aspiraciones de la persona: relaciones auténticas y profundas, comunicación, valoración personal, amistad y afectos. Se siente la necesidad de una fraternidad auténtica y adulta y se experimenta su fascinación, aunque tenemos diversas distensiones individuales y no nos faltan hoy compañeros informáticos; el encuentro personal, la experiencia de la amistad, la participación de los sentimientos y de las situaciones siguen siendo “únicos”.

En la sociedad de la comunicación, que sigue siendo de “masa”, aunque individualizada por lo que se refiere a los aparatos, se experimenta la dificultad de comunicar en profundidad, y, por consiguiente, un sentido de aislamiento y de soledad.

Se descubre especialmente en los jóvenes y en el ámbito de una religiosidad teñida de subjetivismo que tiende a satisfacer inmediatamente el sentimiento. Se escuchan muy a gusto los relatos personales, se buscan reuniones donde poder acoger y ser acogidos gratuitamente, sin condiciones ni normas rígidas; se eligen relaciones humanas capaces de hacer que nos sintamos libres y que nos ayuden a manifestarnos; se tiende a unirse a grupos donde uno se siente a gusto y se crea solidaridad a través de la comunicación de propósitos, deseos y realizaciones.

Lo que hace significativas a las asociaciones y a las comunidades religiosas, su fuerza de atracción, no reside tanto en lo que tienen y hacen, en las obras y en el trabajo, sino en aquello que viven, en su estilo de relaciones y en su unidad.

Es el impacto que producían las primeras comunidades cristianas. El signo externo de la novedad de la Resurrección, inmediatamente comprensible incluso a quienes no conocían el contenido de la fe, era la solidaridad del grupo concorde y asiduo “en escuchar las enseñanzas de los apóstoles y en la unión fraterna, en la fracción del pan y en la oración”; en cuyo grupo “tenían todo en común”

y no había diferencia entre los miembros. El poder de convicción que se transmitía atraía la estima del pueblo y hacia que el grupo fuera fiable y apetecible. Y el Señor (¡aparece casi como una consecuencia!) “agregaba cada día a la comunidad a los que se habían de salvar” .

También para Don Bosco la caridad fraterna, manifestada en el espíritu de familia, era el signo inmediato que los Salesianos debían ofrecer a los jóvenes, a los colaboradores y al pueblo: “Amaos entre vosotros, aconsejaos, corregíos, jamás os tengáis envidia, ni rencor, sino que el bien de uno sea el bien de todos, las penas y los sufrimientos de uno sean tenidos como penas y sufrimientos de todos, y cada uno procure alejarlos o al menos mitigarlos” .

Las Constituciones han recogido abundantemente este pensamiento de nuestro Padre con dos indicaciones sobre ello: el estilo comunitario y su impacto en los jóvenes. El tono de nuestra vida comunitaria se presenta, entre otros, en el artículo 51: “La comunidad salesiana se caracteriza por el espíritu de familia, que anima todos los momentos de la vida: el trabajo y la oración, las comidas y los tiempos de distensión, los contactos y las reuniones. En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas y compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos”. El artículo 16 nos recuerda la otra indicación, la que pone el acento en el efecto educativo y vocacional que tanto se desea: “Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana”.

Cuando nos preguntamos cómo en las situaciones actuales podemos caminar hacia este “ideal” y expresarlo con transparencia, nos vienen a la mente la “gracia de unidad” que nos lleva a los Salesianos a cultivar, de forma espontánea y concorde, las tres instancias: consagración, misión y fraternidad , dando a cada una su peso y fundiéndolas en un estilo de vida y en un proyecto de acción. Sobresalen entonces algunos aspectos que se deben cuidar con especial atención:

El primero es, precisamente, la vida fraterna. Esto supone emplear tiempos y dedicar energías a cultivar y hacer visible la comunión como un don que hay que ofrecer a los jóvenes; supone la ascesis que nos madura en la capacidad de amar, la experiencia que nos prepara a una relación madura con los colaboradores. Son muchas las actitudes y las manifestaciones de esta fraternidad: «En efecto, las comunidades reemprenden cada día el camino, sostenidas por la enseñanza de los apóstoles: “Amaos los unos a los otros con afecto fraterno, rivalizando en la estima recíproca” (Rm 12, 10); “tened los mismos sentimientos los unos para con los otros” Rm 12, 16); “acogeos los unos a los otros como Cristo os acogió” (Rm 15, 7); “corregíos mutuamente” (Rm 15,14); “respetaos los unos a los otros” (1 Cor 11, 33); “por medio de la caridad poneos los unos al servicio de los otros” (Gal 5, 13); “confortaos mutuamente” (1 Tes 5, 11); “sobrellevaos los unos a los otros por amor” (Ef 4, 2); “sed benévolo y misericordiosos los unos con los otros perdonándoos mutuamente” (Ef 4, 32); “someteos los unos a los otros en el temor de Cristo” (Ef 5, 21); “rezad los unos por los otros” (Sant 5, 16); “trataos los unos a los otros con humildad” (1 Pe 5, 5); “estad en comunión los unos con los otros” (1 Jn 1, 7); “no nos cansemos de hacer el bien a todos, principalmente a nuestros hermanos en la fe” (Gal 6, 9-10)» . Me detengo en dos elementos que hoy destacan: las relaciones interpersonales y la comunicación.

Las relaciones son una de las pruebas de la madurez de las personas: tal vez el parámetro más importante donde se reflejan las cualidades y los límites de cada uno. Su calidad, el modo de

entablarlas y realizarlas, manifiestan hasta qué punto el amor, primera energía y primer mandamiento, se ha realizado en nosotros y hasta qué punto hemos aprendido a manifestarlo.

Por esto hoy ponemos una especial atención a las relaciones en el trabajo y en la formación: no sólo desde el punto de vista formal, sino mirando al aspecto interior y fundamental. En la vida fraterna se necesitan relaciones que superen el cansancio y la costumbre porque son renovados y que no se interrumpan porque se es capaz de reconciliación diaria. Se insiste en que sean interiores y profundas, no sólo funcionales en el trabajo, sino capaces de madurar en amistad hacia el crecimiento en el Señor y la solidaridad en la misión; sobre todo que se inspiren en la oblatividad y la donación y no se centren en la propia persona ni en sus propios fines.

Es una valoración común entre los observadores de grupos y comunidades que la mayor parte de las dificultades internas, que parecen ser de trabajo e ideas, en el fondo están ligadas a problemas de relaciones interpersonales mal planteadas, que tienen en el trabajo y en las ideas su campo de choque.

Por otra parte las malas relaciones, las situaciones difíciles no curadas oportunamente a través de la reconciliación actúan interiormente en la persona bloqueando el proceso de maduración y creando dificultades a la misma donación serena y alegre a la misión y a Dios. La tristeza y el malestar que nos acarrean son siempre dañosos. Las amarguras internas consumen. El ayudar a solucionarlas, el aclarar sus raíces, el asumirlas como límites personales y afrontarlas con calma, sin permanecer fijos en ellas, es un gran servicio.

Es necesario educarse y educar a cada uno en las relaciones, también con una palabra, un estímulo, un apoyo. Es necesario animar las relaciones, creando oportunidades para que se puedan expresar y crecer. Es un aspecto de la caridad de todos, en particular del Director y del Inspector con lo que se construye la unión de la comunidad.

Ninguno puede estar esperando, en la comunidad, solamente a recibir, como si fuese un ambiente ya hecho e independientemente de la propia aportación. Por otro lado, es necesario suplir eventuales carencias de algunos con una mayor capacidad de donación por parte de los otros. En las comunidades hay siempre límites de comunicación, timideces, excesivas cautelas que frenan la familiaridad. El Señor compensa estos límites con aquellos hermanos que están dispuestos a poner un poco más de diálogo, de cercanía, de unión y de alegría, a fin de que el nivel de la vida de comunidad en todo lo que se refiere al afecto mutuo y al ambiente familiar no decaiga. “Una fraternidad donde reina la alegría es un verdadero don de lo Alto a los hermanos que saben pedirlo y que saben aceptarse y que se comprometen en la vida fraterna confiando en la acción del Espíritu” .

Lo anterior puede parecer un comentario no habitual en una circular, algo muy particular y casi técnico. Me lo ha sugerido el documento *La vida fraterna en comunidad* donde afirma: “es útil llamar la atención sobre la necesidad de cultivar las cualidades requeridas en toda relación humana: educación, amabilidad, sinceridad, control de sí, delicadeza, sentido del humor y espíritu de participación” . Me lo ha sugerido también el CG24 que habla de nuestra espiritualidad relacional: una espiritualidad que no sólo ama con caridad interior, sino que, como Don Bosco había enseñado ya para el trato con los muchachos, sabe entablar relaciones adultas conforme al

ambiente de vida y a la sensibilidad actuales. Me lo ha sugerido, también, la importancia que tienen hoy las relaciones, elevadas casi a ser objeto de estudio y entrenamiento en cualquier campo del actuar humano. Me lo ha inspirado finalmente el pensamiento de San Francisco de Sales, en el cual la “dulzura” se traducía en la cantidad y en la calidad de las relaciones personales hasta constituir un rasgo distintivo.

La espiritualidad de la relación tiene como fuente la caridad que se capacita y se dispone a crear, curar, restablecer y multiplicar relaciones. Ésta caridad es “pastoral” cuando se ejerce en el misterio de regir y orientar a una comunidad eclesial.

Más allá de las relaciones e incluida en su dinámica está la comunicación. Hoy se desea que en las comunidades no se limite a lo funcional, sino que alcance a la experiencia vocacional; que se intercambien no sólo noticias del periódico y datos del trabajo, sino valoraciones, exigencias e intuiciones que miran a nuestra vida en Cristo y nuestra forma de comprender el carisma. A esto es a lo que tiende la revisión de vida, la evaluación de la comunidad, el intercambio en la oración, el discernimiento sobre situaciones, proyectos y acontecimientos.

El tiempo actual ha hecho más necesaria la comunicación en la comunidad religiosa y ha modificado sus criterios y sus formas, y, por consiguiente, es más ágil y participativa. La complejidad de la vida requiere que nos confrontemos sobre tendencias, criterios y acontecimientos de familia y hechos externos: o logramos comprenderlos e interpretarlos a la luz del evangelio o nos quedamos fuera de la vida y del movimiento del mundo.

Se hace necesario el hábito de evaluar, igual que la elaboración de criterios comunes de valoración. Con frecuencia esto requiere un camino que lleva consigo exploraciones y pruebas. Debemos estar dispuestos a expresarnos con sencillez, a estar prontos a modificar juicios y posiciones, incluso sólo para llegar a una convergencia fraterna y operativa: ponerse de acuerdo ayuda siempre a la comunidad, cuando no están comprometidos valores esenciales.

La comunicación es necesaria incluso en razón de un pluralismo positivo de visiones y de dones que hay en la comunidad: hay riquezas de inteligencia, de espíritu, de fantasía y facultades prácticas que comunicar. Además, los temas sobre los cuales comunicar con provecho en la vida consagrada son muchos: el proyecto apostólico, la experiencia espiritual, los retos de la misión, las orientaciones de la Congregación, las tendencias de la Iglesia, etc.

La comunicación requiere aprendizaje, práctica e, incluso, animación. Decimos aprendizaje espiritual, más que técnico. Cuando se comunica a ciertos niveles se corre un riesgo. Hay un cierto pudor que superar por lo que no queremos expresarnos; hay que consolidar la confianza en el otro de modo que me asegure que él acogerá con madurez y positivamente lo que yo digo.

La experiencia dice que no todos tiene el coraje de hacer esto. Se requiere aprendizaje incluso para recibir la comunicación, sin juzgar a la persona, sin colocarla en una posición definitiva en razón de aquello que ha dicho, sin disminuir la estima y las expectativas por la diferencia de visión.

Además del aprendizaje se requiere práctica. La capacidad de comunicación descuidada se oxida, se pierde el gusto de ella y su ejercicio. La práctica lleva a la comprensión y al uso de los distintos lenguajes adaptados a las situaciones, que van desde los gestos y las actitudes hasta las conversaciones serenas y distendidas. Todo ello inspirado por la caridad y no por el cálculo técnico. Recordad a Don Bosco con su posar la mano sobre la cabeza de los jóvenes, con su capacidad de sonreír, de decir una palabra al oído, dar unas buenas noches, mantener un diálogo como hizo con Domingo Savio, pedir el parecer, discutir. Es el esfuerzo, tan característico del Sistema preventivo, de manifestar el afecto, librarlo de una actitud genérica y reclusa en una fría interioridad. En la práctica de la comunicación se necesita también aprender el valor del silencio activo y la capacidad de soledad. Estos aspectos están casi “desterrados” de la “Babel” de las conversaciones, comunicaciones, músicas, festivales y ruidos.

Una comunicación válida está siempre preparada y regulada por la reflexión, por la medida y por la capacidad de “retirarse”.

Se requiere, pues, aprendizaje y práctica por parte de todos, pero se requiere también además animación por parte del que dirige para crear el clima adecuado a una comunicación serena y desenvuelta. Dar oportunidad de comunicar, tener un estilo de dirección que permita expresar la opinión fácilmente, requerir y provocar estas opiniones, disfrutar por la cantidad de aportaciones, hacer entender que la persona no será juzgada por lo que dice en un momento de confrontación.

Además de la atención a la vida fraterna para cualificar la experiencia comunitaria hay que mejorar nuestra forma de trabajar juntos. La comunidad religiosa es el lugar donde se da el paso del yo al nosotros, de mi trabajo o sector a nuestra misión, del logro de mis objetivos y medios a la convergencia en la evangelización y el bien de los jóvenes. Esto requiere un paciente ejercicio para superar lo que nos recluye y nos separa por causa de una concepción individualista del trabajo y de una autonomía no reglada en las iniciativas y que nos hace poco disponibles a construir junto a los demás. Se podrían potenciar muchas iniciativas con sólo juntar las que son semejantes y yuxtapuestas, uniendo las que son complementarias y haciendo converger tiempos y personas en determinadas áreas.

Las Constituciones y los Reglamentos prevén momentos de entendimiento, de coordinación y de convergencia: Consejos y asambleas comunitarias tienden a darnos una lectura común de las situaciones a la luz del evangelio y de nuestra vocación original, a proyectar solidariamente los grandes aspectos de la pastoral como la orientación de la educación de los jóvenes a la fe o la formación de los seglares.

El día semanal de la comunidad ha ofrecido una nueva oportunidad de un intercambio positivo.

En un tiempo en el cual se tiende a las alianzas, a las sinergias y a las redes, debemos aprender que la fragmentación y los compartimentos estancos no sirven y no nos forman como hombres de comunión. En las comunidades a las cuales se las ha confiado diversos sectores con una cierta exigencia y hábitos de autonomía, les conviene tener momentos de programación y orientación en común.

Desde los comienzos, la comunidad salesiana vivió con los jóvenes, participando plenamente de su vida y viceversa, los jóvenes han tomado parte en las jornadas de los Salesianos. Hoy muchos jóvenes y seglares desean “ver” y “participar” de nuestra vida fraterna y tomar parte con nosotros

en el trabajo, Nuestra vida comunitaria tiene que ser estructurada de tal forma que sea posible rezar con los jóvenes, compartir momentos de fraternidad y de programación con los colaboradores seculares y hasta acoger a algunos de estos jóvenes y seculares para hacer con nosotros una experiencia temporal de vida comunitaria.

Don Pascual Chávez

Queridos Salesianos ¡sed santos! (14 de Agosto 2002)

La santidad florece en la comunidad

Hemos terminado hace poco un Capítulo centrado por completo en el tema de la Comunidad. Releyendo sintéticamente el recorrido que hemos hecho en dos meses de trabajo, indicaba el camino comunitario trazado dentro de los cinco módulos operativos.

“La comunidad salesiana es el sujeto principal al que va dirigido todo este texto. Asumiéndolo, se siente estimulada a acoger la llamada que Dios le hace a través de los acontecimientos históricos y eclesiales, las indicaciones de la Palabra de Dios y de nuestra Regla de vida, las llamadas de los jóvenes, las necesidades de los seculares y de la Familia Salesiana. La comunidad profundiza la lectura de su propia situación, descubriendo sus disponibilidades y sus resistencias, sus recursos y sus carencias, sus posibilidades y sus límites. Aprende, además, a reconocer los desafíos fundamentales y a afrontarlos con entereza y esperanza; sabe también interrogarse con preguntas apropiadas, a las que debe dar respuesta. Finalmente, la comunidad se coteja con las orientaciones operativas propuestas y determina las condiciones para ponerlas por obra.

Invitación a la revisión

Hemos partido de la gozosa certeza de que todos hemos sido llamados a la santidad. La hemos aplicado a nosotros, para que nuestra responsabilidad se sienta interpelada. La hemos aplicado a los jóvenes, para que nosotros como educadores podamos señalarles esta meta, por ardua que sea, convencidos de que ofrecemos un programa de felicidad que los puede ayudar a madurar opciones y proyectos de vida. La hemos aplicado, finalmente, a la comunidad: lugar imprescindible donde se realiza el proceso de nuestra santificación, convencidos como estamos de que “el futuro de nuestra vitalidad se juega en nuestra capacidad de crear comunidades carismáticamente significativas hoy”, y que “la condición de fondo es el compromiso renovado de la santidad” .

Repito aquí cuanto decía en la conclusión del Capítulo General: “La santidad es el camino más exigente que queremos realizar juntos en nuestras comunidades; es ‘el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes’ (Const. 25); es la meta más alta que debemos proponer con valor a todos. Solamente en un clima de santidad vivida y experimentada, tendrán los jóvenes la

posibilidad de hacer opciones valientes de vida, de descubrir el designio de Dios sobre su futuro, de apreciar y acoger el don de las vocaciones de especial consagración” .

Trato de enumerar algunos de los interrogantes más directamente relacionados con cuanto dejo dicho anteriormente:

- ¿Estoy convencido de que “el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el testimonio de una vida fraterna” , y que, “es la elocuencia de la santidad que hace fecunda nuestra misión” , y que, en fin, la santidad “es el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes?” (Const. 25)? ¿Qué hacer para que la santidad sea objetivo privilegiado en el proyecto de vida común?
- En la comunidad en que me encuentro, ¿se hace memoria de nuestros Santos? ¿Se aprovechan sus fiestas en clave pastoral? ¿Hay alguna iniciativa de actualización al respecto?

Tú eres mi Dios, fuera de ti no tengo ningún bien (8 de Junio 2003)

Signo de la comunión eclesial, que es vivida por quien hace profesión de vivir hasta el fondo el mandamiento de Jesús en la vida de comunidad, donde se hace “tangibile de algún modo que la comunión fraterna, antes de ser instrumento para una determinada misión, es espacio teologal en el que se puede experimentar la presencia mística del Señor resucitado (cf. Mt 18,20” (VC 42). La aportación específica que los consagrados y consagradas ofrecen a la evangelización “está, por eso, ante todo, en el testimonio de una vida totalmente entregada a Dios y a los hermanos, a imitación del Salvador” (VC 76; cf. CdC 34).

Esto sucede gracias al amor recíproco de cuantos componen la comunidad, que antes de ser proyecto humano, es parte del proyecto divino (cf. La Vida fraterna en comunidad, VFC 7). “La vida de comunión representa el primer anuncio de la vida consagrada, porque es signo eficaz y fuerza atractiva que lleva a creer en Cristo. La comunión, entonces, se hace ella misma misión, más aún, la comunión genera comunión y se configura esencialmente como comunión misionera” (CdC 33; cf, Christifideles Laici, ChL 31-32): “Quien ha encontrado verdaderamente a Cristo no puede tenerlo sólo para sí, debe anunciarlo” (NMI 40)..

Palabra de Dios y vida salesiana hoy (13 de Junio de 2004)

Escuchar la Palabra para llegar a ser comunidad

“Dios congrega nuestra comunidad y la mantiene unida con su invitación, con su Palabra y su amor” (Const. 85). Esta afirmación constitucional refleja fielmente una convicción fundamental de la fe bíblica, la que más explícitamente repite el artículo 87: “El pueblo de Dios es congregado, en primer lugar, por la Palabra de Dios vivo”.

En efecto, cuando Dios habla, reúne a los que le escuchan; su pueblo nace convocado por la Palabra y en su escucha permanece congregado. Antes de entrar en la tierra prometida, Moisés advirtió a todo Israel: “Hoy te has convertido en el pueblo del Señor tu Dios. Escucharás la voz del Señor tu Dios” (Dt 27,9-10). Y Jesús declaró familiares suyos no a los que, permaneciendo fuera, mandaban a llamarlo, sino a los que, alrededor de él, lo escuchaban y hacían lo que él decía (Mc 3,31-35). Permanecer oyendo a Dios es el origen y la causa del vivir juntos. Se es creyente acogiendo la Palabra de Dios y se permanece como creyentes viviendo la fe en común.

Reunidos porque estamos salvados

La vida en común es para el pueblo de Dios el modo de vivir la salvación de Dios; vivir reunidos significa ser salvados de los males y libres de sí mismos. Israel aprendió esto a través de un largo y amargo tirocinio en el desierto (Ex 17,1-17.25): en una tierra de nadie, sólo Dios lo podía mantener unido y libre (Dt 7,4; 8,14; 11,2-28); sólo alimentado por su Palabra logró sobrevivir (Dt 8,3); y cuando los profetas sueñen una nueva salvación, anunciarán una nueva y definitiva reagrupación de los dispersos (Is 43,5; Jer 23,3; 29,14; 32,27; Ez 11,17; 34,14; 36,24), que se cumplirá cuando uno tendrá que morir por toda la nación, “para reunir a los hijos de Dios dispersos” (Jn 11,52).

Si de la escucha de la Palabra nace el pueblo de Dios, nadie puede engañarse pensando que oye a Dios sin sentirse miembro de la comunidad de sus oyentes. Puesto que la Palabra de Dios escuchada hace surgir la comunidad, la mejor forma de responder a Dios es la de hacerse responsable de la vida común. Este criterio nos invita a robustecer el sentido de pertenencia a la comunidad, que se ha congregado “por medio de la Palabra de Dios” (Const. 87), a ir al encuentro de Él acompañados por los hermanos, a escucharlo juntos. Sólo en la comunidad, nacida y mantenida por la Palabra de Dios, se puede acceder a ella; en efecto, sólo en asamblea nosotros, creyentes, confesamos que la lectura de la Escritura es Palabra del Dios vivo.

Evitar el diálogo entre hermanos, huir del vivir juntos, esquivar la convivencia cotidiana y la oración común, hace que no sólo los hermanos nos parezcan lejanos, sino que también Dios nos resulte extraño, uno que a fin de cuentas no significa mucho. Diversa es la experiencia de quien siente a Dios porque se siente hermano y encuentra alegría en el compromiso de vivir juntos y escuchar a Dios. El Génesis nos recuerda que la pretensión de Adán de esconderse de Dios, su rechazo de encontrarlo y responderle (Gn 3,8-9), le hizo experimentar el fruto amargo de la muerte de sus seres queridos y la ruptura de la unidad de su familia. Dios y su Palabra hacen posible la vida juntos, porque nos hacen descubrir hermanos. La vida fraterna depende, sí, de la buena voluntad y colaboración de todos los miembros de la comunidad, pero sobre todo de la escucha común de Dios: “La fraternidad no es sólo fruto del esfuerzo humano, sino también, y sobre todo, don de Dios; un don que exige la obediencia a la Palabra de Dios” .

Responsables de los hermanos

La comunidad, lugar de la escucha de Dios, es, pues, también espacio de fraternidad; a ella estamos invitados, en ella se nos han confiado hermanos a quienes amar (cf. Const. 50). No hay que maravillarse, por tanto, de que, cuando viene Dios para encontrarnos, nos pida cuenta de

nuestros hermanos. Ésta ha sido la experiencia de Caín (Gn 4,9) que, no aceptando la misión de ser custodio de su hermano Abel, rechazó la compañía de Dios (Gn 4,10), aunque esto no lo libró de Dios ni de sus interrogatorios.

Dándonos “hermanos a quienes amar”, Dios nos ha confiado su custodia como deber. Nuestra obediencia a Dios encuentra su banco de prueba en nuestra responsabilidad hacia los hermanos que se nos han confiado. Por una parte, es muy hermoso que Dios se tome cuidado de nosotros, poniéndonos en el camino del amor como camino de crecimiento, el camino más excelente según San Pablo (1 Cor 12,31). Por otra, es una advertencia cuanto le sucedió a Caín: quien no sabe responder de su hermano, se transforma en extranjero en su tierra y en la propia casa (Gn 4,14).

Si prestamos a nuestros hermanos la atención que merecen, especialmente a los que están o se sienten lejanos, además del hecho de manifestarnos como buenos pastores, encontraremos el puesto y las palabras para conversar con Dios. En el Discurso de la Montaña Jesús nos recuerda que el encuentro con Dios exige, como condición previa, una fraternidad no fragmentada o, si rota, restaurada (cf. Mt 5,20-24).

Como afirma la primera carta de Juan, “quien no ama a su hermano, a quien ve, no puede amar a Dios, a quien no ve” (4,20). Aceptar a quien vive a nuestro lado como a “alguien que nos pertenece”, sujeto a quien van nuestras atenciones, nos dispone favorablemente a atender a Dios y recibir sus atenciones. Si queremos hacer de nuestra vida común lugar de la escucha de Dios, ésa debe ser, antes y siempre, casa donde el hermano es acogido con corazón abierto., aceptado como es, provisto de lo que necesita, sostenido en los momentos de dificultad (cf. Const. 52).

Testigos de la radicalidad evangélica (8 de abril de 2012)

Vida fraterna: en comunidades fraternas (Const. 49-59)

En una sociedad donde reina el individualismo, en una cultura donde prevalece el egoísmo, en familias donde cada día se extiende más la soledad, es natural que la persona sienta la comunicación como una necesidad fundamental. Hoy por una parte la comunicación está favorecida por los medios de comunicación; bastaría pensar en el uso del teléfono móvil y en todos los otros campos de comunicación como youtube, facebook, twitter... Pero, por otra parte, puede verse obstaculizada por la virtualidad.

Es verdad que se puede entrar en contacto con muchísimas personas, en cualquier parte del mundo y contemporáneamente; pero el uso de esos canales no asegura la comunión, porque ésta es siempre fruto de un vínculo personal, de una relación real con quien pide acogida, reconocimiento y respeto de la propia individualidad, aceptación de los límites propios y de los otros, compromiso de compartir y de convivir, elementos todos que son el fundamento de cualquier experiencia familiar o comunitaria.

Para nosotros salesianos, la vida de comunidad es un elemento muy importante de nuestra opción religiosa. En efecto, para nosotros “vivir y trabajar juntos” es una condición esencial que garantiza un camino seguro para realizar nuestra vocación (cf. Const. 49). No se concibe la vida religiosa

salesiana sin aquella comunión que se concreta en la vida común y en la misión compartida. La exigencia de la fraternidad nace del hecho que somos hijos del mismo Padre y miembros del Cuerpo de Cristo; la vida religiosa crea una auténtica familia constituida por personas que comparten la misma fe y el mismo proyecto de vida. Desde una perspectiva típicamente salesiana, estamos llamados a crear y a vivir el espíritu de familia como lo quería y lo vivía Don Bosco.

Obviamente, como en otros campos de la vida religiosa, también aquí podemos encontrar riesgos, por ejemplo, el de adoptar un estilo de relaciones meramente funcionales o jerárquicas o falsamente democráticas. Las nuestras, por el contrario, deben ser fraternas y amistosas, que nos conduzcan a amarnos hasta compartir todo. Este criterio nos hace ver que la comunidad es bien entendida y vivida cuando se nutre de comunión y tiende a la comunión. Una comunidad sin comunión, con todo lo que ésta comporta de acogida, aprecio y estima, ayuda mutua y amor, se reduce a un grupo donde se yuxtaponen las personas, pero dejándolas de hecho en el aislamiento. Por otra parte, en la vida religiosa la comunión sin comunidad es una forma narcisista de vivir la vida y, en consecuencia, una contradicción, porque es una forma engañosa de individualismo.

Hoy los religiosos tienen que hacer un esfuerzo grande y solidario para crear comunidad, donde la solidez espiritual, la calidad humana y el compromiso apostólico de cada uno de sus miembros se comportan de manera que la vida sea buena, hermosa y feliz. En otras palabras, sin calidad humana, espiritualidad vivida y entrega apostólica no hay verdadera fraternidad.

Además, en un momento en que la presencia de los laicos en la Congregación es mayoritaria, y no sólo como empleados o colaboradores sino también como corresponsables e incluso como dirigentes de nuestras obras, con mayor razón las comunidades deben sobresalir por su vida de comunión, de modo que ésta se difunda en círculos concéntricos en los grupos de los corresponsables y colaboradores y en aquellos de las personas cercanas a nuestras presencias.

Todavía tenemos que resaltar otro rasgo no indiferente en la vida religiosa de hoy: el de la multiculturalidad de las comunidades, en una sociedad cada día más pluricultural. El testimonio de comunidades constituidas por personas de edad, origen, lengua, cultura, formación y tradiciones diversas, pero unidas por la fe, la esperanza y la caridad, es un verdadero tesoro, tanto más que la tentación de la xenofobia se siente cada vez más fuertemente. La comunidad religiosa, además, es una gran contribución que ofrecemos a un mundo dividido por la injusticia social, por los conflictos interétnicos y por ciertos modelos sociales, culturales y económicos que están destruyendo la solidaridad e hipotecando para siempre la fraternidad. Dios es comunidad. Dios es amor. ¡He aquí la buena noticia! He aquí lo que estamos llamados a ofrecer para la humanización del mundo.

Mirando específicamente a la profesión de los consejos evangélicos, reconocemos que una vida de comunidad de buena calidad es una gran ayuda para la observancia de nuestros votos religiosos. Efectivamente, nos ayuda a ser, más fácilmente, disponibles a las exigencias de la obediencia, contribuye a que valoremos la sobriedad y el uso compartido de los bienes; refuerza nuestro

compromiso por una vida casta y abierta a un amor oblativo y ayuda a nuestra fidelidad, protegiéndonos de fugas afectivas o de otras experiencias negativas (cf. Const. 83).

La profunda renovación de nuestra vida religiosa y salesiana pasa por una profunda renovación de nuestra fraternidad en la vida comunitaria. En este campo asume una importancia particular el estilo de animación y gobierno del director, en su papel de autoridad espiritual, que ayuda a los hermanos en su camino vocacional, por medio de una viva e inteligente animación comunitaria y por medio de un atento acompañamiento personal; autoridad creadora de unidad, que crea un clima de familia apto para promover una fraterna solidaridad y corresponsabilidad; autoridad pastoral que guía y orienta a todas las personas, acciones y recursos hacia los objetivos de educación y evangelización que caracterizan nuestra misión, autoridad que sabe tomar las decisiones necesarias y sabe asegurar su ejecución.

Vocación y Formación (31 de marzo de 2013)

Convertidos en hermanos por una misión única: hacer de la vida común lugar y objeto de formación

«Vivir y trabajar juntos es para nosotros, Salesianos, una exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación» (Const. 49). De hecho, no se deja a nuestro arbitrio vivir comunitariamente la misión; no somos libres de aceptarlo, ni podemos librarnos de ello a nuestro gusto; ni siquiera es una decisión táctica con la finalidad de una mayor eficacia apostólica; «es uno de los rasgos más fuertemente

caracterizadores de la identidad salesiana. El Salesiano es convocado a vivir con otros hermanos consagrados para compartir el servicio del Reino de Dios entre los jóvenes».

Por vocación, el Salesiano es «parte viva de una comunidad» y «cultiva un profundo sentido de pertenencia a ella». «Con espíritu de fe y sostenido por la amistad, el Salesiano vive el espíritu de familia en la comunidad y contribuye día a día a la construcción de la comunión entre todos los miembros. Convencido de que la misión está confiada a la comunidad, se compromete a trabajar con sus hermanos desde una visión de conjunto y desde un proyecto compartido».

Puesto que «la asimilación del espíritu salesiano es fundamentalmente un hecho de comunicación de vida» (Reg 85), la formación, en cuanto identificación con el carisma salesiano, requiere todavía más aquella comunicación que «tiene como contexto natural la comunidad»[30]. Además de ser «el ambiente natural del crecimiento vocacional», «la vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las exigencias de los tiempos, es formadora» (Const. 99). Vivir en y para la comunidad es vivir en formación..

Perteneciendo más a Dios, más a los hermanos, más a los jóvenes (16 de agosto de 2014)

Haciendo realidad la ‘utopía’ De la fraternidad, según el evangelio

‘Casa’ y ‘familia’ —leemos en el número 49 de nuestro CG27—, son dos palabras frecuentemente utilizadas por Don Bosco para describir el ‘espíritu de Valdocco’ que debe resplandecer en nuestras comunidades.

La Asamblea capitular ha hecho una lectura esperanzada, pero también realista (con sus luces y sombras), de nuestra vida comunitaria, dimensión de nuestra vida que pudiendo tener la mayor fuerza profética, seguramente es la que tiene una ‘salud más frágil’ en el mapa de nuestra Congregación.

Se dice en el Documento capitular que, desde el CG25 en adelante, está creciendo el empeño por vivir en forma más auténtica nuestra vida comunitaria (núm. 8), si bien se constatan, tras el ‘respeto’ y la ‘tolerancia’, indiferencias y ausencia de cuidado del hermano (núm. 9). La comodidad y el activismo hacen percibir el tiempo dedicado a la comunidad como un tiempo ‘robado’ ya sea al ámbito de la ‘esfera privada’ o a la misión (núm. 9). Si respondemos con dificultad a la llamada de Dios de manera radical, se debe, en parte, a una débil convicción... en realizar la comunión en comunidad (núm. 36).

Al mismo tiempo, y con mirada positiva y esperanzada, reconocemos que la vida de comunidad es uno de los modos de hacer experiencia de Dios. Vivir la «mística de la fraternidad» es un elemento esencial de nuestra consagración apostólica (núm. 40). Y vivir la espiritualidad de la comunión... y construir la comunidad supone pasar de la vida en común a la comunión de vida (núm. 37).

Estas y otras constataciones las encontramos en la reflexión capitular que, sin duda, estamos ya leyendo y meditando. No abundo más en ello. No es necesario recoger más citas para mostrar todo un mosaico de luces y sombras. La pregunta, a la luz de nuestro CG27, es ¿qué debemos cuidar, qué debemos cambiar, qué debemos seguir haciendo y qué no, para que realmente nuestra vida comunitaria tenga toda la fuerza de atracción que tiene la Fraternidad vivida desde el Evangelio, hasta el punto de ser ‘irresistible’ en su atracción?

Lo cierto es que la vida comunitaria, tiene, como ha escrito un autor, «todo el encanto de lo difícil y de lo posible; de la gracia y de la debilidad. Solo se permanece en comunidad y se ahonda en esa experiencia por la gracia de Dios... Es penitencia y ascesis que purifica y se ejercita en la colaboración, la participación y la comunión. Pero es también, y sobre todo, un encanto. Se vive en comunidad para ser feliz, y son muchos los que lo consiguen (...); y si queremos hablar del encanto de la vida comunitaria, hay que decir una palabra sobre las distancias cortas del amor fraterno. Esto supone presencia, cariño mutuo y corrección fraterna, interés de unos por otros, y ayuda mutua; en definitiva, el amor fraterno en toda su extensión.

El corazón pide y exige. La vida comunitaria del futuro será fraterna o no será. Este es uno de los elementos que más buscan los candidatos hoy; y no siempre es el que más encuentran».

Esta dimensión de la vida religiosa es hoy, sin duda, una gran fuerza testimonial. Como en gran parte de nuestros contextos sociales, existen, junto a realidades positivas, una creciente

incomunicación, aislamiento, un individualismo que va en aumento y una soledad que, en muchas culturas, es la gran enfermedad de nuestro tiempo, al igual que su semejante, la depresión. El testimonio de las comunidades religiosas, también de las nuestras, debería ser un verdadero anuncio evangélico, buena noticia, auténtica provocación o interpelación.

Por eso, os manifiesto, que una de mis grandes inquietudes es la de pensar, ver, imaginar y comunicarnos de qué manera podemos caminar en la dirección adecuada ante esta realidad un tanto débil de no pocas de nuestras presencias. Hermanos, ¡cuántas veces nuestra comunión de vida queda sacrificada por otras cosas ajenas a nuestra vocación! Me pregunto, por ejemplo, por qué motivo, quienes deberíamos ser expertos en humanismo, máxime por nuestra condición de educadores de jóvenes, tenemos a nuestro lado en nuestras comunidades, a veces en el comedor o en habitaciones contiguas, a Hermanos heridos en su corazón, Hermanos lacerados tal vez por la soledad y el desencanto, Hermanos que han buscado la felicidad como Salesianos y no lo son. Ciertamente esa no es la realidad de nuestra Congregación, muy al contrario; pero también existe, y debería bastarnos un solo Hermano herido, para que nos sangrara el corazón un poco a todos.

Creo que se podría calificar de pecado, si de palabra o con hechos, o con silencios, respondiéramos como Caín ante la pregunta del Señor: «¿Dónde está tu hermano? No lo sé — respondió—. ¿Soy yo acaso el guardián de mi hermano?» (Gn 4,9). Sí lo somos. No guardianes, pero sí cuidadores.

Nuestro gran desafío, Hermanos, para Inspectores, Consejos, Directores y todos los Hermanos en cada una de las comunidades salesianas del mundo es éste: Hacer de nuestra Comunidad un verdadero espacio de vida de comunión. ¿Cómo pasar de una vida en común con momentos acordados, programados, planificados —que sin duda nos pueden ayudar—, a una vida de comunión. Sin duda, esa decisión supone conversión personal, y por lo mismo comunitaria, va a exigir un compromiso afectivo y efectivo para llevarlo adelante. Es un proceso que pide de nosotros aceptar que cada una de las etapas de nuestra vida sea una oportunidad para crecer, para abrirse a lo nuevo de un encuentro más auténtico con los Hermanos, para hacer más visible la presencia de Dios entre nosotros.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones

16. Don Bosco quería que en sus ambientes cada uno se sintiera como en su propia casa. La casa salesiana se convierte en familia cuando el afecto es correspondido y todos, hermanos y jóvenes, se sienten acogidos y responsables del bien común.

En un clima de mutua confianza y de perdón diario, se siente la necesidad y la alegría de compartirlo todo, y las relaciones se regulan no tanto recurriendo a la ley, cuanto por el movimiento del corazón y por la fe.

Un testimonio así suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana.

- ✧ ¿Siento mi comunidad como mi familia? ¿aporto en la creación de ese ambiente de familia?
- ✧ ¿Soy acogedor con mis hermanos de comunidad? ¿me preocupo por ellos?
- ✧ ¿me siento responsable del bien común?
- ✧ ¿Soy capaz de perdonar y de pedir perdón?
- ✧ ¿Cultivo la confianza con mis hermanos de comunidad?
- ✧ ¿busco compartir en profundidad con mis hermanos de comunidad?
- ✧ ¿pongo mis talentos al servicio de mi comunidad?
- ✧ ¿procuro hacer vida el espíritu de nuestras Constituciones, superando el legalismo?

44. El mandato apostólico, que nos confía la Iglesia, lo reciben y realizan, en primer lugar; las comunidades inspectoriales y locales. Sus miembros tienen funciones complementarias, con incumbencias todas ellas importantes. Son conscientes de que la cohesión y la corresponsabilidad fraterna permiten lograr los objetivos pastorales.

El inspector y el director, como animadores del diálogo y la participación, guían el discernimiento pastoral de la comunidad, para que camine unida y fiel en la realización del proyecto apostólico.

- ✧ ¿Soy consciente que la misión es de la comunidad, superando el individualismo en mi servicio pastoral?
- ✧ ¿Trabajo con generosidad en la misión comunitaria?
- ✧ ¿Me esfuerzo por trabajar en equipo con mis hermanos?
- ✧ ¿Soy corresponsable con la misión comunitaria e inspectorial?
- ✧ ¿participo activamente en el discernimiento comunitario?

49. Vivir y trabajar juntos es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación.

Por eso nos reunimos en comunidades, en las que nos amamos hasta compartirlo todo en espíritu de familia y construimos la comunión de las personas.

En la comunidad se refleja el misterio de la Trinidad; en ella encontramos respuesta a las aspiraciones profundas del corazón y nos hacemos, para los jóvenes, signos de amor y de unidad. (R 20).

- ✧ ¿Siento la necesidad de compartir la vida con mis hermanos, sin necesidad de buscar afectos fuera de ella?
- ✧ ¿Amo a mis hermanos de comunidad, les expreso mi cariño con acciones concretas de la vida diaria?
- ✧ ¿En mi vida comunitaria actúo por motivaciones de fe que me ayudan a superar incluso antipatías?

50. Dios nos llama a vivir en comunidad dándonos hermanos a quienes amar.

La caridad fraterna, la misión apostólica y la práctica de los consejos evangélicos son los vínculos que forjan nuestra unidad y robustecen continuamente nuestra comunión.

Formamos así un solo corazón y una sola alma, para amar y servir a Dios y para ayudarnos unos a otros. (R 42).

- ✧ ¿Me doy tiempo para conocer y compartir con mis hermanos? ¿cultivo mi capacidad de escucha?
- ✧ ¿Acepto a mis hermanos tal como son, sin intentar moldearlos de acuerdo a mis criterios personales?
- ✧ ¿Hablo bien de mis hermanos y evito juzgarlos?
- ✧ ¿Es mi comunidad una fortaleza para vivir mi consagración religiosa?

51. San Pablo nos exhorta: Como pueblo elegido de Dios, pueblo sacro y amado, sea vuestro uniforme: la misericordia entrañable, la bondad, la humildad, la dulzura, la comprensión. Sobrellevaos mutuamente y perdonaos, cuando alguno tenga quejas contra otro.

La comunidad salesiana se caracteriza por el espíritu de familia, que anima todos los momentos de su vida: el trabajo y la oración, las comidas y los tiempos de distensión, los contactos y las reuniones.

En clima de amistad fraterna, nos comunicamos alegrías y penas, y compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos.

- ✧ ¿Me esfuerzo por servir a mis hermanos con sencillez y bondad?
- ✧ ¿Acompaño a mis hermanos en los momentos de dolor?

- ✧ Mis hermanos ¿pueden encontrar en mí un signo de la misericordia del Señor?
- ✧ ¿Me esfuerzo por compartir los momentos comunitarios, especialmente la oración, las comidas, el trabajo, la distensión y reuniones?
- ✧ ¿Me esfuerzo por compartir con mis hermanos tanto las riquezas interiores como los sufrimientos?

52. La comunidad acoge al hermano con corazón abierto, lo acepta tal como es y favorece su maduración. Le ofrece la posibilidad de desplegar sus dotes de naturaleza y de gracia. Le provee de cuanto necesite y lo sostiene en los momentos de dificultad, duda, cansancio o enfermedad.

Don Bosco solía decir a quien le pedía quedarse con él: Pan, trabajo y paraíso: tres cosas que puedo ofrecerte en nombre del Señor.

El hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo.

Acepta la corrección fraterna, combate cuanto en sí mismo descubre de anticomunitario, y participa con generosidad en la vida y en el trabajo común. Da gracias a Dios por vivir con hermanos que lo animan y ayudan. (R 43).

- ✧ ¿Colaboro en la construcción de una comunidad acogedora de cada hermano, con sus riquezas y también con sus limitaciones?
- ✧ ¿Ayudo a mis hermanos a desplegar al máximo sus cualidades? ¿qué podría hacer al respecto?
- ✧ ¿Creo que en mi comunidad está presente el Señor, le descubro y amo en mis hermanos?
- ✧ ¿Practico la corrección fraterna? ¿facilito que los hermanos me puedan corregir?
- ✧ ¿Me esfuerzo por superar todo rasgo de individualismo en mí?
- ✧ ¿Tengo presente a mis hermanos en mi oración personal? ¿oro por sus necesidades?

53. La comunidad rodea de atenciones y cariño a los hermanos ancianos y enfermos. Éstos, con la prestación de los servicios que les sean posibles y aceptando su situación personal, son fuente de bendición para la comunidad, enriquecen su espíritu de familia y hacen más profunda su unidad.

Su vida adquiere un nuevo significado apostólico: ofreciendo con fe sus limitaciones y sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen participando en la misión salesiana.

- ✧ ¿Cuido a mis hermanos enfermos o ancianos?
- ✧ ¿Valoro el aporte actual de mis hermanos ancianos? ¿los escucho con respeto? ¿estoy atento a la enseñanza fruto de su experiencia?
- ✧ ¿Me preocupo de visitar a mis hermanos que están en la Casa de Salud?

54. La comunidad sostiene, con caridad y oración más intensas, al hermano enfermo de gravedad. Cuando llega la hora de dar a su vida consagrada la realización suprema, los hermanos le ayudan a participar con plenitud en la Pascua de Cristo.

La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano . Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo.

El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los hermanos que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo. (R 47))

- ✧ ¿Acompaño a mis hermanos que sufren? ¿rezo por ellos? ¿le manifiesto mi cariño?
- ✧ ¿Participar algún día en el gozo del Señor ilumina mi vida, y da sentido a mi entrega a los hermanos?
- ✧ ¿Rezo por mis hermanos difuntos?

55. El director representa a Cristo que une a los suyos en el servicio del Padre. Está en el centro de la comunidad, como hermano entre hermanos, que reconocen su responsabilidad y autoridad.

Su primera incumbencia es animar a la comunidad, para que viva en la fidelidad a las Constituciones y crezca en la unidad. Coordina los esfuerzos de todos, teniendo en cuenta los derechos, deberes y capacidad de cada uno.

Tiene también responsabilidad directa para con cada hermano. Le ayuda a realizar su vocación personal y lo sostiene en el trabajo que le está confiado.

Extiende su solicitud a los jóvenes y los colaboradores, para que crezcan en la corresponsabilidad de la misión común.

En las palabras, en los contactos frecuentes y en las decisiones oportunas, es padre, maestro y guía espiritual. (R 42.48).

- ✧ ¿Descubro en la presencia de mis superiores la voluntad del Señor?
- ✧ ¿Ayudo a mis superiores a realizar la misión que le ha sido confiada?
- ✧ ¿Practico el coloquio fraterno con mi director?
- ✧ ¿Si ejerzo un cargo de gobierno, me preocupo de guiar a mi comunidad en la construcción del ambiente de familia? ¿cuido el crecimiento de cada uno de mis hermanos? ¿me esfuerzo en ser como Don Bosco: padre, maestro y guía espiritual?

57. La comunidad salesiana actúa en comunión con la Iglesia particular.

Está abierta a los valores del mundo y atenta al contexto cultural en que desarrolla su acción apostólica. Solidaria con el grupo humano en cuyo ambiente vive, mantiene buenas relaciones con todos.

De esta forma es signo revelador de Cristo y de su salvación, presente entre los hombres, y se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco)

- ✧ ¿Estoy atento a colaborar activamente en la Iglesia particular a la que pertenezco?
- ✧ ¿Trabajo en comunión con la Iglesia local?
- ✧ En comunión con las decisiones comunitarias, ¿estoy al servicio del ambiente en el que vivo?

58. Las comunidades locales son parte viva de la comunidad inspectorial. Ésta promueve su comunión fraterna y las sostiene en la misión.

Sigue con amor a los nuevos hermanos, es solícita en la formación de todos, goza con sus éxitos y se alegra en sus celebraciones personales, llora su pérdida y conserva vivo su recuerdo.

Atenta a las situaciones juveniles, coordina y revisa el trabajo apostólico mediante sus organismos, favorece la colaboración, anima la pastoral vocacional, provee a la continuidad de las obras y se abre a nuevas actividades.

Cultiva la fraternidad y la expresa en actos concretos de solidaridad para con las demás inspectorías, la Congregación y la familia salesiana.

- ✧ ¿Soy solidario con la comunidad inspectorial? ¿me siento parte de ella?
- ✧ ¿Participo activamente en la vida de la comunidad inspectorial? ¿pongo mis talentos al servicio de ella?
- ✧ ¿Leo y vivo en comunión con el Magisterio inspectorial? ¿asumo el proyecto de vida inspectorial?

59. La profesión religiosa incorpora al salesiano en la Sociedad y lo hace partícipe de la comunión de espíritu, testimonio y servicio que ella vive en la Iglesia universal.

La unión con el Rector Mayor y su Consejo, la solidaridad en las iniciativas apostólicas y la comunicación e información sobre el trabajo de los hermanos, al incrementar la comunión, profundizan el sentido de pertenencia y abren al servicio de la comunidad mundial. (R 103)

- ✧ ¿Leo y vivo en comunión con el magisterio de la Congregación (Capítulos Generales, cartas del Rector Mayor, circulares de los Consejeros, etc.)?
- ✧ ¿Soy solidario con la vida de la Congregación? ¿Rezo por mis hermanos?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

52. La comunidad acoge al hermano con corazón abierto, lo acepta tal como es y favorece su maduración. Le ofrece la posibilidad de desplegar sus dotes de naturaleza y de gracia. Le provee de cuanto necesite y lo sostiene en los momentos de dificultad, duda, cansancio o enfermedad.

Don Bosco solía decir a quien le pedía quedarse con él: Pan, trabajo y paraíso: tres cosas que puedo ofrecerte en nombre del Señor .

El hermano se compromete a construir la comunidad en que vive, y la ama aunque sea imperfecta: sabe que en ella encuentra la presencia de Cristo.

Acepta la corrección fraterna, combate cuanto en sí mismo descubre de anticomunitario, y participa con generosidad en la vida y en el trabajo común. Da gracias a Dios por vivir con hermanos que lo animan y ayudan. (R 43).

- ✧ ¿Somos una comunidad acogedora con cada uno de nuestros hermanos?
- ✧ ¿Nos preocupamos de que cada hermano se encuentre bien con nosotros y le proveemos de lo que necesita?
- ✧ ¿Acompañamos a nuestros hermanos en dificultad o sufrimiento?
- ✧ ¿Ayudamos a que nuestros hermanos crezcan al máximo en todos sus dones?
- ✧ ¿Practicamos la corrección fraterna?
- ✧ ¿Cuidamos que los momentos comunitarios sean instancias para crecer en el conocimiento mutuo, el cariño, el compartir en profundidad?
- ✧ ¿Procuramos construir una comunidad en la que se trabaja en equipo, compartiendo responsabilidades y cualidades?

53. La comunidad rodea de atenciones y cariño a los hermanos ancianos y enfermos. Éstos, con la prestación de los servicios que les sean posibles y aceptando su situación personal, son fuente de bendición para la comunidad, enriquecen su espíritu de familia y hacen más profunda su unidad.

Su vida adquiere un nuevo significado apostólico: ofreciendo con fe sus limitaciones y sufrimientos por los hermanos y los jóvenes, se unen a la pasión redentora del Señor y siguen participando en la misión salesiana.

- ✧ ¿Cuidamos a nuestros hermanos enfermos?
- ✧ ¿Visitamos a los hermanos que se encuentran en la Casa de salud? ¿oramos por ellos? ¿nos preocupamos de su situación?
- ✧ ¿Los invitamos a participar de algún momento comunitario con nosotros?

54. La comunidad sostiene, con caridad y oración más intensas, al hermano enfermo de gravedad. Cuando llega la hora de dar a su vida consagrada la realización suprema, los hermanos le ayudan a participar con plenitud en la Pascua de Cristo.
La esperanza de entrar en el gozo de su Señor ilumina la muerte del salesiano . Y cuando un salesiano muere trabajando por las almas, la Congregación alcanza un gran triunfo .
El recuerdo de los hermanos difuntos une en la caridad que no acaba a los hermanos que aún peregrinan con quienes ya descansan en Cristo. (R 47))

- ✧ ¿Recordamos a nuestros hermanos difuntos, leemos el necrologio?
- ✧ ¿Oramos por nuestros difuntos, según establece nuestra Regla de Vida?

55. El director representa a Cristo que une a los suyos en el servicio del Padre. Está en el centro de la comunidad, como hermano entre hermanos, que reconocen su responsabilidad y autoridad.
Su primera incumbencia es animar a la comunidad, para que viva en la fidelidad a las Constituciones y crezca en la unidad. Coordina los esfuerzos de todos, teniendo en cuenta los derechos, deberes y capacidad de cada uno.
Tiene también responsabilidad directa para con cada hermano. Le ayuda a realizar su vocación personal y lo sostiene en el trabajo que le está confiado.
Extiende su solicitud a los jóvenes y los colaboradores, para que crezcan en la corresponsabilidad de la misión común.
En las palabras, en los contactos frecuentes y en las decisiones oportunas, es padre, maestro y guía espiritual. (R 42.48).

- ✧ ¿Colaboramos con quienes tienen algún servicio de gobierno en nuestra comunidad ?
- ✧ ¿Mantenemos la tradición de las Buenas Noches?
- ✧ ¿Cuidamos los momentos de programación y evaluación comunitaria?

56. Los hermanos viven con sencillez su entrega personal y la capacidad de compartir, en la acogida y la hospitalidad. Con sus atenciones y su alegría saben hacer a los demás partícipes del espíritu de familia salesiano.
No obstante, para favorecer el respeto mutuo y las manifestaciones de la comunión fraterna, la comunidad reserva, para uso exclusivo de los hermanos, algunos ambientes de la casa religiosa .(R 21.45)

- ✧ ¿Somos una comunidad acogedora?
- ✧ ¿Construimos un ambiente de familia, optimista y alegre?
- ✧ ¿Cuidamos los ambientes comunitarios?

57. La comunidad salesiana actúa en comunión con la Iglesia particular.
Está abierta a los valores del mundo y atenta al contexto cultural en que desarrolla su acción apostólica. Solidaria con el grupo humano en cuyo ambiente vive, mantiene buenas relaciones con todos.
De esta forma es signo revelador de Cristo y de su salvación, presente entre los hombres, y se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco).
- ✧ ¿Somos una comunidad abierta y solidaria con los que viven en nuestro sector?
 - ✧ ¿Estamos atentos a colaborar activamente en nuestra Iglesia particular? ¿trabajamos en comunión con ella?
58. Las comunidades locales son parte viva de la comunidad inspectorial. Ésta promueve su comunión fraterna y las sostiene en la misión.
Sigue con amor a los nuevos hermanos, es solícita en la formación de todos, goza con sus éxitos y se alegra en sus celebraciones personales, llora su pérdida y conserva vivo su recuerdo.
Atenta a las situaciones juveniles, coordina y revisa el trabajo apostólico mediante sus organismos, favorece la colaboración, anima la pastoral vocacional, provee a la continuidad de las obras y se abre a nuevas actividades.
Cultiva la fraternidad y la expresa en actos concretos de solidaridad para con las demás inspectorías, la Congregación y la familia salesiana.
- ✧ ¿Somos solidarios con la comunidad inspectorial? ¿nos sentimos parte de ella?
 - ✧ ¿Participamos activamente en la vida de la comunidad inspectorial? ¿aportamos nuestros medios y talentos?
 - ✧ ¿Conocemos y asumimos corresponsablemente los diversos proyectos inspectoriales?
59. La profesión religiosa incorpora al salesiano en la Sociedad y lo hace partícipe de la comunión de espíritu, testimonio y servicio que ella vive en la Iglesia universal.
La unión con el Rector Mayor y su Consejo, la solidaridad en las iniciativas apostólicas y la comunicación e información sobre el trabajo de los hermanos, al incrementar la comunión, profundizan el sentido de pertenencia y abren al servicio de la comunidad mundial. (R 103).
- ✧ ¿Conocemos y asumimos el magisterio de la Congregación (Capítulos Generales, cartas del Rector Mayor, circulares de los Consejeros, etc.)?
 - ✧ ¿Somos solidario con la vida de la Congregación? ¿Rezo por nuestros hermanos?
 - ✧ ¿Respondemos con prontitud a los requerimientos de nuestra Congregación, más allá de nuestra inspectoría?

R. 42. La comunidad, tanto local como inspectorial, reunida en torno a su director o inspector, celebre todos los años el día de la comunidad, como signo de comunión fraterna y expresión de gratitud. (C 50.55)

- ✧ ¿Celebramos el día de la comunidad? ¿hacemos partícipes a otras comunidades de esta fiesta?
- ✧ ¿Participamos en la fiesta de la Inspectoría?
- ✧ ¿Procuramos dar calidad a los encuentros comunitarios y a aquellos con hermanos de otras comunidades?
- ✧ ¿Somos acogedores con los hermanos que nos visitan?

R.46. La comunidad mantiene relaciones de cordialidad con la familia de cada hermano y le da pruebas de amor y gratitud.

El salesiano, que ha dejado su casa para seguir a Cristo, conserva íntegro el amor a sus familiares, sobre todo a los padres. Lo demuestra con la oración, con las relaciones epistolares y con las visitas)

- ✧ ¿Somos una comunidad acogedora con nuestros familiares?
- ✧ ¿Tenemos en nuestra programación alguna actividad que nos ayude en la comunicación y cariño con nuestros familiares
- ✧ ¿Cultivamos gestos de solidaridad con nuestra familias?

R.76. Los salesianos demostrarán su amor y gratitud a los hermanos, parientes y bienhechores llamados por Dios a la eternidad, con sufragios personales y comunitarios.

En particular:

1. cuando muere un hermano o novicio, en la comunidad a la que pertenecía se celebrarán treinta misas, y una en cada casa de la inspectoría;
2. cuando muere un Rector Mayor en el cargo o emérito, además de las treinta misas, se celebrará una en cada casa de la Congregación;
3. cuando mueren los padres de un hermano, se celebrarán diez misas en la casa a la que pertenece el hermano.
4. cada año:
 - ✓ por los hermanos difuntos, todos los sacerdotes celebrarán la misa el día siguiente a la solemnidad litúrgica de san Juan Bosco; además, el inspector hará celebrar una misa en cada tanda de ejercicios espirituales;
 - ✓ por los padres difuntos de los hermanos, se celebrará una misa en cada casa el 25 de noviembre, aniversario de la muerte de mamá Margarita;
 - ✓ por los difuntos bienhechores o miembros de la familia salesiana, se celebrará una misa en cada comunidad el 13 de noviembre. (C 94)

- ✧ ¿Cuidamos la oración por nuestros difuntos según establecen nuestras Constituciones y Reglamentos?
- ✧ ¿Recordamos a nuestros difuntos en la oración diaria?
- ✧ ¿Cuidamos la lectura del necrologio?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. Unidos en Fraternidad

1. Motivación

Nos reconocen como discípulos de Jesús en que nos amamos unos a otros como el Señor nos ha amado. Es el gozo más profundo que podemos experimentar, amar y servir al Señor en la persona de nuestros hermanos. Es también un camino exigente, en el que nunca estamos solos, porque el mismo Señor camina con nosotros. Iniciemos esta celebración cantando:

canto: Donde se ama de verdad

**Donde se ama de verdad,
allí Dios está**

Mandamiento nuevo os doy dice Cristo
mandamiento del amor para todos.
El que tenga el valor de cumplirlo
llegará a vivir en mí por los siglos.

Nuestro mundo hoy está dividido ignorando
que en la cruz Jesucristo
nos mostró lo que es perdón de ofensas
por doquier se ven brotar egoísmos.

Si al llegar hoy al altar, te recuerdas
que en tu pecho hay rencor contra otro
reconcílate con él ante todo
sólo así podrás vivir como Cristo

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo de entrega a los hermanos,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 132. Felicidad de la concordia fraterna

El Señor nos ha creado para que vivamos en su amistad; el nos regala un corazón grande para compartir con nuestros hermanos, y nos da la gracia de ser signos de su amor para nuestros hermanos. Rezamos este salmo en un solo coro.

Ant. El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma.

Ved qué paz y qué alegría,
convivir los hermanos unidos.

Es unguento precioso en la cabeza,
que va bajando por la barba,
que baja por la barba de Aarón,
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón, que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición:
la vida para siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. El grupo de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma.

Salmo 47. Himno a la gloria de Jerusalén

Como la ciudad de Jerusalén, la comunidad salesiana que vive en fraternidad es un lugar en el que Dios habita, es fuerte y bella, una invitación para los jóvenes a ser parte de ella. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Tu alabanza llega al confín de la tierra

Grande es el Señor y muy digno de alabanza
en la ciudad de nuestro Dios,
su monte santo, altura hermosa,
alegría de toda la tierra:

el monte Sión, vértice del cielo,
ciudad del gran rey;
entre sus palacios,
Dios descuella como un alcázar.

Mirad: los reyes se aliaron
para atacarla juntos;
pero, al verla, quedaron aterrados
y huyeron despavoridos;

allí los agarró un temblor
y dolores como de parto;
como un viento del desierto,
que destroza las naves de Tarsis.

Lo que habíamos oído lo hemos visto
en la ciudad del Señor de los ejércitos,
en la ciudad de nuestro Dios:
que Dios la ha fundado para siempre.

¡Oh Dios!, meditamos tu misericordia
en medio de tu templo:
como tu renombre, ¡oh Dios!, tu alabanza
llega al confín de la tierra;

tu diestra está llena de justicia:
el monte Sión se alegra,
las ciudades de Judá se gozan
con tus sentencias.

Dad la vuelta en torno a Sión,
contando sus torreones;
fijaos en sus baluartes,
observad sus palacios,

para poder decirle a la próxima generación:
«Este es el Señor, nuestro Dios.»
Él nos guiará por siempre jamás..

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tu alabanza llega al confín de la tierra

Cántico. Oración de la comunión fraterna

Unámonos a la plegaria de Jesús en la última Cena, para que seamos uno, como lo es Hijo con el Padre, punto de referencia para toda comunidad cristiana. Entre cada estrofa proclamada por un solista, intercalamos la antífona.

Antífona: Que todos seamos uno.

No ruego solamente por ellos,
sino también por los que, gracias a su palabra,
creerán en mí.
Que todos sean uno:
como tú, Padre, estás en mí
y yo en tí,
que también ellos estén en nosotros,
para que el mundo crea
que tú me enviaste.

Antífona: Que todos seamos uno.

Yo les he dado la gloria
que tú me diste,
para que sean uno,
como nosotros somos uno
-yo en ellos y tú en mí-
para que sean perfectamente uno
y el mundo conozca
que tú me has enviado,
y que los has amado a ellos
como me amaste a mí.

Antífona: Que todos seamos uno.

Padre, quiero que los que tú me diste
estén conmigo donde yo esté,
para que contemplan la gloria que me has dado,
porque ya me amabas
antes de la creación del mundo.
Padre justo,
el mundo no te ha conocido,

pero yo te conocí,
y ellos reconocieron
que tú me enviaste.
Les di a conocer tu Nombre,
y se lo seguiré dando a conocer,
para que el amor con que tú me amaste
esté en ellos,
y yo también esté en ellos".

Antífona: Que todos seamos uno.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Que todos seamos uno.

4. Palabra de Dios

De los Hechos de los Apóstoles (2, 42-47)

Todos se reunían asiduamente para escuchar la enseñanza de los Apóstoles y participar en la vida común, en la fracción del pan y en las oraciones. Un santo temor se apoderó de todos ellos, porque los Apóstoles realizaban muchos prodigios y signos. Todos los creyentes se mantenían unidos y ponían lo suyo en común: vendían sus propiedades y sus bienes, y distribuían el dinero entre ellos, según las necesidades de cada uno. Íntimamente unidos, frecuentaban a diario el Templo, partían el pan en sus casas, y comían juntos con alegría y sencillez de corazón; ellos alababan a Dios y eran queridos por todo el pueblo. Y cada día, el Señor acrecentaba la comunidad con aquellos que debían salvarse

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y por llamarnos a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,

se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

- P.** Pidamos a Dios el Espíritu del amor y de la paz para poder construir verdaderas comunidades fraternas.
- L.** Oh Padre, Tú has puesto el trabajar y el vivir juntos como exigencia fundamental y camino seguro para la realización de la vocación salesiana:
- T.** ayúdanos a crear comunidades en las que se ama hasta compartir todo en espíritu de familia.
- L.** Llamándonos a vivir en comunidad, nos das hermanos a quienes amar:
- T.** danos tu Espíritu para que formemos un solo corazón y un alma sola, convirtiéndonos en signos de amor y de unidad para los jóvenes.
- L.** Ilumínanos de tal modo que podamos descubrir cada día, a pesar de las dificultades, la presencia de Cristo:

T. haznos abiertos a la corrección fraterna, capaces de ofrecer a todos afecto, estima y ánimo.

L. Ayúdanos a ser atentos con los hermanos ancianos y enfermos, que con su presencia son fuente de bendición para la comunidad:

T. que trabajemos todos por enriquecer el espíritu de familia y profundizar la caridad a pesar de las dificultades.

L. El recuerdo de los hermanos difuntos nos ayude en la continuidad de nuestra misión:

T. para que el nombre de Don Bosco continúe, mediante nuestro humilde trabajo en el tiempo, llevando la alegría de la fraternidad a los jóvenes.

intenciones libres

Padre nuestro

P. Oh Dios,
en la plenitud de los tiempos te has revelado a los hombres
como comunión de Personas,
llamando a todos a vivir como hermanos:
haz que, dirigiendo nuestra mirada a Ti,
progreseemos en la búsqueda constante
de una vida que refleje tu misterio
y sacie las aspiraciones más profundas
del corazón del hombre.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. Un espíritu fraterno

1. Motivación

La fraternidad se expresa en la sencillez, confianza y humildad; en la capacidad de acogerse con afecto, de ayudarse en todo momento, de corregirse con caridad auténtica. Iniciemos esta celebración, cantando:

canto: **Los hermanos unidos**

**¡Qué dulzura, qué delicia,
los hermanos todos unidos! (bis)**

Es unguento perfumado en la cabeza
que desciende por la barba.
Que baja por la barba de Aarón
hasta la franja de su ornamento.

Es rocío del Hermón que va bajando
sobre el monte Sión.
Porque allí manda el Señor la bendición,
la vida para siempre.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su intimidad,
construyendo el amor fraterno
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 130. Como un niño, Israel se abandonó en brazos de Dios

En una comunidad en la que se vive el amor fraterno, se respira paz, humildad, mansedumbre, paciencia y perdón. Recemos este salmo en un coro.

Antífona: sólo en Dios descansa mi corazón

Señor, mi corazón no es ambicioso,
ni mis ojos altaneros;
no pretendo grandezas
que superan mi capacidad;
sino que acallo y modero mis deseos,
como un niño en brazos de su madre.

Espere Israel en el Señor
ahora y por siempre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: sólo en Dios descansa mi corazón

Salmo 44. Las nupcias del Rey

Jesús es nuestro rey, y nosotros damos testimonio de su reinado con la construcción de una vida fraterna. Que ésta sea nuestra alabanza. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: El Señor te bendice eternamente.

Me brota del corazón un poema bello,
recito mis versos a un rey;
mi lengua es ágil pluma de escribano.

Eres el más bello de los hombres,
en tus labios se derrama la gracia,
el Señor te bendice eternamente.

Ciñete al flanco la espada, valiente:
es tu gala y tu orgullo;
cabalga victorioso por la verdad y la justicia,
tu diestra te enseñe a realizar proezas.
Tus flechas son agudas, los pueblos se te rinden,
se acobardan los enemigos del rey.

Tu trono, ¡oh Dios!, permanece para siempre;

cetro de rectitud es tu cetro real;
has amado la justicia y odiado la impiedad:
por eso el Señor, tu Dios, te ha ungido
con aceite de júbilo entre todos tus compañeros.

A mirra, áloe y acacia huelen tus vestidos,
desde los palacios de marfiles te deleitan las arpas.
Hijas de reyes salen a tu encuentro,
de pie a tu derecha está la reina
enjoyada con oro de Ofir.

Escucha, hija, mira: inclina el oído,
olvida tu pueblo y la casa paterna:
prendado está el rey de tu belleza,
póstrate ante él, que él es tu señor.
La ciudad de Tiro viene con regalos,
los pueblos más ricos buscan tu favor.

Ya entra la princesa, bellísima,
vestida de perlas y brocado;
la llevan ante el rey, con séquito de vírgenes,
la siguen sus compañeras:
las traen entre alegría y algazara,
van entrando en el palacio real.

«A cambio de tus padres tendrás hijos,
que nombrarás príncipes por toda la tierra.»

Quiero hacer memorable tu nombre
por generaciones y generaciones,
y los pueblos te alabarán
por los siglos de los siglos

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: El Señor te bendice eternamente.

Cántico. Himno de la caridad

El amor no es un sentimiento vacío de contenido, sino que se expresa en actitudes muy concretas. Como Jesús, damos la vida por nuestros hermanos. Entre cada estrofa proclamada por un solista, intercalamos la antífona.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles,
si no tengo amor,
soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque tuviera el don de la profecía
y conociera todos los misterios y toda la ciencia,
aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas,
si no tengo amor, no soy nada.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Aunque repartiera todos mis bienes
para alimentar a los pobres
y entregara mi cuerpo a las llamas,
si no tengo amor, no me sirve para nada.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

El amor es paciente, es servicial;
el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece,
no procede con bajeza, no busca su propio interés,
no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad.
El amor todo lo disculpa, todo lo cree,
todo lo espera, todo lo soporta.
El amor no pasará jamás.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá;
porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas.

Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño.

Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara.

Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

En una palabra, ahora existen tres cosas:

la fe, la esperanza y el amor,

pero la más grande de todas es el amor.

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,

por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Donde hay amor y caridad, donde hay amor, allí Dios está.

4. Palabra de Dios

De la carta de San Pablo a los Colosenses (3, 12-17)

Como elegidos de Dios, sus santos y amados, revístanse de sentimientos de profunda compasión. Practiquen la benevolencia, la humildad, la dulzura, la paciencia. Sopórtense los unos a los otros, y perdónense mutuamente siempre que alguien tenga motivo de queja contra otro. El Señor los ha perdonado: hagan ustedes lo mismo. Sobre todo, revístanse del amor, que es el vínculo de la perfección. Que la paz de Cristo reine en sus corazones: esa paz a la que han sido llamados, porque formamos un solo Cuerpo. Y vivan en la acción de gracias.

Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por llamarnos a dar testimonio de su misericordia con nuestra vida fraterna.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Unidos por el amor de Dios, que es el vínculo de la perfección, confirmemos delante de Él la voluntad de ser una comunidad de un solo corazón y una alma sola, para llevar a los jóvenes el gozo de permanecer en la amistad mutua y en la caridad hacia cada hermano.

T. Que sepamos amar como Tú nos amas, Señor.

se presentan intenciones libres, y todos repiten la antifona. Al final, todos proclaman la siguiente plegaria

T. Con frecuencia no sabemos dónde encontrarte, Señor,
ni en qué dirección dirigimos
para gritar nuestra soledad y sufrimiento.
Con frecuencia, entre nosotros,
no descubrimos tu presencia,
y permanecemos como rocas sin vida,
que ni siquiera el sol logra dar calor;
en nuestros ojos no florece la alegría,
ni el canto brota sincero en nuestros labios.
Escúchanos, Padre,
Tú que estás atento a la plegaria de todos tus hijos
y puedes cambiar los corazones de piedra
en corazones de carne.
Envíanos tu Espíritu
para que dé vida a nuestro amor fraterno;
entonces experimentaremos tu presencia
como palabra que anima y perdona,
como mano amiga que ayuda,
como corazón cercano en quien confiar,
esperando que desaparezca toda división,
que se supere toda lejanía
y se revele que nosotros, aunque muchos,
somos Uno, contemplando tu rostro en Cristo,
tu Hijo que vive y reina
por los siglos de los siglos.
Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.

Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;

no desoigas las oraciones

que te dirigimos en nuestras necesidades;

antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE: NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	7
Perfectae Caritatis	7
Dimensión contemplativa de la vida religiosa	7
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa	8
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	9
La vida fraterna en comunidad	12
Caminar desde Cristo	25
Deus Caritas Est (Benedicto XVI)	27
Spes Salvi (Benedicto XVI).....	29
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	30
Misericordiae Vultus (Francisco)	32
3. MAGISTERIO SALESIANO	32
Don Bosco.....	33
Capítulos Generales.....	34
Capítulo General 21.....	34
Capítulo General 25.....	36
Capítulo General 27.....	39
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	42
Rectores Mayores	46
Don Juan Vecchi.....	46
Don Pascual Chávez	55
Ángel Fernández.....	61
SEGUNDA PARTE: REVISION DE VIDA	63
1. Scrutinium personal.....	64
2. Scrutinium Comunitario	69
TERCERA PARTE: CELEBRACIONES LITURGICAS	74
1. Unidos en Fraternidad.....	75
2. Un espíritu fraterno	83

Scrutinium Obedientiae

Scrutinium Oboedientiae

Y, aunque era Hijo de Dios,
aprendió por medio de sus propios sufrimientos
qué significa obedecer.
De este modo, él alcanzó la perfección
y llegó a ser causa de salvación eterna
para todos los que le obedecen.,
(Heb. 5, 8-9)

La obediencia... es como el gozne sobre el que gira
toda nuestra Sociedad...
Si reina la obediencia, entonces se formará un solo cuerpo
y una alma sola para amar y servir al Señor..
(MB IXe. 518)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Pongan cuidado en practicar lo que el Señor, su Dios, les ha ordenado, sin desviarse ni a la derecha ni a la izquierda. Vayan por el camino que el Señor, su Dios, les ha trazado, para gozar de una larga vida en la tierra de la que van a tomar posesión" (Dt. 5, 32-33)

"Si escuchas la voz del Señor, tu Dios, y te empeñas en practicar todos los mandamientos que hoy te prescribo, él te pondrá muy por encima de todas las naciones de la tierra. Y por haber escuchado la voz del Señor, tu Dios, vendrán sobre ti y te alcanzarán todas estas bendiciones". (Dt. 28, 1-2)

"¿Qué les parece? Un hombre tenía dos hijos y, dirigiéndose al primero, le dijo: "Hijo, quiero que hoy vayas a trabajar a mi viña". Él respondió: "No quiero". Pero después se arrepintió y fue. Dirigiéndose al segundo, le dijo lo mismo y este le respondió: "Voy, Señor", pero no fue. ¿Cuál de los dos cumplió la voluntad de su padre?". "El primero", le respondieron. Jesús les dijo: "Les aseguro que los publicanos y las prostitutas llegan antes que ustedes al Reino de Dios. En efecto, Juan vino a ustedes por el camino de la justicia y no creyeron en él; en cambio, los publicanos y las prostitutas creyeron en él. Pero ustedes, ni siquiera al ver este ejemplo, se han arrepentido ni han creído en él". (Mt. 21, 28-32)

"Jesús les respondió: Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra". (Jn. 4, 34)

Nada puedo hacer por mí mismo. Yo juzgo de acuerdo con lo que oigo, y mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió. (Jn. 5, 30)

Me han oído decir: "Me voy y volveré a ustedes". Si me amaran, se alegrarían de que vuelva junto al Padre, porque el Padre es más grande que yo. Les he dicho esto antes que suceda, para que cuando se cumpla, ustedes crean. Ya no hablaré mucho más con ustedes, porque está por llegar el Príncipe de este mundo: él nada puede hacer contra mí, pero es necesario que el mundo sepa que yo amo al Padre y obro como él me ha ordenado. (Jn. 14, 28-31)

"El que recibe mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él. El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él.". (Jn 14, 21. 23)

"Yo soy la vid, ustedes los sarmientos. El que permanece en mí, y yo en él, da mucho fruto, porque separados de mí, nada pueden hacer. Pero el que no permanece en mí, es como el sarmiento que se tira y se seca; después se recoge, se arroja al fuego y arde. Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán. La gloria de mi Padre consiste en que ustedes den fruto abundante, y así sean mis discípulos. Como el Padre me amó, también yo los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor. Si cumplen mis mandamientos, permanecerán en mi amor, como yo cumplí los mandamientos de mi Padre y

permanezco en su amor. Les he dicho esto para que mi gozo sea el de ustedes, y ese gozo sea perfecto". (Jn. 15, 5-11)

"Después de hablar así, Jesús levantó los ojos al cielo, diciendo: "Padre, ha llegado la hora: glorifica a tu Hijo para que el Hijo te glorifique a ti, ya que le diste autoridad sobre todos los hombres, para que él diera Vida eterna a todos los que tú le has dado. Esta es la Vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a tu Enviado, Jesucristo. Yo te he glorificado en la tierra, llevando a cabo la obra que me encomendaste. Ahora, Padre, glorifícame junto a ti, con la gloria que yo tenía contigo antes que el mundo existiera.". (Jn 17, 1-5)

"No ruego solamente por ellos, sino también por los que, gracias a su palabra, creerán en mí. Que todos sean uno: como tú, Padre, estás en mí y yo en ti, que también ellos estén en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que tú me diste, para que sean uno, como nosotros somos uno -yo en ellos y tú en mí- para que sean perfectamente uno y el mundo conozca que tú me has enviado, y que los has amado a ellos como me amaste a mí " (Jn. 17, 20-23)

Cuando Jesús llegó con sus discípulos a una propiedad llamada Getsemaní, les dijo: "Quédense aquí, mientras yo voy allí a orar". Y llevando con él a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: "Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí, velando conmigo". Y adelantándose un poco, cayó con el rostro en tierra, orando así: "Padre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Después volvió junto a sus discípulos y los encontró durmiendo. Jesús dijo a Pedro: "¿Es posible que no hayan podido quedarse despiertos conmigo, ni siquiera una hora? Estén prevenidos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". Se alejó por segunda vez y suplicó: "Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad".

Al regresar los encontró otra vez durmiendo, porque sus ojos se cerraban de sueño. Nuevamente se alejó de ellos y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Luego volvió junto a sus discípulos y les dijo: "Ahora pueden dormir y descansar: ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya se acerca el que me va a entregar". (Mto. 26, 36-43)

"Entonces dije: Aquí estoy, yo vengo -como está escrito de mí en el libro de la Ley- para hacer, Dios, tu voluntad.". (Hb. 10, 7)

"Queridos míos, si nuestro corazón no nos hace ningún reproche, podemos acercarnos a Dios con plena confianza, 22 y él nos concederá todo cuanto le pidamos, porque cumplimos sus mandamientos y hacemos lo que le agrada. El que cumple sus mandamientos permanece en Dios, y Dios permanece en él; y sabemos que él permanece en nosotros, por el Espíritu que nos ha dado". (1 Jn. 3, 21.24)

"Pongan en práctica la Palabra y no se contenten sólo con oírla, de manera que se engañen a ustedes mismos. El que oye la Palabra y no la practica, se parece a un hombre que se mira en el

espejo, pero en seguida se va y se olvida de cómo es. En cambio, el que considera atentamente la Ley perfecta, que nos hace libres, y se aficiona a ella, no como un oyente distraído, sino como un verdadero cumplidor de la Ley, será feliz al practicarla". (St. 1, 22-25)

"Y, aunque era Hijo de Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer. De este modo, él alcanzó la perfección y llegó a ser causa de salvación eterna para todos los que le obedecen". (Hb 5, 8-9)

"Él, que era de condición divina, no consideró esta igualdad con Dios como algo que debía guardar celosamente: al contrario, se anonadó a sí mismo, tomando la condición de servidor y haciéndose semejante a los hombres. Y presentándose con aspecto humano, se humilló hasta aceptar por obediencia la muerte y muerte de cruz. Por eso, Dios lo exaltó y le dio el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús, se doble toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua proclame para gloria de Dios Padre: "Jesucristo es el Señor". (Fil. 2, 6-11)

"Obedezcan con docilidad a quienes los dirigen, porque ellos se desvelan por ustedes, como quien tiene que dar cuenta. Así ellos podrán cumplir su deber con alegría y no penosamente, lo cual no les reportaría a ustedes ningún provecho.". (Hb. 13, 17)

2. PADRES DE LA IGLESIA

"Uno interrogó a abba Antonio, diciendo: "¿Qué debo observar para agrandar a Dios?". El anciano le respondió diciendo: "Guarda esto que te mando: adondequiera que vayas, lleva a Dios ante tus ojos; y cualquier cosa que hagas, toma un testimonio de las Sagradas Escrituras; y cualquiera sea el lugar que habitas no lo abandones prontamente. Observa estas tres cosas y te salvarás"". (San Antonio Abad).

Dijo abba Antonio: "Vi todas las trampas del enemigo extendidas sobre la tierra y dije gimiendo: ¿quién podrá pasar por ellas? Y oí una voz que me respondía: la humildad"". (Abad Antonio)

"Entró una vez abba Agatón en la ciudad para vender algunos objetos, y encontró en el camino a un leproso. El leproso le dijo: "¿Adonde vas?". Le respondió abba Agatón: "A la ciudad a vender los objetos". Le dijo: "Hazme la caridad y llévame hasta allí". Lo alzó y lo llevó a la ciudad. Entonces le dijo: "Déjame donde sueles vender tus artículos". Así lo hizo. Cuando vendió uno, le dijo el leproso: "¿Cuánto has vendido?". Respondió: "Tanto". Le dijo entonces: "Cómprame un dulce". Y se lo compró. Cuando hubo vendido todo lo que había llevado y quería ya irse, el leproso le preguntó: "¿Te vas?". Respondió: "Sí". Le dijo entonces: "Haz nuevamente una caridad y llévame al lugar donde me encontraste". Lo levantó y lo dejó en ese lugar. Entonces le dijo (el leproso): "Bendito seas, Agatón, por el Señor en los cielos y en la tierra". Levantó los ojos y no vio a nadie. Era un ángel del Señor que había sido enviado para probarlo". (S. Agaton)

"Preguntaron a abba Ammonas sobre el camino angosto y duro, y respondió: "El camino angosto y duro es éste: obligar a sus pensamientos y cortar las voluntades propias por Dios. Esto es también aquello de: Hemos dejado todo y te hemos seguido". (Abba Ammonas)

"Dijo uno de los ancianos que mientras visitaba san Basilio un monasterio, después de hacer la debida exhortación (a los hermanos),preguntó al hegúmeno: "¿Tienes aquí un hermano obediente?". Le respondió: "Todos son servidores tuyos, señor, y desean salvarse". Le dijo nuevamente: "¿Tienes alguno que sea en verdad obediente?". Le trajo entonces a uno de los hermanos, y san Basilio lo utilizó en el servicio de la mesa. Después de comer trajo (agua) para que se lavase, y san Basilio le dijo: "Ven, también yo te daré (agua) para que te laves". Aceptó que le echara el agua. Y dijo (Basilio): "Cuando entre en el santuario, acércate para que te ordene de diácono". Después de hacerlo, lo ordenó también de presbítero, y lo tomó consigo en la casa episcopal, a causa de su obediencia." (Basilio el Grande)

"«Cuando la lluvia se pone como significando algún mal, se toma por la superstición nebulosa. Los rumores de los hombres se comparan a los vientos, el río a las concupiscencias de la carne, como que corren por la tierra. El que es inducido por las prosperidades es quebrantado por la adversidad, lo cual no teme el que tiene edificada su casa sobre piedra, esto es, el que no sólo escucha los preceptos del Señor, sino que también los practica. Mas se expone a peligro en todas estas cosas aquel que oye y no obra. Ninguno afirma en sí lo que percibe de Dios, ni lo oye, sino practicándolo. Debe considerarse que cuando dijo: “Y todo el que oye estas mis palabras”, bien manifiesta que estas palabras comprenden todos los preceptos en que se funda toda la vida del cristiano, para que con razón los que quieran vivir según ellas sean comparados a los que edifican sobre piedra.»". (S.Agustín)

"El camino del Reino de los Cielos es la obediencia al designio de Dios, no el repetir su nombre. Es necesario que pongamos de nuestra parte algo, como puede ser el querer el bien, evitar lo malo, y que hagamos con más gusto lo que el Señor quiere, que aquello que nos agrada, para que así podamos alcanzar la gloria". (S. Hilario)

"Quienes suplicamos el cumplimiento de su voluntad, pedimos seguir aquel estilo de vida celeste, de modo que queramos lo que Dios quiere. Notad la ilación de las palabras del Señor. Nos ha dicho que deseemos los bienes por venir y que apresuremos el paso en nuestro camino hacia el cielo; pero, mientras el camino no termina, quiere que, viviendo aún en la tierra, llevemos ya vida de cielo. Es necesario, nos dice, que deseéis el cielo y los bienes del cielo; sin embargo, antes de llegar al cielo, haced de la tierra un cielo y, aun viviendo en la tierra, todo lo que hagáis y digáis sea como si ya estuvierais en el cielo. Como esto no puede ser obra de nuestro esfuerzo, sino de la gracia divina, suplicamos al Padre: hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". (S. Juan Crisóstomo)

«Cuando estos pensamientos hayan ya purificado la mirada de nuestro corazón, en vez de andar según la amargura de nuestro espíritu nos dejaremos llevar del Espíritu de Dios y viviremos alegres,

sin preocuparnos ya de cuál sea la voluntad de Dios sobre nosotros, sino interesándonos más bien sobre cuál sea la voluntad divina en sí misma. Y, ya que en su voluntad está la vida, no podemos dudar lo más mínimo de que nada encontraremos que nos sea más útil y provechoso que aquello que concuerda con el querer divino. Por tanto, si en verdad queremos conservar la vida de nuestra alma, procuremos con solicitud no desviarnos en lo más mínimo de la voluntad de Dios. Y, cuando hayamos ya progresado algún tanto en la vida espiritual, guiados por el Espíritu Santo, que escudriña los más altos misterios de Dios, dediquémonos a contemplar cuán suave es el Señor y cuán bueno es en sí mismo; y con el profeta supliquémosle que nos manifieste cuál sea su voluntad, para que pongamos nuestra mansión no en nuestro pobre corazón humano, sino en su santo templo; así podremos repetir con el mismo profeta: Mi alma se acongoja, te recuerdo». (S. Bernardo, Abad)

3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Perfectae Caritatis

14. "Los religiosos por la profesión de la obediencia, ofrecen a Dios, como sacrificio de sí mismos, la consagración completa de su propia voluntad, y mediante ella se unen de manera más constante y segura a la divina voluntad salvífica. De ahí se deduce que siguiendo el ejemplo de Jesucristo, que vino a cumplir la voluntad del Padre, "tomando la forma de siervo", aprendió por sus padecimientos la obediencia, los religiosos, movidos por el Espíritu Santo, se someten en fe a los Superiores, que hacen las veces de Dios, y mediante ellos sirven a todos los hermanos en Cristo, como el mismo Cristo, por su sumisión al Padre, sirvió a los hermanos y dio su vida por la redención de muchos. De esta manera se vinculan más estrechamente al servicio de la Iglesia y se esfuerzan por llegar a la medida de la edad que realiza la plenitud de Cristo.

En consecuencia, los súbditos, en espíritu de fe y de amor a la voluntad de Dios, presten humilde obediencia a los Superiores, en conformidad con la Regla y las Constituciones, poniendo a contribución las fuerzas de inteligencia y voluntad y los dones de naturaleza y gracia en la ejecución de los mandatos y en el desempeño de los oficios que se les encomienden, persuadidos de que así contribuyen, según el designio de Dios, a la edificación del Cuerpo de Cristo. Esta obediencia religiosa no mengua en manera alguna la dignidad de la persona humana, sino que la lleva a la madurez, dilatando la libertad de los hijos de Dios.

Mas los Superiores, que habrán de dar cuenta a Dios de las almas a ellos encomendadas, dóciles a la voluntad divina en el desempeño de su cargo, ejerzan su autoridad en espíritu de servicio para con sus hermanos, de suerte que pongan de manifiesto la caridad con que Dios los ama.

Gobiernen a sus súbditos como a hijos de Dios y con respeto a la persona humana. Por lo mismo, especialmente, déjenles la debida libertad por lo que se refiere al sacramento de la penitencia y a la dirección de conciencia. Logren de los súbditos, que en el desempeño de

sus cargos y en la aceptación de las iniciativas cooperen éstos con obediencia activa y responsable. Por tanto, escuchen los Superiores con agrado a los súbditos, procurando que empeñen su actividad en bien del Instituto y de la Iglesia, quedando, no obstante, siempre a salvo su autoridad para determinar y mandar lo que debe hacerse.

Los Capítulos y Consejos cumplan fielmente la función que se les ha encomendado en el gobierno y en el modo que, respectivamente, les es propio, realicen la participación y preocupación de los miembros en pro de toda la comunidad".

Prebyterorum ordinis

15. "Entre las virtudes principalmente requeridas en el ministerio de los presbíteros hay que contar aquella disposición de alma por la que están siempre preparados a buscar, no su voluntad, sino la voluntad de quien los envió. Porque la obra divina, para cuya realización los tomó el Espíritu Santo, trasciende todas las fuerzas humanas y la sabiduría de los hombres, pues "Dios eligió los débiles del mundo para confundir a los fuertes" (1 Cor., 1, 27). Conociendo, pues, su propia debilidad, el verdadero ministro de Cristo trabaja con humildad, buscando lo que es grato a Dios, y como encadenado por el Espíritu, es llevado en todo por la voluntad de quien desea que todos los hombres se salven; voluntad que puede descubrir y cumplir en los quehaceres diarios, sirviendo humildemente a todos los que Dios le ha confiado, en el ministerio que se le ha entregado y en los múltiples acontecimientos de su vida.

Pero como el ministerio sacerdotal es el ministerio de la misma Iglesia, no puede efectuarse más que en la comunión jerárquica de todo el cuerpo. La caridad pastoral urge, pues, a los presbíteros que, actuando en esta comunión, consagren su voluntad propia por la obediencia al servicio de Dios y de los hermanos, recibiendo con espíritu de fe y cumpliendo los preceptos y recomendaciones emanadas del Sumo Pontífice, del propio obispo y de otros superiores; gastándose y agotándose de buena gana en cualquier servicio que se les haya confiado, por humilde y pobre que sea. De esta forma guardan y reafirman la necesaria unidad con sus hermanos en el ministerio, y sobre todo con los que el Señor constituyó en rectores visibles de su Iglesia, y obran para la edificación del Cuerpo de Cristo, que crece "por todos los ligamentos que lo nutren". Esta obediencia, que conduce a la libertad más madura de los hijos de Dios, exige por su naturaleza que, mientras movidos por la caridad, los presbíteros, en el cumplimiento de su cargo, investigan prudentemente nuevos caminos para el mayor bien de la Iglesia, propongan confiadamente sus proyectos y expongan instantemente las necesidades del rebaño a ellos confiado, dispuestos siempre a acatar el juicio de quienes desempeñan la función principal en el régimen de la Iglesia de Dios.

Los presbíteros, con esta humildad y esta obediencia responsable y voluntaria, se asemejan a Cristo, sintiendo en sí lo que en Cristo Jesús, que "se anonadó a sí mismo, tomando la forma de siervo..., hecho obediente hasta la muerte" (Fil., 2, 7-9). Y con esta obediencia venció y reparó la desobediencia de Adán, como atestigua el apóstol: "Por la desobediencia de un hombre muchos fueron hechos pecadores; así también, por la obediencia de uno muchos serán hechos justos" (Rom., 5, 19). "

Redemptionis donum (Juan Pablo II)

13. " Cristo "a pesar de tener la forma de Dios, no reputó como botín (codiciable) el ser igual a Dios, antes se anonadó, tomando la forma de siervo, haciéndose semejante a los hombres; y así, por el aspecto, siendo reconocido como hombre, se humilló, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz".

Tocamos aquí, en estas palabras de la Carta de Pablo a los Filipenses, la esencia misma de la Redención. En esta realidad está inscrita de modo primario y constitutivo la obediencia de Jesucristo. Confirman también este dato otras palabras del Apóstol, entresacadas esta vez de la Carta a los Romanos: "Pues como, por la desobediencia de un solo hombre, muchos se constituyeron en pecadores, así también, por la obediencia de uno, muchos se constituirán en justos".

El consejo evangélico de la obediencia es la llamada que brota de esta obediencia de Cristo "hasta la muerte". Los que acogen esta llamada, expresada mediante la palabra "sígueme", deciden —como afirma el Concilio— seguir a Cristo "que... redimió y santificó a los hombres por la obediencia hasta la muerte de Cruz". Al realizar el consejo evangélico de la obediencia, ellos alcanzan la esencia profunda de la economía total de la Redención. Al llevar a cabo este consejo desean conseguir una participación especial en la obediencia de aquel "uno", a través de cuya obediencia todos "se constituirán en justos".

Por consiguiente, se puede decir que los que deciden vivir según el consejo de la obediencia se ponen de modo particular entre el misterio del pecado y el misterio de la justificación y de la gracia salvífica. Se encuentran en este "lugar" con todo el fondo pecaminoso de la propia naturaleza humana, con toda la herencia del "orgullo de la vida", con toda la tendencia egoísta a dominar y no a servir, y se deciden precisamente a través del voto de obediencia a transformarse a semejanza de Cristo, que "redimió y santificó a los hombres por la obediencia". En el consejo de la obediencia desean encontrar su parte en la Redención de Cristo y su camino de santificación.

Este es el camino que Cristo ha trazado en el Evangelio, hablando muchas veces del cumplimiento de la voluntad de Dios, de su búsqueda incesante: "Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió y acabar su obra". "Porque no busco mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". "El que me envió está conmigo; no me ha dejado solo, porque yo hago siempre lo que es de su agrado". "Porque he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me envió". Este constante cumplimiento de la voluntad del Padre hace pensar también en aquella confesión mesiánica del salmista de la Antigua Alianza: "En el rollo del libro me está prescrito: hacer tu complacencia; Dios mío, (ello) me es grato, y tu Ley está en medio de mis entrañas".

Esta obediencia del Hijo —llena de gozo— alcanza su cenit en la Pasión y en la Cruz: "Padre, si quieres, aparta de mí este cáliz; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya". Desde el momento de la oración en Getsemaní la disponibilidad de Cristo a hacer la voluntad del Padre se llena hasta el límite del sufrimiento, se convierte en aquella obediencia "hasta la muerte y muerte de Cruz", de la que habla San Pablo.

A través del voto de obediencia las personas consagradas deciden imitar con humildad de un modo especial la obediencia del Redentor. Aunque, en efecto, la sumisión a la voluntad de

Dios y la obediencia a su ley sean para todo estado condición de vida cristiana, sin embargo en el "estado religioso", en el "estado de perfección", el voto de obediencia establece en el corazón de cada uno de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, el deber de una particular referencia a Cristo "obediente hasta la muerte". Y dado que esta obediencia de Cristo constituye el núcleo esencial de la obra de la Redención, como resulta de las palabras del Apóstol citadas anteriormente, por eso mismo, al cumplir el consejo evangélico de la obediencia, se debe percibir también un momento particular de aquella "economía de la Redención", que envuelve vuestra vocación en la Iglesia.

De aquí brota esa "disponibilidad total al Espíritu Santo", que actúa ante todo en la Iglesia, como expresa mi Predecesor Pablo VI en la Exhortación Apostólica Evangelica testificatio, pero que igualmente se manifiesta en las Constituciones de vuestros Institutos. De aquí brota aquella sumisión religiosa que en espíritu de fe las personas consagradas demuestran a los propios Superiores legítimos, que ocupan el puesto de Dios[82].

En la Carta a los Hebreos encontramos una indicación muy significativa sobre este tema: "Obedeced a vuestros jefes y estadles sujetos, que ellos velan sobre vuestras almas, como quien ha de dar cuenta de ellas". Y el Autor de la misma Carta añade: "obedeced... para que lo hagan con alegría y sin gemidos, que esto sería para vosotros sin utilidad".

Los Superiores, por su parte, recordando el deber que tienen de ejercitar en espíritu de servicio la potestad conferida a ellos mediante el ministerio de la Iglesia, se muestren siempre disponibles a escuchar a sus propios hermanos, para poder discernir mejor lo que el Señor exige a cada uno, manteniendo firmemente la autoridad que tienen de decidir y de mandar lo que consideren oportuno.

Igualmente, a la sumisión-obediencia entendida de este modo se une la actitud de servicio, que conforma toda vuestra vida según el ejemplo del Hijo del hombre, el cual "no ha venido a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos". Y su Madre, en el momento decisivo de la Anunciación-Encarnación, penetrando desde el comienzo en toda la economía salvífica de la Redención, dijo: "He aquí la sierva del Señor; hágase en mí según tu palabra".

Recordad también, queridos Hermanos y Hermanas, que la obediencia a la que os habéis comprometido, consagrándoos sin reserva a Dios mediante la profesión de los consejos evangélicos, es una particular expresión de la libertad interior, como una definitiva expresión de la libertad de Cristo fue su obediencia "hasta la muerte": "yo doy mi vida para tomarla de nuevo. Nadie me la quita, soy yo quien la doy de mí mismo".

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa

15. "Los votos son también, en concreto, tres maneras de comprometerse a vivir como Cristo vivió, en sectores que abrazan toda la existencia: posesiones, afectos, autonomía. Cada uno pone de relieve una relación con Jesús, consagrado y enviado. El fue rico, pero se hizo pobre por nuestra salvación, despojándose de todo y no teniendo donde reclinar su cabeza. Amó con un corazón indiviso, universalmente y hasta el fin. Vino a hacer la voluntad del Padre

que le envió, y lo hizo permanentemente, «aprendiendo la obediencia por el sufrimiento y convirtiéndose en causa de salvación para todos los que obedecen » (Hb 5, 8).".

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

91. "La tercera provocación proviene de aquellas concepciones de libertad que, en esta fundamental prerrogativa humana, prescinden de su relación constitutiva con la verdad y con la norma moral. En realidad, la cultura de la libertad es un auténtico valor, íntimamente unido con el respeto de la persona humana. Pero, ¿cómo no ver las terribles consecuencias de injusticia e incluso de violencia a las que conduce, en la vida de las personas y de los pueblos, el uso deformado de la libertad? Una respuesta eficaz a esta situación es la obediencia que caracteriza la vida consagrada. Esta hace presente de modo particularmente vivo la obediencia de Cristo al Padre y, precisamente basándose en este misterio, testimonia que no hay contradicción entre obediencia y libertad. En efecto, la actitud del Hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad. Esto es lo que quiere expresar la persona consagrada de manera específica con este voto, con el cual pretende atestiguar la conciencia de una relación de filiación, que desea asumir la voluntad paterna como alimento cotidiano (cf. Jn 4, 34), como su roca, su alegría, su escudo y baluarte (cf. Sal 1817, 3). Demuestra así que crece en la plena verdad de sí misma permaneciendo unida a la fuente de su existencia y ofreciendo el mensaje consolador: « Mucha es la paz de los que aman tu ley, no hay tropiezo para ellos » (Sal 119118, 165)..
92. "Este testimonio de las personas consagradas tiene un significado particular en la vida religiosa por la dimensión comunitaria que la caracteriza. La vida fraterna es el lugar privilegiado para discernir y acoger la voluntad de Dios y caminar juntos en unión de espíritu y de corazón. La obediencia, vivificada por la caridad, une a los miembros de un Instituto en un mismo testimonio y en una misma misión, aun respetando la propia individualidad y la diversidad de dones. En la fraternidad animada por el Espíritu, cada uno entabla con el otro un diálogo precioso para descubrir la voluntad del Padre, y todos reconocen en quien preside la expresión de la paternidad de Dios y el ejercicio de la autoridad recibida de El, al servicio del discernimiento y de la comunión. a vida de comunidad es además, de modo particular, signo, ante la Iglesia y la sociedad, del vínculo que surge de la misma llamada y de la voluntad común de obedecerla, por encima de cualquier diversidad de raza y de origen, de lengua y cultura. Contra el espíritu de discordia y división, la autoridad y la obediencia brillan como un signo de la única paternidad que procede de Dios, de la fraternidad nacida del Espíritu, de la libertad interior de quien se fía de Dios a pesar de los límites humanos de los que lo representan. Mediante esta obediencia, asumida por algunos como regla de vida, se experimenta y anuncia en favor de todos la bienaventuranza prometida por Jesús a « los que oyen la Palabra de Dios y la guardan » (Lc 11, 28). Además, quien obedece tiene la garantía de estar en misión, siguiendo al Señor y no buscando los propios deseos o expectativas. Así

es posible sentirse guiados por el Espíritu del Señor y sostenidos, incluso en medio de grandes dificultades, por su mano segura (cf. Hch 20, 22s)".

La vida fraterna en comunidad

44. "La dimensión comunitaria de los consejos evangélicos. La profesión religiosa es expresión del don de sí mismo a Dios y a la Iglesia, pero, de un don vivido en la comunidad de una familia religiosa. El religioso no es sólo un «llamado» con una vocación individual, sino que es un «convocado», un llamado junto con otros con los cuales «comparte» la existencia cotidiana.

Se da una convergencia de «sí» a Dios que une a los distintos consagrados en una misma comunidad de vida. Los religiosos, consagrados juntos, unidos en el mismo «sí», unidos en el Espíritu Santo, descubren cada día que su seguimiento de Cristo «obediente, pobre y casto» se vive en la fraternidad, como los discípulos que seguían a Jesús en su ministerio: unidos a Cristo y, por lo tanto, llamados a estar unidos entre sí; unidos en la misión de oponerse proféticamente a la idolatría del poder, del tener y del placer(58).

De este modo, la obediencia liga y une las diversas voluntades en una misma comunidad fraterna, que tiene una misión específica que cumplir en la Iglesia.

La obediencia es un «sí» al plan de Dios, que ha confiado una peculiar tarea a un grupo de personas. Implica un vínculo con la misión; pero, también con la comunidad, que debe realizar aquí y ahora, y también juntos, su servicio; exige además mirar lúcidamente con fe tanto a los superiores que «desempeñan una tarea de servicio y de guía»(59) y deben tutelar la conformidad del trabajo apostólico con la misión. Y así, en comunión con ellos, se debe cumplir la voluntad de Dios, que es la única que puede salvar. "

Caminar desde Cristo

10. Es éste un tiempo en que el Espíritu irrumpe, abriendo nuevas posibilidades. La dimensión carismática de las diversas formas de vida consagrada, siempre en camino y nunca completada, prepara en la Iglesia, en comunión con el Paráclito, la llegada de Aquél que debe venir, de Aquél que es ya el porvenir de la humanidad en camino. Como María Santísima, la primera consagrada, por virtud del Espíritu Santo y por el don total de sí misma ha engendrado a Cristo para redimir a la humanidad con una donación de amor, así las personas consagradas, perseverando en la apertura al Espíritu creador y manteniéndose en la humilde docilidad, hoy están llamadas a apostar por la caridad, «viviendo el compromiso de un amor activo y concreto con cada ser humano».40 Existe un vínculo particular de vida y de dinamismo entre el Espíritu Santo y la vida consagrada, por eso las personas consagradas deben perseverar en la docilidad al Espíritu Creador. Él obra según el deseo del Padre en honor de la gracia que le ha sido dada en el Hijo querido. Y es el mismo Espíritu quien irradia el esplendor del misterio sobre la entera existencia, gastada por el Reino de Dios y el bien de multitudes tan necesitadas y abandonadas. También el futuro de la vida consagrada

se ha confiado al dinamismo del Espíritu, autor y dispensador de los carismas eclesiales, puestos por Él al servicio de la plenitud del conocimiento y actuación del Evangelio de Jesucristo.

Ecclesia in America (Juan Pablo II)

68. El encuentro con el Señor produce una profunda transformación de quienes no se cierran a Él. El primer impulso que surge de esta transformación es comunicar a los demás la riqueza adquirida en la experiencia de este encuentro. No se trata sólo de enseñar lo que hemos conocido, sino también, como la mujer samaritana, de hacer que los demás encuentren personalmente a Jesús: « Venid a ver » (Jn 4, 29). El resultado será el mismo que se verificó en el corazón de los samaritanos, que decían a la mujer: « Ya no creemos por tus palabras; que nosotros mismos hemos oído y sabemos que éste es verdaderamente el Salvador del mundo » (Jn 4, 42). La Iglesia, que vive de la presencia permanente y misteriosa de su Señor resucitado, tiene como centro de su misión « llevar a todos los hombres al encuentro con Jesucristo ».

Ella está llamada a anunciar que Cristo vive realmente, es decir, que el Hijo de Dios, que se hizo hombre, murió y resucitó, es el único Salvador de todos los hombres y de todo el hombre, y que como Señor de la historia continúa operante en la Iglesia y en el mundo por medio de su Espíritu hasta la consumación de los siglos. La presencia del Resucitado en la Iglesia hace posible nuestro encuentro con Él, gracias a la acción invisible de su Espíritu vivificante. Este encuentro se realiza en la fe recibida y vivida en la Iglesia, cuerpo místico de Cristo. Este encuentro, pues, tiene esencialmente una dimensión eclesial y lleva a un compromiso de vida. En efecto, « encontrar a Cristo vivo es aceptar su amor primero, optar por Él, adherir libremente a su persona y proyecto, que es el anuncio y la realización del Reino de Dios ».

El llamado suscita la búsqueda de Jesús: « Rabbí —que quiere decir, “Maestro”— ¿dónde vives? Les respondió: “Venid y lo veréis”. Fueron, pues, vieron dónde vivía y se quedaron con él aquel día » (Jn 1, 38-39). « Ese quedarse no se reduce al día de la vocación, sino que se extiende a toda la vida. Seguirle es vivir como Él vivió, aceptar su mensaje, asumir sus criterios, abrazar su suerte, participar su propósito que es el plan del Padre: invitar a todos a la comunión trinitaria y a la comunión con los hermanos en una sociedad justa y solidaria ». El ardiente deseo de invitar a los demás a encontrar a Aquél a quien nosotros hemos encontrado, está en la raíz de la misión evangelizadora que incumbe a toda la Iglesia, pero que se hace especialmente urgente hoy en América, después de haber celebrado los 500 años de la primera evangelización y mientras nos disponemos a conmemorar agradecidos los 2000 años de la venida del Hijo unigénito de Dios al mundo.

Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI)

17. En efecto, nadie ha visto a Dios tal como es en sí mismo. Y, sin embargo, Dios no es del todo invisible para nosotros, no ha quedado fuera de nuestro alcance. Dios nos ha amado primero, dice la citada Carta de Juan (cf. 4, 10), y este amor de Dios ha aparecido entre nosotros, se ha hecho visible, pues « Dios envió al mundo a su Hijo único para que vivamos por medio de él » (1 Jn 4, 9). Dios se ha hecho visible: en Jesús podemos ver al Padre (cf. Jn 14, 9). De hecho, Dios es visible de muchas maneras. En la historia de amor que nos narra la Biblia, Él sale a nuestro encuentro, trata de atraernos, llegando hasta la Última Cena, hasta el Corazón traspasado en la cruz, hasta las apariciones del Resucitado y las grandes obras mediante las que Él, por la acción de los Apóstoles, ha guiado el caminar de la Iglesia naciente. El Señor tampoco ha estado ausente en la historia sucesiva de la Iglesia: siempre viene a nuestro encuentro a través de los hombres en los que Él se refleja; mediante su Palabra, en los Sacramentos, especialmente la Eucaristía. En la liturgia de la Iglesia, en su oración, en la comunidad viva de los creyentes, experimentamos el amor de Dios, percibimos su presencia y, de este modo, aprendemos también a reconocerla en nuestra vida cotidiana. Él nos ha amado primero y sigue amándonos primero; por eso, nosotros podemos corresponder también con el amor. Dios no nos impone un sentimiento que no podamos suscitar en nosotros mismos. Él nos ama y nos hace ver y experimentar su amor, y de este « antes » de Dios puede nacer también en nosotros el amor como respuesta.

En el desarrollo de este encuentro se muestra también claramente que el amor no es solamente un sentimiento. Los sentimientos van y vienen. Pueden ser una maravillosa chispa inicial, pero no son la totalidad del amor. Al principio hemos hablado del proceso de purificación y maduración mediante el cual el eros llega a ser totalmente él mismo y se convierte en amor en el pleno sentido de la palabra. Es propio de la madurez del amor que abarque todas las potencialidades del hombre e incluya, por así decir, al hombre en su integridad. El encuentro con las manifestaciones visibles del amor de Dios puede suscitar en nosotros el sentimiento de alegría, que nace de la experiencia de ser amados. Pero dicho encuentro implica también nuestra voluntad y nuestro entendimiento. El reconocimiento del Dios viviente es una vía hacia el amor, y el sí de nuestra voluntad a la suya abarca entendimiento, voluntad y sentimiento en el acto único del amor. No obstante, éste es un proceso que siempre está en camino: el amor nunca se da por « concluido » y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo. *Idem velle, idem nolle*, querer lo mismo y rechazar lo mismo, es lo que los antiguos han reconocido como el auténtico contenido del amor: hacerse uno semejante al otro, que lleva a un pensar y desear común. La historia de amor entre Dios y el hombre consiste precisamente en que esta comunión de voluntad crece en la comunión del pensamiento y del sentimiento, de modo que nuestro querer y la voluntad de Dios coinciden cada vez más: la voluntad de Dios ya no es para mí algo extraño que los mandamientos me imponen desde fuera, sino que es mi propia voluntad, habiendo experimentado que Dios está más dentro de mí que lo más íntimo mío. Crece entonces el abandono en Dios y Dios es nuestra alegría (cf. Sal 73 [72], 23-28).

Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium* (Francisco)

3. Invito a cada cristiano, en cualquier lugar y situación en que se encuentre, a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso. No hay razón para que alguien piense que esta invitación no es para él, porque «nadie queda excluido de la alegría reportada por el Señor»[1]. Al que arriesga, el Señor no lo defrauda, y cuando alguien da un pequeño paso hacia Jesús, descubre que Él ya esperaba su llegada con los brazos abiertos. Éste es el momento para decirle a Jesucristo: «Señor, me he dejado engañar, de mil maneras escapé de tu amor, pero aquí estoy otra vez para renovar mi alianza contigo. Te necesito. Rescátame de nuevo, Señor, acéptame una vez más entre tus brazos redentores». ¡Nos hace tanto bien volver a Él cuando nos hemos perdido! Insisto una vez más: Dios no se cansa nunca de perdonar, somos nosotros los que nos cansamos de acudir a su misericordia. Aquel que nos invitó a perdonar «setenta veces siete» (Mt 18,22) nos da ejemplo: Él perdona setenta veces siete. Nos vuelve a cargar sobre sus hombros una y otra vez. Nadie podrá quitarnos la dignidad que nos otorga este amor infinito e inquebrantable. Él nos permite levantar la cabeza y volver a empezar, con una ternura que nunca nos desilusiona y que siempre puede devolvernos la alegría. No huyamos de la resurrección de Jesús, nunca nos declaremos muertos, pase lo que pase. ¡Que nada pueda más que su vida que nos lanza hacia adelante!.

8. Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?

Encíclica *Laudato Si* (Francisco)

240. Las Personas divinas son relaciones subsistentes, y el mundo, creado según el modelo divino, es una trama de relaciones. Las criaturas tienden hacia Dios, y a su vez es propio de todo ser viviente tender hacia otra cosa, de tal modo que en el seno del universo podemos encontrar un sinnúmero de constantes relaciones que se entrelazan secretamente. Esto no sólo nos invita a admirar las múltiples conexiones que existen entre las criaturas, sino que nos lleva a descubrir una clave de nuestra propia realización. Porque la persona humana más crece, más madura y más se santifica a medida que entra en relación, cuando sale de sí misma para vivir en comunión con Dios, con los demás y con todas las criaturas. Así asume en su propia existencia ese dinamismo trinitario que Dios ha impreso en ella desde su creación. Todo está conectado, y eso nos invita a madurar una espiritualidad de la solidaridad global que brota del misterio de la Trinidad.

4. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Constituciones 1874

En el voto de la obediencia «está el complemento de todas las virtudes», dice san Jerónimo. «Toda la perfección religiosa consiste en la práctica de la obediencia», según san Buenaventura. «El hombre obediente, dice el Espíritu Santo, cantará victoria». San Gregorio Magno infiere de esto que «. La obediencia conduce a la posesión y conservación de todas las demás virtudes» (Moral. 1, 35). Pero esta obediencia debe ser según el ejemplo de nuestro Salvador, que la practicó aun en las cosas más difíciles, hasta la muerte. También nosotros, si lo exigiere la gloria de Dios, debemos obedecer hasta dar la vida. «El se hizo para nosotros obediente hasta la muerte, y muerte en cruz» (Fil 2, 8)".

El apóstol san Pablo, al paso que encarece esta virtud, añade: «.Obedeced a vuestros superiores, sed sumisos a sus órdenes, porque (no los inferiores sino) los superiores deben velar como si debieran dar cuenta a Dios de las cosas que se refieren al bien de vuestras almas. Y sea vuestra obediencia pronta y voluntaria, a fin de que puedan cumplir su oficio de superiores con alegría y no entre suspiros y sollozos».

Notad bien que hacer sólo las cosas que nos agradan y complacen, no es verdadera obediencia, sino halago de la propia voluntad. La verdadera obediencia, que nos hace queridos de Dios y de los hombres, consiste en hacer de buena gana cualquier cosa de las que mandan nuestras Constituciones o nuestros superiores que están fiadores de nuestras acciones delante de Dios, pues «Dios ama al que alegremente da» (2 Cor 9, 7). Consiste asimismo en mostrarse sumiso aun en las cosas más difíciles y contrarias a nuestro amor propio, y en acometerlas con valor, aunque nos cuesten penas y sacrificios. La obediencia en estos casos es, a la verdad, más difícil, pero también mucho más meritoria, y nos conduce a la posesión del Reino de los Cielos, según estas palabras del Salvador: «El Reino de los Cielos padece -fuerza y los que se la hacen lo arrebatan» (Mt 11, 12).

Artículos sobre la obediencia (1874)

"1. El profeta David pedía al Señor que lo iluminase para poder cumplir su santa voluntad. Además, Nuestro Divino Salvador nos aseguró que él había venido a la tierra no a hacer su voluntad sino la del Padre Celestial. Esta es la finalidad del voto de obediencia, precisamente, que estemos más seguros de que hacemos la santa voluntad de Dios.

2. La virtud de la obediencia nos asegura que estamos haciendo la voluntad de Dios. Cada uno, por tanto, obedezca a su superior y lo considere en todo como un buen padre; obedézcale sin reservas, con prontitud, ánimo alegre y humildad; persuadido íntimamente de que en ese mandato expresa la misma voluntad de Dios.

3. Nadie se afane en pedir o rehusar cosa alguna. Si uno sabe que algo le es dañoso o necesario, manifiéstelo con reverencia al superior, quien cuidará de atender sus necesidades.

4. Tengan todos gran confianza en su superior; de ahí que es bueno que los socios den cuenta con frecuencia de su vida externa a los superiores mayores en especial. Cada cual con sencillez manifieste espontáneamente a los superiores las faltas externas contra las constituciones, así como su progreso en la virtud; de modo que pueda recibir de ellos consejos y ayuda y, si lo necesita, los avisos apropiados.

5. Obedezcan todos sin resistencia alguna de palabra, de obra, ni de corazón, de modo que no pierda el mérito de la virtud de la obediencia. Cuanto más repugne lo mandado al que lo ejecuta, tanto mayor mérito tendrá ante el Señor, si lo obedece.

Circular 9 junio 1867

Nuestra Sociedad será dentro de no mucho aprobada definitivamente y por eso necesitaría hablar con frecuencia a mis hijos amados. No pudiendo hacerlo personalmente lo haré al menos por carta. Comenzaré, pues, por decir algo en torno al fin principal de la Sociedad, y luego pasaremos a hablar otra vez de las observancias particulares de la misma.

El primer objeto de nuestra Sociedad es la santificación de sus miembros. Por ello cada uno al entrar se despoja de todo otro pensamiento, de toda otra solicitud. Quien entrase para llevar una vida tranquila, tener comodidad de proseguir sus estudios, librarse de la patria potestad o eximirse de la obediencia a algún superior, tendría un fin torcido y ya no seguiría aquel Sequere me del Salvador, pues seguiría su propia utilidad temporal, no el bien de su alma. Los Apóstoles fueron alabados por el Salvador y se les prometió un reino eterno, no porque dejaron el mundo, sino porque al abandonarlo se profesaban dispuestos a seguirle en las tribulaciones, como sucedió de hecho dando la vida en las fatigas, en la penitencia, en los sufrimientos, y sosteniendo el martirio por la fe.

Tampoco entra con buen fin o permanece en la Sociedad quien está persuadido de ser necesario a la misma. Que cada uno se lo grave bien en su corazón y en su mente: comenzando por el Superior general hasta el último de los socios, ninguno es necesario, en la Sociedad. Dios sólo debe ser la cabeza, el dueño absolutamente necesario. Por eso los socios han de dirigirse a su jefe, a su verdadero dueño, al remunerador, al que paga, a Dios y, por amor a él, deben todos inscribirse en la Sociedad; por su amor trabajar, obedecer, abandonar cuanto se tenía en el mundo para poder decir al Salvador al final de la vida, al que habíamos elegido por modelo: «Hemos dejado todo y te seguimos ¿qué sacaremos de ello?» (Mí 19, 27). Mientras decimos, que cada uno debe entrar en Sociedad movido por el sólo deseo de servir a Dios con mayor perfección y de hacerse el bien a sí mismo, se entiende hacerse el verdadero bien, bien espiritual y eterno. Quien se busca una vida cómoda, una vida acomodada, no entra con buen fin en la Congregación.

Ponemos como base la palabra del Salvador que dice: «Quien quiere ser mi discípulo, que vaya, venda cuanto tiene, se lo dé a los pobres y me siga». Pero ¿a dónde ir, a dónde seguirlo, si no tiene

un palmo de tierra donde reposar su cabeza? «Quien quiera ser mi discípulo,, dice el Salvador, me siga con la, oración, con la penitencia y en especial niéguese a sí mismo, tome su cruz de las tribulaciones diarias' y que me siga. «Abneget semetipsum, tollat crucem suam quotidie, et sequatur me». Pero ¿hasta cuándo seguirlo? Hasta la muerte y si fuese menester hasta una muerte de cruz. Esto es lo que hace en nuestra Sociedad quien gasta sus fuerzas en el sagrado ministerio, en la enseñanza o en cualquier ejercicio sacerdotal, hasta la muerte, incluso violenta de la cárcel, del destierro, de agua, de fuego, hasta que después de haber padecido o morir con Jesús en la tierra, pueda ir a gozar con El en el cielo.

Me parece que éste es el sentido de las palabras de san Pablo que dice a todos los cristianos: «Qui vult gaudere cum Christo, oportet pati cum Christo». El socio que entra con estas buenas disposiciones debe mostrarse sin pretensiones y acoger con placer cualquier oficio que se le asigne. Enseñanza, estudio, trabajo, predicación, confesión, en la iglesia, fuera de la iglesia, las ocupaciones más humildes deben aceptarse con alegría y prontitud de ánimo, porque Dios no mira la cualidad del oficio sino el fin de quien lo ejerce. Por tanto todos los oficios son igualmente meritorios a los ojos de Dios.

Mis queridos hijos, confiad en vuestros superiores; ellos tienen que rendir estrecha cuenta a Dios de vuestras obras; por eso estudian vuestra capacidad, vuestros gustos y disponen de todo de modo compatible con vuestras fuerzas, pero siempre como les parece que redundará a mayor gloria de Dios y ventaja de las almas.

Oh, si nuestros hermanos entraren en la Sociedad con estas disposiciones, nuestras casas se convertirían realmente en un paraíso terrenal. Reinará la paz y la concordia entre los individuos de cada familia; la caridad será el ropaje diario de quien manda; la obediencia y el respeto precederán las obras, los pasos y hasta los pensamientos de los superiores. Se tendrá en suma una familia de hermanos recogidos en torno a su padre para promover la gloria de Dios sobre la tierra y para ir luego un día al cielo y amarlo y alabarlo en la inmensa gloria de los bienaventurados.

Sueño de los Diez diamantes

El 10 de septiembre del corriente año de 1881, día que la Iglesia consagra al glorioso nombre de María, estaban los salesianos de ejercicios espirituales, en San Benigno Canavese.

En la noche del 10 al 11, mientras dormía, creí hallarme paseando en una gran sala, magníficamente adornada, con los directores de nuestras casas, cuando apareció entre nosotros un hombre de tan majestuoso aspecto que no podíamos fijar en él la mirada.

Habiéndonos observado en silencio, se puso a caminar a poca distancia nuestra. El personaje estaba vestido cfe la siguiente manera: Un rico manto le cubría el cuerpo a manera de capa. En la parte más cercana al cuello llevaba una banda anudada por delante, con una cinta que le caía sobre el pecho. En la banda se leía escrito con brillantes caracteres: Sociedad Salesiana, año 1881, y en la cinta: Deber ser. Lo que apenas nos permitía mirar al augusto personaje eran diez diamantes de tamaño y esplendor extraordinarios. Tres de estos diamantes los tenía sobre el pecho. En uno estaba escrito: Fe; en otro, Esperanza, y en el tercero, colocado sobre el corazón, Caridad. Sobre los hombros llevaba otros dos diamantes. En el del hombro derecho se leía, Trabajo v, en el del izquierdo, Templanza.

Los cinco diamantes restantes adornaban la parte posterior del manto dispuestos en el siguiente

orden: Uno, el más grande y refulgente, estaba en medio, como centro de un cuadrilátero y tenía escrito, Obediencia. Sobre el primero, colocado a la derecha, se leía: Voto de pobreza. Sobre el segundo, puesto en el mismo lado, pero más abajo, Premio. En el tercero, colocado a la izquierda, Voto de castidad. El resplandor que irradiaba este diamante era tal que fascinaba y atraía la vista como el imán al hierro. El cuarto, colocado también a la izquierda, pero más abajo, llevaba grabada la palabra, Ayuno. Estos cuatro diamantes dirigían sus rayos luminosos hacia el diamante del centro. Todos estos diamantes despedían rayos que se elevaban a manera de pequeñas llamas en las que se leían diversas sentencias.

En los rayos del diamante de la Fe, estaba escrito: Armaos con el escudo de la fe, para que podáis combatir contra las asechanzas del diablo. En otro rayo se decía: La fe sin obras está muerta. No los que oyen la ley de Dios poseerán su reino, sino los que la cumplen.

En los rayos de la Esperanza: Confiad en Dios, no en los hombres. Estén vuestros corazones siempre fijos dónde existen los verdaderos goces.

En los rayos de la Caridad: Si queréis cumplir la ley divina, ayudaos los unos a los otros. Amad y seréis amados. Pero amad vuestras almas y las de los vuestros. Récese devotamente el Oficio divino. Celébrese atentamente la misa. Visítese amantísimamente a Jesús Sacramentado.

En el diamante del Trabajo: Remedio de la concupiscencia. Arma poderosa contra todas las insidias del diablo.

En el diamante de la Templanza: Si quitas la leña, se acaba el fuego. Haz pacto con tus ojos, con la gula y con el sueño, para que estos enemigos no perjudiquen a vuestras almas. La intemperancia y la castidad no pueden vivir juntas.

En el diamante de la obediencia: Fundamento del edificio espiritual y compendio de santidad.

En los rayos de la Pobreza: De los pobres es el reino de los cielos. Las riquezas son espinas.

La pobreza no consiste en palabras, sino en afectos y obras. Ella nos abrirá el reino de los cielos y entrará.

En los rayos de la Castidad: Todas las virtudes vienen con ella. Los limpios de corazón comprenden los arcanos divinos y verán al mismo Dios.

En los rayos del Premio: Si te deleita la grandeza del premio, que no te espante la multitud del trabajo. El que conmigo padece, conmigo gozará. Momentáneo es lo que padecemos en la tierra y eterno lo que deleitará a mis amigos en el cielo.

En los rayos de Ayuno: Arma potentísima contra las asechanzas del enemigo. Custodio de todas las virtudes. Con el ayuno se vence todo género de demonios.

Capítulos Generales

Capítulo General 21

Hablando de la obediencia, el XX CGE había «pedido a la Congregación una renovación en la práctica de la obediencia, que estuviera en armonía, de una parte, con el valor sobrenatural de la obediencia misma, y, de otra, con los nuevos modos de practicarla, ya sea en el que tiene que

obedecer como en quien ejercita la autoridad». «Hay en los hermanos una gran disponibilidad: la mayor parte de los salesianos, aun en casos en que la obediencia se hace heroica (...) demuestra una disponibilidad edificante, fruto de amor y de fe. Aprovecho la ocasión para expresar a estos generosos hermanos toda la gratitud de la Congregación. Mientras tengamos en nuestras filas hombres tales, podemos mirar con esperanza y confianza al mañana» .

La credibilidad del testimonio exige que se viva la substancia de la fe como obediencia a Dios y como participación personal en la muerte y en la vida de Cristo, y se reconozca la necesidad de mediaciones para llegar hasta El: la mediación de la Iglesia, de los hombres, de la fraternidad. Todo esto dentro del espíritu y formas renovadas de las relaciones de la vida comunitaria y de la obediencia, el dialogo, la corresponsabilidad y la colaboración a todos los niveles.

En materia de obediencia, como de pobreza y castidad, es, por tanto, necesario que las comunidades estudien en profundidad las experiencias de fe de la vida religiosa, mediante la cual, «encuentra en Cristo la razón de su misma existencia y, en el testimonio del misterio pascual al mundo, el motivo de su cualificado servicio a los hermanos, especialmente a los jóvenes pobres y abandonados, según el carisma de Don Bosco» .

Capítulo General 25

34. Centralidad de la obediencia

La comunidad favorece una profunda vida en el Espíritu, el sentido de la misión y una eficaz inserción de cada hermano en el proyecto pastoral y educativo comunitario:

- promoviendo el diálogo entre sus miembros, por medio de la asamblea comunitaria, el día de la comunidad, los encuentros del Consejo local; y sirviéndose también, cuando sea necesario, de oportunos asesoramientos;
- implicando más eficazmente a todos los hermanos en el núcleo animador de la CEP y en la elaboración y aplicación del PEPS;
- orientando a los hermanos, en su opción de cualificación profesional, a tener en cuenta las necesidades de la Inspectoría, en diálogo con el Inspector;
- relanzando la práctica del coloquio fraterno con el director, centro de unidad y de orientación pastoral para todos los hermanos.

64

- El director, según el modelo de Don Bosco, «sea una figura paterna, afectuosa y de autoridad al mismo tiempo....Profundamente marcado por el carácter sacerdotal, lo traduce cotidianamente en el ministerio de la palabra, de la santificación y de la animación».
- La primera incumbencia del director es animar a la comunidad en la caridad («hazte amar»), prestando atención a los hermanos, particularmente a los más frágiles y a los que están en formación inicial. El ejercicio de su ministerio, en la situación actual, exige que tenga en cuenta la importancia jerárquica de sus funciones: servidor de la unidad y de la identidad salesiana, maestro y guía pastoral, orientador de los compromisos educativos, gestor de la obra.

- El director «vive en una visión de fe, que se traduce en la certeza de haber recibido del Señor todo lo que puede ayudar a la comunidad. Por consiguiente, vive en la oferta gozosa de sus propias posibilidades y en la tranquilidad frente a sus límites de temperamento o de capacidad». Goza de la confianza de los hermanos de la casa y de la Inspectoría y es aceptado no sólo por lo que hace, sino, sobre todo, por lo que es y representa.
- Ante la multiplicidad y delicadeza de los deberes del director, es de importancia fundamental garantizarle una buena preparación previa y continua, mediante metodologías y contenidos útiles a su disposición.

65

Se propone:

Ámbito inspectorial

- El Inspector asegura encuentros regulares de los directores para la formación, el intercambio de información y para ponerse de acuerdo sobre las actividades y la animación inspectoriales.
- En ámbito inspectorial o regional, se organizan cursos de preparación y de puesta al día para los directores.

Ámbito local

- La comunidad, con la coordinación del director, al inicio del año, elabora el proyecto comunitario anual, donde director y hermanos expresan sus propias expectativas, comparten objetivos y criterios de acción y programan los momentos comunes.
- El director, además del apoyo del Inspector, sea ayudado y sostenido por una figura válida de vicario y por la colaboración continua de su Consejo.
- El director, sensible a las necesidades de los hermanos y en diálogo con ellos, se compromete a favorecer y promover el modo más oportuno de tener el «coloquio», dispuesto a dar el primer paso.
- El director, con la ayuda del Inspector, trata de asegurarse una preparación adecuada, contando también con la ayuda de las ciencias humanas.

Capítulo General 26

3. Identidad carismática y pasión apostólica

Profundizando el itinerario espiritual de Don Bosco y reviviendo hoy su pasión apostólica, nos sentimos llamados a hacer resplandecer la fascinación de su carisma, a mostrar su belleza, a comunicar su fuerza de atracción. Esto nos compromete a desarrollar un testimonio visible y creíble de nuestra vocación, un radical seguimiento de Cristo, un fuerte sentido de pertenencia a la Iglesia, a la Congregación y a la Familia Salesiana, una clara percepción de nuestra identidad espiritual y pastoral. Sin una propuesta carismática, cautivadora y comprometedora, es difícil el proceso de identificación vocacional.

Todo salesiano está llamado a mirar al corazón de Cristo, buen pastor y apóstol del Padre, y a ponerse en su seguimiento, tras el ejemplo de Don Bosco, con un estilo de vida obediente, pobre y casto. De este modo se dedica a los jóvenes con generosidad, vive con alegría su vocación en la comunidad y encuentra así el camino de la santidad.

Don Bosco, que entrega las Constituciones a Don Juan Cagliero, antes de partir para la Patagonia, nos indica el modo para construir hoy la “copia en limpio” de la Congregación: ser fieles a él a través de la observancia convencida de nuestra Regla de vida. Y la cruz que se nos entrega en la profesión perpetua, con las imágenes que lleva impresas, nos invita a consumir la vida con los jóvenes y para los jóvenes hasta el último aliento, asumiendo la invitación de Don Bosco a todo salesiano: trata de hacerte amar..

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

Seguir a Cristo obediente

92. La obediencia al Padre es para Jesús la síntesis de su vida, que se expresa en el misterio pascual. Revela su identidad de Hijo y, juntamente, de Siervo, mostrándolo unido de modo absolutamente único al Padre y totalmente dócil a Él. A la consagración por parte del Padre, Él corresponde con su total disponibilidad para la misión de salvación.

Para el salesiano, una de las razones principales de la prioridad de la obediencia - Don Bosco decía «en una Congregación la obediencia lo es todo» - hay que buscarla en la particular importancia que tiene la “misión” en su vida , y específicamente en su forma comunitaria . La obediencia lo hace plenamente disponible para el servicio de los jóvenes.

En el actual contexto cultural, que exalta la autorrealización y el protagonismo individual, el discípulo de Cristo obediente perfecciona la propia libertad de consagrado, poniendo toda su persona al servicio de la misión común con iniciativa, responsabilidad y docilidad, y evitando toda forma de individualismo.

93. Para vivir la experiencia de la obediencia el salesiano presta atención a algunas actitudes:

- se esfuerza en operar en sí mismo el difícil pasaje de lo que a él le agrada a “lo que agrada al Padre”, conformándose a los sentimiento de Cristo;
- busca la voluntad del Padre a través de la oración y de las legítimas mediaciones - el diálogo comunitario, el discernimiento pastoral, la atención a las situaciones concretas y a los signos de los tiempos, el coloquio fraterno con el superior -, y la cumple con plena dedicación;
- acoge con plena libertad las Constituciones como su proyecto de vida y de santidad y acepta con docilidad las indicaciones de la Iglesia y de los Pastores, las orientaciones de la Congregación a través de los Capítulos Generales, las intervenciones del Rector Mayor y de los demás superiores;

- cumple sus obligaciones con generosidad y creatividad, invirtiendo todos sus dones en el servicio de la misión;
- asume en primera persona la misión de la obra a la que es enviado, está abierto al diálogo y a la corresponsabilidad en la comunidad, obra en sintonía con el proyecto común, y lo sirve según el propio rol y en el respeto del aporte de los demás;
- vive la obediencia en el ejercicio de los roles de autoridad y gobierno, cumpliéndolos con el estilo de la animación, favoreciendo la colaboración y la convergencia operativa, estimulando el sentido de la misión común, sabiendo intervenir con bondad y coraje;
- cuando la obediencia exige difíciles pruebas de amor, tiene presente a Jesús, Hijo obediente del Padre . Recuerda las palabras de Don Bosco: «Habrá alguna regla que desagrada, algún cargo u otra cosa que nos repugna; no nos dejemos desalentar, venzamos esa disposición desfavorable del ánimo por amor a nuestro Señor Jesucristo y al premio que nos espera... Haciendo así, vendrá luego la verdadera obediencia».

108. Cada hermano participe en la elaboración del proyecto educativo-pastoral salesiano local e inspectorial y se haga idóneo al trabajo de conjunto.

109. «Todo hermano, fiel a la recomendación de Don Bosco, mantiene contacto frecuente con su superior por medio del coloquio fraterno». «Los hermanos que están en la formación inicial tendrán una vez al mes, con el superior, el coloquio previsto por el artículo 70 de las Constituciones».

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Aquí estoy para hacer tu voluntad (ACS 375 2001)

4. Una obediencia para la hora presente.

4.1. Nuestra vocación es una obediencia “en formación”.

Se ha escrito que “toda vocación es matutina”, porque somos llamados a comenzar cada jornada - y así toda la vida - gritando a nuestro Señor: Aquí estoy .

Se trata de una vocación que, en su estadio de plena madurez, es posible reconocer bastante más como una obediencia a la llamada del Señor, que como la realización de un deseo nuestro, legítimo en sí mismo, tal vez, pero incapaz, por sí solo, de sostener nuestro camino a larga distancia.

La llamada del Señor se manifiesta con bastante frecuencia a través del íntimo y gozoso atractivo interior hacia el carisma de un gran Fundador, que vive en la Iglesia a través de sus hijos y sus hijas. Es una moción del Espíritu, que abre un horizonte y anima dulcemente a nuestro yo asustado, a decir, con serena confianza, su sí. Algo semejante ha sucedido en nuestra vida, en los días de nuestra opción vocacional , pero sigue sucediendo cada día, a través de la gracia de la perseverancia.

El compromiso de nuestra vida sigue siendo, pues, el de crecer en la calidad de nuestra obediencia vocacional, apuntando a la meta de una obediencia madura, libre y gozosa. La cosa no está asegurada: vemos, en efecto, obediencias vocacionales florecidas hasta la santidad, y otras, ¡lástima!, aflojarse hasta la insignificancia.

Nuestra historia ha conocido, muchas veces, el peligro que ciertos modos de vivir la obediencia llevasen a formas infantiles de dependencia, de delegación de la propia responsabilidad, de incapacidad para asumir funciones de riesgo y de gobierno. Ahora el panorama se presenta algo modificado. Las insidias a la plenitud de la obediencia evangélica y vocacional vienen, sobre todo, de otras fuentes.

Pueden derivarse de una enfatización de la autonomía de la conciencia, separada de la propia comunidad o de la dimensión que fundamenta su misma dignidad, que es la búsqueda asidua del Proyecto y de la presencia de Dios en nuestra vida.

A veces, daña también una actitud antiinstitucional - que tiene muchas raíces en la cultura corriente - por la que la autoridad es concebida más como un peligro que como una ayuda, más como concurrencia que como colaboración, más como adversario - tanto más insidioso cuanto más correcto - que como interlocutor, más como un poder enemigo del que hay que defenderse, que como una gracia de la que sacar fruto.

En algunos ambientes puede estar difundida una mentalidad que atribuye escasa estima a la Regla, a la tradición y a la disciplina religiosa, no ya aceptadas como esfuerzos eclesiales para actualizar el Evangelio, sino juzgadas más bien como restos obsoletos y engorrosos de un pasado que ya no existe.

Siguiendo particulares dinámicas sociales, se puede haber abierto camino una lectura funcionalista y secular de la autoridad en la Iglesia y en la vida religiosa, que impide reconocer, en la fe, las “mediaciones” que, aunque imperfectamente, nos ponen en contacto con el Misterio de Dios.

También la ausencia y la debilidad del ejercicio de la autoridad religiosa - que puede resultar un tácito mensaje sobre su insignificancia, lanzado por quien está precisamente llamado a darle espesor humano y evangélico - pueden haber disminuido la alegría y la eficacia de la obediencia religiosa, a la que Don Bosco atribuía gran importancia para dar serenidad a la vida salesiana .

Es deber de todos los responsables de la formación (inicial y permanente) elaborar una “pedagogía de la obediencia”, que esté sólidamente centrada en Cristo (“haced cuanto él os diga”): pero también capaz de tener presente la época nueva, en la que estamos llamados a vivir, cambiando lo que se deba cambiar, pero sin correr el peligro de tirar, junto con el agua sucia, también al bebé.

Hay aspectos humanos de la personalidad, que deben ser educados para hacer posible la práctica serena de la obediencia. La carga emotiva y agresiva, que caracteriza nuestra cultura, podría estimular actitudes “fusionales” (de entrar de nuevo en el habitat confortable del seno materno), que serían un serio handicap para la maduración de la obediencia adulta. Es necesario ayudar a vivir de forma equilibrada la tensión entre dependencia (que se expresa en la necesidad de

aprobación, de afiliación, de seguridad) e independencia (que supone confianza en los propios recursos, apertura al riesgo y a la responsabilidad, capacidad de cargar con la cruz y con el fracaso...).

Hace falta estimular una suficiente autonomía, para realizar las relaciones fraternas y sociales y para integrarse en forma positiva en grupos de trabajo y de comunicación, respirando aquella “espiritualidad de la relación”, de que habla el CG24 .

Cada uno debe entrar por el camino de la autenticidad, sabiendo definirse y colocarse con razones no improvisadas, ni abrazadas por mera pereza o espíritu de componenda, ni calladas por temor a tener que afrontar la contradicción o la soledad; sino maduras en un atento y cuidado camino de fe.

La nueva edición de la Ratio Fundamentalis, recientemente promulgada por el Rector Mayor con su Consejo, podrá, entre otras cosas, trazar itinerarios e indicar procesos, orientados a la adquisición de estos objetivos.

Al mismo tiempo se deben robustecer algunas actitudes espirituales.

Es fundamental la lectura de fe de los acontecimientos de la propia vida, que ayuda a reconocer que también “en las cañadas oscuras” no hay que temer ningún mal y que, a través de mil eventos aparentemente casuales, es Él quien teje para cada uno una trama de salvación.

El descubrir en el carisma salesiano una gracia personal , que el Señor nos ofrece y que ha preparado para nosotros, será fuente de alegría y de serenidad; nos permitirá activar el “registro de la confessio fidei” , que - partiendo del reconocimiento de un don recibido - sostiene el entusiasmo, que hace conocer su valor. De ahí saldrá una evangelización vocacional por contagio, que es la más eficaz, en la época y en el mundo en que vivimos.

Una asimilación correcta de la “espiritualidad de la encarnación” servirá de ayuda para asumir serenamente la presencia de las mediaciones, “como intérpretes diarios de la voluntad de Dios” . Arraigadas en la Iglesia, sacramento universal de salvación , ellas nos aportan, dentro de la humildad del signo, la posibilidad de un contacto real con Dios. Mientras nos invitan a vivir como si viéramos al Invisible , nos hacen más familiar el Misterio de Dios, que sabe acercarse a todo hombre, y nos ayudan a poner toda la realidad creatural en una red de gracia, que envuelve nuestra vida, para salvarla.

Iglesia y sacramentos, Fundadores y carismas, Reglas y comunidad, Obispos y superiores, el mundo de la naturaleza y el de la historia, son vehículos de gracia que nos comunican algo de Dios, de Su Misterio de proximidad y de escondimiento. Pero, entre todas las mediaciones, la más noble y elocuente es siempre el hombre, creado a imagen de Dios; y, entre los hombres, aquellos que han recibido mandato y vocación de ser, de modo peculiar, signos de Él, en su calidad de pastores. Acoger la mediación significa comprender y realizar una de las formas de la recapitulación de todas las cosas en Cristo , transfigurando el mundo con la luz de nuestra fe, mientras corremos hacia Él, con alegría de hijos, gritándole “Maranatha”.

A veces, Don Bosco distinguía entre obediencia “personal” y obediencia “religiosa”, subrayando la calidad superior de la segunda, no dictada por la sola simpatía o por las cualidades humanas de la persona del superior de turno, sino, sobre todo, por la acogida de una mediación, reconocida en la fe. De aquí vendrá la libertad y la paz, en el acto de poner nuestra confianza en Dios y en las personas que Él nos ha dado como guías en el camino. Juan XXIII lo expresaba en su lema: Oboedientia et pax.

4.2. Una pedagogía de la obediencia.

La “pedagogía de la obediencia”, a la que he aludido, está llamada a fermentar la vida práctica y a iluminarla, arraigando las actitudes sugeridas en la humilde y sufrida concreción de la vida cotidiana. Error fundamental sería presentar la obediencia como un yugo pesado, tratándose de la amable voluntad del Padre.

En particular, se ve necesario – ya en los ambientes formativos, pero también en todas las casas, especialmente ante opciones de responsabilidad – iniciar el aprendizaje y el ejercicio del discernimiento comunitario, en el espíritu de los artículos 44 y 66 de las Constituciones: en clima de oración y de escucha recíproca, bajo una guía atenta para valorizar todos los recursos y para crear espacio para cada persona. Se trata de recoger todos los datos que iluminan la evaluación de un problema, de individuar los criterios de lectura más decisivos, de sacar las conclusiones operativas más urgentes. Es un contexto en el que la obediencia se esfuerza por dar una mirada de fe capaz de leer “los signos de los tiempos”, abre el oído a la palabra y al corazón del hermano, sabe dar la propia aportación, con humildad y con alegría, para realizar la decisión, que concluye el momento de la búsqueda en común. Y en esto utiliza también todos los recursos de la razón. El discernimiento requiere esto y no se puede prescindir de ello.

Hay que dar una ayuda personalizada para educar a resolver determinados conflictos, que tocan la esfera de la obediencia. El caso más serio es el de un conflicto entre obediencia y conciencia personal. Se pueden encontrar, a veces, situaciones complejas – incluso dramáticas – que requieren caminos de calma y de clarificación; no pueden estar siempre sujetas al juicio exclusivo del superior, sino que tienen, más bien, necesidad de su respeto y de su oración. También en estos casos, sin embargo, el diálogo con el superior deberá acompañar al hermano, en la caridad y en la claridad, para ayudarle a discernir los valores en cuestión, la multiplicidad de los justos criterios de juicio, las posibles vías de solución.

Pero querría aquí, sobre todo, referirme a casos no infrecuentes en los que la conciencia se opone simplemente a la obediencia, que pide el sacrificio de un cambio de casa, o de un cambio de cargo, o de una más fiel observancia de las Constituciones, o de acoger, acerca de un hecho o de un problema, la valoración complexiva del superior, que está en contraste con la propia.

Indico algunos sencillos criterios de valoración.

En primer lugar, no hay que dar por descontada la frecuencia de semejante conflicto, que, en la vida religiosa, es considerado raro y excepcional, puesto que “un religioso no debería admitir fácilmente que haya contradicción entre el juicio de su conciencia y el de su superior” .

Con frecuencia, será necesario, en cambio, dedicar tiempo, oración y diálogo para dar al superior la indispensable aportación de nuestra experiencia y de nuestro amor a los jóvenes y a la Congregación y para recibir de él serenamente las motivaciones y las decisiones, que marcan la conclusión de la búsqueda común . “En esta búsqueda, los religiosos sabrán evitar tanto la excesiva agitación de los espíritus, como la preocupación de hacer prevalecer, sobre el sentido profundo de la vida religiosa, el atractivo de las opiniones corrientes” .

Debemos, luego, tratar de estar seguros, ante el Señor, de que nuestra conciencia sea una conciencia religiosa salesiana, que ha acogido e interiorizado los elementos esenciales de nuestra vocación de consagrados, según el espíritu de Don Bosco y los votos hechos al Señor.

A veces, se tiene la impresión de que - sobre opciones o problemas exquisitamente “cristianos religiosos y salesianos” - nos encontremos dialogando con conciencias que han perdido la riqueza vocacional interior y se dejan guiar por criterios puramente mundanos, o rígidamente subjetivos. Para estas conciencias las Constituciones salesianas corren el peligro de quedarse mudas, la comunidad religiosa insignificante, la autoridad del superior ilegítima, la misión salesiana una exclusiva opción personal. En estos casos, la experiencia del conflicto puede ser ocasión de una auténtica recuperación vocacional, o, a veces, aunque dolorosamente, de una definitiva clarificación.

Las más de las veces, sin embargo, la conciencia vocacional no está en cuestión, sino que el conflicto se abre sobre la aplicación, implícita o explícita, de criterios, que deben precisarse mejor. Puede nacer una tensión entre obediencia y eficiencia: parece, a veces, que la obediencia, que se nos pide, no respeta suficientemente las profesionalidades adquiridas, ni los ámbitos de trabajo en los que nos parece que sabemos hacer algo, ni los ritmos vitales y las diversas capacidades productivas y apostólicas.

Hay una eficacia de la obediencia, que está fuera de discusión, pero que se capta sólo con la mirada de la fe, como nos enseña un gran testigo de nuestro tiempo, bastante cercano a la Familia Salesiana: Juan Bautista Montini. Él, en una fase delicada y sufrida de su vida, se puso serios interrogantes sobre el significado de su obediencia. En una carta a su padre, en 1942, el futuro Pablo VI escribía: “Me he vuelto difícil para con los amigos, y los veo poco; no salgo casi nunca, y también los libros... me dan la espalda desde los anaqueles silenciosos; ya no escribo y me queda poco tiempo para pensar y para rezar (¡si hiciese, al menos, algo bueno!). Pero ¡paciencia! Dios proveerá” . Y Dios proveyó.

Puede darse fricción entre obediencia y sentido de autorrealización. Cada uno de nosotros tiene un proyecto sobre sí mismo: objetivos, modalidades para alcanzarlos, tiempos de realización. Poner a parte todo esto para aceptar el Proyecto de Dios, a través de las mediaciones del hombre, no hay que darlo por descontado: “Me parece estar aquí (en la Secretaría de Estado) por una combinación indebida - escribía todavía Montini - en espera de ser restituido a algo más sencillo y más mío. Pienso en el estudio dejado, en el contacto con el ministerio reducido, en la oración abreviada...”. “Perderse para encontrarse” es una paradoja evangélica, difícil de digerir para quien juzgase con la vista corta del pequeño interés personal.

A veces hay contradicción, al menos aparente, entre obediencia y fecundidad apostólica, que a nosotros nos parece que se puede controlar a simple vista. ¿Quién de nosotros, sintiéndose florecer en un puesto, no se ha encontrado en dificultad para colocarse en otro, donde no se preveían ni flores ni frutos, sino que nos sentíamos mandados a recoger... puñados de hojas secas? Y, sin embargo, - nos repetía con pena don Egidio Viganò en su último Aguinaldo - si hay estaciones de la vida, cuya fecundidad está unida con el obrar, hay otras cuya fecundidad es hija del padecer. Pero aquí los metros mundanos y seculares no funcionan ya: queda, como único metro, la Cruz.

“No quiero interrogar a mis sentimientos - nota aún Montini -; tal vez triunfaría la tristeza de no haber concluido nada bueno; me viene con frecuencia a la mente el extraño pensamiento de no haber todavía comenzado a hacer algo serio y real, según lo que yo proyectaba cuando comenzaba. Pero quiero sólo refugiarme en la gracia de Dios - concluía - la que me ha dado la

bienaventuranza, nunca suficientemente meditada, de ser esclavo al servicio de la Iglesia y del Evangelio” .

No son raros los casos en los que el problema se revela entre obediencia y profecía. Nos parece que hacemos bien así, que hemos colocado una bandera en fronteras avanzadas, que recogemos hasta aplausos, se escribe de nosotros, nos parece que Iglesia y Congregación han quedado a buena altura... Y, sin embargo, se nos da una obediencia que se asemeja a una escarcha en los árboles en flor... En tales circunstancias, hace falta tener clara conciencia de que, tal vez, la hora de la profecía verdadera no coincide necesariamente con la del éxito o de la simple satisfacción personal.

En medio de las muchas dificultades, no conviene perder de vista al Señor Jesús doliente y obediente. En tiempos en que, justamente, ha sido reconocida la dignidad de la objeción de conciencia, con mayor razón debe haber quien, con espíritu evangélico y pentecostal, sabe ilustrar - más con la vida que con las palabras - la dignidad de la obediencia de conciencia, según el ejemplo del Señor Jesús.

“Cuanto más ejercitáis vuestra responsabilidad, más necesario se hace renovar, en su pleno significado, el don de vosotros mismos” .

4.3. Nuestra vocación es una obediencia de vida y de misión.

Si releemos la historia de las vocaciones, quedamos asombrados ante la enérgica petición de obediencia de que está cargada la llamada del Señor.

A Abrahán: “Deja tu tierra... y ve a la tierra que yo te mostraré” .

A Moisés: “El grito de los Israelitas ha llegado hasta mí... Ahora, pues, ve. Yo te envío al faraón” .

A Jeremías: “No te preocupes si eres demasiado joven. Ve a donde te envíe y di todo lo que te mande” ..

A Pablo: “¡Levántate, entra en la ciudad, y te dirán lo que debes hacer!” .

Resulta claro de estas historias de vida que el obedecer precede al ir y al anunciar.

En realidad, hace falta que el que es mandado se someta en primer lugar a la palabra que anuncia, para multiplicar su eficacia.

El tiempo de Nazaret no pasa inútilmente, puesto que en la obediencia se plasma el corazón de Cristo Evangelizador. Los tres años transcurridos por San Benito en la gruta de Subiaco, como ermitaño solitario, no son un paréntesis en su vida, sino el tiempo de la obediencia y de la escucha y la fuente de la futura fecundidad. Don Bosco en el Colegio Eclesiástico, en la biblioteca, a los pies de don Cafasso, precede - no sólo cronológicamente - al Don Bosco que goza estando entre con los muchachos de Valdocco y visitando los mercados de Porta Palazzo, buscando jóvenes que salvar.

Puesto que la educación es cosa del corazón, de los que sólo Dios es su dueño, “nosotros no podremos triunfar en nada, si Dios no nos enseña el arte y no nos pone en la mano sus llaves” . El primer paso de la misión es la obediencia del misionero. Es necesario que él se ponga antes en estado de oyente que de predicador. La primera tierra de misión es el corazón del misionero: puesto que la misión es, ante todo, una realidad interior, antes de ser un compromiso también exterior. El compromiso misionero es compromiso de santidad personal: “Hay que comenzar por purificarse a sí mismos antes de purificar a los demás; hay que instruirse para poder instruir; hay que hacerse luz para iluminar, acercarse a Dios para acercar a los demás a Él, hacerse santos para

santificar” (San Gregorio Nacianceno) . Esto permite “hacer de la propia experiencia un motivo viviente de credibilidad y una creíble apología de la fe” .

La obediencia que nos pone en las manos de Dios es la misma que nos introduce fructuosamente en la comunidad salesiana y que determina nuestro campo de apostolado.

Educados interiormente por el Señor, al que nos hemos entregado, acompañados por la comunidad, que nos ve serenamente insertados en ella, nosotros vamos a los jóvenes, no en nombre propio, sino en el nombre de Él: con un proyecto de hombre y de mujer, un amor educativo, una esperanza y una energía de gracia, que proceden de Él.

La conciencia de ser “mandados” a los jóvenes da a nuestro ministerio una íntima estabilidad y la fuerza de la paciencia evangelizadora, que nos permite afrontar dificultades, asumir positivamente los fracasos, esperar la maduración de los tiempos, sin que el paso a través de la crisis se transforme en paralización y frustración vocacional, o en desalientos amargos e infructuosos.

“Señor, haz de mí un instrumento de Tu amor”: es la oración atribuida a San Francisco de Asís. El voto de obediencia expresa la disponibilidad para ponerse en Sus manos, para dejarse emplear por Él y llegar a ser instrumentos para la construcción del Reino. “Hacerse instrumento - reflexionaba aún Montini - es el holocausto para quien conoce la excelencia de la acción jerárquica y de la acción divina” . Esta ductilidad, esta flexibilidad total - siempre que esté en juego la salvación de los jóvenes y el servicio del Evangelio - quería expresarla Don Bosco, con un gesto que los primeros salesianos nos han transmitido: “Si yo pudiera tener conmigo doce muchachos, ser su amo y disponer de ellos como dispongo de este pañuelo, querría esparcir el nombre de Nuestro Señor Jesucristo, no sólo por toda Europa, sino más allá de sus confines, por tierras lejanas, lejanas...” . Como respuesta a tal invitación, nació en la Congregación la tradición, que anima a los hermanos que se sienten llamados, a presentar al Rector Mayor un ofrecimiento especial de disponibilidad para las misiones ad gentes. Ésta, superando todas las fronteras geográficas, “les da un ánimo dispuesto a predicar el Evangelio en todas partes” y da a la obediencia salesiana una dimensión especial de totalidad y de mundialidad. Esta disponibilidad para la obediencia, que es propia de nuestra tradición, hemos querido celebrarla, con particular solemnidad, en la expedición misionera del año 2000, como ya indiqué en otra carta mía .

4.4. Nuestra existencia es una obediencia profética.

Reflexionando sobre el futuro de la vida consagrada, se observa que ésta tendrá una esperanza tanto más profunda cuanto más sea capaz de proponerse como auténtica profecía . Es modelo de ello Elías - que Oriente y Occidente colocan entre los inspiradores de la vida consagrada - “profeta audaz y amigo de Dios”, que “vivía en su presencia y contemplaba en silencio su paso, intercedía por el pueblo y proclamaba con valentía su voluntad, defendía los derechos de Dios y se erguía en defensa de los pobres contra los poderosos del mundo” .

La gran “profecía” anunciada por la obediencia religiosa es Cristo. Basta hojear la Regla de Basilio, Agustín, Benito, etc., para ver que, desde el principio de la vida consagrada, el alma de la obediencia religiosa es el deseo de hacer memoria de Cristo y de su total entrega al Padre y a la misión recibida. “En efecto, la actitud del Hijo desvela el misterio de la libertad humana como camino de obediencia a la voluntad del Padre, y el misterio de la obediencia como camino para lograr progresivamente la verdadera libertad” .

Verdadera profecía - hoy particularmente pedida a los religiosos, aun en virtud del voto - es su estilo y compromiso de obediencia eclesial.

En la Carta Apostólica Tertio Millennio adveniente, en preparación al Jubileo, Juan Pablo II evidenciaba una “crisis de obediencia al Magisterio de la Iglesia” , sobre lo que invitaba a reflexionar, para hacer frente con eficacia a los peligros de nuestra época.

En el mismo documento, el Papa subraya la oportunidad de una profundización de la fe, especialmente en dirección de la unidad de la Iglesia y del servicio que se le hace por medio del ministerio apostólico. Y esto, para “llevar a los miembros del pueblo de Dios a una conciencia más madura de las propias responsabilidades, como también a un más vivo sentido del valor de la obediencia eclesial” . Es una invitación que los hijos de Don Bosco y la Familia Salesiana se sienten comprometidos a acoger, aún en virtud de una tradición de familia, hoy más actual que ayer, que ve en la leal fidelidad a Pedro y a los Pastores uno de los elementos característicos del carisma salesiano .

La complejidad de la hora presente y de las transformaciones en curso, el empeño por la inculturación de la fe y por la confrontación con las otras religiones y confesiones, la aportación siempre nueva y maciza de las ciencias modernas del hombre, el fuerte impulso del relativismo y del subjetivismo de nuestra cultura, la apertura de nuevos ámbitos de investigación, que ponen interrogantes inéditos, requieren madurez de juicio y prudencia de elección capaz de mantener un equilibrio dinámico y vigilante entre la libertad de búsqueda y la acogida convencida del Magisterio de los legítimos Pastores, anuncio de la verdad toda entera, con la que el Espíritu conduce al pueblo de Dios.

Tal obediencia se ve que es particularmente fecunda, urgente y significativa en todo lo que se refiere al Misterio de Cristo y de la Iglesia, la celebración y la catequesis de los sacramentos, la vida moral de los jóvenes, de la familia y del pueblo cristiano. Se trata de la verdad con que la fe ilumina nuestra vida y nos orienta hacia su plenitud.

La obediencia consagrada, además, evidencia con fuerza el rigor de la entrega a Dios, corrige la autonomía no motivada y no regulada, que representa una tentación difundida en el mundo de hoy, y propone la dignidad de una relación filial y no servil, rica de sentido de responsabilidad y animada por la recíproca confianza .

Esto conlleva - como nota Santo Tomás - “quaedam disciplina”, que es el estilo del discipulado. Contesta, por eso, al prejuicio de la orgullosa autosuficiencia del “hacer a si mismo”, para redescubrir en la humildad la fecundidad espiritual, que reconoce la competencia y la aportación de los hermanos en los caminos de Dios. Confiesa la presencia de la gracia en la trama de las relaciones y evidencia la fragilidad de quien se pone como “iudex in causa propria”, corriendo el peligro de caer en errores dolorosos y hasta mortales.

La obediencia es una disciplina puesta a nuestra libertad para hacerla instrumento idóneo de liberación. Dichoso quien aprende a vivirla según el ya citado lema del Papa Juan: “oboedientia et pax”. No es un caso que haya muchos religiosos/as entre los que han expuesto y dado la vida por el Reino, por la causa de los derechos humanos, por la defensa de la mujer y del niño, por la educación de los individuos y de los pueblos. Ellos son los profetas-mártires, de los que Juan Pablo II nos ha invitado a reavivar la memoria, en ocasión del Jubileo del año 2000.

Sobresale en la obediencia salesiana el coraje de aceptar los límites de nuestra condición histórica, que nos pide la obediencia no sólo a Dios, sino también al hombre, especialmente en algunas

etapas y circunstancias de nuestra existencia. En el joven que acepta al educador y al adulto como un interlocutor y un guía para su crecimiento la obediencia es valorada. Pero también busca en el adulto, capacidad de inserción, serena y fructuosa, en un contexto, en un grupo de trabajo, en un proceso proyectual, que no debe estar siempre empezando de cero. Ella se expresa en el anciano como forma cualificada del “ponerse en las manos de Dios”, dejándose llevar por Él, y como le agrada a Él, hasta dentro de Su casa.

Nuestra obediencia está llamada a anunciar el estilo de autoridad-obediencia, que fue inaugurado por el Señor Jesús como servicio y anuncio en su Evangelio. Tal estilo se presenta como una auténtica diaconía de Dios para con los hermanos. Y se aleja de todos los modos autoritarios o complacientes de ejercitar la autoridad, denuncia el peligro de resbalar hacia formas de poder; pone en guardia contra las deformaciones manipuladoras en la gestión de la autoridad. “El Hijo del hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar la vida en rescate por muchos” .

La obediencia del consagrado expresa solidaridad e intercesión en favor de todos los que son llamados de la aspereza de la vida a obedecer por fuerza o por necesidad; en favor de aquellos que, despojados de su libertad, sufren injustamente la cárcel; y de quien, aún dentro de la familia, es víctima de autoritarismos y prepotencias y no puede gustar la fuerza liberadora del amor.

La obediencia voluntaria del salesiano evidencia el carácter relativo de las opciones y de las opiniones humanas, que corren el peligro de contraponerse orgullosamente las unas a las otras, a veces a costa de la caridad...

En la Regla de San Benito se encuentra la invitación repetida a competir en obedecer los unos a los otros. Es una emulación que asumirá sólo aquel que, dentro del caparazón de la obediencia, ha descubierto la perla de la libertad.

Es auténtica profecía también el colocarse obedientemente en zonas “límite” de servicio y de apostolado, testimoniando valores menos populares o sólo novedosos, acabando también “marginados con los marginados”, y encarnando la misteriosa lógica de la “piedra desechada por los constructores”, de que el Señor se sirve con gusto para reedificar su Iglesia y aumentar la capacidad de acogida.

5. Una obediencia para el tercer milenio

Os he hablado de obediencia, porque – mirando a los compromisos de la Congregación en el siglo apenas iniciado, que abre el tercer milenio – es uno de los elementos que garantizan la consistencia de su servicio, la calidad de su misión, la energía interior de las comunidades. Para responder a estas esperanzas, nuestra obediencia tiene ciertamente necesidad de renovarse y vivirse en profundidad, expresando una riqueza inédita. Y si la referimos a la comunidad, que serenamente busca la significatividad de su presencia, testimonio y servicio, está sustancialmente relacionada con el CG25.

Hasta ayer, en el lenguaje corriente, se hablaba de una “obediencia de lugar”, referida sobre todo a los cambios de una casa a otra, o de una “obediencia de función”, que invitaba a pasar de un cargo a otro. Mirando hacia delante, es necesario hablar de una obediencia polivalente, más compleja y articulada, que permita responder – como individuos y como comunidad – a los desafíos de la hora presente.

Se siente, ante todo, la necesidad de una obediencia creativa, que no se resigna a la rutina, sino que se hace capaz de dar respuestas nuevas a las necesidades nuevas. Es la obediencia propia de las vírgenes prudentes, que no se contentaron con llevar las lámparas encendidas, sino que se proveyeron también de aceite en las alcuzas para ir al encuentro del esposo. Es la obediencia del siervo, que no esconde bajo tierra su talento, sino que lo trafica y lo hace fructificar. Es la obediencia del pastor que, en plena noche, se pone en camino en busca de la oveja perdida.

En la sociedad de hoy es difícil moverse sólo sobre lo consolidado, repitiendo por una parte lo que ya se hizo por otra. Para nuevas necesidades, es preciso inventar respuestas nuevas. Función del buen superior no es desanimar la creatividad, sino valorarla y estimularla dentro del surco trazado. Por eso, alguien ha podido decir que Don Bosco fue capaz de formar a sus primeros discípulos de modo que los transformó en otros tantos “fundadores” (pensamos especialmente en los misioneros...).

Si la creatividad no quiere dar golpes al aire ni resolverse en un juego pirotécnico de poco alcance, debe inserirse en el surco de una obediencia comunitaria y proyectual. Las casas y sus proyectos educativos pre-existen a los hermanos, llamados a habitarlas y a servirlos. Obedecer en forma proyectual significa, ante todo, darse cuenta del proyecto que está en vigor en las casas, meterse de lleno en él con espíritu de servicio, y sólo posteriormente modificar lo que debe ser modificado, o innovar lo que se debe innovar.

Cuántas veces, visitando las casas, se encuentran grupos de laicos y de colaboradores frustrados porque están cansados de tener que adaptarse perpetuamente, no digo a un proyecto que se debe siempre relanzar de nuevo, sino a personas concretas, llamadas a hacer de párroco, o de director, o de encargado del Oratorio, las cuales parecen decir - más con hechos que con palabras, naturalmente -: “¡Aquí el proyecto soy yo!”. Y quien no se adapta... queda despedido.

Un PEPS - y la obediencia que lo hace vivir - hace referencia necesaria a una comunidad educativa pastoral. Por eso, el proyecto salesiano está marcado por una fuerte obediencia comunitaria. Ésta invita a descubrir los recursos - que son, sobre todo, personas - de los que la comunidad dispone; a ver la propia función entrelazada como una red con otras funciones, que deben ser reconocidas y valorizadas; a creer con Don Bosco que “vivir y trabajar juntos” es fuente de eficacia segura y de testimonio válido, si es verdad que nuestra comunión es nuestra primera misión. Obediencia y comunidad aparecen estrechamente unidas: no sólo porque la caída de la primera lleva a marchitar también la segunda, sino también porque el superior - que es la referencia normal de la obediencia - es también el principal responsable de la comunidad religiosa.

A través de la dimensión comunitaria, es necesario comprender que nuestra obediencia es siempre una obediencia relacional. Su núcleo central no son las “cosas que hacer”, sino las “personas que encontrar”, las “relaciones que construir”, los “corazones que contactar”. Un educador salesiano no puede ser un navegante solitario, ni uno que actúa como un Prometeo desencadenado, dentro de un desierto relacional. “En la comunidad y con miras a la misión, todos obedecemos”, y esta obediencia común engendra un tejido relacional que debemos tener en cuenta al construir nuestro proyecto y al proponer nuestro servicio. Nos ayudará mucho en esto abrazar y cultivar la “espiritualidad de la relación”, a la que nos invita el CG24.

El campo y el contexto de la obediencia misionera se ensancha hoy en la relación con los Grupos de la Familia Salesiana y en la capacidad de sacar fruto de la Carta de la misión salesiana que,

como decía en el acto de la promulgación, no es un reglamento fijo de trabajo, sino que pretende formar una mentalidad y es una plataforma para construir colaboraciones posibles y eficientes. En este frente se coloca, por ejemplo, el esfuerzo por conocer y estudiar modos de responder a las plagas juveniles que la globalización no permite resolver, sino que las agrava: los muchachos obreros, los muchachos soldados obligados prematuramente a estar bajo las armas, los muchachos sin un mínimo soporte familiar y los sometidos a abusos sexuales por parte de organizaciones criminales.

Hay el espacio interpersonal, hay el profesional y educativo; pero hoy no podemos dejar de añadir el sociopolítico, nacional e internacional.

Exalumnos, cooperadores, colaboradores, educadores pueden acompañarnos en “fundar” un derecho en el que los jóvenes tengan asegurada una normal educación.

Todo esto podrá lograrse mejor si sabemos cultivar una obediencia formativa, que considera la formación continua como un punto fijo, y el grupo de trabajo, confiado a nuestros cuidados o a nuestra animación, como una comunidad de formación. De este nuevo estilo - imperativo ineludible de una sociedad en la que la obediencia y la información tendrán un papel cada vez más decisivo - se espera el crecimiento de las personas, el incremento de calidad del producto (también del educativo), la actualización tecnológica, la renovación de la organización del trabajo y de su capacidad de responder a la demanda y a las exigencias del territorio.

El conjunto de los elementos indicados debería ayudarnos a vivir una obediencia propositiva es decir, capaz de hacerse mensaje y testimonio, comunicando a los jóvenes con transparente coherencia el sentido de nuestra vida. Tal capacidad de proponer se ve hoy conectada sobre todo a dos factores, que están entre los más buscados por los jóvenes en discernimiento vocacional y a los que hemos aludido repetidas veces: la dimensión espiritual y la comunitaria. La legibilidad espiritual de nuestra obediencia - que se vuelve abandono confiado en la Providencia de Dios - y su capacidad de construir familia son otros tantos canales que hacen accesible la comprensión de la obediencia a los jóvenes de hoy.

En una carta de 1617, escrita a la Madre Favre, que era entonces superiora de la Visitación de Lyon, San Francisco de Sales examinaba el problema de una hermana muy fervorosa y devota, pero poco obediente y, por lo mismo, incapaz de renunciar a sus puntos de vista, aunque legítimos (acerca de la frecuencia de la comunión, por ejemplo, o la duración de la oración mental), para abrazar la praxis comunitaria.

“Os diré que se engaña enormemente - nota Francisco - si cree que la oración la puede llevar a la perfección sin la obediencia, la virtud que más agrada al Esposo, la virtud en la cual, con la cual y por la cual quiso morir. Sabemos por la historia y por experiencia que muchos religiosos se han hecho santos sin la oración mental, pero ninguno sin la obediencia” .

No tenemos duda alguna de que - cruzando el umbral del tercer milenio - nosotros estamos llamados, como salesianos y como comunidad, a comprometernos en una obediencia renovada. Entonces estaremos preparados, dóciles a los signos de los tiempos, para anunciar a los jóvenes al Señor Jesús y el “proyecto hombre” encarnado por Él, con la plenitud del espíritu de Don Bosco..

Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros (25 de marzo 2000)

De las breves citas precedentes aparece ya la importancia que la Eucaristía tiene en el pensamiento de Don Bosco y, por tanto, en la espiritualidad original que nosotros debemos traducir fielmente en nuestro tiempo.

Pero el elemento que más que ningún otro revela hasta qué punto el misterio eucarístico marca la vida de Don Bosco, y por lo mismo la nuestra de Salesianos, es la relación con la caridad pastoral que él expresó en el lema “Da mihi animas, cetera tolle”.

Estas palabras que hemos repetido y hecho nuestras son el propósito y el camino de Don Bosco para configurarse con Cristo, que ofrece al Padre la propia vida por la salvación de los hombres. Para penetrarlas más a fondo, repetir las con mayor convicción y traducirlas con eficacia en experiencia cotidiana, debemos meditarlas a la luz de la Eucaristía, como la parábola del Buen Pastor.

Colocado sobre el fondo de la Eucaristía, el “Da mihi animas” se nos presenta, antes que como un lema, como una oración, eco de la oración sacerdotal de Jesús en la Última Cena: “(Padre,) tuyos eran y tú me los diste. (...) Por ellos me consagro yo” . Es la expresión más alta de nuestro diálogo y relación con Dios y nos ayuda a superar aquella dicotomía entre trabajo y oración que, a nivel existencial, no siempre logramos superar.

El “Da mihi animas” es ante todo reconocer que el protagonista o el actor principal de la misión es Dios. Nos introduce en el servicio apostólico de los hermanos, haciéndonos pasar a través de la invocación dirigida al Padre. Decir: “Dame las almas” significa en primer lugar invocar la intervención del Señor, entregarse a su amor solícito y dar espacio a su iniciativa de salvación.

Se renueva así en nosotros la conciencia de Don Bosco y de los grandes apóstoles de todos los tiempos, que siempre han advertido que el movimiento de caridad hacia los demás y las energías que se suscitan en nosotros vienen de Dios, y a Dios debe mantenerse unida en todo y por todo nuestra acción..

El Salesiano es un hombre de Oración (ACS 374, 2001)

El Espíritu obra en nosotros y nos santifica en la medida de nuestra disponibilidad. En esto entra la superación de nuestras resistencias hacia una apertura dócil y filial al Padre y al amor a las personas, arraigado en el corazón. La interioridad ha de ser educada, el amor debe ser purificado, y nuestras relaciones, hechas más respetuosas. Se trata de desenmascarar aquellos dinamismos que conviven dentro de nosotros y que nos impiden darnos con un corazón libre.

Es preciso tener el valor de individuar y llamar por su nombre las propias fragilidades, las negativas que marcan nuestra vida; y conocer las propias resistencias para hablar de ellas con el Padre. Es preciso aceptar el paciente trabajo necesario para que la voluntad de Dios oriente nuestro pensamiento y nuestra conciencia. No hay hombre de oración que no haya sentido la necesidad y las ventajas de la ascesis interior y exterior.

El salesiano se comporta como un “místico” en la acción cuando, consciente de su propia debilidad, trabaja tratando de saber qué agrada a Dios y dejándose guiar por la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres se salven.

Don Pascual Chávez

Queridos Salesianos ¡sed santos! (14 de Agosto 2002)

El Beato Luis Variara. Hizo de las dificultades alas para volar. E infundió tal espíritu en sus religiosas. Es ejemplar ver su actitud ante las adversidades, tanto que el Beato llama Paraíso lo que el Inspector llama pequeño infierno; y él dice que está muy bien, mientras aquel mismo día su Director escribía al Inspector manifestándose preocupado por su salud y, además, porque en Agua de Dios seguía habiendo conflictos entre la gente armada. Escribe Don Variara:

“Los trabajos van lentos porque no se encuentran obreros. Han pasado 15 días sin hacer nada y a esto se añade la lluvia. Los obreros que quedan tienen tanto miedo que, al caer de las hojas, se escapan... y así vamos tirando... Aquí todos bien, contentos, tanto que parece un Paraíso. El Señor nos ayude con sus bendiciones, porque con este trabajo no se descansa ni un momento. Nunca me he sentido tan contento de ser salesiano como este año y bendigo al Señor por haberme mandado a este Lazareto, donde he aprendido a no dejarme robar el cielo. El Sagrado Corazón me bendiga siempre y yo haré lo posible para contentarle” .

Sin duda, la prueba máxima llegó precisamente cuando recibió la orden de dejar Agua de Dios; entonces demostró que sabía renunciar a sí mismo para uniformarse a la voluntad de Dios. Fue en aquella circunstancia cuando manifestó a un hermano: “Mira, José Joaquín, para mí, irme de Agua de Dios sería la muerte, pero obedecería” . Y efectivamente obedeció la orden de su superior.

Don Variara ha sido Fundador, continuando siendo salesiano: dos funciones que parecerían estar en contradicción, con tentaciones de actitudes de autonomía. Pero él fue siempre obediente a su Director y a su Inspector, de quienes provenían las mayores incomprensiones.

Tú eres mi Dios, fuera de ti no tengo ningún bien (8 de Junio 2003)

No es extraño, pues, que se hable de la primacía de Dios, “que ha entrado en nuestras vidas, nos ha conquistado y nos ha puesto al servicio de su Reino, como signos y portadores de su amor” (CG25, 22); del valor humanizante y profético del seguimiento de Cristo como respuesta a la idolatría del poder, del tener y del placer; de la gracia de la unidad, “que es don del Espíritu Santo y síntesis vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos trabajadoras, entre exigencias personales y compromisos comunitarios. De esta manera, se integran armónicamente, en la alianza con Dios, la misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos” (CG25, 24).

Todo esto se debería traducir en la centralidad de la Palabra de Dios en la vida personal y comunitaria, en la celebración de la Eucaristía, en la calidad de la vida de oración hasta hacer de la comunidad una “escuela de oración”; en la revisión de vida, en la dirección espiritual, en el proyecto de vida personal y comunitario. Una vez más, el punto sobre el que hay que insistir es la comunidad local y la vida fraterna de la comunidad presente en la vida de los jóvenes.

Contemplar a Cristo con la mirada de Don Bosco (25 de diciembre de 2003)

Es indudable, además, que los consejos evangélicos presentan un carácter explícito de conformación con Cristo. Es más, sin esta referencia cristológica, los consejos no tendrían sentido: “Seguimos a Jesucristo que, virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu” (Const. 60).

Hablando de la Obediencia, un mismo artículo en dos ocasiones nos presenta a Jesús como modelo: “Nuestro Salvador nos aseguró que había venido a la tierra no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del Padre que está en los cielos. (...). Vivimos en la Iglesia y en la Congregación, la obediencia de Cristo, cumpliendo la misión que nos está confiada” (Const. 64). Todo esto es recogido de nuevo en la afirmación sintética que se encuentra en el párrafo siguiente: “Adoptamos el Evangelio como regla suprema de vida” (Const. 64), lo que quiere decir, según la carta a los Gálatas, que para nosotros es importante “obedecer a la ley de Cristo” o, mejor aún, “tener a Cristo como ley” (cf. Gal 6,2).

Palabra de Dios y vida salesiana hoy (13 de Junio de 2004)

“No os ajustéis a este mundo, sino transformaos por la renovación de la mente, para que sepáis discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto” (Rm 12,2). Hoy se habla mucho de discernimiento, y me parece justo. Esto es fruto, sobre todo, de la escucha de la Palabra, dócil y paciente. En ella podemos encontrar qué quiere Dios hoy de nosotros y cómo lo quiere. Para interpretar los “signos de los tiempos en una realidad como la nuestra, en la que abundan las zonas de sombra y de misterio, sucede que el Señor mismo -como con los discípulos en el camino de Emaús- se hace nuestro compañero de viaje y nos da su Espíritu. Solo Él, presente entre nosotros, puede hacernos comprender plenamente su Palabra y actualizarla, puede iluminar las mentes y encender los corazones” .

En efecto, “siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la palabra de Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos. Han adquirido así una especie de instinto sobrenatural” , es decir, esa mirada de fe sin la cual “la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva” .

Consciente de las dificultades que encuentra la vida comunitaria entre nosotros para ser don y profecía de comunión” , el CG25 ha pedido a las comunidades locales que valoricen la práctica del “discernimiento comunitario a la luz de la Palabra de Dios y de las Constituciones” y aseguren las “condiciones suficientes para que todo hermano pueda dar a su ser y a su obrar un sentido de unidad profunda, practicando el discernimiento evangélico como actitud de búsqueda de la voluntad de Dios” .

Os confieso que no imagino posible un verdadero discernimiento, tanto personal como comunitario, sin la práctica cotidiana del examen de conciencia . Y me explico. La vida es vocación; existimos porque hemos sido creados personalmente por Dios, “hechos y formados con sus manos” (Sal 118,73; cf. Gn 2,7); no vivimos porque lo hemos querido, sino porque hemos sido deseados, llamados de la nada (Gn 1,26); y, precisamente porque la vida es efecto del querer de Dios, no se puede vivir más allá o fuera de la voluntad divina; si no existimos porque lo hemos.

Da mihi animas, cetera tolle (24 de junio de 2006)

El CG22 estuvo dedicado a la revisión de las Constituciones, a la luz del Vaticano II. Se le puede llamar, sin más, el Capítulo de la identidad carismática y misionera de la Congregación y, en consecuencia, de la fidelidad de los Salesianos a tal identidad y misión.

El CG22 produjo el texto renovado de las Constituciones, “documento autorizado - decía Don Viganò en el discurso conclusivo - que ayuda a medir la verdad y la actualidad de nuestra opción evangélica de vida y de nuestra misión específica en la historia. ¡He ahí, renovado hoy, el ‘carnet de identidad’ de los Salesianos de Don Bosco en el Pueblo de Dios!”.

La aprobación del texto renovado de las Constituciones es una llamada a la fidelidad. Don Viganò reclamaba las palabras dichas por Don Bosco a los salesianos el día siguiente de la aprobación de las primeras Constituciones: “Lo que ahora tenemos que hacer es ser diligentes en practicar perfectamente las Reglas y cumplirlas bien. Debemos atenernos a nuestro código, estudiarlo en todos sus detalles, comprenderlo, explicarlo, practicarlo”. Don Bosco, luego, en su Testamento espiritual, escribía: “Si me habéis amado en el pasado, seguid amándome en el porvenir con la exacta observancia de nuestras Constituciones”.

Todo esto es iluminante para el CG26, en el que queremos volver a apropiarnos de Don Bosco y releer su figura en la actualidad. Asumir las Constituciones como base de la formación y de la vida del salesiano y de la comunidad, es el camino para conocer y actualizar a Don Bosco; viceversa, conocer más a Don Bosco nos lleva a vivir de modo más pleno la Regla de vida salesiana.

Hacer la Eucaristía para hacerse Eucaristía (7 de junio de 2007)

“Memoria viviente del modo de existir y de actuar de Jesús”, la vida consagrada “es tradición viviente de la vida y del mensaje del Salvador”.

La categoría del “memorial”, lo sabemos, no indica una “repetición” del evento, ni se limita simplemente a “recordarlo”, sino que lo hace presente y actual. Nuestra mentalidad occidental acepta con dificultad esta actualización de un evento, aunque ésta resulte fundamental para comprender el sentido de la fiesta en las culturas tradicionales.

Describir el memorial como “actualización del evento” puede prestarse a una cierta comprensión “mítica”, como si la historia de la salvación no estuviese formada por eventos únicos e irrepetibles, incluida la muerte del Señor (cf. Hebr 7,27; 9,12; 10,10). Sería preferible hablar, más que de un “acontecimiento que se actualiza”, de la presencia viva, real, del protagonista de este evento, Jesucristo, muerto y resucitado. La vida consagrada sólo puede ser memorial de Jesucristo si

continúa haciendo presente, en todos los tiempos y en todos los lugares, la misma forma de vida. Y esto, precisamente, constituye el núcleo de la obediencia consagrada y que Don Bosco expresaba con su famosa frase: “Yo soy siempre sacerdote...”.

Una lectura atenta de la Exhortación Apostólica La Vida Consagrada descubre que el fulcro y el centro de los consejos evangélicos se encuentra en la obediencia: esto no hace sino reflejar el testimonio de la tradición bíblica. En el AT encontramos la obediencia como principal expresión de la fe: los grandes creyentes son, por consiguiente, grandes obedientes. En el umbral del NT encontramos a María, Aquella que creyó y aceptó plenamente colaborar con Dios en su proyecto de salvación. Y, sobre todo, la vida entera de Jesús, desde su encarnación (cf. Hebr 10,5-7; Jn 6,38), su misión (cf. Mc 1,38; Lc 4,43; Jn 4,34) y, sobre todo, su pasión (cf. Mc 14,36; Jn 12,27-28; Hebr 5,7-9) es un camino continuo de perfecta obediencia .

Además, según La Vida Consagrada, tanto la virginidad como la pobreza son, en cierto modo, la consecuencia de la obediencia: “Él es el obediente por excelencia (...). En esta actitud de docilidad al Padre, Cristo, aun aprobando y defendiendo la dignidad y la santidad de la vida matrimonial, asume la forma de vida virginal y revela así el valor sublime y la misteriosa fecundidad espiritual de la virginidad. Su adhesión plena al designio del Padre se manifiesta también en el desapego de los bienes terrenos (...). La profundidad de su pobreza se revela en la perfecta oblación de todo lo que es suyo al Padre” .

El elemento memorial no se reduce simplemente a la celebración litúrgica en la que se repiten las palabras de Jesús “Esto es mi cuerpo ofrecido en sacrificio por vosotros” y, por tanto, no consiste en volver a hacer sacramentalmente un evento que sucedió una vez por todas, sino en hacerlo presente en la Eucaristía (“hacer eucaristía”) y en hacerse memoria viviente de su modo de ser y de actuar (“hacerse eucaristía”). Esta prolongación de la entrega total de Cristo en la vida de cada uno de los consagrados se cumple a través del voto de obediencia. El voto de obediencia es el voto que expresa mejor esta total pertenencia a Dios, esta total entrega a Dios hasta el punto de no tener otra cosa que hacer que identificarse con la voluntad del Padre. Y entonces la espiritualidad eucarística no es sólo celebrar con decoro, con devoción, la Eucaristía. Se debe traducir en una vida de obediencia, allí donde realmente se hace el memorial de Cristo y nos hacemos una memoria viviente suya.

Llamó a los que Él quiso, y ellos se fueron con Él (25 de marzo de 2009)

Don Bosco, en los últimos tres años de su vida, escribió a trozos en un bloc su ‘testamento espiritual’. La caligrafía irregular y atormentada revelan su poca vista y el cansancio físico. El estilo es escueto, sustancioso, eficaz. Quien ha preparado la edición crítica escribe: “Se podría así leer, como en un espejo, un autorretrato de Don Bosco [...] Delante de ciertos párrafos es difícil evitar la impresión de estar en presencia de un texto ‘sagrado’, dada la abundancia de palabras no vanas ni caducas”. En este ‘testamento’ Don Bosco dedica cinco páginas a saludar a sus Salesianos. Recojo aquí las palabras esenciales:

“Mis queridos y amados hijos en Jesucristo,

Antes de partir para mi eternidad, debo cumplir algunos deberes para con vosotros [...] Ante todo os agradezco con el más vivo afecto del ánimo la obediencia que me habéis prestado, y todo lo que habéis trabajado para sostener y propagar la Congregación [...].

Os pido que no lloréis mi muerte [...] En vez de llorar tomad la firme y eficaz resolución de conservaros firmes en la vocación hasta la muerte [...] Si me habéis amado en el pasado, seguid amándome en el futuro con la exacta observancia de nuestras Constituciones [...].

Adiós, queridos hijos, adiós. Yo os espero en el Cielo. Allí hablaremos de Dios, de María, Madre y sostén de nuestra congregación [...]; allí bendeciremos eternamente a esta nuestra Congregación, la observancia de cuyas Reglas contribuyó potente y eficazmente a salvarnos”.

Este testamento contiene palabras preciosas y exigentes para todos nosotros. Creo que, después del Evangelio, el libro de las Reglas debe llegar a ser el segundo libro de nuestra meditación cotidiana. Será el alimento constante de nuestra salesianidad, y la realización de la amonestación contenida en el ‘sueño de los diamantes’: “vuestra meditación, mañana y tarde, sea sobre la observancia de las Constituciones”.

Figura humana y espiritual del beato Miguel Rúa (8 de septiembre de 2009)

Don Bosco no le mandaba nada; sólo le hacía conocer sus deseos. Y para Miguel eran órdenes, sin pensar en lo que le iban a costar. Fueron deseos de Don Bosco, prontamente realizados por Miguel, la enseñanza de la religión a los jóvenes internos, el cuidado de los enfermos de cólera en la terrible peste de 1854, la enseñanza del novísimo y complicado sistema métrico decimal, la asistencia constante en el enorme comedor, en el patio, en la iglesia, la dirección del Oratorio festivo de San Luis cuando don Leonardo Murialdo tuvo que retirarse, la copia, hecha de noche, con su nítida y ordenada caligrafía, de las páginas enmarañadas de la Historia de Italia de Don Bosco y de las páginas atormentadas de las primeras Reglas de la Sociedad de San Francisco de Sales.

Don Julio Barberis en el proceso de beatificación de Don Rúa atestiguó: «Cuando las Reglas fueron aprobadas por la Santa Sede, se figuró que el mismo Señor las había confeccionado, y se habría sentido gravemente culpable si hubiese transgredido aun una sola... Ni sus compañeros con los que traté, ni yo mismo podemos afirmar que le vimos cometer una sola desobediencia... Fue siempre admirable la prontitud que tuvo en obedecer también a las pequeñas reglas, por ejemplo el silencio... No pensó sino en destruir en sí mismo la propia voluntad, para hacer en todo la voluntad del Señor». «Él insistía en decimos que el Señor no pretende de nosotros cosas extraordinarias, sino la perfección en la cosas pequeñas, quiere la ejecución de cada regla, dando a cada regla una importancia grandísima, y que este es el medio de levantar el gran edificio de la santidad.

La consagración a Dios de todo religioso se funda en el ofrecimiento de sí mismo por medio de los consejos evangélicos de obediencia, pobreza y castidad. El primero de estos consejos, según la tradición salesiana, es la obediencia. Al final de 1909 Don Rúa tenía ya 72 años y su salud estaba gravemente afectada. El 1 de enero de ese año escribe su penúltima carta a todos los Salesianos. En ella decía: «Las Constituciones salidas del corazón paterno de Don Bosco, aprobadas por la

Iglesia, infalible en sus enseñanzas, serán vuestra guía, vuestra defensa en todo peligro, en toda duda y dificultad. Con san Francisco de Asís os diré: Bendito sea el religioso que observa sus santas Reglas. Ellas son el libro de la vida, la esperanza de la salvación, la médula del Evangelio, el camino de la perfección, la llave del Paraíso, el pacto de nuestra alianza con Dios».

En toda su vida Don Rua había manifestado una obediencia absoluta, tan ‘absoluta’ que Don Bosco alguna vez bromeaba. En la deposición para el proceso de beatificación, el Rector Mayor don Felipe Rinaldi testificó: «Don Bosco llegó a decir: ‘A Don Rua no se le dan órdenes ni siquiera en broma’, tal era su prontitud en ejecutar cualquier cosa que le dijese el Superior... A Don Rua le resultaba facilísima la obediencia, porque era profundamente humilde. Humilde en el comportamiento, humilde en las palabras, humilde con los grandes y los pequeños».

Espiritualidad y misión (24 de abril de 2011)

La última Palabra que Jesús dice a los Once, después de haberles confiado el mandato misionero, es una Palabra de fortalecimiento: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Es una gran promesa, que vale como garantía de seguridad y motivo de confianza. En ella resuena el eco del apoyo que Dios garantizó siempre en el Antiguo Testamento a los que había llamado para una vocación especial: «No temas, yo estoy contigo». En ella se cumple sobre todo la identidad de Jesús, que desde el principio del Evangelio de Mateo, en los relatos de la infancia, es presentado como Emmanuel, el «Dios con nosotros». Los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús no han borrado, pues, su presencia de la historia, ni su voluntad de quedarse junto a los que, poco antes no se habían quedado junto a él; el compromiso de Jesús resucitado de estar con ellos se ha hecho definitivo y permanente, en el tiempo y en el espacio, hasta el fin del mundo.

Percibimos sin duda cuánto consuelo y cuánta fuerza brotan de esas palabras. Para el que se sabe y quiere ser invitado suyo, cada jornada de la vida se abre y se cierra en la luz de una presencia aseguradora, más fuerte que cualquier soledad y que todo miedo. La alegría de una vida de castidad que vive esperando al mejor Amante, la riqueza del que renuncia a los bienes terrenos con tal de no dejar de buscar «las almas», la libertad de nuestra obediencia que hace que nos parezcamos a nuestro Señor, encuentran aquí su más auténtico fundamento y justamente de este misterio quieren ser signo visible y elocuente. Cristo está con nosotros y llena nuestra vida de modo superabundante. La plenitud interior que deriva de ello es en el fondo el verdadero tesoro del misionero y el don más grande que él puede transmitir a aquellos a los que es Enviado. Nada hay más persuasivo y convincente que quien, representando al Señor Jesús existencialmente, se presenta habitado por su presencia luminosa, hasta transparentarlo en la serenidad de su rostro, en la profundidad de la mirada, en la humildad del trato, en la verdad de los gestos y de las palabras. Del mismo modo que Jesús fue para los discípulos imagen y transparencia del Padre, así el verdadero misionero está llamado a ser icono transparente de Jesús resucitado. Y lo puede ser porque Cristo está verdaderamente con él, en una compañía tan íntima que se convierte en

verdadera inhabitación: el apóstol, como Pablo, puede exclamar: «yo vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

La inculturación del carisma salesiano (16 de Agosto de 2011)

Por tanto, la inculturación del carisma salesiano tiene como requisito previo e ineludible la práctica de las Constituciones, una práctica gozosa y fiel, sine glossa, pero armonizada con los tiempos y los lugares de la misión, abierta a la cultura del ambiente y de los jóvenes, una práctica tal que, además de asegurarnos la obediencia a sus palabras y la asimilación de sus opciones, sea la expresión creíble del “estar con él” y el compromiso filial de “actuar como él” para la salvación de los jóvenes. Don Bosco podrá acompañarnos allí donde hayamos sido enviados, nos confortará y consolará, nos protegerá y guiará, si nosotros nos identificamos con él, viviendo como él. Vivir las Constituciones es encarnar a Don Bosco: el salesiano que practica las Constituciones representa a Don Bosco y lo hace volver a los jóvenes. Para ellos, no hay nada más urgente: tienen necesidad y tienen derecho a ello.

Testigos de la radicalidad evangélica (8 de abril de 2012)

La vocación religiosa, una vez acogida, conduce a la decisión de entregarnos totalmente a Dios que nos consagra a Él. Efectivamente, la vida consagrada es un camino que parte del Amor de Dios que ha fijado su mirada sobre nosotros, nos ha amado, nos ha llamado, nos ha aferrado; y es un camino que conduce al Amor, en cuanto es camino seguro para alcanzar la plenitud de vida en Dios. Esto quiere decir que toda la vida consagrada está marcada por el amor y se debe vivir bajo la fuerza del amor, por lo cual no puede vivirse sino en la alegría, aun en los momentos de prueba y dificultad, con la convicción y el entusiasmo de quien descubre el amor como fuerza motriz de la vida. De aquí brotan la serenidad, la luminosidad y la fecundidad de la vida consagrada, rasgos que la hacen encantadora.

Así pues, la consagración nos convierte en personas incondicionalmente entregadas a Dios y, más en concreto, nos convierte en “memoria viviente del modo de ser y de actuar de Jesús” obediente, pobre y casto, transformándonos en signos y portadores del Amor de Dios a la humanidad. Ésta es de hecho la primera contribución que como religiosos podemos y debemos ofrecer.

María Inmaculada Auxiliadora (15 de agosto de 2012)

Conviene detenernos un momento en el concepto de «imitación». Para más de un cristiano este término puede provocar cierto desasosiego e incluso rechazo, por que parecería reducirse a una repetición

automática de acciones y palabras. No se trata de esto. La auténtica imitación es totalmente diversa: significa asumir las actitudes y las motivaciones esenciales, assimilarlas personalmente y ponerlas en

práctica creativamente. A propósito de nuestra imitación de Cristo, recordemos algunos textos paulinos: se trata de pensar como Cristo (cf. 1Cor 2,16), sentir como Cristo (cf. Fil 2,5) para actuar como Cristo. Algo semejante podemos decir sobre nuestra contemplación e imitación de María Inmaculada Auxiliadora.

Junto a estos reclamos, encontramos en el texto constitucional otra expresión-endiádis para caracterizar nuestra devoción mariana: «Le profesamos una devoción filial y fuerte» (Const. 92). Esto nos invita a superar cierto devocionismo puramente sentimental y, por eso, débil, pero sin caer en una árida y estéril conceptualización. El comentario a las Constituciones dice: «Dos adjetivos que indican, a la vez, nuestra ternura hacia quien es la “Madre amable” y el propósito de imitarla en su entrega total a la voluntad de Dios» .

Finalmente, en esta misma clarificación de nuestra devoción, termina el artículo 92: «Celebramos sus fiestas para estimularnos a una imitación más convencida y personal». Me parece que en nuestro texto constitucional se equilibran perfectamente la contemplación admirada de lo que Dios ha realizado en María y el estímulo a imitarla filialmente en sus grandes virtudes, sobre todo en la triple actitud teológica fundamental: fe-esperanza-caridad.

Vocación y Formación (31 de marzo de 2013)

La única respuesta que el Dios del llamado considera válida es la que realiza su llamada, es decir, la respuesta que da cuando se entrega a aquellos a los que Dios le ha destinado en el momento en que le ha llamado por su nombre. Por tanto, asumir la vocación presupone una vida de obediencia a la tarea recibida: el servicio exclusivo a los jóvenes es la respuesta que Dios espera del Salesiano. No es casualidad que estemos perdiendo la consciencia de nuestros deberes ante los jóvenes, cuando estamos perdiendo el placer y el deseo de rezar. Tampoco debe maravillarnos que todo intento de liberación de la misión salesiana empobrezca y haga más difícil nuestra oración comunitaria. No es que Dios esté alejándose de nosotros y nos impida sentirle cercano. Es que nos estamos alejando de los jóvenes y no logramos estar cerca de sus problemas. Nos creemos abandonados por Dios porque o cuando abandonamos «la patria de nuestra misión, la juventud necesitada».

Acudamos a la experiencia espiritual de Don Bosco (Comentario Aguinaldo 2014)

Don Bosco se sitúa en el filón del humanismo devoto de san Francisco de Sales, que propone a todas las categorías de personas el camino de santidad. La característica subrayada en Don Bosco, sin embargo, es una santidad común para todos, cada uno según su propio estado. No pone grados de santidad, rechaza análisis de ese tipo. Usa esquemas escolásticos tomados de la espiritualidad católica de su tempo. Su teología es cristocéntrica y eucarística, mariana, alimentada por el ejercicio de algunas virtudes, especialmente la obediencia. La santidad no excluye el gozo, la alegría; pide no penitencias, sino compromiso, derivado de una vida de gracia, en los deberes propios.

Perteneciendo más a Dios, más a los hermanos, más a los jóvenes (16 de agosto de 2014)

Creo verdaderamente, Hermanos, que la vida espiritual debe estar en el primer puesto, una vida espiritual que es, ante todo, búsqueda de Dios en lo cotidiano, en medio de todo lo que hacemos y de lo que nos ocupa. Y digo esto, porque la salvación para nosotros, como lo fue para Don Bosco en la búsqueda de lo mejor para sus jóvenes, y para toda vida religiosa de hoy, el elemento básico de la misma ha sido, sigue siendo y será, la persona del Señor Jesús y su mensaje. En definitiva, la centralidad de Jesucristo en nuestra vida. Posiblemente no se haya puesto nunca en duda, pero no es lo mismo que hacerlo vida y criterio de la propia vida.

Nuestra vida religiosa, por no ser solo salesiana, sino también vida religiosa como consagrados Salesianos, no encuentra su razón de ser en lo que hacemos, ni en las maneras de organizarnos, ni en la eficacia de nuestros programas y planificaciones. O nuestra vida religiosa como consagrados nos devuelve al signo (una comunidad de hombres creyentes al servicio del Reino), o corremos el peligro de que nos preocupe más nuestra fuerza (si es que la tuviéramos), que el mensaje de Dios.

Por todo ello, podemos decir que el núcleo de nuestra identidad y la razón de ser de nuestra vida religiosa es, en definitiva, la experiencia de Dios. Y la pregunta por la calidad de vida en la vida religiosa se convierte, en definitiva, en la pregunta por la calidad de esta experiencia de fe.

Por eso, una vez más debemos ayudarnos, mutuamente, a creer de verdad que es ésta la experiencia en que se fundamenta nuestra vida de Dios en nosotros, o, dicho de otra manera más teológica, nosotros vivimos todo nuestro acontecer, ‘en Dios’. Hermanos, con las palabras con que queramos expresarlo, ... la raíz de nuestra vida salesiana, como toda vida consagrada, es mística, porque, si lo que nos sostiene y lo que nos mueve no es una experiencia real y nutritiva del Señor, todo lo demás no nos llevará muy lejos. Y a diario, los cansancios, las personalidades rotas, los vacíos existenciales —aun creyendo que todo lo vivíamos para Dios— etc., que tan frecuentemente vemos en Hermanos nuestros, es prueba dolorosa, pero irrefutable, de que es así.

Quiera el Señor concedernos el Don de ser, en verdad, más ‘buscadores de Él’ dando pleno sentido a nuestro Ser, primeramente, y, después, a nuestro vivir y hacer.

Aguinaldo 2016

Para nosotros, como creyentes, es un camino de **ESPIRITUALIDAD**, una espiritualidad que se cultiva y se expresa, en las maneras que después diremos.

El mismo Jesús ha recorrido una auténtica “aventura” de apertura al Espíritu. Ha buscado siempre la Voluntad del Padre que en su Espíritu le ha suscitado, acompañado, provocado, guiado...

Don Bosco mismo ha vivido toda su vida abierto al Espíritu porque su deseo era responder a aquello que Dios quería de él, en sí mismo y para sus muchachos. Su mismo camino recorrido en

Chieri, sus búsquedas, fueron una verdadera aventura dejándose guiar por el Espíritu. Este camino le llevó en los años a esa armonía y unidad personal, muy lejos de cualquier fragmentación.

Al igual que sucedió en el Señor Jesús, en María de Nazaret -quien vivió una aventura del Espíritu que era un fiarse de Dios sin saber cuál sería el punto de llegada-, y Don Bosco, para quien su sí al Espíritu fue una verdadera aventura real de vida con increíbles desafíos, nosotros recibimos cada día esa invitación a adentrarnos en un camino en el que podremos dejarnos acompañar, conducir y sorprender por Él. Un camino que tiene mucho de 'aventura' donde no hay certezas, pero en el que el punto de llegada resulta fascinante.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones

60. Con la profesión religiosa nos proponemos vivir la gracia bautismal más plena y radicalmente.

Seguimos a Jesucristo que, virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu.

Por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas, nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio.

- ✧ ¿Amo a Dios por sobre todas las cosas?
- ✧ ¿Mi obediencia es expresión de mi unión con Cristo siempre obediente al Padre?
- ✧ ¿Son los valores del Evangelio los que iluminan mi vida?
- ✧ ¿Son ellos el criterio en mis decisiones y acciones?

64. Nuestro Salvador nos aseguró que había venido a la tierra no para hacer su propia voluntad, sino la voluntad del Padre que está en los cielos .

Por la profesión de obediencia ofrecemos a Dios nuestra voluntad y vivimos, en la Iglesia y en la Congregación, la obediencia de Cristo cumpliendo la misión que nos está confiada. Dóciles al Espíritu y atentos a los signos que Él nos ofrece en los acontecimientos, adoptamos el Evangelio como regla suprema de vida, las Constituciones como camino seguro, y a los superiores y la comunidad como intérpretes diarios de la voluntad de Dios.

- ✧ ¿Busco hacer siempre y en todo la voluntad del Señor como expresión de mi amor a El?
- ✧ ¿Me esfuerzo por ser fiel a la Misión que me ha sido confiada?
- ✧ ¿Me esfuerzo por discernir los signos de los tiempos a la luz de la Palabra de Dios?
- ✧ ¿Leo y medito asiduamente las Constituciones?
- ✧ ¿Participo en el discernimiento comunitario?
- ✧ ¿Soy dócil a las decisiones comunitarias y a mis superiores?

65. En la tradición salesiana, la obediencia y la autoridad se practican con el espíritu de familia y caridad que hace que las relaciones se basen en la estima y la confianza recíproca. El superior orienta, guía y anima, haciendo uso discreto de su autoridad. Todos los hermanos colaboran con una obediencia sincera, diligente y realizada con alegría y humildad . El servicio de la autoridad y la disponibilidad para la obediencia son principio de cohesión - y garantía de

continuidad de la Congregación; para el salesiano son camino de santidad, fuente de energía en el trabajo, de alegría y de paz.

- ✧ ¿Vivo mi obediencia con alegría y fe?
- ✧ ¿Soy disponible a la voluntad del Señor? ¿soy dócil a sus mediaciones?
- ✧ ¿Cultivo una obediencia por fe más que por criterios de simpatía hacia mi superior?
- ✧ Si tengo cargo de responsabilidad en mi comunidad ¿me esfuerzo por vivirlo como servicio a mis hermanos? ¿me preocupo por su crecimiento?

67. El salesiano está llamado a obedecer con espíritu de libertad y responsabilidad, poniendo en ello todas sus fuerzas de inteligencia y de voluntad, así como los dones de naturaleza y gracia. Obedece con fe, y reconoce en el superior una ayuda y un signo que Dios le ofrece para manifestarle su voluntad.

Esta obediencia conduce a la madurez haciendo crecer la libertad de los hijos de Dios.

- ✧ ¿Obedezco con libertad y responsabilidad, y pongo todas mis cualidades para la realización del proyecto comunitario?
- ✧ ¿Obedezco con fe y confío que el Señor me manifiesta su voluntad en mis superiores?
- ✧ ¿Cultivo la libertad interior basada en la oración e intimidad con el Señor?
- ✧ ¿Procuró ayudar a mis hermanos acrecer en el proyecto comunitario, a partir de los aspectos positivos y de aquellos que construyen?

68. Por el voto de obediencia el salesiano se compromete a obedecer a sus legítimos superiores en lo que se refiere a la observancia de las Constituciones.

Cuando se da un precepto expresamente en virtud del voto de obediencia, la obligación de obedecer es grave. Únicamente los superiores mayores y los directores pueden dar tal precepto; háganlo, sin embargo, rara vez, por escrito o ante dos testigos, y sólo cuando lo requiera algún motivo grave.

- ✧ En lo que se refiere a las observancia de las Constituciones ¿Me esfuerzo por ser obediente a mis superiores sin necesidad de llegar a situaciones extremas?
- ✧ Si tengo cargo de responsabilidad ¿Procuró ayudar a mis hermanos a vivir la obediencia con fe y alegría, evitando situaciones extremas?

69. Cada uno pone sus cualidades y dones al servicio de la misión común.

El superior, ayudado por la comunidad, tiene una responsabilidad especial en el discernimiento de tales dones y en favorecer su desarrollo y recto ejercicio.

Si las necesidades concretas de la caridad y del apostolado exigen el sacrificio de deseos y planes de por sí legítimos, el hermano acepta con fe cuanto le pide la obediencia, aunque siempre puede recurrir a la autoridad superior.

Para tomar sobre sí cargos o compromisos, además de los que tiene asignados en la comunidad, pide autorización al superior legítimo.

- ✧ ¿Pongo todas mis cualidades al servicio de la misión de la comunidad?
- ✧ ¿Solicito la autorización de mis superiores para asumir compromisos que no estén contemplados en el proyecto comunitario?
- ✧ ¿Colaboro con mi superior en el discernimiento de la voluntad de Dios en mi vida?

70. Todo hermano, fiel a la recomendación de Don Bosco, mantiene contacto frecuente con su superior por medio del coloquio fraterno.

Es un momento privilegiado de diálogo, que beneficia al hermano y favorece la buena marcha de la comunidad.

En él habla, con confianza, de su vida y actividad y, si lo desea, del estado de su conciencia.

- ✧ ¿Cultivo el coloquio fraterno con mi superior? ¿soy abierto y sincero con él?
- ✧ ¿Cultivo una relación con mi superior por motivaciones de fe, impulsado por la caridad?
- ✧ ¿En este diálogo busco el bien de mis hermanos y el éxito de la misión confiada a la comunidad?
- ✧ Si soy director ¿dedico un tiempo privilegiado para el coloquio fraterno con mis hermanos?

71. En lugar de hacer obras de penitencia - nos dice Don Bosco- hacedlas de obediencia.

A veces la obediencia contraría nuestra inclinación a la independencia y al egoísmo, o puede exigir pruebas difíciles de amor. Es el momento de mirar a Cristo obediente hasta la muerte: Padre mío, si este cáliz no puede pasar sin que yo lo beba, hágase tu voluntad .

El misterio de su muerte y resurrección nos enseña lo fecundo que es, para nosotros, obedecer: el grano que muere en la oscuridad de la tierra, da mucho fruto.

- ✧ En los momentos de dificultad ¿Pongo mi confianza en el Señor que nunca me abandona?
- ✧ ¿Es Jesús mi modelo de entrega a la voluntad del Padre, especialmente cuando debo enfrentar el sufrimiento?
- ✧ ¿Cultivo la donación de mí mismo para el éxito del proyecto comunitario?

119. Al vivir en medio de los jóvenes y en relación constante con los ambientes populares, el salesiano se esfuerza por discernir en los acontecimientos la voz del Espíritu, adquiriendo así

la capacidad de aprender de la vida. Atribuye eficacia formativa a sus actividades ordinarias y aprovecha también los medios de formación que se le brinden.

Durante el tiempo de actividad plena, encuentra ocasiones para renovar el sentido religioso-pastoral de su vida y capacitarse para hacer su trabajo con más competencia.

Se siente, además, llamado a vivir con preocupación formativa cualquier situación, pues la considera tiempo favorable para crecer en su vocación.

- ✧ ¿En mi oración personal, procuro discernir, a la luz de la Palabra de Dios, lo que el Señor me pide en las exigencias cotidianas?
- ✧ ¿Me esfuerzo por realizar la misión encomendada con competencia? ¿me preparo para ello?
- ✧ ¿Siento en las exigencias de la vida cotidiana un llamado del Señor a crecer en mi vocación? ¿respondo con prontitud?

121. La autoridad, en la Congregación, se ejerce en nombre y a imitación de Cristo como servicio a los hermanos según el espíritu de Don Bosco, para buscar y cumplir la voluntad del Padre. Este servicio se ordena a promover la caridad, a coordinar el esfuerzo de todos, a animar, orientar, decidir y corregir, con el fin de que se realice nuestra misión.

De acuerdo con nuestra tradición, las comunidades tienen como guía a un socio sacerdote que, por la gracia del ministerio presbiteral y la experiencia pastoral, sostiene y orienta el espíritu y la acción de los hermanos.

Como indica el derecho, está obligado a emitir la profesión de fe.

- ✧ ¿Acompaño con fe y caridad a mi director en su misión de guía de mi comunidad?
- ✧ ¿Comparto con él mi trabajo pastoral, mis decisiones, mis dificultades?
- ✧ Si soy director ¿promuevo la caridad, acompaño a mis hermanos para que vivan plenamente su vocación salesiana? ¿me esfuerzo por discernir la voluntad de Dios, a la luz de la Palabra del Señor?

123. La vocación común implica la participación responsable y efectiva de todos los miembros en la vida y la acción de la comunidad local, inspectorial y mundial: tanto en el plano de la actuación, como en la programación, organización y revisión, según los respectivos cargos y competencias.

Tal corresponsabilidad exige la participación de los hermanos, según las modalidades más convenientes, en la elección de los responsables del gobierno en sus diversos niveles y en la elaboración de sus decisiones más significativas.

Es deber de quien ejerce la autoridad promover y guiar esta aportación mediante la información adecuada, el diálogo personal y la reflexión comunitaria..

- ✧ ¿Me preocupo de participar activamente en la vida de mi comunidad local e inspectorial?

- ✧ ¿Procuro estar informado de la vida de nuestra comunidad salesiana? ¿lees el ANS, las ACS, la página WEB de la Congregación y de la Inspectoría?
- ✧ ¿Comparto la información con mis hermanos, especialmente en relación a la vida de familia y al proyecto pastoral?
- ✧ Si tengo cargo de responsabilidad ¿Me preocupó que mi comunidad participe activamente, de acuerdo a sus posibilidades, en la vida de la comunidad local, inspectorial, mundial?

124. La autoridad de cualquier género y nivel deja, a la iniciativa de los órganos inferiores y los individuos, lo que éstos puedan decidir y realizar según sus respectivas competencias. De ese modo, se valoriza a las personas y comunidades y se favorece un compromiso más real. El principio de subsidiariedad implica la descentralización. Ésta, a la vez que salvaguarda la unidad, reconoce una conveniente autonomía y una equitativa distribución de poderes entre los diversos órganos de gobierno.

- ✧ Si tengo cargo de autoridad ¿ayudo a los hermanos que me han sido confiados a que participen activamente en la vida de nuestra comunidad? ¿respeto sus roles y competencias? ¿les ayudo a crecer en sus cualidades?

125. La Sociedad salesiana tiene como superior supremo al Sumo Pontífice, a cuya autoridad los socios se someten filialmente aun en virtud del voto de obediencia, estando a su disposición para bien de la Iglesia universal. Acogen con docilidad su magisterio y ayudan a los fieles, especialmente si son jóvenes, a aceptar sus enseñanzas.

- ✧ ¿Me mantengo al día en relación a las enseñanzas del Papa? ¿Leo los documentos magisteriales?
- ✧ ¿Cultivo una adhesión afectiva y efectiva al Papa?
- ✧ ¿Participo activamente en la vida de mi Iglesia local?

126. El Rector Mayor, superior de la Sociedad salesiana, es el sucesor de Don Bosco, el padre y el centro de unidad de la familia salesiana.

Su principal solicitud es promover, en comunión con el Consejo General, la fidelidad constante de los socios al carisma salesiano, para cumplir la misión confiada por el Señor a nuestra Sociedad.

- ✧ ¿Me preocupó de estar al día en relación al Magisterio del Rector Mayor? ¿leo sus cartas?
- ✧ ¿Acepto de buena gana el magisterio del Rector Mayor? ¿Adhiero a él?

146. El Capítulo General es el signo principal de la unidad de la Congregación dentro de su diversidad. Es la reunión fraterna donde los salesianos reflexionan comunitariamente para mantenerse fieles al Evangelio y al carisma del Fundador, y sensibles a las necesidades de los tiempos y los lugares.

Por medio del Capítulo General, toda la Sociedad, dejándose guiar por el Espíritu del Señor, se esfuerza por conocer en un determinado momento de la historia la voluntad de Dios, para servir mejor a la Iglesia.

- ✧ ¿Conozco los documentos del Capítulo General?
- ✧ ¿Me esfuerzo por hacer vida las reflexiones y decisiones que emanan de los Capítulos Generales?
- ✧ ¿Ayudo a que mi comunidad crezca en el conocimiento y adhesión a los Capítulos Generales?

161. Al frente de cada inspectoría se pone a un inspector. Éste ejerce su servicio en unión con el Rector Mayor, con caridad y sentido pastoral, al objeto de formar una comunidad inspectorial fraterna.

Con la ayuda de su Consejo, anima la vida religiosa y la actividad apostólica de la comunidad inspectorial; cuida la formación de los socios, especialmente de los novicios y hermanos jóvenes; dirige y controla la administración de los bienes de la inspectoría y de cada una de las casas.

- ✧ ¿Cultivo una obediencia al P. Inspector por fidelidad a mi vocación?
- ✧ ¿Conozco y soy corresponsable con el proyecto inspectorial?
- ✧ ¿Participo con responsabilidad en las consultas que el P. Inspector me haga para el bien de la Inspectoría (directores, consejeros, asambleas inspectoriales, etc.)
- ✧ ¿Rezo por mis superiores?

170. El capítulo inspectorial es la reunión fraterna donde las comunidades locales refuerzan su sentido de pertenencia a la comunidad inspectorial, mediante la solicitud común por los problemas generales.

Es, asimismo, la asamblea representativa de los hermanos y de las comunidades locales.

Toma decisiones sobre cuanto se refiere a la inspectoría, exceptuada la competencia que las Constituciones y los Reglamentos generales asignan a otros órganos de gobierno.

Las determinaciones del capítulo inspectorial tendrán fuerza obligatoria, cuando las apruebe el Rector Mayor con el consentimiento de su Consejo, salvo lo prescrito en el artículo 171,5 de las Constituciones.

- ✧ ¿Participo comprometidamente en la reflexión que prepara el Capítulo Inspectorial, aportando lo mejor de mí?

- ✧ ¿Participo con responsabilidad en las consultas a las que soy convocado para el mayor éxito del Capítulo Inspectorial?
- ✧ Si me corresponde participar en el Capítulo Inspectorial ¿lo hago con responsabilidad, aportando lo mejor de mí?

175. La comunidad local está constituida por hermanos que habitan en una casa erigida legítimamente, hacen vida en común con unidad de espíritu bajo la autoridad del superior y trabajan corresponsablemente para la misión apostólica.

- ✧ ¿Me mantengo unido a mi comunidad, a su proyecto?
- ✧ ¿Cultivo la corresponsabilidad de la misión comunitaria?
- ✧ ¿Colaboro con mis hermanos de comunidad en el discernimiento de la voluntad de Dios para la planificación de su vida y misión?

176. El superior de cada comunidad recibe el nombre de director.

Es el primer responsable de la vida religiosa, de las actividades apostólicas y de la administración de los bienes.

Con la colaboración de su Consejo, anima y gobierna la comunidad a tenor de las Constituciones y los Reglamentos generales.

- ✧ Si soy director ¿me preocupo de animar a mi comunidad en la fidelidad a nuestro proyecto de vida?
- ✧ ¿Discierno junto a mis hermanos el proyecto de Dios para la comunidad que se me ha confiado?
- ✧ ¿Oro por mis hermanos?

186. La Asamblea de hermanos reúne a todos los salesianos de la comunidad local. La convoca y preside el director para el examen consultivo de las principales cuestiones sobre la vida y las actividades de la comunidad.

Le compete también elegir al delegado para el capítulo inspectorial y a su suplente, así como elegir, cuando sea preciso, a los miembros del Consejo local, en conformidad con el artículo 180 de las Constituciones.

- ✧ Si tengo cargo de responsabilidad ¿Me preocupo de preparar adecuadamente los encuentros comunitarios? ¿Ayudo a una participación activa de mis hermanos?
- ✧ ¿Participo con entusiasmo y alegría de los encuentros comunitarios?
- ✧ ¿Aporto mis riquezas para que estos encuentro sean de crecimiento para todos?
- ✧ ¿Asumo con espíritu de fe y caridad las responsabilidades que ayuden al crecimiento en la fraternidad y en la ejecución del proyecto comunitario?

196. Nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en Don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes.

Como respuesta a la predilección del Señor Jesús, que nos ha llamado por nuestro propio nombre, y guiados por María, acogemos las Constituciones como testamento de Don Bosco, libro de vida para nosotros y prenda de esperanza para los pequeños y los pobres.

Las meditamos en la fe, y nos comprometemos a practicarlas: son para nosotros, discípulos del Señor, un camino que conduce al Amor.

- ✧ ¿En mi oración personal, procuro discernir, a la luz de la Palabra de Dios, lo que el Señor me pide en las exigencias cotidianas?
- ✧ ¿Hago de las Constituciones un texto de meditación para hacerla mi proyecto de crecimiento en el amor al Señor y mis hermanos?
- ✧ ¿Me esfuerzo por vivir lo que las Constituciones me dicen?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

C66. En la comunidad y con miras a la misión, todos obedecemos, aun desempeñando funciones distintas.

Al escuchar la Palabra de Dios y celebrar la Eucaristía, expresamos y renovamos nuestra entrega común a la voluntad divina.

En las cuestiones más importantes buscamos juntos la voluntad del Señor en diálogo fraterno, paciente y con espíritu de corresponsabilidad.

El superior ejerce su autoridad escuchando a los hermanos, estimulando la participación de todos y promoviendo la unión de las voluntades en la fe y en la caridad. Él concluye el momento de la búsqueda en común tomando las decisiones oportunas, que normalmente brotarán de la convergencia de opiniones.

En consecuencia, todos nos comprometemos en su realización, colaborando con lealtad aun cuando no se hayan aceptado nuestros puntos de vista.

- ✧ ¿Buscamos hacer como comunidad la voluntad de Dios, en diálogo fraterno, paciente y corresponsable?
- ✧ ¿Adherimos con espíritu de fe a las decisiones de nuestro superior, fruto del discernimiento comunitario?
- ✧ ¿Participamos activamente en el discernimiento comunitario, buscando por sobre todo la voluntad del Señor?

C69. Cada uno pone sus cualidades y dones al servicio de la misión común.

El superior, ayudado por la comunidad, tiene una responsabilidad especial en el discernimiento de tales dones y en favorecer su desarrollo y recto ejercicio.

Si las necesidades concretas de la caridad y del apostolado exigen el sacrificio de deseos y planes de por sí legítimos, el hermano acepta con fe cuanto le pide la obediencia, aunque siempre puede recurrir a la autoridad superior.

Para tomar sobre sí cargos o compromisos, además de los que tiene asignados en la comunidad, pide autorización al superior legítimo.

- ✧ ¿Tenemos conciencia que nuestra misión es comunitaria? ¿compartimos en comunidad el trabajo educativo pastoral que cada uno realiza?
- ✧ ¿Asumimos los compromisos pastorales de acuerdo con nuestros superiores?
- ✧ ¿Percibimos que en nuestras decisiones nos impulsa el hacer siempre la voluntad del Señor?

C196. Nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en Don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes.

Como respuesta a la predilección del Señor Jesús, que nos ha llamado por nuestro propio nombre, y guiados por María, acogemos las Constituciones como testamento de Don Bosco, libro de vida para nosotros y prenda de esperanza para los pequeños y los pobres.

Las meditamos en la fe, y nos comprometemos a practicarlas: son para nosotros, discípulos del Señor, un camino que conduce al Amor.

- ✧ ¿En nuestra comunidad tenemos un espacio para profundizar el conocimiento y meditación de nuestras Constituciones?
- ✧ ¿En nuestro discernimiento comunitario, hacemos de nuestras Constituciones el criterio de acción de modo que sean un Camino que Conduce al Amor?

R103. El Rector Mayor esté atento a las necesidades de la Iglesia universal, y manténgase en contacto con las inspectorías, las casas y los socios. Estimule la colaboración de todos, promueva reuniones y contactos, y favorezca el conocimiento de las actividades apostólicas de la Congregación en el ámbito de la familia salesiana.

Los socios, por su parte, muestren su amor a Don Bosco y a la Congregación manteniéndose unidos al Rector Mayor y acogiendo sus directrices. Ayúdenle con la oración, con el diálogo y, sobre todo, con la fidelidad a las Constituciones. (C 59,126)

- ✧ ¿En nuestra comunidad dejamos espacio para conocer y meditar las cartas del Rector Mayor?
- ✧ ¿En nuestra comunidad buscamos la forma de aplicar las indicaciones del Rector Mayor, del Inspector, de los Capítulos Generales, Inspectoriales, asambleas?
- ✧ ¿Nos preocupamos de hacer vida el magisterio de nuestros superiores en las obras que animamos?
- ✧ Participamos con corresponsabilidad y generosidad en todas las consultas que nos hacen nuestros superiores (delegados, al capítulo, consejeros, directores, etc.)?

R173. Haga efectiva la corresponsabilidad y colaboración de los hermanos, según el espíritu de familia que quería Don Bosco. Respete sus competencias y, en clima de sana libertad, favorezca el ejercicio de las aptitudes y dotes personales, para lograr el fin común.

Haga funcionar, del modo más oportuno, la Asamblea de hermanos y el Consejo de la comunidad.

Promueva las reuniones que favorezcan la fraternidad, la puesta al día y la distensión. (C 55.176.186.)

- ✧ ¿Tenemos un plan de trabajo comunitario? ¿evaluamos su implementación?
- ✧ ¿Nos hemos comprometido todos, de acuerdo a las capacidades y dones de cada uno, en la elaboración, implementación, y evaluación de nuestra planificación comunitaria?
- ✧ ¿Se reúne periódicamente el Consejo de la Comunidad?

R184. Las principales incumbencias y deberes de la Asamblea de hermanos, en lo que se refiere a la comunidad, son:

1. buscar los medios adecuados para animar la vida religiosa y apostólica;
2. individuar y examinar los problemas más importantes;
3. programar anualmente la vida, las actividades y la puesta al día, y hacer su revisión;
4. tomar parte en la elaboración del proyecto educativo-pastoral;
5. informarse y reflexionar sobre la situación económica, teniendo también en cuenta la pobreza comunitaria;

Se convocará con la frecuencia que determine la misma Asamblea; pero hágase, por lo menos, tres veces al año. (C 186)

- ✧ ¿Procuramos, con nuestro aporte y riqueza personal, que nuestras tardes comunitarias sean un valioso espacio para crecer en nuestra vida fraterna, orante, apostólica?
- ✧ ¿Cuidamos que nuestras tardes comunitarias sean un espacio para poner en práctica lo que nos pide este artículo de nuestros Reglamentos?
- ✧ ¿Cuidamos todas las iniciativas que nos ayuden a construir juntos nuestro proyecto de vida, superando la tentación del individualismo ?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. HABLA SEÑOR QUE TU SIERVO ESCUCHA

1. Motivación

Nuestra obediencia no tiene sentido en sí misma sino como expresión de una relación de amor al Señor. Un amor que nos impulsa a sintonizar completamente con el proyecto salvador del Señor para toda la humanidad. El amor al Señor implica una escucha atenta de su Palabra para discernir su voluntad, y responder con prontitud, como el profeta Isaías: aquí estoy Señor, envíame a mí.

canto: **Jesús, estoy aquí**

Jesús estoy aquí

Jesús qué esperas de mí

mis manos están vacías qué puedo ofrecerte

sólo sé que quiero ser diferente.

Jesús estoy aquí

Jesús qué esperas de mí

mis ojos temen al mirarte, quisiera poder enfrentarte.

Amar como tú amas

sentir como tú sientes

mirar a través de tus ojos, Jesús

Contigo mi camino es difícil

te exiges abrir un nuevo horizonte

en la soledad de mi noche, Jesús.

No, no puedo abandonarte,

Jesús en mi penetraste

me habitaste, triunfaste

y hoy vives en mí.

Amar como tú amas

sentir como tú sientes

mirar a través de tus ojos. Jesús

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo de escucha de su Palabra,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmodia

Antífona: El Señor es nuestro Dios, escuchemos hoy su voz

Salmo 94. Invitación a escuchar la voz del Señor

La obediencia del salesiano es expresión de quien confía plenamente en su Señor, le escucha con un corazón abierto, pronto a hacer su voluntad de amor salvador. Este salmo lo rezaremos entre solista y asamblea (destacado con negrilla)

Venid, aclamemos al Señor,
demostrémosle a la Roca que nos salva;
entremos a su presencia dándole gracias,
aclamándolo con cantos.

**Porque el Señor es un Dios grande,
soberano de todos los dioses:
tiene en su mano las simas de la tierra,
son tuyas las cumbres de los montes;
suyo es el mar, porque él lo hizo,
la tierra firme que modelaron sus manos.**

Venid, postrémonos por tierra,
bendiciendo al Señor, creador nuestro.

**Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.**

Ojalá escuchéis hoy su voz:
«No endurezcáis el corazón como en Meribá,
como el día de Masá en el desierto;
cuando vuestros padres me pusieron a prueba
y dudaron de mí, aunque habían visto mis obras.

Porque él es nuestro Dios,
y nosotros su pueblo,
el rebaño que él guía.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: El Señor es nuestro Dios, escuchemos hoy su voz

Antífona: Escuchemos al Señor, caminemos por sus sendas.

Salmo 80. Solemne renovación de la Alianza

La fidelidad al Señor se expresa en la escucha atenta de su Palabra, y construir la propia vida confiados solamente en Él.

Aclamad a Dios, nuestra fuerza;
dad vítores al Dios de Jacob:

acompañad, tocad los panderos,
las cítaras templadas y las arpas;
tocad la trompeta por la luna nueva,
por la luna llena, que es nuestra fiesta;

porque es una ley de Israel,
un precepto del Dios de Jacob,
una norma establecida para José
al salir de Egipto.

Oigo un lenguaje desconocido:
«Retiré sus hombros de la carga,
y sus manos dejaron la espuerta.

Clamaste en la aflicción, y te libré,
te respondí oculto entre los truenos,
te puse a prueba junto a la fuente de Meribá.

Escucha, pueblo mío, doy testimonio contra ti;
¡ojalá me escuchases, Israel!

No tendrás un dios extraño,
no adorarás un dios extranjero;
yo soy el Señor Dios tuyo,
que te saqué del país de Egipto;
abre tu boca y yo la saciaré.

Pero mi pueblo no escuchó mi voz,
Israel no quiso obedecer:
los entregué a su corazón obstinado,
para que anduviesen según sus antojos.

¡Ojalá me escuchase mi pueblo
y caminase Israel por mi camino!:
en un momento humillaría a sus enemigos
y volvería mi mano contra sus adversarios;

los que aborrecen al Señor te adularían,
y su suerte quedaría fijada;
te alimentaría con flor de harina,
te saciaría con miel silvestre.».

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Escuchemos al Señor, caminemos por sus sendas.

Antífona: Que se haga siempre tu voluntad, Señor

Cántico. Pasión voluntaria de Cristo, obediente al Padre

1Pe 2, 21b-24

Cristo padeció por nosotros
dejándonos un ejemplo
para que sigamos sus huellas.

El no cometió pecado
ni encontraron engaño en su boca;
cuando le insultaban,
no devolvía el insulto;
en su pasión no profería amenazas;
al contrario,
se ponía en manos del que juzga justamente.

Cargado con nuestros pecados subió al leño,
para que, muertos al pecado,
vivamos para la justicia.
Sus heridas nos han curado.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Que se haga siempre tu voluntad, Señor

4. Palabra de Dios

Del Primer libro de Samuel (3, 1-18)

El joven Samuel servía al Señor en la presencia de Elí. La palabra del Señor era rara en aquellos días, y la visión no era frecuente.

Un día, Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos comenzaban a debilitarse y no podía ver. La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el Templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. El Señor llamó a Samuel, y él respondió: "Aquí estoy". Samuel fue corriendo adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Pero Elí le dijo: "Yo no te llamé; vuelve a acostarte". Y él se fue a acostar.

El Señor llamó a Samuel una vez más. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Elí le respondió: "Yo no te llamé, hijo mío; vuelve a acostarte". Samuel aún no conocía al Señor, y la palabra del Señor todavía no le había sido revelada.

El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Entonces Elí comprendió que era el Señor el que llamaba al joven, y dijo a Samuel: "Ve a acostarte, y si alguien te llama, tú dirás: Habla, Señor, porque tu servidor escucha". Y Samuel fue a acostarse en su sitio.

Entonces vino el Señor, se detuvo, y llamó como las otras veces: "¡Samuel, Samuel!". Él respondió: "Habla, porque tu servidor escucha". El Señor dijo a Samuel: "Mira, voy a hacer una cosa en Israel, que a todo el que la oiga le zumbarán los oídos. Aquel día, realizaré contra Elí todo lo que dije acerca de su casa, desde el comienzo hasta el fin. Yo le anuncié que condeno a su casa para siempre a causa de su iniquidad, porque él sabía que sus hijos maldecían a Dios, y no los reprendió. Por eso, juro a la casa de Elí: jamás será expiada la falta de su casa, ni con sacrificios ni con oblaciones".

Samuel se quedó acostado hasta la mañana. Después abrió las puertas de la Casa del Señor, pero no se atrevía a contar la visión a Elí. Entonces Elí lo llamó y le dijo: "Samuel, hijo mío". "Aquí estoy", respondió él. Elí preguntó: "¿Qué es lo que te ha dicho? Por favor, no me ocultes nada. Que Dios te castigue, si me ocultas algo de lo que él te dijo". Samuel le contó todo, sin ocultarle nada. Elí exclamó: "Él es el Señor; que haga lo que mejor le parezca".

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, modelo de disponibilidad a la voluntad de Dios, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y por llamarnos a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

7. Preces

P. Glorifiquemos al Señor que nos ha llamado a la vida salesiana, y supliquémosle:

Padre, que has dicho: "este es mi Hijo amado, escúchenlo.
haz que en los juicios, en las palabras y acciones nos inspiremos siempre en el Evangelio.

Señor, que has escrito en nuestro corazón la regla suprema del amor.
concédenos vivir una vida de permanente escucha de tu Palabra y de entrega por amor a
nuestros hermanos.

Tú Señor que nos has reunido en comunidad

danos la alegría de ayudarnos fraternalmente a hacer siempre tu voluntad de amor.

Tú que, como a María, nos has llamado a la obediencia de la Fe.

haz que no nos limitemos a escucha tu Palabra, sino a vivirla con toda nuestra vida.

intenciones libres

Padre nuestro

- P. Te alabamos y te bendecimos Señor porque nos llamas e iluminas nuestra vida con tu Palabra. Ella nos guía en nuestro servicio educativo pastoral que nos has encomendado. Haz que meditándola cada día con apertura de corazón, por la gracia del Espíritu Santo, la pongamos en práctica y demos testimonio de tu amor.
Por Jesucristo nuestro Señor.

8. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.

Dios te salve María...

- P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. JESUS, OBEDIENTE AL PADRE

1. Motivación

Jesús ama al Padre con todo su corazón, confía plenamente en El, y su proyecto es el proyecto del Padre, su alimento es hacer su voluntad, hasta las últimas consecuencias: amar hasta dar la vida, en la cruz. Don Bosco, busco hacer la voluntad del Padre, entregando toda su vida por los jóvenes a quienes el Señor le había enviado a servir, también en la cruz de cada día.

canto: EN MI GETSEMANI

Para que mi amor no sea un sentimiento
tan sólo de deslumbramiento pasajero
para no gastar mis palabras más mías,
ni vaciar de contenido mi te quiero.

Quiero hundir más hondo mi raíz en Ti
y cimentar en solidez éste mi afecto,
pues mi corazón que es inquieto y es frágil
sólo acierta si se abraza a tu proyecto.

**Más allá de mis miedos,
más allá de mi inseguridad,
quiero darte mi respuesta.
Aquí estoy para hacer tu voluntad,
para que mi amor sea decirte sí
hasta el final.**

Duermen su sopor y temen en el huerto
ni sus amigos acompañan al maestro,
si es hora de cruz, es de fidelidades
pero el mundo nunca quiere aceptar esto.

Dame comprender Señor tu amor tan puro,
amor que persevera en cruz, amor perfecto,
dame ser te fiel cuando todo está oscuro,
para que mi amor no sea un sentimiento.

**Más allá de mis miedos,
más allá de mi inseguridad,
quiero darte mi respuesta.
Aquí estoy para hacer tu voluntad,**

**para que mi amor sea decirte sí
hasta el final.**

No es en las palabras ni es en las promesas
donde la historia tiene su motor secreto,
solo es el amor, en la cruz madurado,
el amor que mueve a todo el universo.

Pongo mi pequeña vida hoy en tus manos
por sobre mis seguridades y mis miedos,
y para elegir tu querer y no el mío
hazme en mi Getsemaní fiel y despierto.

**Más allá de mis miedos,
más allá de mi inseguridad,
quiero darte mi respuesta.
Aquí estoy para hacer tu voluntad,
para que mi amor sea decirte sí
hasta el final.**

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su intimidad,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Antífona: Mi alegría es seguir tus preceptos, Señor

Salmo 118 I. La Palabra del Señor es vida

Alabar al Señor con corazón sincero, es poner toda la vida en sus manos, y amar como Él ama, viviendo en plenitud su mandamiento de amor.

Dichoso el que, con vida intachable,
camina en la voluntad del Señor;
dichoso el que, guardando sus preceptos,
lo busca de todo corazón;
el que, sin cometer iniquidad,
anda por sus senderos.

Tú promulgas tus decretos
para que se observen exactamente.
Ojalá esté firme mi camino,
para cumplir tus consignas;
entonces no sentiré vergüenza
al mirar tus mandatos.

Te alabaré con sincero corazón
cuando aprenda tus justos mandamientos.
Quiero guardar tus leyes exactamente,
tú, no me abandones.

¿Cómo podrá un joven andar honestamente?
Cumpliendo tus palabras.
Te busco de todo corazón,
no consientas que me desvíe de tus mandamientos.
En mi corazón escondo tus consignas,
así no pecaré contra ti.

Bendito eres, Señor,
enséñame tus leyes.
Mis labios van enumerando
los mandamientos de tu boca;
mi alegría es el camino de tus preceptos,
más que todas las riquezas.

Medito tus decretos,
y me fijo en tus sendas;
tu voluntad es mi delicia,
no olvidaré tus palabras.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Mi alegría es seguir tus preceptos, Señor

Antífona: Tus preceptos son mi delicia, Señor

Salmo 118 II.

Haz bien a tu siervo: viviré
y cumpliré tus palabras;
ábreme los ojos y contemplaré
las maravillas de tu voluntad;
soy un forastero en la tierra:
no me ocultes tus promesas.

Mi alma se consume, deseando
continuamente tus mandamientos;
reprendes a los soberbios,
infelices los que se apartan de tus mandatos;
aleja de mí las afrentas y el desprecio,
porque observo tus preceptos.

Aunque los nobles se sientan a murmurar de mí,
tu siervo medita tus leyes;
tus preceptos son mi delicia,
tus decretos son mis consejeros.

Mi alma está pegada al polvo:
reanímame con tus palabras;
te expliqué mi camino, y me escuchaste:
enséñame tus leyes;
instrúyeme en el camino de tus decretos,
y meditaré tus maravillas.

Mi alma llora de tristeza,
consuélame con tus promesas;
apártame del camino falso,
y dame la gracia de tu voluntad;
escogí el camino verdadero,
deseé tus mandamientos.

Me apegué a tus preceptos,
Señor, no me defraudes;
correré por el camino de tus mandatos
cuando me ensanches el corazón.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tus preceptos son mi delicia, Señor

Antífona: Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad

Cántico. Cristo, siervo de Dios, en su misterio pascual

Fil. 2,6-11

Cristo, a pesar de su condición divina,
no hizo alarde de su categoría de Dios,
al contrario, se anonadó a sí mismo,
y tomó la condición de esclavo,
pasando por uno de tantos.

Y así, actuando como un hombre cualquiera,
se rebajó hasta someterse incluso a la muerte
y una muerte de cruz.

Por eso Dios lo levantó sobre todo
y le concedió el «Nombre-sobre-todo-nombre»;
de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble
en el cielo, en la tierra, en el abismo
y toda lengua proclame:
Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Aquí estoy Señor, para hacer tu voluntad

4. Palabra de Dios

Del Evangelio según San Mateo (26, 36-46)

Cuando Jesús llegó con sus discípulos a una propiedad llamada Getsemaní, les dijo: "Quédense aquí, mientras yo voy allí a orar". Y llevando con él a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse y a angustiarse. Entonces les dijo: "Mi alma siente una tristeza de muerte. Quédense aquí, velando conmigo". Y adelantándose un poco, cayó con el rostro en tierra, orando así: "Padre mío, si es posible, que pase lejos de mí este cáliz, pero no se haga mi voluntad, sino la tuya".

Después volvió junto a sus discípulos y los encontró durmiendo. Jesús dijo a Pedro: "¿Es posible que no hayan podido quedarse despiertos conmigo, ni siquiera una hora? Estén prevenidos y oren para no caer en la tentación, porque el espíritu está dispuesto, pero la carne es débil". Se alejó por segunda vez y suplicó: "Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo lo beba, que se haga tu voluntad".

Al regresar los encontró otra vez durmiendo, porque sus ojos se cerraban de sueño. Nuevamente se alejó de ellos y oró por tercera vez, repitiendo las mismas palabras. Luego volvió junto a sus discípulos y les dijo: "Ahora pueden dormir y descansar: ha llegado la hora en que el Hijo del hombre va a ser entregado en manos de los pecadores. ¡Levántense! ¡Vamos! Ya se acerca el que me va a entregar".

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Preces

P. El Señor nos ha enseñado a orar confiadamente en el amor del Padre, pidiendo que se haga su voluntad, que su Reino de amor esté presente en medio nuestro. Hagamos nuestra la oración de Jesús.

L. "Les aseguro que el que escucha mi palabra y cree en aquel que me ha enviado, tiene Vida eterna y no está sometido al juicio, sino que ya ha pasado de la muerte a la Vida". (Juan 5, 24)

A. Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya.

L. "Nada puedo hacer por mí mismo. Yo juzgo de acuerdo con lo que oigo, y mi juicio es justo, porque lo que yo busco no es hacer mi voluntad, sino la de aquel que me envió". (Juan 5, 30)

A. Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya.

L. "Mi comida es hacer la voluntad de aquel que me envió y llevar a cabo su obra". (Juan 4, 34)

A. Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya.

L. "El que recibe mis mandamientos y los cumple, ese es el que me ama; y el que me ama será amado por mi Padre, y yo lo amaré y me manifestaré a él" (Juan 14, 21).

A. Padre, que no se haga mi voluntad sino la tuya.

Padre nuestro

P. Padre Santo,
manda tu Espíritu de amor y de verdad,
para que con su fuerza
y sostenidos por nuestros hermanos,
podamos leer, a la luz de nuestras Constituciones,
los signos múltiples y complejos de tu santa voluntad,
y la vivamos plenamente
uniendo la obediencia con la libertad
a imitación de tu hijo obediente hasta la muerte por nuestra salvación.
El que vive y reina por los siglos de los siglos. Amén

8. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,

la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. PADRES DE LA IGLESIA	6
3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	8
Perfectae Caritatis	8
Prebyterorum ordinis.....	9
Redemptionis donum (Juan Pablo II).....	10
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa	11
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	12
La vida fraterna en comunidad	13
Caminar desde Cristo	13
Ecclesia in America (Juan Pablo II)	14
Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI)	15
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	16
Encíclica Laudato Si (Francisco)	16
4. MAGISTERIO SALESIANO	17
Don Bosco.....	17
Capítulos Generales.....	20
Capítulo General 21.....	20
Capítulo General 25.....	21
Capítulo General 26.....	22
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	23
Rectores Mayores	24
Don Juan Vecchi.....	24
Don Pascual Chávez	36
Ángel Fernández.....	44
SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA.....	46
1. Scrutinium personal.....	47
2. Scrutinium Comunitario	54
TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS.....	58
1. HABLA SEÑOR QUE TU SIERVO ESCUCHA.....	59

2. JESUS, OBEDIENTE AL PADRE.....67

Scrutinium Orationis

Scrutinium Orationis

Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza.
Instrúyanse en la verdadera sabiduría,
corrigiéndose los unos a los otros.
Canten a Dios con gratitud y de todo corazón
salmos, himnos y cantos inspirados.
Todo lo que puedan decir o realizar,
háganlo siempre en nombre del Señor Jesús,
dando gracias por él a Dios Padre.
(Col. 3, 16-17)

Dócil al Espíritu Santo,
Don Bosco vivió la experiencia de una oración humilde,
llena de confianza y apostólica,
que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida...
La oración salesiana es gozosa y creativa, sencilla y profunda;
se abre a la participación comunitaria,
conecta con la vida y en ella se prolonga.
(Cons. 86)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Jesús recorría todas las ciudades y los pueblos, enseñando en sus sinagogas, proclamando la Buena Noticia del Reino y curando todas las enfermedades y dolencias. Al ver a la multitud, tuvo compasión, porque estaban fatigados y abatidos, como ovejas que no tienen pastor. Entonces dijo a sus discípulos: "La cosecha es abundante, pero los trabajadores son pocos. Rueguen al dueño de los sembrados que envíe trabajadores para su cosecha". (Mto. 9, 35-38)

En esos días, Jesús se retiró a una montaña para orar, y pasó toda la noche en oración con Dios. Cuando se hizo de día, llamó a sus discípulos y eligió a doce de ellos, a los que dio el nombre de Apóstoles. (Lc. 6, 12-13)

Un día en que Jesús oraba a solas y sus discípulos estaban con él, les preguntó: "¿Quién dice la gente que soy yo?". Ellos le respondieron: "Unos dicen que eres Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, alguno de los antiguos profetas que ha resucitado". Pero ustedes, les preguntó, ¿quién dicen que soy yo?". Pedro, tomando la palabra, respondió: "Tú eres el Mesías de Dios". Y él les ordenó terminantemente que no lo dijeran a nadie. (Lc. 9, 18)

"Entonces quitaron la piedra, y Jesús, levantando los ojos al cielo, dijo: "Padre, te doy gracias porque me oíste. Yo sé que siempre me oyes, pero lo he dicho por esta gente que me rodea, para que crean que tú me has enviado". (Jn 11, 41-42)

"Y yo rogaré al Padre, y él les dará otro Paráclito para que esté siempre con ustedes: el Espíritu de la Verdad, a quien el mundo no puede recibir, porque no lo ve ni lo conoce. Ustedes, en cambio, lo conocen, porque él permanece con ustedes y estará en ustedes". (Jn. 14, 16-17)

"Simón, Simón, mira que Satanás ha pedido poder para zarandearlos como el trigo, pero yo he rogado por tí, para que no te falte la fe. Y tú, después que hayas vuelto, confirma a tus hermanos". (Lc. 22, 31-32)

"Después Jesús les enseñó con una parábola que era necesario orar siempre sin desanimarse: "En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres; y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciéndole: "Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario". Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: "Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente a fastidiarme" (Lc. 18, 1-5)

También les aseguro que si dos de ustedes se unen en la tierra para pedir algo, mi Padre que está en el cielo se lo concederá. Porque donde hay dos o tres reunidos en mi Nombre, yo estoy presente en medio de ellos". (Mto. 18, 19-20)

"Por eso les digo: Cuando pidan algo en la oración, crean que ya lo tienen y lo conseguirán. Y cuando ustedes se pongan de pie para orar, si tienen algo en contra de alguien, perdónenlo, y el Padre que está en el cielo les perdonará también sus faltas". (Mc. 11, 24-25)

"Y yo haré todo lo que ustedes pidan en mi Nombre, para que el Padre sea glorificado en el Hijo. Si ustedes me piden algo en mi Nombre, yo lo haré". (Jn 14, 13-14)

"Si ustedes permanecen en mí y mis palabras permanecen en ustedes, pidan lo que quieran y lo obtendrán". (Jn. 15, 7)

"Les aseguro que todo lo que pidan al Padre, él se lo concederá en mi Nombre. Hasta ahora, no han pedido nada en mi Nombre. Pidan y recibirán, y tendrán una alegría que será perfecta". (Jn. 16, 23b-24)

" Eleven constantemente toda clase de oraciones y súplicas, animados por el Espíritu. Dedíquense con perseverancia incansable a interceder por todos los hermanos, y también por mí, a fin de que encuentre palabras adecuadas para anunciar resueltamente el misterio del Evangelio, del cual yo soy embajador en medio de mis cadenas. ¡Así podré hablar libremente de él, como debo hacerlo!". (Ef. 6, 18-20)

"Cuando se reúnan, reciten salmos, himnos y cantos espirituales, cantando y celebrando al Señor de todo corazón. Siempre y por cualquier motivo, den gracias a Dios, nuestro Padre, en nombre de nuestro Señor Jesucristo". (Ef. 5, 19-20)

" El dirigió durante su vida terrena súplicas y plegarias, con fuertes gritos y lágrimas, a aquel que podía salvarlo de la muerte, y fue escuchado por su humilde sumisión". (Hb 5, 7)

"En primer lugar, doy gracias a mi Dios por medio de Jesucristo, a causa de todos ustedes, porque su fe es alabada en el mundo entero. Dios, a quien tributo un culto espiritual anunciando la Buena Noticia de su Hijo, es testigo de que yo los recuerdo constantemente, pidiendo siempre en mis oraciones que pueda encontrar, si Dios quiere, la ocasión favorable para ir a visitarlos". (Rom 1, 8-10)

"Igualmente, el mismo Espíritu viene en ayuda de nuestra debilidad porque no sabemos orar como es debido; pero el Espíritu intercede por nosotros con gemidos inefables. Y el que sondea los corazones conoce el deseo del Espíritu y sabe que su intercesión en favor de los santos está de acuerdo con la voluntad divina". (Rom 8, 26-27)

"Todos los que son conducidos por el Espíritu de Dios son hijos de Dios. Y ustedes no han recibido un espíritu de esclavos para volver a caer en el temor, sino el espíritu de hijos adoptivos, que nos hace llamar a Dios ¡Abba!, es decir, ¡Padre!". (Rom 8, 14-15)

"Pensando en esto, rogamus constantemente por ustedes a fin de que Dios los haga dignos de su llamado, y lleve a término en ustedes, con su poder, todo buen propósito y toda acción inspirada en la fe. Así *el nombre del Señor Jesús será glorificado* en ustedes, y ustedes en él, conforme a la gracia de nuestro Dios y del Señor Jesucristo". (2Tes. 11-12)

"No dejo de dar gracias a Dios siempre que me acuerdo de ti en mis oraciones, 5 porque he oído hablar del amor y de la fe que manifiestas hacia el Señor Jesús y en favor de todos los santos". (Flm. 4-5)

"También los saluda Epafras, su compatriota, este servidor de Cristo Jesús que ora incansablemente por ustedes, para que se mantengan firmes en la perfección, cumpliendo plenamente la voluntad de Dios". (Col. 4, 12)

"Que la Palabra de Cristo resida en ustedes con toda su riqueza. Instrúyanse en la verdadera sabiduría, corrigiéndose los unos a los otros. Canten a Dios con gratitud y de todo corazón salmos, himnos y cantos inspirados. Todo lo que puedan decir o realizar, háganlo siempre en nombre del Señor Jesús, dando gracias por él a Dios Padre". (Col 3, 16-17)

"Ustedes también nos ayudarán con su oración, y de esa manera, siendo muchos los que interceden por nosotros, también serán muchos los que darán gracias por el beneficio recibido". (2Cor 1, 11)

"Tenemos plena confianza de que Dios nos escucha si le pedimos algo conforme a su voluntad. Y sabiendo que él nos escucha en todo lo que le pedimos, sabemos que ya poseemos lo que le hemos pedido. (1 Jn. 5, 14-15)

2. PADRES DE LA IGLESIA

"El santo abba Antonio, mientras vivía en el desierto, cayó en la acedia y se oscurecieron sus pensamientos. Dijo a Dios: "Señor, quiero salvar mi alma, pero los pensamientos no me dejan. ¿Qué he de hacer en mi aflicción? ¿Cómo me salvaré?". Poco después, cuando se levantaba para irse, vio Antonio a un hombre como él, trabajando sentado, que se levantaba de su trabajo para orar, y sentábase de nuevo para trenzar una cuerda, y se alzaba para orar, y era un ángel del Señor, enviado para corregir y consolar a Antonio. Y oyó al ángel que le decía: "Haz esto y serás salvo". Al oír estas palabras sintió mucha alegría y fuerza, y obrando de esa manera se salvó". (San Antonio Abad).

Le preguntaron también los hermanos: "Entre todas las virtudes cuál exige mayor esfuerzo?". Les dijo: "Perdonadme, creo que no hay trabajo igual al de orar a Dios. Cada vez que el hombre quiere orar, los enemigos se esfuerzan por impedirselo, pues saben que sólo los detiene la oración a Dios. En toda obra buena que emprenda el hombre, llegará al descanso si persevera en ella, pero en la oración se necesita combatir hasta el último suspiro". (Abad Agatón)

"Veneramos al Creador de este universo, de quien afirmamos como lo hemos aprendido que no necesita víctimas sangrientas, ni libaciones, ni incienso; Lo alabamos lo más que podemos, mediante el lenguaje de la oración, y agradeciendo todo cuanto se nos procura; ya que hemos aprendido que la única manera de honrarlo, digna de El, no consiste en consumir por el fuego los bienes que El produce para nuestra subsistencia, sino en usarlos para nosotros mismos y procurárselos a los indigentes; consiste en ofrecerle solemnidades e himnos, expresando con la palabra nuestro reconocimiento por haber recibido de El la vida, todos los medios de acrecentar el vigor de ésta, las cualidades distintivas de las clases de seres, y el sucederse de las estaciones; también dirigimos a El nuestras súplicas para alcanzar, cuando nos corresponda, la inmortalidad, en razón de la fe que en El depositamos". (S. Justino)

"La actividad que le conviene a la dignidad de la inteligencia es la oración; o dicho de otro modo, es el más adecuado y mejor empleo de ésta". (Evagrio del Ponto)

"Cuando, por el 'deseo ardiente' del amor, la 'inteligencia' emigra hacia Dios, entonces ella ya no siente en absoluto a ningún ser. Iluminada del todo por la infinita luz de Dios, queda insensible a cuanto El ha creado; así como el ojo no ve ya las estrellas al levantarse el sol. Todas las virtudes ayudan a la 'inteligencia' a llegar al 'deseo ardiente' de Dios; pero más que ninguna, la oración pura. Gracias a ella, elevándose hacia Dios como sobre alas, la 'inteligencia' se desprende de todos los seres. Y cuando la 'inteligencia', arrebatada de amor por el conocimiento de Dios, y desprendida de los seres, percibe la infinitud divina, entonces, atemorizada como el divino Isaías, toma conciencia de su propia bajeza y es llevada a decir las palabras del profeta: «¡Ay de mí! Estoy perdido. Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros. ¡Y con mis ojos he visto al Rey, al Señor de las Potencias!» (Isaías 6,5)" (Máximo el Confesor)

«Nada hay mejor que la oración y coloquio con DiosMe refiero, claro está, a aquella oración que no se hace por rutina, sino de corazón, que no queda circunscrita a unos determinados momentos, sino que se prolonga sin cesar día y noche».

«La oración es luz del alma, verdadero conocimiento de Dios, mediadora entre Dios y los hombres. Por ella nuestro espíritu, elevado hasta el cielo, abraza a Dios con abrazos inefables; por ella nuestro espíritu espera el cumplimiento de sus propios anhelos y recibe unos bienes que superan todo lo natural y visible».

«La oración no es el efecto de una actitud exterior, sino que procede del corazón. No se reduce a unas horas o momentos determinados, sino que está en continua actividad, lo mismo de día que de noche. No hay que contentarse con orientar a Dios el pensamiento cuando se dedica exclusivamente a la oración; sino que, aun cuando se encuentre absorbida por otras preocupaciones (...) hay que sembrarlas del deseo y el recuerdo de Dios». (S. Juan Crisóstomo)

"Cuando oráis a Dios con salmos e himnos, que sienta el corazón lo que profiere la voz". "Tu deseo es tu oración; si el deseo es continuo, continua también es la oración. No en vano dijo el Apóstol: Orad sin cesar. ¿Acaso sin cesar nos arrodillamos, nos prosternamos, elevamos nuestras manos,

para que pueda afirmar: Orad sin cesar? Si decimos que sólo podemos orar así, creo que es imposible orar sin cesar. Pero existe otra oración interior y continua, que es el deseo. Cualquier cosa que hagas, si deseas aquel reposo sabático, no interrumpes la oración. Si no quieres dejar de orar, no interrumpas el deseo. Tu deseo continuo es tu voz, es decir, tu oración continua. Callas cuando dejas de amar. ¿Quiénes se han callado? Aquellos de quienes se ha dicho: Al crecer la maldad, se enfriará el amor en la mayoría. La frialdad en el amor es el silencio del corazón; el fervor del amor es el clamor del corazón. Mientras la caridad permanece, estás clamando siempre; si clamas siempre deseas siempre; y, si deseas, te acuerdas de aquel reposo. Todo mi deseo está en tu presencia. ¿Qué sucederá delante de Dios está el deseo y no el gemido? Pero ¿cómo va a ocurrir esto, si el gemido es la voz del deseo? Por eso añade el salmo: No se te ocultan mis gemidos. Para ti no están ocultos; sin embargo, para muchos hombres lo están. Algunas veces el humilde siervo de Dios afirma: No se te ocultan mis gemidos. De vez e cuando puede advertirse que también sonrío el siervo de Dios: ¿puede acaso, por su risa, deducirse que murió en su corazón aquel deseo? Si tu deseo está en tu interior también lo está el gemido; quizá el gemido no llega siempre a los oídos del hombre, pero jamás se aparta de los oídos de Dios". (S. Agustín)

"A más de otras enseñanzas y preceptos divinos, con los cuales encaminó a su pueblo a la salvación, Cristo nos enseñó también la forma de orar, él mismo nos inculcó y enseñó las cosas que hemos de pedir. Quien nos dio la vida nos enseñó también a orar, con aquella misma benignidad con que se dignó dar y conferir los demás dones, para que, al hablar ante el Padre con la misma oración que el Hijo enseñó, más fácilmente seamos escuchados.

El Señor había ya predicho que se acercaba la hora en que los verdaderos adoradores adorarían al Padre en espíritu y en verdad; y cumplió lo que antes había prometido, de manera que nosotros, que por su santificación hemos recibido el espíritu y la verdad, también por su enseñanza podamos adorar en verdad y en espíritu.

¿Pues qué otra oración en espíritu puede haber fuera de la que nos fue dada por Cristo, el mismo que nos envió el Espíritu Santo? ¿Qué otra plegaria puede haber que sea en verdad ante el Padre, sino la pronunciada por boca del Hijo, que es la misma verdad? Hasta tal punto, que orar de manera distinta de la que él nos enseñó no sólo es ignorancia, sino también culpa, ya que él mismo dijo: Anuláis el mandamiento de Dios por seguir vuestras tradiciones.

Oremos, pues, hermanos muy amados, tal como Dios, nuestro maestro, nos enseñó. A Dios le resulta familiar y aceptable la oración, cuando oramos con la que es suya, cuando llega a sus oídos la oración del mismo Cristo". (s. Cipriano)

"Donde está el corazón del hombre, allí está también su tesoro; pues Dios no acostumbra a negar la dádiva buena a los que se la piden. Por eso, porque Dios es bueno y porque es bueno sobre todo para los que esperan en él, adherámonos a él, unámonos a él con toda el alma, con todo el corazón, con todas nuestras fuerzas, para estar así en su luz y ver su gloria y gozar del don de los deleites celestiales; elevemos nuestro corazón y permanezcamos y vivamos adheridos a este bien que supera todo lo que podamos pensar o imaginar y que confiere una paz y tranquilidad perpetuas, esta paz que está por encima de toda aspiración de nuestra mente". (S. Ambrosio)

"La oración es una ofrenda espiritual que ha eliminado los antiguos sacrificios. ¿Qué me importa -dice- el número de vuestros sacrificios? Estoy harto de holocaustos de carneros, de grasa de becerros; la sangre de toros, corderos y chivos no me agrada. ¿Quién pide algo de vuestras manos? El Evangelio nos enseña qué es lo que pide el Señor: Llega la hora -dice- en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Porque Dios es espíritu y, por esto, tales son los adoradores que busca. Nosotros somos los verdaderos adoradores y verdaderos sacerdotes, ya que, orando en espíritu, ofrecemos el sacrificio espiritual de la oración, la ofrenda adecuada y agradable a Dios, la que él pedía, la que él preveía". (Tertuliano)

3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Sacrosanctum Concilium

10. "No obstante, la Liturgia es la cumbre a la cual tiende la actividad de la Iglesia y al mismo tiempo la fuente de donde mana toda su fuerza. Pues los trabajos apostólicos se ordenan a que, una vez hechos hijos de Dios por la fe y el bautismo, todos se reúnan para alabar a Dios en medio de la Iglesia, participen en el sacrificio y coman la cena del Señor. Por su parte, la Liturgia misma impulsa a los fieles a que, saciados "con los sacramentos pascuales", sean "concordes en la piedad"; ruega a Dios que "conserven en su vida lo que recibieron en la fe", y la renovación de la Alianza del Señor con los hombres en la Eucaristía enciende y arrastra a los fieles a la apremiante caridad de Cristo. Por tanto, de la Liturgia, sobre todo de la Eucaristía, mana hacia nosotros la gracia como de su fuente y se obtiene con la máxima eficacia aquella santificación de los hombres en Cristo y aquella glorificación de Dios, a la cual las demás obras de la Iglesia tienden como a su fin".

90. "El Oficio divino, en cuanto oración pública de la Iglesia, es, además, fuente de piedad y alimento de la oración personal. Por eso se exhorta en el Señor a los sacerdotes y a cuantos participan en dicho Oficio, que al rezarlo, la mente concuerde con la voz, y para conseguirlo mejor adquieran una instrucción litúrgica y bíblica más rica, principalmente acerca de los salmos".

Perfectae Caritatis

6. "Por esta razón los miembros de los Institutos, bebiendo en los manantiales auténticos de la espiritualidad cristiana, han de cultivar con interés constante el espíritu de oración y la oración misma. En primer lugar, manejen cotidianamente la Sagrada Escritura para adquirir en la lectura y meditación de los sagrados Libros "el sublime conocimiento de Cristo Jesús".

Fieles a la mente de la Iglesia, celebren la sagrada Liturgia y, principalmente, el sacrosanto Misterio de la Eucaristía no sólo con los labios, sino también con el corazón, y sacien su vida espiritual en esta fuente inagotable. Alimentados así en la mesa de la Ley divina y del sagrado Altar, amen fraternalmente a los miembros de Cristo, reverencien y amen con espíritu filial a sus pastores y vivan y sientan más y más con la Iglesia y conságrense totalmente a su misión".

Mutuae relationes

16. "La misión, que tiene en el Padre su origen, está exigiendo a cada uno de los enviados que explicita la conciencia de su caridad en el diálogo de la oración. De ahí que, en estos tiempos de renovación apostólica, como siempre por lo demás, cuando se trata de una tarea apostólica, el primer lugar se ha de dar a la contemplación de Dios, a la meditación de su designio de salvación y a la reflexión sobre los signos de los tiempos a la luz del Evangelio, de suerte que la oración se alimente y robustezca en calidad y frecuencia.

Es sin duda una necesidad apremiante, para todos, el tener en gran consideración la oración y el recurrir a ella.

Los Obispos y sus colaboradores, los Presbíteros (cfr. LG 25; 27; 28; 41) dedicados a la oración y al ministerio de la palabra (Act. 6, 4), dispensadores de los misterios de Dios (1 Cor. 4, 1) pongan todo su empeño en que aquellos que les han sido confiados vivan concordes en la oración y, mediante la recepción de los sacramentos, crezcan en gracia y sean fieles testigos del Señor (CD 15).

Los religiosos, por su parte, habiendo sido llamados a ser como profesionales de la oración (Pablo VI, 28.X.1966) a Dios... ante todo busquen y amen y, en cualesquiera situaciones, esfuércense en fomentar la vida escondida con Cristo en Dios (Col. 3, 3), de donde procede y apremia el amor del prójimo (PC 6).

Por disposición de la divina Providencia, no pocos fieles sienten hoy día un impulso interior que les lleva a reunirse, a escuchar el Evangelio, meditar profundamente y contemplar con mayor elevación. Por ello, en vista de la eficacia misma de la misión, es absolutamente indispensable que todos, y antes que nadie los Pastores, se dediquen a la oración; asimismo es necesario que los Institutos religiosos conserven íntegra su propia forma de entrega a Dios, tanto promoviendo la noble misión que en este campo llevan a cabo las comunidades de vida contemplativa, como haciendo que los religiosos dedicados a la acción apostólica cultiven su propia íntima unión con Dios y den testimonio de ella abiertamente (cfr. PC 8)".

Dimensión contemplativa de la vida religiosa

5. "La oración es el aliento indispensable de toda dimensión contemplativa: en estos tiempos de renovación apostólica como siempre por lo demás, cuando se trata de una tarea apostólica, el primer lugar se ha de dar a la contemplación de Dios, a la meditación de su plan de salvación

y a la reflexión sobre los signos de los tiempos a la luz del Evangelio, de suerte que la oración pueda alimentarse y crecer en calidad y en frecuencia.

De este modo la oración, abierta a la realidad de la creación y de la historia, se convierte en reconocimiento, adoración y alabanza constante de la presencia de Dios en el mundo y en su historia, eco de una vida solidaria con los hermanos, sobre todo con los pobres y los que sufren.

Pero esa oración, personal y comunitaria, se evidencia tan solo si el corazón del religioso o religiosa alcanza un grado elevado de vitalidad y de intensidad en el diálogo con Dios y en la comunión con Cristo Redentor del hombre.

Por eso, en el ritmo a veces fatigoso de las tareas apostólicas, la oración personal y comunitaria habrá de tener sus momentos cotidianos y semanales cuidadosamente elegidos y suficientemente prolongados. Esos momentos se completarán con experiencias más intensas de recogimiento y de oración realizadas mensual y anualmente".

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa

28. "La vida religiosa no se puede sostener sin una profunda vida de oración, individual, comunitaria y litúrgica. El religioso, que abraza una vida de total consagración, está llamado a conocer al Señor resucitado con un conocimiento ferviente y personal y a conocerle como a uno con el cual se está personalmente en comunión: « Esta es la vida eterna: conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo a quien El ha enviado » (Jn 17, 3). Su conocimiento en la fe trae consigo el amor: « aun sin verle le amasteis y sin verle todavía os alegráis ya con gozo tan glorioso que no se puede describir (1 Pt 1, 8). Este gozo de amor y conocimiento, se produce de muchas maneras, pero fundamentalmente, y como medio necesario y básico, a través de encuentros personales y comunitarios con Dios en la oración. Aquí es donde el religioso encuentra «la concentración de su corazón en Dios» (DmC 1), que unifica vida y misión".
29. "Así como ocurrió con Jesús, en cuya vida la oración como acto diferenciado, ocupó un espacio amplio y esencial, el religioso necesita orar para ahondar su unión con Dios (cf Lc 5, 16). La oración es, además, una condición necesaria para proclamar el Evangelio (cf Mc 1, 35-38). Viene a ser el contexto de todas las decisiones y acontecimientos importantes (cf Lc 6, 12-13). También como en Jesús, el hábito de oración es necesario si el religioso quiere lograr aquella visión contemplativa de las cosas por la que Dios se revela, por la fe, en los acontecimientos ordinarios de la vida (cf DmC 1). Esta es la dimensión contemplativa que Iglesia y mundo tienen derecho a esperar del religioso, por el hecho de su consagración. Dimensión que debe ser robustecida con tiempos prolongados, dedicados exclusivamente a la adoración del Padre, a amarle y a ponerse silenciosamente a su escucha. Por esta razón, Pablo VI insistía: « La fidelidad a la oración diaria sigue siendo siempre una necesidad fundamental para el religioso. La oración debe tener un lugar preferencial en vuestras constituciones y en vuestras vidas » (ET 45)".

30. "Al decir « en vuestras constituciones », Pablo VI nos recuerda que para el religioso la oración no es sólo volverse la persona amorosamente hacia Dios, sino también una respuesta comunitaria de adoración, intercesión, alabanza y acción de gracias, que debe ser regulada en forma estable (cf ET 43). No puede dejarse al caso. A nivel de cada instituto, de cada provincia y de cada comunidad, son necesarias normas concretas para que la oración adquiera profundidad y madurez en la vida religiosa, individual y comunitariamente. Sólo a través de la oración será capaz el religioso, en último término, de responder a su consagración; pero la oración comunitaria tiene una función importante en orden a proporcionar el necesario apoyo espiritual. Cada religioso tiene derecho a ser ayudado por la presencia y ejemplo de los otros miembros de la comunidad en oración. Cada uno tiene el privilegio y la obligación de orar con los otros y de participar con ellos en la liturgia, que viene a ser el centro unificador de sus vidas. Esta ayuda mutua estimula el esfuerzo por vivir la vida de unión con el Señor, a la cual los religiosos son llamados. « La gente tiene que sentir que alguien está obrando a través de ti. En la medida en que vives tu total consagración a Dios, estás comunicando algo de El y es El en último término Aquél por quien el corazón humano está suspirando » (Juan Pablo II, Altötting)".

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

93. "Una de las preocupaciones manifestadas varias veces en el Sínodo ha sido el que la vida consagrada se nutra en las fuentes de una sólida y profunda espiritualidad. Se trata, en efecto, de una exigencia prioritaria radicada en la esencia misma de la vida consagrada, desde el momento que, como cualquier bautizado pero por motivos aún más apremiantes, quien profesa los consejos evangélicos está obligado a aspirar con todas sus fuerzas a la perfección de la caridad. Este es un compromiso subrayado vigorosamente por los innumerables ejemplos de santos fundadores y fundadoras, y de tantas personas consagradas que han testimoniado la fidelidad a Cristo hasta llegar al martirio. Aspirar a la santidad: este es en síntesis el programa de toda vida consagrada, también en la perspectiva de su renovación en los umbrales del tercer milenio. Un programa que debe empezar dejando todo por Cristo (cf. Mt 4, 18-22; 19, 21.27; Lc 5, 11), anteponiéndolo a cualquier otra cosa para poder participar plenamente en su misterio pascual. San Pablo lo había entendido bien cuando exclamaba: « Juzgo que todo es pérdida ante la sublimidad del conocimiento de Cristo Jesús [...] y conocerle a El, el poder de su resurrección » (Flp 3, 8.10). Es también la senda indicada desde el principio por los Apóstoles, como recuerda la tradición cristiana en Oriente y en Occidente: « Los que actualmente siguen a Jesús abandonándolo todo por El, imitan a los Apóstoles que, respondiendo a su invitación, renunciaron a todo lo demás. Por esta razón tradicionalmente se suele hablar de la vida religiosa como apostólica vivendi forma ». La misma tradición ha puesto también de relieve en la vida consagrada la dimensión de una peculiar alianza con Dios, más aún, de una alianza sponsal con Cristo, de la que san Pablo fue maestro con su ejemplo (cf. 1 Co 7, 7) y con su doctrina proclamada bajo la guía del

Espíritu (cf. 1 Co 7, 40). Podemos decir que la vida espiritual, entendida como vida en Cristo, vida según el Espíritu, es como un itinerario de progresiva fidelidad, en el que la persona consagrada es guiada por el Espíritu y conformada por El a Cristo, en total comunión de amor y de servicio en la Iglesia. Todos estos elementos, calando hondo en las varias formas de vida consagrada, generan una espiritualidad peculiar, esto es, un proyecto preciso de relación con Dios y con el ambiente circundante, caracterizado por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas que resaltan y representan uno u otro aspecto del único misterio de Cristo. Cuando la Iglesia reconoce una forma de vida consagrada o un Instituto, garantiza que en su carisma espiritual y apostólico se dan todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria. La vida espiritual, por tanto, debe ocupar el primer lugar en el programa de las Familias de vida consagrada, de tal modo que cada Instituto y cada comunidad aparezcan como escuelas de auténtica espiritualidad evangélica. De esta opción prioritaria, desarrollada en el compromiso personal y comunitario, depende la fecundidad apostólica, la generosidad en el amor a los pobres y el mismo atractivo vocacional ante las nuevas generaciones. Lo que puede conmover a las personas de nuestro tiempo, también sedientas de valores absolutos, es precisamente la cualidad espiritual de la vida consagrada, que se transforma así en un fascinante testimonio.

94. "La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora. Por este motivo la lectio divina ha sido tenida en la más alta estima desde el nacimiento de los Institutos de vida consagrada, y de manera particular en el monacato. Gracias a ella, la Palabra de Dios llega a la vida, sobre la cual proyecta la luz de la sabiduría que es don del Espíritu. Aun cuando toda la Sagrada Escritura sea « útil para enseñar » (2 Tm 3, 16) y « fuente límpida y perenne de vida espiritual », una particular veneración merecen los escritos del Nuevo Testamento, sobre todo los Evangelios, que son « el corazón de todas las Escrituras ». Será, pues, de gran ayuda para las personas consagradas la meditación asidua de los textos evangélicos y de los demás escritos neotestamentarios, que ilustran las palabras y los ejemplos de Cristo y de la Virgen María, y la apostólica vivendi forma. A ellos se han referido constantemente fundadores y fundadoras a la hora de acoger la vocación y de discernir el carisma y la misión del propio Instituto. La meditación comunitaria de la Biblia tiene un gran valor. Hecha según las posibilidades y las circunstancias de la vida de comunidad, lleva al gozo de compartir la riqueza descubierta en la Palabra de Dios, gracias a la cual los hermanos y las hermanas crecen juntos y se ayudan a progresar en la vida espiritual. Conviene incluso que se proponga esta práctica también a los otros miembros del Pueblo de Dios, sacerdotes y laicos, promoviendo del modo más acorde al propio carisma escuelas de oración, de espiritualidad y de lectura orante de la Escritura, en la que Dios « habla a los hombres como amigos (cf. Ex 33, 11; Jn 15, 14-15), trata con ellos (Ba 3, 38) para invitarlos y recibirlos en su compañía ». Como enseña la tradición espiritual, de la meditación de la Palabra de Dios, y de los misterios de Cristo en particular, nace la intensidad de la contemplación y el ardor de la actividad apostólica. Tanto en la vida religiosa contemplativa como en la activa, siempre han sido los hombres y mujeres de oración quienes, como auténticos intérpretes y ejecutores de la voluntad de Dios, han realizado grandes obras. Del contacto asiduo con la Palabra de

Dios han obtenido la luz necesaria para el discernimiento personal y comunitario que les ha servido para buscar los caminos del Señor en los signos de los tiempos. Han adquirido así una especie de instinto sobrenatural que ha hecho posible el que, en vez de doblarse a la mentalidad del mundo, hayan renovado la propia mente, para poder discernir la voluntad de Dios, aquello que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto (cf. Rm 12, 2)".

95. "El medio fundamental para alimentar eficazmente la comunión con el Señor es sin duda la sagrada liturgia, especialmente la Celebración eucarística y la Liturgia de las Horas. Ante todo la Eucaristía, que « contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, es decir, Cristo mismo, nuestra Pascua y Pan de Vida, que da la vida a los hombres », corazón de la vida eclesial y también de la vida consagrada. Quien ha sido llamado a elegir a Cristo como único sentido de su vida en la profesión de los consejos evangélicos, ¿cómo podría no desear instaurar con El una comunión cada vez más íntima mediante la participación diaria en el Sacramento que lo hace presente, en el sacrificio que actualiza su entrega de amor en el Gólgota, en el banquete que alimenta y sostiene al Pueblo de Dios peregrino? Por su naturaleza la Eucaristía ocupa el centro de la vida consagrada, personal y comunitaria. Ella es viático cotidiano y fuente de la espiritualidad de cada Instituto. En ella cada consagrado está llamado a vivir el misterio pascual de Cristo, uniéndose a El en el ofrecimiento de la propia vida al Padre mediante el Espíritu. La asidua y prolongada adoración de la Eucaristía permite revivir la experiencia de Pedro en la Transfiguración: « Bueno es estarnos aquí ». En la celebración del misterio del Cuerpo y Sangre del Señor se afianza e incrementa la unidad y la caridad de quienes han consagrado su existencia a Dios. Junto con la Eucaristía, y en íntima relación con ella, la Liturgia de las Horas, celebrada comunitaria o individualmente según la índole de cada Instituto y en unión con la oración de la Iglesia, manifiesta la vocación a la alabanza y a la intercesión propia de las personas consagradas. También el esfuerzo de una continua conversión y de una necesaria purificación, que las personas consagradas realizan mediante el sacramento de la Reconciliación, está íntimamente vinculado a la Eucaristía. Ellas, a través del encuentro frecuente con la misericordia de Dios, renuevan y acrisolan su corazón, al mismo tiempo que, reconociendo humildemente sus pecados, hacen transparente la propia relación con El. La gozosa experiencia del perdón sacramental, en el camino compartido con los hermanos y hermanas, hace dócil el corazón y alienta el compromiso por una creciente fidelidad. Para progresar en el camino evangélico, especialmente en el periodo de formación y en ciertos momentos de la vida, es de gran ayuda el recurso humilde y confiado a la dirección espiritual, merced a la cual la persona recibe ánimos para responder con generosidad a las mociones del Espíritu y orientarse decididamente hacia la santidad. Exhorto, en fin, a todas las personas consagradas a que renueven cotidianamente, según las propias tradiciones, su unión espiritual con la Virgen María, recorriendo con ella los misterios del Hijo, particularmente con el rezo del Santo Rosario".

La vida fraterna en comunidad

12. "En su componente místico primario, toda auténtica comunidad cristiana aparece «en sí misma una realidad teologal objeto de contemplación»(28). De ahí que la comunidad religiosa sea ante todo un misterio que ha de ser contemplado y acogido con un corazón lleno de reconocimiento en una límpida dimensión de fe.

Cuando se olvida esta dimensión mística y teologal, que la pone en contacto con el misterio de la comunión divina presente y comunicada a la comunidad, se llega irremediamente a perder también las razones profundas para «hacer comunidad», para la construcción paciente de la vida fraterna. Ésta, a veces, puede parecer superior a las fuerzas humanas y antojarse como un inútil derroche de energías, sobre todo en personas intensamente comprometidas en la acción y condicionadas por una cultura activista e individualista.

El mismo Cristo que los ha llamado convoca cada día a sus hermanos y hermanas para conversar con ellos y para unirlos a sí y entre ellos en la Eucaristía, para convertirlos progresivamente en su Cuerpo vivo y visible, animado por el Espíritu, en camino hacia el Padre.

La oración en común, que se ha considerado siempre como la base de toda vida comunitaria, parte de la contemplación del Misterio de Dios, grande y sublime, de la admiración de su presencia, operante en los momentos más significativos de nuestras familias religiosas, así como también en la humilde realidad cotidiana de nuestras comunidades".

13. "Como una respuesta a la advertencia del Señor «velad y orad» (Lc 21,36), la comunidad religiosa debe ser vigilante y tomar el tiempo necesario para cuidar la calidad de su vida. A veces la jornada de los religiosos y religiosas, que «no tienen tiempo», corre el riesgo de ser demasiado afanosa y ansiosa, y por lo mismo puede terminar por cansar y agotar. En efecto, la comunidad religiosa está ritmada por un horario para dar determinados tiempos a la oración, y especialmente para que se pueda aprender a dar tiempo a Dios (vacare Deo).

La oración hay que entenderla también como tiempo para estar con el Señor para que pueda obrar en nosotros, y entre las distracciones y las fatigas pueda invadir la vida, confortarla y guiarla, para que, al fin, toda la existencia pueda realmente pertenecerle".

14. "Una de las adquisiciones más valiosas de estos decenios, reconocida y estimada por todos, ha sido el redescubrimiento de la oración litúrgica por parte de las familias religiosas.

La celebración en común de la Liturgia de las Horas, o al menos de alguna de ellas, ha revitalizado la oración de no pocas comunidades, que han alcanzado un contacto más vivo con la Palabra de Dios y con la oración de la Iglesia.

En nadie, por tanto, puede debilitarse la convicción de que la comunidad se construye a partir de la Liturgia, sobre todo de la celebración de la Eucaristía y de los otros sacramentos. Entre éstos merece una renovada atención el sacramento de la reconciliación, a través del cual el Señor aviva la unión con Él y con los hermanos.

A imitación de la primera comunidad de Jerusalén (cf Hech 2,42), la Palabra, la Eucaristía, la oración en común, la asiduidad y la fidelidad a la enseñanza de los Apóstoles y de sus sucesores, ponen en contacto con las grandes obras de Dios que, en este contexto, se hacen

luminosas y generan alabanza, gratitud, alegría, unión de corazones, apoyo en las dificultades comunes de la convivencia diaria y fortalecimiento recíproco en la fe.

Desgraciadamente, la disminución de sacerdotes puede hacer imposible en algunos sitios la participación diaria en la santa Misa. A pesar de ello hay que tener la preocupación de adquirir una conciencia, cada vez más profunda, del gran don de la Eucaristía, y de colocar en el centro de la vida el Sagrado Misterio del Cuerpo y de la Sangre del Señor, vivo y presente en la comunidad para sostenerla y animarla en su camino hacia el Padre. De aquí se deduce la necesidad de que cada casa religiosa tenga, como centro de la comunidad, su oratorio, donde sea posible alimentar la propia espiritualidad eucarística, mediante la oración y la adoración.

Efectivamente, es en torno a la Eucaristía celebrada o adorada, «vértice y fuente» de toda la actividad de la Iglesia, donde se construye la comunión de los espíritus, premisa para todo crecimiento en la fraternidad. «De aquí debe partir toda forma de educación para el espíritu comunitario».

15. "La oración en común alcanza toda su eficacia cuando está íntimamente unida a la oración personal. En efecto, oración común y oración personal están en estrecha relación y son complementarias entre sí. En todas partes, pero especialmente en ciertas regiones y culturas, es necesario subrayar más el momento de la interioridad, de la relación filial con el Padre, del diálogo íntimo y esponsal con Cristo, de la profundización personal de cuanto se ha celebrado y vivido en la oración comunitaria, del silencio interior y exterior, que deja espacio para que la Palabra y el Espíritu puedan regenerar las profundidades más ocultas. La persona consagrada que vive en comunidad alimenta su consagración ya con el constante coloquio personal con Dios, ya con la alabanza y la intercesión comunitaria".

16. "La oración en común se ha enriquecido en estos últimos años con diversas formas de expresión y participación.
Especialmente fructuosa para muchas comunidades ha sido la participación en la Lectio divina y en las reflexiones sobre la Palabra de Dios, así como la comunicación de las experiencias personales de fe y de las preocupaciones apostólicas. La diferencia de edad, de formación, de carácter, aconsejan ser prudentes en exigirla indistintamente a toda la comunidad: es bueno recordar que no se pueden precipitar los tiempos de su realización.
Esta comunicación, donde se practica espontáneamente y de común acuerdo, nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración".

17. "Las palabras del Señor, «orar siempre sin desfallecer» (Lc 18,1; cf 1 Tes 5,17), valen tanto para la oración personal como para la comunitaria. La comunidad religiosa, en efecto, vive constantemente ante su Señor, de cuya presencia debe tener continua conciencia. Sin embargo, la oración común tiene sus propios ritmos, cuya frecuencia (diaria, semanal, mensual, anual) es determinada por el derecho propio de cada instituto.

La oración en común, que reclama fidelidad en el horario, exige también y sobre todo perseverancia: «Porque en virtud de la perseverancia y del consuelo que nos vienen de las Escrituras, mantenemos viva nuestra esperanza (...), a fin de que con un solo espíritu y una sola voz demos gloria a Dios, Padre de nuestro Señor Jesucristo» (Rom 15,4-6).

La fidelidad y la perseverancia ayudarán también a superar creativa y sabiamente las dificultades, propias de algunas comunidades, como la diversidad de tareas y, por tanto, de horarios, la sobrecarga absorbente de trabajo y las diversas formas de cansancio".

18. " La oración a la Bienaventurada Virgen María, animada por el amor hacia ella, que nos conduce a imitarla, hace que su presencia ejemplar y maternal sea una gran ayuda en la fidelidad diaria a la oración (cf Hech 1,14), llegando a convertirse en vínculo de comunión para la comunidad religiosa.

La Madre del Señor contribuirá a configurar las comunidades religiosas según el modelo de "su" familia, la Familia de Nazaret, lugar que las comunidades religiosas deben frecuentar espiritualmente, porque allí se vivió de un modo admirable el Evangelio de la comunión y de la fraternidad".

19. "También el impulso apostólico es sostenido y alimentado por la oración común. Por un lado, es una fuerza misteriosa transformante que abraza todas las realidades para redimir y ordenar el mundo; y, por otro, encuentra su estímulo en el ministerio apostólico: en las alegrías y en las dificultades cotidianas. Éstas se transforman en ocasión para buscar y descubrir la presencia y la acción del Señor".

20. "Las comunidades religiosas más apostólicas y más vivas evangélicamente -contemplativas o activas- son las que poseen una rica experiencia de oración. En un momento como el nuestro, en el que se asiste a un cierto despertar de la búsqueda de la trascendencia, las comunidades religiosas pueden llegar a ser lugares privilegiados donde se experimentan los caminos que conducen a Dios.

«Como familia unida en el nombre del Señor, (la comunidad religiosa) es, por su misma naturaleza, el lugar donde se ha de poder alcanzar especialmente la experiencia de Dios y comunicársela a los demás»(34); en primer lugar a los propios hermanos de comunidad.

Las personas consagradas a Dios, hombres y mujeres, ¿dejarán de asistir a esta cita con la historia, no respondiendo a la «búsqueda de Dios» que sienten nuestros contemporáneos, induciéndoles, acaso, a buscar en otra parte, por caminos equivocados, cómo saciar su hambre de Absoluto?".

Caminar desde Cristo

25. La oración y la contemplación son el lugar de la acogida de la Palabra de Dios y, a la vez, ellas mismas surgen de la escucha de la Palabra. Sin una vida interior de amor que atrae a sí

al Verbo, al Padre, al Espíritu (cf. Jn 14, 23) no puede haber mirada de fe; en consecuencia, la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en una actividad dispersiva.

Toda vocación a la vida consagrada ha nacido de la contemplación, de momentos de intensa comunión y de una profunda relación de amistad con Cristo, de la belleza y de la luz que se ha visto resplandecer en su rostro. Allí ha madurado el deseo de estar siempre con el Señor —«¡qué hermoso es estar aquí!» (Mt 17, 4)— y de seguirlo. Toda vocación debe madurar constantemente en esta intimidad con Cristo. «Vuestro primer cuidado, por tanto —recuerda Juan Pablo II a las personas consagradas—, no puede estar más que en la línea de la contemplación. Toda realidad de vida consagrada nace cada día y se regenera en la incesante contemplación del rostro de Cristo».

Los monjes y las monjas, así como los eremitas, con diversa modalidad, dedican más espacio a la alabanza coral de Dios y a la oración silenciosa prolongada. Los miembros de los institutos seculares, así como las vírgenes consagradas en el mundo, ofrecen a Dios los gozos y los sufrimientos, las aspiraciones y las súplicas de todos los hombres y contemplan el rostro de Cristo que reconocen en los rostros de los hermanos y en los hechos de la historia, en el apostolado y en el trabajo de cada día. Las religiosas y los religiosos dedicados a la enseñanza, a los enfermos, a los pobres encuentran allí el rostro del Señor. Para los misioneros y los miembros de las Sociedades de vida apostólica el anuncio del Evangelio se vive, a ejemplo del apóstol Pablo, como auténtico culto (cf. Rm 1, 6). Toda la Iglesia goza y se beneficia de la pluralidad de formas de oración y de la variedad de modos de contemplar el único rostro de Cristo.

Al mismo tiempo se nota que, ya desde hace muchos años, la Liturgia de las Horas y la celebración de la Eucaristía han conseguido un puesto central en la vida de todo tipo de comunidad y de fraternidad, dándoles vitalidad bíblica y eclesial. Esas favorecen también la mutua edificación y pueden convertirse en un testimonio para ser, delante de Dios y con Él, «la casa y la escuela de comunión».⁷⁸ Una auténtica vida espiritual exige que todos, en las diversas vocaciones, dediquen regularmente, cada día, momentos apropiados para profundizar en el coloquio silencioso con Aquél por quien se saben amados, para compartir con Él la propia vida y recibir luz para continuar el camino diario. Es una práctica a la que es necesario ser fieles, porque somos acechados constantemente por la alienación y la disipación provenientes de la sociedad actual, especialmente de los medios de comunicación. A veces la fidelidad a la oración personal y litúrgica exigirá un auténtico esfuerzo para no dejarse consumir por un activismo destructor. En caso contrario no se produce fruto: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí» (Jn 15, 4).

26. Dar un puesto prioritario a la espiritualidad quiere decir partir de la recuperada centralidad de la celebración eucarística, lugar privilegiado para el encuentro con el Señor. Allí Él se hace nuevamente presente en medio de sus discípulos, explica las Escrituras, hace arder el

corazón e ilumina la mente, abre los ojos y se hace reconocer (cf. Lc 24, 13-35). La invitación de Juan Pablo II hecha a los consagrados es particularmente vibrante: «Encontradlo, queridísimos, y contempladlo de modo especial en la Eucaristía, celebrada y adorada cada día, como fuente y culmen de la existencia y de la acción apostólica».79 En la Exhortación apostólica *Vita consecrata* exhortaba a participar diariamente en el Sacramento de la Eucaristía y a su asidua y prolongada adoración.80 La Eucaristía, memorial del sacrificio del Señor, corazón de la vida de la Iglesia y de cada comunidad, aviva desde dentro la oblación renovada de la propia existencia, el proyecto de vida comunitaria, la misión apostólica. Todos tenemos necesidad del viático diario del encuentro con el Señor, para incluir la cotidianidad en el tiempo de Dios que la celebración del memorial de la Pascua del Señor hace presente.

Aquí se puede llevar a cabo en plenitud la intimidad con Cristo, la identificación con Él, la total conformación a Él, a la cual los consagrados están llamados por vocación.81 En la Eucaristía, efectivamente, el Señor Jesús nos asocia a sí en la propia oferta pascual al Padre: ofrecemos y somos ofrecidos. La misma consagración religiosa asume una estructura eucarística: es total oblación de sí estrechamente asociada al sacrificio eucarístico.

Aquí se concentran todas las formas de oración, viene proclamada y acogida la Palabra de Dios, somos interpelados sobre la relación con Dios, con los hermanos, con todos los hombres: es el sacramento de la filiación, de la fraternidad y de la misión. Sacramento de unidad con Cristo, la Eucaristía es contemporáneamente sacramento de la unidad eclesial y de la unidad de la comunidad de consagrados. En definitiva, es «fuente de la espiritualidad de cada uno y del Instituto».

Para que produzca con plenitud los esperados frutos de comunión y de renovación no pueden faltar las condiciones esenciales, sobre todo el perdón y el compromiso del amor mutuo. Según la enseñanza del Señor, antes de presentar la ofrenda sobre el altar es necesaria la plena reconciliación fraterna (cf. Mt 5, 23). No se puede celebrar el sacramento de la unidad permaneciendo indiferentes los unos con los otros. Se debe, por tanto, tener presente que estas condiciones esenciales son también fruto y signo de una Eucaristía bien celebrada. Porque es sobre todo en la comunión con Jesús eucaristía donde nosotros alcanzamos la capacidad de amar y de perdonar. Además, cada celebración debe convertirse en la ocasión para renovar el compromiso de dar la vida los unos por los otros en la acogida y en el servicio. Entonces, para la celebración eucarística valdrá verdaderamente, en modo eminente, la promesa de Cristo: «Donde dos o tres están reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos» (Mt18, 20), y, en torno a ella, la comunidad se renovará cada día.

En estas condiciones, la comunidad de los consagrados que vive el misterio pascual, renovado cada día en la Eucaristía, se convierte en testimonio de comunión y signo profético de fraternidad para la sociedad dividida y herida. De la Eucaristía nace, efectivamente, la espiritualidad de comunión, tan necesaria para establecer el diálogo de la caridad que el mundo de hoy tanto necesita. (Caminar desde Cristo 26)

27. Vivir la espiritualidad en un continuo caminar desde Cristo significa comenzar siempre a partir del momento más alto de su amor —cuyo misterio guarda la Eucaristía—, cuando en la

cruz Él da la vida en la máxima oblación. Los que han sido llamados a vivir los consejos evangélicos mediante la profesión no pueden menos que frecuentar la contemplación del rostro del Crucificado.⁸⁴ Es el libro en el que se aprende qué es el amor de Dios y cómo son amados Dios y la humanidad, la fuente de todos los carismas, la síntesis de todas las vocaciones.⁸⁵ La consagración, sacrificio total y holocausto perfecto, es el modo sugerido a ellos por el Espíritu Santo para revivir el misterio de Cristo crucificado, venido al mundo para dar su vida en rescate por todos (cf. Mt 20, 28; Mc 10, 45) y para responder a su infinito amor.

La historia de la vida consagrada ha expresado esta configuración a Cristo en muchas formas ascéticas que «han sido y son aún una ayuda poderosa para un auténtico camino de santidad. La ascesis ... es verdaderamente indispensable a la persona consagrada para permanecer fiel a la propia vocación y seguir a Jesús por el camino de la Cruz».⁸⁶ Hoy las personas consagradas, aun conservando la experiencia de los siglos, están llamadas a encontrar formas que estén en consonancia con nuestro tiempo. En primer lugar las que acompañan la fatiga del trabajo apostólico y aseguran la generosidad del servicio. La cruz que hay que llevar hoy sobre sí cada día (cf. Lc 9, 23) puede adquirir valores colectivos, como el envejecimiento del Instituto, la inadecuación estructural, la incertidumbre del futuro.

Ante tantas situaciones de dolor personales, comunitarias, sociales, desde el corazón de cada persona o de toda la comunidad puede resonar el grito de Jesús en la cruz: «¿Por qué me has abandonado?» (Mc 15, 34). En aquel grito dirigido al Padre, Jesús da a entender que su solidaridad con la humanidad se ha hecho tan radical que penetra, comparte y asume todo lo negativo, hasta la muerte, fruto del pecado. «Para devolver al hombre el rostro del Padre, Jesús debió no sólo asumir el rostro del hombre, sino cargarse incluso del 'rostro' del pecado».⁸⁷

Caminar desde Cristo significa reconocer que el pecado está todavía radicalmente presente en el corazón y en la vida de todos, y descubrir en el rostro doliente de Cristo el don que reconcilió a la humanidad con Dios.

A lo largo de la historia de la Iglesia las personas consagradas han sabido contemplar el rostro doliente del Señor también fuera de ellos. Lo han reconocido en los enfermos, en los encarcelados, en los pobres, en los pecadores. Su lucha ha sido sobre todo contra el pecado y sus funestas consecuencias; el anuncio de Jesús: «Convertíos y creed al Evangelio» (Mc 1, 15) ha movido sus pasos por los caminos de los hombres y ha dado esperanza de novedad de vida donde reinaba desaliento y muerte. Su servicio ha llevado a tantos hombres y mujeres a experimentar el abrazo misericordioso de Dios Padre en el sacramento de la Penitencia. También hoy es necesario proponer nuevamente con fuerza este ministerio de la reconciliación (cf. 2Co 5, 18) confiado por Jesucristo a su Iglesia. Es el *mysterium pietatis*⁸⁸ del que los consagrados y consagradas están llamados a hacer frecuente experiencia en el Sacramento de la Penitencia.

Hoy se muestran nuevos rostros, en los cuales reconocer, amar y servir el rostro de Cristo allí donde se ha hecho presente: son las nuevas pobreza materiales, morales y espirituales que la sociedad contemporánea produce. El grito de Jesús en la cruz revela cómo ha asumido sobre sí este mal para redimirlo. La vocación de las personas consagradas sigue siendo la de Jesús y, como Él, asumen sobre sí el dolor y el pecado del mundo consumiéndolos en el amor.

Ecclesia in America (Juan Pablo II)

29. La oración tanto personal como litúrgica es un deber de todo cristiano. « Jesucristo, evangelio del Padre, nos advierte que sin Él no podemos hacer nada (cf. Jn 15, 5). Él mismo en los momentos decisivos de su vida, antes de actuar, se retiraba a un lugar solitario para entregarse a la oración y la contemplación, y pidió a los Apóstoles que hicieran lo mismo »[80]. A sus discípulos, sin excepción, el Señor recuerda: « Entra en tu aposento y, después de cerrar la puerta, ora a tu Padre, que está allí, en lo secreto » (Mt 6, 6). Esta vida intensa de oración debe adaptarse a la capacidad y condición de cada cristiano, de modo que en las diversas situaciones de su vida pueda volver siempre « a la fuente de su encuentro con Jesucristo para beber el único Espíritu (1 Co 12, 13) »[81]. En este sentido, la dimensión contemplativa no es un privilegio de unos cuantos en la Iglesia; al contrario, en las parroquias, en las comunidades y en los movimientos se ha de promover una espiritualidad abierta y orientada a la contemplación de las verdades fundamentales de la fe: los misterios de la Trinidad, de la Encarnación del Verbo, de la Redención de los hombres, y las otras grandes obras salvíficas de Dios.

Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI)

37. Ha llegado el momento de reafirmar la importancia de la oración ante el activismo y el secularismo de muchos cristianos comprometidos en el servicio caritativo. Obviamente, el cristiano que reza no pretende cambiar los planes de Dios o corregir lo que Dios ha previsto. Busca más bien el encuentro con el Padre de Jesucristo, pidiendo que esté presente, con el consuelo de su Espíritu, en él y en su trabajo. La familiaridad con el Dios personal y el abandono a su voluntad impiden la degradación del hombre, lo salvan de la esclavitud de doctrinas fanáticas y terroristas. Una actitud auténticamente religiosa evita que el hombre se erija en juez de Dios, acusándolo de permitir la miseria sin sentir compasión por sus criaturas. Pero quien pretende luchar contra Dios apoyándose en el interés del hombre, ¿con quién podrá contar cuando la acción humana se declare impotente?.

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)

264. La primera motivación para evangelizar es el amor de Jesús que hemos recibido, esa experiencia de ser salvados por Él que nos mueve a amarlo siempre más. Pero ¿qué amor es ese que no siente la necesidad de hablar del ser amado, de mostrarlo, de hacerlo conocer? Si no sentimos el intenso deseo de comunicarlo, necesitamos detenernos en oración para pedirle a Él que vuelva a cautivarnos. Nos hace falta clamar cada día, pedir su gracia para que nos abra el corazón frío y sacuda nuestra vida tibia y superficial. Puestos ante Él con el corazón abierto, dejando que Él nos contemple, reconocemos esa mirada de amor que

descubrió Natanael el día que Jesús se hizo presente y le dijo: «Cuando estabas debajo de la higuera, te vi» (Jn 1,48). ¡Qué dulce es estar frente a un crucifijo, o de rodillas delante del Santísimo, y simplemente ser ante sus ojos! ¡Cuánto bien nos hace dejar que Él vuelva a tocar nuestra existencia y nos lance a comunicar su vida nueva! Entonces, lo que ocurre es que, en definitiva, «lo que hemos visto y oído es lo que anunciamos» (1 Jn 1,3). La mejor motivación para decidirse a comunicar el Evangelio es contemplarlo con amor, es detenerse en sus páginas y leerlo con el corazón. Si lo abordamos de esa manera, su belleza nos asombra, vuelve a cautivarnos una y otra vez. Para eso urge recobrar un espíritu contemplativo, que nos permita redescubrir cada día que somos depositarios de un bien que humaniza, que ayuda a llevar una vida nueva. No hay nada mejor para transmitir a los demás.

4. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

"Así como los manjares alimentan y conservan el cuerpo, del mismo modo las prácticas de piedad nutren el alma, fortaleciéndola contra las tentaciones. Mientras seamos observantes en las prácticas de piedad, nuestro corazón estará en buena armonía con todos, y veremos al Salesiano alegre y contento de su vocación. Por el contrario, comenzará a dudar de ella y a sufrir fuertes tentaciones en cuanto la negligencia en las prácticas de piedad empieza a abrirse paso en su corazón. La historia eclesiástica nos enseña que todas las órdenes y todas las congregaciones florecieron y promovieron el bien de la religión, mientras la piedad estuvo en vigor entre ellas, al paso que no pocas decayeron y algunas dejaron de existir, cuando, decayendo el espíritu de piedad, cada uno empezó a «buscar sus cosas propias, y no las que son de Jesucristo» Por consiguiente, si nosotros, ¡oh hijos!, amamos la gloria de nuestra Congregación, si deseamos que se propague y conserve floreciente para bien de nuestras almas y de nuestros hermanos, tengamos particular empeño en no descuidar jamás la meditación, la lectura espiritual, la visita cotidiana al Santísimo Sacramento, la confesión semanal, el rosario de la Santísima Virgen, la pequeña abstinencia del viernes. Aunque cada una de estas prácticas por sí solas no parezcan de gran necesidad, contribuyen, sin embargo, eficazísimamente a la mayor solidez del grande edificio de nuestra perfección y de nuestra salvación: «Si quieres crecer y llegar a ser grande a los ojos de Dios, dice san Agustín, comienza por las cosas pequeñas».

La parte fundamental de las prácticas de piedad, y que en cierto modo las abraza todas, consiste en hacer todos los años los ejercicios espirituales, y todos los meses el ejercicio de la buena muerte. Creo que se puede dar por segura la salvación de un religioso, si todos los meses se acerca a los santos Sacramentos y arregla las cuentas de su conciencia como si realmente debiese partir de esta "vida para la eternidad".

Si amamos, pues, el honor de nuestra Congregación, si deseamos la salvación de nuestra alma, seamos observantes de nuestras reglas, seamos exactos aun en las más pequeñas; porque el que teme a Dios, no descuida nada de cuanto puede contribuir a su mayor gloria".

"Las prácticas diarias son la meditación, la lectura espiritual, la visita al Smo. Sacramento y el examen de conciencia. La meditación es la oración mental. *Nostra conversatio in coelis est*, dice san Pablo; y se podría hacer de esta manera. Escoger el punto sobre el que se quiere meditar, poniéndose antes en la presencia de Dios. Luego reflexionar atentamente sobre lo que meditamos y aplicarnos a nosotros lo que nos toca. Llegar a una conclusión resolviendo dejar ciertos defectos y ejercitando ciertas virtudes, y por tanto poner en práctica a lo largo del día lo que hemos resuelto por la mañana. Debemos ejercitarnos también en afectos de amor, de agradecimiento, de humildad hacia Dios; pedirle las gracias que necesitamos; y pedirle con lágrimas perdón de nuestros pecados. Recordemos siempre que Dios es Padre y que nosotros somos sus hijos... Recomiendo por lo tanto la oración mental.

Quien no pudiese hacer la meditación metódicamente por causa de viajes o de algún trabajo o asunto que no permite dilatación, haga por lo menos la meditación que yo llamo de los mercaderes. Estos piensan siempre en sus negocios estén donde estén. Piensan en comprar sus mercancías, en venderlas con ganancia, en las pérdidas que podrían sufrir y cómo repararlas, en los beneficios realizados o en los mayores que podrían conseguir, etc.

Tal meditación es también el examen de conciencia. Por la noche, antes de acostarnos, veamos si hemos puesto en práctica los propósitos hechos sobre algún defecto determinado: si hemos ganado o perdido. Sea un poco de balance espiritual; si vemos que hemos faltado a los propósitos, repítanse para la mañana siguiente, hasta que hayamos llegado a adquirir aquellas virtudes o a extinguir o huir del vicio o del defecto.

Os recomiendo también la visita al Smo. Sacramento. «Nuestro dulcísimo Señor Jesús está allí en persona», exclamaba el párroco de Ars. Vayase a los pies del Tabernáculo a decir un Padrenuestro, Avemaria y Gloria cuando no se pudiese hacer otra cosa. Basta esto para hacernos fuertes contra las tentaciones. Uno que tenga fe, que haga su visita a Jesús Sacramentado todos los días, que haga su meditación todos los días, con tal que no tenga ningún fin mundano, yo digo que es imposible que peque. Recomiendo también la lectura espiritual, especialmente a quien no fuese capaz de hacer la meditación sin libro. Para ello leer un trozo, reflexionar en lo leído para conocer lo que hemos de corregir en nuestra conducta. Esto servirá para enamorarnos cada vez más del Señor y tomar alientos para salvar el alma.

Quien pueda haga la lectura y la visita en común; quien no pueda, la haga en privado. La meditación puede hacerla también en su cuarto. Recordaos que cada uno está obligado, incluso por las reglas, a rezar el rosario cada día. Cuánta gratitud hemos de profesar a la Sma. Virgen María, y cuántas gracias nos tiene Ella preparadas para nosotros".

Confesaos cada ocho días, incluso si no tenéis nada grave en vuestra conciencia. Es un acto de humildad de los más gratos al Señor, sea porque renueva el dolor de los pecados ya perdonados, sea porque se reconoce la propia indignidad en los defectos incluso ligeros, en los que se tropieza cada día (...)".

"Don Bosco, tuvo una devoción particular a la Eucaristía (*Rua*). Su amor a la eucaristía también tiene raíces muy antiguas: desde que hizo su primera comunión comenzó a frecuentarla (*Francesia*); lo mismo en su juventud, y durante su permanencia en el Seminario (*Rua, Francesia*), entre sus propósitos sacerdotales se encuentra, justamente, el de celebrar devotamente la eucaristía, y la visita

asidua al Santísimo Sacramento (*Rua*), en alguna ocasión, al pasando ante una Iglesia, viendo que faltaba el sirviente, se ponía a servir a la Misa (*Rua*).

Era tal su devoción, que cuando hablaba de ella, se conmovía hasta las lágrimas (*Rua*). Hasta cuando su salud se lo permitió, participó en la Procesión del Corpus Domini, y en la del Milagro del Santísimo (*Anfossi, Lemoyne*).

Acostumbraba también a hacer la visita diaria al Santísimo (*Rua*): cuando rezaba ante el tabernáculo, era absorto en la oración (*Marchisio*), al punto de edificar a cuantos lo veían (*Barberis*). Si tenía alguna dificultad, recurría inmediatamente a la oración ante el Santísimo, o enviaba a rezar a los clérigos, o más fervorosos de sus jóvenes (*Francesia*). En sus paseos con los jóvenes, o cuando visitaba las casas salesianas, siempre acostumbraba a hacer la visita, e incluso, en algunos casos daba la bendición con el Santísimo (*Anfossi*). En su vejez, como no podía llegar hasta la Iglesia, la miraba desde lejos y recitaba alguna jaculatoria (*Barberis*).

Le molestaba que se celebrase la Misa con rapidez (*Anfossi*). El, cuando celebraba, lo hacía con tal devoción que muchos se acercaban para verlo y así ser edificados con su testimonio, transparentando al hombre de Dios (*Rua*). Se preparaba debidamente, sin dirigir jamás la palabra a ninguno, antes de celebrar, a no ser que tuviese que confesar (*Anfossi*), caminaba devotamente y recogido (*Rua*), su actitud era grave, con la cabeza inclinada y la mirada fija en el altar (*Anfossi*). Decía las palabras en forma devota y distinta, dándole sentido a lo que leía (*Rua*). Rezaba con el máximo recogimiento, pero sin ninguna exterioridad extraordinaria, aunque en algunos momentos se conmovía (*Francesia*). Después de la celebración, que no duraba más de treinta, ni menos de veinte minutos, dedicaba media hora a dar gracias (*Rua, Lemoyne*).

Le gustaba celebrar en la Basílica de María Auxiliadora, sobre todo en el altar a San Pedro, sea por comodidad (tenía problemas a la vista, lo que le impedía rezar en el altar mayor, por el número de gradas), como por devoción al sumo Pontífice. Cuando ya no pudo ir a la Iglesia, con las debidas licencias, rezaba en su capilla privada (*Rua*).

Siempre fue capaz de realizar cualquier sacrificio, con tal de poder celebrar la Misa, jamás la dejaba (*Francesia*).

En relación a los que le rodeaban, a menudo hablaba de la comunión, y lo hacía con tanta fe que infundía los mismos sentimientos en quienes le escuchaban (*Barberis*). Prevenía contra la comunión sacrílega, infundiendo horror a tal pecado (*Lemoyne*), incluso, para evitarlas, jamás permitió que los jóvenes, se acercasen a la comunión banco por banco, pues alguno podría no estar adecuadamente preparado (*Barberis*).

Invitaba continuamente a frecuentar la comunión, y la visita al Santísimo Sacramento (*Ballesio*). Para dar comodidad a los alumnos, para que frecentasen la comunión pasaba largas horas confesando, aun con peligro para su salud (*Rua*), o les ofrecía la posibilidad de confesores (*Piscetta*). A sus sacerdotes y clérigos recomendaba visitar el Santísimo Sacramento, y en lo posible, rezar allí el Breviario (*Rua*). Les trataba de infundir su misma devoción a la Eucaristía, y les

recomendaba a rezarla con devoción y sin rapidez (*Barberis*).

Don Bosco, desde niño tuvo un profundo amor a la Virgen María como su Madre, y que no abandonará jamás durante su vida, menos aún en el momento de su muerte (*Rua, Barberis*). Estaba convencido que Ella, que le encomendó, siendo aún un niño, la misión a cumplir, le daría la fuerza para realizarla, y lo sostendría en todo momento (*Lemoine*). Siempre afirmó que su obra era en verdad Obra de María (*Francesia*). Nunca daría un paso, si encomendarse bajo su protección (*Barberis*), incluso cuando enviaba alguna circular a los salesianos o debía comenzar una obra importante, lo hacía en un día consagrado a la Virgen (*Piscetta*).

En Chieri, ya como estudiante iba a menudo al Duomo a rezar a la "Madonna delle Grazie", pero es en el seminario donde su devoción mariana aparece con fuerza. Posteriormente, como sacerdote crece siempre más su devoción: a menudo iba a rezar al Santuario de la Consolata (*Barberis*), y hablando de la Virgen, se conmovía hasta las lágrimas (*Rua*). (De los testimonios de su Proceso de Canonización)

Capítulos Generales

Capítulo General 21

El don de la oración y la evangelización

La comunidad salesiana sabe que existe solamente porque es un don de la gracia del Espíritu Santo y con la oración adora, alaba, pide y da gracias a su Señor. De este modo mantiene viva la conciencia de su íntima y vital relación con Dios y se dispone mejor a la misión. En este sentido, la oración es «hoy el punto central y el secreto de la renovación de nuestra vida salesiana». Ella «nos hace descubrir el sentido vital de nuestra adopción de hijos de Dios. Es la base de nuestro servicio apostólico a los hombres (...). Nos ayuda a mantener vivos la alegría y el entusiasmo de nuestra entrega total» y nutre y robustece la urdimbre de nuestra fraternidad. Las constituciones renovadas y las actas del XX CGE ponen en evidencia:

- la necesidad de una oración personal que llegue a ser actitud de auténtica y profunda comunión con Dios;
- la urgencia de una mayor valorización de las expresiones comunitarias de la oración;
- la necesidad de un continuo renovarse en el espíritu, en los contenidos y en las formas, en sintonía con la sensibilidad y las esperanzas de los jóvenes y en íntima conexión con los deberes pastorales.

La comprobación hecha por el CG21, estudiando el material de los CI, revela que los Salesianos muestran una sensibilidad creciente por la oración comunitaria y litúrgica (concelebración de la Eucaristía, liturgia de las horas); se preocupan con gran cuidado por una especial preparación de

los días de retiro y Ejercicios Espirituales en diversas formas; promueven experiencias juveniles de oración y algunos participan también con fruto en experiencias propias de otras espiritualidades.

Pero también se notan algunas lagunas preocupantes en las comunidades. No todas ven o no la sienten con igual intensidad la urgencia de la renovación pedida por la Iglesia y por la Congregación y la necesidad de una conversión profunda y continua. Esto se manifiesta en el injustificado ausentismo de las prácticas comunitarias, en la prisa en la oración y en el descuido en preparar las celebraciones:

- no se promueven iniciativas de oración común entre salesianos, jóvenes y destinatarios de nuestra misión;
 - se nota un cierto abandono del Sacramento de la Reconciliación y de las expresiones personales de piedad salesiana;
 - la falta de espontaneidad y creatividad en la oración comunitaria empuja a veces a ir a buscar fuera de la comunidad expresiones de oración que aparecen más auténticas y más validas;
 - generalmente no se ha cuidado, a nivel inspectorial y de modo satisfactorio, la preparación de maestros y animadores espirituales y litúrgicos, capaces de ayudar a la comunidad en este momento de cambio, a conservar y perfeccionar en profundidad el estilo salesiano de la oración.
- Teniendo en cuenta todo eso y con miras a la evangelización, se imponen algunas advertencias:

Profundizar en el sentido apostólico de nuestra oración

La acción apostólica y la vida espiritual de cada uno de nosotros y de nuestras comunidades tienen una fuente única: «son fruto de la Pascua del Señor » y se vivifican por su Palabra. A la luz de este misterio pascual comprendido y vivido, la comunidad salesiana vive la relación oración-acción en la «liturgia de la vida», descubre las huellas de la presencia de Dios en el mundo, en sus acontecimientos, en la vida y esperanzas de los jóvenes; se siente interpelada para colaborar en el plan divino de la salvación con el anuncio y el testimonio; toma conciencia de sus limitaciones, pide perdón y renueva su fidelidad; adora, alaba, agradece y pide; se esfuerza con mayor generosidad en su servicio apostólico de llevar el amor de Dios a los jóvenes, busca los medios más eficaces para transmitirles también la sed de Dios: reza con ellos, celebra con ellos las fiestas salesianas y litúrgicas; favorece, sobre todo, la escucha de la Palabra de Dios que llama continuamente a la conversión, especialmente en la celebración del sacramento de la Reconciliación; participa con simpatía en las expresiones juveniles de oración, promueve la creatividad y la participación en experiencias fuertes de oración personal y comunitaria.

Programas y tiempos de oración:

«Es necesario orar siempre». Los tiempos de oración son un aspecto y una parte de este «siempre» y un medio para tender a la perfección de la caridad que hace cumplir la voluntad del Padre. En este contexto se comprenden bien las expresiones de nuestro artículo constitucional: el Salesiano «tiene pocas practicas de piedad, pero ora sin cesar, en diálogo sencillo y cordial can Cristo vivo, con el Padre a quien siente cercano, con María que es su auxilio. De esta manera, puede ser contemplativo en la oración y realizar, como Don Bosco, la

unión con Dios» 40. Para alimentar este espíritu, la comunidad programa sus tiempos de oración como momentos en que el testimonio de que Dios está sobre todo y nos envía a evangelizar a los jóvenes, se hace concreto y visible.

Mantenerse fieles a las devociones salesianas

La comunidad salesiana se mantiene fiel a las devociones predilectas de Don Bosco: la devoción a Jesús Sacramentado y a María Auxiliadora.

La presencia eucarística nos recuerda la participación en el misterio salvífico de Cristo, y la Virgen «ocupa un puesto singular en la historia de la salvación y en la edificación de la Iglesia», y es, como escribe Pablo VI, "la estrella de la evangelización", que sigue guiando a la comunidad en el cumplimiento de su misión. La devoción a nuestro padre Don Bosco ayudará también a los hermanos a volver a encontrar en él el modelo de la unión continua con Dios en el trabajo, a ser fieles y a vivir en la «alegría salesiana».

Renovar la oración

La oración cristiana es don de Dios, pero es también fruto de un aprendizaje.

Los Salesianos desean y dan gran importancia a todo aquello que les ayuda a crecer y a renovarse en la oración. Consideran momentos particularmente fuertes de la oración los Ejercicios Espirituales, verdaderas experiencias de Dios. Sienten cada vez con más necesidad la apertura a una equilibrada espontaneidad y creatividad personal y también comunitaria, para superar el peligro de la rutina y para ir al encuentro de una mayor autenticidad. Por ello saben también aprovecharse de las riquezas de la liturgia y de las experiencias eclesiales de renovación, que procuran armonizar y asimilar ya sea con las exigencias del espíritu salesiano, ya sea con las manifestaciones propias de su carisma. Y se esfuerzan en la oración personal con la viva convicción de su necesidad. Ella precede y prepara la oración comunitaria; hace posibles el cambio y la acogida de los dones que los hermanos se hacen con la comunión en la caridad.

Capítulo General 25

31. Primacía de Dios y compartir la experiencia espiritual

La comunidad, siguiendo el ejemplo de María, se compromete a poner a Dios como centro unificador de su ser y a desarrollar la dimensión comunitaria de la vida espiritual:

- favoreciendo la centralidad de la Palabra de Dios en la vida comunitaria y personal, mediante la lectio divina, la meditación cotidiana, la Liturgia de las horas, las celebraciones de la Palabra, la preparación en comunidad de la Eucaristía dominical;
- celebrando la Eucaristía cotidiana con alegría, creatividad y entusiasmo, y favoreciendo la concelebración conjunta de todos los hermanos al menos una vez por semana;

- cuidando la calidad de la oración comunitaria hasta hacer de ella escuela de oración para la comunidad, para los jóvenes, para los miembros de la Familia Salesiana y para los colaboradores seculares;
- promoviendo revisiones de vida sobre las Constituciones y sobre los elementos esenciales de la espiritualidad salesiana;
- cuidando el acompañamiento espiritual con la valorización de las oportunidades tan apreciadas en nuestra tradición: el Sacramento de la Reconciliación, la dirección espiritual, el coloquio fraterno;
- creando entre los hermanos un clima que favorezca el intercambio de las propias experiencias de fe;
- favoreciendo la integración entre el proyecto personal y el comunitario, cuidando de que se interrelacionen y ambos sean compartidos.

Capítulo General 26

20. El salesiano

- pida todos los días a Dios y se comprometa a vivir la gracia de unidad entre contemplación y acción apostólica, de modo que evite el riesgo de la dispersión y de la superficialidad;
- asuma la responsabilidad de la propia formación espiritual y pastoral para una auténtica maduración vocacional;
- mirando la experiencia de Don Bosco, tome o refuerce la práctica de hacerse acompañar por un guía espiritual;
- comparta el propio camino de fe, la riqueza de la espiritualidad salesiana y la acción apostólica con los hermanos, los seculares corresponsables, los miembros de la Familia salesiana y los jóvenes.

21. La comunidad

- organice los ritmos cotidianos de vida de modo que todo hermano pueda participar en los momentos comunitarios y estar realmente presente entre los jóvenes;
- cuide la calidad de la oración comunitaria y de las celebraciones litúrgicas (cfr. Const. 86);
- dé relieve a las fiestas salesianas como ocasión de formación comunitaria y de comunicación del carisma;
- valore el servicio que el Director, como primer responsable de la formación, ejerce a través de las “buenas noches”, la conferencia, el coloquio personal, la animación fraterna.

33. El hermano, en el proyecto de vida personal prevea el tiempo necesario para la oración individual y comunitaria, cuide la meditación de la Palabra de Dios, valore el sacramento de la Reconciliación y dé centralidad a la Eucaristía cotidiana.

34. La comunidad

- en el proyecto de vida comunitario prevea iniciativas oportunas que favorezcan la centralidad de la Palabra de Dios y de la Eucaristía;
- implique a los hermanos ancianos, según sus capacidades, en el trabajo de evangelización, para que contribuyan con su experiencia y sabiduría, incluso como guías espirituales y confesores.

Capítulo General 27

64. Para ser MÍSTICOS en el Espíritu, se debe pasar:

1. de una espiritualidad fragmentada a una espiritualidad unificadora, fruto de la contemplación de Dios en Jesucristo y en los jóvenes.
2. de la actitud de quien se siente ya formado a la escucha humilde y permanente de la Palabra de Dios, de los hermanos y de los jóvenes.

65. Para llevar a cabo estos cambios, nos comprometemos a:

1. vivir cada día la Eucaristía como fuente de nuestra fecundidad apostólica, y a celebrar el Sacramento de la reconciliación como la reanudación frecuente de nuestro camino de conversión.
2. cultivar la oración personal en contacto diario con la Palabra de Dios, practicando la meditación diaria, y cuidar la calidad de la oración comunitaria, compartiéndola con los jóvenes y los miembros de la CEP.
3. elaborar el proyecto de animación y de gobierno a todos los niveles para los próximos seis años, centrándose en la Palabra de Dios.

66. Para ser MÍSTICOS en el Espíritu, se debe pasar:

1. de un testimonio débil de los consejos evangélicos a una vida llena de pasión en el seguimiento de Jesús, capaz de despertar al mundo, haciendo presentes los valores esenciales de la existencia.

2. de una visión pesimista del mundo a una visión de fe que, descubra al Dios de la alegría en los acontecimientos de la vida y de la historia de la humanidad.

67. Para llevar a cabo estos cambios, nos comprometemos a:

1. Vivir con alegría y autenticidad la gracia de la consagración, elaborando o redefiniendo el proyecto personal de vida y el proyecto comunitario.
2. Tener un guía espiritual estable y acudir a él periódicamente.
3. Profundizar nuestra espiritualidad mediante la lectura frecuente de las Constituciones y el estudio de las Fuentes salesianas.
4. Proporcionar momentos de coparticipación espiritual comunitaria a partir de la Palabra de Dios, valorizando en particular la lectio divina.
5. Evaluar y promover como comunidad y como hermanos individuales, la armonía entre la oración y el trabajo, entre la reflexión y el apostolado, por medio de "escrutinios" adecuados.
6. Procurar que se traduzcan las Fuentes salesianas a diferentes idiomas.
7. Actualizar el manual "En diálogo con el Señor", y otros subsidios de oración.
8. Poner en marcha iniciativas de formación para salesianos y laicos, y preparar a nivel regional, un centro de formación permanente o valorizar los de otras regiones

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

La Dimensión Espiritual

75. La dimensión espiritual, entendida como camino de vida en Cristo y en el Espíritu, es el corazón que unifica y vivifica la experiencia vocacional salesiana, que es, en primer lugar, experiencia espiritual, teologal, y, como tal, constituye el elemento central de la formación, el aspecto que la funda y la motiva.

Ella completa la dimensión humana, contribuyendo a construir aquella «espléndida armonía entre naturaleza y gracia» que admiramos en Don Bosco y que constituye el fundamento de su proyecto de vida en el servicio a los jóvenes . Motiva la dimensión intelectual, que por ella

se sostiene y se fortifica. Dinamiza la dimensión educativo-pastoral, poniendo a Dios y su Reino en el centro del trabajo apostólico, orientando todo hacia Él como a su auténtico fin. La dimensión espiritual comprende las actitudes necesarias para cultivar la experiencia de Dios, y es una modalidad particular de vivir la fuerza de la fe, el dinamismo de la esperanza y el ardor de la caridad. Ella está en el centro del proyecto salesiano, le da su identidad propia, fundamenta sus motivaciones y constituye su verdadero impulso apostólico.

76. Para vivir la misión salesiana no son suficientes las dotes de humanidad, la preparación cultural y la profesionalidad, la creatividad apostólica y la pasión por los jóvenes; todo esto es necesario, pero no basta para sostener con motivaciones adecuadas la experiencia vocacional. El salesiano tiene, ante todo, necesidad de una fuerte experiencia de Dios y del Espíritu, que es el elemento que funda y motiva la misión.

El salesiano está llamado a conjugar la vida en el Espíritu y la pedagogía, viviendo la educación como lugar de espiritualidad y camino de santidad. De la calidad espiritual de la vida depende su fecundidad apostólica, su generosidad en el amor por los jóvenes pobres y la atracción vocacional de las nuevas generaciones.

La necesidad de la espiritualidad es aún más sentida en un mundo y en una cultura que inducen al activismo y a la autosuficiencia. La vida centrada en el encuentro con Dios y su experiencia se hace testimonio atractivo y profecía para las personas de nuestro tiempo sedientas de valores absolutos. El salesiano se convierte de este modo en comunicador de espiritualidad, animador y guía de vida espiritual para los jóvenes, para los laicos y en el ámbito de la Familia salesiana.

77. Don Bosco fue un gran creyente, el iniciador de una escuela de espiritualidad.

Su experiencia de Dios destaca aquellos rasgos de la figura del Señor a los que era sensible y se caracteriza «por peculiares dinamismos espirituales y por opciones operativas», que definen la particular espiritualidad salesiana como espiritualidad apostólica.

Reconociendo la Congregación, la Iglesia declara que esta espiritualidad - transmitida por el Fundador a sus hijos e hijas - tiene «todos los requisitos objetivos para alcanzar la perfección evangélica personal y comunitaria».

Ella constituye, por tanto, una «gran corriente espiritual» en la Iglesia, una «escuela verdadera y original» de santificación. Es el camino para ese testimonio de santidad que constituye «el don más precioso que podemos ofrecer a los jóvenes».

No faltan las síntesis y las expresiones que recogen y comunican el rostro espiritual del salesiano y sus rasgos característicos. En las Constituciones se encuentra su presentación auténtica, los valores que lo conforman y las condiciones que lo hacen posible; en ellas se encuentra la espiritualidad salesiana, «meditada por sucesivas generaciones que la han vivido». Tales valores se retoman y explicitan aquí solo sumariamente.

Primado de Dios y de su Proyecto de Salvación

78. El salesiano está llamado a descubrir a Dios presente y familiar en cada momento de su vida. “Dios te ve”, hacía escribir Don Bosco sobre las paredes del Oratorio. Experimenta a Dios cercano a él y se sabe comprometido en su proyecto de salvación para los jóvenes. Este sentido de la presencia operante del Señor, vivida intensamente por Don Bosco y por los suyos, se transmite a cada salesiano como una herencia preciosa.
79. Es Jesús Buen Pastor el centro vivo y existencial de su vida consagrada. Si es verdad que todos los consagrados están centrados en Cristo, esto para el salesiano se traduce en un específico testimonio caracterizado por el aspecto pedagógico-pastoral con que él contempla a Cristo como “Buen Pastor” que redime y salva . El salesiano contempla a Jesús Buen Pastor en su gratitud al Padre por su plan de salvación, en la capacidad de predilección por los pequeños y por los pobres, en la solicitud en predicar, curar y salvar bajo la urgencia del Reino que viene. Imita la benignidad y la entrega de sí, y comparte con Él el deseo de reunir a los suyos en la unidad de una sola familia. Es un Jesús “vivo”, en acción y en camino para buscar al descarriado, que vuelve trayendo sobre las espaldas la oveja perdida y sabe hacer gran fiesta. Es un Jesús que lleva en la mente y en el corazón a Dios su Padre, le ruega incesantemente, le agradece y cumple su voluntad, habla de Él a los suyos, y se muestra a sí mismo como la vía para verlo y encontrarlo.
80. A través de Jesús el salesiano encuentra al Padre y vive en el Espíritu. Obrando por la salvación de la juventud y viviendo la experiencia espiritual del Sistema Preventivo, hace experiencia de la paternidad de Dios , descubre su presencia y acción providente y se siente llamado a ser revelador del Padre a los jóvenes. El Espíritu Santo, que suscitó a Don Bosco, formando en él un corazón de padre y de maestro guiándolo en su misión , llama a todo discípulo de Don Bosco a continuar la misma “experiencia del Espíritu” para el servicio a los jóvenes. El salesiano es hombre espiritual, atento a discernir los caminos a través de los cuales el Espíritu obra en el corazón de los jóvenes. Sabe captar su presencia en sus interrogantes, en sus expectativas y demandas, y se convierte así en instrumento de su acción en los corazones. El Padre, en la consagración, lo dona al Espíritu que forma y plasma su ánimo, configurándolo a Cristo obediente, pobre y casto, e impulsándolo a hacer propia su misión.
81. Para cultivar su experiencia de Dios, el salesiano:
- profundiza su fe y hace experiencia del misterio cristiano en la escuela de la Palabra de Dios;
 - pone a Dios en el centro de su existencia, manteniéndose siempre «en diálogo simple y cordial con Cristo vivo y con el Padre», y cultivando una atención permanente a la presencia del Espíritu. Cumple «todo por amor de Dios», para llegar a ser como Don

- Bosco, «contemplativo en la acción» . Hace de modo que su obrar sea expresión de interioridad y de que toda su existencia sea una celebración de la “liturgia de la vida”;
- siente una alegría profunda cuando puede revelar, especialmente a los jóvenes, las insondables riquezas del misterio de Dios y ser signo y portador de su amor ;
 - en unión con Cristo, fija en el Padre la mirada y el corazón, cultivando actitudes de confianza y comprometiéndose con celo en la realización de su plan de salvación; agradecido por el don de la vocación, se siente comprometido a vivirla en plenitud;
 - aferrado por Cristo, trata de imitarlo en la donación de sí y en el servicio. Se esfuerza por asumir sus sentimientos y por deleitarse en Él. Su opción fundamental por Cristo lo lleva a hacer de Él el parámetro de todas sus opciones. En su corazón no se da ninguna opción que sea anterior e independiente de Cristo; abraza los consejos evangélicos para compartir la forma de vida de Jesús y tomar parte de modo más íntimo y fecundo en su misión ;
 - crece en la atención al Espíritu, reconociendo y acogiendo su acción santificadora y renovadora. Está constantemente atento a su presencia en su vida, en las personas y en la historia. Bajo su acción vive en actitud de discernimiento y disponibilidad a la voluntad de Dios. Asume la experiencia de la formación como experiencia de apertura, de docilidad y colaboración con él . «La acción del Espíritu es, para el profeso, fuente permanente de gracia y apoyo en el esfuerzo diario de crecer en el amor perfecto a Dios y a los hombres».

En Diálogo con el Señor

98. En la oración el salesiano cultiva, alimenta y celebra la capacidad de encontrar a Dios en la vida y en el trabajo educativo con los jóvenes y la alegría de contemplar a Jesús Buen Pastor, a Dios Padre como padre de sus jóvenes, y al Espíritu que obra en ellos.
Él sabe que la oración es, ante todo, docilidad al Espíritu y, luego, experiencia humilde, confiada y apostólica de quien une espontáneamente la oración con la vida , alcanzando «aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco» .
99. Imita a Don Bosco que vivió y educó a los salesianos en una relación simple, concreta y profunda con Dios. Rindió testimonio de una actitud permanente de oración y de la capacidad de orientar todas las cosas a la gloria de Dios, de vivir y obrar en su presencia, de tener como única preocupación su Reino. Siguiendo su ejemplo, el salesiano «cultiva la unión con Dios y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente» .
La relación con Dios y la interioridad apostólica constituyen el corazón de su experiencia e impregnan todo su ser, antes aún de traducirse en actividad o en prácticas de piedad. Su oración es la del “da mihi animas, coetera tolle», que encuentra su fuente en la Eucaristía y se expresa en la plena dedicación al compromiso apostólico .
100. Nada hay de especial y de excepcional en la forma de oración del salesiano. Él sigue el itinerario de oración que la Iglesia ofrece al buen cristiano. Hace suya la pedagogía de la Iglesia que lo conduce a revivir en sí mismo los misterios de la redención, a través de los tiempos del año litúrgico, y se deja evangelizar por la Palabra.

Como Don Bosco, vive con intensidad de fe las prácticas de piedad ordinarias: ellas son para él «no sólo medios de santificación personal, sino también momentos de preparación para una colaboración, cada vez más intensa, en la transformación del mundo, según el plan de Dios» .

Ora con su comunidad, que en la oración «reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación» y comparte esta actitud de oración con la comunidad educativa y con la Familia salesiana, particularmente en la celebración de las fiestas salesianas.

Su oración lleva el distintivo del apóstol y del educador dedicado al bien de los jóvenes. Se une con la vida: precede, acompaña y sigue la acción apostólica, está ligado a los jóvenes, por quienes y con quienes ora.

Precisamente por esto la oración del salesiano tiene un estilo juvenil hecho de simplicidad, vivacidad, y sinceridad . Es una oración «gozosa y creativa, sencilla y profunda, [que] se abre a la participación comunitaria, conecta con la vida y en ella se prolonga» .

101. En el diálogo personal y comunitario del salesiano con el Señor se deben destacar algunas expresiones y eventos de particular importancia:

«La Palabra de Dios es la primera fuente de toda espiritualidad cristiana. Ella alimenta una relación personal con el Dios vivo y con su voluntad salvífica y santificadora» .

«Es, para nosotros, fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación» .

Por esto el salesiano la escucha con fe y humildad, la acoge en su corazón como guía para sus pasos, la hace fructificar en su vida, y la proclama con alegría .

La escucha de la Palabra «es el momento cotidiano más eficaz de formación permanente» . Ella se realiza, de modo particular, en la celebración de la Eucaristía y en la práctica de la meditación. La meditación cotidiana es el momento privilegiado de intimidad con el Señor, ocasión concreta para hacer familiar la Palabra de Dios y encarnarla en la vida.

102. La celebración de la Eucaristía es el acto central de la jornada del salesiano. En ella, él da gracias al Padre, hace memoria del proyecto de salvación cumplido por el Hijo, comulga con el Cuerpo y la Sangre de Cristo y recibe el Espíritu que lo hace capaz de comunión fraterna y lo renueva en su compromiso apostólico.

La presencia de la Eucaristía en la casa salesiana es para un hijo de Don Bosco motivo de frecuentes encuentros con Cristo de los cuales obtiene dinamismo y constancia en la acción para los jóvenes .

La gracia de la Eucaristía se extiende a las diversas horas del día con la celebración de la Liturgia de las horas .

103. La celebración del sacramento de la Reconciliación constituye la expresión más significativa y eficaz del camino cotidiano de conversión. Este dona la alegría del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas .

Don Bosco ha destacado la importancia pedagógica del sacramento de la Reconciliación y ha presentado la celebración regular y frecuente de la misma como clave del progreso espiritual personal y del camino educativo de los jóvenes.

El salesiano ama y hace amar el sacramento de la Reconciliación.

104. La devoción a María constituye para el salesiano una gozosa y fuerte llamada a reconocer e invocar a María como «modelo de oración y caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra Familia»; y a contemplar e imitar «su fe, su solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y su alegría por las maravillas realizadas por el Padre». Siguiendo el ejemplo de Don Bosco, el salesiano se siente comprometido a difundir una «devoción filial y fuerte» a Ella, Inmaculada y Auxiliadora .

105. Algunas expresiones características sostienen la experiencia orante del salesiano y constituyen una pedagogía de vida:

- se ejercita en celebrar en el tiempo el misterio de Cristo, viviendo los distintos períodos del año litúrgico, como tiempos que señalan las etapas de su experiencia cristiana, y destaca el sentido espiritual del domingo;
- cultiva su fe, profundiza el conocimiento del misterio cristiano, actualiza su visión teológica y espiritual como motivación de su experiencia de oración;
- hace de la participación en la liturgia una escuela permanente de oración, aprende a escuchar la voz de Dios y a acoger su gracia; persevera en la oración también cuando atraviesa momentos de aridez;
- celebra la Liturgia de las horas como prolongación del misterio eucarístico en la jornada, compartiendo con la comunidad - en los tiempos previstos - la alabanza del Señor;
- desarrolla la conciencia de la misión apostólica: va a los jóvenes como enviado por el Señor, para actuar en su nombre, y no sólo por opción personal; sabe que el Señor lo precede; está convencido de que el trabajo que realiza es una obra de redención, como liberación de las diversas formas de mal o evangelización de las diversas realidades humanas;
- ama orar con su comunidad y es fiel a los momentos en que ésta se encuentra para la oración. Descubre la belleza de compartir con la comunidad las propias experiencias de fe y las preocupaciones apostólicas. Practicado con espontaneidad y con un consentimiento común, este compartir «nutre la fe y la esperanza, así como la estima y la confianza recíproca, favorece la reconciliación y alimenta la solidaridad fraterna en la oración» ;
- saca provecho del encuentro fraterno y de la dirección espiritual para su camino de oración;
- valoriza las oportunidades y los estímulos que favorecen una oración común y personal vivida y renovada, que supere los riesgos de formalismo, de deterioro y de pasividad que, a menudo, amenazan las formas comunes y obligatorias de oración.

106. La experiencia espiritual del salesiano encuentra en la acción apostólica fuertes estímulos y está sujeta, al mismo tiempo, a algunos riesgos. El salesiano está llamado a vivir la gracia de unidad evitando «toda dicotomía entre interioridad y tarea pastoral, entre espíritu religioso y tarea educativa o cualquier fuga hacia formas de vida que no respondan a las tres palabras de Don Bosco: trabajo, oración, templanza» .

El salesiano vigila para que su dinamismo espiritual no sufra reducciones de marcha o detenciones, su vida espiritual no sea amenazada por la superficialidad o por la dispersión. Con este fin se compromete a caminar en el Espíritu, a obrar movido por la interioridad apostólica y a cultivar una vida unificada.

114. La vida espiritual del salesiano es sostenida por la pedagogía litúrgica de la Iglesia, por la participación «plena, consciente y activa» en las celebraciones y por una permanente educación litúrgica comunitaria. Todo hermano cuide de corazón la dignidad del culto divino, el respeto de las orientaciones litúrgicas, la sensibilidad por el canto, los gestos, los símbolos.
115. La Eucaristía ocupa un puesto central en la vida cotidiana del salesiano y de la comunidad . A través de ella se expresa y se consolida el significado de la consagración apostólica en la conformación a Cristo, en la comunión fraterna y en un renovado impulso apostólico.
«Todos los hermanos serán fieles a la celebración diaria de la Eucaristía» .
116. Se cultive la familiaridad con la Palabra de Dios, verdadera escuela de formación permanente, a través del contacto continuo, la lectura orante, el estudio y el compartir fraterno en la comunidad.
117. En la vida personal y comunitaria se subraye el valor educativo y formativo del Sacramento de la Reconciliación según nuestra espiritualidad. La frecuencia de su celebración «ha de determinarse de acuerdo con el propio confesor, según la tradición de los maestros de espíritu y las leyes de la Iglesia» . Normalmente, los religiosos «solicitos de la propia unión con Dios, se esfuerzan por acercarse al sacramento de la [Reconciliación] frecuentemente, es decir, dos veces al mes» . Durante la formación inicial, dada la incidencia que puede tener el acompañamiento del confesor en el discernimiento vocacional y en toda la experiencia formativa, los hermanos tengan un confesor estable y, ordinariamente, salesiano.
118. La celebración de la Liturgia de las Horas, adecuadamente seguida, contribuye a consolidar la actitud de oración y la unión con Dios . «Los socios celebrarán cada día, a ser posible en común, laudes y vísperas» . Los hermanos diáconos y presbíteros sean fieles a «la obligación contraída en su ordenación», participando – con la celebración de las diversas Horas – a la alabanza incesante que la Iglesia eleva a su Señor.
119. Se cuide con particular atención la educación en la oración personal y en la oración mental, la participación y la animación de los retiros y de los ejercicios espirituales anuales, momentos fundamentales de la pedagogía espiritual del salesiano, que estimulan la actitud de renovación y consolidan la unidad de vida . «La comunidad destinará tres horas por lo menos al retiro mensual, y un día entero, convenientemente preparado, al retiro trimestral. Los socios harán anualmente seis días de ejercicios espirituales, según las modalidades establecidas por el capítulo inspectorial».

120. La Comisión Inspectorial de Formación y los Directores ayuden a los hermanos a cuidar la calidad de la oración personal, de modo especial la meditación, hecha en común al menos durante media hora, favoreciendo el conocimiento y la práctica de métodos adecuados a las características de nuestra espiritualidad.
121. A lo largo del año sean puestas de relieve las fiestas marianas según el espíritu de la liturgia y se valoricen las expresiones devocionales marianas típicas de la Familia salesiana, especialmente, el santo Rosario.
Se celebren con alegre participación las fiestas y las memorias de los Santos y Beatos de la Familia salesiana, alabando al Señor por el don de la santidad difuso en nuestra familia espiritual y recibiendo estímulo a la imitación.
122. Se prevean momentos para compartir la oración con los jóvenes y los laicos.
123. Métodos y estilos de oración, textos y otros subsidios conserven la característica salesiana de la oración íntimamente unida a la acción; abran «una equilibrada espontaneidad y creatividad personal y también comunitaria», y eduquen a una particular sensibilidad hacia las formas juveniles, populares y festivas. Contribuyan a reavivar el espíritu de las distintas celebraciones y a evitar los efectos de la rutina.

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Nos ha reconciliado consigo mismo y nos ha confiado el ministerio de la Reconciliación (15 de agosto de 1999)

Sacramento de la Reconciliación y espiritualidad salesiana

La conexión salesiana con este tema es inagotable. Comprende la experiencia espiritual de Don Bosco, el puesto central que él asignó al sacramento de la penitencia en su pedagogía para los jóvenes, el universo sacramental en que se desarrolla toda la espiritualidad salesiana y, no en último lugar, la “historia” singular de Don Bosco como confesor de jóvenes, que nosotros estamos llamados a actualizar.

La experiencia ininterrumpida de Don Bosco desde los primeros años de su adolescencia, en el período del seminario, como joven sacerdote y como hombre famoso la presenta sintéticamente don Eugenio Ceria con estas pinceladas: “Don Bosco se aficionó a la confesión desde su más tierna edad, y ningún cambio de vida fue parte para entibiar en él su amorosa propensión a acercarse a ella con frecuencia... Cuando empezó sus estudios en Chieri, dueño enteramente de sí mismo, buscó al punto un confesor fijo... Sacerdote en Turín, se confesaba cada ocho días con el beato Cafasso. Muerto este Siervo de Dios, recurrió al ministerio de un

piadoso sacerdote, condiscípulo suyo, que cada lunes por la mañana iba a confesarlo a la sacristía de María Auxiliadora, y luego se confesaba a su vez con Don Bosco mismo.

Durante los viajes y en las ausencias de su confesor ordinario, se mantenía fiel a su querida práctica, dirigiéndose ora a un salesiano, ora a otros, según los casos. Por ejemplo, durante su estancia de dos meses en Roma, en 1867, se confesaba cada semana con el Padre Vasco, jesuita que había conocido en Turín.

A veces sus hijos, al principio, vacilaban en confesarlo, mas él les decía: - ¡Vamos, haced esta caridad a Don Bosco; dejad que se confiese!” .

Se dan ciertamente diferencias en el planteamiento de la vida espiritual y de la praxis sacramental entre el tiempo de Don Bosco y el nuestro. Pero sería ligereza histórica pensar que Él siguiera sólo una costumbre devocional. Cada palabra y enseñanza suya (y hay tantas!) manifiesta el sentido del encuentro vivificador con Dios que la Reconciliación lleva consigo, la convicción de la necesidad y riqueza de la mediación de la Iglesia, la función del sacramento en un camino de santidad serena, alegre y en constante crecimiento.

Esto es mi cuerpo, que se entrega por vosotros (25 de marzo 2000)

Un camino en nuestras comunidades

Las reflexiones que hemos desarrollado hasta aquí sugieren muchas aplicaciones, ante todo para nuestras comunidades salesianas.

La Eucaristía es esencialmente una celebración comunitaria, esto es, implica a cada cristiano en cuanto es miembro del Pueblo de Dios y, por lo mismo, a cada uno de nosotros como miembros de una comunidad. Ésta es el sujeto de la celebración.

La primera pista que ofrezco se refiere a los momentos celebrativos en la comunidad. Se trata de redescubrir el alcance humano y espiritual del celebrar juntos y sacar las consecuencias.

Frente a los peligros de una vida desperdiciada en la distracción del corazón y en una gestión individualista de los compromisos, la celebración eucarística nos conduce a lo esencial, pidiéndonos hacer juntos memoria de Cristo y ofreciéndonos entrar en comunión con su caridad, en la máxima mediación sacramental.

Cada comunidad sabrá reconocer en qué debe hacer consistir este relieve más evidente de la Eucaristía. Para muchos será un tiempo menos acortado, una participación más activa, una preparación más cuidada, un frescor de referencia a lo cotidiano.

Es necesario que redescubramos un modo de celebrar que tenga verdadera dignidad litúrgica. En el cuidado atento por hacer los gestos suficientemente expresivos, por una proclamación digna de la Palabra de Dios y de los textos eucológicos, por la belleza del canto y de los ornamentos, por el respeto de los momentos de silencio se realiza nuestra apertura a Otro, que debe ser percibido, acogido, escuchado y contemplado en la fe y cuya divina presencia justifica el cuidado de los detalles y la generosidad en el compromiso.

Los jóvenes son particularmente sensibles a la genuinidad de los gestos simbólicos de que es tan rica la liturgia y muchas veces se hacen una idea de nuestra fe más observando la sinceridad y la calidad de nuestras celebraciones que escuchando nuestros discursos.

En este clima podríamos proponernos la valoración de la Concelebración de todos los miembros de la comunidad, al menos semanalmente en el día de la comunidad. Así también estudiar una mayor frecuencia de la adoración eucarística comunitaria, que renueva la adhesión de fe y la atención orante a la presencia de Cristo entre nosotros, o el cuidado particular de las liturgias dominicales y festivas a través de la reflexión en común sobre la Palabra que deberemos compartir con los jóvenes y la gente.

Estaría muy bien que la Eucaristía comunitaria se abriese, como ya se hace en muchos lugares, a los jóvenes con los que queremos formar una sola familia. Esto enriquecería nuestras asambleas de frescor juvenil, mientras ayudaría a los jóvenes a hacer válidas experiencias de vida interior y de convivencia espiritual.

Todos tenemos experiencia de celebraciones en las que parece que el gesto y la palabra adquieren su significado total. El mismo visitante que viene de fuera percibe un solo corazón y una sola alma. Otras veces se respira una atmósfera diversa: imperfecta fusión de corazones en la asamblea, disociación entre rito y vida, un camino eucarístico todavía incierto.

Nos dicen las Constituciones: “La Eucaristía es el acto central de cada día para la comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva. En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso apostólico” .

La segunda pista que sugiero es la relación visible entre Eucaristía y vida fraterna.

Hemos meditado cómo de la Eucaristía nace la Iglesia, experiencia de comunión entre los hombres en el nombre de Cristo y anuncio del Reino que se hace presente en la historia. Se trata de sacar de esto conclusiones operativas que no son automáticas, sino que requieren la generosa aportación de cada uno.

Hablar de la Eucaristía y sobre todo celebrarla no tiene sentido si las comunidades no se esfuerzan por superar las tensiones y las divisiones que pueden estar sufriendo. En esto debemos ser muy claros y auténticos, sabiendo que debemos confrontarnos con una enseñanza bíblica que no deja espacios para las medias tintas o para componendas.

Puede ser útil que releamos personal y comunitariamente el texto de la primera carta a los Corintios, capítulos 10 y 11, en que Pablo pone en evidencia que la Eucaristía es incompatible con las divisiones, las cerrazones recíprocas, el individualismo de cualquier forma. Como dice el Apóstol, “cada uno se examine a sí mismo” y dándose cuenta de que hay un solo pan, para que todos formemos un solo cuerpo, evite profanar el Sacramento del Señor.

La comunión sacramental no nos lleva a la comunión de vida con Cristo si excluimos a los hermanos de nuestra estima y de nuestro trato, si conservamos rencores y si no damos nuestra aportación para construir la fraternidad. La Eucaristía existe para que nos amemos, nos perdonemos y dejemos edificar al Señor la casa donde Él quiere habitar.

En la plegaria eucarística, después de haber invocado al Espíritu para que el pan y el vino se conviertan en el Cuerpo y en la Sangre de Cristo, le pedimos que, en virtud de la acción sacramental, nos reúna también a nosotros en un solo cuerpo. El amor fraterno y la Eucaristía son dos signos que no se pueden separar. Cuando el primero no existe, se introduce una “mentira en el sacramento”. Cuando no se vive la Eucaristía, el amor pierde sus dimensiones y se separa de su fuente de alimentación. “Señor, haz que de la participación en este tan gran misterio obtengamos

plenitud de caridad y de vida” . Sea ésta la expresión intensa de nuestros deseos y el empeño auténtico de nuestra voluntad.

Una tercera pista que explorar es la referencia personal, interiorizada y convencida, al misterio de la Eucaristía.

“Sólo podremos formar comunidades que rezan, si personalmente somos hombres de oración” . Esta afirmación que nuestras Constituciones refieren en general a nuestra vida de oración, vale de manera muy particular para la Eucaristía.

Será necesario, ante todo, que maduremos un conocimiento más profundo de este sacramento. Llevados como estamos por la inmediatez de los desafíos de cada día, tal vez desde hace años no leemos ninguna obra seria y convincente de teología eucarística, con la consecuencia de que la comprensión del misterio se vuelve más pobre y las motivaciones interiores se debilitan. El Congreso Eucarístico mundial del Jubileo pondrá seguramente a nuestra disposición aportaciones y estímulos que no deberemos dejar sólo a la atención de los que participen en él.

Debemos, luego, redescubrir la lección que nos viene de Don Bosco, es decir, la síntesis, la “espléndida armonía” entre oración y entrega apostólica unificadas en el “Da mihi animas”. Lo que buscamos en la oración y en la acción pastoral es una única cosa: la participación en la caridad de Cristo, que la Eucaristía nos hace posible.

Será, pues, importante que cada uno de nosotros aproveche la ocasión de gracia de este Jubileo, para volver a las raíces más auténticas de la propia vocación, y renueve con convicción la adhesión a aquella caridad pastoral hacia los jóvenes que caracteriza nuestra espiritualidad.

Pero en este camino deberemos tener en cuenta y evitar el peligro de las ilusiones. La síntesis de trabajo y oración en un único movimiento de caridad hacia Dios y hacia los hermanos no es un objetivo que se pueda conseguir a través de cualquier itinerario. El misterio de la Eucaristía no es sólo un motivo inspirador, sino que aún antes y mucho más es el momento imprescindible en que el corazón contemplativo y apostólico se forma, en contacto con el corazón de Cristo. Entre la praxis eucarística y la síntesis apostólica lograda hay una consecuencia lógica que no admite cambio de sentido.

Por esto sería ingenuo presumir de poder hacernos generosos y desinteresados en el servicio de los jóvenes descuidando cultivar una robusta piedad eucarística. Donde falte la referencia intensa a la Eucaristía, como centro de la existencia cristiana, no puede haber ni contemplación ni apostolado, porque los dos están juntos o desaparecen juntos.

Preguntemonos, pues, sobre qué aspecto podemos hacer más personalmente, para corresponder al mandato de Cristo: “Haced esto en conmemoración mía” . En el ámbito de las formas personales de piedad eucarística nuestra tradición deja mucho espacio a la iniciativa de cada uno; pero esto no significa que el compromiso exigido sea menos intenso y que cualquier actitud sea igualmente fructuosa.

Un hijo y discípulo espiritual de Don Bosco sabe encontrar diariamente espacios de silencio ante la Eucaristía en la forma tradicional de las “visitas” o en otras expresiones de auténtica adoración y comunicación.

El Salesiano es un hombre de Oración (ACS 374, 2001)

El lugar privilegiado para la escucha es, pues, la meditación de la Palabra: “sentada a los pies de Jesús, (María en Betania) escuchaba su palabra”. Así, pues, todo empieza con la atención interesada a la Palabra, que se desarrollará luego en meditación, oración y contemplación. La escucha de Dios, con sus dimensiones de silencio, salida de sí mismo y concentración en el Otro, se hace acogida o, mejor, descubrimiento en uno mismo de una presencia más íntima aún a nosotros que cuanto pueda serlo nuestro mismo “yo”: “Tarde te amé, belleza siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé. Sí, porque tú estabas dentro de mí y yo fuera. Yo te buscaba allí. Deforme, me arrojaba sobre tus hermosas criaturas. Estabas conmigo, y yo no estaba contigo. Me tenía lejos de ti mi sordera; brillaste, y tu esplendor disipó mi ceguera; difundiste tu fragancia, y respiré y suspiro por ti, gusté y tengo hambre y sed; me tocaste y ardí de deseo de tu paz”.

Gustar el silencio.

El silencio es como la imagen de la Palabra reflejada en un espejo. Silencio y Palabra se completan y se refuerzan recíprocamente. Sin el silencio, difícilmente se llega, ya sea al conocimiento de sí, ya sea al discernimiento del proyecto de Dios sobre la propia vida. El silencio da profundidad y unifica.

La sobriedad salesiana en el hablar no es distanciamiento o dominio controlado de sí mismo; es siempre atención al otro, comprensión y deseo de dar y de recibir. Se pasa así a una dimensión interior, al estar bien consigo mismo, a la visión serena de las personas y de las situaciones, a la paz interior, al gusto de la presencia del otro.

Se produce también una actitud de dominio de sí y de resistencia para hacer callar los sentimientos desordenados hacia los demás, las imágenes arbitrarias de uno mismo, las rebeliones, los juicios no ponderados, las murmuraciones y las ligerezas, que nacen del corazón. Un silencio mesurado es el guardián de la interioridad y hace posible la escucha y la acogida de quien habla. El Dios que queremos encontrar está dentro de nosotros, no fuera.

El yo interior tiene necesidad de tiempos y espacios para confrontar y valorar. Respecto de los primeros, no deberíamos tener miedo de reservar, en el horario, períodos de tiempo para dedicarlos a la meditación personal, al estudio, a la oración y - ¿por qué no? - a la contemplación: esa actitud total de quien se siente subyugado por la verdad o por la belleza.

El Evangelio nos aconseja “entrar en la propia habitación y, cerrada la puerta, orar al Padre que está en lo escondido”. Se trata de escoger un lugar donde la atención y el espíritu encuentren menos obstáculos para ir a Dios. La Iglesia o la capilla son, sin duda, lugares más adecuados para la “oración silenciosa”, aunque no los únicos. “Nuestro Salvador escogía lugares solitarios para orar, y aquellos que no ocupasen mucho los sentidos, sino que levantasen el alma a Dios, como eran los montes que se levantaban de la tierra, que ordinariamente son pelados sin materia de sensitiva recreación”.

Los paseos, por ejemplo, pueden adquirir un significado nuevo: se trata de descubrir la presencia del Señor que - según la expresión poética de San Juan de la Cruz - “pasó por estos sotos con presura, y yéndolos mirando, con sola su figura vestidos los dejó de hermosura”.

Así, pues, la persona no mira si el lugar para la oración tiene determinadas comodidades, porque esto quiere decir que está todavía apegada a los sentidos; sino que se preocupa, sobre todo, del recogimiento interior; olvidando todo lo demás, escoge para tal fin el lugar más libre de objetos

y gustos sensibles y aparta la atención de todo esto, para poder gozar mejor de su Dios en la soledad de las criaturas.

Acceder con confianza al Padre.

Ésta es la sugerencia de San Pablo; es la indicación de Jesús. El Señor acepta el culto ritual, pero como camino y condición para el abandono espontáneo y transparente. Hay ocasiones en las que podemos rezar sin palabras, pero no podemos nunca rezar sin el deseo profundo de encontrarnos con el Señor, de estar con Él. “Tu rostro buscaré, Señor” es ya una forma de oración. Es frecuente hoy desear aquellos momentos de gozo y de emoción que se dan raramente o bajo el impulso de fuertes estímulos. Son una gracia, en la que no se fundamenta nuestra relación con Dios, sino con la que el Señor nos sostiene. Estamos en tiempos en que domina la emoción religiosa, el deseo de experimentar “otra cosa”, lo que está más allá de lo sensible. Esto vale también para los jóvenes, para los cuales autenticidad y sentimiento van unidos, aún en la experiencia religiosa.

La amistad con el Señor requiere que nuestro deseo de encontrarnos con Él sea dentro de la oración y ésta dentro de la vida, como orientación y pasión: “Oh, Dios, tú eres mi Dios, por ti maduro”. No se trata, pues, de un deseo de cumplir obligaciones de oración, sino de un anhelo intenso de la presencia del Señor, de su amistad.

A veces tememos acercarnos demasiado a Dios, o que Él nos manifieste demasiado claramente su voluntad. Miles de preguntas nos invaden: ¿qué me pedirá Dios? ¿adónde me conducirá? Lo que está en juego es mucho: se trata de mi vida. Podría cambiar la orientación de todo lo que he hecho; podría ser llamado a poner en discusión mis valores. Sucedió a los patriarcas, a los profetas, a los apóstoles, a los santos que, en cuanto a la oración, son ejemplos eximios. Podemos decir que nos sucede también a nosotros, a través de acontecimientos imprevistos, que cambian el curso, el ritmo o el tono de nuestra existencia.

Con los demás, cada uno de nosotros entra en diálogo entre iguales. En cambio, con Dios todo es diverso. Él me dice: “Yo soy el Señor, tu Dios”. Dijo Einstein: “Cuando me acerco a este Dios, debo quitarme los zapatos y caminar de puntillas, porque estoy en una tierra sagrada”. Y, sin embargo, no estamos en la región de la lejanía ni del temor, sino en la filial, del Espíritu, que es misterioso e inagotable: de ahí nacen siempre novedades de parte del Padre y de nuestra parte, según va avanzando la vida.

Hacer un camino de oración.

En la oración hay también un camino de formación y de crecimiento permanente. Nadie, cuando es adulto o anciano, reza como cuando era niño, aunque puede mantener rasgos personales, madurados por la vida. La oración no sólo nos enriquece, sino que nos plasma por lo que ella es, y por los hechos de nuestra vida que asumimos a su luz. Algunos de nosotros, tal vez, han compartido la experiencia de monjes que han llevado adelante una vida de pura oración. Pero también es interesante y fecundo el diálogo sobre la oración con hermanos nuestros llegados a la madurez de la vida y del sufrimiento.

Al asumir el compromiso de rezar, me abandono enteramente en Dios y me entrego en sus manos. Es a Dios a quien acojo; es a Él a quien me doy; con Él quiero caminar y de Él recibir mi propio ser, siempre renovado por los dones de su amor.

La contemplación ofrece el momento más alto de la oración. Pero ella, como afirma Vita Consecrata, no es privilegio de un estado, sino dimensión esencial de los que sienten la propia vida “transfigurada” en Cristo. Es la visión de fe, gozada en su dimensión unificante, que irradia luz y belleza.

La oración así entendida es el acto adulto mediante el cual mi relación personal se abre respecto de Dios, consciente de mi irreductible sed de Él, como también de su amorosa búsqueda de mí.

La oración supone también la salvaguardia de un tiempo suficiente, capaz de arraigar en mí y de expresar el significado más alto del acto de rezar. Si deseo llegar a una oración viva y vivificadora, que sea experiencia de amor con el “partner” único, no puedo dejar de reservar algunos espacios de mi vida, consagrándolos a estar de tú a tú con el Señor.

Perseverar en este acto de fe pura y desnuda, durante un tiempo que no conoce prisa ni cálculo de ventajas personales, dedicado a estar simplemente en la presencia de Dios Padre (Él me mira, me ama y me trabaja, durante estos momentos que tocan lo profundo de mí en la soledad), aun cuando yo tenga la sensación de permanecer sin palabras y de perder mi tiempo: he aquí la exigencia y la garantía de una adoración en espíritu y en verdad. Es interesante ver el camino de oración de nuestros Siervos de Dios, en los que encontramos siempre tres características: la participación en las prácticas comunitarias, los tiempos personales de los que estaban ávidos y la unión en la vida.

Aun siendo verdad que la oración puede dar paz interior a mi vida, serenidad de espíritu y eficacia en la acción, la finalidad principal no será sólo buscar estas ventajas, si en la oración quiero encontrar al Padre de Jesús y Padre nuestro, la experiencia del amor gratuito.

Al darle al Señor mi tiempo humano, sin pedirle nada en cambio (efectos extraordinarios, progreso espiritual rápido y apreciable, etc.), me expongo al sol mismo de la divina gratuidad. Ésta es la gracia por excelencia del comprometerse a rezar: ser educados en la gratuidad, en una sociedad como la nuestra en la que todo es objeto de compraventa. Saber con indudable sabiduría que somos amados por Él y que Lo podemos amar y desear, constituye la gran riqueza de nuestra vida, que hace aparecer como secundarias todas las demás pretensiones.

¡Ésta es la bienaventuranza de una vida de oración! Quien sabe perder su tiempo con el Señor, aprende a dar a los hermanos la propia vida con generosidad gratuita, olvidado de sí mismo. La oración, como el amor, no tiene necesidad de justificación.

Puesto que es el Espíritu quien reza en nosotros y que de Él aprendemos a dirigirnos al Padre, es más importante ponerse en sintonía y unión con Él que conocer definiciones descriptivas exactas sobre la oración. Éstas, sin embargo, ayudan a un mayor conocimiento y camino de purificación. Tomemos algunos elementos constantes, sacándolos de la experiencia de Jesús, de la Iglesia y de aquellos que la han contemplado y seguido más de cerca.

Don Bosco hombre de oración.

Sería inexacto históricamente pensar que la oración de Don Bosco se hubiera quedado en estos niveles. La experiencia “oratoriana”, educativa y pastoral, con los muchachos pobres y con los discípulos jóvenes, produjo en él un salto hacia una “oración apostólica”, hacia la contemplación en la acción, y el éxtasis frente a la acción de Dios en el alma de los jovencitos. Así empezó y se

desarrolló aquella unión entre la actitud de oración y la vida emprendedora, empapada de esperanza y de audacia, que suscitó inicialmente interrogantes acerca de su santidad, dado que alguien lo juzgó sólo un “emprendedor” de Dios, pero que resultó ser luego paradigma para la oración y la vida del salesiano.

Un método análogo al de Mamá Margarita, madurado en la experiencia pastoral y en el sacrificado servicio educativo, será el que use Don Bosco con sus jóvenes. En efecto, al comienzo de su manual de oración, *El Joven cristiano*, al enumerar Las cosas necesarias a un joven para alcanzar la virtud, él parte del Conocimiento de Dios: “Levantad los ojos, queridos hijos míos, y observad cuanto existe en el cielo y en la tierra. El sol, la luna, las estrellas, el aire, el agua, el fuego, cosas son todas que en otro tiempo no existían (...). Pero hay un Dios que existe eternamente y que con su omnipotencia las sacó de la nada creándolas”. Ambas experiencias le sirvieron para convertirse en el iniciador de los jóvenes en la comunión con Dios.

Educado en saber contemplar a Dios en la naturaleza y en los acontecimientos humanos, especialmente los que se referían a los jóvenes confiados a él, Don Bosco formaba a sus muchachos en esta “mirada simple”, reveladora del amor de Dios. Por esto, era un atento observador de la historia humana y de la Iglesia, de la que había sido narrador eficaz para los jóvenes. Y sus muchachos aprendían.

De Miguel Magone, durante unas vacaciones en I Becchi, el santo cuenta: “Una noche, mientras nuestros muchachos estaban ya acostados, oí que alguien lloraba. Me acerco con cuidado a la ventana y descubro a Miguel, en un ángulo de la era, mirando a la luna y llorando entre suspiros. - ¿Qué te ocurre, Miguel? ¿Te sientes mal?, le dije. Él, que pensaba estar solo, se turbó y no acertaba a responder. Pero, al insistir yo, contestó con estas precisas palabras: - Lloro al observar cómo la luna aparece con inalterable regularidad después de tantos siglos para alumbrar en medio de las tinieblas de la noche, sin permitirse jamás una desobediencia al Creador; yo, en cambio, dotado de razón, que debiera haber sido exacto cumplidor de las leyes de Dios, le he desobedecido mil veces y le ofendí de mil maneras a pesar de mis pocos años. - Dicho esto, se puso a llorar de nuevo. Lo consolé lo mejor que pude, se calmó poco a poco y se fue a descansar”.

Don Bosco comenta con admiración esta capacidad de Miguel de “descubrir en todo la mano del Creador y la obligación de toda criatura de prestarle obediencia”

Siguiendo a San Francisco de Sales.

Todo esto se coloca en la línea de la espiritualidad de San Francisco de Sales, el cual, en la segunda parte de la *Filotea* (donde se encuentran indicados “algunos consejos para la elevación del alma a Dios”), después de la presentación de la oración mental, sugiere otras cinco clases de oraciones breves, que son “complemento y añadidura de la gran oración”: las oraciones de la mañana, las de la noche, el examen de conciencia, el recogimiento espiritual y las aspiraciones a Dios. A este último tipo de oración, hecho de “breves pero ardientes aspiraciones del corazón” hacia Dios, Francisco invita al devoto: “Admira su belleza, invoca su ayuda, arrójate en espíritu al pie de la Cruz, adora su bondad, pídele que te conceda la salvación, ofrécele mil veces al día tu alma, clava tu mirada interior en su corazón, tiende las manos hacia Él, como el niño pequeño a su padre, a fin de que Él te guíe; lleva su imagen sobre tu pecho como un ramillete de flores delicioso; clávalo en tu alma como un estandarte”.

Este tipo de aspiración a Dios lo compara el santo con el pensamiento de los que se aman: “Tienen casi siempre su pensamiento en la persona amada, su corazón henchido de afecto hacia ella, su boca llena de alabanzas (...); así también los que aman a Dios no pueden dejar de pensar en Él, respirar para Él, aspirar y hablar de Él, y querrían, si fuese posible, grabar sobre el pecho de todos los hombres el santo nombre de Jesús”.

“A ello te invitan todas las criaturas – escribe aún San Francisco de Sales -. No hay criatura que no pregone las alabanzas de la Suma Bondad (...); todas las cosas te incitan a buenos pensamientos, de los cuales nacen después muchos movimientos y muchas aspiraciones hacia Dios. He aquí algunos ejemplos (...)”. Los ejemplos que presenta el santo están tomados de la hagiografía y de la vida cotidiana, o de espectáculos de la naturaleza. “Cierta alma devota, contemplando un riachuelo cuyas aguas reflejaban las estrellas en noche serena, exclamaba: ¡Oh Dios mío! Esas mismas estrellas estarán bajo mis pies cuando me hayas alojado en tus tiendas (...). Otra persona, al contemplar los árboles florecidos, suspiraba: ¿Por qué yo solo me encuentro sin flores en el jardín de la Iglesia? Otra, ante unos pollitos reunidos alrededor de la madre, decía: ¡Oh, Señor, consérvame bajo la sombra de tus alas!”.

Así enseña San Francisco de Sales. Del mismo modo, Juanito era guiado e instruido por su madre en los caminos de la fe y de la contemplación, y adquiría aquel sentido profundo del Dios presente, que lo acompañará toda la vida. Sabemos – como todavía se expresa San Francisco de Sales – que en este ejercicio simple de contemplación y de recogimiento espiritual, que desemboca en breves aspiraciones, en buenos pensamientos y en jaculatorias espontáneas, “estriba la gran obra de la devoción; puede suplir la falta de todas las demás oraciones, pero la falta de ésta no puede ser reemplazada con otro medio alguno. Sin él no puede existir la vida contemplativa, ni tampoco, cual conviene, la vida activa”.

Don Bosco es también sensible a las maravillas de la naturaleza, pero mucho más a las del ánimo juvenil que supera los propios movimientos malos, acoge las invitaciones de la gracia y se abre generosamente a Dios.

Contemplativo de la salvación, extasiado ante la obra de Dios en la vida, lleno de admiración frente a Domingo Savio, se conmueve ante los muchachos de la cárcel, invoca la ayuda de María Auxiliadora a la vista de los habitantes de la Patagonia, suspira por la evangelización del Asia.

El marchamo oratoriano.

En este clima, en Valdocco el espíritu y la práctica de la oración estaban estrechamente unidos con la caridad educativa. Se podía leer en la cara de sus habitantes, muchos de los cuales formarán la primera generación salesiana: “Conocimos nosotros –escribe Don Ceria – a aquellos hombres tan diferentes en ingenio y cultura, tan desiguales en sus aptitudes: pero mostrando todos ciertos rasgos característicos comunes, que casi constituían como sus rasgos de origen. Serena calma en el decir y en el obrar; excelente paternidad de modos y de expresión; pero, especialmente, para no salirnos de nuestro tema, una piedad que bien se veía que era en su concepto el ubi consistam, el sello de la vida salesiana. Oraban mucho, oraban devotísimamente: se afanaban para que se orase mucho y se orase bien; parecía que no sabían decir cuatro palabras en público o en privado, sin hacer entrar, de alguna manera, la oración. A pesar de ello, (...)no parecía que aquellos hombres tuviesen gracias extraordinarias de oración. Así los veíamos cumplir

con ingenua sencillez nada más que las prácticas prescritas por la regla o admitidas por nuestras costumbres”. Amaban a Dios y, en Él, a los jóvenes. He aquí el comentario sobre la unión entre momentos de oración y vida, entre oración explícita y misión.

La oración que Don Bosco practica y trata de enseñar a sus hijos es lineal y simple en sus formas, auténtica, completa y popular en la sustancia y en los contenidos, alegre y festiva en las expresiones. Es verdaderamente una oración al alcance de todos, de los niños y de los humildes en particular, y toma cuerpo en lo que él llama “prácticas de piedad”.

Escribe Don Caviglia que Don Bosco no ha creado ninguna nueva forma especial de práctica o de oración o devoción como el Rosario, los Ejercicios Espirituales, el Vía Crucis y otras semejantes. Él está abierto a las fórmulas y, en cierto sentido, también a las formas de piedad de las que, como educador, comprende su utilidad; es realista, mira a la sustancia, a la relación con Dios y a su reflejo sobre la vida: rezar es tener un trato de amistad con Él por lo que se pasa fácilmente, del estar a solas con Él, a su servicio en el prójimo.

Es verdad que Don Ceria escribe que Don Bosco no dedicaba largo tiempo, como hicieron otros santos (Cura de Ars, San Antonio María Claret), a la meditación. Pero tener un modo propio de rezar no es lo mismo que no rezar o rezar demasiado poco.

Cuantitativa y cualitativamente diversa de la de otros santos, la oración de Don Bosco resultaba no menos verdadera y profunda ante la prueba de los hechos. Los testimonios de los procesos han revelado en Don Bosco una insospechada y exorbitante actividad de oración. Acaso faltaban la exterioridad vistosa y los grandes gestos; pero la oración irrumpía por todas partes. “Se puede decir - ha declarado Don Barberis - que rezaba siempre; yo lo vi, podría decir, centenares de veces subiendo y bajando las escaleras siempre en oración. Y también rezaba por la calle. En los viajes, cuando no corregía pruebas de imprenta, le veía siempre en oración. En el tren - solía decir a sus hijos - no se esté nunca en ocio, sino diciendo el breviario, recitando el Rosario de la Virgen, o leyendo algún libro bueno”.

Dispensado en sus últimos años de vida del rezo del Breviario, en realidad lo decía casi siempre y con gran devoción; impedido por fuerza mayor, lo suplía, como se deduce de esta su promesa formal y heroica, “con no hacer ninguna cosa o pronunciar palabra que no tuviese de mira la gloria de Dios”.

La oración era para Don Bosco “la obra de las obras”, porque la oración “alcanza todo y triunfa de todo”. Es lo que “el agua para el pez, el aire para el pájaro, la fuente para el ciervo, el calor para el cuerpo”. Su institución está fundada sobre la oración.

Don Bosco, capaz de contemplar a Dios en el rostro y en la situación de los jóvenes, no siente la necesidad de imponer a sus discípulos otras prácticas comunitarias que no fueran las del buen cristiano, y del buen sacerdote si se trata de sacerdotes. Se trata de una oración que nunca es desinterés o fuga de las situaciones juveniles que habría que transformar según el proyecto de Dios, o huída de los hombres a quienes se debería orientar a Cristo: “da mihi animas cetera tolle”. Ya hemos recordado el texto de la primera redacción de las Constituciones: “La vida activa a que mira particularmente la Sociedad hace que los socios no puedan dedicarse a muchas prácticas de piedad en común”. Está en esta expresión la afirmación implícita de que son posibles y recomendables otras muchas formas de oración. Entre éstas, Don Bosco dio gran importancia a las jaculatorias.

“Cada uno - leemos aún en las Constituciones - además de las oraciones vocales, hará todos los días media hora, por lo menos, de oración mental, a no ser que se lo impida el ejercicio

del sagrado ministerio; en este caso, la suplirá con la mayor frecuencia posible de oraciones jaculatorias y, con mayor fervor, ofrecerá a Dios las obras que le impiden asistir a las prácticas de piedad establecidas”. Las jaculatorias, oración fácil, esencial, servían, según él, para mantener despierto el pensamiento de Dios.

Podemos decir que, en Don Bosco, entre oración y trabajo se da una relación perfecta de identidad. En este sentido, pero sólo en este sentido, se puede decir que el trabajo es oración. Y esto, según Don Ceria, ha sido el secreto de Don Bosco, su rasgo más característico: “La diferencia específica de la piedad salesiana está en saber hacer del trabajo oración”.

Pío XI lo confirmó solemnemente: “Ésa era, en efecto, una de sus más bellas características, la de estar en todo, ocupado en un contraste continuo, agobiador, de inquietudes, en medio de una multitud de demandas y consultas, y tener siempre el espíritu en otra parte: siempre arriba, donde la claridad era impasible, donde dominaba siempre soberanamente la calma; de tal forma que en él el trabajo era oración real, y se cumplía el gran principio de la vida cristiana: qui laborat, orat”.

Así como Don Bosco es identificado como el hombre de la “unión con Dios”, el salesiano se caracteriza por ser el hombre “contemplativo en la acción”. El problema está precisamente en comprender qué significa esta expresión.

En efecto, en la tensión entre oración y acción, es difícil lograr el equilibrio, no sólo en la teoría sino también en la práctica de la vida diaria. El problema, puesto desde los orígenes del cristianismo, ha sido muy discutido. Agustín, a este propósito, comentando a Lucas 10,38-42, escribe: “Las palabras del Señor nos advierten que, en medio de la multiplicidad de ocupaciones de este mundo, hay una sola cosa a la que debemos tender. Tender, porque somos todavía peregrinos, no residentes; estamos aún en camino, no en la patria definitiva; hacia ella tiende nuestro deseo, pero no disfrutamos aún de su posesión. Sin embargo, no cejemos en nuestro esfuerzo, no dejemos de tender hacia ella, porque sólo así podremos un día llegar a término. Marta y María eran dos hermanas, unidas no sólo por su parentesco de sangre, sino también por sus sentimientos de piedad; ambas estaban estrechamente unidas al Señor, ambas le servían durante su vida mortal con idéntico fervor. Marta lo hospedó, como se acostumbra a hospedar a un peregrino cualquiera. Pero, en este caso, era una sirvienta que hospedaba a su Señor...

Por lo demás, tú, Marta, - dicho sea con tu venia, y bendita seas por tus buenos servicios, buscas el descanso como recompensa de tu trabajo. Ahora estás ocupada en los mil detalles de tu servicio, quieres alimentar unos cuerpos que son mortales, aunque ciertamente son de santos... Todo esto en la patria celestial ya no existirá; allí sólo habrá lo que María ha elegido: allí seremos nosotros alimentados, no tendremos que alimentar a los demás. Por esto, allí alcanzará su plenitud y perfección lo que aquí ha elegido María, la que recogía las migajas de la mesa opulenta de la palabra del Señor..., (el cual) hará sentar a la mesa (a sus siervos) y los irá sirviendo”.

Marta y María son un ejemplo de unidad radical en la que vida activa y vida contemplativa no se oponen; juntas representan una existencia llena completamente de la escucha contemplativa, sobre todo cuando se es llamado a comprometerse en el mundo. La unidad radical entre contemplación y acción se encuentra en la relación y en la comunión con Dios.

Veamos ahora cómo se resuelve esta tensión entre contemplación y acción en la vida del salesiano, deteniéndonos, ante todo, en la expresión “contemplativo en la acción”, para pasar luego

a indicar algunas características que definen la vida del salesiano como hombre contemplativo en el servicio a los jóvenes.

“Contemplativo en la acción”.

El contemplar, es decir, el estar como extasiados en la mirada prolongada o brevísima, pero intensa, con estupor y admiración, abraza y aferra en un solo momento profundo la realidad en sus raíces y el sujeto en sus múltiples dimensiones unificadas. Es lo que se llama propiamente una “experiencia”.

La contemplación cristiana comporta una mirada unitaria que capta, en el sucederse de los acontecimientos, el cumplimiento del Reino de Dios y, por lo mismo, la participación en su construcción. No se verifica solamente en el silencio o en la soledad, como si se estuviera fuera de las aspiraciones, deseos, alegrías y sufrimientos del Reino; sino también en la participación de las cosas de la vida que Jesús vino a traer.

En efecto, en la tradición cristiana se puede hablar de dos grandes caminos o lugares preferenciales, no exclusivos, de contemplación. En el primero, la persona se separa de las “cosas humanas” para sumergirse en Dios; en el segundo, capta, precisamente en las “cosas humanas”, cómo se hacen presentes Dios y su Reino, y se pone a su disposición para participar en su anuncio salvador. “Aquí vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad”. En consecuencia, “asume” la vida como unión con Dios, en su pasión por salvar al hombre.

La diferencia entre los dos proviene de una diversa acentuación de la relación entre Reino de Dios y vida humana. Quien vive la separación de las cosas quiere comprenderlas contemplando a Dios. El acento se encuentra en reconocer el misterio de Dios, inaccesible, lugar definitivo de descanso y de felicidad para el hombre. Quien, en cambio, vive la pasión responsable y activa por la salvación, acentúa la Encarnación de Dios, su mezclarse con las cosas de la historia. Contempla a Dios que ofrece su gracia para construir aquí y ahora su Reino, y goza como Jesús de las maravillas que el Padre obra en los humildes y en los pobres. Así, Dios es “comprendido” en la contemplación de las cosas y en las diversas actividades del Reino.

Ambas actitudes son importantes e irrenunciables. Se trata de acentuaciones que influyen en la distribución del tiempo y en la elección del estilo de vida. Del salesiano se afirma que su contemplación aflora y se manifiesta, sobre todo, en la pasión por la vida de los jóvenes; y así, siguiendo el misterio de la Encarnación, trata de entrar profundamente en ella.

“Contemplar en la acción” no quiere decir necesariamente pensar en Dios mientras se obra. Se trata, más bien, de un darse cuenta del hecho de que en aquella actividad humana está en juego el cumplimiento del Reino de Dios. Contemplar en la acción es un camino que requiere condiciones análogas al contemplar en la quietud y, aunque es gracia, se adquiere a través de la cruz.

Algunas condiciones para llegar a ser “contemplativos en la acción”.

En forma sintética presento algunos rasgos que permiten al salesiano contemplar a Dios en la vida.

a. La orientación interior.

Todos los caminos de espiritualidad, también el del contemplativo en la acción, valen si llevan al santuario del corazón, donde nos precede la Verdad. En la formación religiosa insistimos en la interiorización; en la religiosidad difusa, se distingue la emoción de un momento, de la fe madura y personalizada.

Para llegar a ser contemplativo en la acción, hace falta un clima interior, hecho de fe abierta y vigilante, de humildad y paciencia, de fidelidad a Dios y a los hombres, de dominio de sí y de apertura a los horizontes de eternidad. La calidad de la contemplación en la acción proviene de la calidad humana del gesto que se cumple y de la conciencia, implícita pero viva en lo profundo del creyente, de que el Reino de Dios está aquí y ahora, o bien de que el Reino de Dios en tal situación no se está construyendo. En el primer caso, se goza; en el segundo, se sufre. Sufrir y gozar son fruto de la contemplación.

“Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas”, para que toda su vida esté “imbuida de espíritu apostólico y toda la acción apostólica, informada de espíritu religioso”.

En este punto podemos recordar sintéticamente los pensamientos de Don Cafasso - que fue maestro seguro de oración para Don Bosco -, que indican el mejor camino de vivir la caridad unitiva e iluminante en la acción. Nos interesan las actitudes de fondo, mientras que las prácticas dependen de la persona y del tiempo.

“El primer secreto - dice Don Bosco de Don Cafasso - fue su constante tranquilidad. Él se había familiarizado con el dicho de Santa Teresa: ¡nada te turbe! Por eso, con aire siempre sonriente, siempre cortés, con la dulzura propia de las almas santas, afrontaba con energía cualquier asunto aunque se prolongara en el tiempo, aunque fuera difícil y estuviera sembrado a veces de espinosas dificultades. Y esto, sin preocuparse, sin que la multitud o la gravedad de los asuntos le procurasen la más mínima turbación. Esta maravillosa tranquilidad hacía que él pudiera tratar con calma muchos y variados asuntos sin alteración de sus facultades intelectuales”.

El segundo secreto es la gran práctica en los asuntos, unida a una gran confianza en Dios. “Él repetía con frecuencia las palabras del real profeta David: *Dies diei eructat verbum* (Sal 18,2: “El día al día le pasa el mensaje”). Lo que hago hoy me sirve de norma para lo que tendré que hacer mañana. Esta máxima, unida a su prudencia, a su experiencia y a su prolongado estudio del corazón humano, le habían hecho familiares las cuestiones más difíciles. Las dudas, las dificultades, las cuestiones más complicadas desaparecían ante él. Planteada una cuestión, la comprendía por su simple enunciado; luego, elevado un instante su corazón a Dios, respondía con tal prontitud y precisión, que una prolongada reflexión no habría logrado pronunciar un mejor juicio”. Es la formación permanente en la vida y desde la vida en confrontación con la Palabra.

El tercer secreto era la exacta y constante ocupación del tiempo. “En los treinta o más años que lo conocí, no recuerdo haberle visto pasar un instante que pudiera decirse ocioso. Concluido un asunto, inmediatamente emprendía otro. Cuántas veces se le vio quedarse cinco o seis horas en el confesionario, e irse después a la habitación, donde pronto empezaba la audiencia acostumbrada que duraba varias horas. Cuántas veces también llegaba rendido de fuerzas, de predicar y de confesar en las cárceles; e, invitado a descansar un momento, él respondía: la conferencia me sirve de descanso”.

El cuarto secreto es su templanza, que mejor llamaríamos su rígida penitencia y que en Don Bosco muestra la coherencia de los elementos que configuran la espiritualidad salesiana. Sin una grande sobriedad, dice él, es imposible hacernos santos. “Y así, cada día, cada semana, cada mes, y el año entero, para Don Cafasso, eran un rígido, un espantoso ayuno; pero él, a excepción del momento de la comida, el resto del tiempo podía emplearlo en cosas útiles para el bien de las almas.

Con estos cuatro secretos - concluye Don Bosco - Don Cafasso encontraba modo de hacer muchas y variadas cosas en breve tiempo, y de elevar así la caridad al más sublime grado de perfección: Plenitudo legis dilectio (Rm 13,10)”.

b. La intención.

No es verdad que cualquier actividad, hecha de cualquier modo, sea oración. Para que nuestra acción pueda llegar a ser lugar de encuentro y de comunicación con Dios, es necesario que nuestra acción esté hecha en conformidad con la voluntad de Dios y que proceda de la íntima unión con Él.

La necesidad que tiene el salesiano de reservar un tiempo específico para la oración personal y comunitaria no es tanto porque se niegue que la vida cotidiana pueda ser el lugar para encontrar a Dios en los jóvenes, o porque se considere que la verdadera oración sea sólo la oración explícita, hecha en la capilla; sino, más bien, porque el salesiano es consciente de ser criatura y, por lo mismo, de su condición de pecador. Precisamente por esto, puede desviar la atención en su acción, y tiene necesidad de intimidad con el Señor para purificar las motivaciones de la acción y así continuar relacionándose con Dios donde Él se le quiere manifestar: en la vida.

A través de la oración explícita, el salesiano excava en lo íntimo de sí mismo y purifica la opción fundamental, reafirmando a Dios como Señor de la propia existencia, que orienta la vida y da sentido a todas las cosas que hace. En la oración explícita, personal y comunitaria, el salesiano reconoce la prioridad de la opción por Dios, como amor supremo que excluye todo lo que se le opone.

Si falta esta purificación de la intención, que procede de la íntima unión con Dios, la acción - incluso la que podemos llamar de índole apostólica - se convierte en obra de nuestras manos y, por lo mismo, causa de empobrecimiento espiritual. “La característica sobriedad en las prácticas de piedad querida por Don Bosco, hay que interpretarla no como un minimismo relajado, sino en referencia de su contexto. Y en este contexto está la riquísima e intensa atmósfera sobrenatural del Oratorio de Valdocco, irradiación de la santidad de Don Bosco, resultado del ambiente de fervor que él había creado entre los jóvenes, en el cual Dios era, indiscutiblemente, el centro de todo”.

La transformación de la vida en oración supone, pues, una sólida unión con Dios. Sólo entonces la oración explícita puede, si se quiere, disminuir, porque la acción, transformada en oración, viene de donde el alma se pierde en Dios.

c. Sentirse instrumentos de Dios en favor de los jóvenes.

Contra el peligro del eficientismo tan extendido y de la sola búsqueda de los resultados, los salesianos sienten, en su trabajo, la urgencia de una actitud de humildad radical. Se trata de ser

fieles a una misión recibida. Por eso, antes de un dar, nuestra respuesta es un recibir. No somos propietarios del Reino, ni de la misión recibida. La Viña tiene un Dueño. El trabajo se hace oración, si es hecho con espíritu de obediencia y disponibilidad hacia Aquel que nos ha mandado: “No nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo, el Señor; en cuanto a nosotros no somos más que servidores vuestros por amor a Jesús”.

El salesiano se comporta como un “místico” en la acción cuando, consciente de su propia debilidad, trabaja tratando de saber qué agrada a Dios y dejándose guiar por la voluntad de Aquel que quiere que todos los hombres se salven.

La vida espiritual del salesiano consiste precisamente en dejar que este amor divino llene su corazón, para poder difundirlo entre los jóvenes. El “silencio de todo el ser”, del que habla el CGE, “nace de la necesidad que tenemos de avanzar siempre más y más en la intimidad con Dios, ‘sumamente amado’: un silencio que nos ponga en condiciones de escuchar verdaderamente a Dios y de identificarnos con su designio de redención”.

El salesiano sabe que ha sido elegido precisamente para ser testigo e instrumento de esta presencia de Dios en la historia. Se da cuenta de que su acción está precedida y superada por una presencia más fuerte. Se alegra de ello, intercede y alaba. A través de la presencia del salesiano, el joven queda tocado por un amor nuevo, potente y transformante.

“Signo y portador del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres” se traduce para el salesiano en la triple actitud de compasión, acercamiento, intercesión y salvación efectiva hacia los jóvenes.

d. Descubrir la presencia del Espíritu en la vida de los jóvenes.

Las Constituciones hablan de la docilidad y disponibilidad para renovar siempre la atención al Espíritu: “Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como Don Bosco, contemplativo en la acción”.

El Espíritu obra en el fondo de toda conciencia humana. Es preciso saber descubrir e interpretar esta presencia misteriosa, reconocer sus signos, individuar los lugares privilegiados y las diversas manifestaciones del Espíritu en la vida de los jóvenes.

Con maravilla y alegría, el salesiano descubre a Dios trabajando en un corazón que le acoge, en un grupo abierto, en un acontecimiento banal o inesperado. Y, por esto, está dispuesto a encontrar al joven donde se encuentre, consciente de deber interpretar bien el sentido de la acción divina para ser su servidor y su cooperador visible. Y, más en particular, está convencido de que Dios habla secretamente a todo joven y lo invita con apremio al diálogo de la Alianza en este momento decisivo de su historia personal.

En lugar de condenar, el salesiano prefiere el discernimiento como instrumento de lectura de la historia desde un punto de vista cristiano. Un criterio que implica una aceptación de la historia sin reservas de prejuicios y sin ingenuidad; más aún, la historia es lugar de lectura de los “signos”, es decir, de significados relevantes para la fe cristiana (cf. Mt 16,4) [76] .

Al diagnóstico de los signos de los tiempos, corresponde la terapia de la actualización, para aguzar “las orejas a las voces de la tierra” y así establecer una relación viva y vital con el pasado, el presente y el futuro.

De este modo, la contemplación va incluida en el darse plenamente al servicio de los jóvenes y del pueblo, aceptando sus exigencias diarias según el ejemplo del Buen Pastor: participar de la paternidad de Dios, obrando como Él en favor de la vida, desde las formas más elementales (comida, casa, instrucción), hasta las más altas (revelación del Evangelio, vida de fe).

El salesiano ejercita su papel de “instrumento del amor de Dios para los jóvenes” bajo el signo de la concreción histórica: “El salesiano debe tener el sentido de lo concreto y estar atento a los signos de los tiempos, convencido de que el Señor lo llama a través de las urgencias del momento y del lugar”.

Don Pascual Chávez

Queridos Salesianos ¡sed santos! (14 de Agosto 2002)

La santificación es don de Dios. La iniciativa ha sido y sigue siendo siempre de Dios: la certeza de poder cambiar nuestra vida radica en la certeza de haber sido objetivamente transformados en Él, por lo que la santidad es -para usar las palabras del Card. Suenens -“una ascensión antes de ser una ascensión” .

“Hay una tentación que insidia siempre todo camino espiritual y la acción pastoral misma: pensar que los resultados dependen de nuestra capacidad de hacer y programar. Ciertamente, Dios nos pide una colaboración real a su gracia y, por tanto, nos invita a utilizar todos los recursos de nuestra inteligencia y capacidad operativa en nuestro servicio a la causa del Reino. Pero no se ha de olvidar que, sin Cristo, ‘no podemos hacer nada’(cf. Jn 15,5)” .

En la santidad que se intenta alcanzar resplandece, indiscutible, el primado de Dios: la santidad no es nunca un proyecto personal, que se programa y se lleva a cabo según tiempos, metodologías y opciones fijados por nosotros; más que un deseo genérico de Dios, es su voluntad expresa sobre cada uno de nosotros (1 Tes 4,3); pura gracia, siempre don, no podemos conquistarla solos; ni siquiera podemos rehusarla sin serias consecuencias. Dios nos ha creado buenos, más aún, muy buenos (cf. Gen 1,26-31), y nos ha pensado santos “antes de la creación del mundo” (Ef 1,4); pero falta nuestra parte: podemos ayudar a Dios a completar en nosotros su obra creadora si le dejamos realizar su designio maravilloso, el más originario, sobre nosotros. No nos pide otra cosa; pero no espera menos de nosotros.

Tú eres mi Dios, fuera de ti no tengo ningún bien (8 de Junio 2003)

No es extraño, pues, que se hable de la primacía de Dios, “que ha entrado en nuestras vidas, nos ha conquistado y nos ha puesto al servicio de su Reino, como signos y portadores de su amor” (CG25, 22); del valor humanizante y profético del seguimiento de Cristo como respuesta a

la idolatría del poder, del tener y del placer; de la gracia de la unidad, “que es don del Espíritu Santo y síntesis vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos trabajadoras, entre exigencias personales y compromisos comunitarios. De esta manera, se integran armónicamente, en la alianza con Dios, la misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos” (CG25, 24).

Todo esto se debería traducir en la centralidad de la Palabra de Dios en la vida personal y comunitaria, en la celebración de la Eucaristía, en la calidad de la vida de oración hasta hacer de la comunidad una “escuela de oración”; en la revisión de vida, en la dirección espiritual, en el proyecto de vida personal y comunitario. Una vez más, el punto sobre el que hay que insistir es la comunidad local y la vida fraterna de la comunidad presente en la vida de los jóvenes.

“Vosotros sois una carta de Cristo, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo” (8 de Septiembre de 2003)

A la luz de estos textos, resulta más comprensible el artículo constitucional que afirma que los ejercicios son “tiempo de recuperación espiritual”. La expresión evoca la ‘memoria bíblica’ y nos recuerda otro paso evangélico: la escena de Jesús con sus discípulos, que vuelven de su primera experiencia apostólica, entusiastas por “todo lo que habían hecho y enseñado”. Jesús responde a su euforia con la invitación: “Venid vosotros solos a un sitio tranquilo a descansar un poco” (Mc 6,30-31). Este texto forma parte de aquel pasaje que indica por excelencia lo que llamamos “caridad pastoral” (Mc 6,30-44). En efecto, ¿cómo se puede llegar a amar como verdaderos pastores a nuestros destinatarios, sin descansar antes solos con Jesús? ¿De quién y cómo aprender a tener compasión de la gente descarriada, sino de Cristo, como aprendió Don Bosco (cfr. Const. 11)?

La clave de comprensión del texto se nos ofrece, por una parte, en aquel ‘venid vosotros’ y, por otra, en aquel ‘a descansar’. Efectivamente, los evangelistas constatan unánimemente que Jesús se retiraba a rezar. Ahora bien, esto es lo que Jesús llama ‘descansar’, ‘recuperarse’, una expresión con profunda resonancia antropológica y mística, como demuestra nuestra experiencia humana, que nos dice que nada hay tan reconfortante como la intimidad, el entrar en comunión profunda con Dios. A este tipo de descanso Jesús invita ‘también a ellos’.

Nuestro tipo de vida, que presenta no pocas actividades y reducidas prácticas de piedad en común, corre el peligro de hacernos caer en el frenesí del activismo, con su triple consecuencia: cansancio físico, estrés psíquico y superficialidad espiritual que, en vez de convertirnos en “contemplativos en la acción”, hace que seamos, en el mejor de los casos, lo que se dice ‘workaholic’, maníacos del trabajo, o en el peor de los casos, simples ‘funcionarios’ más que misioneros.

El único modo de contrarrestar semejantes consecuencias negativas del activismo y de dar profundidad a nuestra vida, de ganar en significatividad y de llenarla de dinamismo que nos haga vivir no ‘burocráticamente’, haciendo lo que debemos hacer, sino ‘creativamente’ a imagen de nuestro Dios y Padre Creador (cfr. Jn 5,17-18) y ‘salvíficamente’, prolongando la acción salvífica del Señor Jesús (cfr. Hch 3,1-10), es el de hacernos antes “contemplativos en la oración”. En la intimidad con el Señor volveremos a recordar que el ‘dueño’ de la viña y de la mies es Él, que el ‘que hace crecer la semilla’ es Él, que el que marca los ritmos es Él. Así también en la intimidad

con Él aprenderemos los secretos de su Reino, ahondaremos en su plan de salvación y haremos nuestra su caridad pastoral.

Siempre según el artículo 91 de nuestro Proyecto de Vida, retiros y ejercicios espirituales nos ofrecen tres medios privilegiados:

- Escuchar la Palabra de Dios. A la escucha el artículo 87 le atribuye la capacidad de ser “fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación”, a condición de que, como la Virgen María, acojamos la Palabra incondicionalmente, la hagamos tesoro de nuestro corazón y la hagamos fructificar.

- Purificar el corazón. Esto requiere rectificar y madurar motivaciones y significados, conscientes del valor y de la fuerza atractiva que tienen hoy los ‘significados’, los que dan sentido a la vida; y de purificar sentimientos, especialmente los desordenados tanto a causa de la excesiva dependencia de las manifestaciones externas de afecto, estima y valorización, como a causa de resentimiento, amargura y frustración.

- Discernir su voluntad. Esto, en última instancia, es lo que importa y de lo que depende nuestra felicidad. También aquí María en la anunciación se presenta como modelo de búsqueda de la voluntad de Dios en su propia vida (cfr. Lc 1,26-38). El discernimiento, más que un acto puntual –como recurso en los momentos de crisis, o en la toma de decisiones importantes- debe ser una actitud de vida que nos lleva a buscar “la voluntad de Dios, lo bueno, lo que agrada, lo perfecto” (Rm 12,2b).

Contemplar a Cristo con la mirada de Don Bosco (25 de diciembre de 2003)

También en la vida de oración, personal y comunitaria, hermosamente descrita como un diálogo con el Señor, encontramos la plenitud de nuestra relación con el Señor Jesús, en cuanto “hijos en el Hijo”. Cada uno de nosotros “alimenta su amor a Cristo en la mesa de la Palabra y la Eucaristía” (Const. 84); en particular, los momentos explícitos de oración manifiestan dicha intimidad con el Señor: “dan a nuestro espíritu unidad profunda en el Señor Jesús” (Const. 91).

Como manifestación de la amistad con Él, el salesiano “advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo” (Const. 12). Esta necesidad se expresa en las frecuentes visitas a Jesús Sacramentado, de las que “sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes” (Const. 88). Por último, como expresión máxima de nuestra actividad pastoral con los jóvenes, los encaminamos al encuentro con Cristo, en la escucha de la Palabra, en la oración y en los sacramentos (cf. Const. 36).

Palabra de Dios y vida salesiana hoy (13 de Junio de 2004)

Permanecer en la escucha de la Palabra es, pues, condición para la contemplación de Cristo, que lleva naturalmente al amor; el cual, a su vez, llega libremente y necesariamente a la entrega total que da paso a la acogida exclusiva. Marta aprendió de Jesús mismo “la única cosa necesaria”: dedicarse a la escucha de la Palabra. He aquí la mejor forma de hospedar a Dios (cf. Lc 10,42). “El que me ama –dijo Jesús a los discípulos reunidos en la intimidad de la Última Cena- guardará mi palabra y mi Padre lo amará y haremos morada en él” (Jn 14,23). La familiaridad, que nace del encuentro personal con Cristo, se nutre con la escucha y la práctica de su Palabra (cf. Lc 8,19-21) y se orienta luego hacia la identificación con su persona y su misión. “Los religiosos –pedía ya el Concilio Vaticano II- deben seguir a Cristo como lo único necesario, oyendo sus palabras y dedicándose con solicitud a los intereses de Cristo” .

Hacer la Eucaristía para hacerse Eucaristía (7 de junio de 2007)

El salesiano, hombre de la Eucaristía

Entre misterio de la Eucaristía y vida consagrada hay una relación tan íntima que la una no encuentra explicación ni fundamento sin la otra. El consagrado, si quiere ser y permanecer tal, debe hacerse hombre de la Eucaristía. En efecto, la consagración religiosa tiene “una estructura eucarística: es total oblación de sí” y, precisamente por esto, está “estrechamente asociada al sacrificio eucarístico” .

Afirmada la centralidad de la Eucaristía para cada uno de nosotros y para la Congregación, querría recordar, aunque brevemente, el modo con que ella, “viático cotidiano y fuente de la espiritualidad” , modela “la forma eucarística de la existencia”, ya que favorece la conformación a Cristo, es decir, nos hace personas eucarísticas. Parto de la dinámica interna del mismo Sacramento, que lleva desde la celebración de un rito a la conformación con el misterio; de la adhesión efectiva, la más intensa que puede darse en la entrega de la propia vida, a la adoración del Señor crucificado y resucitado presente en la Eucaristía; de la contemplación del Cristo entregado a la misión de transformarse en pan partido para los demás.

De la celebración a la conformación

En la Eucaristía, “el acto central de cada día para toda comunidad salesiana” (Const. 88), “se revela el designio de amor que guía toda la historia de la salvación (cf. Ef 1,10; 3,8-11). En ella el Deus Trinitas, que en sí mismo es amor (cf. 1 Jn 4,7-8), se une plenamente a nuestra condición humana. En el pan y en el vino (...) nos llega toda la vida divina y se comparte con nosotros en la forma del Sacramento. (...) Se trata de un don absolutamente gratuito, que se debe sólo a las promesas de Dios, cumplidas por encima de toda medida” .

Quien celebra la Eucaristía no sólo confesará con asombro y gratitud la primacía absoluta del don de Cristo, sino también permitirá a su Señor entrar en su vida, es decir, “dejarse poseer por el amor de Dios”. En Cristo eucaristía Dios no es poseído como una idea abstracta, ni siquiera como programa de vida, sino como “Alguien con quien cultivo una relación personal fuerte y de amistad, filial, adulta y responsable, una relación de alianza y compromiso incondicionado en la misión de salvar la humanidad”. Y es así como se puede llevar a cabo “en plenitud la intimidad con Cristo, la identificación con Él, la total conformación con Él, a la cual los consagrados están llamados por vocación”: “la verdad del amor de Dios en Cristo nos llega, nos fascina y nos cautiva, haciéndonos salir de nosotros mismos y atrayéndonos así hacia nuestra verdadera vocación: el amor”.

Alcanzado por el amor, amado personalmente por Él, el salesiano se hace capaz de amar y de entregarse a sí mismo, primero a Dios, luego con Dios a los demás. Y en esta entrega de sí se identifica con Cristo, porque comunicando con su Cuerpo y con su Sangre, se apropia aquella forma eucarística de existencia que ha caracterizado la vida y la muerte de Jesús. Celebrar, pues, la Eucaristía diariamente, “aunque no puedan estar presentes los fieles”, además de su valor objetivamente infinito, tiene una singular eficacia espiritual; precisamente por esto, el CG25 nos animaba a desarrollar la dimensión comunitaria de nuestra vida espiritual “celebrando la Eucaristía cotidiana con alegría, creatividad y entusiasmo”. La celebración de la Eucaristía “es formativa en el sentido más profundo de la palabra, pues promueve la conformación con Cristo”. Como se atrevió a decir San Agustín: “no sólo hemos sido hechos cristianos, sino que hemos sido hechos Cristo mismo”. Porque, en el pan y en el vino eucarístico “Cristo Señor ha querido confiarnos su cuerpo y su sangre, que ha derramado por nosotros para el perdón de los pecados. Si vosotros los habéis recibido bien, vosotros mismos sois lo que habéis recibido”.

Pero precisamente porque en la Eucaristía celebrada “en obediencia al mandato de Cristo”, Dios nos entrega a su Hijo, “la liturgia eucarística es esencialmente *actio Dei*”, y “su fundamento no está sometido a nuestro arbitrio ni puede ceder a la presión de la moda del momento”. Sólo el dócil respeto de la estructura propia de la celebración hará efectivo nuestro reconocimiento del don inefable, y auténtico el compromiso de acogerlo con gratitud. No es pensable que quien quiere identificarse con el Cristo que se le da totalmente, celebre la Eucaristía sin pensar en su configuración ritual. No cabe duda: “el *ars celebrandi* es la mejor premisa para la *actuosa participatio*”.

De la conformación a la adoración

El desafío para vivir “la adhesión ‘conformadora’ con Cristo de toda la existencia” se coloca, precisamente, en cómo hacer para que el rito que celebramos cada día “como una fiesta” (Const. 88) no se reduzca a mera mimesis de cuanto sucedió en el Cenáculo, repitiendo los mismos gestos exteriores de Jesús, sino que sea una verdadera anámnesis, que hace memoria mientras actualiza y hace presente el hecho recordado. Esto es posible en la medida en que la celebración conduce a la contemplación del misterio que se actualiza. En efecto, “la adoración eucarística no es sino la

continuación obvia de la celebración eucarística, la cual es en sí misma el acto más grande de adoración de la Iglesia. Recibir la Eucaristía significa adorar al que recibimos” .

La contemplación lleva necesariamente al asombro por el don que Dios nos ha hecho en Cristo, a la maravilla de quien se siente amado de tal modo y en tal medida que no puede explicarse ni sabe agradecer debidamente. “En verdad, - afirmaba atónito Pablo - apenas habrá quien muera por un justo...; mas la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros” (Rm 5,7-8). Quien se ve amado de modo tan divino no puede más que dejarse amar sin límites y logrará darse hasta el extremo. Un amor tan grande no se merece, ni se comprende; se le admira y se le adora en silencio agradecido.

Adorar a Dios “no es ver el mundo que nos rodea como la materia tosca con que nosotros podemos hacer cualquier cosa”, sino “descubrir en él la ‘caligrafía del Creador’, la razón creadora y el amor que ha dado origen al mundo y del que nos habla el universo (...). Antes de cualquier actividad y de todo cambio del mundo debe haber la adoración. Sólo ella nos hace verdaderamente libres; sólo ella nos da los criterios para nuestro obrar. Precisamente en un mundo en que progresivamente vienen a menos los criterios de orientación y existe la amenaza de que cada uno haga de sí mismo el propio criterio, es fundamental subrayar la adoración”. Pero para el cristiano adorar a Dios es, sobre todo, adorar a su Señor, “presente en la Eucaristía con carne y sangre, con cuerpo y alma, con divinidad y humanidad”. En la Eucaristía Cristo no es sólo pan para ser comido, sino amor para ser contemplado; es más, sin el amor dado, el signo eucarístico no tendría razón de ser ni sostén. “De hecho, no es que en la Eucaristía recibamos simplemente cualquier cosa. Ella es el encuentro y la unificación de personas; pero la persona que viene a nuestro encuentro y desea unirse a nosotros es el Hijo de Dios. Una tal unificación puede sólo realizarse según las modalidades de la adoración. Recibir la Eucaristía significa adorar a Aquel que recibimos. Precisamente así y sólo así nos hacemos una sola cosa con Él” . “Nadie - ha escrito San Agustín - come esta carne sin adorarla antes; pecaríamos si no la adoramos” .

En cuanto a nosotros, “llamados por nuestra misma consagración a una contemplación más prolongada (...) Jesús en el Sagrario nos espera siempre junto a Él, para derramar en nuestros corazones esa íntima experiencia de su amistad que es la única que puede dar sentido y plenitud a nuestra vida y a la misión” . ¡Cómo querría, por lo tanto, queridos hermanos, que entre nosotros se refuerce, y donde sea necesario se recupere, aquella devoción eucarística, sencilla pero eficaz, tan salesiana, que tiene en la visita y adoración del Santísimo Sacramento una de las expresiones más preciosas y tradicionales! Y no sólo porque querría que nos dejásemos plasmar por la presencia real del Señor adorado, sino porque responde a un rasgo característico de nuestra vivencia carismática.

Como bien sabemos todos, frecuentar el Santísimo Sacramento era una de las prácticas de piedad que la “pedagogía eucarística” de Don Bosco privilegiaba en la educación de sus jóvenes, y en la formación espiritual de los salesianos. Si sobre Domingo Savio escribió que “era para él una verdadera dicha poder pasar una hora ante Jesús sacramentado” , a los hermanos, durante una tanda de Ejercicios Espirituales, en Trofarello en 1868, recomendaba la visita al Santísimo

Sacramento entre las prácticas diarias: “Váyase a los pies del tabernáculo, al menos para rezar un padrenuestro, avemaría y gloria, cuando no se pueda más. Basta esto para robustecernos frente a las tentaciones” . Es para “nosotros, hijos de Don Bosco, motivo de frecuentes encuentros con Cristo la presencia eucarística en nuestras Casas”. ¿ Es de Cristo eucarístico visitado frecuentemente de dónde “sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes” (Const. 88)? Así es como “seremos capaces de sobreponernos cada día a toda tensión dispersiva, encontrando en el Sacrificio eucarístico, verdadero centro de nuestra vida y de nuestro ministerio, la energía espiritual necesaria para afrontar los diversos quehaceres pastorales. Cada jornada será así verdaderamente eucarística” .

Figura humana y espiritual del beato Miguel Rua (8 de septiembre de 2009)

La primera es la de reforzar nuestra condición de discípulos fieles de Jesús, modelo de Don Bosco, redescubriendo los caminos para custodiar la fidelidad a la vocación consagrada, con una invitación concreta a beber en las fuentes de la vida del discípulo y del apóstol, en las fuentes cotidianas de la fidelidad vocacional: la Sagrada Escritura mediante la lectio divina y la Eucaristía en la celebración, en la adoración y en las visitas frecuentes.

Espiritualidad y misión (24 de abril de 2011)

La última Palabra que Jesús dice a los Once, después de haberles confiado el mandato misionero, es una Palabra de fortalecimiento: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo». Es una gran promesa, que vale como garantía de seguridad y motivo de confianza. En ella resuena el eco del apoyo que Dios garantizó siempre en el Antiguo Testamento a los que había llamado para una vocación especial: «No temas, yo estoy contigo». En ella se cumple sobre todo la identidad de Jesús, que desde el principio del Evangelio de Mateo, en los relatos de la infancia, es presentado como Emmanuel, el «Dios con nosotros». Los acontecimientos de la pasión, muerte y resurrección de Jesús no han borrado, pues, su presencia de la historia, ni su voluntad de quedarse junto a los que, poco antes no se habían quedado junto a él; el compromiso de Jesús resucitado de estar con ellos se ha hecho definitivo y permanente, en el tiempo y en el espacio, hasta el fin del mundo.

Percibimos sin duda cuánto consuelo y cuánta fuerza brotan de esas palabras. Para el que se sabe y quiere ser invitado suyo, cada jornada de la vida se abre y se cierra en la luz de una presencia aseguradora, más fuerte que cualquier soledad y que todo miedo. La alegría de una vida de castidad que vive esperando al mejor Amante, la riqueza del que renuncia a los bienes terrenos con tal de no dejar de buscar «las almas», la libertad de nuestra obediencia que hace que nos parezcamos a nuestro Señor, encuentran aquí su más auténtico fundamento y justamente de este misterio quieren ser signo visible y elocuente. Cristo está con nosotros y llena nuestra vida de modo superabundante. La plenitud interior que deriva de ello es en el fondo el verdadero tesoro del misionero y el don más grande que él puede transmitir a aquellos a los que es Enviado. Nada

hay más persuasivo y convincente que quien, representando al Señor Jesús existencialmente, se presenta habitado por su presencia luminosa, hasta transparentarlo en la serenidad de su rostro, en la profundidad de la mirada, en la humildad del trato, en la verdad de los gestos y de las palabras. Del mismo modo que Jesús fue para los discípulos imagen y transparencia del Padre, así el verdadero misionero está llamado a ser icono transparente de Jesús resucitado. Y lo puede ser porque Cristo está verdaderamente con él, en una compañía tan íntima que se convierte en verdadera habitación: el apóstol, como Pablo, puede exclamar: «yo vivo, pero no soy yo, es Cristo quien vive en mí» (Gál 2,20).

De ese modo la misión alcanza de verdad la profundidad mística que le es propia. Desde el principio, en efecto, al llamar a los Doce, Jesús los había instituido «para que estuviesen con él y para enviarlos a predicar» (Mc 3,14). Por experiencia personal sabemos todos lo fácil que es advertir en lo concreto de nuestra existencia una cierta tensión entre esos dos elementos y cómo se puede oscilar en una especie de rotura interior entre oración y obras, contemplación y acción, donación a Dios y entrega de sí a los demás. Ahora bien, desde el principio de la llamada a los Doce, las dos dimensiones se presentan, en cambio, juntas e íntimamente conexas entre sí: sólo si se entra en una profunda familiaridad con Jesús, se puede irradiar su presencia a los demás y transmitir de verdad su Palabra.

Transmitir la Palabra al mundo quien antes la ha escuchado, como hizo María en casa de Isabel. Se convierte en hermano de Jesús quien está junto a él, ocupado en la escucha de su Palabra. Estar con Jesús no puede entenderse de ningún modo como algo que se realiza de vez en cuando, en las pausas de la actividad. El Evangelio de Juan es muy claro sobre esto, cuando habla de la necesidad absoluta de permanecer en Él, porque sin Él no se puede nada. Y, en efecto, precisamente en fuerza de la novedad de la resurrección, por la que la presencia de Cristo invade todo tiempo y lugar, la íntima unidad entre oración y anuncio se convierte en un nuevo título experimentable. Contemplación y testimonio llegan así profundamente a compenetrarse, reclamándose mutuamente en un movimiento semejante al de sístole y diástole de nuestro corazón.

Naturalmente en el camino personal de todo misionero, esta íntima compenetración de oración y anuncio no son nunca el punto de partida, sino la meta que alcanzar. Esto requiere un camino formativo adecuado y una constante vigilancia interior. Sólo así se puede evitar un falso espiritualismo, que aparta del trabajo apostólico y engaña con una cercanía a Dios que después resulta desmentida por los hechos; al mismo tiempo se puede superar un estéril activismo, que obtiene el único resultado de vaciar la vida de un discípulo, y quizá de llevarlo hasta el abandono. La urgencia fundamental y el corazón mismo de la misión consisten, por tanto en aprender el arte supremo, el de vivir en Jesús, en su señorío, profundamente identificados con Él, con sus pensamientos, haciendo de su Palabra el propio alimento.

Testigos de la radicalidad evangélica (8 de abril de 2012)

Si en el pasado el peligro de la vida religiosa fue el de perder un sano enraizamiento en la tierra y en la historia, concentrándose en medida preponderante en la función de llamada a la trascendencia, hoy corre el peligro de perder vigor por privilegiar lo terreno olvidando toda perspectiva ulterior. Esto sucede cuando se piensa que la salvación es obra nuestra, cuando

cedemos a la tentación prometeica y, sin quererlo, hacemos del activismo una idolatría. Entonces la vida religiosa pierde su razón de ser, olvida su misión y se pervierte en una forma paradójica de secularismo. ¡Pensando adquirir mayor relieve social por lo que hacemos, perdemos la identidad y privamos al mundo de la esperanza que debemos darle!

He aquí por qué debemos cultivar cuidadosamente nuestra vida espiritual, tanto personal como comunitariamente. Sin duda será necesario superar una concepción de la vida espiritual de índole intimista, extraña o marginal según el pensamiento del mundo; pero al mismo tiempo tendremos que potenciar la experiencia de la oración, mejorar la calidad de la vida comunitaria, desempeñar con profesionalidad y preparación nuestro servicio de evangelización, para poder ser signos proféticos frente a los valores actuales que este mundo canoniza, y ser testigos irrefutables del Dios del Amor.

María Inmaculada Auxiliadora (15 de agosto de 2012)

Deseo concluir esta Carta invitando a la Congregación, y a cada hermano en particular, a meditar y «encarnar» en la vida la oración que cada día dirigimos a la Santísima Virgen María. Constituye un precioso texto, un verdadero programa de vida, que nos ayuda a renovar cotidianamente el sentido de nuestra vida salesiana en «clave mariana». Es una oración al mismo tiempo sencilla y profunda en la cual, mientras profesamos nuestro amor «filial y fuerte» a Ella, nos comprometemos a poner en práctica el «programa» de nuestra vocación: la misión salesiana.

Compartiendo la insistencia (teológicamente fundada) de mi amado predecesor don Egidio Viganò sobre el sentido de la consagración como obra exclusiva de Dios y no como acción humana, ni siquiera en la relación con Él (cf. Const. 24: «Tú me consagraste a Ti... yo te ofrezco todo mi ser»), recuerdo que aquí no se trata de una oración de consagración a María, sino de una entrega afectuosa, como un hijo pequeño que se abandona en los brazos amorosos de su Madre.

Al evocar a María Inmaculada Auxiliadora (Const. 92), recordamos el título con que nos la presenta el Concilio Vaticano II: «Madre de la Iglesia» (cf. Ap 12; LG 62ss). En la Iglesia, el Espíritu Santo ha suscitado a san Juan Bosco, «con la intervención materna de María» (Const. 1), y, mediante él, la Congregación y la Familia Salesiana. Como lo fue para nuestro Padre, María continúa siendo para nosotros «inspiradora y sostén» (en el artículo 8 de las Constituciones leemos: indicó a Don Bosco su campo de acción..., lo guió y sostuvo). Por tanto, no se trata únicamente de una actitud de devoción personal —sin duda laudable y recomendable—, sino de nuestra contemplación de María en el plano de la salvación de Dios, y en particular de la puesta en práctica de nuestra misión. Por tanto, prometamos a María que «queremos actuar siempre en fidelidad a la vocación salesiana».

La misión no consiste en «hacer cosas», no se reduce a prodigarse generosamente por la promoción de los jóvenes, sobre todo de los más pobres; realmente, se trata de procurar la auténtica «promoción integral», desde la perspectiva de la misión apostólica, que se propone como fin último su salvación (cf. Const. 12). «Para la mayor gloria de Dios y para la salvación del mundo», es lo que recordaba yo en la Carta de convocatoria del CG26 como «el secreto (de Don Bosco) sobre la finalidad de su acción: «Cuando me entregué a esta parte del sagrado ministerio,

quise consagrar toda mi energía a la mayor gloria de Dios y al bien de las almas; propuse dedicarme a hacer buenos ciudadanos en esta tierra, para que fuesen después dignos habitantes del cielo». Evidentemente, «prometer» esto a María y, por su intercesión, al Señor de la mies, constituye al mismo tiempo una humilde petición: «Sin Mí no podéis hacer nada», nos dice el Señor Jesús. Jugando un poco con las palabras, no es una «promesa prometeica», porque de hecho reconocemos —como decimos al final de la oración— que sirviendo al Señor («nuestro servicio al Señor»), somos útiles a Él, no solo siervos. Él mismo lo ha querido (cf. Jn 15,15).

Como la misión salesiana es un proceso que nace de la fe y de la obediencia a Dios, se expresa en la oración y como oración. Recurriendo a la intercesión materna de María, Le suplicamos por todo lo que «llevamos en el corazón», desde nuestra sensibilidad carismática particular (cf. Const. 11): la Iglesia, la Congregación y la Familia Salesiana, en particular los jóvenes y, entre ellos, de modo particular los más pobres, destinatarios prioritarios de la misión salesiana. Finalmente, La invocamos en favor de toda la humanidad. Esta «prioridad de la oración» nos recuerda el ejemplo de Jesús: antes de dar la vida por todos, suplica por todos al Padre y pide todo lo más sencillo y profundo que puede brotar del amor de un Corazón, al mismo tiempo divino y humano: «Padre, quiero que aquellos que me has dado estén también conmigo» (Jn 17,24). Ninguno está excluido de la salvación de Cristo... ni de su oración. Por tanto, tampoco de nuestra oración apostólica.

Prosiguiendo, invocamos a María como Madre y Maestra (cf. Const. 98). Como lo fue de Don Bosco, Le pedimos que lo sea de cada uno de nosotros. Creo que podemos contemplar esta parte de la oración a la luz del sueño de los diez diamantes, que constituye un «icono» del próximo Capítulo General 27: la parte frontal del manto («la bondad y la donación ilimitada a los hermanos») está sostenida por su parte contraria, o sea, que probablemente no se realice a primera vista: «la unión con Dios, su vida casta, humilde y pobre». Esto hace posible la puesta en práctica de nuestra misión, entendida justamente como «amorevolezza» o «donación iluminada», o, al menos, no simplemente como una estrategia o táctica educativo-pastoral en función de los fines.

Ambas partes del manto están unidas por los dos diamantes del trabajo y de la templanza: y nos recuerda inmediatamente el próximo Capítulo General, centrado en la radicalidad evangélica salesiana.

Concluyendo estas actitudes fundamentales en las que Don Bosco es nuestro modelo, no podemos olvidar la dimensión eclesial: «la fidelidad al Papa y a los Pastores de la Iglesia», hoy más necesaria que nunca.

La conclusión de nuestra oración se engarza con el principio, en una clara conclusión temática. Si la misión tiene como finalidad la mayor gloria de Dios y la salvación de las almas, y si nuestro trabajo constituye «un servicio fiel y generoso» al Señor hasta la muerte, su culminación no puede limitarse a una satisfacción humana o terrena: solo podremos encontrarlo plenamente «en la Casa del Padre». También aquí se hace presente nuestra sensibilidad salesiana, a través de dos palabras clave: alegría y comunión, que encuentran su plenitud solo en Dios y en la vida eterna.

Vocación y Formación (31 de marzo de 2013)

El discernimiento, espiritual y pastoral, es Indispensable a todo Salesiano para vivir la vocación con fidelidad creativa y como respuesta permanente. Como os he escrito hace tiempo, esto es fruto de

la escucha de la Palabra, dócil y paciente. En ella podemos encontrar qué quiere Dios hoy de nosotros y cómo lo quiere ... «De la frecuentación de la Palabra de Dios, (los discípulos del Señor) sacaron la luz necesaria para el discernimiento individual y comunitario que les ayudó a buscar en los signos de los tiempos los caminos del Señor. Así adquirieron una especie de instinto sobrenatural", es decir, la mirada de fe «sin la cual la propia vida pierde gradualmente sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia se vuelven ambiguos, cuando no privados de esperanza, la misión apostólica y caritativa degenera en actividad dispersa».

Una comunidad que «dirige una mirada evangélica sobre la realidad y busca la voluntad del Señor en fraterno y paciente diálogo y con vivo sentido de responsabilidad», ofrece a los hermanos el clima adecuado para ejercer de modo habitual un discernimiento comunitario, que «refuerza la convergencia y la comunión, sostiene la unidad espiritual, estimula la búsqueda de autenticidad y la renovación».

Acudamos a la experiencia espiritual de Don Bosco (Comentario Aguinaldo 2014)

El unum necessarium es la raíz profunda de su vida interior, de su diálogo con Dios, de su actividad de apóstol. No hay dudas de que en Don Bosco la santidad brilla en sus obras, pero es ciertamente verdad que las obras son solo una expresión de su fe. No son las obras que se hacen las que hacen de Don Bosco un santo, como nos recuerda san Pablo: «Aunque hablase las lenguas de los hombres..., pero no tengo caridad, nada me sirve» (1 Cor 13); sino que es una fe reavivada por la caridad práctica (cfr. Gal 5,6b) lo que le hace santo: «por los frutos conoceréis sus obras». Mt 7,16,20

A la «unión con Dios», real y no solo psicológica, están invitados todos los cristianos. Unión con Dios es vivir la propia vida en Dios y en su presencia; es vida divina que está en nosotros por participación; es ejercicio de la fe, esperanza y caridad, a las que siguen necesariamente las virtudes infusas, las virtudes morales, etc. Don Bosco da vigor evangélico a sus vivencias, hace de la transmisión de la fe en Dios la razón de su propia vida, según la lógica de las virtudes teologales: con una fe que se hace signo fascinante para los jóvenes, con una esperanza que se convierte en palabra luminosa para ellos, con una caridad que se hace gesto de amor hacia los últimos.

Don Bosco fue siempre fiel a su misión de caridad efectiva: donde un misticismo desencarnado habría sido un peligro para cortar los puentes con la realidad, la fe le obligó a quedarse en la trincherera por efecto de la extrema fidelidad al hombre necesitado; allí donde podían aparecer el cansancio y la resignación, lo sostuvo la esperanza; allí donde no parecía que hubiese remedio, lo impulsó a actuar la pista indicada por Pablo: «Caritas Christi urget nos» (1 Cor 5,14). La caridad vivida por don Bosco no se detenía frente a las dificultades: «Me he hecho todo para todos para salvar a toda costa a alguno» (1 Cor 9,22). No eran de temer las derrotas en el campo educativo, sino la inercia y el desentenderse.

Vivir la fe: significa abandonarse con alegría confiadamente a Dios revelado en Jesús de modo que seamos capaces de vivir todas las situaciones de modo salvífico: es decir, aceptar todas las circunstancias de la historia, de modo que se permita a Dios manifestarnos su acción salvífica.

Ninguna situación corresponde de modo adecuado al querer de Dios, pero el hombre puede vivir cada situación de modo que cumpla siempre la voluntad de Dios.

Vivir la esperanza: significa esperar a Dios cada día para ser capaces de acoger su don futuro; significa esperar cada día a Dios que viene a través de los dones creados: cada día tiene su don. De modo que en todas las situaciones, también de fallos: «nada nos podrá separar del amor de Cristo» (Rom 8,39).

Vivir la caridad: significa hacer el presente como lugar del amor de Dios. Para ser capaces de actitud oblativa es necesario un ejercicio continuo; se requiere un ambiente que estimule: la misión salesiana lo es sin duda.

Todo esto lo vivió Don Bosco en espíritu de auténtica piedad. Él no ha dejado fórmulas de piedad, ni una devoción suya particular. Su concepción es realista y práctica. Sólo las oraciones del buen cristiano, fáciles, sencillas, pero hechas con perseverancia. Lo que a Don Bosco le preocupaba era que los Salesianos consagrasen toda su vida a la salvación de las almas y santificasen su trabajo ofreciéndolo a Dios; la oración debía intervenir como elevación del alma a Dios, como petición y como alimento, en otras palabras las «prácticas de piedad» tenían una especie de función ascética.

Ángel Fernández

Perteneciendo más a Dios, más a los hermanos, más a los jóvenes (16 de agosto de 2014)

Debo confesaros, Hermanos, que expresiones como Primado de Dios, Místicos en el Espíritu, Trama de Dios, Cercanía de Dios, Unión con Dios, Buscadores de Dios... son expresiones que me llegan hondamente al corazón diciéndome que aquí hay algo importante, que ésta es la clave, y que todo lo demás, en lo que tantas energías ponemos, 'se da por añadidura' o 'cae como fruto maduro'; es decir, es consecuencia, está garantizado. Al mismo tiempo, no os oculto sinceramente un temor que he experimentado ya en mis años de servicio como Inspector: Es posible que al hablar de esto pueda haber Hermanos que sencillamente desconecten, que lo califiquen ya 'a priori', como teología trasnochada, como paradigma que 'ya no sirve', que 'ya está desfasada'...

Y, sin embargo, estas mismas reflexiones las encontramos en los más diversos lugares, escritos teológicos y revistas de actualidad en los que se toma el pulso a la vida religiosa.

En nuestro Capítulo General 27, recogiendo la experiencia de toda la Congregación, el diagnóstico era coincidente entre nosotros y con otras miradas.

Creo verdaderamente, Hermanos, que la vida espiritual debe estar en el primer puesto, una vida espiritual que es, ante todo, búsqueda de Dios en lo cotidiano, en medio de todo lo que hacemos y de lo que nos ocupa. Y digo esto, porque la salvación para nosotros, como lo fue para Don Bosco en la búsqueda de lo mejor para sus jóvenes, y para toda vida religiosa de hoy, el elemento básico de la misma ha sido, sigue siendo y será, la persona del Señor Jesús y su mensaje. En definitiva, la centralidad de Jesucristo en nuestra vida. Posiblemente no se haya puesto nunca en duda, pero no es lo mismo que hacerlo vida y criterio de la propia vida.

Nuestra vida religiosa, por no ser solo salesiana, sino también vida religiosa como consagrados Salesianos, no encuentra su razón de ser en lo que hacemos, ni en las maneras de organizarnos, ni en la eficacia de nuestros programas y planificaciones. O nuestra vida religiosa como consagrados nos devuelve al signo (una comunidad de hombres creyentes al servicio del Reino), o corremos el peligro de que nos preocupe más nuestra fuerza (si es que la tuviéramos), que el mensaje de Dios. El peligro en toda vida religiosa está en perder la frescura carismática. Es posible que nos envuelvan los trabajos, las actividades, las tareas (pastorales o no)..., y podemos perder el valor simbólico de nuestra vida. Por ejemplo, cuando escucho, como recientemente me ha acontecido, que en un determinado país, con gran presencia de obras salesianas, tenemos un gran reconocimiento por nuestras obras sociales, y, en cambio, se valora poco nuestra condición de Salesianos como hombres creyentes de vida consagrada.

Debo confesaros que me preocupa y me hago preguntas pregunto: ¿qué no hacemos bien?, ¿en qué falla nuestro testimonio? Por eso, cuando tratamos de saber qué es lo esencial en nuestra vida, el camino es encontrarnos con Aquel que da razón en cada instante, el por qué, para qué y por quién hacemos las cosas; optamos por lo que optamos y vivimos como vivimos.

Por todo ello, podemos decir que el núcleo de nuestra identidad y la razón de ser de nuestra vida religiosa es, en definitiva, la experiencia de Dios. Y la pregunta por la calidad de vida en la vida religiosa se convierte, en definitiva, en la pregunta por la calidad de esta experiencia de fe²². Y es en este marco y contexto en el que nuestro Capítulo, en el núm. 32, hace el subrayado de que lo mismo que para Don Bosco, también para nosotros la primacía de Dios es el punto de apoyo que da razón de nuestra existencia en la Iglesia y en el mundo. Tal primacía da sentido a nuestra vida consagrada, evita el riesgo de dejarnos absorber por la actividad, olvidando ser esencialmente ‘buscadores de Dios’ y testimonio de su amor en medio de los jóvenes y de los más pobres.

Por eso, una vez más debemos ayudarnos, mutuamente, a creer de verdad que es ésta la experiencia en que se fundamenta nuestra vida de Dios en nosotros, o, dicho de otra manera más teológica, nosotros vivimos todo nuestro acontecer, ‘en Dios’. Hermanos, con las palabras con que queramos expresarlo, ... la raíz de nuestra vida salesiana, como toda vida consagrada, es mística, porque, si lo que nos sostiene y lo que nos mueve no es una experiencia real y nutritiva del Señor, todo lo demás no nos llevará muy lejos. Y a diario, los cansancios, las personalidades rotas, los vacíos existenciales —aun creyendo que todo lo vivíamos para Dios— etc., que tan frecuentemente vemos en Hermanos nuestros, es prueba dolorosa, pero irrefutable, de que es así.

Quiera el Señor concedernos el Don de ser, en verdad, más ‘buscadores de Él’ dando pleno sentido a nuestro Ser, primeramente, y, después, a nuestro vivir y hacer.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones

2. Los Salesianos de Don Bosco (SDB) formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres.

En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación.

- ✧ ¿En forma personal y con mis hermano, busco estar atento a la voz del Espíritu?
- ✧ ¿Es Don Bosco, la unión con Dios, mi modelo de seguimiento del Señor?
- ✧ ¿Procuró ser signo del amor de Dios para los jóvenes, como fruto de mi experiencia personal de encuentro con el Señor, de su amor en mi propia vida?
- ✧ ¿Es mi vida salesiana un crecimiento en la amistad con el Señor que da sentido pleno a toda mi existencia?

8. La Virgen María indicó a Don Bosco su campo de acción entre los jóvenes, y lo guió y sostuvo constantemente, sobre todo en la fundación de nuestra Sociedad.

Creemos que María está presente entre nosotros y continúa su misión de Madre de la Iglesia y Auxiliadora de los cristianos

Nos confiamos a Ella, humilde sirva en la que el Señor hizo obras grandes para ser, entre los jóvenes, testigos del amor inagotable de su Hijo.

- ✧ ¿Creo en la presencia de la Virgen María en mi vida personal? ¿creo que me sostiene?
- ✧ ¿Mi amor a ella me lleva a un amor por la Iglesia?
- ✧ ¿Confío mi servicio pastoral en su amor maternal?
- ✧ ¿Siento que mi devoción a Ella me impulsa a ser testigo del amor de Cristo?

11. El espíritu salesiano encuentra su modelo y su fuente en el corazón mismo de Cristo, apóstol del Padre.

Al leer el Evangelio, somos más sensibles a ciertos rasgos de la figura del Señor: su gratitud al Padre por el don de la vocación divina a todos los hombres; su predilección por los pequeños y los pobres; su solicitud en predicar, sanar y salvar, movido por la urgencia del Reino que llega; su actitud de Buen Pastor, que conquista con la mansedumbre y la entrega de sí mismo; su deseo de congregar a los discípulos en la unidad de la comunión fraterna.

- ✧ ¿Al leer el Evangelio, busco sintonizar con los sentimientos, preocupación, motivaciones de Cristo, el Señor?
- ✧ ¿Siento en mi interior a Dios como mi Padre? ¿me relaciono con Él con la actitud de un hijo que confía plenamente en el amor del Padre? ¿siento la necesidad de vivir mi vida como acción de gracias al Padre?
- ✧ ¿Busco la intimidad con el Señor que me permita el reinado del Padre en mi propia vida?
- ✧ ¿Siento la necesidad de ser signo de dar testimonio del reinado del Padre?
- ✧ ¿Es el amor del Señor y al Señor la motivación fundamental de mi acción pastoral?

12. Al trabajar por la salvación de la juventud, el salesiano vive la experiencia de la paternidad de Dios, y reaviva continuamente la dimensión divina de su actividad: “Sin mí no podéis hacer nada”

Cultiva la unión con Dios y advierte la necesidad de orar ininterrumpidamente en diálogo sencillo y cordial con Cristo vivo y con el Padre, a quien siente cerca de sí. Atento a la presencia del Espíritu y haciendo todo por amor de Dios, llega a ser, como Don Bosco, contemplativo en la acción.

- ✧ ¿Es la experiencia de hijo del Padre la que me motiva a trabajar por los jóvenes? ¿les comunico esa experiencia?
- ✧ ¿En la misión que me ha sido encomendada, trabajo como si todo dependiera de mí, pero con la certeza de que todo depende del Padre?
- ✧ ¿Siento que durante el día vivo en la presencia del Señor? ¿gozo permanentemente de su amor y cercanía?
- ✧ ¿Dialogo con el Señor con la sencillez, confianza, ternura con la que Jesús se comunicaba con su Padre?
- ✧ ¿Cultivo en mi vida la sensibilidad para percibir el impulso del Espíritu que guía mi vida? ¿respondo positivamente a sus inspiraciones?
- ✧ ¿Cultivo la capacidad de descubrir el paso del Señor en mi vida cotidiana?

17. El salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: Nada te turbe, solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad. Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes. Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia . Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: Sirvamos al Señor con santa alegría.

- ✧ En los momentos de prueba, de dolor ¿Confío en el amor del Padre que nunca me abandona?
- ✧ ¿Creo que el Padre hará brotar vida nueva también de los momentos de muerte y dolor que experimento en mi vida personal?
- ✧ ¿Creo que Dios obra maravillas en mi propia vida y en la vida de los demás? ¿le doy gracias por ello?
- ✧ ¿Cultivo la capacidad de vivir con alegría como expresión de mi confianza plena en el Señor?
- ✧ ¿Comparto con los demás, especialmente con los jóvenes, mi propia experiencia del amor del Señor, vencedor del pecado y de la muerte, que hace nuevas todas las cosas?

21. El Señor nos ha dado a Don Bosco como padre y maestro. Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible . Ambos aspectos se fusionaron en un proyecto de vida fuertemente unitario: el servicio a los jóvenes. Lo realizó con firmeza y constancia, entre obstáculos y fatigas, con la sensibilidad de un corazón generoso: No dio(un)paso, ni pronunció palabra, ni acometió empresa que no tuviera por objeto la salvación de la juventud. Lo único que realmente le interesó fueron las almas.

- ✧ ¿Me preocupo de profundizar el conocimiento de Don Bosco como padre espiritual?
- ✧ ¿Como él, me esfuerzo por crecer en la gracia de unidad?
- ✧ ¿Siento en mi interior un amor apasionado por el Señor a quien descubro y sirvo en mi entrega pastoral?
- ✧ ¿Es mi vida una oración, un diálogo permanente con el Señor?

36. Iniciamos a los jóvenes en la participación consciente y activa en la liturgia de la Iglesia, cumbre y fuente de toda la vida cristiana.

Con ellos celebramos el encuentro con Cristo en la escucha de la Palabra, en la oración y en los sacramentos.

La Eucaristía y la Reconciliación, celebrada asiduamente, ofrecen recursos de excepcional valor para educar en la libertad cristiana, en la conversión del corazón y en el espíritu de compartir y servir dentro de la comunidad eclesial. (R 7)

- ✧ ¿Escucho la Palabra del Señor junto a los jóvenes y las personas con las que comparto mi vida apostólica?
- ✧ ¿Celebro la Eucaristía con los jóvenes?

- ✧ ¿Los jóvenes y laicos me han visto alguna vez celebrar el Sacramento de la Reconciliación?
- ✧ ¿Mi oración personal me impulsa a vivir al servicio de mis hermanos los jóvenes?
- ✧ ¿Participo en la liturgia de la Iglesia?

86. Dócil al Espíritu Santo, Don Bosco vivió la experiencia de una oración humilde, llena de confianza y apostólica, que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida. De él aprendemos a reconocer la acción de la gracia en la vida de los jóvenes: rezamos por ellos, para que se cumpla en cada uno el plan de Dios, y rezamos con ellos para dar testimonio de nuestra fe y compartir la misma esperanza de salvación. La oración salesiana es gozosa y creativa, sencilla y profunda; se abre a la participación comunitaria, conecta con la vida y en ella se prolonga. (R 77)

- ✧ ¿Cultivo la capacidad de descubrir la acción de Dios en la vida de las personas a las que sirvo? ¿doy gracias al Señor por ello?
- ✧ ¿Rezo por los jóvenes y por todas las personas a las cuales sirvo y con quienes vivo mi vida salesiana?
- ✧ En los momentos de oración, en las celebraciones litúrgicas ¿rezo con los jóvenes o me preocupo solamente de la realización de las experiencias de oración en la que ellos participan?
- ✧ ¿Mi oración personal es sencilla y profunda, conecta con la vida, se prolonga en ella?
- ✧ ¿Mi oración personal me lleva a construir comunidad con mis hermanos salesianos, religiosos y laicos, con los jóvenes?

87. El Pueblo de Dios es congregado, en primer lugar, por la Palabra de Dios vivo. La Palabra escuchada con fe es, para nosotros, fuente de vida espiritual, alimento para la oración, luz para conocer la voluntad de Dios en los acontecimientos y fuerza para vivir con fidelidad nuestra vocación. Teniendo diariamente en nuestras manos la Sagrada Escritura, como María acogemos la Palabra y la meditamos en nuestro corazón a fin de hacerla fructificar y anunciarla con celo.

- ✧ ¿Hago de la Palabra de Dios mi fuente principal de meditación?
- ✧ ¿Escucho la Palabra de Dios con la misma actitud de la Virgen María? ¿me dejo interpelar por ella?
- ✧ ¿Es la Palabra de Dios la que ilumina mi acción pastoral?
- ✧ ¿Es la Palabra de Dios el criterio fundamental en los discernimientos que hago en relación a mi vida, mi vocación, mi comunidad, mi consagración?
- ✧ ¿Me preocupo de profundizar y mantenerme al día en el conocimiento de la Palabra de Dios?

✧ ¿Me preparo con profundidad si tengo que anunciar la Palabra de Dios a los demás?

88. La escucha de la Palabra encuentra su lugar de privilegio en la celebración de la Eucaristía. Ésta es el acto central de cada día para toda comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva. En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso apostólico. La concelebración pone de manifiesto las riquezas de este misterio: evidencia la triple unidad del sacrificio, del sacerdocio y de la comunidad, cuyos miembros están todos al servicio de la misma misión. La presencia de la Eucaristía en nuestras casas es para nosotros, hijos de Don Bosco, motivo para visitar frecuentemente al Señor. De Él sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes. R 70.

✧ ¿Es para mí, la eucaristía, un encuentro central con el Señor, en mi vida diaria?

✧ ¿Es el alimento fundamental para mi vida fraterna y mi entrega a los hermanos en mi servicio pastoral?

✧ ¿Aporto con mis cualidades personales a que la celebración de la eucaristía comunitaria sea muy cuidada, una verdadera fiesta?

✧ Si soy sacerdote y ofrezco mi ministerio a otros hermanos ¿Me preparo adecuadamente para la celebración de la eucaristía?

✧ ¿Participo gustosamente en la concelebración de la comunidad?

✧ ¿Me dejo un tiempo durante el día para dialogar con el Señor presente en la eucaristía?
¿Cultivo la visita al SS.?

89. La liturgia de las horas extiende a los distintos momentos del día la gracia del misterio eucarístico. La comunidad, unida a Cristo y a la Iglesia, alaba y suplica al Padre, nutre su unión con Él y se mantiene atenta a la voluntad de Dios. La comunidad celebra laudes como oración de la mañana y vísperas como oración de la tarde, y lo hace con la dignidad y el fervor que recomendaba Don Bosco, permaneciendo para los clérigos la obligación contraída en su ordenación. El domingo es el día del gozo pascual. Vivido en el trabajo apostólico, en la oración y en la alegría, da nuevo vigor a la confianza y al optimismo del salesiano. Durante el año litúrgico, la conmemoración de los misterios del Señor hace de nuestra vida un tiempo de salvación en la esperanza.(R 70)

✧ ¿Participo con alegría en la celebración comunitaria de la Liturgia de las Horas?

✧ ¿Busco hacer de la Liturgia de las Horas un encuentro profundo con el Señor? ¿hago propia las expresiones de los salmos?

✧ Si soy sacerdote ¿celebro personalmente los diversos momentos de la Liturgia de las Horas que no son parte del ritmo de oración comunitario?

- ✧ ¿Hago del Domingo un encuentro personal con el Señor resucitado expresado en momentos de oración personal, la celebración comunitaria de la eucaristía, la presencia alegre con quienes comparto la vida?
- ✧ ¿Aporto con mis cualidades a la celebración del Año Litúrgico en mi comunidad salesiana y en mi servicio pastoral?
- ✧ ¿La celebración de los santos son un llamado a crecer siempre más en mi relación de amor con el Señor que me santifica?
- ✧ ¿Me encomiendo a la intercesión de nuestros santos patronos?

90. La Palabra de Dios nos llama a una conversión continua. Conscientes de nuestra fragilidad, respondemos con la vigilancia y el arrepentimiento sincero, la corrección fraterna, el perdón recíproco y la aceptación serena de la cruz de cada día. El sacramento de la reconciliación lleva a su plenitud el esfuerzo penitencial de cada uno y de toda la comunidad. Preparado con el examen de conciencia diario y recibido frecuentemente, según las indicaciones de la Iglesia, nos proporciona el gozo del perdón del Padre, reconstruye la comunión fraterna y purifica las intenciones apostólicas.(R 73).

- ✧ ¿Soy consciente de mi fragilidad, de mi condición de pecador?
- ✧ ¿Me siento amado por el Señor a pesar de mi pecado?
- ✧ ¿El amor del Señor y al Señor me impulsa a celebrar el Sacramento de la Reconciliación?
- ✧ ¿El amor al Señor, a quien encuentro también en los hermanos, me motiva a la corrección fraterna?
- ✧ ¿Me esfuerzo por perdonar de corazón a mis hermanos, evitando caer en el rencor?
- ✧ ¿Acepto de buen modo la corrección fraterna que me hacen?
- ✧ ¿En mi examen de conciencia diario, busco descubrir el paso de Dios en mi vida cotidiana, y mi esfuerzo por responder con prontitud a sus llamadas?
- ✧ ¿La palabra de Dios ilumina mi conciencia a la hora de pedir perdón por mis pecados?
- ✧ ¿Soy fiel a los propósitos de conversión que me hago?

91. Nuestra voluntad de conversión se renueva en el retiro mensual y en los ejercicios espirituales de cada año. Son tiempos de recuperación espiritual, que Don Bosco consideraba como la parte fundamental y la síntesis de todas las prácticas de piedad. Para la comunidad y cada salesiano son ocasiones especiales de escuchar la Palabra de Dios, discernir su voluntad y purificar el corazón. Estos momentos de gracia dan a nuestro espíritu unidad profunda en el Señor Jesús, y mantienen viva la espera de su venida.(R 72)

- ✧ ¿Participo con alegría en el retiro espiritual mensual y en los ejercicios espirituales anuales, como un tiempo para encontrarme con más tranquilidad con el Señor?

- ✧ ¿Me dejo el tiempo para que ninguna actividad me distraiga en los ejercicios espirituales?
- ✧ ¿Durante los ejercicios espirituales mensuales y anuales, dejo un espacio importante para la revisión de mi proyecto personal de vida?
- ✧ ¿En los ejercicios espirituales, es central la escucha de la Palabra de Dios?
- ✧ ¿Aporto con mis cualidades personales a la profundidad y celebración de los ejercicios espirituales mensuales?

92. María, Madre de Dios, ocupa un puesto singular en la historia de la salvación. Es modelo de oración y de caridad pastoral, maestra de sabiduría y guía de nuestra Familia. Contemplamos e imitamos su fe, la solicitud por los necesitados, la fidelidad en la hora de la cruz y el gozo por las maravillas realizadas por el Padre. María Inmaculada y Auxiliadora nos educa para la donación plena al Señor y nos alienta en el servicio a los hermanos. Le profesamos una devoción filial y fuerte. Rezamos todos los días el rosario y celebramos sus fiestas, a fin de estimularnos a una imitación más convencida y personal. (R 74)

- ✧ ¿Mi devoción a la Madre del Señor se expresa en una confianza ilimitada en el amor del Señor, especialmente en los momentos de cruz?
- ✧ ¿Es el amor a la Virgen Auxiliadora un impulso en mi entrega a los hermanos, especialmente a los que más necesitan?
- ✧ ¿Alimento a la Virgen un amor de hijo? ¿la siento como modelo y auxilio?
- ✧ ¿Rezo diariamente el santo Rosario? ¿es un momento en el que profundizo el amor al Señor? ¿Contemplo sus misterios?
- ✧ ¿Me esfuerzo que la celebración de las fiestas marianas sean cuidadas y festivas?
- ✧ ¿Me preocupo de ayudar a que los jóvenes se encuentren con la Madre de Jesús y Auxiliadora de la Iglesia? ¿a que cultiven una relación de amor con Ella, que lleva al encuentro con Jesús y al servicio de los hermanos?

93. Sólo podremos formar comunidades que rezan, si personalmente somos hombres de oración. Cada uno de nosotros necesita expresar en lo íntimo su modo personal de ser hijo de Dios, demostrarle su gratitud y confiarle sus deseos y preocupaciones apostólicas. Una forma indispensable de oración es, para nosotros, la oración mental. Ésta refuerza nuestra intimidad con Dios, salva de la rutina, conserva libre el corazón y sostiene la entrega al prójimo. Para Don Bosco es garantía de gozosa perseverancia en la vocación. (R 71)

- ✧ ¿Es el encuentro íntimo con el Señor mi mayor preocupación?
- ✧ ¿El diálogo con el Señor es para mí una necesidad, como un hijo necesita dialogar con su Padre?
- ✧ ¿Agradezco al Señor por las maravillas que obra en mí y a través de mí?

- ✧ ¿Confío en el Señor mi trabajo pastoral? ¿A ejemplo de Jesús dialogo con el Padre los proyectos pastorales que me corresponde animar?
- ✧ ¿Cultivo la meditación? ¿La centro en la Palabra de Dios?
- ✧ ¿Aparte de los momentos comunitarios, encuentro espacios para dialogar con el Señor en la intimidad?

94. La fe en Cristo resucitado sostiene nuestra esperanza y mantiene viva la comunión con los hermanos que descansan en la paz de Cristo. Ellos consumieron su vida en la Congregación, y no pocos sufrieron incluso el martirio por amor del Señor. Unidos en un intercambio de bienes espirituales, ofrecemos por ellos, con gratitud, los sufragios prescritos. Su recuerdo nos estimula a proseguir con fidelidad nuestra misión.(R 47. 76)

- ✧ ¿Me preocupo que en mi comunidad sea permanente, en la oración, el recuerdo de los hermanos difuntos?
- ✧ ¿Rezo personalmente por los hermanos que ya han partido a la Casa del Padre?
- ✧ ¿Recuerdo a mis hermanos difuntos en sus virtudes, como ejemplo de vida salesiana para mí?

95. Sumergido en el mundo y en las preocupaciones de la vida pastoral, el salesiano aprende a encontrar a Dios en aquellos a quienes es enviado. Al descubrir los frutos del Espíritu, en la vida de los hombres, especialmente de los jóvenes, da gracias por todo; al compartir sus problemas y sufrimientos, invoca para ellos la luz y la fuerza de su presencia. Se nutre de la caridad del Buen Pastor, cuyo testigo quiere ser, y participa en las riquezas espirituales que le ofrece su comunidad. La necesidad de Dios, sentida en el trabajo apostólico, lo lleva a celebrar la liturgia de la vida y logra aquella laboriosidad incansable, santificada por la oración y la unión con Dios, que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco.

- ✧ ¿Descubro la presencia del Señor en los hermanos a quienes sirvo?
- ✧ ¿Percibo la acción del Señor en los hermanos a quienes sirvo? ¿Alabo al Señor por las maravillas que obra en ellos?
- ✧ ¿Descubro el llamado del Señor en sus necesidades?
- ✧ ¿Procuró servir a mis hermanos como al mismo Señor?
- ✧ ¿Procuró vivir toda la jornada en la presencia del Señor? ¿Trabajo por Él?
- ✧ ¿Siento, como Jesús, la pasión por el Reino?
- ✧ ¿Mis compromisos pastorales me impulsan a buscar el diálogo íntimo con el Señor?
- ✧ ¿Si mi salud me impide el servicio pastoral, ofrezco mis padecimientos por mis hermanos que se encuentran en el trabajo apostólico? ¿Oro por ellos?

118. En un contexto pluralista y de transformaciones rápidas, el carácter evolutivo de la persona y la calidad y fecundidad de nuestra vida religioso-apostólica requiere que, después de las etapas iniciales, continuemos nuestra formación. Procuramos crecer en la madurez humana, configurarnos más profundamente a Cristo y renovar la fidelidad a Don Bosco, para responder a las exigencias, siempre nuevas, de la condición juvenil y popular.

Mediante iniciativas personales y comunitarias, cultivamos la vida, espiritual salesiana, la puesta al día en teología y pastoral, la competencia profesional y la creatividad apostólica. (R 99-102)

- ✧ ¿Aprovecho los momentos que la Congregación me ofrece, para creer en mi vida espiritual?
- ✧ ¿Procuro mantenerme al día en todo aquello que me ayuda a una experiencia de oración siempre más profunda?
- ✧ ¿Soy fiel a la Lectura Espiritual?

119. Al vivir en medio de los jóvenes y en relación constante con los ambientes populares, el salesiano se esfuerza por discernir en los acontecimientos la voz del Espíritu, adquiriendo así la capacidad de aprender de la vida. Atribuye eficacia formativa a sus actividades ordinarias y aprovecha también los medios de formación que se le brindan.

Durante el tiempo de actividad plena, encuentra ocasiones para renovar el sentido religioso-pastoral de su vida y capacitarse para hacer su trabajo con más competencia.

Se siente, además, llamado a vivir con preocupación formativa cualquier situación, pues la considera tiempo favorable para crecer en su vocación. (R 10.19.99-102)

- ✧ ¿En mi oración personal, procuro discernir, a la luz de la Palabra de Dios, lo que el Señor me pide en las exigencias cotidianas?
- ✧ ¿Cultivo la capacidad de dialogar con el Señor a partir de la vida misma?
- ✧ ¿Tengo un acompañamiento espiritual?
- ✧ ¿Me cultivo en el acompañamiento espiritual con la oración y la puesta al día en los aportes de las ciencias?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

C.85. La comunidad manifiesta, de forma visible, el misterio de la Iglesia, que no nace de voluntad humana, sino que es fruto de la Pascua del Señor. Del mismo modo, Dios congrega nuestra comunidad y la mantiene unida con su invitación, su Palabra y su amor. Cuando ora, la comunidad salesiana responde a esa invitación, reaviva la conciencia de su relación íntima y vital con Dios y de su misión de salvación, y hace propia la invocación de Don Bosco: Da mihi ánimas, cétera tolle.(R69)

- ✧ ¿Nuestra oración comunitaria nos ayuda a crecer en nuestra fraternidad, en nuestra entrega apostólica, en nuestra vocación?
- ✧ ¿De qué modo procuramos que la Palabra de Dios sea el alimento fundamental de nuestra vida de salesianos consagrados?
- ✧ ¿Hemos dejado un tiempo para la Lectio Divina comunitaria?
- ✧ ¿Tenemos experiencia de oración junto a los jóvenes y laicos con quienes compartimos la vida?
- ✧ Las decisiones importantes que tenemos que tomar como comunidad ¿son precedidas por un discernimiento a la luz de la Palabra de Dios, en un clima de oración?
- ✧ ¿Qué podemos hacer para dar más calidad a nuestros momentos de oración comunitaria?

R.69. Al comenzar el año, prográmense en cada comunidad los ritmos de oración, teniendo en cuenta los compromisos apostólicos y las exigencias de la vida fraterna. (C 85)

- ✧ ¿Hemos programado los ritmos de oración comunitaria?
- ✧ ¿A programarlos, hemos tenido en cuenta los compromisos pastorales?
- ✧ ¿Hemos tenido presente la realidad de edad y salud de los hermanos?
- ✧ ¿Hemos procurado cuidar que los hermanos en forma personal, y la comunidad tenga los momentos de encuentro con el Señor?

C.88. La escucha de la Palabra encuentra su lugar de privilegio en la celebración de la Eucaristía. Ésta es el acto central de cada día para toda comunidad salesiana, que lo celebra como una fiesta en una liturgia viva. En ella la comunidad celebra el misterio pascual y recibe el cuerpo de Cristo inmolado para construirse en él como comunión fraterna y renovar su compromiso

apostólico. La concelebración pone de manifiesto las riquezas de este misterio: evidencia la triple unidad del sacrificio, del sacerdocio y de la comunidad, cuyos miembros están todos al servicio de la misma misión. La presencia de la Eucaristía en nuestras casas es para nosotros, hijos de Don Bosco, motivo para visitar frecuentemente al Señor. De Él sacamos dinamismo y constancia en nuestro trabajo por los jóvenes. R 70.

- ✧ ¿Cuidamos la celebración de la eucaristía como comunidad, al menos en la tarde comunitaria?
- ✧ En la celebración de eucaristía con toda la comunidad, ¿damos espacio para compartir la Palabra del Señor, para poner en común nuestras necesidades y las que brotan del servicio apostólico?
- ✧ ¿Nos esforzamos con aportar cada uno a que sea una fiesta, preparada con esmero (motivación, signos, cantos)?
- ✧ ¿Cuidamos que nuestra Capilla sea un lugar que ayude a la oración personal y comunitaria? ¿la mantenemos limpia y con el decoro que corresponde? ¿tenemos los ornamentos, libros litúrgicos necesarios para la celebración litúrgica?

R.70. Los socios celebrarán cada día, a ser posible en común, laudes y vísperas. En su lugar se podrán rezar, según convenga, otras oraciones. Todos los hermanos serán fieles a la celebración diaria de la Eucaristía. (C 88.89)

- ✧ ¿Somos fieles al Oficio Divino según lo que hemos programado?
- ✧ ¿Cuidamos que todos los hermanos dispongan de los textos litúrgicos necesarios?
- ✧ ¿Oramos el Oficio Divino con tranquilidad?
- ✧ ¿Incidirá la celebración de la Eucaristía en nuestra vida fraterna y apostólica?
- ✧ ¿Nuestra vida fraterna y apostólica está presente en la celebración de la Eucaristía?
- ✧ ¿Todos los hermanos tienen la posibilidad de participar diariamente en la Eucaristía?
- ✧ ¿Celebramos como comunidad la Adoración al Santísimo Sacramento?

R.71. Los socios harán todos los días en común media hora por lo menos de meditación y algún tiempo de lectura espiritual. Corresponde a la comunidad local favorecer la variedad de formas y animar a los hermanos en su deber. (C 93)

- ✧ ¿Somos fieles a la meditación?
- ✧ ¿Cuidamos la Lectura Espiritual?
- ✧ ¿Hemos procurado disponer de los textos que nos ayuden a crecer en nuestra vida espiritual, tanto para la Meditación como la Lectura Espiritual?
- ✧ ¿No hemos distribuido responsabilidades para una buena realización de la Meditación y Lectura Espiritual? ¿hemos sido fieles en su cumplimiento?

R.72. La comunidad destinará tres horas por lo menos al retiro mensual, y un día entero, convenientemente preparado, al retiro trimestral. Los socios harán anualmente seis días de ejercicios espirituales, según las modalidades establecidas por el capítulo inspectorial; los concluirán renovando los compromisos de la profesión religiosa. (C 91)

- ✧ ¿Nos damos el tiempo necesario para realizar nuestros retiro mensual y trimestral?
- ✧ ¿Cuidamos la realización de los retiros mensuales y trimestrales con subsidios adecuados, esmerada preparación de la liturgia, momentos de silencio, momentos de reflexión comunitaria?
- ✧ ¿Hemos sido fieles a la programación de los retiros mensuales y trimestrales?
- ✧ ¿Cuidamos que cada hermanos pueda participar con tranquilidad en los Ejercicios Espirituales anuales? ¿Le reemplazamos en sus compromisos pastorales?
- ✧ ¿Facilitamos en nuestros retiros la celebración del Sacramento de la Reconciliación?
- ✧ ¿Realizamos celebraciones penitenciales comunitarias?

R.73. Según la tradición salesiana y las enseñanzas de la Iglesia, el viernes será, para los socios, día de penitencia comunitaria. Durante la cuaresma, establezca la comunidad alguna práctica comunitaria de mortificación que le ayude a prepararse a la Pascua y le disponga a compartir más intensamente con los pobres. (C 90)

- ✧ ¿Hemos acordado una penitencia comunitaria para el día viernes?
- ✧ ¿Hemos asumido comunitariamente una penitencia para la Cuaresma?
- ✧ ¿Hemos tenido como criterio fundamental el Mandamiento del amor?
- ✧ ¿Hemos sido fieles en el compromiso penitencial asumido?

R.74. Además del rosario, con el que María enseña a sus hijos el modo de unirse a los misterios de Cristo, algunos otros signos de unidad en nuestra devoción mariana son: la conmemoración mensual, la oración diaria que concluye la meditación y el empleo frecuente de la bendición de María Auxiliadora. Las modalidades de tales prácticas las establecerá el directorio inspectorial.

Los hermanos, individual y comunitariamente, sientan el deber de difundir con celo la devoción a María Auxiliadora y de fomentar, donde sea posible, la asociación de los devotos de María Auxiliadora. (C 92)

- ✧ ¿Rezamos el Santo Rosario como comunidad, al menos semanalmente?
- ✧ ¿Tenemos presente la celebración del 24 de cada mes?
- ✧ ¿Cuidamos las celebraciones marianas en nuestra comunidad y servicio pastoral?
- ✧ ¿Qué acciones de difusión de la devoción a María Auxiliadora estamos llevando adelante?

- ✧ ¿Cuidamos el acompañamiento de ADMA?
- ✧ ¿Rezamos diariamente la Oración de Consagración a María Auxiliadora?
- ✧ ¿Mantenemos la tradición de la bendición del Señor por intercesión de la Virgen Auxiliadora? ¿cuidamos su difusión?

R.75. El último día de cada mes hágase conmemoración de nuestro Padre Don Bosco. Celébrense como aniversarios de familia las fiestas de nuestros santos y beatos. Cultívese la devoción a nuestros siervos de Dios. (C 9.21.)

- ✧ ¿Somos fieles a la conmemoración de Don Bosco el último día del mes?
- ✧ ¿Oramos en ese día especialmente por nuestra vocación y el aumento de vocaciones para nuestra Congregación, Familia Salesiana, Iglesia?
- ✧ ¿Cuidamos la celebración de nuestros Santos?

R.76. Los salesianos demostrarán su amor y gratitud a los hermanos, parientes y bienhechores llamados por Dios a la eternidad, con sufragios personales y comunitarios.

En particular:

1. cuando muere un hermano o novicio, en la comunidad a la que pertenecía se celebrarán treinta misas, y una en cada casa de la inspectoría;
2. cuando muere un Rector Mayor en el cargo o emérito, además de las treinta misas, se celebrará una en cada casa de la Congregación;
3. cuando mueren los padres de un hermano, se celebrarán diez misas en la casa a la que pertenece el hermano.

4. cada año:

- ✓ por los hermanos difuntos, todos los sacerdotes celebrarán la misa el día siguiente a la solemnidad litúrgica de san Juan Bosco; además, el inspector hará celebrar una misa en cada tanda de ejercicios espirituales;
- ✓ por los padres difuntos de los hermanos, se celebrará una misa en cada casa el 25 de noviembre, aniversario de la muerte de mamá Margarita;
- ✓ por los difuntos bienhechores o miembros de la familia salesiana, se celebrará una misa en cada comunidad el 13 de noviembre. (C 94)

- ✧ ¿Cuidamos la oración por nuestros difuntos según establecen nuestras Constituciones y Reglamentos?
- ✧ ¿Recordamos a nuestros difuntos en la oración diaria?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. Como Don Bosco, vivamos en unión con Dios

1. Motivación

Todos hemos escuchado alguna vez que en el proceso de beatificación de Don Bosco se le cuestionó su vida de oración. Con su gran actividad, no era posible que rezara y sin embargo los testigos lo definen como un hombre de oración, como la unión con Dios ¿Cuándo no rezaba Don Bosco? Su oración era sencilla, sin grandes gestos exteriores, pero presente en todo momento. Pidámosle al Señor, por intercesión de nuestro Padre y Maestro, que haga también de nosotros, hombre en permanente comunión con Él, para que podamos ser signos de su amor para los jóvenes y todos los que se encuentren con nosotros.

canto: Salve Don Bosco Santo

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo de la vida hecha oración,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 15. La Oración: escoger a Dios como único Dios

La oración nos lleva a elegir a Dios como nuestro único Dios, nuestro único bien. Por esta elección, el corazón humano se satisface plenamente y experimenta la gloria.

Antífona: El Señor es mi pastor

Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti;
yo digo al Señor: «Tú eres mi bien.»
Los dioses y señores de la tierra
no me satisfacen.

Multiplican las estatuas
de dioses extraños;
no derramaré sus libaciones con mis manos,
ni tomaré sus nombres en mis labios.

El Señor es mi heredad y mi copa;
mi suerte está en tu mano:
me ha tocado un lote hermoso,
me encanta mi heredad.

Bendeciré al Señor, que me aconseja,
hasta de noche me instruye internamente.
Tengo siempre presente al Señor,
con él a mi derecha no vacilaré.

Por eso se me alegra el corazón,
se gozan mis entrañas,
y mi carne descansa serena.
Porque no me entregarás a la muerte,
ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción.

Me enseñarás el sendero de la vida,
me saciarás de gozo en tu presencia,
de alegría perpetua a tu derecha.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: El Señor es mi pastor

Salmo 14. Oración y acción

La oración y la contemplación son inseparables, dos movimientos de un corazón que goza permanentemente de la presencia del Señor: Entra en la casa de Dios que Él hará su voluntad.

Antífona: El alma del justo cantará por siempre

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que procede honradamente

y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

S. El que no retracta lo que juró
aún en daño propio,
el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.
El que así obra nunca fallará.

A. Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: El alma del justo cantará por siempre

Salmo 61. Orar y desear

La oración y es búsqueda continua, día y noche, en las acciones de cada momento, del amor del Señor. La oración se vuelve victoria, cuando experimentamos ese amor, y lo proclamamos con nuestra vida, a los demás.

Antífona: Mi alma tiene sed del Dios viviente

¡Oh Dios!, tú eres mi Dios, por ti madrugo,
mi alma está sedienta de ti;
mi carne tiene ansia de ti,
como tierra reseca, agostada, sin agua.

¡Cómo te contemplaba en el santuario
viendo tu fuerza y tu gloria!
Tu gracia vale más que la vida,
te alabarán mis labios.

Toda mi vida te bendeciré
y alzaré las manos invocándote.
Me saciaré de manjares exquisitos,
y mis labios te alabarán jubilosos.

En el lecho me acuerdo de ti
y velando medito en ti,
porque fuiste mi auxilio,
y a la sombra de tus alas canto con júbilo;
mi alma está unida a ti,
y tu diestra me sostiene.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Mi alma tiene sed del Dios viviente

4. Palabra de Dios

De la Primera carta a los cristianos de Tesalónica (5, 16-26)

Estén siempre alegres. Oren sin cesar. Den gracias a Dios en toda ocasión: esto es lo que Dios quiere de todos ustedes, en Cristo Jesús. No extingan la acción del Espíritu; no desprecien las profecías; examínenlo todo y quédense con lo bueno. Cuídense del mal en todas sus formas.

Que el Dios de la paz los santifique plenamente, para que ustedes se conserven irreprochables en todo su ser –espíritu, alma y cuerpo– hasta la Venida de nuestro Señor Jesucristo. El que los llama es fiel, y así lo hará.

Hermanos, rueguen también por nosotros. Saluden a todos los hermanos con un beso santo.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Preces

- P.** Don Bosco es para nosotros un modelo de hombre de oración. Oremos juntos al Señor, para que nos regale un corazón disponible a seguir el ejemplo de nuestro Padre.
- L.** Su vida era Jesucristo. Sus secretarios le vieron empezar siempre el trabajo con una intensa elevación de la mente a Dios. Mientras pudo y se lo permitieron las fuerzas, rezaba juntamente con los muchachos las oraciones de la noche, de rodillas sobre el duro pavimento de los pórticos, con el cuerpo recto, y si veía que algún muchacho no hacía bien la señal de la cruz no dejaba de advertírselo. Hasta las cortas plegarias, que se solían hacer antes y después de comer, las recitaba con gran compostura. Muchas veces, escribe don Miguel Rúa, le sorprendí recogido en oración en los cortos instantes en que se encontraba solo, necesitado de un poco de descanso. El mismo dijo un día a cierto hermano, con el que tenía mucha confianza: -A veces no puedo atender normalmente a la lectura espiritual, y entonces, antes de acostarme, de rodillas en el suelo, releo o al menos recuerdo despaciosamente algunos versículos de la Imitación de Cristo. En fin, con el espíritu y el corazón fijos en Jesús Sacramentado, vivía en continua plegaria. (MBe IV, 354).

Momento de reflexión en silencio

- A.** Padre, tu Espíritu a guiado a Don Bosco
a vivir en unión contigo en una continua oración,
y le has dado la capacidad de leer
los acontecimientos de la vida con un espíritu nuevo.
Danos también a nosotros tu Espíritu,
para que vivamos constantemente en tu presencia
y testimoniemos a los jóvenes la alegría de tu cercanía.
- L.** Hubo personas piadosas, y hasta religiosas, a quienes no parecían oportunas tantas funciones religiosas y objetaban tener razón para temer que los chiquillos llegaran a aburrirse de ellas. Pero don Bosco respondía siempre lo mismo: Di el nombre de Oratorio a esta casa para indicar muy claramente que nos apoyamos sobre el poder de la oración, y se reza el santo rosario porque, desde el primer momento, me coloqué, a mí mismo y a mis muchachos, bajo la protección de la Santísima Virgen. Por otra parte, había sabido poner tal variedad en estas prácticas, que la turba de muchachos no daba muestra de aburrimiento. (MBe III, 94).

Momento de reflexión en silencio

- A.** Señor,
ayúdanos a comprender de verdad
la enseñanza de Don Bosco,
y hacer de nuestras casas

un lugar de alegría y oración,
y confiar plenamente en tu poder
y en la protección de la Virgen.

- L. El apoyaba su educación cristiana en la oración, que practicó siempre con gran fervor, convirtiéndose en modelo constante y ejemplar de las almas. Sus apremiantes ocupaciones no le permitían entregarse a ella muchas horas al día; pero puede decirse que la que hacía era perfecta. Su compostura recogida y devota transparentaba su fe. No dejaba nunca de celebrar la santa misa, ni siquiera cuando estaba enfermo. Rezaba regularmente el breviario. Oraba varias veces al día por sí mismo, por las almas que le habían sido confiadas y particularmente por sus penitentes. Los que entraban en su habitación le encontraban muchas veces rezando con el rosario en la mano. Cuando rezaba en alta voz, pronunciaba las palabras con una especie de vibración amorosa, que daba a entender cómo salían de un corazón inflamado de amor y de una alma que poseía el gran don de sabiduría. (MBe III, 18).

Momento de reflexión en silencio

- A. Reconocemos Padre,
que es necesario dar tiempo a la oración
aún en medio de tantas preocupaciones.
Haznos fieles en tu búsqueda;
y que tu Espíritu nos ayude a descubrir
tu presencia en cada tarea que realizamos
y en cada lugar donde nos encontremos.

- L. Insistía también mucho en que, mientras los muchachos estaban reunidos para las oraciones en común, nadie estuviese de recreo o conversando o paseando por el patio o por el pórtico. Quería que todos los clérigos y sacerdotes fueran a rezar las oraciones con los muchachos o se retirase a la iglesia o a su habitación, y el obrar de otro modo lo consideraba como un escándalo que se debía evitar a toda costa. (MBe VI, 139).

Momento de reflexión en silencio

- A. Padre
nos llamas a ser apóstoles siempre,
también cuando rezamos.
Ayúdanos a tener un auténtico espíritu de oración,
para que los jóvenes experimente la alegría y la paz
frutos del diálogo contigo.

L. Oraba varias veces al día por sí mismo, por las almas que le habían sido confiadas y particularmente por sus penitentes. (MBe III, 18).

Momento de reflexión en silencio

A. Señor,
abre nuestros ojos
para que sepamos ver la realidad de los jóvenes;
danos un corazón grande como el de Don Bosco,
porque solamente entonces
tendremos presentes a quienes somos enviados
en nuestra oración
y en nuestro trabajo.

A. Padre
nos llamas a ser apóstoles siempre,
también cuando rezamos.
Ayúdanos a tener un auténtico espíritu de oración,
para que los jóvenes experimente la alegría y la paz
frutos del diálogo contigo.

L. Exigía perfecto silencio después de las oraciones de la noche hasta la mañana siguiente después de la santa misa. Tenía este silencio por muy necesario para que los ánimos, no distraídos, pudieran alcanzar todo el fruto de la oración (MBe VI, 139). Don Ascanio Savio estaba persuadido de que don Bosco se pasaba en vela muchas horas de la noche y, a veces la noche entera, entregado a la oración. (MBe III, 452).

Momento de reflexión en silencio

A. Señor Jesús,
Tú que enseñaste a Don Bosco
a encontrarte en la oración solitaria,
para recibir tu luz y fuerza
en su misión de apóstol de los jóvenes,
ayúdanos a buscarte y encontrarte
en la oración silenciosa e íntima
para que, en la comunión contigo
encontremos la alegría de ser salesianos
que entregan su vida por los jóvenes.

8. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra en la oración, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y por llamarnos a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

9. Padre nuestro

P. Don Ascanio Savio afirma que Don Bosco "cuando decía las oraciones en común, pronunciaba con un gusto especial las palabras Padre nuestro, que estás en los cielos; y su voz, destacándose por encima de las de los muchachos, adquiría en aquel momento un sonido armonioso e indefinible, que enternecía a los que le oían". (MBe III, 452).

Buscando imitar a Don Bosco, digamos desde lo más profundo de nuestro corazón: Padre nuestro...

P. Padre,

visita esta comunidad reunida
en el deseo sincero de aprender a orar
como Jesús y como Don Bosco.
Haz que encuentre lo que busca
para vivir la pasión por tu Reino.
Por Jesucristo nuestro Señor.

10. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.

Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. Señor, enséñanos a orar

1. Motivación

Los discípulos veían a Jesús que se comunicaba con su Padre, y quisieron también ellos tener esa experiencia de intimidad. Ese es también nuestro deseo, poder decirle al Padre Abba, y amarle con todo el corazón, encontrando en el diálogo con Él toda la seguridad que un hijo puede experimentar en los brazos de su Padre. Sentir, la necesidad de comunicar a los jóvenes esta experiencia y ser, de este modo, para ellos, signos y portadores del amor del Señor, como lo fue Don Bosco.

canto:

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a vivir en su intimidad,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 26. Una experiencia que da seguridad y paz

Oren y busquen el rostro del Señor, entren en su tienda. Quien se aventura a hacerlo, encuentra la luz, la bondad y la salvación. Una experiencia que se transforma en deseo, coraje, seguridad, compromiso.

Antífona: Dios es mi luz y mi salvación. Cantemos al Señor

El Señor es mi luz y mi salvación,
¿a quién temeré?
El Señor es la defensa de mi vida,
¿quién me hará temblar?

Cuando me asaltan los malvados
para devorar mi carne,

ellos, enemigos y adversarios,
tropiezan y caen.

Si un ejército acampa contra mí,
mi corazón no tiembla;
si me declaran la guerra,
me siento tranquilo.

Una cosa pido al Señor,
eso buscaré:
habitar en la casa del Señor
por los días de mi vida;
gozar de la dulzura del Señor
contemplando su templo.

Él me protegerá en su tienda
el día del peligro;
me esconderá en lo escondido de su morada,
me alzaré sobre la roca;

y así levantaré la cabeza
sobre el enemigo que me cerca;
en su tienda sacrificaré
sacrificios de aclamación:
cantaré y tocaré para el Señor.

Escúchame, Señor, que te llamo;
ten piedad, respóndeme.

Oigo en mi corazón: «Buscad mi rostro.»
Tu rostro buscaré, Señor,
no me escondas tu rostro.

No rechaces con ira a tu siervo,
que tú eres mi auxilio;
no me deseches, no me abandones,
Dios de mi salvación.

Si mi padre y mi madre me abandonan,
el Señor me recogerá.

Señor, enséñame tu camino,
guíame por la senda llana,
porque tengo enemigos.

No me entregues a la saña de mi adversario,
porque se levantan contra mí testigos falsos,
que respiran violencia.

Espero gozar de la dicha del Señor
en el país de la vida.

Espera en el Señor, sé valiente,
ten ánimo, espera en el Señor

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Dios es mi luz y mi salvación. Cantemos al Señor

Salmo 41. Una experiencia que da sentido a la vida

La experiencia de la oración es capaz de alumbrar toda nuestra vida, aún en los momentos de mayor tiniebla. Como el piadoso israelita el cristiano revive aquellos momentos de intimidad y ve renacer su confianza y coraje.

Antífona: Eres mi luz, eres mi vida, Señor.

S.1 Como busca la cierva
corrientes de agua,
así mi alma te busca
a ti, Dios mío;

S. 2 tiene sed de Dios,
del Dios vivo:
¿cuándo entraré a ver
el rostro de Dios?

S.1 Las lágrimas son mi pan
noche y día,
mientras todo el día me repiten:
«¿Dónde está tu Dios?»

S.2 Recuerdo otros tiempos,
y mi alma desfallece de tristeza:
cómo marchaba a la cabeza del grupo,
hacia la casa de Dios,
entre cantos de júbilo y alabanza,
en el bullicio de la fiesta.

A. ¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?

Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío.»

S.1 Cuando mi alma se acongoja,
te recuerdo,
desde el Jordán y el Hermón
y el Monte Menor.

S.2 Una sima grita a otra sima
con voz de cascadas:
tus torrentes y tus olas
me han arrollado.

S.1 De día el Señor
me hará misericordia,
de noche cantaré la alabanza
del Dios de mi vida.

S.2 Diré a Dios: Roca mía,
¿por qué me olvidas?
¿Por qué voy andando sombrío,
hostigado por mi enemigo?

S.1 Se me rompen los huesos
por las burlas del adversario;
todo el día me preguntan:
«¿Dónde está tu Dios?»

A. ¿Por qué te acongojas, alma mía,
por qué te me turbas?
Espera en Dios, que volverás a alabarlo:
«Salud de mi rostro, Dios mío.».
Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Eres mi luz, eres mi vida, Señor.

4. Palabra de Dios

De la carta de San Pablo a los Filipenses (4, 4-9)

Alégrense siempre en el Señor. Vuelvo a insistir, alégrense. Que la bondad de ustedes sea conocida por todos los hombres. El Señor está cerca. No se angustien por nada, y en cualquier circunstancia, recurran a la oración y a la súplica, acompañadas de acción de gracias, para presentar sus peticiones a Dios. Entonces la paz de Dios, que supera todo lo que podemos pensar, tomará bajo su cuidado los corazones y los pensamientos de ustedes en Cristo Jesús.

En fin, mis hermanos, todo lo que es verdadero y noble, todo lo que es justo y puro, todo lo que es amable y digno de honra, todo lo que haya de virtuoso y merecedor de alabanza, debe ser el objeto de sus pensamientos. Pongan en práctica lo que han aprendido y recibido, lo que han oído y visto en mí, y el Dios de la paz estará con ustedes.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Preces

P. La oración cristiana es un don de Dios, pero también es fruto de enseñanza. Así como la ha dado a Don Bosco, así también el Padre nos regala el don de su intimidad, para que en esta experiencia encontremos la motivación, contenido y fuerza para nuestro trabajo apostólico. Digamos juntos: Señor, enséñanos a orar.

L. Padre, tú has confiado a don Bosco la misión de ser ministro de Jesucristo entre los jóvenes, y él con celo infatigable les anunció tu Palabra, obrando siempre como sacerdote, para hacer de sus jóvenes una ofrenda agradable y santificada por tu Espíritu.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Has dado a Don Bosco la pureza y simplicidad del corazón; su oración ha sido la de un hijo que goza de la comunicación con su Padre. Es por eso que pudo ser maestro de oración para sus salesianos y jóvenes. Una oración sencilla, espontánea, llena de confianza y alegría.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Has hecho crecer a Don Bosco en una fe concreta y existencial, que lo llevó a descubrirte presente en las realidades de cada día, y lo empujó a un trabajo constante por liberar a todos los jóvenes aprisionados por el pecado.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Por medio de Don Bosco, tú nos enseñas que la oración nos hace alegres, contentos de nuestra vocación, en armonía con todos, fuertes para rechazar las tentación.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Has suscitado en Don Bosco la necesidad de ganar a los jóvenes para tu Reino; le has dado la "oración del comerciante", que sólo piensa en ti y encuentra en todo momento la oportunidad para encontrarse contigo.

A. Señor, enséñanos a orar.

L. Desde su infancia le indicaste a María como Madre, Auxiliadora, Fundadora y Sostén de su obras; de Ella adquirió un vivo sentido de Iglesia y un ardiente celo apostólico contra el pecado y contra una visión del hombre contraria a las Bienaventuranzas y al mandamiento Nuevo.

A. Señor, enséñanos a orar.

8. Padre nuestro

P. Con la simplicidad de Don Bosco, fruto de su fe profunda, oramos juntos al Padre, dador de todo bien.

A. Padre nuestro...

P. Padre,
mira nuestra disponibilidad
y deseo de aprender a orar.
No nos dejes solos
sino envíanos tu Espíritu
para que vivifique nuestros corazones,
y haga de nuestra oración,
el diálogo de hijos que buscan tu Reino.
Por Jesucristo nuestro Señor.

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.

Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;

no desoigas las oraciones

que te dirigimos en nuestras necesidades;

antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo, y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE: NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. PADRES DE LA IGLESIA	6
3. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	9
Sacrosanctum Concilium	9
Perfectae Caritatis	9
Mutuae relationes	10
Dimensión contemplativa de la vida religiosa	10
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa	11
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	12
La vida fraterna en comunidad	15
Caminar desde Cristo	17
Ecclesia in America (Juan Pablo II)	21
Encíclica Deus Caritas Est (Benedicto XVI)	21
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	21
4. MAGISTERIO SALESIANO	22
Don Bosco.....	22
Capítulos Generales.....	25
Capítulo General 21.....	25
Capítulo General 25.....	27
Capítulo General 26.....	28
Capítulo General 27.....	29
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	30
Rectores Mayores	37
Don Juan Vecchi.....	37
Don Pascual Chávez	52
Ángel Fernández.....	63
SEGUNDA PARTE: REVISION DE VIDA	65
1. Scrutinium personal.....	66
2. Scrutinium Comunitario	75
TERCERA PARTE: CELEBRACIONES LITURGICAS	79

1. Como Don Bosco, vivamos en unión con Dios.....	80
2. Señor, enséñanos a orar.....	90

Scrutinium Paupertatis

Scrutinium Paupertatis

"La comunidad local e inspectorial revise,
con la frecuencia que juzgue más oportuna,
su estado de pobreza
en lo concerniente al testimonio comunitario y a los servicios que presta.
Estudie los medios para una renovación constante". (R 65)

Pobreza es comunicación plena de todo lo que se posee,
de todo lo que se es, de todo lo que se hace.
(CG 21, n. 40)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"Si quieres ser perfecto, le dijo Jesús, ve, vende todo lo que tienes y dalo a los pobres: así tendrás un tesoro en el cielo. Después, ven y sígueme". (Mto. 19, 21)

"Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos". (Mto. 5, 3)

"Mientras iban caminando, alguien le dijo a Jesús: "¡Te seguiré adonde vayas!". 58 Jesús le respondió: "Los zorros tienen sus cuevas y las aves del cielo sus nidos, pero el Hijo del hombre no tiene dónde reclinar la cabeza". (Lc. 9, 57-58)

"Ustedes han recibido gratuitamente, den también gratuitamente. No lleven encima oro ni plata, ni monedas, ni provisiones para el camino, ni dos túnicas, ni calzado, ni bastón; porque el que trabaja merece su sustento". (Mto. 10, 8b-10)

"Al oírlo, Jesús le dijo: "Una cosa te falta todavía: vende todo lo que tienes y distribúyelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo. Después ven y sígueme". (Lc. 18, 22)

"Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades". (Hech. 4, 34-35)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Lumen Gentium

44. "Y como el Pueblo de Dios no tiene aquí ciudad permanente, sino que busca la futura, el estado religioso, por librar mejor a sus seguidores de las preocupaciones terrenas, cumple también mejor, sea la función de manifestar ante todos los fieles que los bienes celestiales se hallan ya presentes en este mundo, sea la de testimoniar la vida nueva y eterna conquistada por la redención de Cristo, sea la de prefigurar la futura resurrección y la gloria del reino celestial. El mismo estado imita más de cerca y representa perennemente en la Iglesia el género de vida que el Hijo de Dios tomó cuando vino a este mundo para cumplir la voluntad del Padre, y que propuso a los discípulos que le seguían. Finalmente, proclama de modo especial la elevación del reino de Dios sobre todo lo terreno y sus exigencias supremas; muestra también ante todos los hombres la soberana grandeza del poder de Cristo glorioso y la potencia infinita del Espíritu Santo, que obra maravillas en la Iglesia. Por consiguiente, el estado constituido por la profesión de los consejos evangélicos, aunque no pertenece a la estructura jerárquica de la Iglesia, pertenece, sin embargo de manera indiscutible, a su vida y santidad".

Perfectae Caritatis

13. "Cultivan con diligencia los religiosos y, si es preciso, expresen con formas nuevas la pobreza voluntaria abrazada por el seguimiento de Cristo, del que, principalmente hoy, constituye un signo muy estimado. Por ella, en efecto, se participa en la pobreza de Cristo, que siendo rico se hizo pobre por nosotros, a fin de enriquecernos con su pobreza.
- Por lo que concierne a la pobreza religiosa, no basta con someterse a los Superiores en el uso de los bienes, sino que es menester que los religiosos sean pobres en la realidad y en el espíritu, teniendo sus tesoros en el cielo.
- Cada cual en su oficio considérese sometido a la ley común del trabajo, y mientras se procura de este modo las cosas necesarias para el sustento y las obras, deseche toda solicitud exagerada y abandónese a la Providencia del Padre, que está en los cielos.
- Las Congregaciones religiosas pueden permitir en sus Constituciones que sus miembros renuncien a los bienes patrimoniales adquiridos o por adquirir.
- Teniendo en cuenta las circunstancias de cada lugar, los mismos Institutos esfuércense en dar testimonio colectivo de pobreza y contribuyan gustosamente con sus bienes a las demás necesidades de la Iglesia y al sustento de los pobres, a quienes todos los religiosos deben amar en las entrañas de Cristo. Las Provincias y las Casas de los Institutos compartan entre sí los bienes materiales, de forma que las que más tengan presten ayuda a las que padecen necesidad.
- Aunque los Institutos tienen derecho a poseer todo lo necesario para su vida temporal y para sus obras, salvas las Reglas y Constituciones, deben, sin embargo, evitar toda apariencia de lujo, de lucro excesivo y de acumulación de bienes".

Redemptionis donum (Juan Pablo II)

13. "¡Qué expresivas son respecto a la pobreza las palabras de la segunda Carta a los Corintios, que constituyen una síntesis concisa de todo lo que sobre este tema escuchamos en el Evangelio! "Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza". Según estas palabras la pobreza entra en la estructura interior de la gracia redentora de Jesucristo. Sin la pobreza es imposible comprender el misterio de la donación de la divinidad al hombre, donación que se ha realizado precisamente en Jesucristo. También por esto, la pobreza se encuentra en el centro mismo del Evangelio al comienzo del mensaje de las ocho bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres de espíritu". La pobreza evangélica abre a los ojos del alma humana la perspectiva de todo el misterio "oculto desde los siglos en Dios". Sólo los que son de este modo "pobres", son a la vez interiormente capaces de comprender la pobreza de Aquel que es infinitamente rico. La pobreza de Cristo encierra en sí esta infinita riqueza de Dios; ella es más bien su expresión infalible. Una riqueza, en efecto, como es la misma Divinidad, no se habría podido expresar adecuadamente en ningún bien creado. Puede expresarse solamente en la pobreza. Por esto, puede ser comprendida de modo justo sólo por los pobres, por los pobres de espíritu. Cristo, Hombre-Dios, es el primero de ellos.

El que "era rico y se ha hecho pobre", no es solamente el maestro, sino también el portavoz y el garante de aquella pobreza salvífica, que corresponde a la riqueza infinita de Dios y al poder inagotable de su gracia.

Es pues verdad —como escribe el Apóstol— que "por su pobreza somos ricos". Es el maestro y el portavoz de la pobreza que enriquece. Precisamente por esto dice al joven en los Evangelios sinópticos: "Vende cuanto tienes... dalo... y tendrás un tesoro en los cielos". Se da en estas palabras una llamada para enriquecer a los demás a través de la propia pobreza; pero en el interior de esta llamada está escondido el testimonio de la infinita riqueza de Dios que, transferida al alma humana mediante el misterio de la gracia, crea en el mismo hombre, precisamente a través de la pobreza, un manantial para enriquecer a los demás no comparable con cualquier otra clase de bienes materiales; un manantial para enriquecer a los demás a semejanza de Dios mismo. Esta dádiva se da en el ámbito del misterio de Cristo, que "nos ha hecho ricos con su pobreza". Vemos cómo este proceso de enriquecimiento se desarrolla en las páginas del Evangelio, encontrando su punto culminante en la pascua: Cristo, el más pobre, con su muerte en la Cruz, es a la vez, el que nos enriquece infinitamente con la plenitud de la Vida nueva, mediante la resurrección.

Queridos Hermanos y Hermanas, pobres de espíritu mediante la profesión evangélica: mantened a lo largo de vuestra vida este perfil salvífico de la pobreza de Cristo. Buscad día tras día su madurez cada vez mayor. Buscad sobre todo "el reino y su justicia" y lo demás "se os dará por añadidura". Que en vosotros y por medio vuestro se realice la bienaventuranza evangélica reservada a los pobres, a los pobres de espíritu".

Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa

20. " El consejo evangélico de la pobreza a imitación de Cristo, exige una vida pobre de hecho y de espíritu, sujeta al trabajo, sobria y desprendida de los bienes materiales. La profesión por voto lleva consigo para el religioso la dependencia y limitación en el uso y disposición de los bienes temporales, en conformidad con el derecho propio del instituto (c. 600)".
21. "Por el voto de pobreza, los religiosos renuncian al libre uso y disposición de los bienes que tienen valor material. Antes de la primera profesión, ceden la administración de sus bienes a quien lo deseen y, a menos que las constituciones determinen otra cosa, disponen libremente de su uso y usufructo (c. 668 § 1). Todo lo que el religioso adquiere con su propio trabajo, por donación o en cuanto religioso, es adquirido para el instituto; todo lo adquirido a modo de pensión, subsidio o seguro, es también adquirido para el instituto, a no ser que el derecho propio establezca otra cosa (c. 668 § 3)".

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

89. "Otra provocación está hoy representada por un materialismo ávido de poseer, desinteresado de las exigencias y los sufrimientos de los más débiles y carente de cualquier consideración por el mismo equilibrio de los recursos de la naturaleza. La respuesta de la vida consagrada está en la profesión de la pobreza evangélica, vivida de maneras diversas, y frecuentemente acompañada por un compromiso activo en la promoción de la solidaridad y de la caridad. ¡Cuántos Institutos se dedican a la educación, a la instrucción y formación profesional, preparando a los jóvenes y a los no tan jóvenes para ser protagonistas de su futuro! ¡Cuántas personas consagradas se desgastan sin escatimar esfuerzos en favor de los últimos de la tierra! ¡Cuántas se afanan en formar a los futuros educadores y responsables de la vida social, de tal modo que éstos se comprometan en la supresión de las estructuras opresivas y a promover proyectos de solidaridad en favor de los pobres! Estas personas consagradas luchan para vencer el hambre y sus causas, animando las actividades del voluntariado y de las organizaciones humanitarias, y sensibilizando a los organismos públicos y privados para propiciar así una equitativa distribución de las ayudas internacionales. Mucho deben las naciones a estos agentes emprendedores de la caridad que, con su incansable generosidad, han dado y siguen dando una significativa aportación a la humanización del mundo".
90. "En realidad, antes aún de ser un servicio a los pobres, la pobreza evangélica es un valor en sí misma, en cuanto evoca la primera de las Bienaventuranzas en la imitación de Cristo pobre. Su primer significado, en efecto, consiste en dar testimonio de Dios como la verdadera riqueza del corazón humano. Pero justamente por esto, la pobreza evangélica contesta energicamente la idolatría del dinero, presentándose como voz profética en una sociedad que, en tantas zonas del mundo del bienestar, corre el peligro de perder el sentido de la medida y hasta el significado mismo de las cosas. Por este motivo, hoy más que en otros tiempos, esta voz atrae la atención de aquellos que, conscientes de los limitados recursos de nuestro planeta, propugnan el respeto y la defensa de la naturaleza creada mediante la reducción del consumo, la sobriedad y una obligada moderación de los propios apetitos. Se pide a las personas consagradas, pues, un nuevo y decidido testimonio evangélico de abnegación y de sobriedad, un estilo de vida fraterna inspirado en criterios de sencillez y de hospitalidad, para que sean así un ejemplo también para todos los que permanecen indiferentes ante las necesidades del prójimo. Este testimonio acompañará naturalmente el amor preferencial por los pobres, y se manifestará de manera especial en el compartir las condiciones de vida de los más desheredados. No son pocas las comunidades que viven y trabajan entre los pobres y los marginados, compartiendo su condición y participando de sus sufrimientos, problemas y peligros. Páginas importantes de la historia de la solidaridad evangélica y de la entrega heroica han sido escritas por personas consagradas en estos años de cambios profundos y de grandes injusticias, de esperanzas y desilusiones, de importantes conquistas y de amargas derrotas. Otras páginas no menos significativas han sido y están siendo escritas aún hoy por innumerables personas consagradas que viven plenamente su vida « oculta con Cristo en Dios » (Col 3, 3) para la salvación del mundo, bajo el signo de la gratuidad, de la entrega de la propia vida a causas poco reconocidas y aún menos vitoreadas. A través de estas formas, diversas y complementarias, la vida consagrada participa de la

extrema pobreza abrazada por el Señor, y desempeña su papel específico en el misterio salvífico de su encarnación y de su muerte redentora".

Redemptionis donum (Juan Pablo II)

12. ¡Qué expresivas son respecto a la pobreza las palabras de la segunda Carta a los Corintios, que constituyen una síntesis concisa de todo lo que sobre este tema escuchamos en el Evangelio! "Pues conocéis la gracia de nuestro Señor Jesucristo, que, siendo rico, se hizo pobre por amor nuestro, para que vosotros fueseis ricos por su pobreza". Según estas palabras la pobreza entra en la estructura interior de la gracia redentora de Jesucristo. Sin la pobreza es imposible comprender el misterio de la donación de la divinidad al hombre, donación que se ha realizado precisamente en Jesucristo. También por esto, la pobreza se encuentra en el centro mismo del Evangelio al comienzo del mensaje de las ocho bienaventuranzas: "Bienaventurados los pobres de espíritu". La pobreza evangélica abre a los ojos del alma humana la perspectiva de todo el misterio "oculto desde los siglos en Dios". Sólo los que son de este modo "pobres", son a la vez interiormente capaces de comprender la pobreza de Aquel que es infinitamente rico. La pobreza de Cristo encierra en sí esta infinita riqueza de Dios; ella es más bien su expresión infalible. Una riqueza, en efecto, como es la misma Divinidad, no se habría podido expresar adecuadamente en ningún bien creado. Puede expresarse solamente en la pobreza. Por esto, puede ser comprendida de modo justo sólo por los pobres, por los pobres de espíritu. Cristo, Hombre-Dios, es el primero de ellos. El que "era rico y se ha hecho pobre", no es solamente el maestro, sino también el portavoz y el garante de aquella pobreza salvífica, que corresponde a la riqueza infinita de Dios y al poder inagotable de su gracia.

Es pues verdad —como escribe el Apóstol— que "por su pobreza somos ricos". Es el maestro y el portavoz de la pobreza que enriquece. Precisamente por esto dice al joven en los Evangelios sinópticos: "Vende cuanto tienes... dalo... y tendrás un tesoro en los cielos". Se da en estas palabras una llamada para enriquecer a los demás a través de la propia pobreza; pero en el interior de esta llamada está escondido el testimonio de la infinita riqueza de Dios que, transferida al alma humana mediante el misterio de la gracia, crea en el mismo hombre, precisamente a través de la pobreza, un manantial para enriquecer a los demás no comparable con cualquier otra clase de bienes materiales; un manantial para enriquecer a los demás a semejanza de Dios mismo. Esta dádiva se da en el ámbito del misterio de Cristo, que "nos ha hecho ricos con su pobreza". Vemos cómo este proceso de enriquecimiento se desarrolla en las páginas del Evangelio, encontrando su punto culminante en la pascua: Cristo, el más pobre, con su muerte en la Cruz, es a la vez, el que nos enriquece infinitamente con la plenitud de la Vida nueva, mediante la resurrección.

Queridos Hermanos y Hermanas, pobres de espíritu mediante la profesión evangélica: mantened a lo largo de vuestra vida este perfil salvífico de la pobreza de Cristo. Buscad día tras día su madurez cada vez mayor. Buscad sobre todo "el reino y su justicia" y lo demás "se

os dará por añadidura". Que en vosotros y por medio vuestro se realice la bienaventuranza evangélica reservada a los pobres, a los pobres de espíritu.

La vida fraterna en comunidad

44. "La pobreza, o sea, la comunicación de bienes -incluso de los bienes espirituales-, ha sido desde el principio la base misma de la comunión fraterna. La pobreza de cada uno, que implica un estilo de vida sencillo y austero, no sólo libera de las preocupaciones inherentes a los bienes personales, sino que siempre ha enriquecido a la comunidad, que ha podido, de este modo, dedicarse más eficazmente al servicio de Dios y de los pobres.

La pobreza incluye la dimensión económica. Poder disponer del dinero como si fuese propio, sea para sí mismo, sea para los propios familiares, llevar un estilo de vida muy diverso del resto de los hermanos y de la sociedad pobre en la que con frecuencia se vive, son cosas que lesionan y debilitan la vida fraterna.

También la «pobreza de espíritu», la humildad, la sencillez, el reconocimiento de los dones de los otros, el aprecio de las realidades evangélicas, como «la vida escondida con Cristo en Dios», la estima por el sacrificio oculto, la valoración de los postergados, la dedicación a tareas no retribuidas ni reconocidas..., son otros tantos aspectos unitivos de la vida fraterna realizados por la pobreza profesada.

Una comunidad de «pobres» es capaz de ser solidaria con los pobres y de manifestar cuál es el corazón de la evangelización, porque presenta, en concreto, la fuerza transformadora de las bienaventuranzas".

Caminar desde Cristo

22. Los votos con que los consagrados se comprometen a vivir los consejos evangélicos confieren toda su radicalidad a la respuesta de amor. La virginidad ensancha el corazón en la medida del amor de Cristo y les hace capaces de amar como Él ha amado. La pobreza les hace libres de la esclavitud de las cosas y necesidades artificiales a las que empuja la sociedad de consumo, y les hace descubrir a Cristo, único tesoro por el que verdaderamente vale la pena vivir. La obediencia pone la vida enteramente en sus manos para que la realice según el diseño de Dios y haga una obra maestra. Se necesita el valor de un seguimiento generoso y alegre.

Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)

198. Para la Iglesia la opción por los pobres es una categoría teológica antes que cultural, sociológica, política o filosófica. Dios les otorga «su primera misericordia»[163]. Esta preferencia divina tiene consecuencias en la vida de fe de todos los cristianos, llamados a tener «los mismos sentimientos de Jesucristo» (Flp 2,5). Inspirada en ella, la Iglesia hizo una

opción por los pobres entendida como una «forma especial de primacía en el ejercicio de la caridad cristiana, de la cual da testimonio toda la tradición de la Iglesia»[164]. Esta opción —enseñaba Benedicto XVI— «está implícita en la fe cristológica en aquel Dios que se ha hecho pobre por nosotros, para enriquecernos con su pobreza»[165]. Por eso quiero una Iglesia pobre para los pobres. Ellos tienen mucho que enseñarnos. Además de participar del *sensus fidei*, en sus propios dolores conocen al Cristo sufriente. Es necesario que todos nos dejemos evangelizar por ellos. La nueva evangelización es una invitación a reconocer la fuerza salvífica de sus vidas y a ponerlos en el centro del camino de la Iglesia. Estamos llamados a descubrir a Cristo en ellos, a prestarles nuestra voz en sus causas, pero también a ser sus amigos, a escucharlos, a interpretarlos y a recoger la misteriosa sabiduría que Dios quiere comunicarnos a través de ellos.

8. Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad. Llegamos a ser plenamente humanos cuando somos más que humanos, cuando le permitimos a Dios que nos lleve más allá de nosotros mismos para alcanzar nuestro ser más verdadero. Allí está el manantial de la acción evangelizadora. Porque, si alguien ha acogido ese amor que le devuelve el sentido de la vida, ¿cómo puede contener el deseo de comunicarlo a otros?

Encíclica *Laudato Si* (Francisco)

93. Hoy creyentes y no creyentes estamos de acuerdo en que la tierra es esencialmente una herencia común, cuyos frutos deben beneficiar a todos. Para los creyentes, esto se convierte en una cuestión de fidelidad al Creador, porque Dios creó el mundo para todos. Por consiguiente, todo planteo ecológico debe incorporar una perspectiva social que tenga en cuenta los derechos fundamentales de los más postergados. El principio de la subordinación de la propiedad privada al destino universal de los bienes y, por tanto, el derecho universal a su uso es una «regla de oro» del comportamiento social y el «primer principio de todo el ordenamiento ético-social». La tradición cristiana nunca reconoció como absoluto o intocable el derecho a la propiedad privada y subrayó la función social de cualquier forma de propiedad privada. San Juan Pablo II recordó con mucho énfasis esta doctrina, diciendo que «Dios ha dado la tierra a todo el género humano para que ella sustente a todos sus habitantes, sin excluir a nadie ni privilegiar a ninguno». Son palabras densas y fuertes. Remarcó que «no sería verdaderamente digno del hombre un tipo de desarrollo que no respetara y promoviera los derechos humanos, personales y sociales, económicos y políticos, incluidos los derechos de las naciones y de los pueblos». Con toda claridad explicó que «la Iglesia defiende, sí, el legítimo derecho a la propiedad privada, pero enseña con no menor claridad que sobre toda propiedad privada grava siempre una hipoteca social, para que los bienes sirvan a la destinación general que Dios les ha dado». Por lo tanto afirmó que «no es conforme con el designio de Dios usar este don de modo tal que sus beneficios favorezcan

sólo a unos pocos». Esto cuestiona seriamente los hábitos injustos de una parte de la humanidad.

203. Dado que el mercado tiende a crear un mecanismo consumista compulsivo para colocar sus productos, las personas terminan sumergidas en la vorágine de las compras y los gastos innecesarios. El consumismo obsesivo es el reflejo subjetivo del paradigma tecnoeconómico. Ocurre lo que ya señalaba Romano Guardini: el ser humano «acepta los objetos y las formas de vida, tal como le son impuestos por la planificación y por los productos fabricados en serie y, después de todo, actúa así con el sentimiento de que eso es lo racional y lo acertado». Tal paradigma hace creer a todos que son libres mientras tengan una supuesta libertad para consumir, cuando quienes en realidad poseen la libertad son los que integran la minoría que detenta el poder económico y financiero. En esta confusión, la humanidad posmoderna no encontró una nueva comprensión de sí misma que pueda orientarla, y esta falta de identidad se vive con angustia. Tenemos demasiados medios para unos escasos y raquíticos fines.
208. Siempre es posible volver a desarrollar la capacidad de salir de sí hacia el otro. Sin ella no se reconoce a las demás criaturas en su propio valor, no interesa cuidar algo para los demás, no hay capacidad de ponerse límites para evitar el sufrimiento o el deterioro de lo que nos rodea. La actitud básica de autotrascenderse, rompiendo la conciencia aislada y la autorreferencialidad, es la raíz que hace posible todo cuidado de los demás y del medio ambiente, y que hace brotar la reacción moral de considerar el impacto que provoca cada acción y cada decisión personal fuera de uno mismo. Cuando somos capaces de superar el individualismo, realmente se puede desarrollar un estilo de vida alternativo y se vuelve posible un cambio importante en la sociedad".
223. La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora. No es menos vida, no es una baja intensidad sino todo lo contrario. En realidad, quienes disfrutan más y viven mejor cada momento son los que dejan de picotear aquí y allá, buscando siempre lo que no tienen, y experimentan lo que es valorar cada persona y cada cosa, aprenden a tomar contacto y saben gozar con lo más simple. Así son capaces de disminuir las necesidades insatisfechas y reducen el cansancio y la obsesión. Se puede necesitar poco y vivir mucho, sobre todo cuando se es capaz de desarrollar otros placeres y se encuentra satisfacción en los encuentros fraternos, en el servicio, en el despliegue de los carismas, en la música y el arte, en el contacto con la naturaleza, en la oración. La felicidad requiere saber limitar algunas necesidades que nos atontan, quedando así disponibles para las múltiples posibilidades que ofrece la vida.
224. La sobriedad y la humildad no han gozado de una valoración positiva en el último siglo. Pero cuando se debilita de manera generalizada el ejercicio de alguna virtud en la vida personal y social, ello termina provocando múltiples desequilibrios, también ambientales. Por eso, ya no basta hablar sólo de la integridad de los ecosistemas. Hay que atreverse a hablar de la integridad de la vida humana, de la necesidad de alentar y conjugar todos los grandes valores. La desaparición de la humildad, en un ser humano desafortunadamente entusiasmado con la

posibilidad de dominarlo todo sin límite alguno, sólo puede terminar dañando a la sociedad y al ambiente. No es fácil desarrollar esta sana humildad y una feliz sobriedad si nos volvemos autónomos, si excluimos de nuestra vida a Dios y nuestro yo ocupa su lugar, si creemos que es nuestra propia subjetividad la que determina lo que está bien o lo que está mal.

225. Por otro lado, ninguna persona puede madurar en una feliz sobriedad si no está en paz consigo mismo. Parte de una adecuada comprensión de la espiritualidad consiste en ampliar lo que entendemos por paz, que es mucho más que la ausencia de guerra. La paz interior de las personas tiene mucho que ver con el cuidado de la ecología y con el bien común, porque, auténticamente vivida, se refleja en un estilo de vida equilibrado unido a una capacidad de admiración que lleva a la profundidad de la vida. La naturaleza está llena de palabras de amor, pero ¿cómo podremos escucharlas en medio del ruido constante, de la distracción permanente y ansiosa, o del culto a la apariencia? Muchas personas experimentan un profundo desequilibrio que las mueve a hacer las cosas a toda velocidad para sentirse ocupadas, en una prisa constante que a su vez las lleva a atropellar todo lo que tienen a su alrededor. Esto tiene un impacto en el modo como se trata al ambiente. Una ecología integral implica dedicar algo de tiempo para recuperar la serena armonía con la creación, para reflexionar acerca de nuestro estilo de vida y nuestros ideales, para contemplar al Creador, que vive entre nosotros y en lo que nos rodea, cuya presencia «no debe ser fabricada sino descubierta, develada» [155].
226. Estamos hablando de una actitud del corazón, que vive todo con serena atención, que sabe estar plenamente presente ante alguien sin estar pensando en lo que viene después, que se entrega a cada momento como don divino que debe ser plenamente vivido. Jesús nos enseñaba esta actitud cuando nos invitaba a mirar los lirios del campo y las aves del cielo, o cuando, ante la presencia de un hombre inquieto, «detuvo en él su mirada, y lo amó» (Mc 10,21). Él sí que estaba plenamente presente ante cada ser humano y ante cada criatura, y así nos mostró un camino para superar la ansiedad enfermiza que nos vuelve superficiales, agresivos y consumistas desenfrenados.
227. Una expresión de esta actitud es detenerse a dar gracias a Dios antes y después de las comidas. Propongo a los creyentes que retomen este valioso hábito y lo vivan con profundidad. Ese momento de la bendición, aunque sea muy breve, nos recuerda nuestra dependencia de Dios para la vida, fortalece nuestro sentido de gratitud por los dones de la creación, reconoce a aquellos que con su trabajo proporcionan estos bienes y refuerza la solidaridad con los más necesitados.

3. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Constituciones 1874

Pobreza. Si no dejamos el mundo por amor, un día lo tendremos que dejar por fuerza. Por tanto, los que en el curso de esta vida mortal lo abandonan voluntariamente, reciben el céntuplo aquí en la tierra y un premio eterno en el futuro. Por el contrario, el que no tiene la resolución de hacer este sacrificio voluntario, a la fuerza lo hará en el trance de la muerte, pero sin recompensa, y antes bien con la obligación de dar estrecha cuenta de los bienes que acaso hubiere poseído.

Es verdad que nuestras Constituciones permiten la posesión y el uso de todos los derechos civiles; pero entrando en la Congregación no se puede ya ni administrar las cosas propias ni disponer de ellas sin el consentimiento del superior y en los límites por él determinados; de suerte que en la Congregación es uno literalmente considerado como si nada poseyera, habiéndose hecho pobre para llegar a ser rico con Jesucristo. De este modo sigue el ejemplo de nuestro Salvador, que nació en la pobreza, vivió en la privación de todos los bienes y murió desnudo en la cruz.

Oigamos lo que El dice: «El que no renuncia a todo lo que posee, no es digno de mí, ni puede ser mi discípulo» (Le 14, 33). Y a aquel que quiso seguirle: «Ve, le dijo, vende primero lo que posees en el siglo y dalo a los pobres, y ven y sígueme, y tendrás asegurado un tesoro en el cielo» (Mt 19, 21).

A sus discípulos les decía que no tuviesen más que un vestido ni se ocupasen de lo que habrían de necesitar para la vida durante el curso de su predicación. Y, en efecto, no se lee que Jesús, sus apóstoles o alguno de sus discípulos poseyeran en particular campos, ni casas, ni muebles, ni vestidos, ni provisiones, ni bienes de esta naturaleza. San Pablo dice muy claramente que los que siguen a Cristo, adondequiera que vayan y en todo lo que hagan, deben estar satisfechos con el alimento estrictamente necesario para vivir y la ropa indispensable para cubrirse. «Teniendo, pues, con qué sustentarnos y con qué cubrirnos, contentémonos con esto» (1 Tim 6, 8).

Todo lo que excede de lo necesario para comer y vestir, es para nosotros superfluo y contrario a la vocación religiosa. Es cierto que a veces deberemos sufrir algunas privaciones en los viajes, en los trabajos o en tiempo de salud o de enfermedad; que acaso ni el vestido, ni el alimento u otras cosas serán de nuestro gusto, pero precisamente en estos casos es cuando debemos recordar que somos pobres y que, si queremos merecer y recibir el premio, es preciso que suframos las consecuencias.

Guardémonos bien de un género de pobreza muy reprobado por san Bernardo. «Hay algunos, dice, que se glorían de llamarse pobres, pero evitan los compañeros de la pobreza». «Otros hay que quieren ser pobres con tal que nada les falte». Si, por tanto, nuestro estado de pobreza nos da ocasión de sufrir y pasar alguna incomodidad, regocijémonos con san Pablo, que se considera colmado de alegría en medio de sus tribulaciones (cfr 2 Cor 7, 4). O bien hagamos lo que los apóstoles, que se hallaban inundados de gozo cuando volvían del Sanedrín, porque allí se habían hecho dignos de padecer desprecios por el nombre de Jesús (Hechos 5, 41). Es cabalmente este género de pobreza el que tiene prometido y asegurado el Reino de los Cielos por el divino Redentor: Bienaventurados los pobres de espíritu, porque suyo es el reino de los Cielos.

Capítulos Generales

Capítulo General 21

40. Acerca de la pobreza salesiana la comprobación señala que se está produciendo entre los hermanos un cambio positivo de mentalidad, según la verdad y equilibrio que describen las Constituciones. Pobreza no es simplemente desasimiento interior, que permite ser rico llevando la aureola del pobre; no es simplemente una dependencia en el uso de los bienes; ni consiste siquiera en una situación puramente sociológica, aquella del que no tiene lo necesario para satisfacer las exigencias primarias de la vida. La pobreza es fidelidad afectiva y práctica al primado del espíritu y del amor fraterno en un mundo en que prevalece el culto del dinero y del éxito. Es ahondar en el sentido de esta grandeza de amor evangélico, precisamente mientras vivimos formas de solidaridad concreta al servicio de los jóvenes pobres. Hablando de la templanza y del trabajo, la RRM hace notar: «Respecto a la templanza se constata con edificación que la mayor parte de los salesianos mantienen un nivel de vida, si no inferior a lo necesario, no ciertamente superior al de las clases más modestas de los países en donde viven». «Nosotros, los Salesianos, somos grandes trabajadores, hombres en mangas de camisa, que viven del trabajo. Tenemos, a Dios gracias, miles de hermanos, incluso de edad, que en humildes cargos o en grandes responsabilidades dan maravillosos ejemplos de laboriosidad. Y también de participación, de solidaridad y preocupación por el mundo de los pobres: el esfuerzo hecho en muchas partes de la Congregación para acercarse a ellos, para ser más sensibles, de hecho, a sus necesidades y esperanzas, ha dado origen a iniciativas que de veras levantan el ánimo. «En una civilización y un mundo caracterizados por un prodigioso y casi indefinido movimiento de crecimiento material (...) la llamada de Dios coloca (a los religiosos) en la cúspide de la conciencia cristiana: esto es, recordar a los hombres que su progreso verdadero y total consiste en dar respuesta a su vocación de participar, como hijos, en la vida del Dios viviente, Padre de todos los hombres».

Pero la comprobación hace notar también, como elementos negativos, la falta de conversión de la propia vida espiritual a este valor evangélico, tan sentido y expresado en las Constituciones; hace notar la debilitación del sentido salesiano del trabajo y de la templanza, la tendencia a un cierto «fraccionismo» y al aburguesamiento, a actitudes de independencia económica y de autonomía administrativa y a formas de individualismo de consumo.

Considerando el aspecto comunitario y estructural, hay que notar que en varias Inspectorías se ha descuidado -aun dentro de los límites de las posibilidades y de un proyecto de realización progresiva- ya sea el «scrutinium paupertatis» ya sea lo que se dice en el artículo 89 de las Constituciones: «El conjunto de las actividades, la ubicación de las obras y su disponibilidad para los necesitados deben ser el espejo de nuestra pobreza».

Pobreza es comunicación plena de todo lo que se posee, de todo lo que se es, de todo lo que se hace. Es este el testimonio evidente que el mundo y los jóvenes esperan. En este sentido el XX CGE llama absolutamente indispensable, para el verdadero testimonio, la pobreza comunitaria y colectiva.

Capítulo General 25

35. Pobreza concreta

La comunidad se compromete a testimoniar un estilo de convivencia inspirado en la pobreza de Cristo y en su Evangelio:

- de un modo de vida sencillo, sobrio y modesto, teniendo en cuenta el ambiente en que se vive , con un trabajo asiduo, sacrificado y dispuesto a desempeñar, incluso, los servicios más humildes;
- viviendo el espíritu de desprendimiento y de confianza en la Providencia, con la transparencia en la disponibilidad y en el uso del dinero y haciendo el presupuesto con criterios de austeridad;
- haciendo de la solidaridad un principio regulador del propio vivir y obrar, compartiendo realmente todo en el seno de la comunidad local e inspectorial, y saliendo también al paso de las necesidades de otras Inspectorías;
- abriéndose a las necesidades de los jóvenes, sobre todo de los más pobres, poniendo vida, tiempo y estructuras a su servicio, y colaborando con las personas y los organismos que se comprometen en la promoción social y luchan por la justicia.

Capítulo General 26

79. Testimonio personal y comunitario

Al asumir nuestra condición humana, el Señor Jesús escogió nacer y vivir pobremente, se confió totalmente al Padre y compartió la situación de vida de los más pobres, proclamándolos bienaventurados como destinatarios de la buena noticia y herederos del Reino. Pidió a algunos dejarlo todo para seguirlo más de cerca, anunciando con la vida que Dios es la verdadera riqueza. De esta llamada nace la pobreza del salesiano que expresa el abandono confiado en el Padre, la cercanía y el servicio a los pobres, la bienaventuranza de una existencia repleta del amor a Dios y a los hermanos.

Don Bosco, hombre de orígenes humildes, experimentó desde niño las incomodidades y los valores de una existencia pobre. En la escuela de mamá Margarita aprendió a gustar el trabajo y la sobriedad, la serenidad en las pruebas y la solidaridad con los necesitados. Poniendo total confianza en la Providencia, decidió vivir pobremente y gastar todas sus propias energías por los jóvenes a los que Dios le había enviado: “Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida” (Const. 14). El desprendimiento de todo lo que hace insensibles respecto de Dios y obstaculiza la misión es el significado profundo del cetera tolle y constituye el criterio para evaluar nuestro modo de vivir la pobreza.

La primera manifestación de la pobreza es la entrega total de sí a Dios, en la disponibilidad a las exigencias de los jóvenes; esto conlleva la renuncia de sí mismos y de los proyectos individuales

para compartir los de la comunidad. Conscientes de la advertencia de Don Bosco acerca de las comodidades y del bienestar, estamos llamados a vivir un estilo de vida austero, a asumir un trabajo incansable sin ceder al activismo, a mantener libre el corazón del apego a bienes e instrumentos. En particular la comunidad se siente llamada a buscar formas institucionales de testimonio que expresen una pobreza creíble y profética.

80. Solidaridad con los pobres

En virtud de nuestra vocación, estamos llamados a cultivar una escucha atenta y participe del grito de los pobres y a proponerles el anuncio del Reino como fundamento de la verdadera esperanza y levadura de un mundo nuevo. Esto comporta la opción preferencial por los jóvenes más necesitados, la atención a sus necesidades, compartir su situación, superar una mentalidad asistencial y paternalista, el compromiso de hacerlos protagonistas de su desarrollo.

Fieles a nuestro carisma, no nos contentamos con ofrecer ayudas inmediatas, sino que pretendemos denunciar y contrastar las causas de la injusticia, contribuyendo a crear una cultura de la solidaridad, educando la conciencia moral, la ciudadanía activa, la participación política, el respeto del ambiente, proponiendo iniciativas y proyectos de intervención, colaborando con organismos e instituciones que promueven la vida. Dicho compromiso requiere renovar en las comunidades y en los ambientes educativos la sensibilidad sobre estas temáticas y superar el aburguesamiento que provoca indiferencia ante el drama mundial de la pobreza.

81. Gestión responsable y solidaria de los recursos

Don Bosco nos recuerda que “no es nuestro lo que tenemos, sino de los pobres. ¡Ay de nosotros si no lo empleamos bien!” (Const. 79). La práctica de la pobreza requiere una gestión de los recursos confiados a nosotros, coherente con los fines de la misión, responsable, transparente y solidaria. Esto significa, entre otras cosas, un rendir cuentas de modo claro y completo, un uso racional y óptimo de los inmuebles, una capacidad de iniciativas para encontrar los recursos necesarios que garanticen la estabilidad de las obras, el respeto de las normas en los contratos de trabajo, la atención a las condiciones del ambiente social en el que estamos situados, el descubrimiento del valor de la gratuidad en la hospitalidad y en algunas prestaciones, la solidaridad con las comunidades, las Inspectorías y la Congregación.

Los desafíos de la ilegalidad tan difusa, de la injusticia planetaria y del acaparamiento de los bienes por parte de pocos nos llaman a denunciar estos escándalos y a elaborar una cultura de la esencialidad, de la justa distribución de los recursos y del desarrollo sostenible. La pobreza asume de este modo una fuerte valencia educativa: afirma la primacía del ser sobre el tener, realiza una auténtica solidaridad cristiana con los pobres, contesta estilos de vida consumistas.

SITUACIÓN

82. Testimonio personal y comunitario

En general, los hermanos dan un buen testimonio de trabajo generoso y de entrega gratuita hasta la edad avanzada, poniendo al servicio de los pobres lo que son y lo que tienen; no obstante la caída numérica de los hermanos, las comunidades llevan adelante muchas obras en diversos frentes.

A veces corremos el peligro de reducir el ejercicio de la pobreza a la dependencia del superior; se constata también una gestión irregular del dinero y de cuentas personales. No siempre la sobriedad se vive en la comida, en la habitación, en los viajes, en el uso de los instrumentos de comunicación, en la organización de los tiempos de descanso, en el cuidado de la propia salud. En algunos contextos se verifica un exagerado apego y apoyo a la familia de origen, no coherentes con el voto de pobreza.

En numerosas comunidades se vive compartiendo los bienes y se ayuda a las familias menesterosas. Hay hermanos que se prestan para el cuidado y la manutención de la casa, pero el aumento del personal estipendiado corre el peligro de debilitar la corresponsabilidad en los servicios comunes. Cuando falta la implicación en la gestión económica de la comunidad y no hay una suficiente información, algunos no se dan cuenta de las dificultades de la casa, de los costes de la vida, de los problemas cotidianos afrontados por los pobres. No siempre el *scrutinium paupertatis* logra modificar praxis incorrectas.

En la formación inicial parece que a veces falta la atención a la pobreza evangélica vivida concretamente en lo cotidiano; se conocen las implicaciones del voto de pobreza, pero no se aprende prácticamente a pensar y a vivir como pobres.

83. Solidaridad con los pobres

Son numerosas las intervenciones para contrastar las formas más graves de pobreza, como la acogida de los inmigrados, los proyectos de apoyo al desarrollo, la ayuda a los pueblos probados por la guerra y por calamidades naturales, la promoción humana en los territorios de misión. Es importante el trabajo que desarrollamos en las instituciones escolásticas para educar en las exigencias de la justicia y en la causa de la paz; en ellas proponemos la cultura de la solidaridad con iniciativas a favor de los más necesitados y de los excluidos. Trabajamos por los pobres, pero a veces no a su lado y con ellos: en efecto, no siempre estamos atentos a favorecer su protagonismo en los proyectos de desarrollo. Se nota en algunos hermanos la resistencia a ir hacia los jóvenes más necesitados, a ofrecerse para nuevas presencias en el frente de las pobreza juveniles.

Las estructuras imponentes, a veces ya no significativas en relación con el contexto social, los medios frecuentemente costosos y llamativos, un uso incorrecto del dinero, corren el peligro de no dar testimonio de pobreza comunitaria e institucional. Algunas obras iniciadas a favor de los más pobres, gradualmente se han ido dirigiendo a las clases medias.

84. Gestión responsable y solidaria de los recursos

Se han hecho muchos esfuerzos para conseguir una mayor transparencia en la administración, en particular adoptando una redacción más esmerada del balance consuntivo, un mejor uso de los edificios, un creciente respeto de la normativa vigente, una activa solidaridad a nivel inspectorial. Nos anima el hecho de que bienhechores privados, instituciones eclesíásticas y públicas sigan teniendo confianza en nuestro trabajo y nos proporcionen fondos para sostener nuestras obras.

Para la gestión de los recursos económicos no siempre tenemos la competencia necesaria; a pesar del empeño para calificar a los ecónomos, no todos gozan de una preparación adecuada. Está poco difundida la práctica del presupuesto preventivo. En la relación con los dependientes se nota a veces un estilo patronal, poco respetuoso de su dignidad; es preciso recordar siempre la práctica de una más atenta justicia social en relación con ellos. Cuesta también trabajo corresponsabilizar a los seglares en las opciones de gestión.

Las urgencias y la complejidad creciente de ciertas actividades corren el riesgo de transformar la obra salesiana en una empresa, con el peligro de un excesivo funcionalismo y de búsqueda de la eficacia, sobre todo cuando se debilitan las finalidades pastorales. En la conducción de proyectos de grandes dimensiones, relativos a nuevas estructuras y reestructuraciones, se corre el peligro de perder energías, tiempo y dinero.

LÍNEAS DE ACCIÓN

85. Procesos que hay que activar para el cambio

Para afrontar las exigencias de la llamada y los desafíos provenientes de la situación y para realizar las líneas de acción consiguientes, es necesario convertir mentalidades y modificar estructuras, pasando:

- de una entrega apostólica poco convencida, a la entrega incondicional a las exigencias de la misión;
- de una estima teórica y de una observancia formal de la pobreza, a la práctica efectiva y a la verdadera libertad interior en el espíritu de las bienaventuranzas;
- de un conocimiento genérico y sin contacto con las situaciones de pobreza, a una solidaridad concreta con los pobres y un mayor compromiso por la justicia social;
- de una mentalidad local, cerrada en sí misma, a una solidaridad inspectorial y mundial;
- de una competencia inadecuada, a un acercamiento más profesional en la gestión y administración;
- de una gestión de los recursos con mentalidad de patronos, a la conciencia de que somos administradores de bienes que se nos han confiado.

Línea de acción 12. Testimonio personal y comunitario

86. Dar un testimonio creíble y valiente de pobreza evangélica, vivida personal y comunitariamente en el espíritu del *Da mihi animas cetera tolle*

87. El salesiano

- cultive el desapego interior recordando las palabras de Don Bosco: “la pobreza hay que tenerla en el corazón para practicarla”;
- exprese la pobreza con un trabajo asiduo y sacrificado, huyendo de la pereza y del frenesí; se preste también para los trabajos y los servicios de casa;
- tenga cuidado de la propia salud y programe, de acuerdo con la comunidad, los oportunos tiempos de descanso;
- viva la templanza querida por Don Bosco con un tenor de vida sobrio en la comida, vestido, viajes, muebles, uso de los instrumentos de trabajo, de los media y del tiempo, aceptando con madurez la incomodidad por la falta de algún bien útil o necesario;
- vuelva a descubrir las exigencias de la dependencia del superior y de la comunidad (Const. 75) y del compartir los bienes como piden las Constituciones (cfr. Const. 76); rinda cuentas de los bienes recibidos por cualquier título.

88. La comunidad

- asegure que todos los hermanos conozcan y pongan en práctica las indicaciones del directorio inspectorial – sección pobreza y administración, en particular las que se refieren al uso personal de los bienes y de los instrumentos tecnológicos;
- haga con diligencia anualmente el *scrutinium paupertatis* en vista de un testimonio más creíble;
- prepare el presupuesto anual, presente el balance consuntivo, informe regularmente a los Hermanos sobre la situación económica y los sensibilice sobre los costes de la vida; entregue puntualmente a la Inspectoría el dinero de la gestión que resultase excedente (cfr. Reg. 197).

89. La Inspectoría

- elabore un plan de solidaridad económica que garantice una justa distribución de los recursos y defina los criterios para asegurar un tenor de vida común entre las diversas comunidades;
- cuide que haya coherencia entre las indicaciones sobre la pobreza que se proponen a los hermanos en formación inicial y la práctica efectiva de cada uno y de las comunidades.

Línea de acción 13. Solidaridad con los pobres

90. Desarrollar la cultura de la solidaridad con los pobres en el contexto local.

91. La comunidad

- exprese la solidaridad con los pobres no sólo con la beneficencia, sino también con opciones que incidan en nuestro tenor de vida;
- eduque, en colaboración con la comunidad educativa pastoral, en la cultura de la solidaridad, ayudando a los jóvenes a interpretar con espíritu crítico los fenómenos económicos y sociales de nuestro tiempo, implicándolos en iniciativas y proyectos de promoción y desarrollo, favoreciendo la adhesión a iniciativas justas de solidaridad;

- eduque en el respeto de la diversidad étnica y religiosa y promueva el espíritu de fraternidad.

92. La Inspectoría

- prevea para los hermanos en formación inicial experiencias al servicio de los jóvenes más menesterosos;
- escoja las áreas de mayor pobreza al abrir nuevas obras.

93. El Rector Mayor con su Consejo

- ayude a las Inspectorías a crecer en el compromiso a favor de la justicia social;
- apoye las instituciones que promueven los derechos de los jóvenes y, cuando sea posible y oportuno, tome posición en nombre de la Congregación contra su violación.

Línea de acción 14. Gestión responsable y solidaria de los recursos

94. Administrar los recursos de modo responsable, transparente, coherente con los fines de la misión, activando las necesarias formas de control a nivel local, inspectorial y mundial.

95. La comunidad

- verifique periódicamente objetivos y estrategias de la obra, para evitar que llegue a ser una actividad empresarial más que un servicio de educación y evangelización;
- asegure que el movimiento financiero de todos los sectores de la obra dependa del departamento administrativo (Reg. 198), que el inventario esté actualizado, y que en la alternancia del personal administrativo se transmitan todas las informaciones necesarias;
- garantice una buena planificación y gestión del personal dependiente, respetando y haciendo respetar derechos y deberes sancionados por la legislación;
- sea responsable de la planificación, ejecución y asesoramiento de los trabajos de construcción y de manutención, de acuerdo con el ecónomo inspectorial (Reg. 195);
- estudie la propia situación económica, para asegurar la perduración de la obra y, si depende de ayudas externas, para orientar planes de financiación autosuficiente;
- preste atención a un uso justo y correcto de los financiamientos provenientes de otras entidades o instituciones;
- respete las intenciones de los bienhechores.

96. La Inspectoría

- acompañe con la ayuda de seglares competentes, de confianza y partícipes de nuestro espíritu, la gestión económica de cada casa y haga las evaluaciones necesarias;
- promueva la sensibilidad ética en la gestión y en el uso de los medios financieros, valiéndose de las profesionalidades disponibles en tal ámbito;
- haga de modo que las estructuras de nuestras obras sean idóneas para la realización de la misión, sean utilizadas adecuadamente y estén cuidadas en la manutención;
- tenga en cuenta, al solicitar financiamientos, las líneas operativas del proyecto orgánico inspectorial, para evitar poner en marcha iniciativas y estructuras no sostenibles en el tiempo;

- reflexione sobre la formación inicial respecto de la pobreza, ayudando a los hermanos a usar correctamente tiempo, bienes y dinero; ofreciendo nociones esenciales de contabilidad y gestión; implicándolos en la conducción de la casa;
- eduque las comunidades en la sensibilidad ecológica, secundando las iniciativas que en el territorio se ponen en acto para el respeto del ambiente, el uso de la energía alternativa y la economía de los recursos;
- estudie la posibilidad de contratos comunes para la adquisición de bienes y la gestión de los consumos y los proponga a la comunidad en vistas de un ahorro.

97. El Rector Mayor con su Consejo

- solicite una más concreta solidaridad de recursos y de personal entre las Inspectorías y las regiones, incluso sirviéndose de la fórmula del hermanamiento;
- vigile para que la gestión de los recursos financieros de las Inspectorías se realice de modo ético y solidario;
- asegure una efectiva supervisión del modo de obrar de los economatos inspectoriales, verificando al mismo tiempo el proceso de actuación de los proyectos financiados por la Congregación;
- dé indicaciones para que la distribución de la beneficencia se haga a través de los canales institucionales a nivel de Dirección General y de Inspectoría; vigile para que haya una justa distribución de los recursos y se respeten las intenciones de los bienhechores;
- por medio del Dicasterio de la Comunicación Social estudie la oportunidad de utilizar el sistema Free-Libre Open Source Software y dé indicaciones a las Inspectorías.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

Seguir a Cristo pobre

94. Jesús ha asumido la pobreza como forma de vida, como expresión de total pertenencia a la misión, de solidaridad con nosotros y de renuncia al propio interés, como mirada pastoral y preferencia por los pobres. En Jesús el salesiano encuentra la verdadera riqueza; en Él quiere amar a los jóvenes pobres y sentirse solidario con ellos.

La pobreza es una actitud del corazón y una característica de la misión. Es un estilo personal y comunitario de vida que nos hace libres para una entrega generosa al servicio del Evangelio.

El salesiano y la comunidad son, en este modo, verdadera profecía de una sociedad alternativa que apunte al bien común, respete el valor de cada persona, se construya sobre criterios de justicia y equidad y sea solidaria con los que son débiles y necesitados .

95. En un camino progresivo y constante, el salesiano cultiva en sí estas actitudes:

- asume a Jesús pobre como modelo de vida y encuentra en Él el verdadero tesoro: «Por él he sacrificado todas las cosas ... con tal de ganar a Cristo ... así podré conocerlo a él, conocer el poder de su resurrección» ;
- trata de vivir con alegría una vida simple y laboriosa, ama el trabajo apostólico y el servicio a la comunidad, está disponible para el trabajo manual ; acepta con simplicidad los inevitables inconvenientes y las necesarias renunciaciones;
- nutre confianza en el proyecto de Dios sobre su existencia; se siente responsable de los bienes que usa y es sensible al testimonio comunitario de pobreza; busca compartir fraternalmente todo: los bienes materiales, los frutos del trabajo, los dones recibidos, las energías, los talentos, las experiencias; sabe depender de la comunidad y del superior ;
- manifiesta la pobreza en la fidelidad a los destinatarios, en la organización de la acción educativa y pastoral en las diversas obras, en la especial perspectiva con la cual mira la realidad y los acontecimientos, en la sensibilidad por las situaciones sociales y por las nuevas pobrezas, solicitado también por la doctrina social de la Iglesia; se siente movido por vocación a interesarse por los pobres y por sus problemas, a «amarlos en Cristo» con amor solidario y emprendedor y a participar de su condición de vida. Trabaja con gusto con los jóvenes pobres, con los jóvenes trabajadores y en los ambientes populares. Desarrolla en sí y en los demás el amor por las misiones y el compromiso en la animación misionera;
- vive la acción educativa y la promoción como el mejor servicio a los pobres, valorizando los medios y las estructuras más adecuadas, uniendo capacidad administrativa y confianza en la providencia, recurso a los “benefactores” y plena dedicación personal.

110. Todos los hermanos vivan la pobreza «como desprendimiento del corazón y servicio generoso a los hermanos, con estilo austero, industrioso y rico de iniciativas» ; cultiven la solidaridad con los pobres , trabajando por la justicia y la paz, especialmente con la educación de los necesitados .

«La comunidad local e inspectorial revise, con la frecuencia que juzgue más oportuna, su estado de pobreza en lo concerniente al testimonio comunitario y a los servicios que presta. Estudie los medios para una renovación constante» .

111. Durante la formación inicial se haga de modo que el hermano:

- cumpla con responsabilidad sus deberes, se comprometa seriamente en el estudio y esté disponible para la realización de trabajos manuales requeridos por la comunidad;
- asuma una actitud solidaria con el mundo de los jóvenes y de los pobres, también con experiencias concretas;
- crezca en la responsabilidad en el uso del dinero, se habitúe a rendir cuenta de sus gastos y sea oportunamente participe de la administración de la comunidad ;
- sea introducido en el conocimiento de los aspectos económicos y se lo habilite para utilizar responsablemente los instrumentos de gestión administrativa necesarios a la misión.

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Mandados a anunciar a los pobres la Buena Nueva (ACS 367 1999)

Los motivos inspiradores de nuestra praxis comunitaria y de nuestra vida personal expuestos anteriormente hay que aplicarlos a la situación concreta en que estamos viviendo.

Es indispensable saber discernir según el criterio de la significatividad carismática, concentrarse en lo esencial y abandonarnos a la memoria del Espíritu Santo, para encontrar expresiones elocuentes de nuestra pobreza. Esto comporta fatiga, incertidumbre, y a veces también tensiones apasionadas y fecundas.

La miseria se impone hoy a la opinión pública de todo el mundo con una evidencia trágica. La indigencia es condición existencial, sufrida muchas veces como consecuencia de injusticias, de millones y millones de hombres y mujeres en todos los rincones del globo. La pobreza abrazada por el Reino de los cielos no goza de la misma evidencia; es escogida por pocos, parece casi sumergida, muchas veces es objeto de malentendidos y de interpretaciones tendenciosas. Hay quien no cree en nuestra profesión de pobreza, nos atribuye interés y provecho y, en una palabra, una existencia garantizada en todo sentido.

¿Cómo dar hoy visibilidad comprensible y sobre todo consistencia evangélica a nuestra opción pública de pobreza?

Atenta responsabilidad

Recuerdo, ante todo, la actitud de la vigilancia, del nexo que hay entre el ideal profesado y las manifestaciones cotidianas de la pobreza. Es fácil deslizarse hacia componendas que, aunque no sean singularmente graves, en su conjunto debilitan la expresividad de la consagración.

En estos años hemos propuesto muchas veces el *scrutinium paupertatis*, recogido en los Reglamentos: “La comunidad local e inspectorial revise, con la frecuencia que juzgue más oportuna, su estado de pobreza en lo concerniente al testimonio comunitario y a los servicios que presta. Estudie los medios para una renovación constante” .

Podemos preguntarnos: a nivel comunitario, ¿nos hemos comprometido verdaderamente a evaluar nuestro tenor de vida, nuestras costumbres, nuestras opciones? ¿Nos ayudamos a descubrir con sinceridad nuestras infidelidades, nuestras comodidades? Animo a cada uno de los hermanos, a las comunidades y a los que ejercen el servicio de la autoridad a vivir el *scrutinium* más que como un examen de conciencia, como una experiencia del Espíritu, como abandono a su fuego purificador y a su fuerza regeneradora.

El escrutinio no puede eludir el analizar algunas tendencias, acaso muy circunscritas, pero que, descuidadas, pueden resultar destructoras, como la gestión individual del dinero y de los recursos, que desemboca en una economía paralela, tiende a evitar todo control y da origen a evidentes desigualdades con daño del espíritu fraterno y de la calidad misma de la vida religiosa.

Hay de hecho un dinamismo, inserto en la osamenta de nuestra consagración, que debemos tener el valor de dejar liberarse, para que el Espíritu, contando con nuestra colaboración, pueda llevar a cabo hoy la salvación de los jóvenes. Es la opción de una “austeridad profética”, que contesta la posesión como fin de sí misma y denuncia la tentación de sentirnos importantes y seguros por lo que se tiene y se ha adquirido. Mostrar debilidad o condescendencia respecto de los abusos más evidentes (cuentas personales, viajes costosos no convenidos, tenor de vida burguesa, disponer de las comodidades más modernas, medios de transporte exclusivamente personales...) significa vaciar gradualmente de sentido y de testimonio tanto nuestra consagración como nuestra misión.

En algunas Inspectorías las comunidades locales reciben ayudas, a través de materiales programados, para que no pierdan de vista el conjunto de las exigencias actuales que la pobreza comporta, de acuerdo con las Constituciones y las indicaciones de la Iglesia: la austeridad en el estilo de vida, la comunión de bienes, el trabajo, el compromiso por la justicia, la atención preferencial por los pobres.

El *scrutinium*, además de servir para comunicar responsable y fraternamente entre nosotros, lo será también para crecer en la comprensión y en la práctica de la pobreza. También respecto de ésta hace falta una “formación permanente” que lleve a profundizar su sentido evangélico, supere la observancia correcta pero rutinaria y nos abra a nuevas experiencias.

Finalidad apostólica de los bienes

Ya hemos subrayado que la Providencia, de mil formas, pone a nuestra disposición recursos financieros. De esto se deben deducir algunas advertencias.

La primera se refiere a su escrupulosa finalidad para la educación y la evangelización de los jóvenes y del pueblo, para la promoción de los más pobres, para la formación de los educadores, líderes, catequistas. En mis viajes he quedado sorprendido al comprobar que, en muchos lugares, los Salesianos han pensado, realmente, sobre todo, en los jóvenes, al construir nuevas estructuras. La residencia de los Salesianos es, muchas veces, modesta y “esencial”, mientras que la obra apostólica ha sido equipada con locales acogedores y mobiliario adecuado.

Tal vez hoy, hay que especificar que hace falta invertir sobre todo en el crecimiento de las personas y de los grupos. Las estructuras deben ser sencillas, dignas, suficientes para su finalidad actual y la del futuro inmediato, no costosas por lo que se refiere a la gestión y mantenimiento, definidas después de un discernimiento atento acerca de su necesidad. Destinemos, en cambio, dinero a cualificar a las personas, a promover movimientos, a la educación de los jóvenes de las clases más pobres, a iniciativas de evangelización y de promoción humana. Lo mismo se debe decir de nuestro tiempo que también es equiparable al dinero.

A la destinación “apostólica” hay que añadir hoy la “caritativa”, que tiende a aliviar las necesidades improrrogables y primarias como el hambre, la salud, los servicios elementales, la acogida de quien es prófugo o no tiene un techo. “Dalo a los pobres” se nos dice también a nosotros, sobre todo respecto de los bienes no necesarios, tanto si se trata de estructuras como de dinero. Gran parte de la beneficencia que nos llega ha sido motivada y viene ofrecida para aliviar tales necesidades. No sería justo dedicarla a gastos de gestión o en construcciones superfluas.

Una segunda advertencia se refiere al criterio de conservación de los bienes de que disponemos. Actualmente, en casi todas partes, las obligaciones civiles y sociales a que estamos sometidos por ley son muchas, las cargas financieras de las estructuras y de su mantenimiento bastante gravosas, las posibilidades de invertir y capitalizar son diversas. Por otra parte, está en marcha entre nosotros el reajuste de las presencias y la organización de los recursos. No me detengo sobre problemas más puntuales, que serán objeto de orientaciones específicas por parte del Dicasterio competente.

Me apremia, en cambio, evidenciar, en el espíritu de nuestra pobreza, el principio de la pronta disponibilidad de los recursos para el apostolado y, por tanto, de la no capitalización como fin en sí misma en edificios, en posesiones o en dinero. Pueden insinuarse también entre nosotros una mentalidad y una praxis orientadas a acumular, para asegurar un provecho tenuemente o lejanamente relacionado con la misión.

Conjugar confianza en la Providencia y prudente previsión es una tarea ardua y no siempre descifrable a primera vista. La tensión, sin embargo, debe ser mantenida sabiamente, para no correr el riesgo de gestionar los bienes sin previsión y, por otra parte, para evitar planteamientos exclusivamente especulativos, donde se puede perder lo que con tanta creatividad y corazón podía ser empleado inmediatamente en favor de la gente. Es el caso de recordar la afirmación de Don Bosco: “Lo que tenemos no es nuestro, sino de los pobres” .

Solidaridad

Ya hemos aludido a la solidaridad, como elemento determinante en el cuadro normativo de la pobreza salesiana. No se trata de algo “opcional”, sino de un deber constitucional, que afecta a nuestra identidad comunitaria de consagrados e hijos de Don Bosco.

No os oculto que, precisamente en este ámbito, junto a situaciones ejemplares de comunicación de bienes en la Congregación, hay otras de evidentes desigualdades: en la misma Inspectoría hay obras que disponen de notables medios financieros y de abundantes reservas, mientras otras padecen escasez de recursos y se ven limitadas en las posibilidades de la misión.

Estas situaciones deben ser afrontadas con serenidad, pero con determinación, y resueltas en fechas inmediatas por los organismos comunitarios competentes: Consejo de la casa, Consejo inspectorial, Capítulo inspectorial. En particular, el gobierno inspectorial debe llegar a indicaciones precisas para la conducción económica de las comunidades locales y de la Inspectoría, según el dictado del art. 197 de los Reglamentos: “El Inspector, con el consentimiento de su Consejo, determinará las cuotas que exijan las necesidades de la Inspectoría, las notificará a las casas, y hará retirar el dinero que resulte sobrante. Preparará un plan periódico de solidaridad económica entre todas las casas de la Inspectoría, con objeto de ayudar a las más necesitadas...” .

La solidaridad entre las comunidades es norma para la Inspectoría y debe estar organizada desde el nivel inspectorial, donde se tiene una visión más amplia y objetiva de la misión de las diversas comunidades locales.

En algunos casos, lo reconozco, hará falta una auténtica conversión, un completo cambio tanto de mentalidad como de praxis. Pero es necesario hacerlo, con espíritu de disponibilidad y desprendimiento, seguros de que una gestión más solidaria construye fraternidad, ofrece posibilidades inesperadas a la misión, garantiza una mayor fidelidad y transparencia en el

testimonio personal de los hermanos y permite destinar recursos también para las necesidades urgentes de la Iglesia y de la gente.

Educación para el uso de los bienes

Educación con el testimonio, las enseñanzas y adecuadas experiencias. Hay que deshacer una fascinación, una especie de idolatría de la que no están libres los jóvenes. También ellos quieren poseer para imponerse, gozar y aparentar: dinero, vestidos, moto, ordenador, vacaciones. Muchas veces con absoluta ignorancia de las necesidades de quien vive cerca de ellos. Esto puede suceder en nuestros mismos ambientes, si bien últimamente se ha hecho visible el esfuerzo de sensibilizar a los jóvenes hacia la solidaridad, con una buena respuesta por su parte.

Hay una forma de vida que hemos de sugerir, atenta a todas las necesidades de la persona, no compaginable con el consumismo ni con el derroche. Puede servir de ejemplo la organización de familias que se proponen vivir con lo necesario y contener los gastos superfluos.

Hay un respeto y un cuidado de los bienes comunes, que se debe subrayar: el ambiente, la naturaleza, la vegetación, el espacio vital.

Hay que ofrecer, sobre todo, una visión cristiana de la jerarquía y de la finalidad de los bienes y de su gestión privada y social. La tendencia dominante hoy en la sociedad no transmite tal visión. Se requiere, pues, un suplemento de experiencias específicas y de iluminación para hacerla comprender y asimilar. En esta línea se encuentran las diversas formas de voluntariado, las colaboraciones en causas humanitarias, las informaciones sobre problemas gravísimos como el hambre, la explotación de los débiles, la desocupación endémica, de los cuales sólo ocasionalmente se ocupan los medios de comunicación. A las llamadas a la caridad y a la organización de prestaciones voluntarias, hay que añadir una correcta visión social de las situaciones, que haga surgir las causas generadoras y sugiera las eventuales líneas de soluciones también estructurales.

El CG23 subrayaba la urgencia de formar a los jóvenes en la dimensión social de la caridad en el contexto de la educación para la fe . En efecto, ésta no puede dejar de sentirse comprometida, según lo que decía Juan Pablo II en el mensaje para la Cuaresma: “Existen situaciones de miseria permanente que han de sacudir la conciencia del cristiano y llamar su atención sobre el deber de afrontarlas con urgencia, tanto de manera personal como comunitaria” .

Amar a los pobres en Cristo

Amar la pobreza quiere decir sentirse pobre entre los pobres. Nuestra preparación cultural y nuestra reflexión de sacerdotes y educadores nos coloca casi naturalmente en condición de seguridad, de prestigio, de suficiencia, de relaciones con un cierto ceto social. Para algunos, esto puede convertirse en búsqueda y deleite. Desde esta posición extendemos nuestra mano y nuestra mirada hacia aquellos que están en la miseria, con la beneficencia y las iniciativas.

Pero, a menudo, permanecemos psicológicamente distantes, sin participar en los sufrimientos de los pobres, ni recibir sus riquezas de humanidad. Una exposición clara sobre la pobreza no puede sino ser saludable para la comunidad. Para una renovada meditación de la importancia de nuestra opción preferencial por los pobres, os indico la carta circular Sintió compasión de ellos .

No en todas las obras la acogida, la ayuda y la participación pueden asumir las mismas modalidades. De todos modos, es interesante que en ninguna falte el conocimiento de las pobrezas que hay a su alrededor o lejos, el conocimiento de sus raíces en las personas que las sufren y en nuestros comportamientos: es importante que se pueda asegurar que tales pobrezas encuentran espacio en el corazón y en las iniciativas de la comunidad. Una Iglesia capaz de compasión es una de las demandas urgentes en este tiempo en el que los problemas de que hablamos conmueven a la opinión pública.

A esto nos invitan las Constituciones: “El espíritu de pobreza nos lleva a ser solidarios con los pobres y a amarlos en Cristo. Por tanto, nos esforzamos en estar a su lado y aliviar su indigencia, haciendo nuestras sus legítimas aspiraciones a una sociedad más humana”.

Don Pascual Chávez

Da mihi animas, cetera tolle (24 de junio de 2006)

Pobreza evangélica

La vida consagrada del futuro se realizará en su concentración sobre el seguimiento radical de Cristo obediente, pobre y casto. Si los tres consejos evangélicos nos hablan de nuestra total ofrenda a Dios y de nuestra entrega a los jóvenes, la pobreza nos lleva a darnos sin reservas ni demoras, hasta el último aliento de nuestra vida, como hizo Don Bosco. La práctica de los consejos evangélicos libera en nosotros los recursos más escondidos de la disponibilidad.

No hay nada más contradictorio e incoherente que hacer la profesión de la donación total de nuestra persona a través de los consejos evangélicos y vivir luego reservando para nosotros nuestras energías y capacidades, viviendo part-time la misión, cediendo a la seducción del aburguesamiento, yendo a una especie de pensión vocacional durante la ancianidad, permaneciendo indiferentes al drama de la pobreza en que se debaten millones de personas en el mundo.

Nosotros salesianos testimoniamos la pobreza con el trabajo incansable y la templanza, pero también con la austeridad, la sencillez y la esencialidad de vida, el compartir y la solidaridad, la gestión responsable de los recursos. Nuestra pobreza nos pide una reorganización institucional del trabajo, que nos ayude a superar el peligro de ser empresarios de la educación más que educadores, o gestores de empresas educativas más que apóstoles a través de la educación. Quien ha escogido seguir a Cristo, ha escogido hacer propio su estilo de vida, no enriquecerse, vivir la bienaventuranza de la pobreza y de la sencillez de corazón, tener siempre familiaridad con los pobres..

Hacer la Eucaristía para hacerse Eucaristía (7 de junio de 2007)

La vida consagrada, “banquete” a través de la pobreza

Veamos, finalmente, la vida consagrada desde la perspectiva de la Eucaristía como banquete. Desde el punto de vista antropológico, es uno de los temas bíblicos más sugestivos: el “comer juntos” constituye, para las culturas tradicionales de todas las latitudes, una de las experiencias de convivencia, y al mismo tiempo de “fraternidad”, más intensas y significativas: “comunidad de mesa es comunidad de vida” .

Uno de los rasgos más característicos del ministerio de Jesús fue, precisamente, haber tenido la práctica habitual de comer juntos, en particular con los pequeños, los pobres, los marginados y, sobre todo, los “publicanos y los pecadores” (Lc 5,29-30; 15,2). Admitiendo a las personas religiosas y moralmente proscritas a la comunidad de la mesa, Jesús quería hacer ver que Dios encontraba alegría al ofrecer salvación a los pecadores y concederles su perdón.

No sólo en el hacer de Jesús encontramos el banquete como expresión de la cercanía salvífica de Dios; aparece también en su predicación, sobre todo en las parábolas como símbolo privilegiado del Reino (Mt 8,11; 22, 1-14; Lc 12, 35-57; 14, 12-24; 15, 23-32; 19, 5-10). En éstas hay un dato fundamental, que difícilmente se encontrará en otras actitudes de Jesús, y es la absoluta gratuidad de Dios al invitar al banquete. Nadie es digno de participar en él; por lo que la mejor actitud es la del niño (cf. Mc 10,15), que recibe con alegría y gratitud lo que se le da, porque no lo merece; es la actitud del pobre, del indigente, del abandonado, del que está en las plazas y en los caminos porque no tiene donde vivir (cf. Lc 14,21; Mt 22, 8-10). En cambio, el que se atiene a las normas rígidas de la ‘justicia’ se indignará, y ni siquiera querrá entrar en el banquete de la fiesta por la vuelta del hermano (cf. Lc 15,25-32), o tendrá tantos compromisos, que rechazará con orgullo una invitación tan gratuita como intempestiva (cf. Lc 14,18-20).

La dimensión del banquete se refleja, en la vida religiosa en su significado más verdadero, en la vida de pobreza, no como falta natural o privación voluntaria, sino como compartición de lo que se es y de lo que se tiene, como algo totalmente gratuito; tan es así que el primer relato de la institución de la Eucaristía (1 Cor 11,17-34) tiene como *Sitz im Leben* una situación de la comunidad en la que se celebraba la Cena del Señor sin compartir los propios bienes con quien tenía necesidad de ellos; lejos estaban los Corintios del ideal lucano de la comunidad, en la que “los creyentes vivían todos unidos y lo tenían todo en común (...). A diario acudían al templo todos unidos, celebraban la fracción del pan en las casas y comían juntos alabando a Dios con alegría y de todo corazón” (Hch 2,44. 46; cf. 4,32).

La pobreza de la persona consagrada no expresa ningún tipo de rechazo de los bienes materiales, ni considera que el despojarse totalmente de todo bien sea un ideal que alcanzar, como puede serlo en algunos tipos de religiosidad oriental. El pobre, porque es creyente, acepta con sencillez y sobriedad los dones de Dios, los comparte como expresión de su amor, en un doble movimiento: dentro de la comunidad fraterna, en la compartición total de sus bienes, y hacia fuera, en la invitación a participar en este “banquete del Reino”, con una predilección evangélica, que es opción del Dios revelado, por los más pobres y abandonados, por los marginados, por los pecadores, por todos los humanamente insignificantes. No es la invitación interesada a los amigos y a los parientes (cf. Lc 14,12-13; Mt 5,46-47), que no tendría sin más nada de malo; pero que no es ‘signo evangélico’, ni produce el escándalo saludable de reconocer que aquello “lo hacen también los paganos” (Mt 5,47). La pobreza evangélica se hace libertad para poder ir a invitar a los lejanos

al banquete del Reino, el ardor misionero que nace solamente en el corazón del pobre, que literalmente “no tiene nada que perder” y todo que ganar... por Cristo y su Reino.

Figura humana y espiritual del beato Miguel Rua (8 de septiembre de 2009)

Don Francesia cuenta que un día el clérigo Rua encontró un trozo de alfombra roja y se le ocurrió ponerlo sobre su mesa de trabajo. Don Bosco lo vio y le dijo sonriendo: «¡Ah, Don Rua! Te gusta la elegancia ¿eh?». Rua, confuso, dijo que se trataba de un retazo, pero Don Bosco observó: «El lujo y la elegancia se introducen fácilmente, si no estamos atentos». Don Rua no olvidó nunca aquellas palabras, y las tuvo presentes toda su vida.

La pobreza fue el distintivo de Don Rua. Vestía pobremente, no buscó nunca comodidades, economizaba en cada cosa pequeña. Y vigilaba para que todos los Salesianos amasen y practicasen la pobreza, con espíritu de fe, como quería Don Bosco. Su ropa estaba toda llena de remiendos. Un par de zapatos le duraba años; y sin embargo, caminaba mucho a pie para no tomar el tranvía y dar de limosna los diez céntimos del billete. En casa, hasta su muerte, llevaba un viejo abrigo usado por Don Bosco, y lo llevaba con devoción. Una Hija de María Auxiliadora, que durante muchos años se ocupó de remendar la ropa de los Salesianos del Oratorio, declaraba que era muy raro que se le diese ropa de Don Rua; y cuando le llevaban su sotana negra, le decían que la remendase rápidamente, porque Don Rua estaba trabajando sin ella, cubierto solo con un abrigo, ya que nunca había querido una sotana de repuesto.

Durante el viaje a Constantinopla, en 1908, después de haber hecho muchas visitas en la ciudad, volvió con las piernas hinchadas y los pies totalmente mojados. Pidió al Director, por favor, un par de calcetines de lana para cambiarse. En toda la casa no se encontró un par de calcetines de lana. Entonces Don Rua sonrió y dijo: «¡Estoy contento! Esta es la verdadera pobreza salesiana».

Durante los 23 años en que fue Rector Mayor, Don Rua envió a los Salesianos 56 circulares. En ellas condensó todo su amor por Don Bosco y todo el espíritu salesiano. Entre estas cartas se considera una ‘obra de arte’ la titulada «La pobreza». Son veinte páginas, y empieza así: «Turín, 31 de enero de 1907, aniversario de la muerte de Don Bosco». Copio algunos pasajes de esa actualísima carta suya, para reavivar en nosotros el verdadero espíritu de la pobreza salesiana.

«Es natural considerar la pobreza una desgracia»

La pobreza, en sí misma, no es una virtud; es una legítima consecuencia de la culpa original, destinada por Dios para la expiación de nuestros pecados y para la santificación de nuestras almas. Es por tanto natural que al hombre le horrorice, la considere una desgracia y haga lo posible por evitarla. La pobreza se convierte en virtud sólo cuando se abraza voluntariamente por amor de Dios, como hacen los que se dan a la vida religiosa. Sin embargo también entonces la pobreza no deja de ser amarga; también a los religiosos la práctica de la pobreza les impone grandes sacrificios, como nosotros mismos hemos experimentado mil veces. Por eso no hay que extrañarse de que la pobreza sea siempre el punto más delicado de la vida religiosa, que sea la piedra de toque para distinguir una comunidad floreciente de una relajada, un religioso celoso de uno negligente. Será por desgracia el escollo contra el que irán a romperse tantos magnánimos propósitos, tantas

vocaciones que eran maravillosas al nacer y al crecer. De aquí la necesidad por parte de los Superiores de hablar de ella con frecuencia y, por parte de todos los miembros de la familia salesiana, de mantener vivo su amor y entera su práctica.

«El primer consejo evangélico»

La pobreza es el primero de los Consejos evangélicos. Desde el principio de su vida pública, Jesucristo lanza las más terribles amenazas contra los ricos que encuentran en la tierra sus consuelos. Por otra parte los sufrimientos de los pobres mueven su dulcísimo Corazón a piedad, los consuela y los llama felices, asegurando que de ellos es el reino de los cielos. Al que le pregunta qué tiene que hacer para ser perfecto, le responde: «Vete, vende lo que tienes y sígueme». A sus Apóstoles que se ofrecen a seguirlo les impone como primera condición que abandonen las redes, el telonio y todo lo que tienen. Y este voluntario despojo de todos los bienes de la tierra lo practicaron todos los discípulos de Jesucristo, todos los santos que a lo largo de tantos siglos iluminaron a la Iglesia.

«La pobreza de Don Bosco»

Nuestro venerado Padre vivió pobre hasta el final de su vida. Habiendo tenido entre sus manos un inmenso dinero, no se vio nunca en él el mínimo deseo de procurarse alguna satisfacción temporal. Solía decir: «La pobreza hay que tenerla en el corazón para practicarla». Y Dios le recompensó ampliamente de su confianza y de su pobreza, de modo que llegó a emprender obras a las que los mismos príncipes no se habrían atrevido. Hablando del voto de pobreza, Don Bosco escribía: «Recordemos que de esta observancia depende en máxima parte el bienestar de nuestra Pía Sociedad y el bien de nuestra alma».

«Los pobres no sólo son evangelizados, sino que son los pobres los que evangelizan»

La Historia eclesiástica nos enseña que fueron los más desprendidos del mundo los que se distinguieron por su fe, esperanza y caridad, y cuya vida fue un tejido de obras buenas y una serie de prodigios para la gloria de Dios y la salvación del prójimo.

Nosotros trabajaríamos inútilmente si el mundo no viese y no se convenciese de que no buscamos riquezas ni comodidades. Debemos tener bien fijo en nuestra mente lo que escribió san Francisco de Sales: «que no solamente los pobres son evangelizados, sino que son los pobres mismos los que evangelizan».

También entre nosotros, no son, desde luego, los Salesianos deseosos de una vida cómoda los que emprendan obras llenas, de verdad, de frutos, los que vayan en medio de los salvajes del Mato Grosso o de la Tierra del Fuego, o se pongan al servicio de los leprosos. Éste será siempre el honor de los que observen generosamente la pobreza.

«Las obras de Don Bosco son el fruto de la caridad»

Además hay que tener en cuenta que las obras de Don Bosco son el fruto de la caridad. Es necesario que se sepa que muchos de nuestros bienhechores, pobres ellos también o escasamente acomodados, se imponen grandísimos sacrificios para poder ayudarnos. ¿Con qué corazón emplearemos ese dinero en procurarnos comodidades no adecuadas a nuestra condición? Derrochar el fruto de tantos sacrificios, o también sólo gastarlo con ligereza, es una verdadera

ingratitude hacia Dios y hacia nuestros bienhechores. Permitidme que os haga una confidencia. Tal vez muchos, viendo que vuestras obras se van extendiendo cada vez más, piensen que la Pía Sociedad dispone de muchos medios, y que por eso son inoportunas mis reiteradas e insistentes exhortaciones a ahorrar y observar la pobreza. ¡Qué lejos están de la verdad! Se les podría mostrar cuántos jovencitos dependen totalmente o en gran parte de la Congregación para la comida, el vestido, los libros, etc. Quien observa nuestro desarrollo puede darse cuenta de las casas y de las iglesias que se van edificando, de los daños que hay que reparar, de los viajes de los misioneros que se deben pagar, de las ayudas que se envían a las Misiones, de los gastos inmensos que hay que afrontar para la formación del personal.

Quien no viviese según el voto de pobreza, el que en la comida, en el vestido, en su alojamiento, en los viajes, en las comodidades de la vida pasase el límite que nos impone nuestro estado, debería sentir remordimiento por haber sustraído a la Congregación ese dinero que estaba destinado para dar pan a los huérfanos, ayudar a alguna vocación, extender el reino de Jesucristo. Piense que tendrá que dar cuenta de ello ante el tribunal de Dios.

«Los tiempos heroicos de la Congregación»

El buen Salesiano llegará a poseer el espíritu de pobreza, es decir, será verdaderamente pobre en los pensamientos y deseos si aparece así en sus palabras, si se porta verdaderamente como pobre. Aceptará con gusto las privaciones e incomodidades que son inevitables en la vida común, y generosamente escogerá para sí las cosas menos bellas y menos cómodas.

Concluyo evocando la memoria de los que nosotros llamamos ‘tiempos heroicos’ de nuestra Pía Sociedad. Transcurrieron muchos años en los que se necesitaba una virtud extraordinaria para conservarnos fieles a Don Bosco y resistir las fuertes razones que nos invitaban a abandonarlo, y esto por la extrema pobreza en que se vivía. Pero nos sostenía el amor intenso que teníamos a Don Bosco, nos daban fuerza y valentía sus exhortaciones para permanecer fieles a nuestra vocación a pesar de las duras privaciones, los graves sacrificios. Por eso estoy seguro de que cuanto más vivo sea nuestro amor a Don Bosco, será más ardiente el deseo de conservarnos como dignos hijos suyos, y de corresponder a la gracia de la vocación religiosa y se vivirá en toda su pureza el espíritu de pobreza.

La inculturación del carisma salesiano (16 de Agosto de 2011)

“Actuad de modo que el mundo conozca que sois pobres”

Don Bosco redactó el primero de los ‘Recuerdos’ casi como principio básico del compromiso evangelizador de los misioneros: “Buscad almas, pero no dinero”. No desconocía la situación en que vivía en Argentina la mayor parte de los sacerdotes italianos que habían ido a acompañar a los miles de inmigrantes. El arzobispo de Buenos Aires le había escrito: “Al decirlo se me parte el corazón: la mayor parte vienen para reunir cuatro cuartos y nada más” .

Precisamente porque la escasez de recursos, de personal y de financiación era proverbial en las empresas apostólicas de Don Bosco, y puesto que “la nuestra debe ser pobreza de hecho ... en la celda, en los vestidos, en la mesa, en los libros, en los viajes, etc.” , los primeros misioneros vivían

en la estrechez y en medio de grandes dificultades. Cuando preguntaron a don Tomatis qué comían ordinariamente en comunidad, respondió con una sonrisa: “Por la mañana, pan y cebolla; por la noche, cebolla y pan” .

No resulta nada extraño que Don Bosco no insistiese demasiado en este argumento en las cartas que enviaba a los misioneros; más bien se mostraba preocupado, y mucho, por las muchas deudas contraídas o por los pagos de los intereses de los préstamos; este tema está presente en la comunicaciones regulares a los Cooperadores. Su pobreza fue austera, industriosa, rica de iniciativas (“en nuestras estrecheces haremos cualquier sacrificio para ir en vuestra ayuda”), sostenida por una inquebrantable confianza en la Providencia. Pero justamente por esto, porque las primeras comunidades misioneras subsistían “de préstamos sin una cooperación organizada” , resulta mucho más relevante el consejo de Don Bosco: “Vivid de tal manera que el mundo conozca que sois pobres en los vestidos, en la comida, en las habitaciones, y seréis ricos ante Dios y os adueñaréis del corazón de los hombres”.

Para Don Bosco era un valor indiscutible la pobreza en la vida personal, y no la indigencia de medios en las obras educativas . Como recomendación fundamental dirigida a todos los Salesianos, dejó escrito en su ‘Testamento espiritual’: “Amad la pobreza ... Procurad que ninguno tenga que decir: estos enseres no son signos de pobreza, esta mesa, este vestido, esta habitación no es la de un pobre. Quien da motivos razonables para que pronuncien estas palabras, ocasiona un gran desastre a nuestra Congregación, que debe gloriarse siempre del voto de pobreza. ¡Ay de nosotros si aquellos a los que hacemos caridad pueden decir que llevamos una vida más desahogada que la suya!”. Y condicionó el futuro de la Congregación a la pobreza de vida de sus miembros: “Nuestra Congregación tiene delante un bello porvenir preparado por la divina Providencia ... Cuando comiencen entre nosotros las comodidades y el bienestar, nuestra Pía Sociedad habrá cumplido su curso”.

Como Jesús envió a sus primeros apóstoles pobres, ordenándoles que no llevaran nada para el viaje, porque tenían el Evangelio (cf. Mt 6,8), así Don Bosco quiso que sus salesianos fuesen pobres para tener su tesoro en los jóvenes pobres: “Nuestras solicitudes deben dirigirse a los salvajes, a los niños más pobres, a los que corren más peligro de la sociedad. Para nosotros, este es el bienestar que nadie invadirá y que nadie vendrá a arrebatarlos” .

Nuestros destinatarios prioritarios, los jóvenes más necesitados, son la razón de nuestro “desposar” la pobreza apostólica, cuyo testimonio “ayuda a los jóvenes a superar el instinto de posesión egoísta y les abre al sentido cristiano de la participación” (Const. 73). Anunciar con la vida que Dios es nuestro único tesoro, nos aleja de todo lo que hace insensibles a Dios y nos hace abiertos y disponibles a las exigencias de los jóvenes. Además de realizar el verdadero significado del cetera tolle, vivir realmente la pobreza evangélica allí donde hayamos sido enviados, nos ayudará a encarnar el carisma salesiano, pues, de hecho, es un criterio seguro que guía su implantación y verifica cualquier realización histórica suya..

Conociendo e imitando a Don Bosco, hagamos de los jóvenes la misión de nuestra vida (25 de diciembre de 2011)

En los apuntes que la tradición ha llamado Testamento espiritual, Don Bosco ha dejado escrito: «Cuando empiece a aparecer comodidad en las personas, en las habitaciones o en las casas, comenzará al mismo tiempo la decadencia de nuestra congregación [...] Cuando empiecen entre nosotros el bienestar o las comodidades, nuestra pía Sociedad habrá terminado su camino». Hoy inspirándonos en Don Bosco ¿no deberíamos tener la valentía de decir que cuando una comunidad religiosa se apoltrona ante la TV y la prensa horas y horas, es señal de que, al menos en ese sitio, hemos acabado nuestro camino? ¿Qué decir cuando una obra salesiana se reduce a cuatro muchachitos con un balón y una TV y no encuentra tiempo para convocar a jóvenes e implicarlos en sus propias iniciativas, pero lo encuentra en cambio para hacer viajes culturales? Tal vez esa obra ha terminado su camino, dado que, —aunque el número de jóvenes en una obra salesiana local no lo es todo—, ahí está el termómetro de la razón de ser de una casa en ese lugar determinado.

Testigos de la radicalidad evangélica (8 de abril de 2012)

Puesto que el CG27 está en estrecha relación de continuidad con el CG26, pienso que se puede expresar su relación mediante uno de los “iconos” más ricos y más conocidos: el sueño del personaje de los diez diamantes. También el CG25, que profundizó el tema de la comunidad salesiana, tuvo en consideración este sueño. El CG26, al proponerse “volver a partir de Don Bosco para despertar el corazón de todo salesiano con la identidad carismática y la pasión apostólica”, contempló el manto de este personaje, sobre todo en su parte frontal, es decir, en su testimonio de Dios por medio de los tres diamantes “de grosor y brillantez extraordinarios”: la fe, la esperanza y la caridad pastoral. Efectivamente, hablando de los cinco núcleos temáticos del CG26, escribí que en realidad se trataba de “un único tema: el programa de vida espiritual y apostólica de Don Bosco, que la vida teologal quiere favorecer y realizar.

No podemos olvidar que el manto tiene dos partes. Los tres diamantes colocados sobre el pecho se refieren a la mística salesiana, centrada en el “da mihi animas”, es decir, en la caridad pastoral acompañada de la vitalidad de las otras dos virtudes teologales. Los cinco diamantes de la espalda constituyen la ascética salesiana. Los dos diamantes del trabajo y de la templanza, colocados muy visiblemente en la espalda, sostienen todo el manto y «hacen de cremallera entre el aspecto místico y el ascético, traduciéndolos juntos en la vida cotidiana».

En la presentación de este sueño, Don Egidio Viganò escribió: “El contenido del sueño presenta ciertamente, en la mente de Don Bosco, un importante cuadro de referencia para nuestra identidad vocacional. La elección y presentación orgánica de determinadas características hay que considerarla como una autorizada carta de identidad del rostro salesiano; en ellas encontramos un esbozo cualificado de nuestra fisonomía. Por eso Don Bosco nos dice que el cuidado de estas características asegura el porvenir de nuestra vocación en la Iglesia, mientras su negligencia y descuido destruye su existencia”.

El artículo 18 de las Constituciones, que tiene como título precisamente “Trabajo y templanza”, presenta este binomio, “para nosotros inseparable”, como un elemento esencial del espíritu salesiano, “la palabra de orden y el distintivo del salesiano”: “las dos armas con las que nosotros, escribió Don Bosco, lograremos vencer todo y a todos”.

Se podría decir, en referencia al tema del CG27, que representa el modo salesiano de comprender y realizar la “radicalidad evangélica”, “en la cual se concretan y encarnan hora tras hora y día tras día, los ideales y el dinamismo de nuestra fe, de nuestra esperanza y de nuestra caridad”. Don Bosco no quiso sino fundar “una Congregación de religiosos ‘con mangas arremangadas’ y que fueran también “un modelo de frugalidad”. Efectivamente, el texto constitucional dice: “El trabajo y la templanza harán florecer a la Congregación “; “por el contrario, la búsqueda del bienestar y de las comodidades serán su muerte”.

“Para Don Bosco el trabajo no es la simple ocupación del tiempo en cualquier actividad, aunque sea fatigosa, sino la entrega a la misión con todas las capacidades y a tiempo pleno”, “es medio de santidad”. “El salesiano se entrega a su misión con actividad incansable, y procura hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura. Sabe que con su trabajo participa en la acción creadora de Dios y coopera con Cristo en la construcción del Reino. La templanza refuerza en él la guarda del corazón y el dominio de sí mismo, y le ayuda a mantenerse sereno. No busca penitencias extraordinarias; pero acepta las exigencias de cada día y las renunciaciones de la vida apostólica: está dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, el cansancio y el desprecio, siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas” (Const. 18).

El comentario que hace a este artículo “El Proyecto de vida de los Salesianos de Don Bosco” dice que “el texto de la Regla subraya, en primer lugar, la función que desempeñan en la vida y en la misión de la Congregación el trabajo y la templanza. Para Don Bosco es programa vital (un lema unido al “da mihi animas, cetera tolle”) y garantía de futuro”.

Y continúa: “En nuestra tradición ambos elementos van inseparablemente unidos. En el sueño de los diez diamantes, los dos diamantes del trabajo y de la templanza, colocados en los hombros, sostienen el manto del Personaje. En la fisonomía del salesiano y en su vida apostólica, trabajo y templanza no pueden separarse: tienen función complementaria de impulso y punto de apoyo. Es la misma realidad de la vida, que exige, por una parte entusiasmo y por otra renuncia, por una parte esfuerzo y por otra mortificación.

Obsérvese que en la visión salesiana “trabajo y templanza” aparecen como realidades de sentido positivo. El trabajo lanza a la persona a la acción, la estimula su creatividad, la impulsa a una cierta afirmación de sí mismo y la envía al mundo; cualidades del trabajo son, por ejemplo, la prontitud, la espontaneidad, la generosidad, la iniciativa, la actualización constante, y, naturalmente, la unión con los hermanos y con Dios. La templanza, como virtud que conduce al dominio de sí, es “quicio” en torno al cual giran varias virtudes moderadoras: continencia, humildad, mansedumbre, clemencia, modestia, sobriedad y abstinencia, economía y sencillez, austeridad; este conjunto constituye una actitud global de dominio sobre nosotros mismos. De este modo la templanza resulta ser un entrenamiento para aceptar muchas exigencias no fáciles ni agradables del trabajo diario... Para los Salesianos —escribía Don Viganò— la templanza no es suma de renunciaciones, sino crecimiento en la praxis de la caridad pastoral y pedagógica».

Parece importante también resaltar la relación entre trabajo y templanza. El trabajo se caracteriza también por un aspecto ascético; hay que evitar un trabajo desordenado, que engendra estrés en el hermano; se necesita autodisciplina y capacidad de descanso. Por otro lado, para evitar el riesgo del esfuerzo del voluntarismo, la templanza se sitúa en un horizonte místico, o sea, está influenciada por la misión.

Buscando un nexo entre el programa de vida de Don Bosco “da mihi animas, cetera tolle” y este lema del salesiano “trabajo y templanza”, podríamos decir que el trabajo es la visibilidad de la mística salesiana y expresión de la pasión por las almas, mientras la templanza es la visibilidad de la ascética salesiana y expresión del “cetera tolle”. También en esto encontramos una continuidad entre CG26 y CG27.

Trabajo

Es bien conocido el amor que Don Bosco tuvo al trabajo, hasta el punto de provocar un cierto “escándalo”, según las palabras de Don Alberto Caviglia, que hablando de Don Bosco decía: “He aquí el escándalo de un santo: dice muchas más veces “trabajemos” que “recomos”.

En efecto, son muchísimas las citas que encontramos de sus exhortaciones al trabajo: “Pues bien, mirad, -dijo hablando a las HMA en Alassio en 1877- cuando voy por las casas y oigo que hay mucho trabajo, vivo tranquilo. Donde hay trabajo, no está el demonio”. Y otra vez: “El que quiere entrar en la Congregación, es necesario que ame el trabajo... No se permite que le falte nada de lo necesario..., pero es preciso trabajar... Nadie entre con la esperanza de estarse mano sobre mano...”. Por eso pudo prometer a sus salesianos: “Pan, trabajo y paraíso” y atreverse a afirmar que “cuando suceda que un Salesiano sucumba trabajando... por las almas, entonces diréis que nuestra Congregación ha alcanzado un gran triunfo”. Él mismo trabajó tanto que murió no de enfermedad, sino consumido por el demasiado trabajo, según las palabras del médico que lo atendió. Basten éstas pocas citas para estar seguros de que el trabajo es el distintivo del salesiano, una característica de nuestra propia índole, que nos conduce a nuestros orígenes.

Por eso, para Don Bosco no tienen lugar en la Congregación los que él llamaba “poltrones”, es decir, aquellos que no saben tomar iniciativas, que son perezosos e indolentes, que no conocen la fatiga; esto es para nosotros salesianos un criterio de discernimiento vocacional.

Comprendemos que la insistencia unilateral sobre el trabajo, confirmada por citas aisladas de Don Bosco, podría justificar comportamientos no infrecuentes de hermanos excesivamente centrados en su “propio” trabajo o que hacen del trabajo, aunque sea apostólico, el único horizonte de la propia vida consagrada. No es éste el pensamiento de Don Bosco. Él asociaba el trabajo con la “unión con Dios” y una ininterrumpida tradición desde las primeras generaciones salesianas acuñó la expresión de “trabajo santificado”. El trabajo es “misión apostólica”. Si se pierde de vista quién es Aquel que manda y sostiene con la fuerza de su Espíritu y cuál es el fin de la misión, se corre el peligro de convertir el trabajo en un “ídolo”. Por consiguiente, no cualquier trabajo es trabajo apostólico.

El trabajo autónomo no es propio de los Salesianos; al contrario, estamos llamados a «vivir y trabajar juntos» (Const. 49), bien entendido que esto no siempre querrá decir «codo con codo», en los mismos ambientes y en los mismos tiempos, sino más bien, según un proyecto compartido comunitariamente, sostenido y verificado juntos, puesto que «en clima de amistad fraterna,... compartimos corresponsablemente experiencias y proyectos apostólicos» (Const. 51). La comunidad local y la comunidad inspectorial son el horizonte dentro del cual gastamos generosamente las propias fuerzas.

Añadamos, además, una consideración sobre la “profesionalidad” en el trabajo, sobre el sentido de responsabilidad que debe acompañar cualquier trabajo, y más aún el que llamamos “apostolado”. La improvisación, el conformismo, la repetición monótona de lo que ya no es adecuado a los

destinatarios, la alergia a reflexionar y a proyectar, no son señales que indican “pasión apostólica”, sino más bien “pereza”.

Compartir habitualmente con los hermanos y con los seculares la reflexión, individuar algunos objetivos posibles, dedicar tiempo a la fase preparatoria, verificar escrupulosa y sinceramente, mejorar a la luz de la experiencia, confrontarse con las indicaciones de la Congregación y de la Iglesia local, leer con agudeza los signos de los tiempos, emplear los instrumentos que nos ofrecen las ciencias humanas, son sólo algunos de los indicadores de la serenidad y honestidad de nuestro trabajo.

La reflexión de Don Viganò sobre el tema es todavía válida y actual: “Venimos de los pobres, de una cultura popular. Y es un designio de Dios, porque somos para los pobres, para el pueblo [...] Estamos en la aurora de una nueva cultura que recibe estímulo de la civilización del trabajo; es la hora de la técnica y de la industria, donde el trabajo ocupa un lugar central. Pues bien: cuando hablamos de nuestro trabajo, queremos sentirnos “profetas” y no simples “ascetas“. Debemos hablar del trabajo de manera profunda y amplia. No se trata sólo de un moralismo de conducta, debería ser una profecía religiosa, donde hay también un lugar no indiferente para la ascesis, y donde hay todo un testimonio para la gente de hoy, evangélicamente útil al mundo del trabajo”. Don Bosco, se ha dicho justamente, supo responder a las necesidades educativas y sociales de su tiempo con una originalidad genial, educando con el trabajo y para el trabajo; hizo del trabajo un instrumento educativo, y también un modo y un contenido de vida.

Obviamente, a nosotros nos interesa reflexionar sobre cómo la fe, la esperanza y la caridad impulsan al salesiano a ser no sólo una persona comprometida en la transformación del mundo por medio de su trabajo, sino también un gran trabajador en la Iglesia. Desde este punto de vista, lo que identifica al salesiano no es una profesión cualquiera, sino su vocación de consagrado apóstol; no extraña por tanto que se hable de “profesionalidad” del “trabajo del salesiano”; precisamente porque se lo ve en relación con la misión, es un trabajo pedagógico, pastoral, educativo, cualificado y actualizado con las aportaciones de las ciencias humanas y de las disciplinas teológicas, y vivido según el estilo salesiano “procurando hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura”. “Éste es el trabajo que termina por modelar la fisonomía espiritual de la persona” del salesiano.

El texto constitucional subraya que el salesiano, con su trabajo, coopera con la acción creadora de Dios, haciendo al mundo más humano, y colabora también con Cristo en la obra de la Redención. De este modo, el salesiano se identifica no sólo con su profesión, sino sobre todo con su vocación. He aquí por qué la “actividad incansable” de que habla el artículo 18, no significa ni agitación ni activismo, sino trabajo apostólico por la salvación de las almas y por la propia santificación.

La espiritualidad y el empeño en el trabajo caracterizan a todo salesiano, tanto sacerdote como coadjutor; el trabajo es un aspecto de la común identidad carismática. Por otra parte, cada una de las dos formas de la vocación consagrada salesiana tiene su modo específico de vivir el trabajo, con atenciones prevalentes en el campo ministerial o laical, sin que por esto se acentúe de manera exclusiva uno u otro campo. Precisamente por esto, todo salesiano, cualquiera sea su forma vocacional, no desdeña el trabajo manual con el que cuida la casa, embellece el ambiente educativo, educa a los jóvenes en el trabajo manual.

Templanza

Comentando el sueño de los diez diamantes, Don Egidio Viganò hizo una interpretación muy profunda y actual de la templanza: «Esta se concibe como guarda del corazón y dominio de sí mismo, es decir, como moderadora de las inclinaciones, instintos y pasiones, cultivo de lo razonable, ruptura con lo mundanal —no huyendo al desierto, sino permaneciendo entre los hombres—, dueño del propio corazón, estar en el mundo, sin ser del mundo. Tal templanza es una actitud esencial de fondo, de dominio de sí. Con razón la tradición teológica habla de la templanza como de una “virtud cardinal”: un eje de rotación sobre el que giran diversas y complementarias actitudes de dominio de sí. De hecho, he aquí las virtudes que giran en torno al núcleo central de la templanza: la continencia, contra las tendencias de la lujuria; la humildad, contra las tendencias de la soberbia...; la mansedumbre, contra las explosiones de la ira...; la clemencia, contra ciertas inclinaciones a la crueldad y a la venganza; la modestia, contra la vanidad de la exhibición del cuerpo (¡la moda!); la sobriedad y la abstinencia, contra los excesos en la bebida y en la comida; la economía y la sencillez, contra la liberalidad en el derroche y en el lujo; la austeridad en el tenor de vida (una vida espartana), contra las tentaciones de la comodidad”.

Se trata en el fondo, de la necesaria ascesis cristiana tan poco apreciada en la sociedad de hoy, fuertemente condicionada por el hedonismo y por el relativismo ético, en nombre de la libertad absoluta, que rehúsa toda limitación y que, en nombre de la espontaneidad de la naturaleza y de las ideologías, la considera una neurosis alienante. La falta de ascesis es consecuencia y manifestación del rechazo de Dios. El sentido, la justificación y la fecundidad de la ascesis cristiana se encuentran en la fidelidad al misterio de la muerte y resurrección de Cristo.

No hay que olvidar que el trabajo entre los más pobres, la cercanía a los que sufren, la proximidad a los ambientes populares, el compartir “gozos y esperanzas, tristezas y angustias” de tantos hombres y mujeres y jóvenes que encuentran dificultad para vivir, son un poderoso impulso para rehusar toda forma de molicie y de aburguesamiento en cada uno y en nuestras comunidades y, por tanto, para vivir en sobriedad, esencialidad y templanza. Los pobres pueden llegar a ser nuestros auténticos “formadores”, pues nos piden cada día que seamos fieles a la promesa que hemos hecho de dar toda nuestra vida por ellos.

Es verdad que la ascesis “debe estar relacionada con la antropología cultural del tiempo en que se vive. Y hoy la templanza debe contar con un concepto más profundo del hombre, con los descubrimientos adquiridos por las ciencias antropológicas (especialmente la psicología), con las características de nuestra realidad somática, con el valor profundo de la sexualidad, con el proceso de personalización, con la situación del pluralismo, con la importancia de la dimensión comunitaria, con las exigencias de la socialización”.

Por consiguiente, una ascesis cristiana que tenga en cuenta la integración armónica entre cuerpo y alma; que abra las personas al amor oblativo; que sea capaz de afrontar cristianamente las alienaciones que la vida moderna implica: el ‘estrés’, la monotonía del trabajo, la superficialidad de las relaciones. Es necesaria una ascesis del silencio en esta civilización del estruendo para no perderse en el cúmulo de significados; una ascesis que sepa disciplinar los medios de comunicación social, el sueño, el descanso, el alimento, los sentidos, etc... La fecundidad de la ascesis no se mide por el sufrimiento de las renunciaciones o por la intensidad del esfuerzo, sino por su progreso en la caridad y por su eficacia evangélica. Como los ascetas de todos los tiempos, Don Bosco subrayó el nexo indisoluble entre mortificación corporal y oración: “¡Quien no mortifica su

cuerpo no es capaz de rezar!”. La templanza es indispensable para la salud, precisamente porque genera aquella libertad de espíritu que nos hace disponibles para amar hasta el fin.

La reflexión sobre la ascesis de Don Bosco, más allá de las circunstancias que la caracterizaron, tiene mucho que decirnos hoy. Don Bosco fue un santo educador que amó profundamente y supo hacerse amar practicando en grado heroico la templanza. Lo que Don Bosco pidió a Don Rua, al enviarlo como joven director a Mirabello, “procura hacerte amar”, es posible sólo con una fuerte ascesis que nace de la práctica de la templanza. Para Don Bosco la templanza está siempre en función de la mística del “da mihi animas”, porque es una disciplina que educa para el don de sí mismos en el amor: “Señor, haz que salve la juventud concediéndome la esperanza”. Por eso la templanza salesiana debe ser alegre, cotidiana, amable, sencilla, inteligente, heroica, simpática, y debe hacerse visible en el rostro sereno, radiante, gozoso del salesiano..

Ángel Fernández

Aguinaldo 2015

Esa predilección de Don Bosco por los jóvenes, por cada joven, fue la que le llevaba a hacer lo que fuese, a romper «todo molde», todo estereotipo con tal de llegar a ellos. Como atestigua don Francisco Dalmazzo al «proceso de santidad» de Don Bosco, bajo juramento en 1892, «Yo vi un día a Don Bosco abandonar a don Rua y a mí, que le acompañábamos, para ayudar a un muchacho albañil a transportar una carretilla muy cargada, que se sentía incapaz de mover y que lo demostraba llorando; y esto sucedía en una de las calles principales de la ciudad».

Esa predilección por los muchachos llevaba a Don Bosco a entregarse del todo en la búsqueda de su bien, de su crecimiento, desarrollo y bienestar humano y de su salvación eterna. Ese era el horizonte de vida de nuestro padre: ¡ser todo para ellos, hasta el último suspiro! Lo expresa muy bien una de nuestras hermanas estudiosa de Don Bosco cuando escribe: «El amor de Don Bosco por estos jóvenes se manifestaba en gestos concretos y oportunos. Se interesaba por toda su vida, enterándose de las necesidades más urgentes e intuyendo las más ocultas. Afirmar que su corazón se entregaba totalmente a los jóvenes significa que toda su persona, inteligencia, corazón, voluntad, fuerza física, todo su ser estaba orientado a hacerles en bien, a promover su crecimiento integral, a desear su salvación eterna. Por tanto, para Don Bosco ser hombre de corazón quiere decir estar totalmente consagrado al bien de sus jóvenes y gastar a favor de ellos todas sus energías ¡hasta el último aliento!».

Cinco frutos del bicentenario (25 de julio de 2015)

Me imagino, hermanos, que la mayoría de vosotros habréis leído y meditado la Exhortación Apostólica *Evangelii Gaudium*. Si no habéis podido hacerlo todavía, os invito y animo a leerla y meditarla. No dudo que sacaréis mucho fruto. Yo he reflexionado recientemente, en su segundo capítulo, sobre lo que se refiere a la búsqueda del poder y la idolatría del dinero.

Con una gran belleza nuestras Constituciones expresan quiénes son los jóvenes a los que somos enviados diciendo: «El Señor indicó a Don Bosco, como primeros y principales destinatarios de su misión, a los jóvenes, especialmente a los más pobres... y con Don Bosco reafirmamos nuestra preferencia por la juventud pobre, abandonada y en peli gro, la que tiene mayor necesidad de ser querida y evangelizada, y trabajamos, sobre todo, en los lugares de mayor pobreza» (Const. 26).

A la luz de esta expresión también fundamental y esencial de nuestro carisma, os digo hermanos, que mientras recorramos esta vía no debemos preocuparnos por la identidad de nuestra misión y por nuestra fidelidad. Estamos en el buen camino. Si por el contrario no nos preocupara estar con los más pobres, los que más nos necesitan y nos sintiéramos cómodos en tener poder y medios económicos, deberíamos asustarnos. Y he de deciros que yo me siento preocupado ante casos de hermanos que viven la autoridad no como servicio sino como poder, no como servicio sino como fuerza que permite tener y hacer cosas, y más todavía si viene de la mano de los recursos económicos, o se busca que así sea. Más adelante me referiré de nuevo a este tema para explicar qué quiero decir.

En la *Evangelii Gaudium* el Papa cita un texto de los Padres de la Iglesia que tiene de una gran fuerza. Es de san Juan Crisóstomo: «No compartir con los pobres los propios bienes es robarles y quitarles la vida. Los bienes que tenemos no son nuestros, sino suyos» [20] . El Papa nos advierte acerca de la globalización de la indiferencia que nos hace incapaces de compadecernos ante el clamor de los demás, en una cultura del bienestar que nos anestesia (EG 54). Con gran firmeza nos hace una llamada de atención sobre la cultura del «descarte» a la que social mente hemos dado inicio, en la que los excluidos no son «explotados» sino desechos «sobrantes» (EG 53); y nos advierte de la nueva idolatría del dinero a la que llama versión nueva y despiadada de la adoración del antiguo becerro de oro (Cfr. Ex 32,1-35), llegando a afirmar que «el afán de poder y de tener no conoce límites» (EG 56). Llega a decir de manera rotunda que «el dinero debe servir y no gobernar» (EG 58).

Y él piensa en la Iglesia y el mundo. Yo dirijo mi mirada a algo mucho más pequeño, como es nuestra Congregación, y estoy convencido de que nuestra fuerza se encuentra en el servicio y en la búsqueda del bien de nuestros muchachos y muchachas, especialmente los más pobres. Es humano caer en la tentación de fundamentar nuestra esperanza en los números, en las obras, en la eficiencia, pero este no es nuestro camino. «No os repleguéis en vosotros mismos —dice el Papa—, no dejéis que las pequeñas peleas de casa os asfixien, no quedéis prisioneros de vuestros problemas [...]. Hay toda una humanidad que espera: personas que han perdido toda esperanza, familias en dificultad, niños abandonados, jóvenes sin futuro alguno, enfermos y ancianos abandonados, ricos hartos de bienes y con el corazón vacío, hombres y mujeres en busca del sentido de la vida, sedientos de lo divino...» [21] .

¡Qué desafío tan grande y tan preciso para nosotros! Es por eso que sueño nuestra Congregación después del Bicentenario de Don Bosco como esa porción de Iglesia que se ve a sí misma fiel desde el servicio, la humildad, la pobreza y los medios económicos únicamente al servicio de la misión educativa y evangelizadora. Por eso solo pido que nos ayudemos mutuamente. Que nos ayudemos cuando algunas veces la autoridad se vive más como poder que como servicio. Que nos ayudemos cuando se busca, sobre todo, tener cargos, ser directivos; ayudar nos cuando se corre el peligro de buscar, casi como finalidad que da sentido a la propia vida y vocación, el «managerismo», el ser ejecutivos de obras (por más que nos digamos que es para el bien de otros). Hemos de ayudarnos cuando el dinero sirve para tener fuerza, poder de decisión sobre las cosas, y las personas; hemos de ayudarnos cuando el uso y manejo del dinero y de los medios económicos de la comunidad y la obra no es claro ni transparente... ¡Ayudarnos, hermanos, ayudarnos siempre y desde la verdad y libertad evangélica porque es tos peligros también existen entre nosotros!.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones y Reglamentos

18. El trabajo y la templanza harán florecer la Congregación; en cambio, la búsqueda de comodidades y bienestar material será su muerte.
El salesiano se entrega a su misión con actividad incansable, y procura hacer bien todas las cosas con sencillez y mesura. Sabe que con su trabajo participa en la acción creadora de Dios y coopera con Cristo en la construcción del Reino.
La templanza refuerza en él la guarda del corazón y el dominio de sí mismo, y le ayuda a mantenerse sereno.
No busca penitencias extraordinarias; pero acepta las exigencias de cada día está dispuesto a soportar el calor y el frío, la sed y el hambre, el cansancio y el desprecio, siempre que se trate de la gloria de Dios y de la salvación de las almas.
- ✧ ¿Soy trabajador a ejemplo de Don Bosco?
 - ✧ ¿Me esfuerzo por hacer bien mis responsabilidades, como expresión de amor al Señor y a los jóvenes a quienes sirvo?
 - ✧ ¿Soy sencillo y mesurado?
 - ✧ ¿Acepto las exigencias de la misión y las vivo con serenidad?
72. Conocemos la generosidad de nuestro Señor Jesucristo, que siendo rico se hizo pobre para enriquecernos con su pobreza.
Llamados a una vida intensamente evangélica, elegimos seguir al Salvador, que nació en la pobreza, vivió en la privación de todos los bienes y murió desnudo en una cruz.
Como los Apóstoles al ser invitados por el Señor, nos liberamos de la preocupación y el afán por los bienes terrenos y, poniendo nuestra confianza en la providencia del Padre, nos entregamos al servicio del Evangelio.
- ✧ ¿Amo a Cristo pobre, y le tengo por mi mayor riqueza?
 - ✧ ¿Me siento libre de los bienes materiales y me confío plenamente en la Providencia del Padre?
 - ✧ ¿Me entrego sin límites al servicio del Evangelio?
73. Don Bosco vivió la pobreza como desprendimiento del corazón y servicio generoso a los hermanos, con estilo austero, industrioso y rico de iniciativas.
Siguiendo su ejemplo, también nosotros vivimos desprendidos de todos los bienes terrenos y participamos con espíritu emprendedor en la misión de la Iglesia y en su esfuerzo por la justicia y la paz, sobre todo educando a los necesitados.
El testimonio de nuestra pobreza, vivida en la comunión de bienes, ayuda a los jóvenes a vencer el instinto de posesión egoísta y les abre al sentido cristiano del compartir.

- ✧ ¿Pongo mis cualidades y bienes al servicio de mis hermanos?
- ✧ ¿Vivo con austeridad, como testimonio de mi entrega total al Señor y a la misión que me ha encomendado?
- ✧ ¿En mi servicio pastoral soy rico en iniciativas?
- ✧ ¿Pongo mis cualidades y bienes al servicio de los jóvenes?
- ✧ ¿Con mi testimonio de solidaridad, ayudo a los jóvenes a superar el egoísmo y abrirse a la riqueza de compartir?
- ✧ ¿Doy testimonio de sencillez, desprendimiento y generosidad?

74. Por el voto de pobreza nos comprometemos a no usar ni disponer de los bienes materiales sin el consentimiento del superior legítimo.

Todo hermano conserva la propiedad de su patrimonio y la capacidad para adquirir otros bienes; pero antes de la profesión dispone libremente de su uso y usufructo, y cede a otros su administración.

Antes de la profesión perpetua otorga testamento, conforme a las leyes del código civil. Tras seria reflexión, para manifestar su total abandono en la divina Providencia, puede también renunciar de modo definitivo a los bienes cuya propiedad se hubiere reservado, a tenor del derecho universal y propio.

- ✧ ¿Soy fiel al espíritu de nuestras Constituciones, superando todo legalismo?
- ✧ ¿Me abandono completamente en la divina Providencia?
- ✧ ¿Hice mi testamento?

75. Cada uno de nosotros es el primer responsable de su pobreza. Por ello, vive a diario el desprendimiento prometido con un estilo de vida pobre.

En el uso de los bienes temporales acepta depender del superior y de la comunidad; pero sabe que el permiso recibido no le dispensa de ser pobre en la realidad y en el espíritu.

Está atento para no ceder poco a poco al deseo de bienestar y a las comodidades, que son amenaza directa a la fidelidad y a la generosidad apostólica.

Cuando su estado de pobreza le ocasiona alguna incomodidad o sufrimiento, se alegra de poder participar de la bienaventuranza prometida por el Señor a los pobres de espíritu.

- ✧ ¿Discierno ante el Señor, sin buscar engañarme, el uso de los bienes al servicio de la misión?
- ✧ ¿Estoy atento para no ceder a las tentaciones de una sociedad consumista?
- ✧ ¿Me anima la pasión por el Reino?
- ✧ ¿Es el seguimiento del Señor y la construcción de su Reino mi mayor riqueza, fuente de alegría, aún en medio de las privaciones y dificultades?

78. El trabajo asiduo y sacrificado es una característica heredada de Don Bosco y expresión concreta de nuestra pobreza.

En la laboriosidad de cada día, nos asociamos a los pobres que viven de su propio esfuerzo y testimoniamos el valor humano y cristiano del trabajo.

- ✧ ¿Soy responsable con los compromisos asumidos, tanto dentro de la comunidad como en mi servicio educativo pastoral?
- ✧ ¿Me entrego con generosidad y sin límites en la misión que me ha sido encomendada?
- ✧ Las personas con las que trabajo, ¿pueden ver en mí un religioso que trabaja incansablemente al servicio de sus hermanos y de la misión encomendada?
- ✧ ¿Cuido mi salud, puesto que es una riqueza al servicio de la misión, pero sin hacer de este cuidado un impedimento para mi entrega generosa?

79. El espíritu de pobreza nos lleva a ser solidarios con los pobres y a amarlos en Cristo. Por tanto, nos esforzamos en estar a su lado y aliviar su indigencia, haciendo nuestras sus legítimas aspiraciones a una sociedad más humana.

Al pedir o aceptar ayudas para el servicio de los necesitados, imitamos a Don Bosco en el celo y en la gratitud, y como él nos mantenemos evangélicamente libres. Recordad - nos advierte - que no es nuestro lo que tenemos, sino de los pobres. ¡Ay de nosotros si no lo empleamos bien!.

- ✧ ¿Soy solidario con los pobres, descubro en ellos la presencia del Señor y me esfuerzo por responder a sus necesidades?
- ✧ ¿Administro mis cualidades, la formación recibida y todos mis bienes al servicio de los pobres, con la convicción que a ellos les pertenece?
- ✧ ¿Con mi servicio procuro ser un aporte significativo en la construcción de una sociedad más fraterna y solidaria?

R55. Todo salesiano practica su pobreza con la sobriedad en las comidas y bebidas, con la sencillez en el vestir y con el uso moderado de las vacaciones y los esparcimientos.

Acondiciona con sencillez su habitación, y evita convertirla en refugio que lo tenga alejado de la comunidad y de los jóvenes.

Está atento para no contraer ningún hábito contrario al espíritu de pobreza.

Fiel a una tradición constante, se abstiene de fumar, como forma de templanza salesiana y de testimonio en su labor educativa.

- ✧ ¿Soy sobrio en el vestir, comer, uso de las vacaciones y esparcimientos?
- ✧ ¿Soy sobrio en mi habitación y no hago de ella un refugio que me aleja de los hermanos a quienes he sido enviado?
- ✧ ¿Soy libre de todo hábito y vivo con total desprendimiento?

R56. Cuanto adquieran los socios, con su trabajo o en atención a la Sociedad, no podrán reservárselo para sí, sino que todo deberá ser puesto en común.

Cuando reciban dinero de su comunidad por exigencias del propio trabajo o para las pequeñas necesidades individuales, lo emplearán con sentido de responsabilidad y darán cuenta al superior.

- ✧ ¿Me preocupo por vivir el espíritu de lo que me pide los Reglamentos superando todo legalismo?
- ✧ ¿Soy responsable en la administración de los bienes que me han sido confiados?
- ✧ ¿Conozco lo que dice el Directorio Inspectorial y lo hago vida?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

76. A ejemplo de los primeros cristianos, ponemos en común los bienes materiales: los frutos de nuestro trabajo, los regalos recibidos y lo que percibimos por jubilación, subvención y seguro. Aportamos también nuestros talentos, energías y experiencias.

En la comunidad, el bien de cada uno es bien de todos.

Cuanto tenemos, lo compartimos fraternalmente con las comunidades de la inspección, y somos solidarios con las necesidades de toda la Congregación, de la Iglesia y del mundo.

- ✧ ¿Compartimos las cualidades y bienes materiales a ejemplo de la primera comunidad cristiana?
- ✧ ¿Nuestros bienes están al servicio de la Misión?
- ✧ ¿Somos una comunidad solidaria con los pobres de nuestra misión, con nuestra inspección, la Congregación y la Iglesia?
- ✧ ¿Hemos asumido alguna renuncia material para servir a los más pobres?

C77. Cada comunidad, atenta a las condiciones del ambiente donde vive, da testimonio de su pobreza viviendo sencilla y frugalmente en una residencia modesta.

A ejemplo de nuestro Fundador y con su mismo espíritu, aceptamos la posesión de los medios necesarios para nuestro trabajo, y los administramos de modo que su finalidad de servicio sea evidente a todos.

La elección de las actividades y la ubicación de las obras respondan a las necesidades de los pobres; las estructuras materiales inspírense en criterios de sencillez y funcionalidad.

- ✧ ¿Nuestra casa es sencilla, modesta que da testimonio de una comunidad religiosa?
¿Cuidamos de no dar la impresión de lujo?
- ✧ ¿Administramos nuestros bienes al servicio de la misión? ¿los que nos ven, pueden percibir con claridad este testimonio?
- ✧ ¿Participamos activamente en el discernimiento comunitario, buscando vivir con autenticidad nuestra pobreza?
- ✧ Nuestras estructuras ¿son sencillas y claramente al servicio de nuestra misión educativo-pastoral?
- ✧ Los pobres ¿pueden llegar a nuestra comunidad educativo pastoral, sin sentirse incómodos, o fuera de lugar?

R58. Corresponde a los capítulos inspectoriales dar normas que establezcan, para las comunidades de la inspectoría, un nivel de vida modesto y de igualdad verdadera, teniendo en cuenta su situación.

En particular determinarán:

1. el uso de los instrumentos de trabajo que se consideren personales, y que los hermanos pueden llevar consigo al cambiar de casa;
2. las vacaciones que se dan a los hermanos para una conveniente recuperación de las energías físicas e intelectuales;
3. las normas para una solidaridad concreta entre las casas de la inspectoría, y las aportaciones que deben dar las comunidades para las necesidades generales de la inspectoría.

- ✧ ¿Conocemos lo que nos dice nuestro Directorio Inspectorial? ¿lo hemos asumido con generosidad, superando todo legalismo?
- ✧ ¿Somos sensibles a nuestros hermanos que pasan por dificultades económicas? ¿somos solidarios con ellos?

R60. Nuestras obras tienen finalidad de servicio. Estén, por tanto, abiertas y a disposición de las necesidades del lugar. Procúrese que no queden sin utilizar locales e instalaciones cuyo uso reclamen las necesidades pastorales de la zona.

- ✧ ¿Nuestras estructuras están al servicio de la comunidad?
- ✧ ¿Damos testimonio de una comunidad abierta, solidaria y servicial?
- ✧ ¿La Iglesia local sabe que siempre podrá contar con nuestro servicio?

R62. Cúidese el mantenimiento de los bienes inmuebles y muebles. Importancia especial tiene la conservación de las bibliotecas, los archivos y demás material de documentación, por su gran valor cultural y comunitario.

- ✧ ¿Cuidamos la mantención de nuestra casa y de la estructura de nuestra comunidad educativo pastoral?
- ✧ ¿Cuidamos también el patrimonio cultural y comunitario?
- ✧ ¿Mantenemos al día la Crónica, la Biblioteca y el archivo de nuestra comunidad?

R63. Los medios de locomoción estén matriculados a nombre de la casa o inspectoría. No estén al servicio exclusivo de una persona, sino a disposición de la comunidad, que únicamente los empleará como instrumentos de servicio y con criterios de pobreza.

- ✧ ¿Vivimos lo que nos indica con tanta claridad este artículo?

R64. Por sentido de ahorro y con espíritu de familia, hagan los hermanos, en cuanto sea posible, los trabajos y labores de la casa. Procuren adquirir práctica de ello, sobre todo durante el período de formación inicial.

- ✧ Dentro de nuestras posibilidades ¿somos solidarios en el servicio comunitario?
- ✧ ¿Damos testimonio de pobreza, sencillez, justicia social y amor fraterno con aquellos que trabajan con nosotros?

R65. La comunidad local e inspectorial revise, con la frecuencia que juzgue más oportuna, su estado de pobreza en lo concerniente al testimonio comunitario y a los servicios que presta. Estudie los medios para una renovación constante.

- ✧ ¿Cada cuánto tiempo hacemos esta revisión de nuestra pobreza personal y comunitaria?
- ✧ ¿Se traduce en decisiones concretas? ¿las ponemos en práctica? ¿las evaluamos?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. NECEDAD DEL HOMBRE RICO

1. Motivación

Gozar del amor al Señor, es nuestra mayor riqueza; amarle con todo el corazón y sentir su pasión por el Reino es la fuerza que nos lleva al total desprendimiento, a tener un corazón absolutamente libre, a vivir con la sabiduría de quien sabe que en Dios lo tiene todo.

canto: **El viñador**

Por los caminos sedientos de luz,
levantándose antes que el sol,
hacia los campos que lejos están,
muy temprano se va el viñador.
No se detiene en su caminar,
no le asusta la sed ni el calor,
hay una viña que quiere cuidar,
una viña que es todo su amor.

**Dios es tu amigo,
el viñador,
el que te cuida de sol a sol.
Dios es tu amigo,
el viñador,
el que te pide
frutos de amor.**

El te protege con un valladar,
levantado en tu derredor,
quita del alma
las piedras del mal
y ha elegido la cepa mejor.
Limpia los surcos con todo su afán
y los riega con sangre y sudor,
dime si puede hacer algo más
por su viña el viñador.

Por los caminos sedientos de luz
levantándose antes que el sol,
hacia los campos que lejos están,
muy temprano se va el viñador.
Sólo racimos de amargo sabor
ha encontrado en tu corazón,

dime si puede esperar algo más
de su viña el viñador.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha regalado en Don Bosco
un modelo del seguimiento de Cristo pobre,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmo 48. Vanidad de las riquezas

El tema de la riqueza y de la pobreza está estrechamente ligado al de la vida y de la historia humana. El hombre rico no comprende el verdadero valor de las cosas, ni la fragilidad de ellas. El salesiano que es discípulo de Cristo, es capaz de percibir las cosas como un medio, para servir a quienes ha sido enviado, con el mismo amor con que se sirve a Cristo. Encontrando en ellos, en los más pobres, al mismo Señor, nuestra única riqueza. Este salmo lo rezaremos a dos coros.

Antífona: No pueden servir a Dios y al dinero

Oíd esto, todas las naciones;
escuchadlo, habitantes del orbe:
plebeyos y nobles, ricos y pobres;

mi boca hablará sabiamente,
y serán muy sensatas mis reflexiones;
prestaré oído al proverbio
y propondré mi problema al son de la cítara.

¿Por qué habré de temer los días aciagos,
cuando me cerquen y acechen los malvados,
que confían en su opulencia
y se jactan de sus inmensas riquezas,

si nadie puede salvarse
ni dar a Dios un rescate?

Es tan caro el rescate de la vida,
que nunca les bastará
para vivir perpetuamente
sin bajar a la fosa.

Mirad: los sabios mueren,
lo mismo que perecen los ignorantes y necios,
y legan sus riquezas a extraños.

El sepulcro es su morada perpetua
y su casa de edad en edad,
aunque hayan dado nombre a países.

El hombre no perdura en la opulencia,
sino que perece como los animales.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: No pueden servir a Dios y al dinero

4. Lectura del Eclesiástico (11, 12-28)

Otro es débil, necesitado de ayuda, faltar de fuerza y lleno de privaciones;
pero el Señor lo mira con bondad y lo levanta de su humillación;
el Señor le hace erguir la frente y muchos quedan maravillados a causa de él.
Bienes y males, vida y muerte, pobreza y riqueza vienen del Señor.
el don del Señor permanece con los buenos y su benevolencia les asegura el éxito para siempre.
Un hombre se enriquece a fuerza de empeño y ahorro, ¿y qué recompensa le toca?
Cuando dice: "Ya puedo descansar, ahora voy a disfrutar de mis bienes",
él no sabe cuánto tiempo pasará hasta que muera y deje sus bienes a otros.
Sé fiel a tu obligación, entrégate a ella, y envejece en tu oficio.
No admires las obras del pecador: confía en el Señor y persevera en tu trabajo,
porque es cosa fácil a los ojos del Señor enriquecer de un solo golpe al indigente.
La bendición del Señor es la recompensa de los buenos, y en un instante él hace florecer su
bendición.
No digas: "¿Qué me hace falta? ¿Qué bienes puedo esperar todavía?".
No digas: "Ya tengo bastante; ¿qué males pueden sobrevenirme aún?".

En los días buenos se olvidan los malos, y en los malos, se olvidan los buenos.
Porque es fácil para el Señor, en el día de la muerte, retribuir a cada hombre según su conducta.
Una hora de infortunio hace olvidar la dicha, y las obras de un hombre se revelan al fin de su vida.
No proclames feliz a nadie antes que llegue su fin, porque sólo al final se conoce bien a un hombre.

5. Salmo 38. Súplica de un enfermo

Ponernos en la presencia del Señor, con total confianza, consciente de la propia fragilidad, nos permite gozar del amor de quien sacia todas nuestras necesidades, de quien es realmente, nuestra fortaleza. Vamos a rezar este salmo, alternando solita y coro.

Antífona: Tú eres mi confianza, Señor

Yo me dije: «vigilaré mi proceder,
para que no se me vaya la lengua;
pondré una mordaza a mi boca
mientras el impío esté presente.»

Guardé silencio resignado,
no hablé con ligereza;
pero mi herida empeoró,
y el corazón me ardía por dentro;
pensándolo me requemaba,
hasta que solté la lengua.

«Señor, dame a conocer mi fin
y cuál es la medida de mis años,
para que comprenda lo caduco que soy.»

Me concediste un palmo de vida,
mis días son nada ante ti;
el hombre no dura más que un soplo,
el hombre pasa como una sombra,
por un soplo se afana,
atesora sin saber para quién.

Y ahora, Señor, ¿qué esperanza me queda?
Tú eres mi confianza.
Líbrame de mis iniquidades,
no me hagas la burla de los necios.

Enmudezco, no abro la boca,
porque eres tú quien lo ha hecho.
Aparta de mí tus golpes,

que el ímpetu de tu mano me acaba.

Escarmientas al hombre
castigando su culpa;
como una polilla roes sus tesoros;
el hombre no es más que un soplo.

Escucha, Señor, mi oración,
haz caso de mis gritos,
no seas sordo a mi llanto;

porque yo soy huésped tuyo,
forastero como todos mis padres.
Aplaca tu ira, dame respiro,
antes de que pase y no exista

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Tú eres mi confianza, Señor

6. Evangelio según San Lucas (12, 13-21)

"Uno de la multitud le dijo: "Maestro, dile a mi hermano que comparta conmigo la herencia". Jesús le respondió: "Amigo, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre ustedes?". Después les dijo: "Cuidense de toda avaricia, porque aun en medio de la abundancia, la vida de un hombre no está asegurada por sus riquezas".

Les dijo entonces una parábola: "Había un hombre rico, cuyas tierras habían producido mucho, y se preguntaba a sí mismo: "¿Qué voy a hacer? No tengo dónde guardar mi cosecha". Después pensó: "Voy a hacer esto: demoleré mis graneros, construiré otros más grandes y amontonaré allí todo mi trigo y mis bienes, y diré a mi alma: Alma mía, tienes bienes almacenados para muchos años; descansa, come, bebe y date buena vida". Pero Dios le dijo: "Insensato, esta misma noche vas a morir. ¿Y para quién será lo que has amontonado?". Esto es lo que sucede al que acumula riquezas para sí, y no es rico a los ojos de Dios"..

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, confesemos nuestra humildad y sencillez ante el Señor, que nos llama a vivir en su amor.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

7. Preces

P. Iluminados por la Palabra de Dios, pidamos llegar a penetrar en la profundidad del designio de Dios y a compartir con los hermanos más pobres el gozo de tener un tesoro de gracia en Cristo.

Oh Padre, Tú has enviado a Cristo a anunciar a los pobres el anuncio gozoso del mensaje del Reino:

T Haz que no nos dejemos seducir por los poderes de este mundo y, a semejanza de los pequeños del Evangelio, sigamos con confianza a Cristo y experimentemos la fuerza de su Espíritu.

P. Tú rechazas a los soberbios, das tu gracia a los humildes, y escuchas el grito de los pobres y oprimidos;

T rompe el yugo de la violencia y del egoísmo que nos convierte en extraños los unos de los otros; haz que nos acojamos como hermanos para llegar a ser signo de la humanidad renovada en tu amor.

P. Tú cuidas y provees a tus criaturas.

T Sostemos con la fuerza de tu Espíritu, para que, en medio de las fatigas y preocupaciones de cada día, no nos dejemos dominar del engaño y del egoísmo, sino que obremos con total confianza por la libertad y la justicia.

P. En el misterio de tu Hijo potare y crucificado has querido enriquecer con toda clase de bienes.

T haz que no temamos la cruz de la pobreza, para testimoniar con autenticidad a nuestros hermanos el anuncio gozoso de la vida nueva.

intenciones libres

Padre nuestro

P. Oh Padre, renuévanos con tu Espíritu de Verdad,
para que no nos dejemos desviar por las necesidades inútiles
y usemos cuanto pones en nuestras manos
en servicio de los jóvenes,
especialmente de los más pobres.
Confirmanos en la solidaridad hacia, todos
y en el reconocimiento hacia los bienhechores.
Asístenos en nuestra misión
para que sepamos discernir con sabiduría
el tesoro de santidad acumulable en el cielo.
Jesús pobre y humillado en la cruz,
junto con la pobreza extrema
y la intuición santa de Don Bosco,
sea para nosotros modelo y guía en el camino de nuestra vida.
Por Jesucristo, nuestro Señor.
Amén

8. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.

Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;

no desoigas las oraciones

que te dirigimos en nuestras necesidades;

antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo, y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. LAS BIENAVENTURANZAS DEL POBRE

1. Motivación

Felices los que aún en medio de las pobreza y dificultades, gozan del amor permanente del Señor, que sacia toda necesidad, especialmente, la del amor pleno, que sólo de Dios puede venir. Un amor que impulsa a compartir todo lo que se es y tiene, para que ellos puedan también descubrir el amor de Dios en sus vidas.

canto: SALMO DE LA CREACION

Por tu océano azul y las aguas del mar,
por todo continente y los ríos que van,
por el fuego que viste como arbusto ardiente,
por el ala del viento, quiero gritar

**Mi Dios, tú eres grande y hermoso,
Dios viviente e inmenso,
tu eres el Dios de amor.
Mi Dios tu eres grande y hermoso,
Dios viviente e inmenso
Dios presente en toda creación.**

Y por los animales de la tierra y el agua,
por el canto del ave y el cantar de la vida,
por el hombre que hiciste semejante a ti,
y por todos tus hijos, quiero gritar

Por la mano tendida que te invita a la danza,
por el beso que brota al surgir la esperanza,
la mirada de amor que levanta y reanima,
por el vino y pan, quiero gritar..

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,

que nos invita a compartir en el amor fraterno,
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Antífona: Confía en el Señor y haz el bien

Salmo 36 La verdadera y la falsa felicidad

El Señor nunca abandona a los que ponen su confianza en Él, sino que les regala el gozo de su presencia, también en medio de los sufrimientos y necesidades. Rezamos este salmo en dos coros

No te exasperes por los malvados,
no envidies a los que obran el mal:
se secarán pronto, como la hierba,
como el césped verde se agostarán.

Confía en el Señor y haz el bien,
habita tu tierra y practica la lealtad;
sea el Señor tu delicia,
y él te dará lo que pide tu corazón.

Encomienda tu camino al Señor,
confía en él, y él actuará:
hará brillar tu justicia como el amanecer;
tu derecho, como el mediodía.

Descansa en el Señor y espera en él,
no te exasperes por el hombre que triunfa
empleando la intriga:

cohibe la ira, reprime el coraje,
no te exasperes, no sea que obres mal;
porque los que obran mal son excluidos,
pero los que esperan en el Señor poseerán la tierra.

Aguarda un momento: desapareció el malvado,
fíjate en su sitio: ya no está;
en cambio, los sufridos poseen la tierra
y disfrutan de paz abundante.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Confía en el Señor y haz el bien

Antífona: Señor, instrúyeme en tus sendas

Salmo 24. Oración por toda clase de necesidades

El Señor en su misericordia, muestra su camino a los humildes y los pecadores que se acercan a Él, regalándoles su amistad y paz, para que sus esperanzas nunca queden defraudadas. Rezamos este salmo alternando solista y coro.

A ti, Señor, levanto mi alma;
Dios mío, en ti confío, no quede yo defraudado,
que no triunfen de mí mis enemigos;
pues los que esperan en ti no quedan defraudados,
mientras que el fracaso malogra a los traidores.

Señor, enséñame tus caminos,
instrúyeme en tus sendas:
haz que camine con lealtad;
enséñame, porque tú eres mi Dios y Salvador,
y todo el día te estoy esperando.

Recuerda, Señor, que tu ternura
y tu misericordia son eternas;
no te acuerdes de los pecados
ni de las maldades de mi juventud;
acuérdate de mí con misericordia,
por tu bondad, Señor.

El Señor es bueno y es recto,
y enseña el camino a los pecadores;
hace caminar a los humildes con rectitud,
enseña su camino a los humildes.

Las sendas del Señor son misericordia y lealtad
para los que guardan su alianza y sus mandatos.
Por el honor de tu nombre, Señor,

perdona mis culpas, que son muchas.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Señor, instrúyeme en tus sendas

Antífona: Alabado sea el nombre del Señor

Salmo 112. Alabado sea el nombre del Señor

El Señor nos libra de todas nuestras angustias, y por eso nuestra vida se vuelve una alabanza a su nombre, porque su amor es eterno, causa de nuestra alegría y gozo pleno. Rezamos este salmo en un solo coro.

Alabad, siervos del Señor,
alabad el nombre del Señor.
Bendito sea el nombre del Señor,
ahora y por siempre:
de la salida del sol hasta su ocaso,
alabado sea el nombre del Señor.

El Señor se eleva sobre todos los pueblos,
su gloria sobre los cielos.
¿Quién como el Señor Dios nuestro,
que se eleva en su trono
y se abaja para mirar
al cielo y a la tierra?

Levanta del polvo al desvalido,
alza de la basura al pobre,
para sentarlo con los príncipes,
los príncipes de su pueblo;
a la estéril le da un puesto en la casa,
como madre feliz de hijos.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Alabado sea el nombre del Señor

4. Palabra de Dios

Lectura de los Hechos de los Apóstoles (4, 32-37)

La multitud de los creyentes tenía un solo corazón y una sola alma. Nadie consideraba sus bienes como propios, sino que todo era común entre ellos. Los Apóstoles daban testimonio con mucho poder de la resurrección del Señor Jesús y gozaban de gran estima. Ninguno padecía necesidad, porque todos los que poseían tierras o casas las vendían y ponían el dinero a disposición de los Apóstoles, para que se distribuyera a cada uno según sus necesidades. Y así José, llamado por los Apóstoles Bernabé -que quiere decir hijo del consuelo- un levita nacido en Chipre que poseía un campo, lo vendió, y puso el dinero a disposición de los Apóstoles.

canto: AMAR ES ENTREGARSE

Amar es entregarse olvidándose de sí,
buscando lo que al otro pueda hacer feliz,
buscando lo que al otro pueda hacer feliz.

¡que lindo es vivir para amar!,
¡que grande es tener para dar!,
dar alegría y felicidad,
darse uno mismo eso es amar,
dar alegría y felicidad,
darse uno mismo eso es amar.

Evangelio según San Mateo (5, 1-12)

Al ver a la multitud, Jesús subió a la montaña, se sentó, y sus discípulos se acercaron a él. Entonces tomó la palabra y comenzó a enseñarles, diciendo:

"Felices los que tienen alma de pobres, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices los afligidos, porque serán consolados.

Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia.

Felices los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados.

Felices los misericordiosos, porque obtendrán misericordia.

Felices los que tienen el corazón puro, porque verán a Dios.

Felices los que trabajan por la paz, porque serán llamados hijos de Dios.

Felices los que son perseguidos por practicar la justicia, porque a ellos les pertenece el Reino de los Cielos.

Felices ustedes, cuando sean insultados y perseguidos, y cuando se los calumnie en toda forma a causa de mí.

Alégrense y regocíjense entonces, porque ustedes tendrán una gran recompensa en el cielo; de la misma manera persiguieron a los profetas que los precedieron.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Preces

P. Dirijamos nuestra oración al Padre para que nos haga dóciles a la voz de su Espíritu y podamos seguir a Cristo por la senda de una auténtica pobreza.

L. Oh Padre, Tú nos has llamado al seguimiento de Cristo por el camino de la pobreza:

A. concédenos vivir nuestra elección en alegría, poner nuestra confianza en tu providencia y entregarnos totalmente al servicio del Evangelio.

L. Tú nos has enseñado que la pobreza debe ser siempre un acto de amor hacia Ti y un verdadero abandono filial en tu paternidad

A. oriéntanos para no reducirla a una pura observancia jurídica.

L. Por medio de Aquel que es tu Palabra, has llamado bienaventurados a los pobres

A. haz que, cuando la pobreza real nos cause incomodidades y sufrimientos, nos alegremos de participar con los pobres en la bienaventuranza que Tú has prometido.

L. Tú que nos invitas a no acaparar con egoísmo lo que nos has dado con generosidad.

A. haznos capaces de compartir todo, y que nuestra pobreza sea un signo de nuestro amor a nuestros hermanos y a los jóvenes.

L. Tú nos permites, Señor, vivir en nuestro tiempo con el trabajo de nuestras manos:

A. concédenos ocupar siempre nuestro tiempo, en un trabajo asiduo y sacrificado, para testimoniar a los hombres de hoy el sentido humano y cristiano del trabajo.

Padre nuestro

P. Oh Dios, Padre de infinita bondad,
que cuidas con benevolencia de todo lo que has creado,
aumenta nuestra fe para que, abandonándonos en tus manos,
nos transformemos en jornaleros incansables de tu viña
hasta la venida de tu Hijo,
nuestro Señor Jesucristo, que vive y reina contigo
en la unidad del Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén

8. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;

al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE. NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	4
Lumen Gentium	4
Perfectae Caritatis	5
Redemptionis donum (Juan Pablo II).....	5
Elementos esenciales de la doctrina de la iglesia sobre la vida religiosa	6
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	6
Redemptionis donum (Juan Pablo II).....	8
La vida fraterna en comunidad	9
Caminar desde Cristo	9
Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium (Francisco)	9
Encíclica Laudato Si (Francisco)	10
3. MAGISTERIO SALESIANO	12
Don Bosco.....	13
Capítulos Generales.....	14
Capítulo General 21.....	14
Capítulo General 25.....	15
Capítulo General 26.....	15
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	21
Rectores Mayores	23
Don Juan Vecchi.....	23
Don Pascual Chávez	27
Ángel Fernández.....	38
SEGUNDA PARTE. REVISION DE VIDA	41
1. Scrutinium personal.....	42
2. Scrutinium Comunitario	45
TERCERA PARTE. CELEBRACIONES LITURGICAS	49
1. NECEDAD DEL HOMBRE RICO.....	50
2. LAS BIENAVENTURANZAS DEL POBRE	59

Scrutinium Vocationis

Scrutinium Vocationis

Por lo tanto, hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios
a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios:
este es el culto espiritual que deben ofrecer.

No tomen como modelo a este mundo.

Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su mentalidad,
a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios:
lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto,

(Ro. 12, 1-2)

Como respuesta a las necesidades de su pueblo,
el Señor llama, continuamente y con variedad de dones,
a seguirlo por el servicio del Reino.

(C 28)

PRIMERA PARTE

NOTAS PARA LA REFLEXION

1. PALABRA DE DIOS

"El Señor dijo a Abrám: "Deja tu tierra natal y la casa de tu padre, y ve al país que yo te mostraré. Yo haré de ti una gran nación y te bendeciré; engrandeceré tu nombre y serás una bendición. Bendeciré a los que te bendigan y maldeciré al que te maldiga, y por ti se bendecirán todos los pueblos de la tierra". Abrám partió, como el Señor se lo había ordenado, y Lot se fue con él. Cuando salió de Jarán, Abrám tenía setenta y cinco años. Tomó a su esposa Sarai, a su sobrino Lot, con todos los bienes que habían adquirido y todas las personas que habían reunido en Jarán, y se encaminaron hacia la tierra de Canaán. (Gn 12, 1-5)

Moisés, que apacentaba las ovejas de su suegro Jetró, el sacerdote de Madián, llevó una vez el rebaño más allá del desierto y llegó a la montaña de Dios, al Horeb. Allí se le apareció el Ángel del Señor en una llama de fuego, que salía de en medio de la zarza. Al ver que la zarza ardía sin consumirse, Moisés pensó: "Voy a observar este grandioso espectáculo. ¿Por qué será que la zarza no se consume?". Cuando el Señor vio que él se apartaba del camino para mirar, lo llamó desde la zarza, diciendo: "¡Moisés, Moisés!". "Aquí estoy", respondió él. Entonces Dios le dijo: "No te acerques hasta aquí. Quitate las sandalias, porque el suelo que estás pisando es una tierra santa". Luego siguió diciendo: "Yo soy el Dios de tu padre, el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob". Moisés se cubrió el rostro porque tuvo miedo de ver a Dios. El Señor dijo: "Yo he visto la opresión de mi pueblo, que está en Egipto, y he oído los gritos de dolor, provocados por sus capataces. Sí, conozco muy bien sus sufrimientos. Por eso he bajado a librarlo del poder de los egipcios y a hacerlo subir, desde aquel país, a una tierra fértil y espaciosa, a una tierra que mana leche y miel, al país de los cananeos, los hititas, los amorreos, los perizitas, los jivitas y los jebuseos. El clamor de los israelitas ha llegado hasta mí y he visto cómo son oprimidos por los egipcios. Ahora ve, yo te envío al Faraón para que saques de Egipto a mi pueblo, a los israelitas" (Ex 3, 1-10)

"El año de la muerte del rey Ozías, yo vi al Señor sentado en un trono elevado y excelso, y las orlas de su manto llenaban el Templo. Unos serafines estaban de pie por encima de él. Cada uno tenía seis alas: con dos se cubrían el rostro, y con dos se cubrían los pies, y con dos volaban. Y uno gritaba hacia el otro: "¡Santo, santo, santo es el Señor de los ejércitos! Toda la tierra está llena de su gloria". Los fundamentos de los umbrales temblaron al clamor de su voz, y la Casa se llenó de humo. Yo dije: "¡Ay de mí, estoy perdido! Porque soy un hombre de labios impuros, y habito en medio de un pueblo de labios impuros; ¡y mis ojos han visto al Rey, el Señor de los ejércitos!". Uno de los serafines voló hacia mí, llevando en su mano una brasa que había tomado con unas tenazas de encima del altar. Él le hizo tocar mi boca, y dijo: "Mira: esto ha tocado tus labios; tu culpa ha sido borrada y tu pecado ha sido expiado". Yo oí la voz del Señor que decía: "¿A quién enviaré y quién irá por nosotros?". Yo respondí: "¡Aquí estoy: envíame!". (Is. 6, 1-8)

"La palabra del Señor llegó a mí en estos términos: "Antes de formarte en el vientre materno, yo te conocía; antes de que salieras del seno, yo te había consagrado, te había constituido profeta para las naciones". Yo respondí: "¡Ah, Señor! Mira que no sé hablar, porque soy demasiado joven". El

Señor me dijo: "No digas: 'Soy demasiado joven', porque tú irás adonde yo te envíe y dirás todo lo que yo te ordene. No temas delante de ellos, porque yo estoy contigo para librarte -oráculo del Señor-. El Señor extendió su mano, tocó mi boca y me dijo: "Yo pongo mis palabras en tu boca. Yo te establezco en este día sobre las naciones y sobre los reinos, para arrancar y derribar, para perder y demoler, para edificar y plantar". (Jer. 1, 4-10)

El joven Samuel servía al Señor en la presencia de Elí. La palabra del Señor era rara en aquellos días, y la visión no era frecuente. Un día, Elí estaba acostado en su habitación. Sus ojos comenzaban a debilitarse y no podía ver. La lámpara de Dios aún no se había apagado, y Samuel estaba acostado en el Templo del Señor, donde se encontraba el Arca de Dios. El Señor llamó a Samuel, y él respondió: "Aquí estoy". Samuel fue corriendo adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Pero Elí le dijo: "Yo no te llamé; vuelve a acostarte". Y él se fue a acostar. El Señor llamó a Samuel una vez más. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Elí le respondió: "Yo no te llamé, hijo mío; vuelve a acostarte". Samuel aún no conocía al Señor, y la palabra del Señor todavía no le había sido revelada.

El Señor llamó a Samuel por tercera vez. Él se levantó, fue adonde estaba Elí y le dijo: "Aquí estoy, porque me has llamado". Entonces Elí comprendió que era el Señor el que llamaba al joven, y dijo a Samuel: "Ve a acostarte, y si alguien te llama, tú dirás: Habla, Señor, porque tu servidor escucha". Y Samuel fue a acostarse en su sitio.

Entonces vino el Señor, se detuvo, y llamó como las otras veces: "¡Samuel, Samuel!". Él respondió: "Habla, porque tu servidor escucha". (1 Sam. 3, 1-10)

"En el sexto mes, el Ángel Gabriel fue enviado por Dios a una ciudad de Galilea, llamada Nazaret, a una virgen que estaba comprometida con un hombre perteneciente a la familia de David, llamado José. El nombre de la virgen era María. El Ángel entró en su casa y la saludó, diciendo: "¡Alégrate!, llena de gracia, el Señor está contigo". Al oír estas palabras, ella quedó desconcertada y se preguntaba qué podía significar ese saludo. Pero el Ángel le dijo: "No temas, María, porque Dios te ha favorecido. Concebirás y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús; él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará sobre la casa de Jacob para siempre y su reino no tendrá fin". María dijo al Ángel: "¿Cómo puede ser eso, si yo no tengo relaciones con ningún hombre?". El Ángel le respondió: "El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Por eso el niño será Santo y será llamado Hijo de Dios. También tu parienta Isabel concibió un hijo a pesar de su vejez, y la que era considerada estéril, ya se encuentra en su sexto mes, porque no hay nada imposible para Dios". María dijo entonces: "Yo soy la servidora del Señor, que se cumpla en mí lo que has dicho". Y el Ángel se alejó. (Lc. 1, 26-38)

"Mientras caminaba a orillas del mar de Galilea, Jesús vio a dos hermanos: a Simón, llamado Pedro, y a su hermano Andrés, que echaban las redes al mar porque eran pescadores. Entonces les dijo: "Sígueme, y yo los haré pescadores de hombres". Inmediatamente, ellos dejaron las redes y lo siguieron.

Continuando su camino, vio a otros dos hermanos: a Santiago, hijo de Zebedeo, y a su hermano Juan, que estaban en la barca con Zebedeo, su padre, arreglando las redes; y Jesús los llamó. Inmediatamente, ellos dejaron la barca y a su padre, y lo siguieron " (Mt. 4, 18-22)

"Jesús salió nuevamente a la orilla del mar; toda la gente acudía allí, y él les enseñaba. Al pasar vio a Leví, hijo de Alfeo, sentado a la mesa de recaudación de impuestos, y le dijo: "Sígueme". Él se levantó y lo siguió ". (Mc 2, 13-14)

"Al día siguiente, estaba Juan otra vez allí con dos de sus discípulos y, mirando a Jesús que pasaba, dijo: "Este es el Cordero de Dios". Los dos discípulos, al oírlo hablar así, siguieron a Jesús. Él se dio vuelta y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué quieren?". Ellos le respondieron: "Rabbí -que traducido significa Maestro- ¿dónde vives?". "Vengan y lo verán", les dijo. Fueron, vieron donde vivía y se quedaron con él ese día. Era alrededor de las cuatro de la tarde. Uno de los dos que oyeron las palabras de Juan y siguieron a Jesús era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Al primero que encontró fue a su propio hermano Simón, y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías", que traducido significa Cristo. Entonces lo llevó a donde estaba Jesús. Jesús lo miró y le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan: tú te llamarás Cefas", que traducido significa Pedro.

Al día siguiente, Jesús resolvió partir hacia Galilea. Encontró a Felipe y le dijo: "Sígueme". Felipe era de Betsaida, la ciudad de Andrés y de Pedro. Felipe encontró a Natanael y le dijo: "Hemos hallado a aquel de quien se habla en la Ley de Moisés y en los Profetas. Es Jesús, el hijo de José de Nazaret". Natanael le preguntó: "¿Acaso puede salir algo bueno de Nazaret?". "Ven y verás", le dijo Felipe. Al ver llegar a Natanael, Jesús dijo: "Este es un verdadero israelita, un hombre sin doblez". "¿De dónde me conoces?", le preguntó Natanael. Jesús le respondió: "Yo te vi antes que Felipe te llamara, cuando estabas debajo de la higuera". Natanael le respondió: "Maestro, tú eres el Hijo de Dios, tú eres el Rey de Israel". Jesús continuó: "Porque te dije: "Te vi debajo de la higuera", crees. Verás cosas más grandes todavía". Y agregó: "Les aseguro que verán el cielo abierto, y a los ángeles de Dios subir y bajar sobre el Hijo del hombre" (Jn. 1, 35-51)

"Saulo, que todavía respiraba amenazas de muerte contra los discípulos del Señor, se presentó al Sumo Sacerdote y le pidió cartas para las sinagogas de Damasco, a fin de traer encadenados a Jerusalén a los seguidores del Camino del Señor que encontrara, hombres o mujeres. Y mientras iba caminando, al acercarse a Damasco, una luz que venía del cielo lo envolvió de improviso con su resplandor. Y cayendo en tierra, oyó una voz que le decía: "Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?". Él preguntó: "¿Quién eres tú, Señor?". "Yo soy Jesús, a quien tú persigues, le respondió la voz. Ahora levántate, y entra en la ciudad: allí te dirán qué debes hacer". Los que lo acompañaban quedaron sin palabra, porque oían la voz, pero no veían a nadie. Saulo se levantó del suelo y, aunque tenía los ojos abiertos, no veía nada. Lo tomaron de la mano y lo llevaron a Damasco. Allí estuvo tres días sin ver, y sin comer ni beber. Vivía entonces en Damasco un discípulo llamado Ananías, a quien el Señor dijo en una visión: "¡Ananías!". Él respondió: "Aquí estoy, Señor". El Señor le dijo: "Ve a la calle llamada Recta, y busca en casa de Judas a un tal Saulo de Tarso. Él está orando, y ha visto en una visión a un hombre llamado Ananías, que entraba y le imponía las manos para devolverle la vista". Ananías respondió: "Señor, oí decir a muchos que este

hombre hizo un gran daño a tus santos en Jerusalén. Y ahora está aquí con plenos poderes de los jefes de los sacerdotes para llevar presos a todos los que invocan tu Nombre". El Señor le respondió: "Ve a buscarlo, porque es un instrumento elegido por mí para llevar mi Nombre a todas las naciones, a los reyes y al pueblo de Israel. Yo le haré ver cuánto tendrá que padecer por mi Nombre". Ananías fue a la casa, le impuso las manos y le dijo: "Saulo, hermano mío, el Señor Jesús –el mismo que se te apareció en el camino– me envió a ti para que recobres la vista y quedes lleno del Espíritu Santo". En ese momento, cayeron de sus ojos una especie de escamas y recobró la vista. Se levantó y fue bautizado. Después comió algo y recobró sus fuerzas. Saulo permaneció algunos días con los discípulos que vivían en Damasco, y luego comenzó a predicar en las sinagogas que Jesús es el Hijo de Dios ". (Hch. 9, 1-20)

2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA

Lumen Gentium

40. "El divino Maestro y Modelo de toda perfección, el Señor Jesús, predicó a todos y cada uno de sus discípulos, cualquiera que fuese su condición, la santidad de vida, de la que El es iniciador y consumidor: «Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto» (Mt 5, 48). Envío a todos el Espíritu Santo para que los mueva interiormente a amar a Dios con todo el corazón, con toda el alma, con toda la mente y con todas las fuerzas (cf. Mt 12,30) y a amarse mutuamente como Cristo les amó (cf. Jn 13,34; 15,12). Los seguidores de Cristo, llamados por Dios no en razón de sus obras, sino en virtud del designio y gracia divinos y justificados en el Señor Jesús, han sido hechos por el bautismo, sacramento de la fe, verdaderos hijos de Dios y partícipes de la divina naturaleza, y, por lo mismo, realmente santos. En consecuencia, es necesario que con la ayuda de Dios conserven y perfeccionen en su vida la santificación que recibieron. El Apóstol les amonesta a vivir «como conviene a los santos» (Ef 5, 3) y que como «elegidos de Dios, santos y amados, se revistan de entrañas de misericordia, benignidad, humildad, modestia, paciencia» (Col 3, 12) y produzcan los frutos del Espíritu para la santificación (cf. Ga 5, 22; Rm 6, 22). Pero como todos caemos en muchas faltas (cf. St 3,2), continuamente necesitamos la misericordia de Dios y todos los días debemos orar: «Perdónanos nuestras deudas» (Mt 6, 12).

Es, pues, completamente claro que todos los fieles, de cualquier estado o condición, están llamados a la plenitud de la vida cristiana y a la perfección de la caridad, y esta santidad suscita un nivel de vida más humano incluso en la sociedad terrena. En el logro de esta perfección empeñen los fieles las fuerzas recibidas según la medida de la donación de Cristo, a fin de que, siguiendo sus huellas y hechos conformes a su imagen, obedeciendo en todo a la voluntad del Padre, se entreguen con toda su alma a la gloria de Dios y al servicio del prójimo. Así, la santidad del Pueblo de Dios producirá abundantes frutos, como brillantemente lo demuestra la historia de la Iglesia con la vida de tantos santos".

Presbyterorum Ordinis

11. "El Pastor y Obispo de nuestras almas constituyó su Iglesia de forma que el Pueblo que eligió y adquirió con su sangre debía tener sus sacerdotes siempre, y hasta el fin del mundo, para que los cristianos no estuvieran nunca como ovejas sin pastor. Conociendo los apóstoles este deseo de Cristo, por inspiración del Espíritu Santo, pensaron que era obligación suya elegir ministros "capaces de enseñar a otros" (2 Tim., 2, 2). Oficio que ciertamente pertenece a la misión sacerdotal misma, por lo que el presbítero participa en verdad de la solicitud de toda la Iglesia para que no falten nunca operarios al Pueblo de Dios aquí en la tierra. Pero, ya que "hay una causa común entre el piloto de la nave y el navío...", enséñese a todo el pueblo cristiano que tiene obligación de cooperar de diversas maneras, por la oración perseverante y por otros medios que estén a su alcance, a fin de que la Iglesia tenga siempre los sacerdotes necesarios para cumplir su misión divina. Ante todo, preocúpense los presbíteros de exponer a los fieles, por el ministerio de la palabra y con el testimonio propio de su vida, que manifieste abiertamente el espíritu de servicio y el verdadero gozo pascual, la excelencia y necesidad del sacerdocio; y de ayudar a los que prudentemente juzgaren idóneos para tan gran ministerio, sean jóvenes o adultos, sin escatimar preocupaciones ni molestias, para que se preparen convenientemente y, por tanto, puedan ser llamados algún día por el obispo, salva la libertad interna y externa de los candidatos. Para lograr este fin es muy importante la diligente y prudente dirección espiritual. Los padres y los maestros, y todos aquellos a quienes atañe de cualquier manera la formación de los niños y de los jóvenes, edúquenlos de forma que, conociendo la solicitud del Señor por su rebaño y considerando las necesidades de la Iglesia, estén preparados a responder generosamente con el profeta al Señor, si los llama: "Heme aquí, envíame" (Is., 6, 8). No hay, sin embargo, que esperar que esta voz del Señor que llama llegue a los oídos del futuro presbítero de una forma extraordinaria. Más bien hay que captarla y juzgarla por las señales ordinarias con que a diario conocen la voluntad de Dios los cristianos prudentes; señales que los presbíteros deben considerar con mucha atención.

A ellos se recomienda encarecidamente las obras de las vocaciones, ya diocesanas, ya nacionales. Es necesario que en la predicación, en la catequesis, en la prensa se declaren elocuentemente las necesidades de la Iglesia, tanto local como universal; se expongan a la luz del día el sentido y la dignidad del ministerio sacerdotal, puesto que en él se entreveran tantos trabajos con tantas satisfacciones, y en el cual, sobre todo, como enseñan los padres, puede darse a Cristo el máximo testimonio del amor".

Perfectae Caritatis

24. "Los sacerdotes y los educadores cristianos pongan un verdadero empeño en dar a las vocaciones religiosas, conveniente y cuidadosamente seleccionadas, nuevo incremento que responda plenamente a las necesidades de la Iglesia. Aun en la predicación ordinaria, trátase con más frecuencia de los consejos evangélicos y de las conveniencias en abrazar el estado

religioso. Los padres, al educar a sus hijos en las costumbres cristianas, cultiven y defiendan en sus corazones la vocación religiosa.

Es lícito a los Institutos divulgar el conocimiento de sí mismos para fomentar vocaciones y reclutar candidatos, con tal que esto se haga con la debida prudencia y observando las normas dadas por la Santa Sede y por el Ordinario del lugar.

Tengan en cuenta, sin embargo, todos que el ejemplo de la propia vida es la mejor recomendación de su propio Instituto y una invitación a abrazar la vida religiosa".

Redemptionis Donum (Juan Pablo II)

3. "Jesús, poniendo en él los ojos, le amó" y le dijo: "Si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos, y ven y sígueme". Aunque sabemos que estas palabras, dichas al joven rico, no fueron acogidas por él, sin embargo su contenido merece una atenta reflexión; éstas nos presentan efectivamente la estructura interior de la vocación.

"Jesús, poniendo en él los ojos, le amó". Este es el amor del Redentor: un amor que brota de toda la profundidad divino-humana de la Redención. En él se refleja el eterno amor del Padre, que "tanto amó... al mundo, que le dio su unigénito Hijo, para que todo el que crea en El no perezca, sino que tenga la vida eterna". El Hijo, lleno de ese amor, aceptó la misión del Padre en el Espíritu Santo, y se hizo Redentor del mundo. El amor del Padre se reveló en el Hijo como amor que salva. Precisamente este amor constituye el verdadero precio de la Redención del hombre y del mundo. Los Apóstoles de Cristo hablan del precio de la Redención con una profunda emoción: "habéis sido rescatados... no con plata y oro, corruptibles..., sino con la sangre preciosa de Cristo, como cordero sin defecto ni mancha", escribe San Pedro. "Habéis sido comprados a precio", afirma San Pablo.

La llamada al camino de los consejos evangélicos nace del encuentro interior con el amor de Cristo, que es amor redentor. Cristo llama precisamente mediante este amor suyo. En la estructura de la vocación, el encuentro con este amor resulta algo específicamente personal. Cuando Cristo "después de haber puesto los ojos en vosotros, os amó", llamando a cada uno y a cada una de vosotros, queridos Religiosos y Religiosas, aquel amor suyo redentor se dirigió a una determinada persona, tomando al mismo tiempo características esponsales: se hizo amor de elección. Tal amor abarca a toda la persona, espíritu y cuerpo, sea hombre o mujer, en su único e irrepetible "yo" personal. Aquél que, dándose eternamente al Padre, se "da" a sí mismo en el misterio de la Redención, ha llamado al hombre a fin de que éste, a su vez, se entregue enteramente a un particular servicio a la obra de la Redención mediante su pertenencia a una Comunidad fraterna, reconocida y aprobada por la Iglesia. Acaso no son eco precisamente de esta llamada las palabras de San Pablo: "¿O no sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo... y que, por tanto, no os pertenecéis? Habéis sido comprados a precio".

Sí, el amor de Cristo ha alcanzado a cada uno y cada una de vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, con aquel mismo "precio" de la Redención. Como consecuencia de esto, os

habéis dado cuenta de que ya no os pertenecéis a vosotros mismos, sino a El. Esta nueva conciencia ha sido el fruto de la "mirada amorosa" de Cristo en el secreto de vuestro corazón. Habéis respondido a esta mirada, escogiendo a Aquél que antes ha elegido a cada uno y cada una de vosotros, llamándoos con la inmensidad de su amor redentor. Llamando "por nombre", su llamada se dirige siempre a la libertad del hombre. Cristo dice: "si quieres...". La respuesta a esta llamada es, pues, una opción libre. Habéis escogido a Jesús de Nazaret, el Redentor del mundo, escogiendo el camino que El os ha indicado.

4. Este camino se llama también el camino de perfección. Conversando con el joven, Cristo dice: "Si quieres ser perfecto..."; de modo que el concepto de "camino de perfección" tiene su motivación en la misma fuente evangélica. ¿No escuchamos, por otra parte, en el discurso de la montaña: "Sed, pues, perfectos, como perfecto es vuestro Padre celestial"? La llamada del hombre a la perfección ha sido de alguna manera percibida por pensadores y moralistas del mundo antiguo y también posteriormente en las diversas épocas de la historia. Pero la llamada bíblica posee una característica totalmente original: es particularmente exigente cuando indica al hombre la perfección, a semejanza de Dios mismo. Precisamente de esta forma la llamada corresponde a toda la lógica interna de la Revelación, según la cual el hombre ha sido creado a imagen y semejanza de Dios mismo. Por tanto él debe buscar la perfección que le es propia en la línea de esta imagen y semejanza. Escribe San Pablo en la Carta a los Efesios: "Sed... imitadores de Dios, como hijos amados, y caminad en el amor, como Cristo nos amó y se entregó por nosotros en oblación y sacrificio de fragante y suave olor".

Así pues, la llamada a la perfección pertenece a la esencia misma de la vocación cristiana. En base a esta llamada conviene comprender también las palabras de Cristo dirigidas al joven del Evangelio. Estas están unidas de modo particular al misterio de la Redención del hombre en el mundo. En efecto, ésta devuelve a Dios la obra de la creación contaminada por el pecado, indicando la perfección que la creación entera, y concretamente el hombre, poseen en la mente y en el plan de Dios mismo. Especialmente el hombre debe ser entregado y devuelto a Dios, si debe ser plenamente devuelto a sí mismo. Por eso la llamada eterna: "Vuelve a mí, que yo te he rescatado". Las palabras de Cristo: "si quieres ser perfecto, ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres..." nos introducen sin duda en el ámbito del consejo evangélico de la pobreza, que pertenece a la esencia misma de la vocación y de la profesión religiosa.

Al mismo tiempo estas palabras se pueden entender de manera más amplia y en un cierto sentido esencial. El Maestro de Nazaret invita a su interlocutor a renunciar a un programa de vida en cuyo primer plano está la categoría de la posesión, la del "tener", y en cambio le invita a aceptar en su lugar un programa centrado sobre el valor de la persona humana: sobre el "ser" personal, con toda la trascendencia que le caracteriza.

Tal comprensión de las palabras de Cristo constituye casi un más amplio trasfondo para el ideal de pobreza evangélica, especialmente de aquella pobreza que, como consejo evangélico, pertenece al contenido esencial de vuestras bodas místicas con el Esposo divino en la Iglesia. Leyendo las palabras de Cristo a la luz del principio de la superioridad del "ser" sobre el "tener", especialmente si éste último se entiende en un sentido materialista y

utilitarista, llegamos casi a las mismas bases antropológicas de la vocación en el Evangelio. En el panorama del desarrollo de la civilización contemporánea, esto es un descubrimiento particularmente actual. Por eso se ha hecho actual la misma vocación "al camino de perfección", tal como lo ha marcado Cristo. Si en el ámbito de la civilización actual, especialmente en el contexto del mundo del bienestar consumista, el hombre siente dolorosamente la deficiencia esencial de "ser" personal que viene a su humanidad de la abundancia del multiforme "tener", entonces él está más expuesto a acoger esta verdad sobre la vocación, que fue pronunciada de una vez para siempre en el Evangelio. Sí, la llamada que vosotros, queridos Hermanos y Hermanas, acogéis entrando en el camino de la profesión religiosa, llega a las raíces mismas de la humanidad, las raíces del destino del hombre en el mundo temporal. El evangélico "estado de perfección" no os separa de estas raíces. Al contrario, os permite aferraros más fuertemente a aquello por lo que el hombre es hombre, enriqueciendo esta humanidad, agravada de diversos modos por el pecado, con el fermento divino-humano del misterio de la Redención.

5. La vocación trae consigo la respuesta a la pregunta: ¿para qué ser hombre y cómo serlo? Esta respuesta da una nueva dimensión a toda la vida y establece su sentido definitivo. Tal sentido emerge en el horizonte de la paradoja evangélica sobre la vida que se pierde queriendo salvarla, y que, por el contrario, se salva perdiéndola "por Cristo y el Evangelio", como leemos en Marcos.

A la luz de estas palabras adquiere plena evidencia la llamada de Cristo: "ve, vende cuanto tienes, dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo, y ven y sígueme". Entre este "ve" y el siguiente "ven y sígueme" se establece una relación estrecha. Puede decirse que estas últimas palabras determinan la esencia misma de la vocación; se trata, en efecto, de seguir las huellas de Cristo ("sequi", de lo que deriva la "sequela Christi"). Los términos "ve... vende... dalo" parecen definir la condición que precede a la vocación. Por otra parte, esta condición no está "fuera" de la vocación, sino que se encuentra "dentro" de la misma. En efecto, el hombre hace el descubrimiento del nuevo sentido de la propia humanidad, no sólo para "seguir" a Cristo, sino en tanto en cuanto lo sigue. Cuando el hombre "vende lo que posee" y "lo da a los pobres", entonces descubre que aquellos bienes y aquellas comodidades que poseía no eran el tesoro junto al cual permanecer; el tesoro está en su corazón, hecho por Cristo capaz de "dar" a los demás, dándose a sí mismo. Rico no es aquél que posee sino aquél que da, aquel que es capaz de dar.

Entonces la paradoja evangélica adquiere una particular expresividad. Se hace un programa del ser. Ser pobre, en el sentido dado por el Maestro de Nazaret a un tal modo de "ser", significa hacerse en la propia humanidad un dispensador de bien. Esto quiere decir igualmente descubrir "el tesoro". Este tesoro es indestructible. Pasa junto con el hombre en la dimensión de la eternidad, pertenece a la escatología divina del hombre. Gracias a este tesoro el hombre tiene su futuro definitivo en Dios. Cristo dice: "tendrás un tesoro en el cielo". Este tesoro no es tanto "un premio" después de la muerte por las obras realizadas según el ejemplo del divino Maestro, cuanto más bien el cumplimiento escatológico de lo que se escondía detrás de estas obras, ya aquí en la tierra, en el "tesoro" interior del corazón. En efecto, el mismo Cristo invitando en el Discurso de la Montaña a acumular tesoros en el

cielo añadió: "Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón". Estas palabras indican el carácter escatológico de la vocación cristiana, y más aún el carácter escatológico de la vocación que se realiza en el ámbito de las bodas espirituales con Cristo mediante la práctica de los consejos evangélicos.

6. La estructura de esta vocación, tal como se deduce de las palabras dirigidas al joven en los Evangelios sinópticos, se manifiesta a medida que se descubre el tesoro fundamental de la propia humanidad en la perspectiva de aquel "tesoro" que el hombre "tiene en el cielo". En esta perspectiva el tesoro fundamental de la propia humanidad se relaciona con el hecho de "ser, dándose a sí mismo". El punto directo de referencia a una vocación así es la persona viva de Jesucristo. La llamada al camino de perfección toma forma de El y por El en el Espíritu Santo el cual —a nuevas personas, hombres y mujeres, en diversos momentos de su vida y principalmente en la juventud— "recuerda" todo lo que Cristo "dijo" y en concreto lo que "dijo" al joven que le preguntaba: "Maestro, ¿qué obra buena he de realizar para alcanzar la vida eterna?". Mediante la respuesta de Cristo, que "mira con amor" a su interlocutor, el intenso fermento del misterio de la Redención penetra en la conciencia, en el corazón y la voluntad de un hombre que busca con seriedad y sinceridad.

De este modo la llamada al camino de los consejos evangélicos tiene siempre su inicio en Dios: "No me habéis elegido vosotros a mí, sino yo os elegí a vosotros, y os he destinado para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto permanezca". La vocación en la que el hombre descubre hasta el fondo la ley evangélica del don, inscrita en la propia humanidad, es ella misma un don. Es un don henchido el contenido más profundo del Evangelio, un don en el que se refleja el perfil divino-humano del misterio de la Redención del mundo. "En eso está el amor, no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que El nos amó y envió a su Hijo, como propiciación por nuestros pecados".

Vita Consecrata (Juan Pablo II)

64. "La misión de la vida consagrada y la vitalidad de los Institutos dependen indudablemente de la fidelidad con la que los consagrados responden a su vocación, pero tienen futuro en la medida en que otros hombres y mujeres acogen generosamente la llamada del Señor. El problema de las vocaciones es un auténtico desafío que interpela directamente a los Institutos, pero que concierne a toda la Iglesia. En el campo de la pastoral vocacional se invierten muchas energías espirituales y materiales, aunque los resultados no siempre se corresponden a las expectativas y a los esfuerzos realizados. Sucede que, mientras las vocaciones a la vida consagrada florecen en las Iglesias jóvenes y en aquellas que han sufrido persecuciones por parte de regímenes totalitarios, escasean en otros países tradicionalmente ricos en vocaciones y en misioneros. Esta situación de dificultad pone a prueba a las personas consagradas, que a veces se interrogan sobre su efectiva capacidad de atraer nuevas vocaciones. Es necesario tener confianza en el Señor Jesús, que continúa llamando a seguir sus pasos, y encomendarse al Espíritu Santo, autor e inspirador de los carismas de la vida

consagrada. Así pues, a la vez que nos alegramos por la acción del Espíritu que rejuvenece a la Esposa de Cristo haciendo florecer la vida consagrada en muchas naciones, debemos dirigir una constante plegaria al Dueño de la mies para que envíe obreros a su Iglesia, para hacer frente a las exigencias de la nueva evangelización (cf. Mt 9, 37-38). Además de promover la oración por las vocaciones, es urgente esforzarse, mediante el anuncio explícito y una catequesis adecuada, por favorecer en los llamados a la vida consagrada la respuesta libre, pero pronta y generosa, que hace operante la gracia de la vocación. La invitación de Jesús: « Venid y veréis » (Jn 1, 39) sigue siendo aún hoy la regla de oro de la pastoral vocacional. Con ella se pretende presentar, a ejemplo de los fundadores y fundadoras, el atractivo de la persona del Señor Jesús y la belleza de la entrega total de sí mismo a la causa del Evangelio. Por tanto, la primera tarea de todos los consagrados y consagradas consiste en proponer valerosamente, con la palabra y con el ejemplo, el ideal del seguimiento de Cristo, alimentando y manteniendo posteriormente en los llamados la respuesta a los impulsos que el Espíritu inspira en su corazón. Al entusiasmo del primer encuentro con Cristo debe seguir, como es obvio, el esfuerzo paciente de saber corresponder cada día a la gracia recibida, haciendo de la vocación una historia de amistad con el Señor. Para ello, la pastoral vocacional utilizará los recursos apropiados, como la dirección espiritual, para alimentar aquella respuesta de amor personal al Señor que es condición indispensable para convertirse en discípulos y apóstoles de su Reino. Por otra parte, si la abundancia vocacional que se manifiesta en varias partes del mundo justifica el optimismo y la esperanza, la escasez en otras regiones no debe inducir al desánimo ni a la tentación de un fácil y precipitado reclutamiento. Es preciso que la tarea de promover las vocaciones se desarrolle de manera que aparezca cada vez más como un compromiso coral de toda la Iglesia. Se requiere, por tanto, la colaboración activa de pastores, religiosos, familias y educadores, como es propio de un servicio que forma parte integrante de la pastoral de conjunto de cada Iglesia particular. Que en cada diócesis exista, pues, este servicio común, que coordine y multiplique las fuerzas, pero sin prejuizar e incluso favoreciendo la actividad vocacional de cada Instituto. Esta colaboración activa de todo el Pueblo de Dios, sostenida por la Providencia, suscitará sin duda la abundancia de los dones divinos. La solidaridad cristiana está llamada a solventar las necesidades de la formación vocacional en los países económicamente más pobres. La promoción de vocaciones en estos países por parte de los diversos Institutos ha de hacerse en plena armonía con las Iglesias del lugar, a partir de una activa y prolongada inserción en su actividad pastoral. El modo más auténtico para secundar la acción del Espíritu será el invertir las mejores energías en la actividad vocacional, especialmente con una adecuada dedicación a la pastoral juvenil.

Pastores Dabo Vobis (Juan Pablo II)

34. «Venid y lo veréis» (Jn 1, 39). De esta manera responde Jesús a los dos discípulos de Juan el Bautista, que le preguntaban donde vivía. En estas palabras encontramos el significado de la vocación.

Así cuenta el evangelista la llamada a Andrés y a Pedro: «Al día siguiente, Juan se encontraba en aquel mismo lugar con dos de sus discípulos. De pronto vio a Jesús, que pasaba por allí, y dijo: "¡Este es el cordero de Dios!" Los dos discípulos le oyeron decir esto y siguieron a Jesús. Jesús se volvió y, viendo que lo seguían, les preguntó: "¿Qué buscáis?" Ellos contestaron: "Rabbí, (que quiere decir Maestro) ¿dónde vives?" Él les respondió: "Venid y lo veréis". Se fueron con él, vieron dónde vivía y pasaron aquel día con él. Eran como las cuatro de la tarde. Uno de los dos que siguieron a Jesús era Andrés, el hermano de Simón Pedro. Encontró Andrés en primer lugar a su propio hermano Simón y le dijo: "Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir Cristo)". Y lo llevó a Jesús. Jesús, al verlo, le dijo: "Tú eres Simón, hijo de Juan: en adelante te llamarás Cefas, (es decir, Pedro)"» (Jn 1, 35-42).

Esta página del Evangelio es una de tantas de la Biblia en las que se describe el «misterio» de la vocación; en nuestro caso, el misterio de la vocación a ser apóstoles de Jesús. La página de san Juan, que tiene también un significado para la vocación cristiana como tal, adquiere un valor simbólico para la vocación sacerdotal. La Iglesia, como comunidad de los discípulos de Jesús, está llamada a fijar su mirada en esta escena que, de alguna manera, se renueva continuamente en la historia. Se le invita a profundizar el sentido original y personal de la vocación al seguimiento de Cristo en el ministerio sacerdotal y el vínculo inseparable entre la gracia divina y la responsabilidad humana contenido y revelado en esas dos palabras que tantas veces encontramos en el Evangelio: ven y sígueme (cf. Mt 19, 21). Se le invita a interpretar y recorrer el dinamismo propio de la vocación, su desarrollo gradual y concreto en las fases del buscar a Jesús, seguirlo y permanecer con Él.

La Iglesia encuentra en este Evangelio de la vocación el modelo, la fuerza y el impulso de su pastoral vocacional, o sea, de su misión destinada a cuidar el nacimiento, el discernimiento y el acompañamiento de las vocaciones, en especial de las vocaciones al sacerdocio. Precisamente porque «la falta de sacerdotes es ciertamente la tristeza de cada Iglesia», la pastoral vocacional exige ser acogida, sobre todo hoy, con nuevo, vigoroso y más decidido compromiso por parte de todos los miembros de la Iglesia, con la conciencia de que no es un elemento secundario o accesorio, ni un aspecto aislado o sectorial, como si fuera algo sólo parcial, aunque importante, de la pastoral global de la Iglesia. Como han afirmado repetidamente los Padres sinodales, se trata más bien de una actividad íntimamente inserta en la pastoral general de cada Iglesia particular, de una atención que debe integrarse e identificarse plenamente con la llamada "cura de almas" ordinaria, de una dimensión connatural y esencial de la pastoral eclesial, o sea, de su vida y de su misión.

La dimensión vocacional es esencial y connatural a la pastoral de la Iglesia. La razón se encuentra en el hecho de que la vocación define, en cierto sentido, el ser profundo de la Iglesia, incluso antes que su actuar. En el mismo vocablo de Iglesia (Ecclesia) se indica su fisonomía vocacional íntima, porque es verdaderamente «convocatoria», esto es, asamblea de los llamados: «Dios ha convocado la asamblea de aquellos que miran en la fe a Jesús, autor de la salvación y principio de unidad y de paz, y así ha constituido la Iglesia, para que sea para todos y para cada uno el sacramento visible de esta unidad salvífica».

Una lectura propiamente teológica de la vocación sacerdotal y de su pastoral, puede nacer sólo de la lectura del misterio de la Iglesia como *mysterium vocationis*.

35. Toda vocación cristiana encuentra su fundamento en la elección gratuita y precedente de parte del Padre, «que desde lo alto del cielo nos ha bendecido por medio de Cristo con toda clase de bienes espirituales. Él nos eligió en Cristo antes de la creación del mundo, para que fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano, conforme al beneplácito de su voluntad, a ser adoptados como hijos suyos, por medio de Jesucristo» (Ef 1, 3-5).

Toda vocación cristiana viene de Dios, es don de Dios. Sin embargo nunca se concede fuera o independientemente de la Iglesia, sino que siempre tiene lugar en la Iglesia y mediante ella, porque, como nos recuerda el Concilio Vaticano II, «fue voluntad de Dios el santificar y salvar a los hombres, no aisladamente, sin conexión alguna de unos con otros, sino constituyendo un pueblo, que le confesara en verdad y le sirviera santamente».

La Iglesia no sólo contiene en sí todas las vocaciones que Dios le otorga en su camino de salvación, sino que ella misma se configura como misterio de vocación, reflejo luminoso y vivo del misterio de la Santísima Trinidad. En realidad la Iglesia, «pueblo congregado por la unidad del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo», lleva en sí el misterio del Padre que, sin ser llamado ni enviado por nadie (cf. Rom 11, 33-35), llama a todos para santificar su nombre y cumplir su voluntad; ella custodia dentro de sí el misterio del Hijo, llamado por el Padre y enviado para anunciar a todos el Reino de Dios, y que llama a todos a su seguimiento; y es depositaria del misterio del Espíritu Santo que consagra para la misión a los que el Padre llama mediante su Hijo Jesucristo.

La Iglesia, que por propia naturaleza es «vocación», es generadora y educadora de vocaciones. Lo es en su ser de «sacramento», en cuanto «signo» e «instrumento» en el que resuena y se cumple la vocación de todo cristiano; y lo es en su actuar, o sea, en el desarrollo de su ministerio de anuncio de la Palabra, de celebración de los Sacramentos y de servicio y testimonio de la caridad.

Ahora se puede comprender mejor la esencial dimensión eclesial de la vocación cristiana: ésta no sólo deriva «de» la Iglesia y de su mediación, no sólo se reconoce y se cumple «en» la Iglesia, sino que —en el servicio fundamental de Dios— se configura necesariamente como servicio «a» la Iglesia. La vocación cristiana, en todas sus formas, es un don destinado a la edificación de la Iglesia, al crecimiento del Reino de Dios en el mundo.

Esto que decimos de toda vocación cristiana se realiza de un modo específico en la vocación sacerdotal. Ésta es una llamada, a través del sacramento del Orden recibido en la Iglesia, a ponerse al servicio del Pueblo de Dios con una peculiar pertenencia y configuración con Jesucristo y que da también la autoridad para actuar en su nombre «et in persona» de quien es Cabeza y Pastor de la Iglesia.

En esta perspectiva se comprende lo que manifiestan los Padres sinodales: «La vocación de cada uno de los presbíteros existe en la Iglesia y para la Iglesia, y se realiza para ella. De ahí se sigue que todo presbítero recibe del Señor la vocación a través de la Iglesia como un don gratuito, una gratia gratis data (charisma). Es tarea del Obispo o del superior competente no sólo examinar la idoneidad y la vocación del candidato, sino también reconocerla. Este elemento eclesiástico pertenece a la vocación, al ministerio presbiteral como tal. El candidato al presbiterado debe recibir la vocación sin imponer sus propias condiciones personales, sino

aceptando las normas y condiciones que pone la misma Iglesia, por la responsabilidad que a ella compete».

36. La historia de toda vocación sacerdotal, como también de toda vocación cristiana, es la historia de un inefable diálogo entre Dios y el hombre, entre el amor de Dios que llama y la libertad del hombre que responde a Dios en el amor. Estos dos aspectos inseparables de la vocación, el don gratuito de Dios y la libertad responsable del hombre, aparecen de manera clara y eficaz en las brevísimas palabras con las que el evangelista san Marcos presenta la vocación de los doce: Jesús «subió a un monte, y llamando a los que quiso, vinieron a él» (3, 13). Por un lado está la decisión absolutamente libre de Jesús y por otro, el «venir» de los doce, o sea, el «seguir» a Jesús.

Éste es el modelo constante, el elemento imprescindible de toda vocación; la de los profetas, apóstoles, sacerdotes, religiosos, fieles laicos, la de toda persona.

Ahora bien, la intervención libre y gratuita de Dios que llama es absolutamente prioritaria, anterior y decisiva. Es suya la iniciativa de llamar. Por ejemplo, ésta es la experiencia del profeta Jeremías: «El Señor me habló así: "Antes de formarte en el vientre te conocí; antes que salieras del seno te consagré, te constituí profeta de las naciones"» (Jr 1, 4-5). Y es la misma verdad presentada por el apóstol Pablo, que fundamenta toda vocación en la elección eterna en Cristo, hecha «antes de la creación del mundo» y «conforme al beneplácito de su voluntad» (Ef 1, 4. 5). La primacía absoluta de la gracia en la vocación encuentra su proclamación perfecta en la palabra de Jesús: «No me elegisteis vosotros a mí, sino que yo os elegí a vosotros y os he destinado para que vayáis y deis fruto y que vuestro fruto permanezca» (Jn 15, 16).

Si la vocación sacerdotal testimonia, de manera inequívoca, la primacía de la gracia, la decisión libre y soberana de Dios de llamar al hombre exige respeto absoluto, y en modo alguno puede ser forzada por presiones humanas, ni puede ser sustituida por decisión humana alguna. La vocación es un don de la gracia divina y no un derecho del hombre, de forma que «nunca se puede considerar la vida sacerdotal como una promoción simplemente humana, ni la misión del ministro como un simple proyecto personal». De este modo, queda excluida radicalmente toda vanagloria y presunción por parte de los llamados (cf. Heb 5, 4 ss) los cuales han de sentir profundamente una gratitud admirada y conmovida, una confianza y una esperanza firmes, porque saben que están apoyados no en sus propias fuerzas, sino en la fidelidad incondicional de Dios que llama.

«Llamó a los que él quiso y vinieron a él» (Mc 3, 13). Este «venir», que se identifica con el «seguir» a Jesús, expresa la respuesta libre de los doce a la llamada del Maestro. Así sucede con Pedro y Andrés; les dijo: «Venid conmigo y os haré pescadores de hombres'. Y ellos al instante, dejaron las redes y le siguieron» (Mt 4, 19-20). Idéntica fue la experiencia de Santiago y Juan (cf. Mt 4, 21-22). Así sucede siempre: en la vocación brillan a la vez el amor gratuito de Dios y la exaltación de la libertad del hombre; la adhesión a la llamada de Dios y su entrega a Él.

En realidad, gracia y libertad no se oponen entre sí. Al contrario, la gracia anima y sostiene la libertad humana, liberándola de la esclavitud del pecado (cf. Jn 8, 34-36), sanándola y elevándola en sus capacidades de apertura y acogida del don de Dios. Y si no se puede

atentar contra la iniciativa absolutamente gratuita de Dios que llama, tampoco se puede atentar contra la extrema seriedad con la que el hombre es desafiado en su libertad. Así, al «ven y sígueme» de Jesús, el joven rico contesta con el rechazo, signo —aunque sea negativo— de su libertad: «Pero él, abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10, 22).

Por tanto, la libertad es esencial para la vocación, una libertad que en la respuesta positiva se califica como adhesión personal profunda, como donación de amor —o mejor como redonación al Donador: Dios que llama—, esto es, como oblación. «A la llamada —decía Pablo VI— corresponde la respuesta. No puede haber vocaciones, si no son libres, es decir, si no son ofrendas espontáneas de sí mismo, conscientes, generosas, totales... Oblaciones; éste es prácticamente el verdadero problema... Es la voz humilde y penetrante de Cristo, que dice, hoy como ayer y más que ayer: ven. La libertad se sitúa en su raíz más profunda: la oblación, la generosidad y el sacrificio».

La oblación libre, que constituye el núcleo íntimo y más precioso de la respuesta del hombre a Dios que llama, encuentra su modelo incomparable, más aún, su raíz viva, en la oblación libérrima de Jesucristo —primero de los llamados— a la voluntad del Padre: «Por eso, al entrar en este mundo, dice Cristo: "No has querido sacrificio ni oblación, pero me has formado un cuerpo ... Entonces yo dije: He aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad"» (Heb 10, 5.7).

En íntima unión con Cristo, María, la Virgen Madre, ha sido la criatura que más ha vivido la plena verdad de la vocación, porque nadie como Ella ha respondido con un amor tan grande al amor inmenso de Dios.

37. «Abatido por estas palabras, se marchó entristecido, porque tenía muchos bienes» (Mc 10, 22). El joven rico del Evangelio, que no sigue la llamada de Jesús, nos recuerda los obstáculos que pueden bloquear o apagar la respuesta libre del hombre: no sólo los bienes materiales pueden cerrar el corazón humano a los valores del espíritu y a las exigencias radicales del Reino de Dios, sino que también algunas condiciones sociales y culturales de nuestro tiempo pueden representar no pocas amenazas e imponer visiones desviadas y falsas sobre la verdadera naturaleza de la vocación, haciendo difíciles, cuando no imposibles, su acogida y su misma comprensión.

Muchos tienen una idea de Dios tan genérica y confusa que deriva en formas de religiosidad sin Dios, en las cuales la voluntad de Dios se concibe como un destino inmutable e inevitable, al que el hombre debe simplemente adaptarse y resignarse con total pasividad. Pero no es éste el rostro de Dios, que Jesucristo ha venido a revelarnos. En efecto, Dios es el Padre que, con amor eterno y precedente, llama al hombre y lo sitúa en un maravilloso y permanente diálogo con Él, invitándolo a compartir su misma vida divina como hijo. Es cierto que, con una visión equivocada de Dios, el hombre no puede reconocer ni siquiera la verdad sobre sí mismo, de tal forma que la vocación no puede ser ni percibida ni vivida en su valor auténtico; puede ser sentida solamente como un peso impuesto e insostenible.

También algunas ideas equivocadas sobre el hombre, sostenidas con frecuencia con aparentes argumentos filosóficos o «científicos», inducen a veces al hombre a interpretar la propia existencia y libertad como totalmente determinadas y condicionadas por factores

externos de orden educativo, psicológico, cultural o ambiental. Otras veces se entiende la libertad en términos de absoluta autonomía pretendiendo que sea la única e inexplorable fuente de opciones personales y considerándola a toda costa como afirmación de sí mismo. Pero, de ese modo, se cierra el camino para entender y vivir la vocación como libre diálogo de amor, que nace de la comunicación de Dios al hombre y se concluye con el don sincero de sí, por parte del hombre.

En el contexto actual no falta tampoco la tendencia a concebir la relación del hombre con Dios de un modo individualista e intimista, como si la llamada de Dios llegase a cada persona por vía directa, sin mediación comunitaria alguna, y tuviese como meta una ventaja, o la salvación misma de cada uno de los llamados y no la dedicación total a Dios en el servicio a la comunidad. Encontramos así otra amenaza, más profunda y a la vez más sutil, que hace imposible reconocer y aceptar con gozo la dimensión eclesial inscrita originariamente en toda vocación cristiana, y en particular en la vocación presbiteral. En efecto, como nos recuerda el Concilio, el sacerdocio ministerial adquiere su auténtico significado y realiza la plena verdad de sí mismo en el servir y hacer crecer la comunidad cristiana y el sacerdocio común de los fieles.

El contexto cultural al que aludimos, cuyo influjo no está ausente entre los mismos cristianos y especialmente entre los jóvenes, ayuda a comprender la difusión de la crisis de las mismas vocaciones sacerdotales, originadas y acompañadas por crisis de fe más radicales. Lo han declarado explícitamente los Padres sinodales, reconociendo que la crisis de las vocaciones al presbiterado tiene profundas raíces en el ambiente cultural y en la mentalidad y praxis de los cristianos.

De aquí la urgencia de que la pastoral vocacional de la Iglesia se dirija decididamente y de modo prioritario hacia la reconstrucción de la «mentalidad cristiana», tal como la crea y sostiene la fe. Más que nunca es necesaria una evangelización que no se canse de presentar el verdadero rostro de Dios —el Padre que en Jesucristo nos llama a cada uno de nosotros— así como el sentido genuino de la libertad humana como principio y fuerza del don responsable de sí mismo. Solamente de esta manera se podrán sentar las bases indispensables para que toda vocación, incluida la sacerdotal, pueda ser percibida en su verdad, amada en su belleza y vivida con entrega total y con gozo profundo.

38. Ciertamente la vocación es un misterio inescrutable que implica la relación que Dios establece con el hombre, como ser único e irreplicable, un misterio percibido y sentido como una llamada que espera una respuesta en lo profundo de la conciencia, esto es, en aquel «sagrario del hombre, en el que éste se siente a solas con Dios, cuya voz resuena en la propia intimidad». Pero esto no elimina la dimensión comunitaria y, más en concreto, eclesial de la vocación: la Iglesia está realmente presente y operante en la vocación de cada sacerdote.
- En el servicio a la vocación sacerdotal y a su camino, o sea, al nacimiento, discernimiento y acompañamiento de la vocación, la Iglesia puede encontrar un modelo en Andrés, uno de los dos primeros discípulos que siguieron a Jesús. Es el mismo Andrés el que va a contar a su hermano lo que le había sucedido: «Hemos encontrado al Mesías (que quiere decir el Cristo)» (Jn 1, 41). Y la narración de este «descubrimiento» abre el camino al encuentro: «Y lo llevó a Jesús» (Jn 1, 42). No hay ninguna duda sobre la iniciativa absolutamente libre ni

sobre la decisión soberana de Jesús: es Jesús el que llama a Simón y le da un nuevo nombre: «Jesús, fijando su mirada en él, le dijo: "Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas (que quiere decir Pedro)"» (Jn 1, 42). Pero también Andrés ha tenido su iniciativa: ha favorecido el encuentro del hermano con Jesús.

«Y lo llevó a Jesús». Éste es el núcleo de toda la pastoral vocacional de la Iglesia, con la que cuida del nacimiento y crecimiento de las vocaciones, sirviéndose de los dones y responsabilidades, de los carismas y del ministerio recibidos de Cristo y de su Espíritu. La Iglesia, como pueblo sacerdotal, profético y real, está comprometida en promover y ayudar el nacimiento y la maduración de las vocaciones sacerdotales con la oración y la vida sacramental, con el anuncio de la Palabra y la educación en la fe, con la guía y el testimonio de la caridad.

En su dignidad y responsabilidad de pueblo sacerdotal, la Iglesia encuentra en la oración y en la celebración de la liturgia los momentos esenciales y primarios de la pastoral vocacional. En efecto, la oración cristiana, alimentándose de la Palabra de Dios, crea el espacio ideal para que cada uno pueda descubrir la verdad de su ser y la identidad del proyecto de vida, personal e irrepetible, que el Padre le confía. Por eso es necesario educar, especialmente a los muchachos y a los jóvenes, para que sean fieles a la oración y meditación de la Palabra de Dios. En el silencio y en la escucha podrán percibir la llamada del Señor al sacerdocio y seguirla con prontitud y generosidad.

La Iglesia debe acoger cada día la invitación persuasiva y exigente de Jesús, que nos pide que «roguemos al dueño de la mies que envíe obreros a su mies» (Mt 9, 38). Obedeciendo al mandato de Cristo, la Iglesia hace, antes que nada, una humilde profesión de fe, pues al rogar por las vocaciones —mientras toma conciencia de su gran urgencia para su vida y misión— reconoce que son un don de Dios y, como tal, hay que pedirlo con súplica incesante y confiada. Ahora bien, esta oración, centro de toda la pastoral vocacional, debe comprometer no sólo a cada persona sino también a todas las comunidades eclesiales. Nadie duda de la importancia de cada una de las iniciativas de oración y de los momentos especiales reservados a ésta —comenzando por la Jornada Mundial anual por las Vocaciones— así como el compromiso explícito de personas y grupos particularmente sensibles al problema de las vocaciones sacerdotales. Pero hoy, la espera suplicante de nuevas vocaciones debe ser cada vez más una práctica constante y difundida en la comunidad cristiana y en toda realidad eclesial. Así se podrá revivir la experiencia de los apóstoles, que en el Cenáculo, unidos con María, esperan en oración la venida del Espíritu (cf. Hch 1, 14), que no dejará de suscitar también hoy en el Pueblo de Dios «dignos ministros del altar, testigos valientes y humildes del Evangelio».

También la liturgia, culmen y fuente de la vida de la Iglesia y, en particular, de toda oración cristiana, tiene un papel indispensable así como una incidencia privilegiada en la pastoral de las vocaciones. En efecto, la liturgia constituye una experiencia viva del don de Dios y una gran escuela de la respuesta a su llamada. Como tal, toda celebración litúrgica, y sobre todo la eucarística, nos descubre el verdadero rostro de Dios; nos pone en comunicación con el misterio de la Pascua, o sea, con la «hora» por la que Jesús vino al mundo y hacia la que se encaminó libre y voluntariamente en obediencia a la llamada del Padre (cf. Jn 13, 1); nos manifiesta el rostro de la Iglesia como pueblo de sacerdotes y comunidad bien compacta en

la variedad y complementariedad de los carismas y vocaciones. El sacrificio redentor de Cristo, que la Iglesia celebra sacramentalmente, da un valor particularmente precioso al sufrimiento vivido en unión con el Señor Jesús. Los Padres sinodales nos han invitado a no olvidar nunca que «a través de la oblación de los sufrimientos, tan frecuentes en la vida de los hombres, el cristiano enfermo se ofrece a sí mismo como víctima a Dios, a imagen de Cristo, que se inmoló a sí mismo por todos nosotros (cf. Jn 17, 19)», y que «el ofrecimiento de los sufrimientos con esta intención es de gran provecho para la promoción de las vocaciones».

39. En el ejercicio de su misión profética, la Iglesia siente como urgente e irrenunciable el deber de anunciar y testimoniar el sentido cristiano de la vocación: lo que podríamos llamar «el Evangelio de la vocación». También en este campo descubre la urgencia de las palabras del apóstol: «¡Ay de mí si no evangelizara!» (1 Cor 9, 16). Esta exclamación resuena principalmente para nosotros pastores y se refiere, juntamente con nosotros, a todos los educadores en la Iglesia. La predicación y la catequesis deben manifestar siempre su intrínseca dimensión vocacional: la Palabra de Dios ilumina a los creyentes para valorar la vida como respuesta a la llamada de Dios y los acompaña para acoger en la fe el don de la vocación personal.

Pero todo esto, aun siendo importante y esencial, no basta. Es necesaria una predicación directa sobre el misterio de la vocación en la Iglesia, sobre el valor del sacerdocio ministerial, sobre su urgente necesidad para el Pueblo de Dios. Una catequesis orgánica y difundida a todos los niveles en la Iglesia, además de disipar dudas y contrastar ideas unilaterales o desviadas sobre el ministerio sacerdotal, abre los corazones de los creyentes a la espera del don y crea condiciones favorables para el nacimiento de nuevas vocaciones. Ha llegado el tiempo de hablar valientemente de la vida sacerdotal como de un valor inestimable y una forma espléndida y privilegiada de vida cristiana. Los educadores, especialmente los sacerdotes, no deben temer el proponer de modo explícito y firme la vocación al presbiterado como una posibilidad real para aquellos jóvenes que muestren tener los dones y las cualidades necesarias para ello. No hay que tener ningún miedo de condicionarles o limitar su libertad; al contrario, una propuesta concreta, hecha en el momento oportuno, puede ser decisiva para provocar en los jóvenes una respuesta libre y auténtica. Por lo demás, la historia de la Iglesia y la de tantas vocaciones sacerdotales, surgidas incluso en tierna edad, demuestran ampliamente el valor providencial de la cercanía y de la palabra de un sacerdote; no sólo de la palabra sino también de la cercanía, o sea, de un testimonio concreto y gozoso, capaz de motivar interrogantes y conducir a decisiones incluso definitivas.

40. Como Pueblo real, la Iglesia se sabe enraizada y animada por la «ley del Espíritu que da la vida» (Rom 8, 2), que es esencialmente la ley regia de la caridad (cf. Sant 2, 8) o la ley perfecta de la libertad (cf. Sant 1, 25). Por eso cumple su misión cuando orienta a cada uno de los fieles a descubrir y vivir la propia vocación en la libertad y a realizarla en la caridad. En su misión educativa, la Iglesia procura con especial atención suscitar en los niños, adolescentes y jóvenes el deseo y la voluntad de un seguimiento integral y atrayente de Jesucristo. La tarea educativa, que corresponde también a la comunidad cristiana como tal, debe dirigirse a cada persona. En efecto, Dios con su llamada toca el corazón de cada

hombre, y el Espíritu, que habita en lo íntimo de cada discípulo (cf. 1 Jn 3, 24), es infundido a cada cristiano con carismas diversos y con manifestaciones particulares. Por tanto, cada uno ha de ser ayudado para poder acoger el don que se le ha dado a él en particular, como persona única e irrepetible, y para escuchar las palabras que el Espíritu de Dios le dirige.

En esta perspectiva, la atención a las vocaciones al sacerdocio se debe concretar también en una propuesta decidida y convincente de dirección espiritual. Es necesario redescubrir la gran tradición del acompañamiento espiritual individual, que ha dado siempre tantos y tan preciosos frutos en la vida de la Iglesia. En determinados casos y bajo precisas condiciones, este acompañamiento podrá verse ayudado, pero nunca sustituido, con formas de análisis o de ayuda psicológica. Invítese a los niños, los adolescentes y los jóvenes a descubrir y apreciar el don de la dirección espiritual, a buscarlo y experimentarlo, a solicitarlo con insistencia confiada a sus educadores en la fe. Por su parte, los sacerdotes sean los primeros en dedicar tiempo y energías a esta labor de educación y de ayuda espiritual personal. No se arrepentirán jamás de haber descuidado o relegado a segundo plano otras muchas actividades también buenas y útiles, si esto lo exigía la fidelidad a su ministerio de colaboradores del Espíritu en la orientación y guía de los llamados.

Finalidad de la educación del cristiano es llegar, bajo el influjo del Espíritu, a la «plena madurez de Cristo» (Ef 4, 13). Esto se verifica cuando, imitando y compartiendo su caridad, se hace de toda la vida propia un servicio de amor (cf. Jn 13, 14-15), ofreciendo un culto espiritual agradable a Dios (cf. Rom 12, 1) y entregándose a los hermanos. El servicio de amor es el sentido fundamental de toda vocación, que encuentra una realización específica en la vocación del sacerdote. En efecto, él es llamado a revivir, en la forma más radical posible, la caridad pastoral de Jesús, o sea, el amor del buen Pastor, que «da su vida por las ovejas» (Jn 10, 11).

Por eso una pastoral vocacional auténtica no se cansará jamás de educar a los niños, adolescentes y jóvenes al compromiso, al significado del servicio gratuito, al valor del sacrificio, a la donación incondicionada de sí mismos. En este sentido, se manifiesta particularmente útil la experiencia del voluntariado, hacia el cual está creciendo la sensibilidad de tantos jóvenes. En efecto, se trata de un voluntariado motivado evangélicamente, capaz de educar al discernimiento de las necesidades, vivido con entrega y fidelidad cada día, abierto a la posibilidad de un compromiso definitivo en la vida consagrada, alimentado por la oración; dicho voluntariado podrá ayudar a sostener una vida de entrega desinteresada y gratuita y, al que lo practica, le hará más sensible a la voz de Dios que lo puede llamar al sacerdocio. A diferencia del joven rico, el voluntario podría aceptar la invitación, llena de amor, que Jesús le dirige (cf. Mc 10, 21); y la podría aceptar porque sus únicos bienes consisten ya en darse a los otros y «perder» su vida.

41. La vocación sacerdotal es un don de Dios, que constituye ciertamente un gran bien para quien es su primer destinatario. Pero es también un don para toda la Iglesia, un bien para su vida y misión. Por eso la Iglesia está llamada a custodiar este don, a estimarlo y amarlo. Ella es responsable del nacimiento y de la maduración de las vocaciones sacerdotales. En consecuencia, la pastoral vocacional tiene como sujeto activo, como protagonista, a la

comunidad eclesial como tal, en sus diversas expresiones: desde la Iglesia universal a la Iglesia particular y, análogamente, desde ésta a la parroquia y a todos los estamentos del Pueblo de Dios.

Es muy urgente, sobre todo hoy, que se difunda y arraigue la convicción de que todos los miembros de la Iglesia, sin excluir ninguno, tienen la responsabilidad de cuidar las vocaciones. El Concilio Vaticano II ha sido muy explícito al afirmar que «el deber de fomentar las vocaciones afecta a toda la comunidad cristiana, la cual ha de procurarlo, ante todo, con una vida plenamente cristiana». Solamente sobre la base de esta convicción, la pastoral vocacional podrá manifestar su rostro verdaderamente eclesial, desarrollar una acción coordinada, sirviéndose también de organismos específicos y de instrumentos adecuados de comunión y de corresponsabilidad.

La primera responsabilidad de la pastoral orientada a las vocaciones sacerdotales es del Obispo, que está llamado a vivirla en primera persona, aunque podrá y deberá suscitar abundantes tipos de colaboraciones. A él, que es padre y amigo en su presbiterio, le corresponde, ante todo, la solicitud de dar continuidad al carisma y al ministerio presbiteral, incorporando a él nuevos miembros con la imposición de las manos. Él se preocupará de que la dimensión vocacional esté siempre presente en todo el ámbito de la pastoral ordinaria, es más, que esté plenamente integrada y como identificada con ella. A él compete el deber de promover y coordinar las diversas iniciativas vocacionales.

El Obispo sabe que puede contar ante todo con la colaboración de su presbiterio. Todos los sacerdotes son solidarios y corresponsables con él en la búsqueda y promoción de las vocaciones presbiterales. En efecto, como afirma el Concilio, «a los sacerdotes, en cuanto educadores en la fe, atañe procurar, por sí mismos o por otros, que cada uno de los fieles sea llevado en el Espíritu Santo a cultivar su propia vocación». «Este deber pertenece a la misión misma sacerdotal, por la que el presbítero se hace ciertamente partícipe de la solicitud de toda la Iglesia, para que aquí en la tierra nunca falten operarios en el Pueblo de Dios». La vida misma de los presbíteros, su entrega incondicional a la grey de Dios, su testimonio de servicio amoroso al Señor y a su Iglesia —un testimonio sellado con la opción por la cruz, acogida en la esperanza y en el gozo pascual—, su concordia fraterna y su celo por la evangelización del mundo, son el factor primero y más persuasivo de fecundidad vocacional.

Una responsabilidad particularísima está confiada a la familia cristiana, que en virtud del sacramento del matrimonio participa, de modo propio y original, en la misión educativa de la Iglesia, maestra y madre. Como han afirmado los Padres sinodales, «la familia cristiana, que es verdaderamente "como iglesia doméstica" (Lumen gentium, 11), ha ofrecido siempre y continúa ofreciendo las condiciones favorables para el nacimiento de las vocaciones. Y puesto que hoy la imagen de la familia cristiana está en peligro, se debe dar gran importancia a la pastoral familiar, de modo que las mismas familias, acogiendo generosamente el don de la vida humana, formen "como un primer seminario" (Optatam totius, 2) en el que los hijos puedan adquirir, desde el comienzo, el sentido de la piedad y de la oración y el amor a la Iglesia». En continuidad y en sintonía con la labor de los padres y de la familia está la escuela, llamada a vivir su identidad de «comunidad educativa» incluso con una propuesta cultural capaz de iluminar la dimensión vocacional como valor propio y fundamental de la persona humana. En este sentido, si es oportunamente enriquecida de espíritu cristiano (sea a través

de presencias eclesiales significativas en la escuela estatal, según las diversas legislaciones nacionales, sea sobre todo en el caso de la escuela católica), puede infundir «en el alma de los muchachos y de los jóvenes el deseo de cumplir la voluntad de Dios en el estado de vida más idóneo a cada uno, sin excluir nunca la vocación al ministerio sacerdotal».

También los fieles laicos, en particular los catequistas, los profesores, los educadores, los animadores de la pastoral juvenil, cada uno con los medios y modalidades propios, tienen una gran importancia en la pastoral de las vocaciones sacerdotales. Cuanto más profundicen en el sentido de su propia vocación y misión en la Iglesia, tanto más podrán reconocer el valor y el carácter insustituible de la vocación y de la misión sacerdotal.

En el ámbito de las comunidades diocesanas y parroquiales hay que apreciar y promover aquellos grupos vocacionales, cuyos miembros ofrecen su ayuda de oración y de sufrimiento por las vocaciones sacerdotales y religiosas, así como su apoyo moral y material.

También hay que mencionar aquí a los numerosos grupos, movimientos y asociaciones de fieles laicos que el Espíritu Santo hace surgir y crecer en la Iglesia, con vistas a una presencia cristiana más misionera en el mundo. Estas diversas agrupaciones de laicos están resultando un campo particularmente fértil para el nacimiento de vocaciones consagradas y son ambientes propicios de oferta y crecimiento vocacional. En efecto, no pocos jóvenes, precisamente en el ambiente de estas agrupaciones y gracias a ellas, han sentido la llamada del Señor a seguirlo en el camino del sacerdocio ministerial y han respondido a ella con generosidad. Por consiguiente, hay que valorarlas para que, en comunión con toda la Iglesia y para el crecimiento de ésta, presten su colaboración específica al desarrollo de la pastoral vocacional.

Los diversos integrantes y miembros de la Iglesia comprometidos en la pastoral vocacional harán tanto más eficaz su trabajo, cuanto más estimulen a la comunidad eclesial como tal —empezando por la parroquia— para que sientan que el problema de las vocaciones sacerdotales no puede ser encomendado en exclusiva a unos «encargados» (los sacerdotes en general, los sacerdotes del Seminario en particular), pues, por tratarse de «un problema vital que está en el corazón mismo de la Iglesia», debe hallarse en el centro del amor que todo cristiano tiene a la misma.

42. «Subió al monte y llamó a los que él quiso: y vinieron donde él. Instituyó Doce, para que estuvieran con él, y para enviarlos a predicar con poder de expulsar los demonios» (Mc 3, 13-15).

«Que estuvieran con él». No es difícil entender el significado de estas palabras, esto es, «el acompañamiento vocacional» de los apóstoles por parte de Jesús. Después de haberlos llamado y antes de enviarlos, es más, para poder mandarlos a predicar, Jesús les pide un «tiempo» de formación, destinado a desarrollar una relación de comunión y de amistad profundas con Él. Dedicó a ellos una catequesis más intensa que al resto de la gente (cf. Mt 13, 11) y quiere que sean testigos de su oración silenciosa al Padre (cf. Jn 17, 1-26; Lc 22, 39-45).

En su solicitud por las vocaciones sacerdotales la Iglesia de todos los tiempos se inspira en el ejemplo de Cristo. Han sido —y en parte lo son todavía— muy diversas las formas concretas con las que la Iglesia se ha dedicado a la pastoral vocacional, destinada no sólo a discernir,

sino también a «acompañar» las vocaciones al sacerdocio. Pero el espíritu que debe animarlas y sostenerlas es idéntico: el de promover al sacerdocio solamente los que han sido llamados y llevarlos debidamente preparados, esto es, mediante una respuesta consciente y libre que implica a toda la persona en su adhesión a Jesucristo, que llama a su intimidad de vida y a participar en su misión salvífica. En este sentido el Seminario en sus diversas formas y, de modo análogo, la casa de formación de los sacerdotes religiosos, antes que ser un lugar o un espacio material, debe ser un ambiente espiritual, un itinerario de vida, una atmósfera que favorezca y asegure un proceso formativo, de manera que el que ha sido llamado por Dios al sacerdocio pueda llegar a ser, con el sacramento del Orden, una imagen viva de Jesucristo, Cabeza y Pastor de la Iglesia. Los Padres sinodales, en su Mensaje final, han expuesto de forma inmediata y profunda el significado original y específico de la formación de los candidatos al sacerdocio, diciendo que «vivir en el seminario, escuela del Evangelio, es vivir en el seguimiento de Cristo como los apóstoles; es dejarse educar por Él para el servicio del Padre y de los hombres, bajo la conducción del Espíritu Santo. Más aún, es dejarse configurar con Cristo, buen Pastor, para un mejor servicio sacerdotal en la Iglesia y en el mundo. Formarse para el sacerdocio es aprender a dar una respuesta personal a la pregunta fundamental de Cristo: "¿Me amas?" (Jn 21, 15). Para el futuro sacerdote, la respuesta no puede ser sino el don total de su vida».

Se trata pues de encarnar este espíritu —que nunca deberá faltar en la Iglesia— en las condiciones sociales, psicológicas, políticas y culturales del mundo actual, tan variadas y complejas, como han puesto de relieve los Padres sinodales en relación con las Iglesias particulares. Los mismos Padres, manifestando su grave preocupación, pero también su grande esperanza, han podido conocer y reflexionar ampliamente sobre el esfuerzo de búsqueda y actualización de los métodos de formación de los aspirantes al sacerdocio, puestos en práctica en todas sus Iglesias.

La presente Exhortación intenta recoger el fruto de los trabajos sinodales, señalando algunos objetivos logrados, mostrando algunas metas irrenunciables, poniendo a disposición de todos la riqueza de experiencias y de procesos formativos experimentados ya en modo positivo. En esta Exhortación se exponen separadamente la formación «inicial» y la formación «permanente», pero sin olvidar nunca la profunda relación que tienen entre sí y que debe hacer de las dos un solo proyecto orgánico de vida cristiana y sacerdotal. La Exhortación trata sobre las diversas dimensiones de la formación, humana, espiritual, intelectual y pastoral, como también sobre los ambientes y sobre los responsables de la formación de los candidatos al sacerdocio.

Caminar desde Cristo

16. Uno de los primeros frutos de un camino de formación permanente es la capacidad diaria de vivir la vocación como don siempre nuevo, que se acoge con un corazón agradecido. Un don al que hay que corresponder con una actitud cada vez más responsable, y que hay que testimoniar con mayor convicción y capacidad de contagio, para que los demás puedan

sentirse llamados por Dios para aquella vocación particular o por otros caminos. El consagrado es también por naturaleza animador vocacional; en efecto, quien ha sido llamado, tiene que llamar. Existe, pues, una unión natural entre formación permanente y animación vocacional.

El servicio a las vocaciones es uno de los nuevos y más comprometidos retos que ha de afrontar hoy la vida consagrada. Por un lado la globalización de la cultura y la complejidad de las relaciones sociales hacen difíciles las opciones de vida radicales y duraderas; por otro, el mundo vive en una creciente experiencia de sufrimientos materiales y morales que minan la dignidad misma del ser humano y exigen, con ruego silencioso, que haya quien anuncie con fuerza el mensaje de paz y de esperanza, que lleve la salvación de Cristo. Resuenan en nuestras mentes las palabras de Jesús a sus apóstoles: «La mies es abundante y los obreros pocos. Rogad al Dueño de la mies que mande obreros a su mies» (Mt 9, 37-38; Lc 10, 2).

El primer compromiso de la pastoral vocacional es siempre la oración. Sobre todo allí donde son raros los ingresos en la vida consagrada, se necesita una fe renovada en el Dios que puede hacer surgir de las piedras hijos de Abrahán (cf. Mt 3, 9) y hacer fecundos los senos estériles si es invocado con confianza. Todos los fieles, y sobre todo los jóvenes, están comprometidos en esta manifestación de fe en Dios, que es el único que puede llamar y enviar obreros a su mies. Toda la Iglesia local, obispos, presbíteros, laicos, personas consagradas, está llamada a asumir la responsabilidad ante las vocaciones de particular consagración.

El camino maestro de la promoción vocacional a la vida consagrada es el que el mismo Señor inició cuando dijo a los apóstoles Juan y Andrés: «Venid y veréis» (Jn 1, 39). Este encuentro, acompañado por el compartir la vida, exige a las personas consagradas vivir profundamente su consagración para ser un signo visible de la alegría que Dios da a quien escucha su llamada. De ahí la necesidad de comunidades acogedoras y capaces de compartir su ideal de vida con los jóvenes, dejándose interpelar por sus exigencias de autenticidad, dispuestas a caminar con ellos.

Ambiente privilegiado para este anuncio vocacional es la Iglesia local. Aquí todos los ministerios y carismas expresan su reciprocidad y realizan juntos la comunión en el único Espíritu de Cristo y la multiplicidad de sus manifestaciones. La presencia activa de las personas consagradas ayudará a las comunidades cristianas a ser laboratorios de la fe, lugares de búsqueda, de reflexión y de encuentro, de comunión y de servicio apostólico, en los que todos se sienten partícipes en la edificación del Reino de Dios en medio de los hombres. Se crea así el clima característico de la Iglesia como familia de Dios, un ambiente que facilita el mutuo conocimiento, el compartir y el contagio de los valores propios que están al origen de la donación de la propia vida a la causa del Reino.

17. La atención a las vocaciones es una tarea crucial para el porvenir de la vida consagrada. La disminución de las vocaciones particularmente en el mundo occidental y su crecimiento en Asia y en África está perfilando una nueva geografía de la presencia de la vida consagrada en la Iglesia y nuevos equilibrios culturales en la vida de los Institutos. Este estado de vida, que con la profesión de los consejos evangélicos da a los rasgos característicos de Jesús una típica y permanente visibilidad en medio del mundo, vive hoy un tiempo particular de reflexión y

de búsqueda con modalidades nuevas y en culturas nuevas. Éste es ciertamente un inicio prometedor para el desarrollo de expresiones inexploradas de sus múltiples formas carismáticas.

Las transformaciones en marcha piden directamente a cada uno de los Institutos de vida consagrada y a las Sociedades de vida apostólica dar un fuerte sentido evangélico a su presencia en la Iglesia y a su servicio a la humanidad. La pastoral de las vocaciones exige desarrollar nuevas y más profundas capacidades de encuentro; ofrecer, con el testimonio de la vida, itinerarios peculiares de seguimiento de Cristo y de santidad; anunciar, con fuerza y claridad, la libertad que brota de una vida pobre, que tiene como único tesoro el Reino de Dios; la profundidad del amor de una existencia casta, que quiere tener un solo corazón: el de Cristo; la fuerza de santificación y renovación encerrada en una vida obediente, que tiene un único horizonte: dar cumplimiento a la voluntad de Dios para la salvación del mundo.

La promoción de las vocaciones hoy es un deber que no se puede delegar de manera exclusiva en algunos especialistas ni separarlo de una verdadera y propia pastoral juvenil que haga sentir sobre todo el amor concreto de Cristo hacia los jóvenes. Cada comunidad y todos los miembros del Instituto están llamados a hacerse cargo del contacto con los jóvenes, de una pedagogía evangélica del seguimiento de Cristo y de la transmisión del carisma; los jóvenes esperan que se sepan proponer estilos de vida auténticamente evangélicos y caminos de iniciación a los grandes valores espirituales de la vida humana y cristiana. Son, por tanto, las personas consagradas las que deben descubrir el arte pedagógico de suscitar y sacar a la luz los profundos interrogantes, con mucha frecuencia escondidos en el corazón de la persona, en particular de los jóvenes. Esas personas, acompañando el camino de discernimiento vocacional, ayudarán a mostrar la fuente de su identidad. Comunicar la propia experiencia de vida es siempre hacer memoria y volver a ver la luz que guió la elección vocacional personal.

Alegraos (CIVCSVA. 2014)

«Al llamaros Dios os dice: “¡Tú eres importante para mí, te quiero, cuento contigo!” Jesús a cada uno de nosotros nos dice esto. ¡De ahí nace la alegría! La alegría del momento en el que Jesús me ha mirado. Comprender y sentir esto es el secreto de nuestra alegría. Sentirse amado por Dios, sentir que para Él no somos números, sino personas; y sentir que es Él quien nos llama».

El Papa Francisco orienta nuestra mirada al fundamento espiritual de nuestra humanidad para reconocer lo que hemos recibido por gracia de Dios y libre respuesta humana: Oyendo esto Jesús, le dijo: “aún te falta una cosa. Vende todo cuanto tienes y repártelo entre los pobres, y tendrás un tesoro en los cielos; luego, ven y sígueme” (Lc 18, 22).

El Papa hace memoria: «Jesús, en la última Cena, se dirige a los Apóstoles con estas palabras: No sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido (Jn 15, 16), que recuerdan a todos, no sólo a nosotros sacerdotes, que la vocación es siempre una iniciativa de Dios. Es Cristo que os ha llamado a seguirlo en la vida consagrada y esto significa realizar continuamente un «éxodo» de vosotras mismas para centrar vuestra existencia en Cristo y en su

Evangelio, en la voluntad de Dios, despojándoos de vuestros proyectos, para poder decir con san Pablo: No soy yo el que vive, es Cristo quien vive en mí (Ga 2, 20)».

El Papa nos invita a una peregrinatio hacia atrás, un camino sapiencial para encontrarnos en las calles de Palestina o junto a la barca del humilde pescador de Galilea; nos invita a contemplar los inicios de un camino o mejor de un acontecimiento que, inaugurado por Cristo, nos lleva a dejar las redes en la orilla, el banco de los impuestos en el arcén de la carretera, las veleidades del zelote entre las intenciones del pasado. Medios todos inadecuados para estar con Él.

Nos invita a detenernos con paz, como peregrinación interior, en el horizonte de la primera hora, donde los espacios están caldeados de relación amistosa, la inteligencia se abre al misterio, la decisión entiende que es bueno entregarse al seguimiento de ese Maestro que sólo tiene palabras de vida eterna (cf. Jn 6,68). Nos invita a hacer de toda la «existencia una peregrinación de transformación en el amor».

El Papa Francisco nos llama a detenernos en el fotograma inicial: «La alegría del momento en que Jesús me ha mirado» y evocar significados y exigencias relacionadas con nuestra vocación: «Es la respuesta a una llamada y a una llamada de amor». Estar con Cristo supone compartir su vida y sus opciones; requiere la obediencia de fe, la bienaventuranza de los pobres, la radicalidad del amor.

Se trata de renacer por vocación. «Invito a cada cristiano [...] a renovar ahora mismo su encuentro personal con Jesucristo o, al menos, a tomar la decisión de dejarse encontrar por Él, de intentarlo cada día sin descanso».

Pablo nos conduce a esta visión fundamental: nadie puede poner otro cimiento que el ya puesto, Jesucristo (1 Cor 3, 11). El término vocación indica este hecho gratuito, como una cisterna de vida que no cesa de renovar la humanidad y la Iglesia en lo más profundo de su ser.

En la experiencia de la vocación Dios es el sujeto misterioso de la llamada. Nosotros escuchamos la voz que nos llama a la vida y al discipulado por el Reino. El Papa Francisco al recordarlo, «Tú eres importante para mí», usa el diálogo directo, en primera persona, para despertar la consciencia. Lleva a conciencia mi idea, mi juicio, para suscitar comportamientos coherentes con la llamada que siento dirigida a mí, mi llamada personal: «Quisiera decir a quien se siente indiferente hacia Dios, hacia la fe, a quien está lejano de Dios o lo ha abandonado, también a nosotros, con nuestros “alejamientos” y nuestros “abandonos” de Dios, quizás pequeños, pero ¡hay tantos en la vida cotidiana!: mira en lo profundo de tu corazón, mira en lo íntimo de ti mismo y pregúntate: ¿hay un corazón que desea cosas grande o un corazón adormecido por las cosas? ¿Tu corazón ha conservado la inquietud de la búsqueda o la has dejado sofocar por las cosas, que terminan por atrofiarlo?».

La relación con Jesucristo necesita ser alimentada por la inquietud de la búsqueda. Ella nos hace conscientes de la gratuidad del don de la vocación y nos ayuda a dar razón de las motivaciones que nos han llevado a la opción inicial y sostienen nuestra perseverancia: «Dejarse conquistar por Cristo significa estar siempre atento hacia lo que me está de frente, hacia la meta de Cristo (cf. Fil 3,14)». Estar constantemente a la escucha de Dios requiere que estas preguntas marquen nuestro tiempo cotidiano.

Este misterio indecible, que llevamos dentro y que participa del inefable misterio de Dios, se puede leer únicamente a la luz de la fe: «La fe es la respuesta a una Palabra que interpela personalmente, a un Tú que nos llama por nuestro nombre» y «en cuanto respuesta a una Palabra

que la precede, será siempre un acto de memoria. Sin embargo, esta memoria no se queda en el pasado, sino que, siendo memoria de una promesa, es capaz de abrir al futuro, de iluminar los pasos a lo largo del camino». «La fe contiene precisamente la memoria de la historia de Dios con nosotros, la memoria del encuentro con Dios, que es el primero en moverse, que crea y salva [...] Quien lleva consigo la memoria de Dios, se deja guiar por la memoria de Dios en toda su vida, y la sabe despertar en el corazón de los otros».[20] Memoria de ser llamados aquí y ahora.

El Papa nos pide releer nuestra historia personal y verificarla a la luz de la mirada de amor de Dios, porque si la vocación es siempre iniciativa suya, a nosotros nos corresponde la adhesión libre a la economía divino-humana, como relación de vida en el ágape, camino de discipulado, «luz en el camino de la Iglesia». La vida en el Espíritu no tiene tiempos establecidos, sino que se abre constantemente al misterio mientras discierne para conocer al Señor y percibir la realidad a partir de Él. Al llamarnos, Dios nos hace entrar en su descanso y nos pide descansar en Él, como proceso continuo de conocimiento de amor; resuena para nosotros la Palabra tú te afanas y preocupas por muchas cosas (Lc 10,41). En la via amoris caminamos en una nueva vida: la vieja criatura renace a vida nueva. El que está en Cristo, es una nueva creación (2 Co 5,17).

El Papa Francisco indica el nombre de este renacer: «esta senda tiene un nombre, un rostro: el rostro de Jesucristo. Él nos enseña a ser santos. En el Evangelio nos muestra el camino: el camino de las Bienaventuranzas (cf. Mt 5, 1-12). Esta es la vida de los santos: personas que por amor a Dios no le pusieron condiciones a Él en su vida».

La vida consagrada está llamada a encarnar la Buena Noticia, en el seguimiento de Cristo, muerto y resucitado, a hacer propio el «modo de existir y de actuar de Jesús como Verbo encarnado ante el Padre y ante los hermanos». Asumir en concreto su estilo de vida, adoptar sus actitudes interiores, dejarse inundar por su espíritu, asimilar su sorprendente lógica y su escala de valores, compartir sus riesgos y sus esperanzas: «guiados por la certeza humilde y feliz de quien ha sido encontrado, alcanzado y transformado por la Verdad que es Cristo, y no puede dejar de proclamarla».

Permanecer en Cristo nos permite acoger la presencia del Misterio que nos habita y hace que se dilate el corazón a la medida de su corazón de Hijo. El que permanece en su amor, como el sarmiento está unido a la vid (cf. Jn 15,1-8) entra en la familiaridad con Cristo y da fruto: «¡Permanecer en Jesús! Se trata de permanecer unidos a Él, dentro de Él, con Él, hablando con Él».

«La señal de Cristo está en nuestra frente y en nuestro corazón... en nuestra frente para confesarle siempre, y en nuestro corazón para amarle... en nuestro brazo para hacer el bien», la vida consagrada en efecto es una continua llamada a seguir a Cristo y a conformarnos a Él. «Toda la vida de Jesús, su forma de tratar a los pobres, sus gestos, su coherencia, su generosidad cotidiana y sencilla, y finalmente su entrega total, todo es precioso y le habla a la propia vida».

El encuentro con el Señor, nos pone en movimiento, nos empuja a salir de la autorreferencialidad. La relación con el Señor no es estática, ni intimista: «Quien pone a Cristo en el centro de su vida, se descentra. Cuanto más te unes a Jesús y él se convierte en el centro de tu vida, tanto más te hace Él salir de ti mismo, te descentra y te abre a los demás». «No estamos en el centro, estamos, por así decirlo, «desplazados», estamos al servicio de Cristo y de la Iglesia».

La vida cristiana está determinada por verbos de movimiento, es una búsqueda continua, incluso cuando se vive en la dimensión monástica y contemplativo-claustral.

«No se puede perseverar en una evangelización ferviente si no se está convencido, por experiencia propia, de que no es lo mismo haber conocido a Jesús que no conocerlo, no es lo mismo caminar con Él que caminar a tientas, no es lo mismo poder escucharlo que ignorar su Palabra, no es lo mismo poder contemplarlo, adorarlo, descansar en Él, que no poder hacerlo. No es lo mismo tratar de construir el mundo con su Evangelio que hacerlo sólo con la propia razón. Sabemos bien que la vida con Él se vuelve mucho más plena y que con Él es más fácil encontrarle un sentido a todo».

El Papa Francisco exhorta a la inquietud de la búsqueda, como fue para Agustín de Hipona: una «inquietud del corazón lo que le lleva al encuentro personal con Cristo, le lleva a comprender que ese Dios que buscaba lejos de sí es el Dios cercano a cada ser humano, el Dios cercano a nuestro corazón, más íntimo a nosotros que nosotros mismos». Es una búsqueda continua: «Agustín no se detiene, no se arrellana, no se cierra en sí mismo como quien ya ha llegado, sino que continúa el camino. La inquietud de la búsqueda de la verdad, de la búsqueda de Dios, se convierte en la inquietud de conocerle cada vez más y de salir de sí mismo para darlo a conocer a los demás. Es justamente la inquietud del amor».

Quien ha encontrado al Señor y lo sigue con fidelidad es un mensajero de la alegría del Espíritu.

«Sólo gracias a ese encuentro —o reencuentro— con el amor de Dios, que se convierte en feliz amistad, somos rescatados de nuestra conciencia aislada y de la autorreferencialidad». La persona llamada es convocada a ser ella misma, es decir a ser lo que puede ser. Podemos decir que la crisis de la vida consagrada depende también de la incapacidad de reconocer esta llamada profunda, incluso en los que viven ya tal vocación.

Vivimos una crisis de fidelidad, entendida como adhesión consciente a una llamada que es un recorrido, un camino desde su misterioso inicio a su misterioso final.

Quizás nos encontramos también en una crisis de humanización. No siempre vivimos una verdadera coherencia, heridos por la incapacidad de realizar en el tiempo nuestra vida como vocación única y camino fiel.

Un camino cotidiano, personal y fraterno, marcado por el descontento, por la amargura que nos cierra en la lamentación, en una permanente nostalgia por caminos inexplorados y por sueños no realizados, se convierte en un camino solitario. Nuestra vida, llamada a la relación en el cumplimiento del amor puede transformarse en tierra desierta. Estamos invitados en cada edad a volver al centro profundo de la vida personal, allí donde encuentran sentido y verdad las motivaciones de nuestro vivir con el Maestro, discípulos y discípulas del Maestro.

La fidelidad es conciencia del amor que nos orienta hacia el Tú de Dios y hacia cada persona, de modo constante y dinámico, mientras experimentamos en nosotros la vida del Resucitado: «Quienes se dejan salvar por Él son liberados del pecado, de la tristeza, del vacío interior, del aislamiento».

El discipulado fiel es gracia y ejercicio de amor, ejercicio de caridad oblativa: «Cuando caminamos sin la cruz, cuando edificamos sin la cruz y cuando confesamos un Cristo sin cruz, no

somos discípulos del Señor: somos mundanos, somos obispos, sacerdotes, cardenales, papas, pero no discípulos del Señor».

Perseverar hasta el Gólgota, experimentar la laceración de la duda y de la negación, gozar en la maravilla y en el estupor de la Pascua hasta la manifestación de Pentecostés y la evangelización de las gentes, son etapas de una fidelidad gozosa en la lógica de la kenosis, experimentada durante toda la vida con el signo incluso del martirio, y del mismo modo partícipe de la vida de Cristo resucitado: «Y desde la Cruz, acto supremo de misericordia y de amor, renacemos como “criatura nueva (Ga 6,15)».

En el lugar teologal, donde Dios revelándose nos revela a nosotros mismos, el Señor nos pide, pues, volver a buscar, fides quaerens: Busca la justicia, la fe, la caridad, la paz en unión de los que invocan al Señor con corazón puro (2 Tm 2, 22).

La peregrinación interior se inicia en la plegaria: «Para un discípulo, lo primero es estar con el Maestro, escucharle, aprender de él. Y esto vale siempre, es un camino que dura toda la vida[...] Si en nuestros corazones no está el calor de Dios, de su amor, de su ternura, ¿cómo podemos nosotros, pobres pecadores, inflamar el corazón de los demás?». Este itinerario dura toda la vida y el Espíritu Santo, en la humildad de la oración, nos hace entender la Señoría de Cristo en nosotros: «El Señor nos llama cada día a seguirlo con valentía y fidelidad; nos ha concedido el gran don de elegirnos como discípulos suyos; nos invita a proclamarlo con gozo como el Resucitado, pero nos pide que lo hagamos con la palabra y el testimonio de nuestra vida en lo cotidiano. El Señor es el único, el único Dios de nuestra vida, y nos invita a despojarnos de tantos ídolos y a adorarle sólo a él».

El Papa indica la oración como el manantial de fecundidad de la misión: «Cultivemos la dimensión contemplativa, incluso en la vorágine de los compromisos más urgentes y duros. Cuanto más les llame la misión a ir a las periferias existenciales, más unido ha de estar su corazón a Cristo, lleno de misericordia y de amor».

El estar con Jesús nos forma a una mirada contemplativa de la historia, que sabe ver y escuchar en todo la presencia del Espíritu y, de modo privilegiado, discernir su presencia para vivir el tiempo como tiempo de Dios. Cuando falta la mirada de fe «la propia vida pierde gradualmente el sentido, el rostro de los hermanos se hace opaco y es imposible descubrir en ellos el rostro de Cristo, los acontecimientos de la historia quedan ambiguos cuando no privados de esperanza».

La contemplación abre a la aptitud profética. El profeta es un hombre «que tiene los ojos penetrantes y que escucha y dice las palabras de Dios, [...] un hombre de tres tiempos: promesa del pasado, contemplación del presente, ánimo para indicar el camino hacia el futuro».

Por último, la fidelidad en el discipulado pasa y es probada por la experiencia de la fraternidad, lugar teológico, en el que estamos llamados a sostenernos en el sí gozoso al Evangelio: «Es la Palabra de Dios la que suscita la fe, la nutre, la regenera. Es la Palabra de Dios la que toca los corazones, los convierte a Dios y a su lógica, que es muy distinta a la nuestra; es la Palabra de Dios la que renueva continuamente nuestras comunidades».

El Papa nos invita pues a renovar y a cualificar nuestra vocación con alegría y pasión porque el acto totalizante del amor es un «camino continuo, que madura, madura, madura»,^[43] en desarrollo permanente en el que el sí de nuestra voluntad a la suya une voluntad, intelecto y sentimiento «el amor nunca se da por «concluido» y completado; se transforma en el curso de la vida, madura y, precisamente por ello, permanece fiel a sí mismo».

3. MAGISTERIO SALESIANO

Don Bosco

Memorias del Oratorio

"Con aquellos años tuve un sueño que quedó profundamente grabado en mi mente para toda la vida. En el sueño, me pareció encontrarme cerca de casa, en un terreno muy espacioso, donde estaba reunida una muchedumbre de chiquillos que se divertían. Algunos reían, otros jugaban, no pocos blasfemaban. Al oír las blasfemias, me lancé inmediatamente en medio de ellos, usando los puños y las palabras para hacerlos callar. En aquel momento apareció un hombre venerando, de aspecto varonil y noblemente vestido. Un blanco manto le cubría todo el cuerpo, pero su rostro era tan luminoso que no podía fijar la mirada en él. Me llamó por mi nombre y me mandó ponerme a la cabeza de los muchachos, añadiendo estas palabras:

—No con golpes, sino con la mansedumbre y con la caridad deberás ganarte a estos tus amigos. Ponte ahora mismo, pues, a instruirlos sobre la fealdad del pecado y la belleza de la virtud.

Aturdido y espantado, repliqué que yo era un niño pobre e ignorante, incapaz de hablar de religión a aquellos jovencitos. En ese momento, los muchachos, cesando sus riñas, alborotos y blasfemias, se recogieron todos en torno al que hablaba.

Sin saber casi lo que me decía, añadí:

—¿Quién sois vos, que me mandáis una cosa imposible?

—Precisamente porque tales cosas te parecen imposibles, debes hacerlas posibles con la obediencia y la adquisición de la ciencia.

—¿En dónde y con qué medios podré adquirir la ciencia?

—Yo te daré la maestra bajo cuya disciplina podrás llegar a ser sabio, y sin la cual toda sabiduría se convierte en necedad.

—Pero ¿quién sois vos que me habláis de esta manera?

—Yo soy el hijo de aquella a quien tu madre te enseñó a saludar tres veces al día.

—Mi madre me dice que, sin su permiso, no me junte con los que no conozco. Por tanto, decidme vuestro nombre.

—El nombre, preguntaselo a mi Madre.

En ese momento, junto a Él, vi a una mujer de aspecto majestuoso, vestida con un manto que resplandecía por todas partes, como si cada punto del mismo fuera una estrella muy refulgente. Contemplándome cada vez más desconcertado en mis preguntas y respuestas, hizo señas para que me acercara a Ella y, tomándome bondadosamente de la mano, me dijo:

—Mira.

Al mirar, me di cuenta de que aquellos chicos habían escapado y, en su lugar, observé una multitud de cabritos, perros, gatos, osos y otros muchos animales.

—He aquí tu campo, he aquí donde tienes que trabajar. Hazte humilde, fuerte, robusto; y cuanto veas que ocurre ahora con estos animales, lo deberás hacer tú con mis hijos.

Volví entonces la mirada y, en vez de animales feroces, aparecieron otros tantos mansos corderos que, saltando y balando, corrían todos alrededor festejando al hombre aquel y a la señora.

En tal instante, siempre en sueños, me eché a llorar y rogué al hombre me hablase de forma que pudiera comprender, pues no sabía qué quería explicarme.

Entonces Ella me puso la mano sobre la cabeza, diciéndome:

—A su tiempo lo comprenderás todo.

Dicho lo cual, un ruido me despertó.

Quedé aturdido. Sentía las manos molidas por los puñetazos que había dado y dolorida la cara por las bofetadas recibidas. Después, el personaje, aquella mujer, las cosas dichas y las cosas escuchadas ocuparon de tal modo mi mente que ya no pude conciliar el sueño durante la noche.

Por la mañana conté enseguida el sueño. Primero a mis hermanos, que se echaron a reír; luego a mi madre y a la abuela. Cada uno lo interpretaba a su manera. Mi hermano José decía: «Tú serás pastor de cabras, de ovejas o de otros animales». Mi madre: «Quién sabe si un día llegarás a ser sacerdote». Antonio, con tono seco: «Tal vez termines siendo capitán de bandoleros». Pero la abuela, que sabía mucho de teología aunque era completamente analfabeta, dio la sentencia definitiva, ex-clamando: «No hay que hacer caso de los sueños».

Yo era del parecer de mi abuela, sin embargo nunca pude olvidar aquel sueño. Los hechos que expondré a continuación le confieren cierto sentido. Yo no hablé más del asunto, y mis parientes no le dieron más importancia. Pero cuando, en el año 1858, fui a Roma para tratar con el Papa de la Congregación Salesiana, me hizo narrarle con detalle todas las cosas que tuvieran algo de sobrenatural, aunque sólo fuera la apariencia. Conté entonces, por primera vez, el sueño tenido a la edad de nueve a diez años. El Papa me mandó que lo escribiera —al pie de la letra, pormenorizadamente—, y lo dejara para animar a los hijos de la Congregación, por la que había realizado ese viaje a Roma.

Carta a Don Lasagna (1885)

Mi querido Don Lasagna,

Son ya varios los meses que deseaba escribirte, pero mi vieja y perezosa mano me ha hecho diferir este placer. Pero ahora me parece que el sol camina hacia su ocaso, por tanto pienso dejarte algunos pensamientos escritos como testimonio de aquél que siempre te ha amado y te ama.

Tú secundaste la voz del Señor y te has consagrado a las Misiones Católicas. Lo adivinaste. María será tu guía fiel. No te faltarán dificultades e incluso malignidad de parte del mundo, pero no te aflijas. María te protegerá. Nosotros queremos almas y nada más. Procura que esto resuene en los oídos de nuestros hermanos. Oh Señor, danos incluso cruces y espinas y persecuciones de todo género con tal que podamos salvar almas y entre las otras la nuestra.

Se acerca la época de nuestros ejercicios de América. Insiste sobre la caridad y la dulzura de san Francisco de Sales que tenemos que imitar: sobre la observancia exacta de nuestras reglas, sobre la lectura constante de las deliberaciones capitulares, meditando atentamente los reglamentos particulares de las casas. Créeme, oh querido Don Lasagna, yo he tenido que tratar con ciertos hermanos que ignoraban por completo nuestras deliberaciones, y otros que no han leído estas partes de reglas o disciplina que se refieren a los deberes confiados a los mismos.

Otra plaga nos va amenazando y es el olvido o mejor el descuido de las Rúbricas del Breviario y del Misal. Estoy persuadido que una tanda de ejercicios espirituales produciría óptimos efectos si llevase al Salesiano a la celebración exacta de la Misa y del Breviario.

La cosa que más cálidamente he recomendado a los que en estos días he podido escribir es el cultivo de las vocaciones, tanto de Salesianos como de las Hijas de María Auxiliadora. Estudia, proyecta, no repares en gastos, con tal de conseguir algún sacerdote para la Iglesia, en especial para las misiones.

Cuando tengas ocasión de hablar o con nuestras Hermanas o con los Salesianos, diles de mi parte que he recibido sus cartas con mucho placer, y sus saludos, y sentí un gran contento, aún más un eficaz consuelo para mi corazón, al oír que todos han rezado por mí y continúan haciéndolo.

Animémonos todos. María bendice y protege nuestra Congregación; la ayuda del cielo no faltará: los operarios aumentan, el fervor parece que crece, los medios materiales no abundan, pero son suficientes.

Dios te bendiga, oh caro Don Lasagna, y contigo bendiga a todos nuestros hijos e hijas, religiosos y alumnos, y María asista y proteja la familia Buxareo y Jakson y a otros bienhechores nuestros; nos guía a todos con seguridad por el camino del cielo.

Estoy en Valsállice para los ejercicios espirituales; todos gozan de salud y te saludan.

Mi salud flojea un poco, pero tiro adelante. Dios nos conserve a todos en su santa gracia.

Afmo. amigo
Sac. JUAN Bosco

Torino, 30 de septiembre de 1885.

Capítulos Generales

Capítulo General 21

111. Partir de los destinatarios de nuestras pastoral vocacional

Todos los jóvenes , que de cualquier modo el Señor pone en nuestro camino, tienen derecho a nuestra ayuda para orientarse a construir su personalidad y su vida, "según el Evangelio"
En todas las edades les debemos ayudar a orientarse en el descubrimiento y desarrollo de su vocación: en la niñez, en la preadolescencia, en la adolescencia , en la juventud y después de ella, pues cada una de estas etapas de la vida tiene su finalidad de crecimiento, y pide decisiones proporcionadas que cada joven debe aprender a tomar responsablemente.
Como pide nuestra vocación salesiana, debemos dedicarnos con seriedad, por medio de adecuadas actividades y estructuras, a acompañar, en su desarrollo vocacional, a los jóvenes que presentan señales de la llamada de Dios a la vida consagrada (sea sacerdotal o religiosa) y al compromiso cristiano laical.

112. Precisar las opciones pastorales fundamentales

a) Basar nuestra acción evangelizadora-vocacional en una profunda oración-conversión que permita activar los muchos resortes espirituales que toda comunidad posee como don del Espíritu. Esto no debe ser cosa ocasional, sino la actitud habitual de una comunidad eclesial que vive en la búsqueda de la voluntad de Dios y se purifica continuamente para ser fiel a su llamada, viviendo ella misma las palabras del Señor: "Recen al amo... para que envíe operarios a su mies".

b) Afrontar el problema a partir de la vida del salesiano, de la vida de la comunidad y de la calidad evangelizadora de su testimonio. La autenticidad de nuestro ser cristianos y salesianos es fundamental, como también lo es una imagen de la Congregación, que presente una identidad salesiana "clara" (en sus motivaciones evangélicas, en sus destinatarios y en su proyecto educativo), que esté de verdad en sintonía con los jóvenes y que se expresa en una gozosa donación. El testimonio y la acción de cada hermano será siempre el estímulo más fuerte y el medio más eficaz para ayudar a los jóvenes a dar una generosa respuesta a Cristo.

c) Conocer y respetar la naturaleza espiritual de la vocación. La obra de ayuda ofrecida a preadolescentes, adolescentes, jóvenes y adultos, en la construcción de su identidad cristiana, debe ser extremadamente respetuosa del componente espiritual de la vocación (que ante todo debemos conocer por experiencia personal). Es la llamada de Dios, es el Espíritu Santo que se revela a lo largo de todo el arco vital dentro de las situaciones individuales de la historia personal y social.

113. d) Esforzarse a fin de que en todas nuestras actividades pastorales, especialmente las juveniles, esté presente de modo "explícito" y "sistemático" la orientación vocacional como una dimensión esencial de toda nuestra pastoral. No quede todo esto a nivel de principios intencionales, sino que de hecho sea la base para repensar un planteamiento, programación y metodología educativa de nuestras escuelas, movimientos y grupos ... ; sea un punto de vista privilegiado en la catequesis y la dirección espiritual. Este es un punto basilar al cual debemos dar todo el debido relieve para una verdadera renovación de la Pastoral Vocacional.

e) Tener la valentía de ofrecer a los jóvenes incluso las vocaciones más comprometidas. El respeto del plan de Dios sobre cada persona pide que, además de conducir a cada hombre a un entendimiento de sí mismo y de la realidad comunitaria humana y eclesial a la luz de la fe, se tenga la valentía de una total honradez y visión en ayudarle a adoptar una actitud de disponibilidad frente a todas las vocaciones en la Iglesia: compromiso laical en las realidades humanas, servicio de los varios ministerios laicos en la Iglesia, el servicio diaconal, la vida consagrada diaconal, vida consagrada, sacerdocio ministerial.

Un joven cristiano no puede prescindir de considerar también la hipótesis de la vida consagrada y del sacerdocio. El hecho de no proponerle el examen de esta posibilidad no respeta, sino que limita su libertad. Don Bosco tenía una particular habilidad para plantear las grandes necesidades de la Iglesia y de la juventud, entusiasmar con el ideal misionero, y dirigir personalmente a los jóvenes llamados, como hizo Cristo con sus apóstoles, la invitación a seguirlo.

f) Obrar en una perspectiva eclesial abierta. Cada vocación está ordenada a la misión de Cristo y de la Iglesia: construir a través de la comunidad eclesial y en el mundo de los hombres, el Reino de Dios. Trabajamos, como cristianos y como salesianos, para la Iglesia, sin el particularismos ni estrecheces; Miramos al bien general de la Iglesia. En el plan de las vocaciones esto responde a un preciso compromiso muy nuestro.

115. Algunas "constantes" o elementos que debemos tener presentes en cualquier momento o lugar de trabajo:

- El clima de familia, de libertad, de acogida, de alegría y de fe, característicos de la pedagogía de Don Bosco, encarnados ejemplarmente en la comunidad Salesiana acogedora y abierta ante todo a los jóvenes (cfr. Proyecto educativo y pastoral Salesiano).

- El contacto personal, ante todo como dirección espiritual esmerada y, al mismo tiempo a nivel general de convivencia. "No hay vocación que llegue a madurar si no hay un sacerdote que le ayude" (Pablo VI).

- La animación de grupos, el cuidado de asociaciones y movimientos juveniles salesianos, como lugares son indispensables de una experiencia comunitaria y de una búsqueda vocacional.

- La formación espiritual, puesta en el centro de todo el desarrollo de la persona, con un cuidado particular por la formación a la oración personal, la participación litúrgica y sacramental, a la devoción mariana.

- La experiencia vivida en clave cristiano-apostólica de la responsabilidad eclesial (catequistas, animadores); el conocimiento e interés por los problemas y las necesidades de la Iglesia y del mundo, sobre todo el mundo juvenil.

- La posibilidad de un conocimiento experimental del carisma de la acción salesiana: a nivel de vida, en todos los momentos del desarrollo; a un nivel más reflexivo y sistemático, en los momentos más adelantados de la evolución vocacional. Prepárense "subsidios" formativos para este fin, presentando la vida de Don Bosco, las biografías de jóvenes que él escribió, vida de misioneros y salesianos eminentes, etc.

117. Algunos "lugares" y ambientes de nuestra acción vocacional

Nuestras obras son el ambiente privilegiado para esta acción orientadora, que representa un derecho de parte de los jóvenes a nosotros confiados en las escuelas, los oratorios, las parroquias, los centros y grupos juveniles, etc. Desarrollar en estas obras tal acción orientadora es un deber y un empeño que nos impone nuestra misión.

Capítulo General 23

Hacia un compromiso por el reino

Hay diversidad de dones, pero un mismo Espíritu... En cada uno se manifiesta el Espíritu para el bien común (Cor 12,4.7).. Notamos que el primer servicio educativo que los jóvenes esperan de nosotros es el testimonio de una vida fraterna que se hace respuesta a su necesidad profunda de comunicación, propuesta de humanización, profecía del Reino e invitación a acoger el don de Dios.

149. La vida como vocación

En la pedagogía salesiana de la fe la opción vocacional es el fruto maduro e imprescindible de todo crecimiento humano y cristiano. «Educamos a los jóvenes para que desarrollen su propia vocación humana y bautismal, mediante una vida diaria progresivamente inspirada y unificada por el Evangelio» (Const. 37).

La fe no puede reducirse a mero asenso intelectual. El creyente confiesa la verdad comprometiendo propia vida por la causa de Dios, salvador del hombre.

La vocación cristiana sólo se comprende haciendo referencia al Reino, que es a la vez don de Dios y obra del hombre.

Dios es el protagonista, que desea la vida y la felicidad del hombre y realiza esta voluntad de muchos modos diferentes; el hombre es invitado a acoger este don con disponibilidad total y a jugarse la vida por el proyecto de Dios.

El cristiano, por tanto, vive su vocación reconociendo el señorío y el amor de Dios y comprometiendo sus propias fuerzas hasta la radicalidad. Aceptando que todo es don de Dios y que nosotros únicamente somos siervos; pero comprueba también la necesidad del duro esfuerzo cotidiano para vencer la potencia de la muerte y consolidar la vida. Somos, pues, verdaderos discípulos y amigos de Jesucristo porque estamos dispuestos con él a cumplir la voluntad del Padre sirviendo al hombre hasta la cruz.

El compromiso vocacional será en toda responsabilidad familiar, profesional, social y política; para algunos florecerá en consagración de significado particular: ministerio sacerdotal, vida religiosa, compromiso, secular.

150. Descubrir el propio lugar en la construcción del Reino.

El objetivo de esta área es ayudar a los jóvenes a descubrir su puesto en la construcción del Reino y a asumirlo con alegría y decisión.

Para llegar a esta meta, cabe imaginar algunos pasos, a modo de etapas de un camino.

151. a) Hacer aflorar lo positivo de todo joven

Todo joven tiene en sí cosas positivas; apoyándose en ellas, pueden lograrse grandes resultados. «Todo joven... tiene un punto sensible al bien. La primera obligación del educador es descubrir ese punto, esa cuerda sensible del corazón, y sacar provecho de ella» (MB V, 367; MBe V, 266).

En primer lugar es preciso hacer aflorar estas cosas positivas mediante un paciente trabajo de atención sobre sí mismo, de confrontación con los demás, de escucha y de reflexión.

De este descubrimiento gozoso de las propias posibilidades, a pesar de los límites y obstáculos, nace el deseo de hacer fructificar los dones recibidos.

Éstos son: primeramente la vida, hilo conductor de todo el camino de fe, que hay que aprender a administrar la salud; la inteligencia y el corazón; el patrimonio humano y religioso de la familia; la amistad, los bienes materiales, las dificultades que ayudan a superarse...

El joven se mira a sí mismo y en su derredor, y descubre el lazo de solidaridad que une a las personas entre sí.

152. b) Alegría de comunicar los propios dones

No basta tener dones y posibilidades. Es preciso ser verdaderamente feliz con ellos. Aquí entran las primeras y diversas experiencias de compartir. El joven se entrena a la generosidad y disponibilidad. Son actitudes que producen alegría: para tener más vi hay que darla.

Se colocan, mientras, las bases de una vivencia cristiana sólida, tal como se ha descrito en las áreas anteriores, basada en un encuentro con Cristo que sea capaz de hacer resonar una invitación y una llamada, y en la percepción de la Iglesia como misión en el mundo, realizada de múltiples maneras y con variedad de medios.

Todo ello es imprescindible para referirse de algún modo a la vocación.

153. c) Propuesta vocacional explícita

Estamos en el momento del anuncio vocación. Hay una catequesis que encauza a los jóvenes, mediante la palabra y el contacto con modelos, hacia la reflexión vocacional. Les hace ver cuál es la vocación de todos y cuáles son las diversas formas de servicio al Reino.

A este anuncio el joven responde con la atención y la escucha: «¿Qué debo hacer, Señor?» (Hch 22, 10) se pregunta qué sendas seguir para atender la llamada a ofrecer su vida. Así se encamina a un diálogo interior donde cada uno debe escuchar y responder personalmente.

154. La propuesta explícita de quien acompaña al joven le ayudará a vislumbrar posibilidades nuevas para su existencia. Para algunos la llamada procede de la presencia de modelos ricos en significado y cualidades evangélicas. En cambio, otros aseguran que nunca habrían sabido interpretar la llamada, de no haberles hecho invitación explícita a comprometerse en un género de vida como cristianos seculares, religiosos o presbíteros.

La propuesta llega a veces de una comunidad que, a la vez implica y testimonia, es capaz de animar y de narrar su historia. La presentación del Fundador y la referencia afectuosa a los orígenes son determinantes para el nacimiento de algunas decisiones. Lo mismo cabe afirmar del conocimiento de los compromisos actuales de la comunidad, particularmente de los más difíciles y significativos.

155. d) Discernimiento vocacional

El anuncio vocacional acogido estimula el discernimiento. El joven se valora a sí mismo y los dones recibidos a la luz de las invitaciones que se le han hecho y a los servicios y ministerios que fundamentalmente ya conoce. No lo hace sólo mediante un análisis racional, sino que se

abre a la generosidad y vive la llamada como iniciativa del Señor, procurando dar su sí desde lo íntimo de su conciencia. Sabe que la vocación va a implicar toda su persona: preferencias, relaciones, energías y dinamismos.

Es un proceso delicado. Se trata de todo el universo personal en movimiento, que va organizándose en torno a una opción, que no depende sólo de intereses y cualidades naturales, sino de la disponibilidad a reconocer la presencia de Dios en la propia vida y de en la propia vida y de una libertad capaz de aceptar la invitación de la gracia.

Todos los elementos de la vida espiritual colaboran al buen resultado del discernimiento. Sin embargo, algunos merecen mayor atención:

- la oración-meditación, que hace pasar de la superficie de la vida a su interior: la persona se encuentra a sí misma y oye con mayor facilidad la llamada que le hace Dios;
- la orientación personal o dirección espiritual, capaz de ofrecer contenidos motivantes, de capacitar al joven para leer los signos en su vida personal, de iluminar los momentos de articulación vocacional, de verificar el camino de conocimiento, y de ayudar a superar la dependencia de estímulos externos e incluso del educador;
- el compromiso apostólico, que ayuda a madurar un amor que se hace donación en la comunidad cristiana y en la sociedad.

156. e) Opción vocacional

El discernimiento orienta hacia una primera opción vocacional.

Son muchos los factores que ayudan a individualarla: desde las inclinaciones espontáneas hasta la imagen que la comunidad cristiana ofrece como lugar donde comprometerse. El punto determinante, sin embargo, es que el joven logre ver todo esto como llamada personal y esté dispuesto a responder como María: Heme aquí, Señor.

Más que sobre un trabajo que hacer, sea religioso o profano, se concentrará en el sentido singular que debe dar a su existencia: hacer de ella una confesión del valor absoluto de Dios y respuesta a su amor.

157. Presencia de María en el camino

La presencia materna de María inspira intensamente todo el recorrido en su conjunto y en cada área. Para todo joven se podrá repetir: «Todo lo ha hecho ella» (cf. SANTIAGO COSTAMAGNA, Conferencias a los hijos de Don Bosco, Santiago de Chile 1900, pág. 165). María es la primera entre los creyentes y la discípula más perfecta de Cristo (d. MC 35). La palabra de Dios se hizo carne e historia en su alma y en su persona antes de hacerlo en su seno. Por ello, representa al vivo el camino fatigoso pero feliz de cada individuo de la humanidad hacia su plenitud. En María los caminos del hombre se cruzan con los de Dios. Es, por tanto, clave de interpretación, modelo, tipo y camino.

María se sintió y fue proclamada dichosa, feliz en la pobreza, por el don de Dios, por su disponibilidad.

María acompañó a la Iglesia naciente; hoy participa con la riqueza de su maternidad en la maduración histórica de la comunidad cristiana, y en su misión en el mundo.

Capítulo General 25

48. Presencia que acompaña y se hace propuesta vocacional

La comunidad salesiana promueve la opción vocacional del joven a través de su testimonio de vida; anima la comunidad educativo-pastoral para que sea lugar de crecimiento vocacional del joven; pone en práctica una metodología de acompañamiento y de propuesta vocacional.

La comunidad salesiana toma a pecho su papel en el proceso de crecimiento vocacional y de acompañamiento del joven:

- dando testimonio en comunidad de la propia vocación de Salesiano sacerdote y de Salesiano coadjutor, de modo visible, gozoso y atrayente;
- compartiendo con los jóvenes algunos momentos de la vida de comunidad: la fiesta, la amistad, la mesa, la oración, nuestra historia, los proyectos, el compromiso misionero;
- favoreciendo experiencias de voluntariado, como oportunidad válida de orientación y discernimiento vocacional;
- ofreciendo un plan explícito de acompañamiento y de propuesta vocacional en el ámbito local, que armonice las diversas experiencias de forma orgánica, implique y capacite a los hermanos para el acompañamiento espiritual, y valore la presencia de los hermanos jóvenes;
- prestando atención particular a la figura del Salesiano coadjutor.

La comunidad salesiana anima la CEP como lugar privilegiado del acompañamiento y de la opción vocacional del joven:

- haciendo de la CEP una verdadera comunidad de fe, que promueva la comunión entre las diversas vocaciones y desarrolle una formación religiosa de calidad;
- creando un clima de familia y de acogida,
- participando en el MJS, mediante el cuidado de los animadores, la opción por itinerarios adecuados de fe, la propuesta de experiencias de apostolado y de servicio misionero;
- organizando un equipo de animadores en el ámbito de la CEP, abierto a la Familia Salesiana, que motive, estimule y acompañe experiencias de sensibilización y de compromiso según la multiplicidad de las vocaciones;
- animando, a partir de la CEP, una adecuada pastoral familiar, sobre todo para aquellos padres que tienen hijos empeñados en el camino de la fe y en situación de discernimiento vocacional.

La comunidad salesiana pone en práctica la metodología del acompañamiento y de la propuesta vocacional:

- animando un proceso vocacional que armonice los distintos componentes: el testimonio de valores evangélicos en el seno de la CEP; la presencia del Salesiano entre los jóvenes; la propuesta explícita de acompañamiento; el camino formativo; la experiencia de Dios vivida en el servicio; la decisión vocacional;

- promoviendo iniciativas que aseguren la continuidad del proceso: diálogo con los educadores; grupos de búsqueda vocacional según franjas de edad; acompañamiento vocacional de los jóvenes mayores; formación de los animadores en su proceso de discernimiento vocacional;
- revalorizando los elementos de la tradición pedagógica salesiana: vida de grupo, coloquio personal, dirección espiritual, discernimiento vocacional;
- proponiendo, para el crecimiento vocacional del joven, algunas experiencias espirituales típicamente salesianas: el compromiso por la Iglesia, la oración personal, la participación asidua en los sacramentos de la Eucaristía y de la Reconciliación, el amor a María Auxiliadora y a Don Bosco.

Capítulo General 26

NECESIDAD DE CONVOCAR

“Levantad la vista y ved los campos ya dorados para la siega” (Jn 4, 35)

LLAMADA DE DIOS

“Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino. Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica. Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la Familia Salesiana. Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas” (Const. 28).

52. Testimonio como primera propuesta vocacional

Reconocemos con gratitud que la vocación salesiana es una gracia que hemos recibido de Dios. Él nos ha llamado a vivir siguiendo a Cristo obediente, pobre y casto, en una comunidad fraterna, con una misión juvenil, tras el ejemplo de Don Bosco. La generosidad de hermanos y el ejemplo de comunidades que viven la primacía de Dios, el espíritu de familia y la entrega a la misión son la primera y más hermosa propuesta vocacional que podemos ofrecer a los jóvenes.

Somos conscientes de que un joven descubre la llamada a la vida consagrada salesiana cuando encuentra una comunidad significativa, un modelo con el que identificarse, una experiencia de vida espiritual y de compromiso apostólico, la ayuda de un guía que lo acompaña para la opción de Cristo y el don de sí.

La carencia de vocaciones vivida por algunas Inspectorías, nos obliga a una exigente evaluación, nos interpela a crecer en la autenticidad de vida y en la capacidad de propuesta. En efecto, estamos convencidos de que Dios sigue llamando a muchos jóvenes al servicio del Reino y que hay diversos factores que pueden favorecer su respuesta.

53. Vocaciones para el compromiso apostólico

Hoy sentimos más fuerte que nunca el desafío de crear una cultura vocacional en todos los ambientes, de modo que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional. Esto requiere ayudar a los jóvenes a superar la mentalidad individualista y la cultura de la autorrealización, que los impulsa a proyectar el futuro sin ponerse a la escucha de Dios; esto exige también implicar y formar familias y seglares.

Un empeño particular debe ponerse en suscitar entre los jóvenes la pasión apostólica. Como Don Bosco estamos llamados a estimular a los jóvenes a ser apóstoles de sus compañeros, a asumir diversas formas de servicio eclesial y social, a comprometerse en proyectos misioneros. Para favorecer una opción vocacional de compromiso apostólico, a dichos jóvenes se deberá proponer una vida espiritual más intensa y un acompañamiento personal sistemático.

Es éste el terreno en que florecerán familias capaces de auténtico testimonio, seglares comprometidos en todos los niveles en la Iglesia y en la sociedad y también vocaciones para la vida consagrada y para el ministerio

54. Acompañamiento de los candidatos a la vocación consagrada salesiana

Don Bosco, aún trabajando con incansable generosidad para promover diversas formas de vocaciones en la Iglesia, llamaba a algunos jóvenes a estar siempre con él. También para nosotros la propuesta a los jóvenes de la vocación consagrada salesiana forma parte de la fidelidad a Dios por el don recibido. A esto nos impulsa el deseo de compartir la alegría de seguir al Señor Jesús, permaneciendo con Don Bosco, para dar esperanza a tantos otros jóvenes del mundo entero.

La promoción de las vocaciones consagradas exige algunas opciones fundamentales: la oración constante, el anuncio explícito, la propuesta valiente, el discernimiento diligente, el acompañamiento personalizado. La oración debe ser compromiso cotidiano de las comunidades y debe implicar a jóvenes, familias, seglares, grupos de la Familia Salesiana. El anuncio pide valorizar las múltiples ocasiones vocacionales que se presentan a lo largo del año litúrgico. La propuesta y el discernimiento requieren aquella cercanía cordial que suscita confianza y permiten intuir las señales de vocación que un joven puede manifestar. El acompañamiento exige ayudar a los jóvenes a intensificar la vida espiritual, a experimentar formas adecuadas de apostolado, a vivir la experiencia de comunidad, a conocer la Congregación, a verificar las motivaciones y a activar las dinámicas que llevan a una decisión.

Reconocemos la exigencia de que toda Inspectoría tenga comunidades vocacionales o aspirantados que acojan a los jóvenes interesados en confrontarse con la vida consagrada salesiana. En la animación vocacional debe ser valorizada, con modalidades diversas, la aportación indispensable de las familias.

55. Las dos formas de la vocación consagrada salesiana

Don Bosco quiso que la Congregación se caracterizase por la presencia complementaria de salesianos laicos y ministros ordenados. Por esto estamos llamados a dar prioridad y visibilidad a la unidad de la consagración apostólica, aún realizándola en las dos formas diversas. Podemos hacer esto reforzando la primacía de Dios y el seguimiento radical de Cristo como fundamento de nuestra vida.

La consagración apostólica salesiana da una particular connotación educativa al modo de ser ministro ordenado poniendo el anuncio de la palabra, la celebración litúrgica y la guía de la comunidad al servicio del crecimiento de los jóvenes; ésta es la aportación específica que él debe ofrecer a las comunidades educativas pastorales y a las Iglesias locales.

La misma consagración caracteriza al salesiano coadjutor, haciendo de él un educador y un evangelizador a tiempo pleno, capaz de llevar a todos los campos educativos y pastorales el valor de su laicidad y de estar cercano a los jóvenes y a las realidades del trabajo (cfr. Const. 45).

Conscientes de que la Congregación pondría en peligro su identidad si no conservase esta complementariedad, estamos llamados a profundizar la originalidad salesiana del ministerio ordenado y a promover con mayor empeño la vocación del salesiano coadjutor.

SITUACIÓN

56. Testimonio como primera propuesta vocacional

Numerosos hermanos viven gozosamente y se comprometen a crear un ambiente favorable al nacimiento de las vocaciones. La actitud de muchos salesianos que acogen a los jóvenes con gestos sencillos pero significativos, como el saludo cordial, el entretenimiento amigable, la presencia animadora, es testimonio vocacional. El ejemplo de una ancianidad serena y activa y la ofrenda paciente de los hermanos enfermos, que saben dar a su vida “un nuevo significado apostólico” (Const. 53), puede comunicar a los jóvenes la belleza de una existencia entregada y todavía fecunda.

La carencia de vocaciones ha sensibilizado comunidades y hermanos para reflexionar acerca del modo de hacer animación vocacional hoy. Muchas comunidades rezan por las vocaciones, invitando también a jóvenes, seglares y familias, con diversas modalidades de oración y celebración.

Nuestra vida, por otra parte, no siempre manifiesta la centralidad de Dios y un estilo inspirado en las bienaventuranzas. A veces no estamos disponibles para acoger a los jóvenes en comunidad. Encontramos también dificultad para garantizar un acompañamiento educativo y espiritual. El individualismo pastoral debilita el valor del vivir y trabajar juntos y hace poco creíble la invitación a participar en nuestra vida fraterna. Los comportamientos no coherentes con la vida consagrada, en particular con el voto de castidad y las salidas de la Congregación, influyen negativamente en las opciones de los jóvenes. También la cultura difundida por los media, que muchas veces banalizan la afectividad y ofrecen una imagen falsa del consagrado, constituye un obstáculo para identificarse con esta vocación.

57. Vocaciones para el compromiso apostólico

Numerosas comunidades se han comprometido a dar importancia a la dimensión vocacional de la pastoral juvenil. A pesar de ello, se constata el riesgo de la improvisación y de reducirse a aprovechar alguna ocasión: con frecuencia se proponen experiencias significativas pero aisladas, fruto de actividades no coordinadas entre pastoral juvenil y animación vocacional.

La crisis de la familia, la difusa mentalidad relativista y consumista, el influjo negativo de los media en la conciencia y en los comportamientos constituyen un fuerte obstáculo para la cultura vocacional. No siempre hemos sensibilizado oportunamente a las comunidades educativas pastorales en la dimensión apostólica y vocacional, ni siempre hemos valorizado la corresponsabilidad de los seglares y la colaboración con los grupos de la Familia Salesiana.

La presencia de tantos muchachos en nuestros ambientes es ocasión para cultivar el diálogo educativo, entrar en clima de confianza, ayudarlos a descubrir el designio de Dios sobre su vida, invitarlos al don de sí. Pero no siempre sabemos suscitar en ellos el deseo de hacerse apóstoles entre los compañeros, proponiendo caminos espirituales y compromisos de servicio diversificados. De este modo, corremos el peligro de aplastar el nivel de la propuesta y de no saber suscitar vocaciones apostólicas, privándonos del contexto natural en que pueden madurar vocaciones de especial consagración.

58. Acompañamiento de los candidatos a la vida consagrada salesiana

Hay algunas Inspectorías que tienen un compromiso vocacional bien estructurado y compartido. Han activado grupos de búsqueda, retiros espirituales de carácter vocacional, experiencias de voluntariado vocacional, comunidad propuesta y nuevas formas de aspirantado. También utilizan los medios de la comunicación social para favorecer el conocimiento del carisma de Don Bosco.

Está bastante difundida la práctica de hacer que se encuentren los hermanos en formación inicial con los jóvenes en búsqueda vocacional; esto resulta particularmente útil porque, a través de semejante testimonio, los jóvenes pueden descubrir la vida consagrada como una modalidad atrayente de vida cristiana.

Los adolescentes y los jóvenes son generosos, pero sienten dificultad para asumir un compromiso continuado. La mentalidad del reclutamiento lleva a veces a tener candidatos a la vida consagrada con fragilidad en las motivaciones. Por desgracia, algunos jóvenes entran en las fases formativas sin tener la idoneidad suficiente. Sobre otros pesa una situación familiar difícil, que es preciso conocer e integrar de modo que no ponga en peligro su maduración. La animación vocacional está orientada casi exclusivamente a los estudiantes, mientras descuidamos a los jóvenes obreros.

En el acompañamiento espiritual se encuentra a veces falta de preparación en los salesianos. Además, en la organización de las iniciativas y de las propuestas vocacionales se notan todavía debilidades tanto a nivel inspectorial como local. Cuando no hay continuidad en los proyectos, el cambio de cargo de los hermanos comprometidos en la animación vocacional resulta particularmente delicado. En algunas Inspectorías no hay comunidades de acompañamiento vocacional.

59. Las dos formas de la vocación consagrada salesiana

Muchos salesianos presbíteros viven su ministerio efectivamente al servicio de los jóvenes, con estilo educativo fiel a las intuiciones de Don Bosco. Pero en algunos casos existe un genericismo pastoral y una asunción parcial de la identidad carismática. Esto invita a caracterizar cada vez mejor los itinerarios de la formación específica.

La vocación del salesiano coadjutor con frecuencia no es conocida, porque sucede que es poco visible y escasamente presentada. Esto depende, entre otras cosas, de su colocación principalmente en funciones de gestión y no directamente en la actividad juvenil. En los aspirantados, prenoviciados y noviciados la figura del coadjutor no siempre es presentada con la importancia adecuada. En algunos contextos permanece el prejuicio de que la vocación del salesiano sacerdote es más importante que la del coadjutor. También la disminución de nuestra presencia entre los jóvenes obreros ha incidido negativamente en la propuesta de tal vocación.

Donde, por el contrario, un número significativo de salesianos coadjutores cultural y profesionalmente calificados está puesto en cargos de responsabilidad, se favorece la visibilidad de esta vocación y se suscita en los jóvenes el deseo de seguirla. Positivo ha sido el nacimiento, en todas las regiones, de la fase de la formación específica del salesiano coadjutor.

LÍNEAS DE ACCIÓN

60. Procesos que hay que activar para el cambio

Para afrontar las exigencias de la llamada y los desafíos provenientes de la situación y para realizar las líneas de acción consiguientes, es necesario convertir mentalidades y modificar estructuras, pasando:

- de considerarnos protagonistas de la animación vocacional, a reconocernos humildemente como mediadores del obrar de Dios;
- de una propuesta ocasional y genérica, a un proyecto esmerado y bien cuidado que cree una cultura vocacional;
- de una animación vocacional gestionada por individuos particulares, a proyectos compartidos con los grupos de la Familia Salesiana y con la Iglesia local;
- de un planteamiento de la animación vocacional como respuesta al problema de la carencia de vocaciones, al gusto renovado de ayudar a los jóvenes a descubrir el proyecto de Dios;
- de una mentalidad de delegación de la animación vocacional a pocos encargados, a la implicación de todo hermano, comunidad y seglares;
- de una animación vocacional separada de la pastoral juvenil, a una animación entendida y vivida como coronación de la pastoral juvenil misma.

Línea de acción 8

Testimonio como primera propuesta vocacional

61. Testimoniar con valor y con alegría la belleza de una vida consagrada, entregada totalmente a Dios y a la misión juvenil.

62. El salesiano

- mantenga viva la conciencia del don de la propia vocación, asumiendo una actitud de agradecimiento en relación con Dios;
- se comprometa en el testimonio de una vida gozosa y comparta la propia historia vocacional cuando se presente la oportunidad;
- cuide la fidelidad vocacional por medio de un constante recurso al acompañamiento espiritual; en los momentos de dificultad valore también las ayudas ofrecidas por las ciencias humanas;
- rece cotidianamente por las vocaciones;
- en la estación de la ancianidad y en el tiempo de la enfermedad transforme la paciencia requerida por el malestar y por los sufrimientos en confiada ofrenda por las vocaciones.

63. La comunidad

- abra la casa a los jóvenes, particularmente a los que están en discernimiento vocacional, invitándolos a compartir los principales momentos de la vida comunitaria;
- sostenga la maduración afectiva de los hermanos, ayudándolos sobre todo en los momentos difíciles;
- realice anualmente un escrutinio sobre el propio testimonio de vida;
- proponga ocasiones de oración por las vocaciones, implicando también a los jóvenes.

64. La Inspectoría

- promueva entre los hermanos un fuerte sentido de pertenencia para testimoniar el valor del vivir y trabajar juntos.

Línea de acción 9

Vocaciones para el compromiso apostólico

65. Suscitar en los jóvenes el compromiso apostólico por el Reino de Dios con la pasión del da mihi animas cetera tolle y favorecer su formación.

66. El salesiano

- esté convencido de que todo joven tiene una misión de Dios y acompañelo para descubrirla.

67. La comunidad

- elabore una propuesta de animación vocacional adecuada al contexto, implicando a la comunidad educativa pastoral, a la Familia Salesiana, teniendo presente las opciones de la Iglesia local y garantizando adecuados recursos económicos;
- cuide la pastoral familiar mediante experiencias de encuentro, reflexión, oración, para que los padres estén abiertos a la vocación de los hijos;
- valore los recursos apostólicos y vocacionales del asociacionismo, del voluntariado y de la animación misionera;
- aproveche las oportunidades ofrecidas por el año litúrgico para la animación vocacional;

- presente con convicción la figura del salesiano cooperador, como propuesta de vocación apostólica laical.

68. La Inspectoría

- elabore una propuesta de animación vocacional dentro del proyecto educativo pastoral inspectorial;
- asegure las condiciones para que el Director pueda desempeñar la función de primer animador vocacional y refuerce la figura del coordinador pastoral de cada obra;
- ofrezca a los jóvenes experiencias de servicio apostólico, de asociacionismo y de voluntariado;
- colabore con los grupos de la Familia Salesiana, con la Iglesia local y con otros institutos de vida consagrada en la promoción vocacional;
- favorezca la actualización de los salesianos y de los seglares corresponsables sobre el discernimiento y sobre el acompañamiento;
- invierta adecuados recursos económicos y de personal para las iniciativas de animación vocacional.

Línea de acción 10

Acompañamiento de los candidatos a la vida consagrada salesiana

69. Hacer la propuesta explícita de la vida consagrada salesiana y promover nuevas formas de acompañamiento vocacional y de aspirantado.

70. El salesiano

- aprenda a reconocer los signos de vocación que los jóvenes manifiestan y preocúpese de proponerles la vida consagrada salesiana;
- esté disponible para el acompañamiento espiritual, cuidando la propia preparación.

71. La comunidad

- organice encuentros y grupos vocacionales con un itinerario para el discernimiento y el acompañamiento;
- dirija a los jóvenes disponibles a participar en las propuestas inspectoriales de discernimiento vocacional para la vida consagrada salesiana;
- valore las fiestas y los días de nuestros santos y los aniversarios de las profesiones y de las ordenaciones como ocasión de animación vocacional;
- favorezca el compartir experiencias sobre el modo de acompañar a los jóvenes en el camino vocacional.

72. La Inspectoría

- estudie la posibilidad de nuevas formas de aspirantado para tener una o más comunidades donde realizar el acompañamiento vocacional de los jóvenes candidatos;
- favorezca la reflexión y la colaboración entre pastoral juvenil y formación;

- proponga iniciativas de animación vocacional para todas las franjas de la edad evolutiva, con atención a la maduración afectiva;
- colabore con los grupos consagrados de la Familia Salesiana para propuestas vocacionales dirigidas también a las jóvenes;
- prevea propuestas vocacionales específicas para los jóvenes inmigrados de familias católicas o de minorías étnicas y para los autóctonos.
- en el discernimiento vocacional tenga en cuenta principalmente los criterios indicados en la Ratio;
- implique a los hermanos jóvenes en la animación vocacional a nivel local e inspectorial.

73. El Rector Mayor con su Consejo

- promueva por medio de los Dicasterios para la pastoral juvenil y la formación una reflexión sobre nuevas formas de aspirantado y sobre el acompañamiento espiritual y ofrezca a las Inspectorías las oportunas indicaciones;
- estudie con los Dicasterios de la formación, de la pastoral juvenil y de las misiones los problemas referentes a la edad de los candidatos, los itinerarios específicos para vocaciones autóctonas, los criterios para la aceptación de cuantos provienen de otras experiencias vocacionales.

Línea de acción 11

Las dos formas de la vocación consagrada salesiana

74. Promover la complementariedad y la especificidad de las dos formas de la única vocación salesiana y asumir un compromiso renovado por la vocación del salesiano coadjutor.

75. El salesiano

- valore y promueva la unicidad de la vocación consagrada salesiana en sus formas complementarias.

76. La comunidad

- acompañe a los hermanos ordenados para que desempeñen su ministerio de acuerdo con el carisma educativo, privilegiando los compromisos pastorales directamente orientados a los jóvenes;
- favorezca la presencia de los hermanos coadjutores entre los jóvenes en funciones de animación educativa pastoral y no sólo en ámbitos organizativos y administrativos;
- haga conocer la figura del salesiano coadjutor, presentando los modelos más significativos de esta vocación.

77. La Inspectoría

- haga de la celebración de la profesión perpetua una ocasión oportuna para profundizar y proponer la complementariedad de las dos formas de vocación salesiana;

- favorezca, donde sea posible, la presencia de salesianos coadjutores en los diversos servicios de animación inspectorial, particularmente en la animación vocacional y en la comisión inspectorial para la formación;
- sostenga la formación específica del salesiano coadjutor, que se está realizando a nivel regional o interregional.

78. El Rector Mayor con su Consejo

- promueva una reflexión seria y actualizada sobre la complementariedad y especificidad de las dos formas de vocación consagrada salesiana de la Congregación.

Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum

La identidad vocacional salesiana: principio y fin de la formación

25. «Nuestra regla viviente es Jesucristo, el Salvador anunciado en el Evangelio, que hoy vive en la Iglesia y en el mundo, y a quien nosotros descubrimos presente en Don Bosco, que entregó su vida a los jóvenes» . Esta afirmación de las Constituciones expresa en síntesis la vocación del salesiano: configurarse a Jesucristo y dar la vida por los jóvenes, como Don Bosco.
- Toda la formación, inicial y permanente, consiste en asumir y hacer real en las personas y en la comunidad esta identidad. A su desarrollo se orientan el compromiso de cada candidato y de todo hermano, la acción de los animadores, el entero proyecto de formación.
- Por tanto, la identidad salesiana es fundamento de unidad y de pertenencia a la Congregación en su extensión mundial. Es el corazón de toda la formación; de ella arranca el proceso formativo y a ella se refiere constantemente. Y es criterio determinante de discernimiento vocacional.

La identidad vocacional salesiana

26. Don Bosco fundador, “hombre de Dios y de los jóvenes”, hombre de la Iglesia y de su tiempo, animador de un proyecto de espiritualidad apostólica, es para el salesiano no sólo punto de referencia constante, sino también norma de vida. En su experiencia vocacional y en la de la primera comunidad de Valdocco se encuentra la realización original de la identidad salesiana. En las Constituciones, expresión de la conciencia carismática de la Congregación, aprobadas por la Iglesia, está contenida su formulación más autorizada.
- En Don Bosco y en el proyecto constitucional salesiano emergen los elementos que definen ese «estilo original de vida y de acción» , que el Espíritu Santo ha suscitado en la Iglesia, esa «específica forma de vida religiosa» en la cual «encontramos el camino de nuestra santificación» . Dando a los suyos el nombre de Salesianos, Don Bosco ha querido subrayar la sintonía espiritual y pastoral con San Francisco de Sales, del cual admiraba sobre todo la bondad y el celo pastoral .

Como para Don Bosco así también para cada salesiano, en la experiencia vocacional que se hace recorrido histórico y biográfico concreto, se encuentran la iniciativa de Dios y el proyecto humano. Como para Don Bosco así también para cada salesiano, la vocación personal se une a la vocación de la comunidad portadora del carisma y responsable de la misión.

Un proyecto de consagración apostólica

27. La vocación salesiana - expresan las Constituciones - es una particular realización de la vocación bautismal, que la profesión religiosa renueva y confirma «para darle una expresión más íntima y plena» .

La vida del salesiano como discípulo del Señor está marcada por la consagración apostólica: una gracia del Padre que lo consagra con el don de su Espíritu, lo radica en Cristo y lo envía a ser en la Iglesia constructor del Reino como signo y portador de su amor a los jóvenes, especialmente los más pobres .

En el acto de la profesión religiosa nuestra consagración apostólica encuentra su expresión más significativa. Ella es «signo del encuentro de amor entre el Señor que llama y el discípulo, que responde entregándose totalmente a Él y a los hermanos» .

28. Este don del Espíritu, que es el carisma salesiano, mientras obra una particular configuración a Cristo implica una peculiar sensibilidad evangélica que inspira toda la existencia del salesiano, su estilo de santidad y la realización de la misión:

- caracteriza su experiencia teologal: la relación con el Padre, cuya paternidad y misericordia experimenta cotidianamente; con el Hijo, Apóstol del Padre y Buen Pastor, con quien busca identificarse cada vez más; y con el Espíritu Santo, del cual obtiene la gracia para su santificación y la energía para su fidelidad;
- marca su relación con la Iglesia, el Cuerpo de Cristo, que ama, del cual se siente parte viva, y por cuyo crecimiento trabaja incansablemente ;
- pone en evidencia algunos aspectos particulares en el ámbito de la ascesis, que pueden ser definidos con estas palabras clave: trabajo, templanza, “amorevolezza”, y competencia en la labor educativa, relación fraterna ;
- da a su vida un singular tono mariano en la relación con María Inmaculada y Auxiliadora, icono de su espiritualidad y amparo de su vocación. Él la contempla como la discípula del Señor que ha dicho “sí” al designio divino de la Encarnación, y la sigue como cooperadora en la obra de la redención e imagen de la Iglesia;
- determina su visión de la realidad y su compromiso en la historia.

29. Para el salesiano, el seguimiento de Cristo se cumple viviendo el proyecto apostólico de Don Bosco .

«Con una sola llamada Cristo nos invita a seguirlo en su obra de salvación y en el género de vida virginal y pobre que eligió para sí mismo; nosotros, con una sola respuesta de amor, por la gracia del Espíritu y como los Apóstoles, aceptamos abandonar todo y formamos comunidad para trabajar mejor con él por el Reino. Por tanto, nuestra consagración de salesianos es única: inseparablemente apostólica y religiosa» .

El salesiano, entonces, adhiere de modo total a Dios, amado sobre todas las cosas y a su proyecto de salvación. Su vida parte de una profunda experiencia de Dios y de los desafíos de la misión . Está consagrado por la misión que da a su existencia su tonalidad concreta . La llamada de Dios le llega a través de la experiencia de la misión juvenil; no pocas veces a partir de allí inicia el seguimiento. En la misión se comprometen, se manifiestan y crecen en él los dones de la consagración. Un único movimiento de caridad lo atrae hacia Dios y lo empuja hacia los jóvenes . Él vive el trabajo educativo con los jóvenes como un acto de culto y una posibilidad de encuentro con Dios.

En la “gracia de unidad” se funden los aspectos constitutivos del proyecto salesiano de vida consagrada apostólica.

Educador pastor de los jóvenes animado por la caridad pastoral

30. La vida del salesiano, como la de Don Bosco, está caracterizada por la predilección por los jóvenes, y entre ellos, tiene preferencia por «la juventud pobre, abandonada y en peligro» . El servicio que les brinda da unidad a toda su vida: «Basta que seáis jóvenes para que os ame con todo mi corazón» , «Yo por vosotros estudio, por vosotros trabajo, por vosotros vivo, por vosotros estoy dispuesto incluso a dar mi vida» .

La predilección de Don Bosco y de todo salesiano por los jóvenes y la donación de sí mismo a ellos son fruto de la caridad pastoral, es decir, de una «especial comunión de amor con Cristo», y no sólo fruto de la preocupación de educador o de la generosidad de un corazón sensible a sus necesidades.

La caridad pastoral, el amor por Cristo contemplado como Buen Pastor y por los jóvenes, se convierte para el salesiano en proyecto de vida, camino de santidad, expresión de la alianza con Dios y de la voluntad de configurarse con Cristo. A través de los jóvenes el Señor entra en la vida del salesiano y allí ocupa el lugar principal; y el ansia de Cristo redentor encuentra eco en el lema “da mihi animas, coetera tolle», que constituye el punto unificador de toda su existencia.

31. La caridad pastoral asume en Don Bosco una ulterior determinación como caridad educativa. Esta se expresa en un amor concreto, personalizado, que implica y busca la salvación integral de los jóvenes; a algunos les ofrece el pan, a otros una competencia profesional y formación cultural; a todos les traza un camino que los abre a la verdad, los impulsa a construirse una libertad responsable, y los conduce al encuentro con Jesús resucitado.

Obrando según el criterio oratoriano, el salesiano responde a las necesidades de los jóvenes dando origen a una vasta gama de actividades y obras, cada una de las cuales es “casa, escuela, parroquia y patio” . Su impulso generoso e innovador en nombre del evangelio es su manera de ser Iglesia y se traduce en proyectos juveniles significativos tanto para la Iglesia como para la sociedad.

32. Además, la «pasión apostólica animada de ardor juvenil» da al servicio de los jóvenes un tono particular: se llama «corazón oratoriano» y se expresa a través de un método que Don Bosco llamó Sistema preventivo, fundado sobre la razón, la religión y el amor . Inspirándose en el

ejemplo y en las enseñanzas de Don Bosco, el salesiano vive la experiencia espiritual, pedagógica y pastoral del Sistema Preventivo . Sus relaciones con los jóvenes se caracterizan por la cordialidad y por una presencia activa y amigable , que favorece su protagonismo. Asume con alegría las fatigas y los sacrificios que su encuentro con los jóvenes implica, convencido de encontrar en ello su camino de santidad.

Este compromiso prioritario por los jóvenes se armoniza con la acción pastoral hacia los ambientes populares (la educación de la fe en los ambientes populares, en particular con la comunicación social) y la acción misionera mediante el anuncio del Evangelio a los pueblos que no lo conocen.

Miembro responsable de una comunidad

33. El salesiano es, por vocación, parte viva de una comunidad (local, inspectorial, mundial) y cultiva un profundo sentido de pertenencia a la misma. La vocación salesiana es, al mismo tiempo, personal y comunitaria, y lo es en la fraternidad, en la misión, en la espiritualidad.

Don Bosco nunca fue un operador solitario; ha querido compartir y ha promovido la colaboración y la corresponsabilidad. Tuvo clara conciencia de que su vocación tenía que ser compartida y transmitida.

El aspecto comunitario es por eso uno de los rasgos más fuertemente característicos de la identidad salesiana. El salesiano es convocado para vivir con otros hermanos consagrados para compartir el servicio del Reino de Dios entre los jóvenes. «Vivir y trabajar juntos - afirman las Constituciones - es para nosotros, salesianos, exigencia fundamental y camino seguro para realizar nuestra vocación» .

Con espíritu de fe y sostenido por la amistad, el salesiano vive el espíritu de familia en la comunidad y contribuye, día tras día, a la construcción de la comunión entre todos los miembros.

Convencido de que la misión es confiada a la comunidad, él se compromete a obrar con sus hermanos según una visión de conjunto y un proyecto compartido.

En la oración comunitaria siente la alegría de la presencia del Señor y comparte la experiencia espiritual.

Testigo de la radicalidad evangélica

34. Movidado por la caridad pastoral y por el sentido de la misión, Don Bosco ha propuesto a sus colaboradores una forma de vida que, con un estilo enteramente fundado sobre los valores del Evangelio, diese testimonio de la solidaridad efectiva hacia los jóvenes y del Absoluto de Dios, insertando el testimonio radical de los bienes del Reino en el horizonte educativo . Nuestro fundador «hace notar con frecuencia que la práctica sincera de los votos robustece en gran manera los lazos del amor fraterno y la cohesión en la acción apostólica» .

El estilo de vida según los consejos de obediencia, pobreza y castidad, fundado sobre el amor a Cristo y a los jóvenes, acrecentado sobre la base de una sólida madurez humana, y sostenido por la vida comunitaria y por la ascesis personal, testimonia que la necesidad de amar, el deseo de poseer y la libertad de decidir sobre la propia existencia, aspectos que tocan inclinaciones

profundas de la naturaleza humana, adquieren su sentido supremo en Cristo Salvador. Es una experiencia rica de valores evangélicos y humanos.

La práctica de los consejos evangélicos manifiesta, de modo particular, el lema «da mihi animas, coetera tolle», que caracteriza la mística y la ascesis apostólica del salesiano; constituye un principio de identidad y un criterio formativo.

Animador de comunión en el espíritu y en la misión de Don Bosco

35. «Todo salesiano es animador, y se prepara constantemente para serlo» .

La vocación de Don Bosco se desarrolló en manera tal que se convirtió en vocación compartida, misión vivida en conjunto, experiencia de santidad en la comunión de dones. Desde el inicio del Oratorio hubo sacerdotes seculares y laicos, hombre y mujeres, comprometidos en clima de familia en su apostolado con el mismo espíritu y con las mismas finalidades. También ellos se sentían partícipes y colaboraban en diversas formas para el bien de la juventud.

Así el impulso apostólico de Don Bosco llegó a ser compromiso común de aquellos que se asociaban a sus empresas. Su celo por las almas, su estilo de acercamiento a la juventud, su método educativo, su espiritualidad se convirtieron en patrimonio de una Familia y de un vasto Movimiento.

El salesiano no puede pensar integralmente su vocación en la Iglesia sin referirse a aquellos que con él son los portadores de la voluntad del Fundador . Con la profesión él entra en la Congregación salesiana y es incorporado en la Familia salesiana en la cual comparte con los otros miembros, llamados a vivir proyectos vocacionales diversos, el espíritu y la misión propios del carisma de Don Bosco, y el compromiso de fidelidad a través de la formación junto con ellos . Asume la responsabilidad de «mantener la unidad de espíritu y estimular el diálogo y la colaboración fraterna para un enriquecimiento recíproco y una mayor fecundidad apostólica» .

36. En la Comunidad educativo-pastoral (CEP) el salesiano encuentra la expresión cotidiana y concreta de la comunión salesiana. En ella comparte el espíritu, vive la complementariedad de las vocaciones y de los roles, cumple la formación conjunta. Con la comunidad salesiana él desarrolla la tarea de animación, promoviendo la colaboración y la corresponsabilidad de todos.

Sin embargo, el círculo de la comunión se extiende, más allá de las obras salesianas, en el territorio y en la Iglesia local, y, sobre todo, en la relación con el vasto movimiento de personas conquistadas por el carisma y por la espiritualidad de Don Bosco o que trabajan por la juventud.

Inserto en la Iglesia, abierto a la historia y en diálogo con la realidad

37. Abierto a la acción del Espíritu, Don Bosco ha sabido interpretar los signos de los tiempos y responder de modo iluminado, creativo y concreto a las exigencias emergentes . La relación con la realidad ha entrado en el tejido de su vocación. Ha vivido en primera persona la historia

de la Iglesia y la historia de su patria. Ha sabido captar su complejidad e insertarse como protagonista. El contexto histórico se convirtió para él en un desafío y una invitación apremiante al discernimiento y a la acción. «¡He ido siempre adelante [...] según me lo inspiraba el Señor y lo exigían las circunstancias!» .

Abierto a la realidad, el salesiano nutre una sensibilidad preferencial por la situación juvenil, popular y misionera, hacia la cual se siente enviado con responsabilidad carismática .

Se esfuerza por comprender los fenómenos culturales que hoy marcan la vida, obra una reflexión atenta y comprometida sobre ellos, los percibe en la perspectiva de la redención, bajo la urgencia del “da mihi animas” y del «Reino que viene» , y en ellos descubre un desafío permanente que pide respuestas concretas, creativas y audaces.

El diálogo con la realidad impele su crecimiento en la identidad vocacional en una fidelidad dinámica con Don Bosco y con los tiempos.

Las diversas formas de la identidad vocacional

38. Don Bosco ha querido que el único proyecto de la consagración apostólica salesiana se expresara en su totalidad en las dos formas que le son propias: la del salesiano presbítero [o diácono] y la del salesiano coadjutor. Ellos viven la misma profesión y participan en la misma comunidad de vida y de acción.

La vocación del salesiano presbítero [o diácono] y del salesiano coadjutor son dos formas complementarias que enriquecen la vida fraterna y apostólica, aportando su contribución específica.

El salesiano presbítero

39. El salesiano sacerdote [o diácono] une en sí los dones de la consagración salesiana y los del ministerio pastoral, pero de modo tal que es la consagración salesiana la que determina las modalidades originales de su ser sacerdote y del ejercicio de su ministerio. Como signo sacramental de Cristo Buen Pastor de quien recibe su caridad pastoral, busca “salvar” a los jóvenes, trabajando en el contexto de su comunidad.

Su contribución específica a la acción apostólica de la comunidad está en su triple ministerio.

A través del ministerio de la Palabra, él lleva la palabra de Cristo a las más distintas situaciones y en las diversas formas de predicación, de ayuda y de consejo, de iluminación de la experiencia de los jóvenes, de orientación de los proyectos y de las obras, y de transformación de sus vidas.

Su servicio de santificación tiene distintas expresiones de realización, pero el momento más significativo y fecundo consiste en el servicio de iniciación a la vida en Cristo, en la oración litúrgica y en la celebración de los Sacramentos, especialmente, de la Eucaristía y de la Reconciliación.

Su acción de animación de la comunidad cristiana está totalmente orientada al servicio de la unidad en las diferentes comunidades, la salesiana y otras de mayor alcance: la Comunidad educativo-pastoral, la Familia salesiana, y el Movimiento salesiano. Sabe animar los diversos ambientes pastorales salesianos.

El salesiano coadjutor

40. El salesiano coadjutor «une en sí los dones de la consagración y de la laicidad» , viviendo su laicidad como consagrado.

Obra principalmente en campos de trabajo seculares, testimoniando un amor radical a Cristo y distinguiéndose por su competencia profesional.

«La presencia del salesiano laico enriquece la acción apostólica de la comunidad: hace presentes a los salesianos presbíteros los valores de la vida religiosa laical y llama constantemente a la colaboración sincera con los laicos; recuerda al salesiano sacerdote una visión y un quehacer apostólico muy concreto y complejo, que va más allá de la actividad presbiteral y catequística en sentido estricto» .

Su figura es particularmente significativa en ciertos contextos donde el sacerdote es visto como figura sacralizada o cultural. A través de su consagración él demuestra la presencia de Dios en lo cotidiano, la importancia de hacerse discípulos antes de ser maestros y testimonia una fe convencida que no se encuentra vinculada a compromisos funcionales o de ministerio.

La figura del salesiano coadjutor es también una figura que articula consagrados y laicos dentro de la misma Comunidad educativo-pastoral.

«A los consagrados les recuerda los valores de la creación y de las realidades seculares; a los seglares les hace presentes los valores de la entrega total a Dios por el Reino, y ofrece a todos una sensibilidad particular por el mundo del trabajo, la atención a la zona y las exigencias de la competencia profesional, por donde pasa su acción educativa y pastoral» .

La formación al servicio de la identidad salesiana

41. La identificación con la vocación determina la perspectiva de la formación. En otras palabras: la identidad salesiana caracteriza nuestra formación, que no puede ser genérica, y especifica sus deberes y sus exigencias fundamentales.

La formación queda determinada por la identidad salesiana

«La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación» . La identidad de consagrado apóstol, como fue Don Bosco, constituye la línea guía del proceso formativo.

A través de la formación, en efecto, se realiza la identificación carismática y se adquiere la madurez necesaria para vivir y obrar en conformidad con el carisma fundacional : del primer estado de entusiasmo emotivo por Don Bosco y por su misión juvenil se llega a una verdadera configuración con Cristo, a una profunda identificación con el Fundador, a la asunción de las Constituciones como Regla de vida y criterio de identidad, y a un fuerte sentido de pertenencia a la Congregación y a la comunidad inspectorial.

La estrecha relación entre formación e identidad «exige de cada miembro el estudio asiduo del espíritu del Instituto al que pertenece, de su historia y de su misión, con el fin de mejorar así la asimilación personal y comunitaria» . Pone de manifiesto la importancia de la “salesianidad”,

es decir, del patrimonio espiritual y de la “mens” de la Congregación, que tienen que ser progresivamente estudiados, asimilados y cultivados.

Y, como la forma presbiteral y la laical constituyen parte integrante de la identidad vocacional salesiana, es necesario que se dé una formación apropiada a la identidad específica desde el inicio del proceso.

La formación cultiva de forma permanente la identidad

42. La vocación del salesiano es una realidad en dinamismo permanente. Es un camino de constante respuesta al Padre en el seguimiento de Cristo, según el ejemplo de Don Bosco. Exige invariable apertura y discernimiento ante las transformaciones en acto en la vida de la Iglesia y del mundo, especialmente de los jóvenes y de los ambientes populares.

La formación, por tanto, - como proceso de asimilación de la identidad - es un compromiso que dura toda la vida, una formación permanente para asumir la existencia y para configurarse progresivamente como salesianos en cada edad, para vivir salesianamente toda situación. En efecto, es respuesta a una vocación que nos interpela incesantemente. Es la tarea de la Congregación y de todo hermano.

Es la realidad de cada día donde el salesiano traduce en experiencia de vida su identidad de apóstol de los jóvenes.

La formación pone en relación identidad y contexto cultural

43. La vocación salesiana atraviesa los espacios y los tiempos y se realiza bajo todas las latitudes asumiendo expresiones de fidelidad siempre nuevas y ricas. Llamado a encarnarse entre los jóvenes de un determinado lugar y cultura, el salesiano tiene necesidad de una formación inculturada.

Mediante el discernimiento y el diálogo con el propio contexto, él se esfuerza por impregnar de valores evangélicos y salesianos los propios criterios de vida, y de radicar la experiencia salesiana en el propio contexto. De esta fecunda relación emergen estilos de vida y métodos pastorales más eficaces porque son coherentes con el carisma de fundación y con la acción unificadora del Espíritu Santo .

La formación promueve el crecimiento en la identidad según los dones personales

44. La vocación salesiana ha encontrado su realización paradigmática en Don Bosco y su forma histórica más original en la primera comunidad de Valdocco.

Ciertamente las realizaciones personales de la única identidad salesiana tienen rostros e historias diversas según los dones que cada uno ha recibido de Dios. La historia de la “santidad salesiana” y la lectura inteligente de la experiencia de los hermanos que han vivido en plenitud el proyecto evangélico salesiano pone de relieve la comunión en la fidelidad y la variedad de resonancias personales del carisma.

Esto subraya la necesidad de una formación que sepa comunicar el mismo núcleo de identificación, los mismos valores básicos, las mismas características fundamentales, la misma

“cultura” salesiana , y que al mismo tiempo impulse a cada hermano a expresar en la vocación salesiana los dones recibidos y a encontrar en ella el camino de su plena realización en Cristo . Identificación salesiana de cada hermano y personalización de la identidad salesiana constituyen una tarea permanente de la formación como actitud personal y como responsabilidad comunitaria.

La formación ayuda a vivir la identidad en una comunión de vocaciones

45. La formación da al salesiano un fuerte sentido de su identidad específica, abre a la comunión en el espíritu salesiano y en la misión con los miembros de la Familia salesiana que viven proyectos vocacionales diversos, e introduce en la amplia comunión de las múltiples expresiones de la vocación cristiana. La comunión estará tanto más segura, «cuanto más clara sea la identidad vocacional de cada uno y mayores sean la comprensión, el respeto y la valoración de las distintas vocaciones» .

En consecuencia, las iniciativas de colaboración con los grupos de la Familia salesiana y con otros Institutos en el campo de la formación o de formación conjunta entre salesianos y laicos colaboradores, si son bien realizadas, contribuyen a «un mayor aprecio del propio carisma y del carisma de los demás» y ofrecen «un testimonio elocuente de la comunión a la que la Iglesia está llamada por vocación divina» .

La formación para la comunión con los valores salesianos hace crecer la conciencia de la tarea de animación carismática y cualifica para ello.

Orientaciones y normas para la praxis

46. La identidad salesiana es punto de referencia fundamental de la formación inicial y permanente. «La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación» .

47. Todo salesiano, llamado a identificarse con Cristo como Don Bosco, cultive la relación con el Fundador, asuma las Constituciones como “libro de vida” , se mantenga en sintonía con la conciencia carismática de la Congregación, conozca y asuma sus orientaciones en particular las de los Capítulos Generales, del Rector Mayor y de su Consejo, y consolide el sentido de pertenencia a su Inspectoría.

48. Particular atención se debe prestar a confrontarse personal y comunitariamente con las Constituciones, que «contienen las riquezas espirituales de la tradición de los Salesianos de Don Bosco y definen el proyecto apostólico de nuestra Sociedad» .

49. Todo salesiano, clérigo o coadjutor, asuma durante el camino formativo las características de su específica forma vocacional.

Los animadores de la pastoral vocacional y de la formación hagan conocer y apreciar las diversas formas de la identidad salesiana - del salesiano coadjutor, del salesiano presbítero y del salesiano diácono permanente.

Los programas de la formación inicial aseguren a todos los hermanos «un currículo de nivel paritario, con las mismas etapas y con objetivos y contenidos similares» y estén atentos a las distinciones determinadas por la vocación específica de cada uno, por las dotes y las actitudes personales y por las tareas de nuestro apostolado.

50. Todos los hermanos profundicen el espíritu salesiano y cultiven un conocimiento serio y actualizado de la historia, de la espiritualidad y del patrimonio pedagógico y pastoral propio de nuestro carisma . Los responsables inspectoriales aseguren las condiciones y promuevan las iniciativas para tal estudio durante la formación inicial y permanente.
51. El Directorio inspectorial debe contener las indicaciones generales para el estudio de la “salesianidad” durante la formación inicial requeridas por la Ratio . El Proyecto inspectorial de formación especifique el programa gradual y sistemático de los contenidos.
Cada Inspectoría o grupo de inspectorías provea a preparar expertos en “salesianidad” aprovechando el servicio de la UPS o de otros centros cualificados.
Cada Inspectoría garantice la actualización constante de los medios necesarios para el conocimiento, el estudio y la enseñanza de la “salesianidad”, cree y/o sostenga una “biblioteca de salesianidad” suficientemente completa y actualizada.
52. Cada hermano cultive el conocimiento y el sentido de pertenencia a la Familia salesiana, se mantenga disponible a la formación recíproca y conjunta, y se habilite para el rol de animador en el ámbito de la Familia salesiana.
53. El aprecio y el encuentro entre los diversos carismas y las diversas formas de espiritualidad pueden favorecer la comunión de los dones y la profundización de la propia identidad vocacional.
Durante la formación inicial, mientras se madura la identificación salesiana y el sentido de pertenencia a la Congregación, se prevean y se valoren ocasiones para compartir con miembros de otras formas de vida consagrada o de compromiso cristiano. No es aconsejable, sin embargo, una participación sistemática y habitual a manifestaciones de otras espiritualidades .
Una experiencia particular de comunión ofrecen las iniciativas (momentos, programas, centros) de colaboración entre Institutos para la formación, manteniendo la justa relación entre la identidad de cada Instituto y la comunión en la diversidad y asegurando la comunicación vital del propio carisma .
Después de la formación inicial la participación o el servicio de asistencia espiritual a movimientos eclesiales sea acordado con el propio superior

Rectores Mayores

Don Juan Vecchi

Es el tiempo favorable (8 de septiembre de 2000)

La comunidad salesiana: espacio de experiencia y propuesta vocacional

Sin pretensiones de ser completos, examinados a vuelo de pájaro la situación de las vocaciones y algunas sugerencias generales de pastoral, nos referimos más directamente al tema que será objeto de nuestros Capítulos, para reflexionar sobre qué elementos de la comunidad pueden resultar llamadas vocacionales.

Cuando pensamos en el origen de nuestra Congregación y Familia, de dónde partió la expansión salesiana, encontramos sobre todo una comunidad, no sólo visible, sino incluso singular, atípica, casi como una lámpara en la noche: Valdocco, casa de comunidad original y espacio pastoral conocido, extenso, abierto. Allí llegaban, por interés o por curiosidad, personajes del mundo civil y político, obispos de todo el mundo, cristianos fervorosos y eclesiásticos que veían en ella un despertar religioso.

En aquella comunidad se elaboraba una nueva cultura, no en sentido académico, sino en la dirección de nuevas relaciones internas entre jóvenes y educadores, entre seglares y sacerdotes, entre artesanos y estudiantes; una relación que repercutía en el contexto del barrio y de la ciudad. Y, según lo que leemos, tal cultura despertaba interrogantes, que llegaban hasta poner en duda la salud mental de Don Bosco.

Además, allí tenían lugar nuevas experiencias educativas: ejemplos conocidos de todos son el pensionado para jóvenes que iban a trabajar a la ciudad, la enseñanza de artes y oficios, el tipo de vida que allí se había instaurado.

Todo esto tenía como raíz y motivación la fe y la caridad pastoral, que trataba de crear dentro de la casa un espíritu de familia, y orientaba hacia un afecto sentido al Señor y a la Virgen.

El término “Religión” en el trinomio del Sistema Preventivo no era meramente formal. Comprendía la invitación a emprender una vida en Dios, como nos recuerda el episodio de Miguel Magone llorando, hasta orientar por los caminos de la santidad a los jóvenes capaces, como nos lo hace ver la conversación entre Don Bosco y Domingo Savio.

Esto suscitaba en los jóvenes deseos de pertenecer a una comunidad tan singular y trabajar en una obra tan original. La palabra oportuna de algún salesiano, o del mismo Don Bosco, ayudaba luego a madurar la decisión.

Así la Congregación Salesiana se componía al comienzo, en gran parte, de “oratorianos”, personas que habían hecho, con Don Bosco y en su casa, la experiencia educativa.

¿Serán nuestras comunidades de hoy capaces de provocar un fenómeno semejante, si bien en menores proporciones?

En este trabajo de Don Bosco por las vocaciones, aparecen algunos elementos importantes que pueden iluminar nuestra reflexión, aunque su lenguaje tiene que ser interpretado en el contexto de su época cultural y teológica.

Él se preocupa especialmente de hacer surgir y desarrollar los gérmenes vocacionales en los jóvenes. No se queda a la espera casual, sino colabora activamente para hacer sentir el don de Dios.

Construye, con variados medios e intervenciones, un ambiente apto, en el que la propuesta vocacional pueda ser acogida favorablemente y llegar a la maduración; elemento central de este ambiente era el espíritu de familia: sentirse querido, sentirse en casa y valorizado.

Promueve un intenso clima espiritual que guía a la relación personal con Jesús, a la frecuencia de los sacramentos, a la devoción a María, a la oración, y que lleva a arraigar cada vez más en el corazón y en la vida la adhesión personal al proyecto de Dios. En ésta línea van también las breves recomendaciones para favorecer las vocaciones.

Ayuda a purificar y madurar las motivaciones de la opción del estado de vida, centrándolas en la gloria de Dios y en la salvación de las almas, a través de experiencias de compromiso generoso y entusiasta por la salvación de los jóvenes.

Don Bosco se dedica, además, a ser el animador y el guía espiritual de los jóvenes llamados, de modo especial a través de la confesión, pero también facilitando diversos encuentros y coloquios con ellos. En este ministerio, uno de los rasgos que más llama la atención es su gran prudencia en el discernimiento, que sabe orientar a los candidatos con realismo y conciencia de las exigencias espirituales.

Pone siempre en la base la convicción, profundamente arraigada, de que todo éxito en el campo vocacional hay que atribuirlo a Dios y a la materna protección de María Auxiliadora. Por eso, recomienda a todos una constante y ferviente oración por las vocaciones.

El intensísimo trabajo que Don Bosco llevó a cabo a favor de las vocaciones, del que ya se ha hablado, subraya su sentido de Iglesia y una confianza abierta a las sorpresas ante la generosidad de los jóvenes. Nos permite comprender su insistencia para que todos trabajen de común acuerdo y se sacrifiquen para procurar a la comunidad eclesial los grandes tesoros que son las vocaciones .

El movimiento vocacional hoy no es diverso, aunque reconocemos que es menos sentido por la misma comunidad cristiana. Cada uno va a donde se siente atraído. Ciertamente no será por nuestra organización, ni por nuestro servicio o trabajo, el que hoy los jóvenes se sientan fascinados por una vida consagrada, sino precisamente por la intensidad de la dimensión religiosa. “El Señor orientaba hacia la comunidad a los que quería salvar” , como ya hemos recordado, dicen los Hechos de los Apóstoles. Hay una coincidencia entre los signos que pone la comunidad, el del reunirse para la fractio panis, del poner las cosas en común, y la voz que Dios hace resonar en el corazón de las personas que son miembros potenciales de tal comunidad. Es el perfil del camino vocacional.

Resultará inútil que nosotros ofrezcamos comunidades laicas o seculares a jóvenes que buscan el sentido y la experiencia cálida de Dios, a los que han comenzado a gustar el Evangelio y desean vivirlo con mayor intensidad. ¡Es necesario ofrecerse como lugar de experiencia del Evangelio!

La lógica del “Ven y ve”

La cultura actual es muy sensible a los signos y a los testigos, a las pruebas y a las experiencias; poco a las palabras y a las promesas.

Hoy la propuesta vocacional se realiza en el estilo evangélico del “Ven y ve”. Éste ha sido también el camino recorrido por Don Bosco, como decíamos. Él quería mostrar a los jóvenes una forma de vida cristiana que los hiciese felices. Para esto procuró que en el ambiente del Oratorio reinase una gran alegría y un estilo de familia que atraía los corazones de los jóvenes.

Objetivo importante es construir una comunidad salesiana que haga visibles los valores de la vida religiosa encarnados en los hermanos, y ponga de manifiesto las motivaciones de las opciones y de los compromisos de la educación; una comunidad donde se sienta la alegría de la fraternidad y del espíritu de familia, que sepa comunicar su experiencia con la propia vida, además que con las palabras; una comunidad capaz de envolver en un clima, pero aún más en una historia, porque narra eficazmente sus gestas, sus encuentros con misioneros, y comparte sus momentos de oración, da testimonio con experiencias significativas y con actividades apropiadas y, sobre todo, con el tono de su vida.

En otros tiempos se decía que la ruina de una comunidad llega cuando cae en la relajación. Hoy se afirma que estamos en tiempos de místicos y de profetas, y que hace falta mucho más para asegurar el futuro de la vida religiosa. Después del Vaticano II, en general, las Congregaciones han hecho esfuerzos de renovación doctrinal, estructural y operativa; pero no por ello los jóvenes se sienten atraídos. El problema no está tanto en la fidelidad y en la serena coherencia, cuanto en ese “más” que atrae; no en lo normal y honesto que sirve para poder conservar las cosas como están, sino en ese “más” que está incluido en la profecía, en la significatividad, en la radicalidad; o en lo que se puede llamar la “experiencia cálida”, de la cual surgen intuiciones y voluntad de comprometer la vida. La fuerza vocacional de la vida de la comunidad.

Es fácil constatar que la vida consagrada, en algunas partes, ha perdido visibilidad, o por la fuerza de la secularización del ambiente, o tal vez por la voluntad misma de los que han pensado no exponerse como “hombres religiosos” y han apostado sólo por el valor “humano” de su opción.

Los mismos cristianos no siempre comprenden el alcance de la consagración y, peor aún, no perciben el sentido y el valor de la vida consagrada. Muchas veces ésta queda reducida a una mayor disponibilidad para el servicio a los demás; desaparece su testimonio del primado de Dios y su sentido profético.

También éste ha sido un punto de interés en la reflexión sobre la vida religiosa: se pregunta cuál es la aportación del testimonio y la acción específica de un consagrado/a en el ámbito de la salud, de la educación, del servicio social, en comparación con lo que hacen honestos “seglares”.

La Exhortación Vita Consecrata afirma repetidas veces la urgencia de hacer visible la vida consagrada: “Su estilo de vida debe transparentar también el ideal que profesan, proponiéndose como signo vivo de Dios y como elocuente, aunque con frecuencia silenciosa, predicación del Evangelio” .

“Los jóvenes no se dejan engañar: acercándose a vosotros quieren ver lo que no ven en otra parte. Tenéis una tarea inmensa de cara al futuro: especialmente los jóvenes consagrados, dando testimonio de su consagración, pueden inducir a sus coetáneos a la renovación de sus vidas. El amor apasionado por Jesucristo es una fuerte atracción para otros jóvenes, que en su bondad llama

para que le sigan de cerca y para siempre. Nuestros contemporáneos quieren ver en las personas consagradas el gozo que proviene de estar con el Señor” .

En la reunión de los Superiores Generales de mayo de 1999, nos hemos interrogado sobre la capacidad de los jóvenes para comprender cómo la nuestra es una sequela Christi. Sobre todo, hemos reflexionado sobre modalidades o formas de vida que pueden suscitar en los jóvenes la imagen de una existencia evangélica. Efectivamente, se ve que la solemnidad institucional, o el sucederse normal de los días, no les dice mucho a ellos. He aquí algunos elementos, que deberían distinguir a nuestras comunidades y hacer visible su vida consagrada.

a. Mostrar el gozo de la fraternidad y del estilo de familia.

El clima de familia, de acogida y de fe, creado por el testimonio de una comunidad que se da con alegría, es el ambiente más eficaz para el descubrimiento y la orientación de las vocaciones . Tal testimonio suscita en los jóvenes el deseo de conocer y seguir la vocación salesiana . Esto dicen nuestras Constituciones.

Es preciso hacer más visible el hecho de ser comunidad religiosa que vive y que trabaja unida. Con frecuencia, los jóvenes no encuentran una comunidad de personas, sino salesianos que trabajan individualmente.

Conviene recordar que la misión salesiana no es nunca un hecho individual o privado, sino siempre expresión de una comunidad. Don Bosco mismo pensó, enseguida, en un grupo de colaboradores y se preocupó mucho de la unidad de su Congregación. También hoy los jóvenes tienen necesidad de ver a Jesús a través de una comunidad visiblemente unida, fraterna y feliz. Esto requiere cuidar las relaciones personales y la comunicación fraterna.

En un mundo dividido y lacerado, en una sociedad de masas donde las personas muchas veces son tratadas como números, el testimonio de fraternidad evangélica que ofrecen nuestras comunidades puede resultar cada vez más significativo.

b. Testimoniar la alegría de la vocación.

“Nadie os quitará vuestra alegría” , dice Jesús. Estamos llamados a vivir y a comunicar la experiencia de un don recibido: “Tú me has seducido, Señor, y yo me he dejado seducir” , “He sido conquistado por Cristo Jesús” . “Vidimus Dominum”. Hemos tenido una experiencia de encuentro, descubrimiento, “visión” del Señor.

“La vivacidad de esta experiencia no debe disminuir con el crecimiento de la edad o con el arraigo de las costumbres. Está llamada, más bien, a madurar y llenar la vida. Si cayese, la vida religiosa perdería su motivación y se arrastraría en el funcionalismo, es decir, en el simple cumplimiento fiel de los propios deberes. Nos sucedería a nosotros lo que sucede a los matrimonios cansados, que siguen conviviendo en paz, pero sin que de tal convivencia se esperen novedades ni felicidad” .

Debemos examinarnos para descubrir si algún cansancio, alguna desilusión, nos ha quitado, si no la voluntad de vivir seriamente la consagración, tal vez la convicción y la iniciativa de proponer nuestra vida a otros de manera eficaz. Este gozo y entusiasmo nos debe llevar a superar, en nuestra vida ordinaria y en nuestras relaciones con los jóvenes y con la gente, la ley del mínimo esfuerzo o del aplanamiento, y a proclamar los motivos de satisfacción, de alegría, de esperanza, más que los de descontento, de malhumor y de desaliento.

c. Manifestar, en nuestra forma de vivir, el valor humano y educativo de los consejos evangélicos .

Hoy se insiste en el significado antropológico de consejos: no limitan la persona, sino que abren un campo más amplio a sus aspiraciones y energías. “La elección de estos consejos, - leemos en la Exhortación Vita Consecrata - lejos de ser un empobrecimiento de los valores auténticamente humanos, se presenta más bien como una transfiguración de los mismos... Así, aquellos que siguen los consejos evangélicos, al mismo tiempo que buscan la propia santificación, proponen, por así decirlo, una “terapia espiritual” para la humanidad, puesto que rechazan la idolatría de las criaturas y hacen visible de algún modo al Dios viviente” .

Esto exige de nosotros un esfuerzo para vivirlos, no sólo con coherencia y verdad, sino también en diálogo atento con la cultura actual, de modo que aparezca con claridad su valor humanizante, particularmente frente a los jóvenes.

Nuestras Constituciones subrayan en los votos este valor educativo: “La obediencia conduce a la madurez haciendo crecer la libertad de los hijos de Dios” . “El testimonio de nuestra pobreza, vivida en la comunión de bienes, ayuda a los jóvenes a vencer el instinto de posesión egoísta y les abre al sentido cristiano del compartir” . “La castidad nos hace testigos de la predilección de Cristo por los jóvenes, nos permite amarlos sinceramente, de modo que se den cuenta de que son amados, y nos pone en condiciones de educarlos en el amor y la pureza” .

¿Cómo traducimos, en la realidad, de nuestra vida comunitaria, estos valores? . ¿Qué hacemos para convertir en contenidos educativos originales los consejos evangélicos? Si los religiosos, en las obras educativas, en la confrontación con los seglares, tuviesen sólo una mayor disponibilidad de tiempo o la posesión de las estructuras, bien poco de sustancial aportarían. La pregunta recurrente sobre el valor específico de su presencia en la educación, estaría justificada. Es deber nuestro, de cada uno y de la comunidad, hacer que nuestra sequela Christi se convierta en energía, lección y propuesta educativa, no genérica, sino específica: en la confrontación de la mentalidad y del uso de los bienes en una época marcada por las finanzas y la economía; a cerca de la orientación sobre la sexualidad y el amor, y del significado de la libertad, en un tiempo en que está vigente el principio del placer y de las opciones individuales; respecto de la relación con Dios en todas las fases de la vida, en un momento en que parte de la religiosidad está “desencarnada” y ausente.

Este valor profético se manifiesta también pronunciándose sobre los grandes temas de la historia humana y del mundo juvenil, interviniendo para crear opinión evangélica sobre la realidad y las situaciones. La profesión debe hacerse anuncio, sereno pero decisivo, de los bienes que el Evangelio propone para la sexualidad, la riqueza y la libertad.

d. Animar espiritualmente a una amplia comunidad educativa.

Esto quiere decir ser signos de Dios y educadores para una relación personal con Él , para jóvenes y adultos, como personas particulares y como instituciones.

La manifestación más evidente de nuestra presencia de consagrados en los ambientes educativos es la orientación de todos - destinatarios y educadores - hacia el Padre. La consagración nos invita a meditar y a realizar el evangelizar educando; fórmula en la que el “evangelizar” indica la finalidad, y la palabra “educar” el camino global preferido.

Comunidades capaces de comunicar y de compartir la espiritualidad salesiana, de crear ambientes de recia calidad evangélica, capaces de animar a los jóvenes hacia la santidad, de ofrecer a las comunidades educativas motivaciones y experiencias que animen, a pesar de las limitaciones y las dificultades: así son las comunidades que hoy pensamos, abiertas y propositivas, no desprovistas de una identidad propia ni de dimensiones visibles: exactamente como Valdocco.

Hoy muchos jóvenes y seculares desean “ver” y “participar” de nuestra vida fraterna y tomar parte con nosotros en la oración y en el trabajo. Debemos ordenarla de tal modo que sea posible rezar con los jóvenes, compartir momentos de fraternidad y de programación con los colaboradores seculares y hasta acoger a algunos jóvenes disponibles para hacer con nosotros una experiencia temporal de vida comunitaria.

Así, nuestra comunidad “se hace fermento de nuevas vocaciones, a ejemplo de la primera comunidad de Valdocco” .

Esta apertura se puede realizar de diversas maneras y con diferentes niveles complementarios: a través de un ambiente comunitario acogedor y atento a la calidad de las relaciones personales; con momentos intensos de comunión y de participación entre nosotros, aún limitando otras ocupaciones y servicios, como signo de la importancia de la vida comunitaria; hablando siempre positivamente a los jóvenes y a los seculares de nuestra vida comunitaria, de los hermanos, de los proyectos comunes. Se realiza también eficazmente: compartiendo como comunidad las preocupaciones y los proyectos de la comunidad educativo-pastoral, de la obra y de la comunidad humana del territorio; participando en los momentos más importantes de la vida de nuestro contexto, y prestando con generosidad nuestra colaboración; ofreciendo a los jóvenes y a los seculares momentos de participación, en los que participan con interés todos los hermanos; cuidando también la imagen externa de la propia obra y de la Congregación; y otras iniciativas semejantes. La acción pastoral de la comunidad.

Nuestras comunidades, además de presentar la vida salesiana y ofrecerse como espacio de experiencia espiritual, desarrollan una acción educativo-pastoral. Merecen recordarse algunos aspectos, para no equivocar la dirección ni el objetivo.

Ayudar a vivir la propia vocación, suscitar vocaciones de especial consagración – como ya hemos indicado – es una de las finalidades de la misión de la Congregación; y es, por eso mismo, una dimensión esencial en toda presencia, proyecto o proceso pastoral; constituye el vértice de nuestra acción educativo-pastoral, y es la fuerza que la orienta, le da unidad y la cualifica. Es como el eje fundamental de todo el camino, en cada una de sus etapas.

El sujeto que garantiza tal compromiso es la comunidad salesiana, como responsable de la genuinidad del proyecto educativo; y, junto con ella, la CEP, convenientemente motivada e instruida por su núcleo animador .

Una de las diferencias entre las Inspectorías que tienen un cierto número de vocaciones, según lo consienten las circunstancias, y aquellas en las cuales se prolonga la esterilidad, es la presencia en la Inspectoría de comunidades activas que se preocupan de descubrir muchachos y jóvenes con aptitudes; de acompañarlos para que maduren y, finalmente, de llamarlos. Donde las comunidades han delegado simplemente este trabajo a un encargado, los resultados son escasos.

Donde todos se comprometen, poniendo en juego también a aquellos hermanos que están particularmente dispuestos a semejante trabajo, se va recogiendo lo poco que cada presencia puede dar. Hoy, sobre todo en el mundo norte-occidental – si bien el fenómeno se va extendiendo -, no

hay lugares de donde sacar muchas vocaciones. Hace falta recoger en cada ambiente las que Dios pone en nuestro camino: diversas por la edad, condición, vivencia religiosa, historia personal, relación con la Congregación.

Esta atención vocacional es un servicio fundamental, en primer lugar, para cada joven, para que él llegue a discernir el proyecto de Dios y así realizar su vida en plenitud: en este sentido es preciso desarrollar en él la disponibilidad para asumir la vida como don y servicio, para descubrir los dones y las cualidades sembrados en él y para despertar su responsabilidad hacia los demás.

Es también un servicio a la Iglesia. Ésta se hace signo e instrumento de salvación, en la medida en que todo bautizado añade nuevas posibilidades y energías. Por eso, se debe ayudar a todo cristiano a descubrir las riquezas de la vocación a la santidad y a ser corresponsable de su misión en la Iglesia por el mundo.

Es un servicio, en fin, al carisma salesiano, herencia que hemos recibido de Dios para la Iglesia y para los jóvenes.

De su autenticidad y desarrollo somos responsables. Este carisma nos une en la Familia Salesiana, cuyos diversos grupos se enriquecen recíprocamente mediante el intercambio de los diversos modos de vivirlo, aportando lo propio original al conjunto. Con alegría tratamos de comunicar a otros las diversas formas (religiosa, sacerdotal, secular, masculina, femenina) de asumir la espiritualidad salesiana, cuidando juntos la propuesta vocacional .

De cuanto hemos dicho, se ve la estrecha relación entre Pastoral Juvenil y orientación vocacional, que se debe establecer intencionadamente y traducir en la acción.

La pastoral juvenil está desde el principio orientada a un objetivo: hacer que el creyente esté atento a la llamada del Señor y dispuesto a responderle. Hacer “vocacional” toda la pastoral es hacer de modo que cada una de sus expresiones conduzca a la persona a descubrir el don de Dios en su vida - la fe, la pertenencia a la Iglesia, las cualidades particulares recibidas, la propia vocación-misión - y la ayude a reconocerlo, a desarrollarlo y a ponerlo al servicio de la comunidad.

Siguiendo el objetivo fundamental enunciado anteriormente, el trabajo con los jóvenes en todas las presencias debe privilegiar algunas opciones.

Pongo en primer lugar la atención preferencial a las personas, más que al cumplimiento de los programas preparados, a la transmisión de contenidos intelectuales, a la preocupación dominante de la administración, o al mantenimiento de estructuras. Atención a las personas quiere decir acercarnos a ella, conocerlas, hacernos amigos de ellas, estimularlas a asumir un proyecto de vida.

Al lado de esto, se debe colocar el primado de la evangelización, dar a conocer a Cristo a los jóvenes, motivarlos para dejarse iluminar e interpelar por Él, orientarlos hacia el encuentro con Él y hacia una adhesión, cada vez más convencida, al sentido de la vida que Él revela. Esto va unido a un camino de educación unitario y progresivo, que ayude a personalizar la fe y los valores del Evangelio, como lo describió el CG23, que, a partir del encuentro con Cristo, indicaba, con abundancia de sugerencias, encaminar a los jóvenes hacia un compromiso con el Reino .

En este recorrido es importante la participación activa de los mismos jóvenes, estimulados a plantearse preguntas y a reflexionar, invitados a expresarse y a secundar el deseo de probarse y atreverse a vivir radicalmente en conformidad con el Evangelio.

Puede suceder que, preocupados por una multitud de actividades, por las estructuras, y atareados en la organización, corramos el peligro de perder de vista el horizonte de nuestra acción,

y aparecer como activistas pastorales, gestores de obras o estructuras, admirables bienhechores, pero poco como testigos explícitos de Cristo, mediadores de su acción salvífica, formadores de almas, guías en la vida de gracia.

Urge hoy que en cada una de nuestras presencias se dé el primado a la evangelización, mediante una manifestación clara y explícita de las motivaciones evangélicas de nuestra acción, el anuncio significativo de la persona de Jesús, el contacto directo y pedagógicamente cuidado con la Palabra de Dios, los momentos de celebración y de oración personal y comunitaria, encuentros y comunicaciones significativas con creyentes y comunidades cristianas, o de quienes están en búsqueda del Señor.

Hay que subrayar también que la orientación vocacional de la que estamos hablando se hace teniendo en cuenta algunos criterios: no reducirse exclusivamente a recoger candidatos para un cierto género de vida, sino - sin descuidar una pastoral vocacional específica - proponerse más bien hacer un servicio de orientación a todo joven; favorecer en ámbito eclesial y civil una cultura vocacional, es decir, una visión de la vida como don y servicio, más que un deseo excesivo de realización individual, como si todo el esfuerzo personal debiera apuntar a llegar a ser algo importante; sugerir y desarrollar algunas actitudes humanas y evangélicas fundamentales para una opción responsable en la línea del servicio, como la capacidad de gratuidad y de donación, de relación y de diálogo, de colaboración y de compartir. Por último, se debe abrir el panorama vocacional de la Iglesia, incluso a través de encuentros y contactos que hagan conocer de cerca a quienes viven su cristianismo a fondo y a testigos eminentes.

Se pueden todavía repetir algunas insistencias particularmente importantes para que nuestra acción pastoral no pierda la intención, el alma y el objetivo vocacional que la deben guiar.

- Toda comunidad salesiana es la responsable primera y principal de la animación vocacional de los jóvenes con los que trabaja. Insisto en que la orientación vocacional no es sólo competencia de algunos hermanos que han recibido un encargo especial, sino una dimensión cualificante de la acción educativo-pastoral de toda la comunidad y de todo salesiano, como nos recordaba el CG23. Los jóvenes deben experimentar la comunidad salesiana, no sólo como grupo de trabajo para un servicio en su favor, sino sobre todo como comunidad fraterna y de fe, con deseo de comunicar su experiencia singular, capaces de contagiar su vocación: ésta es la primera y la más eficaz propuesta vocacional.

- No descuidemos el rezar constantemente por las vocaciones y el desearlas. Es la lección de Jesús y su reacción ante las turbas que le seguían y ante el exiguo grupo de los apóstoles que debían colaborar con Él en la misión. Antes de enviarlos, les pide que recen al Padre para que multiplique los obreros: “Al ver a las gentes, se compadecía de ellas, porque estaban extenuadas y abandonadas, como ovejas sin pastor. Entonces dijo a sus discípulos: La mies es abundante, pero los trabajadores son pocos; rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies. Y llamando a los doce apóstoles, les dio autoridad para expulsar espíritus inmundos y curar toda enfermedad y dolencia...” .

La comunidad que no reza incesantemente por las vocaciones, envolviendo a otras personas y especialmente a los jóvenes, no puede vivir plenamente el mandato apostólico de Cristo.

La Diócesis de Roma ha vivido un vuelco vocacional, que ha tenido como eje los jueves de oración por las vocaciones, en los que participaban también los jóvenes. Ciertamente el Señor nos pide que trabajemos por ellas. ¡Pero las noches de pesca sin Él resultan fatigosas y estériles!

- Luego, se tratará de saber ser propositivos. A veces tenemos un cierto pudor, una especie de temor respecto de la aceptación que podría encontrar nuestro discurso vocacional, o nos sentimos movidos por un falso respeto de la libertad de los jóvenes. Esto impide hacerles propuestas claras y explícitas, que, por otro lado, ellos reciben con abundancia, y muchas veces con escaso sentido educativo, del ambiente que los rodea. Nos perdemos en los primeros pasos de los procesos, alcanzamos una formación cristiana más bien genérica, como new age y poco personalizada, con escasos estímulos y acompañamiento para los que buscan más y tienden hacia cumbres más altas.

Escribía Don Egidio Viganò: “El testimonio silencioso y la invitación implícita no siempre bastan para despertar vocaciones. (...) Por desgracia, ha habido, y quizá persiste todavía en algunos, la duda o la negligencia de hacer abiertamente, de forma oportuna, la invitación personal. Lo contrario resulta, de hecho, un pernicioso “silencio vocacional”; cabría hablar incluso de cobardía o de inconsciencia acerca del propio ministerio, pues un joven cristiano tiene objetivamente derecho a conocer las propuestas vocacionales de la Iglesia” .

Se es propositivo también mediante el cuidado de ambientes donde se vive con claridad y con gozo el proyecto de Jesús, según las diversas opciones vocacionales, con una actitud positiva frente al mundo de los jóvenes, de los pobres y, en general, de los valores humanos; donde se hace la oferta de propuestas de espiritualidad a quien estuviese disponible, como la iniciación a la oración, a la escucha de la Palabra, a la participación en los sacramentos, a la liturgia y a la devoción mariana; donde se promueven los grupos y las asociaciones del Movimiento Juvenil Salesiano, lugares privilegiados de maduración cristiana y vocacional; y donde se hace experiencia de compromiso, gratuidad y voluntariado. No se deben descuidar el cuidado de los ministerios eclesiales, también los litúrgicos, como acólitos, animadores, lectores y guías de la asamblea litúrgica, y la invitación personal para cultivar las vocaciones a través de la participación en alguna comunidad de referencia vocacional.

- En un contexto de primera evangelización o de reevangelización, asume importancia especial la significatividad de la Iglesia y, por tanto, nuestra participación en la animación de la comunidad cristiana, que debe hacerse presente en el ambiente, particularmente entre los jóvenes. Si aparece como propositiva y cercana a los jóvenes desde el punto de vista social, cultural y religioso, también la propuesta vocacional resulta más viable. Debe, pues, sostenerse la formación y el desarrollo de un núcleo robusto de cristianos corresponsables, capaces de propuestas específicas, exigentes y profundas.

Acompañar.

El acompañamiento se ha demostrado determinante en el camino educativo y pastoral, que coloca en el centro la persona del joven. Lo es de manera singular en el sistema educativo

salesiano, que se apoya en la presencia del educador entre los jóvenes y en una relación personal basada en el mutuo conocimiento e interés, en la comprensión y en la confianza.

Don Bosco fue, en esto, maestro incomparable. Las principales expresiones de su querer y saber acompañar son la búsqueda de contactos con el joven en su ambiente, el coloquio educativo, la dirección espiritual y el encuentro sacramental.

En nuestro tiempo se ha hecho sentir la urgencia de acompañar, de ser interlocutor válido, por la complejidad de los problemas que los jóvenes afrontan y por la atención personal que ellos necesitan.

Conviene, pues, ir más allá del trabajo de masas (aún siendo tan válido e indispensable) y acompañar a cada uno según el nivel a que ha llegado, sobre todo a los que manifiestan deseo y voluntad de progresar en el camino de educación en la fe. Es un reto a nuestra preparación.

Sabemos dar la catequesis; pero ¿conocemos los recorridos de la gracia para saber indicar las costumbres que hay que abandonar y las que hay que asumir? ¿Nos tomamos el tiempo necesario para orientar, no en una vaga religiosidad, sino en la vida espiritual a los que lo desean? Don Bosco supo dar a Domingo Savio indicaciones para un camino de santidad; ¿cómo nos sentimos en este aspecto?

Para evitar equívocos y para mayor tranquilidad, es bueno recordar que, cuando hablamos de acompañamiento, no nos referimos sólo al diálogo individual, sino a todo el conjunto de relaciones personales que ayudan al joven a interiorizar los valores y las experiencias vividas, a adecuar las propuestas generales a las propias condiciones, a esclarecer y profundizar motivaciones y criterios.

Así, el acompañamiento incluye el ambiente educativo que la comunidad salesiana promueve para favorecer la interiorización de las propuestas educativas y, junto con ellas, el crecimiento vocacional, la presencia entre los jóvenes, con voluntad de conocerlos y de compartir con confianza su propia vida, cuidada por toda la comunidad y por cada hermano; la promoción de grupos donde los jóvenes son seguidos por el animador y animados por los mismos compañeros.

Hay un campo importante para el acompañamiento, posible a la mayor parte de los hermanos: son contactos breves, ocasionales que muestran el interés por la persona y su mundo; la atención educativa en ciertos momentos de significado especial para el joven; los momentos de diálogo personal sistemáticos, según un plan establecido, alrededor de un proyecto de vida sencillo, pero exigente; el contacto con la comunidad salesiana, para compartir y aprender de ella la vida de oración, la fraternidad y el estilo de apostolado.

¿Qué opciones se deberían privilegiar para que en nuestras obras haya una atención especial a cada uno y oportunidades diversificadas de contacto y diálogo personal?. Algunas áreas de especial atención.

Desde hace tiempo, y después de no pocas ambigüedades en el pensamiento y en la acción, se ha afirmado la distinción entre pastoral vocacional general, es decir, para todos, y pastoral vocacional específica, es decir, la que trata de descubrir y acompañar las vocaciones de especial significado en la dinámica del Reino.

Nosotros debemos promover todas las vocaciones en la Iglesia. Pero hoy, dice el documento “Nuevas vocaciones para una nueva Europa”, hay algunas vocaciones que requieren una especial atención por nuestra parte. “En un tiempo, como el nuestro, necesitado de profecía,

es prudente favorecer aquellas vocaciones que son un signo particular de ‘aquello que seremos y aún no nos ha sido revelado’, como las vocaciones de especial consagración.

Es también prudente e indispensable favorecer el aspecto profético típico de toda vocación cristiana, comprendida la laical, para que la Iglesia sea cada vez más, frente al mundo, signo de las cosas futuras, de aquel Reino que está “ya ahora y todavía no” .

- La vocación para la vida consagrada

Nuestra sociedad, y con frecuencia la misma comunidad cristiana, no posee un conocimiento adecuado de la vida religiosa, para comprender su sentido y su valor.

Nuestra forma de vivir la vida consagrada ha perdido visibilidad y en no pocos aspectos parece indescifrable. Esto resulta todavía más preocupante frente al crecimiento de la presencia de los laicos en la Iglesia y, para nosotros, en la misión salesiana. Es verdad que ellos pueden dar mucho, pero es igualmente verdad que Don Bosco quiso en el centro de su familia una comunidad de consagrados.

La propuesta vocacional salesiana, pues, requiere hoy, más que en el pasado, vivir y presentar, en la fidelidad al proyecto de Don Bosco, una figura de consagrado que sea significativa para los jóvenes y que haga emerger los aspectos fundamentales de la vida consagrada, más que los ministeriales o funcionales.

No es suficiente hablar de Don Bosco y de la misión salesiana; se debe también presentar la importancia y el valor que en el proyecto de Don Bosco tiene la vida en Dios, como punto de referencia preciso del carisma. “San Juan Bosco quiso que hubiera personas consagradas en el centro de su obra, dirigida a la salvación de los jóvenes y a su santificación... Con su entrega total darían solidez y fervor apostólico con vistas a la continuidad y para la expansión mundial de su misión” .

- La vocación para la vida laical y familiar

Con frecuencia, nuestra acción educativo-pastoral es poco propositiva desde el punto de vista de las desembocaduras vocacionales. Parece que sólo nos preocupan algunas opciones especiales de vida, como si la vida laical y familiar no se debieran considerar como una verdadera vocación.

Muchos jóvenes comprometidos y disponibles, parejas de novios y jóvenes esposos, universitarios y jóvenes obreros, nos piden ser acompañados con mayor cuidado en los momentos de su búsqueda y elección vocacional. Por eso, la Pastoral Juvenil y la animación vocacional deben presentar a estos jóvenes los diversos modelos vocacionales en la Iglesia, dando el justo valor a la opción vocacional para la vida laical y familiar. Nosotros mismos debemos valorar más el matrimonio cristiano como una verdadera vocación y comprometernos a acompañar a los jóvenes en su camino de discernimiento y maduración de esta opción.

- Los jóvenes adultos: animadores y voluntarios

Son jóvenes que comparten generosamente muchos aspectos de la misión salesiana, tienen una auténtica voluntad de servicio y están en búsqueda de un proyecto de vida significativo para ellos, aunque luego les tocará a ellos afrontar el camino de realización de su primer sueño. Es preciso ayudarlos para que la experiencia de animación o de voluntariado sea de alcance y apertura vocacional, y los estimule a pensar su vida según el Evangelio y el plan de Dios sobre ellos.

Esto requiere de nosotros el compromiso para que cada uno de ellos pueda profundizar la fe y reflexionar sobre las propias experiencias de animación, ofreciéndoles oportunidades concretas de acompañamiento personal y facilitando propuestas de momentos fuertes de espiritualidad y de vida cristiana. A veces puede suceder que estemos más preocupados por su acción de servicio que de sus personas y de su desarrollo vocacional.

- Las familias

Otra categoría de personas que me parece importante relacionar con la animación vocacional son las familias. Por causas y situaciones diversas muchas de ellas, aún siendo cristianas, tienen dificultad para comprender, respetar, animar y promover la opción vocacional de sus hijos e hijas. Muchas veces piensan en su futuro con criterios diversos, si no contrarios, a los valores evangélicos que constituyen la cultura vocacional. Por esto, es importante, por nuestra parte, conocer e interesarnos por la experiencia familiar que viven nuestros jóvenes, acompañar y ayudar a los padres en su responsabilidad de educadores de la fe, profundizar con ellos el sentido de la vocación e interesarlos en el camino educativo y pastoral que se va proponiendo a sus hijos. Existen en la Congregación ejemplos admirables de familias que se reúnen para apoyar con la oración y con el acompañamiento la vocación de sus hijos: ¡son iniciativas que hay que promover!.

Don Pascual Chávez

La pastoral juvenil salesiana (25 de Abril 2010)

Profundizar y reforzar la dimensión vocacional en cualquier propuesta pastoral

La animación y la orientación vocacional son un elemento esencial de una Pastoral Juvenil que ayude a cada joven a realizar opciones responsables de vida a la luz de la fe. “Hoy sentimos más fuerte que nunca el reto de crear una cultura vocacional en cada ambiente, de manera que los jóvenes descubran la vida como llamada y que toda la pastoral salesiana sea realmente vocacional”. Pero la mejor pastoral juvenil no genera vocaciones apostólicas y consagradas sin una atención específica al anuncio vocacional explícito, a la propuesta personal decidida, al acompañamiento espiritual constante.

La carencia de vocaciones ha sensibilizado a las comunidades y a los hermanos para reflexionar sobre el modo de animación vocacional; pero ésta todavía es pensada y actuada como un compromiso complementario del trabajo educativo y pastoral ordinario, realizado por algunos encargados y hermanos particularmente sensibles. Esto empobrece los dos procesos: una pastoral juvenil que no logra orientar a los jóvenes hacia una visión vocacional de su vida que los guíe a opciones evangélicas de donación y de servicio, y una animación vocacional demasiado basada en el entusiasmo y poco en la relación de fe profunda y personalizada con Jesucristo.

Por esto, es necesario convertir mentalidades y renovar cierta praxis, particularmente en estos tres aspectos:

1º Promover en cualquier ambiente nuestro una cultura vocacional, mediante una pastoral juvenil decididamente evangelizadora, que comprometa a los jóvenes a reconocer la propia vida como un don de Dios y a corresponder con un compromiso generoso de servicio de los otros, en particular de los más necesitados .

2º Asegurar en todo itinerario de educación en la fe una atención particular a promover en los jóvenes el compromiso apostólico, basado en una relación personal de amistad con Jesucristo, realizado en la comunión y colaboración dentro de una experiencia de comunidad y madurado con un compromiso sistemático de formación personal .

3º Testimoniar con coraje y con alegría la belleza de la propia vocación salesiana, entregada totalmente a Dios en el misión juvenil, haciendo su propuesta explícita y comprometiéndose a acompañar a los jóvenes con signos de vocación religiosa salesiana en su camino de discernimiento y formación vocacional.

Testigos de la radicalidad evangélica (8 de Abril de 2012)

En cuanto religiosos, nosotros salesianos estamos llamados a la radicalidad evangélica en la vida consagrada. Si es verdad que la radicalidad evangélica se exige a todo discípulo de Jesús, es así mismo verdad que también nosotros estamos llamados a vivirla concretamente en la vida consagrada. La radicalidad para nosotros es ante todo una llamada, una vocación. Por desgracia, en nuestra reflexión, en la vida y en la acción concreta, la referencia a la llamada de Dios resulta más bien pobre. La vocación no se elige, se nos da; nosotros podemos sólo reconocerla y acogerla; lo mismo la radicalidad evangélica antes que compromiso y tarea es don y gracia.

La vocación no nace por iniciativa personal, porque es una llamada para una misión específica, que no determinamos nosotros sino Aquél que llama. Leemos en el evangelio de Marcos que Jesús “llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó a Doce que estuvieran con él y para enviarlos a predicar y que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios” (Mc 3,13-15). También el evangelio de Juan confirma que ser discípulo y apóstol no es una opción personal, sino una elección por parte de Jesús, una vocación: “no sois vosotros los que me habéis elegido, soy yo quien os he elegido” (Jn 15,16a); y la misión es “permanecer en su amor” (Jn 15,9b). Sólo así aquellos que son llamados pueden obtener plenitud de alegría: “os he dicho esto para que mi alegría esté en vosotros y vuestra alegría sea plena” (Jn 15,11); entrar en su intimidad: “vosotros sois mis amigos, si hacéis lo que yo os mando” (Jn 15,14); tener fecundidad: “os he destinado para que vayáis y deis fruto y vuestro fruto permanezca” (Jn 15,16b).

Esta dimensión antropológica y teológica de la vocación es fascinante. Hay una Persona que te mira, te ama y te llama, y tú puedes aceptar o rehusar la propuesta. A una llamada personal se puede responder diciendo “sí” o “no”. Todo esto sucede en la mayor libertad. Con razón podemos decir que entregar la propia vida, la única vida, toda la vida, representa el más alto nivel de conciencia humana. En la Sagrada Escritura encontramos la historia de los grandes “amigos de Dios”: Abrahán, Moisés, David, Elías, los profetas, José, María, los apóstoles; ellos renunciaron a sus propios proyectos y permitieron a Dios adueñarse de su vida para escribir, junto con Él, la historia de la salvación. Pero no todos los que fueron llamados aceptaron la llamada. Podemos recordar, por ejemplo, el encuentro de Jesús con aquel hombre rico que le preguntó: “Maestro bueno, ¿qué debo hacer para alcanzar la vida eterna?”; pero a la invitación de Jesús “Ve, vende lo que tienes, dalo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo; después ven y sígueme” (Mc 10,17-22), él se entristeció y se alejó.

En el pasado la vocación religiosa se presentaba a menudo como un suceso puntual en la vida de una persona. Aun cuando en las numerosas llamadas que configuran la existencia hay acontecimientos que señalan el futuro, la vocación cristiana hay que comprenderla cada vez más como un diálogo ininterrumpido entre Dios que llama y el discípulo que responde. Requiere, por consiguiente, una gran libertad para disponer totalmente de sí y entregarse a la persona amada. Sin duda, para dejar todo y entregarse a una persona es necesario estar profundamente enamorados. No por casualidad la imagen más elocuente para describir esta relación de amor es la alianza. Por eso se comprende cómo no se puede ser consagrados y no ser al mismo tiempo místicos, llenos de pasión por Dios y por el hombre.

Nuestra específica vocación es la vida consagrada salesiana, que nos marca como discípulos y apóstoles de Jesús siguiendo los pasos de Don Bosco. De manera sintética la describe el artículo 3 de las Constituciones, que presenta nuestra vocación como llamada al seguimiento de Cristo obediente, pobre y casto, a la vida fraterna en comunidad, a la entrega a la misión en diálogo con Dios y al servicio de los hermanos. Se trata de elementos vocacionales constitutivos a los que tenemos que dar espacio en la vida personal y comunitaria. Nuestra vida deberá ofrecer espacio “equilibrado y armónico” a la experiencia espiritual, a la fraternidad en comunidad, a la misión.

Entre estos aspectos de nuestra vocación, la “gracia de unidad” es un desafío fundamental que hay que afrontar con seriedad y determinación, si no queremos caer en la fragmentación, la dispersión, el activismo, la superficialidad espiritual, el genericismo pastoral, la pérdida del sentido vocacional, el vacío. Por eso presento ahora estos elementos fundamentales de nuestra consagración apostólica, que exigen ser vividos con radicalidad evangélica: la experiencia espiritual, la vida fraterna, la misión.

Vocación y Formación (31 de marzo de 2013)

Vocación y formación, don y compromiso

Se plantea la cuestión: ¿Por qué debemos empeñarnos en formar a los llamados por Dios y enviados por Él a nosotros? Precisamente porque en la Congregación los consideramos don de Dios a los jóvenes, tenemos de ellos tanto cuidado y sentimos la responsabilidad de ayudarles a estar a la altura de la vocación recibida. Por tanto, intentemos profundizar mejor los dos elementos inseparables de una verdadera llamada, es decir, la vocación y la formación, el don y la tarea, que son como dos caras de la misma moneda.

El primero de los artículos que las Constituciones dedican a la formación presenta una afirmación fundamental, verdadera expresión de fe, formulada desde el punto de vista de la persona llamada: «Respondemos a la llamada (de Jesús) con el compromiso de una adecuada y continua formación».

Por tanto, las Constituciones entienden la formación como una respuesta a la vocación. No la identifican con el largo período de tiempo que precede a la integración plena y definitiva en la misión común, ni, mucho menos, la reducen a mero estudio, religioso y profesional, al que es necesario dedicarse como preparación específica en vista de la misión personal. Es formación todo lo que se debe hacer para reconocer, asumir e identificarse con el proyecto al que Dios nos llama: «La formación es acoger con alegría el don de la vocación y hacerlo real en cada momento y situación de la existencia». Por decirlo de alguna manera, la formación es el estado de vida en que entra quien se siente llamado por Jesús para estar con Él y poder ser enviado por Él (cf. Mc 3,13). Llamándonos, Dios nos ha identificado. Y nosotros Le respondemos de manera adecuada solo cuando nos identificamos con su llamada. Por tanto, la identidad salesiana no se adecua a lo que ya somos ni a lo que deseamos ser; coincide más con Su proyecto, con cuanto Él quiere que lleguemos a ser. Ahora bien, identificarse con lo que Dios quiere de nosotros es el objetivo de cualquier formación. ¡Salesiano, sé lo que estás llamado a ser! La llamada de Dios, que es gracia inmerecida, precede y motiva el esfuerzo de adecuarse a ella, en lo que consiste fundamentalmente la formación, y «por la que el Señor nos da cada día su gracia» (Const. 96): vocación y formación son dos formas de realización en nosotros de la gracia; la vocación es la gracia de ser llamados, que precede, acompaña y requiere la formación; la formación es la gracia de hacerse dignos de la vocación, que hay que cultivar, mantener y profundizar cada vez más.

Vocación: la gracia como origen

«Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes» (Const. 3).

La vocación no es nunca proyecto personal de vida, que un individuo realiza con sus propias fuerzas o alimenta con sus mejores sueños; es, más bien, llamada de Aquel que, precediendo o trascendiéndole, propone al escogido previamente una meta que va más allá de él mismo y de sus posibilidades. En el primer caso, la persona siente el deseo y el entusiasmo de hacer algo en su vida, o, mejor, se propone —cree que es capaz de— hacer algo de su vida. En el segundo caso, se siente deseado para hacer algo de su vida, algo que podrá imaginar e identificar solo si responde a la llamada personal. Creerse llamado significa saberse escogido previamente (cf. Jn 15,16). «Suyo (de Dios) es el primado del amor. El seguimiento es solo respuesta de amor al amor de Dios. Si «nosotros amamos» es «porque Él nos ha amado primero» (1Jn 4,10.19). Esto significa reconocer

su amor personal con el íntimo convencimiento que hacía decir al apóstol Pablo: «Cristo me ha amado y ha dado su sangre por mí» (Gal 2,20)».

La vida como vocación

«La vida de cada persona es vocación y como tal debe ser comprendida, acogida y realizada»[9]. Antes de conocer, en la llamadas, el destino de la propia vida, antes de reconocerse llamado a hacer algo de la propia vida, el creyente sabe que es llamado por Dios para el simple acto de vivir: «Él nos ha hecho y somos suyos», reconoce el salmista (Sal 100,3).

La vida, Palabra de Dios

La vida, la propia existencia, es palabra de Dios y, al mismo tiempo, la respuesta debida al propio Dios. Es lo que nos recuerda la historia de Ana, la madre de Samuel, que pide un hijo y, cuando lo recibe, siente que aquel hijo pertenece a Dios y, de hecho, le lleva al Santuario de Silo para «conducirle a ver el rostro del Señor»; después permanecerá allí para siempre: «He rogado por este niño y el Señor me ha concedido la gracia que le he pedido. Por eso también yo le entrego como cambio al Señor: por todos los días de su vida ha sido cedido al Señor (1Sam 1,22.27-28). Llamando al hombre, Dios le ha llamado a la existencia; la persona invocada está obligada a responder: con la vida concedida, Dios nos ha impuesto el diálogo como modo de existir en su presencia. Siendo imagen de un Dios que nos ha pensado dialogando consigo mismo, podremos vivir solamente en diálogo con este Dios. La vida es un pronunciarse de Dios en favor nuestro y exige, por tanto, el pronunciarse del hombre en su favor; no es una casualidad si hemos nacido de la nada en el interior de un coloquio divino: Aquel que nos ha imaginado dialogando consigo mismo ha podido considerarnos su imagen porque podemos dialogar como Él y con Él.

«Desde el momento en que ha sido llamado por Dios a la vida, el creyente reconoce que su presencia en el mundo no obedece a una decisión propia: no vive quien quiere, quien lo ha deseado, sino aquel que ha sido deseado y amado...Precisamente porque la vida es efecto del querer divino, no se puede vivir fuera del ámbito de su voluntad: quien no existe porque quiere, no deberá existir como le parece; la vida concedida presenta unos límites que hay que respetar (Gen 2,16-17) y tareas que hay que realizar (Gen 1,28-31). El hombre bíblico, por el simple hecho de vivir, se sabe llamado por Dios y responsable ante Él: vive porque Dios le ha querido y para vivir como Dios quiere...; sabe que está vivo porque ha sido llamado por Dios; sabe que vivirá si permanece fiel a esta vocación (Gen 3,17-19)».

Y así, identificándonos con la llamada de Dios, encontramos nuestro bien y encontramos nuestra libertad: «Cada uno encuentra su bien adhiriendo al proyecto que Dios tiene sobre él, para realizarlo en plenitud: efectivamente, en este proyecto encuentra su verdad y adhiriendo a esta verdad se hace libre (cf. Jn 8,32)».

La vida, respuesta debida a Dios

Por el simple hecho de ser, el hombre debe hacerse responsable: ya que es el único viviente que refleja la naturaleza dialógica de Dios (Gen 1,26), deberá asumir la responsabilidad de la creación (Gen 1,3-25), tomarse la responsabilidad de procrear (Gen 1,27-30; Sal 8,6-9; Sir 17,1-10) y la responsabilidad de su hermano (Gen 4,9). Esta responsabilidad, de la que depende su relación con Dios y que se realiza en la custodia del mundo y del hermano, es una deuda permanente del hombre; la salda en la medida en que permanece en diálogo con Él, vigilando sobre la creación en nombre y en el puesto de Dios.

Por tanto, el hombre bíblico vive ante Dios con una deuda permanente de respuesta. El que debe su vida a una Palabra de Dios no puede quedar en silencio en su presencia. El creyente que calla ante Dios ha dejado de existir para Dios. Él nos ha imaginado hablando, y somos imagen suya si quedamos en diálogo con Él. Solamente los muertos no pueden recordarLe, solamente los muertos no Le alaban (cf. Sal 6,6; 88,11-13; Is 38,18). Todo lo que la vida nos ofrece puede ser motivo de oración[12] y es tarea cuya responsabilidad hay que asumir. No existe situación humana alguna que no sea digna de ser comentada, dialogada, compartida con Dios. No hay necesidad de los hermanos ni hermano en necesidad de que no debemos responder. Recordemos que Caín no quiso hablar de su hermano Abel, más aún, declaró que no debía responder de él porque le había quitado la vida poco antes; el asesinato produjo la negación a responder del hermano.

La vocación, tarea para una vida

Para el creyente, la vida no es un hecho del azar, y mucho menos empeño del querer humano: toda vida es voluntad de Dios; en su proyecto salvífico, Dios asigna un lugar, una tarea a cada vida humana. Quien llega a la existencia ha sido querido por Dios: su existencia tiene sentido, al menos, para Dios, y su vida recibe su pleno sentido solo desde Dios.

La vocación, misión dialogada

No es una casualidad si, en la Biblia, cuando se describe una llamada de Dios, el relato se convierte en la transcripción del diálogo que abre Dios con su elegido: desvelándole el proyecto que alimenta sobre él, Dios le hace saber que cuenta con él para llevarlo a término.

Inesperadamente, sin haberlo merecido, y ni siquiera deseado, la persona llamada se encuentra con una tarea que le es propuesta y con una forma de vida que le es impuesta. Ya se trate de la generación de un pueblo (Abraham: Gen 12,1-4), o de su liberación (Moisés: Ex 3,1-4.23), de la concepción de un hijo (María: Lc 1,26-38), o de la invitación a vivir con Jesús (los primeros discípulos: Mc 1,16-20), la misión asignada no responde a las posibilidades del llamado, con frecuencia no forma parte de sus prioridades. Tanto Abraham como María no veían posible la descendencia prometida (Gen 15,2-3; Lc 1,34). Normalmente, la misión designada ni siquiera es conciliable con la actividad o profesión que se está desarrollando. Moisés, pastoreando rebaños ajenos, así como los primeros discípulos de Jesús, trabajando con sus redes, vivían inmersos en proyectos bien diversos del proyecto al que fueron llamados, es decir, a guiar un movimiento de liberación nacional (Ex 2,21-3.1) o ser pescadores de hombres para el Reino de Dios (Mc 1,16.19). Sabiendo que su vida es la consecuencia de una decisión de Dios en su favor, el creyente bíblico puede excluir de ella la casualidad y la fortuna, sea buena o mala. Al existir una Persona que le ha

querido positivamente en un momento determinado y en ese momento le ha creado viviente, no dejará nunca de sentirse amado mientras viva; no será jamás presa del destino, ni lo imprevisto se le opondrá. Pero, precisamente por esto, desde el momento en que no se ha procurado por sí mismo la existencia, tampoco puede programársela por sí mismo. No es señor de sí mismo. Ha quedado sujeto al arbitrio de Aquel que le ha amado tanto que le ha querido vivo y semejante a Él. Por tanto, su misma vida le revela como proyecto divino que realizar; su existencia personal es la prueba de la preexistencia de un plan divino sobre él. La vida es siempre misión, por haber sido don antes de nada; es encargo y gracia, pues no ha sido una herencia automática ni es un salario debido.

Ángel Fernández

Cinco frutos del bicentenario (25 de Julio de 2015)

Sueño con una congregación de salesianos felices

Os invito desde este primer momento a superar la tentación, tan humana por otra parte, de pensar negativamente, pensar que digo esto porque los salesianos no somos felices.

Todo lo contrario. No se trata de esto. Estoy convencido de que la mayoría de los sdb somos felices, muy felices en la vivencia de nuestra vocación. Me incluyo, porque yo también soy muy feliz. Pero creo que hemos de pretender que sea así en todos, sin que ningún hermano se quede al lado del camino sintiendo que él no puede, o que esta meta no es para él. Esta meta es para todos, puesto que este profundo deseo de felicidad resuena en el corazón de todo hombre o mujer desde que hemos sido llamados a la vida.

Es por eso que me permito comunicaros mi profundo sueño. El de una congregación, la nuestra, en la que cada salesiano pueda decirse a sí mismo, en lo más profundo de su ser, de su corazón, en su verdad más íntima: «soy feliz y me siento muy vivo y muy lleno de alegría, viviendo como Salesiano de Don Bosco».

El Papa, en el Mensaje para la apertura del Año de la Vida Consagrada, nos propone, como religiosos, este programa: «Sed felices. Mostrad a todos que seguir a Cristo y poner en práctica su Evangelio llena vuestro corazón de felicidad. Contagiad con esta alegría a quienes se acercan a vosotros».

Y creo, mis hermanos queridos, que de esto se trata: de vivir muy intensa y gozosamente nuestra vida. Puedo decirlo con mis palabras, pero ya lo dijimos en nuestro último Capítulo General en el que dábamos «gracias a Dios por la fidelidad de tantos hermanos, y por la santidad, reconocida por la Iglesia, en algunos miembros de la Familia Salesiana. Nos relacionamos cada día con adultos y niños; con hermanos, jóvenes y mayores, en plena actividad y enfermos que dan testimonio de la fascinación que supone la búsqueda de Dios, la radicalidad evangélica, vivida con alegría y con viva

pasión por Don Bosco». Es el gran don que tenemos en nuestra Congregación: los miles y miles de hermanos que cada día dan vida y dan su vida con maravillosa generosidad.

Pero me duele el dolor de los hermanos que no se sienten así. Hay hermanos salesianos que arrastran en su vida y en su corazón heridas, hermanos que se sienten dañados, que manifiestan dolor ¡Cuánto me gustaría que con la fuerza que viene del Señor, y con el afecto y la cercanía de algún hermano, pudieran confiar y esperar nuevamente algo bueno en sus vidas. Hay hermanos que están atravesando situaciones difíciles, o han perdido esa pasión del Amor primero que todos hemos sentido en la llamada del Señor; hay quizá hermanos que están caminando en alguna dirección que no les llevará a nada bueno como Salesianos de Don Bosco ¡Cuánto me gustaría que estos hermanos se dejaran tocar por Dios para «ir más allá»; cuánto me gustaría que se dejaran sorprender por Dios, que sin duda nos lleva siempre a situaciones de vida que están más allá de nuestros cálculos!

Hermanos queridos, independientemente de nuestro mayor o menor conocimiento de Don Bosco, todos tenemos la certeza de cuán importante era para Don Bosco la alegría y felicidad de sus salesianos y de sus jóvenes, no exenta de sacrificios y, ciertamente, con ese punto central y esencial que es el vivir en Dios y desde Dios. Nosotros hemos tomado las más trascendentes e importantes decisiones en nuestra vida, llegando al culmen de la misma con nuestro Sí al Señor. Y puesto que es así, todo lo demás tiene que ser una ayuda para vivir a pleno pulmón, para vivir muy en plenitud, para vivir sintiéndonos muy llenos de sentido y felices.

Ya en el CGE 20, citando la ET hace más de 30 años, se nos decía que «la alegría de pertenecer a Dios para siempre es un incomparable fruto del Espíritu Santo que vosotros habéis saboreado. Animados por este gozo..., sabed mirar con confianza el porvenir».

En realidad, hermanos, lo que estoy expresando con este sueño de felicidad para cada uno de nosotros es el deseo de que nuestra hermosa vocación y entrega no sea solo un trabajo, a veces muy marcado por el desbordamiento, a veces por una extrema actividad que raya o alcanza el «activismo», y que puede apagar en nosotros el fuego encendido y puede conducirnos a ese «gris pragmático» del que habla el Papa Francisco. Estoy soñando con una vocación salesiana en cada uno de nosotros vivida como la vivió Don Bosco, olvidándose de sí y llenos de pasión por Dios y por los jóvenes.

De hecho Don Bosco tuvo, entre sus genialidades, la gran capacidad de ofrecer «a los jóvenes marginados de su tiempo la posibilidad de experimentar la vida como fiesta y la fe como felicidad». Como os podéis imaginar, mi sueño para cada uno de nosotros tiene mucho que ver con lo que ya he podido vivir en estos 15 meses como Rector Mayor, pensando en cada uno de nuestros hermanos.

No puedo negaros, por ejemplo, que mi corazón se entristece cada vez que un hermano salesiano presbítero me escribe pidiendo iniciar su inserción en una diócesis, habiéndose buscado previamente un obispo complaciente con sus expectativas. Y me digo ¿qué queda en estos casos del amor por Don Bosco y del entusiasmo con el que nos hemos hecho salesianos? Lo vivido hasta ahora, ¿ha sido solo un trabajo pastoral que sencillamente se puede cambiar por otro...? Y me viene a la mente la escena del joven Juan Cagliero debatiéndose con fuerza en su interior mientras caminaba por el patio de Valdocco, ante la propuesta que poco antes les había hecho Don Bosco. Tal propuesta había sido, como sabemos, la de formar una sociedad religiosa en la

que se llamarían salesianos. Tras su debate personal exclama la conocida frase «fraile o no fraile, yo me quedo con Don Bosco».

Pienso en aquel 14 de mayo de 1862, día de la primera profesión salesiana emitida por 22 jóvenes junto con Don Bosco (MBe VII, 146). Eran sencillos muchachos que habían crecido a su lado. Ellos tuvieron el coraje de iniciar una nueva congregación religiosa y hacer su profesión con un gran entusiasmo, confiando en lo que les hacía ver Don Bosco.

No deja de conmoverme pensar en nuestros orígenes, y reafirma en mí la fuerte convicción que tengo de que dándole a Dios la primacía en nuestra vida, y teniendo en nuestro corazón a los jóvenes, en especial a los más pobres, estamos abocados, —casi me permitiría decir, «determinísticamente»—, a la felicidad como salesianos de Don Bosco. Lo creo verdaderamente porque es muy cierto, como se dice en el «Documento de Aparecida», que «la vida se acrecienta dándola y se debilita en el aislamiento y la comodidad. De hecho, los que más disfrutan de la vida son los que dejan la seguridad de la orilla y se apasionan en la misión de comunicar vida a los demás».

Dicasterio de la Pastoral Juvenil

La Pastoral Juvenil Salesiana. Cuadro de Referencia.

EL PEPS COMO PROCESO DINÁMICO E INTEGRAL

A. La comprensión articulada de la Pastoral Juvenil Salesiana

El punto focal hacia el que convergen las líneas doctrinales y operativas del Sistema Preventivo es el PEPS. El proyecto apostólico salesiano, en todas sus dimensiones, encuentra sus raíces y su descripción cuidadosa en las Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales, nn. 31-39: “Nuestro servicio educativo pastoral”.

La acción educativo-pastoral salesiana es un proceso dinámico que se desarrolla en algunas dimensiones fundamentales, como aspectos integrantes y complementarios, un marco de referencia antropológica, pedagógica y espiritual coherente con el acompañamiento de los jóvenes en el delicado proceso de crecimiento de su humanidad en la fe.

El PEPS, en su unidad orgánica, integra estos diferentes aspectos y elementos de la Pastoral Salesiana en un proceso único orientado a una meta bien identificada.

Este proceso se articula en cuatro aspectos fundamentales, mutuamente relacionados y complementarios, que llamamos “dimensiones” (cfr. Const. 32-37; Reg. 6-9). Ellas son el contenido vital y dinámico de la Pastoral Juvenil Salesiana e indican su finalidad. Cada una de ellas tiene un objetivo específico que la hace singular, aun estando íntimamente conectadas. No son etapas organizadas rigurosamente en sucesión, sino que se integran en el dinamismo unitario del crecimiento del joven.

En la base de este planteamiento, hay un preciso horizonte antropológico, educativo y teológico: el crecimiento implica una confluencia de la madurez humana y del sentido cristiano de la vida, en la lógica de un itinerario. Las dimensiones se reclaman, en cada intervención, en cada obra y servicio. En este sentido consideramos “transversal” su presencia en el PEPS.

B. El sentido de las cuatro dimensiones

Se pueden comprender las dimensiones como vasos comunicantes, que no solo se reclaman una a otra idealmente, sino que se alimentan mutuamente. Aun cuando en la descripción son sucesivas, conviene advertir que forman todas una unidad: cada una aporta al conjunto su especificidad, y también recibe de las otras una orientación y algunas acentuaciones originales.

Son inseparables y se determinan recíprocamente de modo que no se puede desarrollar una sin referencia explícita a las otras. Están presentes según la lógica de un sistema, donde la dinámica de un elemento suscita la presencia de todos los demás.

Esta unidad y correlación debe hacerse explícita en los objetivos y en las estrategias del PEPS de todas las obras de la Inspectoría, con la seguridad de que cada paso y cada intervención se insertan en un proceso de crecimiento humano y cristiano unitario, respondiendo a la pregunta: ¿qué tipo de joven debe promoverse para que pueda llegar a ser «adulto en la fe»?

Teniendo presentes las diversidades culturales y territoriales que condicionan el modelo cristiano y exigen importantes integraciones, las dimensiones orientan para definir la identidad cristiana del joven en la Iglesia y en la sociedad contemporánea.

La articulación de las dimensiones nace de una concepción respetuosa de la complejidad del crecimiento de la persona y de un proyecto que tiene como finalidad su salvación global, interesándose por las dinámicas divinas y humanas que actúan conjuntamente de hecho en la historia del mundo.

Esta síntesis orgánica expresada en las dimensiones constituye la característica de la Pastoral Juvenil Salesiana:

1. la dimensión de la educación a la fe (cfr. Const. 22, 33, 34, 36; Reg. 7, 13): implícita o explícitamente, todo proyecto pastoral cuida la orientación de los jóvenes al encuentro con Jesucristo y la transformación de su vida según el Evangelio;
2. la dimensión educativo-cultural (cfr. Const. 31, 32; Reg. 4,6): se va al encuentro de los jóvenes en la situación en la que se encuentran, estimulando el desarrollo de todos sus recursos humanos y abriéndolos al sentido de la vida;
3. la dimensión de la experiencia asociativa (cfr. Const. 35; Reg. 8): se favorece la maduración de la experiencia de grupo hasta descubrir la Iglesia como comunión de creyentes en Cristo y madurar una clara pertenencia eclesial;
4. la dimensión vocacional (cfr. Const. 34, 35, 37; Reg. 9): se acompaña el descubrimiento de la vocación y el propio proyecto de vida dirigidos a un compromiso de transformación del mundo según el proyecto de Dios.

El conjunto de estas cuatro dimensiones constituye la dinámica interna de la Pastoral Juvenil Salesiana: es un marco de referencias que dan calidad, y que puede ayudarnos a elaborar con los jóvenes, en las situaciones concretas, propuestas educativas proporcionadas.

Estas cuatro dimensiones nos permiten, en su armonía, una variedad orgánica de propuestas y una comprensión amplia de la pastoral de los jóvenes, abierta a todos. El camino de la pastoral de los adolescentes y de los jóvenes, a medida que se desarrolla, pone en práctica múltiples intervenciones (por la diversidad de las situaciones juveniles), integrales (dirigidas a la totalidad de la persona). A veces las condiciones sociales y culturales en las que los jóvenes viven están fuertemente condicionadas y se debe actuar dentro de instituciones educativas que tienen finalidades específicas. En este caso, es necesario elaborar itinerarios que asuman las situaciones concretas (jóvenes trabajadores, jóvenes estudiantes de la escuela, jóvenes en situación particular de marginación) siempre en la perspectiva de la centralidad del joven y de su experiencia de vida. Después de haber definido el sentido y la consistencia del PEPS, será posible pensar más ampliamente en las fases de su elaboración

Dimensión vocacional

Su especificidad

La propuesta vocacional debe estar presente durante todo el proceso de educación y de evangelización. Las tres primeras dimensiones convergen en la vocacional, horizonte último de nuestra pastoral. El objetivo es acompañar a cada joven en la búsqueda concreta de su propia vocación, lugar de su respuesta al proyecto de amor gratuito e incondicional que Dios le tiene. La dimensión vocacional configura el objetivo primero y último de la Pastoral Juvenil Salesiana.

Algunas opciones significativas

1 Generar actitudes de disponibilidad y generosidad, que preparen a los jóvenes para escuchar la voz de Dios, y acompañarlos para que formulen su propio proyecto de vida. La atención vocacional exige un verdadero camino de acompañamiento con el fin de que los jóvenes tomen las opciones fundamentales de su vida, ayudándoles a afrontar la propia historia como un don y a acoger la perspectiva vocacional de la existencia.

2 Establecer comunidades de creyentes, en las que sea visible y creíble la experiencia de fe: comunidades afables, cercanas, profundas, comprometidas y abiertas a todos los jóvenes que buscan su rumbo en la vida. El camino de la vida cristiana requiere un contexto comunitario (eclesial) vivo, comprometedor, capaz de sostener la opción de fe y de ayudar a interpretarla en relación con la vida cotidiana: por tanto, un ambiente educativo de testigos significativos que vivan la vida como vocación.

3 Optar por el acompañamiento personal que permita madurar las opciones vocacionales de manera personalizada, y trate de llegar a cada individuo de manera particular, acorde a su experiencia interior, a la situación que vive y a las justas exigencias de la comunidad. Por eso es esencial, en la CEP y en el PEPS, la propuesta concreta de espacios y tiempos para el acompañamiento, para el encuentro y el diálogo personal con los grupos y las familias, para la interiorización y la personalización (retiros, ejercicios, etc.) y para el acompañamiento espiritual sistemático.

4 Por último, es absolutamente necesario que la propuesta vocacional se inserte en el itinerario de educación en la fe, como punto de convergencia de todos los esfuerzos educativos y evangelizadores. La pastoral, en la medida en que hace explícita su dimensión vocacional, encuentra las grandes motivaciones de su revitalización: hace redescubrir la vida como don, como “ser para”, en una perspectiva liberadora y fascinante, porque se coloca ante el plan sorprendente y magnífico de Dios. Este itinerario supone:

- un discernimiento vocacional ofrecido a todos los jóvenes, según la edad y las diversas situaciones, que ayude a cada joven a descubrir el don de Dios, las propias riquezas y a hacer fructificar los dones recibidos empleándolos en una respuesta generosa a esta llamada;
- la profundización del tema vocacional en las diversas etapas del itinerario de educación en la fe, sobre todo en la adolescencia y en la juventud, y el ofrecimiento, al mismo tiempo, de experiencias de servicio gratuito a los más necesitados;
- una propuesta clara y explícita, mediante encuentros, testimonios, experiencias, informaciones sobre las diversas vocaciones en los varios ámbitos de la vida (el noviazgo, el matrimonio, el sacerdocio ministerial, la vida consagrada);
- una formación espiritual profunda mediante la iniciación en la oración, en la escucha de la palabra de Dios, en la participación en los sacramentos y en la liturgia, y en la devoción mariana; la participación activa en la vida de la comunidad eclesial mediante grupos y movimientos apostólicos, considerados como lugares privilegiados de maduración cristiana y vocacional; la posibilidad de un contacto directo con alguna comunidad religiosa y la experiencia de discernimiento vocacional explícito;
- la invitación personal a seguir una vocación, asegurando un discernimiento cuidadoso y gradual; cuidando de modo particular las vocaciones al carisma salesiano en sus múltiples formas, mediante el discernimiento y el cuidado de las semillas de vocación salesiana, tanto consagrada como laica, presentes en los jóvenes.

El PEPS promueve el crecimiento de una fe viva con compromisos educativos y pastorales transversales, enraizados en nuestro carisma: La animación de las vocaciones apostólicas

Continuando con los elementos indicados en la dimensión vocacional, la animación vocacional encuentra su momento irrenunciable de intervención en el acompañamiento de la opción vocacional apostólica.

La orientación educativa ayuda a la búsqueda de identidad, y facilita el proceso de decisión en un proyecto de vida fundamentado y construido sobre valores evangélicos.

Habitar en una cultura vocacional La continuidad del proceso de animación vocacional apostólica se realiza en un específico itinerario vocacional. En él se cuida con atención la escucha, el discernimiento, la evaluación de la propia experiencia para la idoneidad personal con vistas a una posible llamada de especial consagración.

La diversificación de las propuestas en la orientación vocacional debe hacerse en función de aquellos signos vocacionales que parecen manifestarse en el camino de crecimiento.

La identificación, por parte del joven, de la propia vocación personal no debe entenderse como un punto de llegada, sino como un punto de partida para un crecimiento continuo en la opción vocacional.

Es el valor de una cultura vocacional que entiende la vocación, en sentido amplio, como llamada a la vida, a un trabajo digno, a diversos compromisos y servicios: una cultura que conduce a algunos a reflexionar sobre la posibilidad de optar por el estado de vida sacerdotal o consagrada.

Llamados a la vida y a la fe

La “vocación” comienza con la llamada a la vida, continúa con la llamada a la fe, y alcanza, con respuestas diversas, a la llamada a la vida consagrada. En este sentido, se acompaña a los que, en un adecuado proceso de crecimiento y maduración en la dimensión vocacional de la propia persona, consideran la posibilidad de que Dios los llame a una vida de especial consagración.

Se presta atención particular a la naturaleza de la llamada: un camino espiritual que se configura con la progresiva toma de conciencia de las exigencias de una vocación; y en consecuencia, de aquellos compromisos que requieren conversión y entrega de sí mismo para una vida de dedicación amorosa a Dios.

La CEP acompaña a todos los jóvenes en su camino de crecimiento humano, cristiano y salesiano, y les ofrece también momentos y formas adecuados de seria reflexión sobre la posibilidad de entregar totalmente su vida al servicio de Dios.

La guía espiritual, necesaria en todo proceso vocacional, ayuda de modo particular a las vocaciones apostólicas a vivir el discernimiento de las motivaciones vocacionales y de las condiciones necesarias. Este proceso permite al joven tomar una decisión serena y personal, libre y motivada, mientras realiza experiencias en una comunidad donde se forma según el carisma al que está llamado y profundiza su conocimiento y su gradual conformación a ella.

La animación vocacional en el corazón del PEPS

El PEPS debe proponer con decisión una acción pastoral capaz de suscitar y descubrir las vocaciones apostólicas de especial consagración. Todo PEPS debe responder adecuadamente a los jóvenes que se interrogan seriamente sobre la posibilidad de vivir una vocación apostólica salesiana. En las propuestas de discernimiento, la animación de las vocaciones apostólicas determina cuidadosamente los objetivos y los métodos de manera gradual.

Las fases de la preadolescencia y de la adolescencia preparan el camino de discernimiento de cara a la toma de decisiones. Son fases que construyen la identidad humana y cristiana y preparan para la búsqueda y la adhesión a la propia vocación. Es un período favorable para los muchachos, que se descubren protagonistas, con una vocación específica en la Iglesia, en la Congregación y en el mundo: un descubrimiento que puede ser propuesto de modo explícito.

Este proceso gradual permite llegar a asumir la vida como vocación y traducirla en un proyecto personal de vida. Retomando intuiciones y aspiraciones vocacionales escondidas en épocas precedentes, se pasa de una disponibilidad genérica a la disponibilidad específica del don de sí mismos.

En estos diversos procesos -maduración de opciones de vida, camino espiritual acompañado, discernimiento vocacional- se debe garantizar la libertad interior que ayude a la plena maduración de la decisión vocacional. Hay que prestar atención a liberar el proceso de posibles

condicionamientos culturales, afectivos, sociales o emotivos para que la autenticidad genere una asunción responsable de un compromiso radical de vida.

SEGUNDA PARTE

REVISION DE VIDA

1. Scrutinium personal

A partir de nuestras Constituciones

2. Los Salesianos de Don Bosco (SDB) formamos una comunidad de bautizados que, dóciles a la voz del Espíritu, nos proponemos realizar, en una forma específica de vida religiosa, el proyecto apostólico del Fundador: ser en la Iglesia signos y portadores del amor de Dios a los jóvenes, especialmente a los más pobres.

En el cumplimiento de esta misión, encontramos el camino de nuestra santificación.

- ✧ ¿Me siento llamado a ser signo y portador del amor de Dios a los jóvenes?
- ✧ para vivir plenamente mi vocación ¿Siento la necesidad de ser dócil a la acción del Espíritu?
- ✧ Con mi trabajo interior ¿respondo positivamente al Señor que me santifica? ¿soy un hombre espiritual?

3. Nuestra vida de discípulos del Señor es una gracia del Padre, que nos consagra con el don de su Espíritu y nos envía a ser apóstoles de los jóvenes.

Por la profesión Religiosa los ofrecemos a Dios, para seguir a Cristo y trabajar con Él en la construcción del Reino. La misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos son los elementos inseparables de nuestra consagración, vividos en un único movimiento de caridad hacia Dios y los hermanos.

La misión da a toda nuestra existencia su tonalidad concreta, especifica nuestra función en la Iglesia y determina el lugar que ocupamos entre las familias religiosas.

- ✧ Como Jesús ¿soy un apasionado por el Reinado del Padre?
- ✧ ¿Es la caridad hacia Dios y los hermanos la motivación de toda mi vida?
- ✧ ¿Vivo con fidelidad mi vocación salesiana, siendo coherente con mi profesión religiosa?

4. Nuestra Sociedad se compone de clérigos y laicos que viven la misma vocación en complementariedad fraterna.

La Iglesia nos reconoce como instituto religioso clerical, de derecho pontificio, dedicado a las obras de apostolado.

Don Bosco, inspirándose en la bondad y el celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de salesianos y nos señaló un programa de vida en la máxima: da mihi ánimas, cétera tolle.

- ✧ ¿Me preocupo de presentar a los jóvenes las vocaciones complementarias de nuestra Sociedad?

- ✧ ¿Me esfuerzo por trabajar en comunión y complementariedad con mis hermanos, sean laicos o clérigos, valorando su aporte específico?
- ✧ ¿Entrego toda mi vida, con bondad y celo, a ejemplo de san Francisco de Sales y Don Bosco?

6. La vocación salesiana nos sitúa en el corazón de la Iglesia y nos pone plenamente al servicio de su misión.

Fieles a los compromisos heredados de Don Bosco, somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres; tenemos cuidado especial de las vocaciones apostólicas; somos educadores de la fe en los ambientes populares, sobre todo con la comunicación social, y anunciamos el Evangelio a los pueblos que no lo conocen.

De este modo, contribuimos a edificar la Iglesia como Cuerpo de Cristo, a fin de que, también por nuestro medio, aparezca ante el mundo como sacramento universal de salvación.

- ✧ ¿Siento que soy Iglesia, y sirvo a su misión?
- ✧ ¿Entrego toda mi vida por los jóvenes, especialmente los más pobres y abandonados?
- ✧ ¿Soy sensible a las nuevas pobrezas? ¿busco responder con generosidad y creatividad?
- ✧ ¿Tengo un cuidado especial por las vocaciones apostólicas?

17. El salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: Nada te turbe, solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad.

Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes.

Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia. Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: Sirvamos al Señor con santa alegría

- ✧ ¿Me siento feliz de mi vocación salesiana? ¿la vivo con alegría?
- ✧ ¿Tengo una visión positiva de las realidades, especialmente del mundo juvenil, con la convicción que el Señor ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está en el corazón de cada uno de sus hijos?
- ✧ En las dificultades ¿pongo mi confianza en el Señor y no me desanimo?

22. A cada uno de nosotros Dios lo llama a formar parte de la Sociedad salesiana. Para esto recibe de Él dones personales y, si corresponde fielmente, encuentra el camino de su plena realización en Cristo.

La Sociedad reconoce su vocación y le ayuda a desarrollarla; él, como miembro responsable, pone su persona y sus cualidades al servicio de la vida y la acción común.

Toda llamada manifiesta que el Señor ama a la Congregación, la quiere viva para el bien de su Iglesia y no cesa de enriquecerla con nuevas energías apostólicas.

- ✧ ¿Pongo mis talentos al servicio de la comunidad y la misión que le ha sido confiada?
- ✧ ¿Ayudo a que la comunidad se sienta actuando por medio de mis acciones pastorales?

28. Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino.

Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica.

Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la familia salesiana.

Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas. (R 9.16.17).

- ✧ ¿Me preocupo por la promoción vocacional, para la Iglesia y la Familia Salesiana?
- ✧ ¿Invito a los jóvenes a ser parte de nuestra Familia Espiritual?
- ✧ ¿Ofrezco el servicio de acompañar espiritualmente a los hermanos con inquietudes vocacionales? ¿me preparo adecuadamente para ese servicio?

60. Con la profesión religiosa nos proponemos vivir la gracia bautismal más plena y radicalmente.

Seguimos a Jesucristo que, virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu.

Por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas, nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio.

- ✧ ¿Cuido mi vocación salesiana alimentando un amor siempre más profundo al Señor y a los jóvenes?
- ✧ ¿Discierno la voluntad del Señor en mi vida, para conformarla de acuerdo a los valores del Evangelio?
- ✧ En mi vida cotidiana ¿participo de la Pascua del Señor, muriendo al egoísmo y resucitando a la entrega plena al Señor presente en mis hermanos?

97. Los primeros salesianos encontraron en Don Bosco un guía seguro. Vitalmente incorporados a su comunidad en acción, aprendieron a modelar la propia vida sobre la suya. También nosotros encontramos en él nuestro modelo. La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación.

- ✧ ¿Me esfuerzo por conocer e imitar siempre más a Don Bosco?
- ✧ ¿En mi servicio pastoral procuro ser fiel a Don Bosco y a los jóvenes a quienes sirvo?
- ✧ ¿Busco amar a Cristo en los jóvenes con la misma de Don Bosco?

98. Iluminado por la persona de Cristo y por su Evangelio, vivido según el espíritu de Don Bosco, el salesiano se compromete en un proceso de formación que dura toda la vida y respeta sus ritmos de maduración. Vive la experiencia de los valores de la vocación salesiana en los diferentes momentos de su existencia, y acepta la ascesis que supone tal camino. Con la ayuda de María, madre y maestra, se esfuerza por llegar a ser educador pastor de los jóvenes en la forma laical o sacerdotal que le es propia.

- ✧ ¿Soy fiel a mi formación permanente? ¿cuento con un guía espiritual? ¿tengo un proyecto de vida?
- ✧ ¿Me esfuerzo por estar al día en mi formación de modo de prestar un servicio pastoral competente?
- ✧ ¿Dedico tiempo a la lectura personal? ¿me mantengo en actitud de continuo aprendizaje?
- ✧ ¿Ofrezco un servicio pastoral, coherente con mi vocación salesiana, de calidad?

99. Todo salesiano asume la responsabilidad de su propia formación. Dócil al Espíritu Santo, desarrolla sus aptitudes y los dones de la gracia con un esfuerzo constante de conversión y de renovación, viviendo y trabajando por la misión común.

El ambiente natural de crecimiento vocacional es la comunidad, en la que el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora; debe, por tanto, progresar y renovarse continuamente.

- ✧ ¿Procuro crecer en mi vocación salesiana con responsabilidad, conversión y permanente renovación?
- ✧ ¿Pongo mis talentos al servicio de mi hermanos, para que mi comunidad sea un ambiente natural de formación permanente?
- ✧ ¿Me preocupo por el crecimiento vocacional de mis hermanos?

119. Al vivir en medio de los jóvenes y en relación constante con los ambientes populares, el salesiano se esfuerza por discernir en los acontecimientos la voz del Espíritu, adquiriendo así la capacidad de aprender de la vida. Atribuye eficacia formativa a sus actividades ordinarias y aprovecha también los medios de formación que se le brinden.

Durante el tiempo de actividad plena, encuentra ocasiones para renovar el sentido religioso-pastoral de su vida y capacitarse para hacer su trabajo con más competencia.

Se siente, además, llamado a vivir con preocupación formativa cualquier situación, pues la considera tiempo favorable para crecer en su vocación. (R 10.19.99-102)

- ✧ ¿Discierno el paso de Dios en los acontecimientos de la vida diaria? ¿procuró hacer su voluntad?
- ✧ ¿Asumo los desafíos pastorales como una instancia de formación permanente?
- ✧ ¿Procuró ser competente en mi servicio pastoral? ¿busco los medios para serlo?

195. La fidelidad al compromiso adquirido en la profesión religiosa es una respuesta, constantemente renovada, a la especial alianza que el Señor ha sellado con nosotros. Nuestra perseverancia se apoya totalmente en la fidelidad de Dios, que nos ha amado primero, y se alimenta con la gracia de su consagración. La sostiene también nuestro amor a los jóvenes, a quienes somos enviados, y se expresa en la gratitud al Señor por los dones que nos ofrece la vida salesiana.

- ✧ ¿Vivo mi vida salesiana con gratitud al Padre?
- ✧ ¿Cultivo con el Señor una relación de amor filial?
- ✧ ¿Mi entrega apostólica me ayuda crecer en la fidelidad a mi vocación salesiana?

2. Scrutinium Comunitario

A partir de la lectura de nuestras Constituciones y Reglamentos

4. Nuestra Sociedad se compone de clérigos y laicos que viven la misma vocación en complementariedad fraterna.

La Iglesia nos reconoce como instituto religioso clerical, de derecho pontificio, dedicado a las obras de apostolado.

Don Bosco, inspirándose en la bondad y el celo de san Francisco de Sales, nos dio el nombre de salesianos y nos señaló un programa de vida en la máxima: da mihi ánimas, cétera tolle.

- ✧ ¿Somos una comunidad que se preocupa de presentar a los jóvenes las vocaciones complementarias de nuestra Sociedad?
- ✧ Si en nuestra comunidad hay clérigos y laicos ¿trabajamos en comunión y complementariedad, valorando su aporte específico?
- ✧ ¿Somos una comunidad que da testimonio de la bondad de san Francisco de Sales? ¿tenemos el celo pastoral de don Bosco?

6. La vocación salesiana nos sitúa en el corazón de la Iglesia y nos pone plenamente al servicio de su misión.

Fieles a los compromisos heredados de Don Bosco, somos evangelizadores de los jóvenes, especialmente de los más pobres; tenemos cuidado especial de las vocaciones apostólicas; somos educadores de la fe en los ambientes populares, sobre todo con la comunicación social, y anunciamos el Evangelio a los pueblos que no lo conocen.

De este modo, contribuimos a edificar la Iglesia como Cuerpo de Cristo, a fin de que, también por nuestro medio, aparezca ante el mundo como sacramento universal de salvación.

- ✧ ¿Nos sentimos Iglesia, colaborando activamente en su misión?
- ✧ ¿Somos corresponsables en el cuidado de las vocaciones apostólicas?
- ✧ ¿Somos una comunidad completamente entregada en la evangelización de los jóvenes, especialmente de los más pobres?

17. El salesiano no se deja abatir por las dificultades, pues confía plenamente en el Padre: Nada te turbe, solía repetir Don Bosco. Inspirándose en el humanismo de san Francisco de Sales, cree en los recursos naturales y sobrenaturales del hombre, aunque no ignora su debilidad.

Capta los valores del mundo y no se lamenta del tiempo en que vive; aprovecha todo lo que hay de bueno, especialmente si gusta a los jóvenes.

Está siempre alegre, porque anuncia la Buena Noticia. Difunde esa alegría y sabe educar en el gozo de la vida cristiana y en el sentido de la fiesta: Sirvamos al Señor con santa alegría

- ✧ ¿Somos una comunidad que vive con alegría su vocación salesiana?
- ✧ ¿Tenemos una visión positiva de las realidades, especialmente del mundo juvenil, con la convicción que el Señor ha triunfado sobre el pecado y la muerte, y está en el corazón de cada uno de sus hijos?
- ✧ En las dificultades ¿ponemos nuestra confianza en el Señor?

28. Como respuesta a las necesidades de su pueblo, el Señor llama, continuamente y con variedad de dones, a seguirlo por el servicio del Reino.

Estamos convencidos de que hay muchos jóvenes ricos en recursos espirituales y con gérmenes de vocación apostólica.

Les ayudamos a descubrir, acoger y madurar el don de la vocación seglar, consagrada o sacerdotal, para bien de toda la Iglesia y de la familia salesiana.

Con idéntica solicitud cultivamos las vocaciones adultas. (R 9.16.17).

- ✧ ¿Nos preocupamos por la promoción vocacional, para la Iglesia y la Familia Salesiana?
- ✧ ¿Invitamos a los jóvenes a ser parte de nuestra Familia Espiritual?
- ✧ ¿Ofrecemos el servicio de acompañar espiritualmente a los hermanos con inquietudes vocacionales? ¿nos preparamos adecuadamente para ese servicio?

60. Con la profesión religiosa nos proponemos vivir la gracia bautismal más plena y radicalmente.

Seguimos a Jesucristo que, virgen y pobre, por su obediencia redimió y santificó a los hombres, y participamos más íntimamente en el misterio de su Pascua, en su anonadamiento y en su vida en el Espíritu.

Por nuestra adhesión plena a Dios, amado sobre todas las cosas, nos comprometemos a llevar una forma de vida íntegramente fundada en los valores del Evangelio.

- ✧ En nuestras decisiones ¿nos preguntamos por lo que haría el Señor en nuestro lugar?
- ✧ ¿Son los valores del Evangelio el criterio supremo de nuestra acción cotidiana?
- ✧ ¿Nos mantenemos en una continua conversión?

97. Los primeros salesianos encontraron en Don Bosco un guía seguro. Vitalmente incorporados a su comunidad en acción, aprendieron a modelar la propia vida sobre la suya. También nosotros encontramos en él nuestro modelo. La naturaleza religioso-apostólica de la vocación salesiana determina la orientación específica de nuestra formación; tal orientación es necesaria para la vida y unidad de la Congregación.

- ✧ ¿Me esforzamos por conocer e imitar siempre más a Don Bosco?
- ✧ ¿Procuramos ser fieles a Don Bosco y a los jóvenes a quienes hemos sido enviados?

- ✧ ¿Nos esforzamos por responder con la misma pasión de Don Bosco a los jóvenes y las necesidades de nuestra zona?

99. Todo salesiano asume la responsabilidad de su propia formación. Dócil al Espíritu Santo, desarrolla sus aptitudes y los dones de la gracia con un esfuerzo constante de conversión y de renovación, viviendo y trabajando por la misión común.

El ambiente natural de crecimiento vocacional es la comunidad, en la que el hermano se inserta con confianza y colabora con responsabilidad. La vida misma de la comunidad, unida en Cristo y abierta a las necesidades de los tiempos, es formadora; debe, por tanto, progresar y renovarse continuamente.

- ✧ ¿Es nuestra comunidad el ambiente natural de crecimiento vocacional de cada uno de nosotros?
- ✧ ¿Somos una comunidad formadora? ¿qué tendríamos que cambiar para serlo?
- ✧ ¿Procuramos renovarnos continuamente? ¿nos dejamos interpelar por el Evangelio y la realidad?

37. Educamos a los jóvenes para que desarrollen su propia vocación humana y bautismal, mediante una vida diaria progresivamente inspirada y unificada por el Evangelio.

El clima de familia, de acogida y de fe creado por el testimonio de una comunidad que se entrega con alegría, es el ambiente más eficaz para descubrir y orientar vocaciones.

Esta obra de colaboración al plan de Dios, coronamiento de toda nuestra labor educativo-pastoral, se sostiene con la oración y el contacto personal, sobre todo en la dirección espiritual. (R 9.16.17)).

- ✧ ¿Somos una comunidad que por su testimonio de alegría, fraternidad, y entrega pastoral invita a vivir la vida salesiana ?
- ✧ ¿Somos corresponsables en el acompañamiento espiritual?
- ✧ ¿Rezamos por el aumento de las vocaciones?

118. En un contexto pluralista y de transformaciones rápidas, el carácter evolutivo de la persona y la calidad y fecundidad de nuestra vida religioso-apostólica requiere que, después de las etapas iniciales, continuemos nuestra formación. Procuramos crecer en la madurez humana, configurarnos más profundamente a Cristo y renovar la fidelidad a Don Bosco, para responder a las exigencias, siempre nuevas, de la condición juvenil y popular.

Mediante iniciativas personales y comunitarias, cultivamos la vida, espiritual salesiana, la puesta al día en teología y pastoral, la competencia profesional y la creatividad apostólica. (R 99-102)

- ✧ ¿Somos una comunidad en la que cuidamos nuestra formación permanente?

- ✧ ¿Tenemos una biblioteca actualizada?
- ✧ ¿Facilitamos que los hermanos puedan mantenerse al día para un servicio pastoral de calidad?

R. 4. Cada comunidad inspectorial, inspirándose en el sistema preventivo, elabore su proyecto educativo-pastoral, para responder a la situación de la juventud y de los ambientes populares. En conformidad con él, haga también cada casa, comprometiendo a todos los miembros de la comunidad educativo-pastoral, un proyecto que oriente todas las iniciativas hacia la evangelización. (C 31-39.47)

- ✧ ¿Tenemos un proyecto educativo pastoral que orienta nuestras comunidades educativo pastorales (colegio, parroquia, centro juvenil, etc.)?
- ✧ ¿Hemos cuidado que nuestro PEPS local se ejecute, lo evaluamos periódicamente, haciendo los ajustes necesarios?

R. 5. La actuación de nuestro proyecto requiere que se forme la comunidad educativo-pastoral en todos los ambientes y obras. Su núcleo animador es la comunidad religiosa. Estén presentes los salesianos en la elaboración, realización y revisión del proyecto, y hagan que en clima de familia participen en él los jóvenes, los padres y los colaboradores, cada uno según su propia función. (C 38.47)

- ✧ ¿Nos sentimos núcleo animador? ¿nos preparamos para serlo en forma competente?
- ✧ ¿Somos una comunidad que construye y anima comunidades?
- ✧ ¿Somos corresponsables en este servicio? ¿trabajamos en equipo en torno a un proyecto común?

R. 9. Trabájese en la orientación vocacional de los jóvenes, con la ayuda de educadores preparados y programando actividades adecuadas. Téngase sensibilidad especial para descubrir y seguir, con iniciativas oportunas, a los jóvenes que presenten indicios de vocación de seglar, de religioso o de sacerdote. C 37)

- ✧ ¿Tenemos un proyecto de animación vocacional?
- ✧ ¿Dedicamos recursos humanos y materiales?
- ✧ ¿Nos preocupamos de orientar vocacionalmente para la Iglesia, y no solamente para nuestra comunidad?
- ✧ ¿Trabajamos en comunión con las indicaciones de los responsables inspectoriales?

TERCERA PARTE

CELEBRACIONES LITURGICAS

1. Un camino que conduce al amor

1. Motivación

Nosotros creemos que hemos sido llamados por el Señor, porque nos ha amado primero, para entregarnos con celo en la evangelización de los jóvenes. Viviendo con fidelidad las Constituciones que hemos profesado, vivimos en el amor y somos plenamente felices. Iniciemos esta celebración cantando:

canto: El profeta

Antes que te formaras
dentro del vientre de tu madre,
antes que tú nacieras,
te conocía y te consagré,
para ser mi profeta
de las naciones, yo te escogí,
irás donde te envíe,
lo que te mande proclamarás.

**Tengo que gritar, tengo que arriesgar,
ay de mí si no lo hago,
cómo escapar de Ti, cómo no hablar,
si tu voz me quema dentro.
Tengo que andar, tengo que luchar,
ay de mí si no lo hago,
cómo escapar de Ti, cómo no hablar,
si tu voz me quema dentro.**

No temas arriesgarte
porque contigo Yo estaré.
No temas anunciarme
porque en tu boca yo hablaré.
Te encargo hoy mi pueblo
para arrancar y derribar,
para edificar,
construirás y plantarás.

Deja a tus hermanos,
deja a tu padre y a tu madre,
abandona tu casa
porque la tierra gritando está.

Nada traigas contigo
porque a tu lado yo estaré,
es hora de luchar,
porque mi pueblo sufriendo está

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos ha amado primero
y nos ha llamado a la vida salesiana
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 14. ¿Quién es justo ante el Señor?

El Señor nos ha llamado a ser parte de una comunidad religiosa, que sigue a Cristo y vive en su amor, ama como Él. Rezamos este salmo en un solo coro.

Ant. Tú santificas, Señor, al que vive en tu presencia.

Señor, ¿quién puede hospedarse en tu tienda
y habitar en tu monte santo?

El que procede honradamente
y practica la justicia,
el que tiene intenciones leales
y no calumnia con su lengua,

el que no hace mal a su prójimo
ni difama al vecino,
el que considera despreciable al impío
y honra a los que temen al Señor,

el que no retracta lo que juró
aún en daño propio,

el que no presta dinero a usura
ni acepta soborno contra el inocente.

El que así obra nunca fallará.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.

Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Ant. Tú santificas, Señor, al que vive en tu presencia.

Salmo 100. Propósito de un príncipe justo

Seguimos a Cristo con el corazón de don Bosco. Construir una comunidad alegre, unida en el amor, que se entrega con generosidad por los jóvenes, es nuestro estilo de vida, es nuestro camino perfecto. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Quien me ama hace la voluntad de mi Padre

Voy a cantar la bondad y la justicia,
para ti es mi música, Señor;
voy a explicar el camino perfecto:
¿Cuándo vendrás a mí?

Andaré con rectitud de corazón
dentro de mi casa;
no pondré mis ojos
en intenciones viles.

Aborrezco al que obra mal,
no se juntará conmigo;
lejos de mí el corazón torcido,
no aprobaré al malvado.

Al que en secreto difama a su prójimo
lo haré callar;
ojos engreídos, corazones arrogantes
no los soportaré.

Pongo mis ojos en los que son leales,
ellos vivirán conmigo;
el que sigue un camino perfecto,
ése me servirá.

No habitará en mi casa
quien comete fraudes;
el que dice mentiras
no durará en mi presencia.

Cada mañana haré callar
a los hombres malvados,
para excluir de la ciudad del Señor
a todos los malhechores.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Quien me ama hace la voluntad de mi Padre

Salmo 64. Solemne acción de gracias

El Señor nos ha amado y nos ha llamado. El permanece fiel a su amor y elección; por eso le alabamos con nuestra vida fiel a la vocación que nos ha regalado. Proclamamos este salmo en un solo coro.

Antífona: A ti, oh Dios, nuestra alabanza.

¡Oh Dios!, tú mereces un himno en Sión,
y a ti se te cumplen los votos,
porque tú escuchas las súplicas.

A ti acude todo mortal
a causa de sus culpas;
nuestros delitos nos abruman,
pero tú los perdonas.

Dichoso el que tú eliges y acercas
para que viva en tus atrios:
que nos saciamos de los bienes de tu casa,
de los dones sagrados de tu templo.

Con portentos de justicia nos respondes,
Dios, salvador nuestro;
tú, esperanza del confín de la tierra
y del océano remoto;

Tú que afianzas los montes con tu fuerza,
ceñido de poder;
tú que reprimes el estruendo del mar,
el estruendo de las olas
y el tumulto de los pueblos.

Los habitantes del extremo del orbe
se sobrecogen ante tus signos,
y a las puertas de la aurora y del ocaso
las llenas de júbilo.

Tú cuidas de la tierra, la riegas
y la enriqueces sin medida;
la acequia de Dios va llena de agua,
preparas los trigales;

riegas los surcos, igualas los terrones,
tu llovizna los deja mullidos,
bendices sus brotes;
coronas el año con tus bienes,
las rodadas de tu carro rezuman abundancia;

rezuman los pastos del páramo,
y las colinas se orlan de alegría;
las praderas se cubren de rebaños,
y los valles se visten de mieses,
que aclaman y cantan.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: A ti, oh Dios, muestra alabanza.

4. Palabra de Dios

De la carta de San Pablo a los Romanos (12, 1-2)

Por lo tanto, hermanos, yo los exhorto por la misericordia de Dios a ofrecerse ustedes mismos como una víctima viva, santa y agradable a Dios: este es el culto espiritual que deben ofrecer. ² No tomen como modelo a este mundo. Por el contrario, transfórmense interiormente renovando su

mentalidad, a fin de que puedan discernir cuál es la voluntad de Dios: lo que es bueno, lo que le agrada, lo perfecto.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, nuestra Maestra, alabemos al Señor por la vocación que nos ha regalado, y pidámosle que nos ayude ser fieles como Ella.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. Don Bosco nos enseña que Dios deposita en el corazón de muchos jóvenes el germen de la vocación apostólica. Pidamos poder ser instrumentos delicados y eficaces en descubrir y madurar estos dones del Espíritu.

L. Para que, favoreciendo el clima de familia y acogida en la fe y en el amor, ayudemos a los jóvenes a descubrir en sí mismos la llamada divina, y ellos se sientan atraídos a seguirla con generosidad. Roguemos al Señor.

T. Te lo pedimos, Señor

L. Para que su designio de amor con los jóvenes llamados encuentre confirmación en el testimonio de nuestra vida personal y comunitaria, donde brille la alegría de una entrega sin reservas. Roguemos al Señor.

T. Te lo pedimos, Señor.

L. Para que sepamos asistir a los jóvenes, inseguros en la búsqueda de su orientación en la vida y guiarlos con delicadeza y respeto, mediante el contacto personal y la labor educativa. Roguemos al Señor.

T. Te lo pedimos. Señor.

intenciones libres

Padre nuestro

P. Dios Padre,
que en Jesucristo nos revelas tu rostro
y la imagen de hombre perfecto,
según tu designio de amor,
haznos capaces de cooperar contigo
en la promoción de las personas,
conforme a tu proyecto,
mediante nuestra labor
de evangelizados y educadores.
Por Jesucristo, nuestro Señor. Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.

Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;

no desoigas las oraciones

que te dirigimos en nuestras necesidades;

antes bien, líbranos siempre de todo peligro,

Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,

Padre, Hijo, y Espíritu Santo,

descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

2. Seguir a Cristo y trabajar con Él

1. Motivación

Nuestra vida no tiene otro horizonte que el seguimiento de Cristo, y ser signos y portadores de su amor a los jóvenes, para que le conozcan, le amen y se queden con Él. En este seguimiento y entrega incondicional somos felices de verdad. Iniciemos esta celebración, cantando:

canto: **Canción del misionero**

Señor, toma mi vida nueva,
antes de que la espera
desgaste años en mí.
Estoy dispuesto a lo que quieras,
no importa lo que sea
Tú llámame a servir.

**Llévame donde los hombres
necesiten tus palabras,
necesiten mis ganas de vivir.
Donde falte la esperanza,
donde todo sea triste
simplemente por no saber de ti.**

Te doy, mi corazón sincero
para gritar sin miedo
lo hermoso que es tu amor.
Señor tengo alma misionera
condúceme a la tierra
que tenga sed de ti.

Y así, en marcha iré cantando,
por pueblos predicando
tu grandeza Señor.
Tendré mis brazos sin cansancio
tu historia entre mis labios,
tu fuerza en la oración.

2. Saludo

P. En el nombre del Padre, y del Hijo,
y del Espíritu Santo. Amén

Que el amor del Padre,
que nos invita a ha llamado
para ser signos y portadores de su amor a los jóvenes
esté con todos ustedes.

A. y con tu espíritu

3. Salmos

Salmo 83. Añoranza del Templo

Si el Señor está entre nosotros, comunicándonos su amor, iluminándonos con su espíritu, entonces nuestra comunidad se transforma en un auténtico signo de su presencia misericordiosa para todos los que comparten la vida con nosotros. Recemos este salmo en un coro.

Antífona: Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza

¡Qué deseables son tus moradas,
Señor de los ejércitos!
Mi alma se consume y anhela
los atrios del Señor,
mi corazón y mi carne
se alegran por el Dios vivo.

Hasta el gorrión ha encontrado una casa;
la golondrina, un nido
donde colocar sus polluelos:
tus altares, Señor de los ejércitos,
Rey mío y Dios mío.

Dichosos los que viven en tu casa
alabándote siempre.
Dichosos los que encuentran en ti su fuerza
al preparar su peregrinación:

cuando atraviesan áridos valles,
los convierten en oasis,
como si la lluvia temprana
los cubriera de bendiciones;
caminan de altura en altura

hasta ver a Dios en Sión.

Señor de los ejércitos, escucha mi súplica;
atiéndeme, Dios de Jacob.
Fíjate, ¡oh Dios!, en nuestro Escudo,
mira el rostro de tu Ungido.

Un solo día en tu casa
vale más que otros mil,
y prefiero el umbral de la casa de Dios
a vivir con los malvados.

Porque el Señor es sol y escudo,
él da la gracia y la gloria,
el Señor no niega sus bienes
a los de conducta intachable.

¡Señor de los ejércitos, dichoso el hombre
que confía en ti!

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: Dichosos los que encuentran en Ti su fuerza

Salmo 138. Todo está presente a los ojos de Dios

Jesús conoce al Padre y nos lo revela. Que su presencia plena de amor ilumine y transforme toda nuestra vida, para que seamos portadores de su amor para aquellos que aún no le conocen, especialmente para los jóvenes. Rezamos este salmo en dos coros.

Antífona: Me cubres con tu palma, Señor.

Señor, tú me sondeas y me conoces;
me conoces cuando me siento o me levanto,
de lejos penetras mis pensamientos;
distingues mi camino y mi descanso,
todas mis sendas te son familiares.

No ha llegado la palabra a mi lengua,
y ya, Señor, te la sabes toda.
Me envuelves por doquier,
me cubres con tu mano.
Tanto saber me sobrepasa,
es sublime, y no lo abarco.

¿Adónde iré lejos de tu aliento,
adónde escaparé de tu mirada?
Si escalo el cielo, allí estás tú;
si me acuesto en el abismo, allí te encuentro;

si vuelo hasta el margen de la aurora,
si emigro hasta el confín del mar,
allí me alcanzará tu izquierda,
tu diestra llegará hasta mí.

Si digo: «Que al menos la tiniebla me encubra,
que la luz se haga noche en torno a mí»,
ni la tiniebla es oscura para ti,
la noche es clara como el día.

Gloria al Padre, y al Hijo, y al Espíritu Santo.
Como era en el principio, ahora y siempre,
por los siglos de los siglos. Amén.

Antífona: Me cubres con tu palma, Señor.

Salmo 118. Himno a la ley divina

El Señor es la fuente de nuestra alegría, porque ha encendido en nosotros el espíritu de filiación que nos impulsa a buscar por sobre todo la voluntad del Padre y vivirla en plenitud. Rezamos este salmo en un solo coro.

Antífona: No olvido tu voluntad, Señor.

Lámpara es tu palabra para mis pasos,
luz en mi sendero;
lo juro y lo cumpliré:
guardaré tus justos mandamientos;
¡estoy tan afligido!
Señor, dame vida según tu promesa.

Acepta, Señor, los votos que pronuncio,
enséñame tus mandatos;
mi vida está siempre en peligro,
pero no olvido tu voluntad;
los malvados me tendieron un lazo,

pero no me desvié de tus decretos.

Tus preceptos son mi herencia perpetua,
la alegría de mi corazón;
inclino mi corazón a cumplir tus leyes,
siempre y cabalmente.

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén

Antífona: No olvido tu voluntad, Señor.

4. Palabra de Dios

Del Evangelio según San Lucas (5, 1-11)

En una oportunidad, la multitud se amontonaba alrededor de Jesús para escuchar la Palabra de Dios, y él estaba de pie a la orilla del lago de Genesaret. Desde allí vio dos barcas junto a la orilla del lago; los pescadores habían bajado y estaban limpiando las redes. Jesús subió a una de las barcas, que era de Simón, y le pidió que se apartara un poco de la orilla; después se sentó, y enseñaba a la multitud desde la barca.

Cuando terminó de hablar, dijo a Simón: "Navega mar adentro, y echen las redes". Simón le respondió: "Maestro, hemos trabajado la noche entera y no hemos sacado nada, pero si tú lo dices, echaré las redes". Así lo hicieron, y sacaron tal cantidad de peces, que las redes estaban a punto de romperse. Entonces hicieron señas a los compañeros de la otra barca para que fueran a ayudarlos. Ellos acudieron, y llenaron tanto las dos barcas, que casi se hundían.

Al ver esto, Simón Pedro se echó a los pies de Jesús y le dijo: "Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador". El temor se había apoderado de él y de los que lo acompañaban, por la cantidad de peces que habían recogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y a Juan, hijos de Zebedeo, compañeros de Simón. Pero Jesús dijo a Simón: "No temas, de ahora en adelante serás pescador de hombres". Ellos atracaron las barcas a la orilla y, abandonándolo todo, lo siguieron.

5. Homilía

6. Scrutinium

7. Magnificat

P. Con las palabras de la Virgen, nuestro modelo de fidelidad, alabemos al Señor por llamarnos a dar testimonio de su amor misericordioso a los hermanos con quienes compartimos la vida.

A. Proclama mi alma la grandeza del Señor,
se alegra mi espíritu en Dios, mi salvador;
porque ha mirado la humillación de su esclava.

Desde ahora me felicitarán todas las generaciones,
porque el Poderoso ha hecho obras grandes por mí:
su nombre es santo
y su misericordia llega a sus fieles
de generación en generación.

Él hace proezas con su brazo:
dispersa a los soberbios de corazón,
derriba del trono a los poderosos
y enaltece a los humildes,
a los hambrientos los colma de bienes
y a los ricos los despide vacíos.

Auxilia a Israel, su siervo,
acordándose de su misericordia
-como lo había prometido a nuestros padres-
en favor de Abraham y su descendencia por siempre .

Gloria al Padre y al Hijo y al Espíritu Santo
Como era en el principio, ahora y siempre
por los siglos de los siglos. Amén.

8. Preces

P. El Padre mandó a su Hijo a evangelizar a los pobres, Pidámosle que nos haga continuadores fieles de la obra de Cristo.

L. Para que sepamos considerar siempre la evangelización y la catequesis como el aspecto central de nuestra misión. Roguemos al Señor.

L. Para que todos nosotros, salesianos, en toda ocasión y circunstancia, sepamos abrir a los jóvenes a la fe y llevarlos a la persona del Señor resucitado.

L. Para que vuestra ciencia más eminente sea conocer a Jesucristo y, nuestra alegría más íntima, comunicar a todos las riquezas insondables de su misterio. Roguemos al Señor

L. Para que, con alegría y gratitud, celebremos al lado de los jóvenes el encuentro con Jesús en la escucha de la palabra, en la oración de hijos y en la vida sacramental. Roguemos al Señor...

L. Para que acompañemos a nuestros jóvenes en su discernimiento vocacional, con fidelidad a ellos y al Señor que nos envía. Roguemos al Señor...

se presentan intenciones libres

Padre nuestro

P. Oh Padre,
que, en la multiplicidad de tus obras,
realizas el único fin de llevar los hombre a a Ti,
danos capacidad para buscar siempre
el fin supremo de la salvación
en la variedad múltiple de nuestra presencia
en medio de los hermanos;
que tu Espíritu nos gué a vivir, en toda situación,
el carisma de nuestro Padre, Don Bosco,
para bien, sobre todo, de los jóvenes pobres
y de la población más necesitada,
en la caridad de Cristo,
Hijo tuyo y Señor nuestro. Amén

9. Bendición

P. Nuestro auxilio es el nombre del Señor

A. que hizo el cielo y la tierra.
Dios te salve María...

P. Bajo tu protección nos acogemos, Santa Madre de Dios;
no desoigas las oraciones
que te dirigimos en nuestras necesidades;
antes bien, líbranos siempre de todo peligro,
Oh Virgen gloriosa y bendita.

María Auxilio de los cristianos

A. ruega por nosotros.

P. Señor escucha nuestra oración.

A. y llegue a ti nuestro clamor.

P. El Señor esté con ustedes.

A. y con tu espíritu.

P. Oremos.

Dios todopoderoso y eterno,
con la ayuda del Espíritu Santo,
preparaste el cuerpo y el alma de María,
la Virgen Madre,
para ser digna morada de tu Hijo;
al recordarla con alegría,
líbranos por su intercesión,
de los males presentes y de la muerte eterna.
Por Jesucristo, nuestro Señor.

A. Amén

P. La bendición de Dios todopoderoso,
Padre, Hijo, y Espíritu Santo,
descienda sobre ustedes.

A. Amén

canto: A la Virgen

INDICE

PRIMERA PARTE: NOTAS PARA LA REFLEXION	3
1. PALABRA DE DIOS	4
2. MAGISTERIO DE LA IGLESIA	7
Lumen Gentium	7
Presbyterorum Ordinis	8
Perfectae Caritatis	8
Redemptionis Donum (Juan Pablo II)	9
Vita Consecrata (Juan Pablo II)	12
Pastores Dabo Vobis (Juan Pablo II)	13
Caminar desde Cristo	24
Alegraos (CIVCSVA. 2014)	26
3. MAGISTERIO SALESIANO	31
Don Bosco.....	31
Capítulos Generales.....	33
Capítulo General 21.....	33
Capítulo General 23.....	36
Capítulo General 25.....	39
Capítulo General 26.....	40
Ratio Fundamentalis Institutionis Et Studiorum	48
Rectores Mayores	58
Don Juan Vecchi.....	58
Don Pascual Chávez	69
Ángel Fernández.....	75
Dicasterio de la Pastoral Juvenil.....	77
SEGUNDA PARTE: REVISION DE VIDA	83
1. Scrutinium personal.....	84
2. Scrutinium Comunitario	89
TERCERA PARTE: CELEBRACIONES LITURGICAS	93
1. Un camino que conduce al amor	94
2. Seguir a Cristo y trabajar con Él	102